

SAGA LOS WADLOW III

MARISA MAVERICK

LOS WADLOW

¿ VERDAD, ENGAÑO...
O QUIMERA?



M
M

SAGA LOS WADLOW III

LOS WADLOW

**¿Verdad, engaño...
*o quimera?***

LOS WADLOW

¿Verdad, engaño... *o quimera?*

MARISA MAVERICK

Los nombres, hechos y lugares que aparecen en esta obra son totalmente ficticios.

Cualquier parecido con la realidad es producto de la casualidad.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea por fotocopia o cualquier medio electrónico. Grabaciones o cualquier otro método sin el permiso previo del autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito.

©Diseño de cubierta: Tiaré Pearl

Registro de cubierta en Safe Creative: 1806127372520

©Diseño de logotipo de autor: Alexia Jorques

Registro de logotipo de autor en Safe Creative: 1802135773281

©Diseño de logotipo Saga Los Wadlow: Marisa Maverick

Registro de logotipo Saga Los Wadlow en Safe Creative: 1805097030072

©Diseño de ilustración interior: Lidia S Balado

Registro de ilustraciones en Safe Creative: 1810058666481 / 1810058666474

Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual con fecha 22 de octubre de 2018

Obra registrada en Safe Creative: 1810228793962

Primera edición: noviembre 2018

©Todos los derechos reservados

©Marisa Maverick, 2018

www.marisamaverick.wordpress.com

*¡Iluso de mí!
Jamás creí que una sola existencia
pudiera parecerme insuficiente.
Pero es que a tu lado, mi amada valquiria,
hasta el infinito tiene barreras.*

Peter Lindgren

Prefacio

«*Chicago, la ciudad de los vientos...*».

Con estas seis palabras dio comienzo hace más de dos años un proyecto que, aun hoy, me parece increíble haber llevado a... ¿buen puerto? Ciertamente es que no nació con vocación de saga, pero no lo es menos que los personajes que la conforman decidieron su propio camino, incapaces de resignarse a lo que de ellos se narraba en el primer volumen.

La elección del lugar donde nos situamos fue totalmente casual. Además, puestos a fabular... viajemos lejos, al menos en esta ocasión.

He de hacer notar que es curioso cómo sus vidas, a las que página a página les vas dando un porqué, una razón de existir, se meten bajo tu piel, te tocan el corazón y se adueñan de tu mente hasta la obsesión.

Sin premeditación, queriendo hacer realidad una quimera; sin planes de futuro ni fechas de publicación que cumplir, sin ruido ni alharacas... Así, línea a línea, se han ido abriendo paso para mostrarse tal como son, tal como los sentís.

¿*Azar, destino... o premeditación?* Adam significó mi estreno en el mundo literario, en todas sus facetas técnicas y artísticas, y el descubrimiento de lectores que encontraron en este Wadlow unas características, un *savoir faire*, que los subyugó, siendo yo la primera sorprendida por la acogida que tuvo y mantiene.

¿*Atracción, amor... o gratitud?* Johan... Mi Johan... Nuestro Johan... es la respuesta a una numerosa petición por saber de su vida. Parte del trabajo ya estaba hecho: ubicaciones, ficha del personaje y demás elementos de su día a día; salvo un detalle, el que salta desde unas inseguras letras al corazón del que las lee: qué rumbo seguirá su alma devastada. El abanico de posibilidades era amplio; mas la salida, solo una.

Nuevamente, el apoyo familiar se impuso y los valores éticos, que hoy

parecen estar relegados al fondo del cajón del olvido, volvieron a ser alabados.

A estas alturas, no solo la gratitud por el buen recibimiento del segundo libro me llevó a embarcarme en el tercero, y último, sino el febril deseo propio y exigente demanda vuestra por conocer mejor a Diane, que tanta simpatía despertaba. Y surge...

¿Verdad, engaño... o quimera? Pero ¡oh, sorpresa!, un personaje hasta ahora secundario, tal vez anodino, salta a la arena con un carisma sorpresivo y sorprendente: Peter Lindgren, que impone y se impone. Aquí veremos hasta qué punto es cierto el dicho de ten cuidado con lo que sueñas, pues puede hacerse realidad...

Cuando escribes te sientes poderoso, te transmutas en un ser que está por encima del Bien y del Mal, un dios que maneja a su antojo las vidas que ha creado. Sin embargo, en un momento dado, estas se rebelan y descubres que tienen libre albedrío, y todos esos perfectos y maravillosos planes que te habías fijado se van por el sumidero de una bendita improvisación que los enriquece, te satisface y encandila al lector.

Imitando a Norbert, me permito dejaros una frase que Séneca atribuye a Epicuro: «Haec, inquit, ego non multis, sed tibi; satis enim magnum alter alteri theatrum sumus».

Esto lo digo no para muchos, sino para ti; pues somos un público bastante grande el uno para el otro.

Introducción

Diríase que todo se había orquestado para que ese nefasto día luciera... desolador.

Un viento gélido e irrespetuoso ejecutaba una macabra danza entre los numerosos componentes del cortejo fúnebre agitando de forma enérgica, y sin compás, los bajos de sus abrigos. La nieve caída el día anterior ocultaba el cuidado césped del Graceland Cemetery, en Chicago, y tan solo su blanco refulgente era la nota discordante de color en los atuendos de aquellos que, con afligidos rostros y paso lento, intentaban de ese modo retrasar el último e ineludible trámite: llegar al panteón de la familia Colosimo.

El trágico suceso había acontecido de forma tan rápida e inesperada que Anthony aún no terminaba de asimilar tan luctuosa noticia. Su amigo Lombardo era un hombre ya octogenario, sí, pero que gozaba de buena salud, por lo que nadie imaginó que ese insignificante resfriado derivara de forma tan virulenta en una mortal neumonía; el finado, últimamente, extrañaba a su difunta y amada esposa con más intensidad si cabe, por lo que sus ganas de vivir ya no eran las de antes, quizás eso ayudó a precipitar su desdichado final.

Y ello le trajo a la mente a su querida y constantemente añorada esposa, su Betty.

La presión en el hombro de la mano de su hijo, Norbert, lo sacó del sendero de pena y soledad que iniciaba su afligida mente. Tenía que ser fuerte por ella, por su familia y por él mismo. Nunca se había recreado en la autocompasión, «*y no voy a empezar ahora, ¡demonios! Queda mucho por hacer*». Sentía a su espalda la presencia de Pamela, su nuera, y de sus nietos; así como la de Peter y Diane, a los que también consideraba como tal.

—Hace un día infernal. Teníais que haberos quedado en casa —les dijo por cuarta vez, girándose parcialmente a ellos, que solo se limitaron a mirarlo—. Cabezotas... —refunfuñó entre dientes.

La comitiva se detuvo ante el sendero por el que se accedía al imponente panteón de estilo neoclásico, que se alzaba con serena elegancia en medio del nevado terreno. Vio acercarse a Lombardo, único hijo de su apreciado amigo.

—Anthony, si quieres acompañarnos al interior y... —lo invitó, quebrándosele la voz. Su rostro mostraba el sufrimiento por la terrible pérdida y la vigilia en la que desde entonces vivía.

—Gracias por la distinción —le dijo Anthony mientras le pasaba un brazo por los hombros y echaba una rápida y fugaz mirada a las personas que los observaban—. No quiero tener el recuerdo de él ahí... —Tragó saliva.

—Por supuesto. Agradezco vuestra compañía —expresó mirando al resto de la familia Wadlow—. Os espero en mi casa.

—Claro que sí —afirmó Pamela, que se había adelantado unos pasos y lo consolaba con unas palmadas en su antebrazo—. ¿Podrías dejarle estas flores? Son las únicas que había en el jardín.

Lombardo aceptó el pequeño y multicolor ramillete de primulas, había visto la corona fúnebre enviada por la familia, pero este toque personal lo volvió a enmudecer. Dejó un beso en su mejilla, abrazó a Anthony y a Norbert e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza al resto.

Diane, conmovida por el dolor expuesto sin tapujo, dejó en manos de su esposo el ramo que portaba y fue hacia él, dándole un sentido abrazo.

Lombardo, sorprendido, la miró a los ojos y algo en su mente se empezó a mover. Había estado en su boda el pasado verano, por lo que ya la conocía; sin embargo, había más... Su cara...

—Tienes que ser fuerte, como él lo era. Por tus hijos —lo consoló—. Por ti.

—Gracias, gracias —fue su breve respuesta, sin dejar de escrutar el bello rostro.

No hubo más palabras. Lombardo enfiló, acompañado de su esposa y de sus dos hijos, el camino que llevaba a la última morada de su padre; solo ellos y el capellán, que oficiaría el responso, accedieron al interior del edificio mortuario.

Los Wadlow, al unísono, se dirigieron a su propio panteón, que un antecesor mandó construir a principios del anterior siglo y en el que

descansaban todos los miembros de la familia que así lo desearon. Solo el viento con su silbo rompía el ominoso silencio que les rodeaba.

Adam sintió la vibración del móvil en el bolsillo interno de su grueso abrigo, lo extrajo y leyó el mensaje que Kathy, su esposa, le mandaba.

—¿Todo bien? —preguntó su hermano en voz baja.

—Sin problemas. George está dormido, para variar —le respondió con una pizca de ironía, pues era como pasaba la mayor parte del tiempo su hijo; lo que él y su esposa agradecían en las noches.

—Perfecto —lo interrumpió Johan—. ¿Y mi tropa?

—Santiago, dibujando —le informó, después de guardar el teléfono y ponerse de nuevo el guante—. La pequeña Betty está dormida y William se ha despertado.

—Os teníais que haber quedado con vuestras esposas —terció su abuelo.

—Pero hemos preferido acompañarte, así que deja ya el tema —le contestó Adam—. Además, ellas también lo han querido así.

—Y Candy las acompaña —remató Johan, ajustándose mejor la bufanda.

En efecto, tanto Kathy como Marita los animaron a que asistieran al funeral y posterior velatorio. Se encontraban en casa de esta última, con la asistenta que Johan insistió en contratar para ayudarlos en el cuidado de los mellizos: Betty y William, que aún no alcanzaban el mes de vida; George, el hijo de Kathy y Adam, tenía algo más de dos meses. Por lo que la ausencia de sus esposas estaba sobradamente justificada.

No hubo más palabras.

Norbert meditaba sobre el eufemismo de hablar en un camposanto, tumba terrenal de la existencia humana, de tres criaturas que empezaban su andadura por la vida. «*Brevis aetas, vita fugax*^[1]», le vino a la mente, entristeciéndose aún más.

Cruzaron el conocido puente de madera sobre el lago artificial, que terminaba en una bifurcación de caminos. Anduvieron por el de la derecha y a la vuelta de un recodo se alzó, impresionante en su barroquismo, el panteón de sus ancestros.

Se detuvieron frente a la escalinata que llevaba a la sólida y fría puerta de hierro.

—¿Quieres entrar, papá? —le preguntó Norbert en un murmullo. Añoraba a su madre, y aunque ya hacía años que había fallecido, el dolor por su

ausencia persistía, quizás menguado; sin embargo, ahí estaba.

—No, hoy no podría —le respondió con las lágrimas cayendo por sus mejillas y la mirada clavada en el primer escalón, ascendente, pero que para él significaba la bajada a su infierno personal—. Además, no es ahí donde ella está para mí.

Norbert abrazó a su padre por los hombros y asintió. Johan consolaba a su madre, que lloraba en silencio por esa mujer que tanto la había querido a ella y a su hermana, Anna.

Diane subió los cuatro peldaños y depositó en el suelo, reposando contra la vetusta puerta, el ramo de rosas blancas que llevaba en la mano. Sacó de su bolso una cinta de tela, que llevaba enrollada, y la entremetió entre las flores, asegurándose de que el viento no la echara a volar y anudando sus cabos; en ella, y con tinta indeleble, había escrito: «Te queremos, abu».

Peter acogió a su esposa, que sollozaba por ella incluso sin haberla conocido, entre sus brazos.

No hubo comentarios. Tan solo un silencioso llanto común y una sentida e íntima oración por su alma.

El servicio de cáterin atendía con diligencia a las personas que se hallaban en el amplio salón de la mansión Colosimo. Hombres ilustres, como el gobernador del estado, que había acudido al velatorio a título personal; apellidos vinculados al sector económico y otros que se hallaban enraizados con la fundación y desarrollo de la comunidad en la que vivían.

La llegada de la familia Wadlow no pasó desapercibida para ninguno de los allí presentes. Anthony, a la cabeza, fue saludando a las personas que encontraba a su paso mientras se dirigía hacia donde había vislumbrado al involuntario y pesaroso anfitrión. Este, sabedor como pocos de la importancia que en esa sociedad tenían los gestos públicos, se disculpó ante los cuatro hombres con los que conversaba y fue al encuentro del buen amigo de su difunto padre.

Norbert y su esposa, junto a Adam y Johan, departían con el alcalde de la ciudad, que sutilmente los había retenido. Anthony, que se había percatado del hábil movimiento del político, sonrió para sí por la insistencia de este en querer alistar en las filas de su partido a su hijo; esfuerzo inútil. Sin embargo, le molestaba el momento escogido, demostraba una falta de tacto imperdonable en un servidor público.

Lombardo le dio un fuerte abrazo, correspondido con la misma intensidad. Lo lógico hubiera sido que Anthony le pasara el brazo por los hombros a él, como consuelo; pero fue al revés. Era toda una declaración de intenciones el hecho de que el ahora jefe de la familia Colosimo acogiera de esa manera al patriarca de los Wadlow, que lucía en el meñique izquierdo un llamativo y antiquísimo sello de oro. Esa joya la mandó hacer un antecesor suyo, que procedente de Gran Bretaña fue el primero de su línea de sangre en pisar tierra americana, además de uno de los que ayudaron al progreso de la ciudad; tenía grabadas las iniciales de aquel pionero, más el símbolo de la tribu india a la que perteneció su amada esposa. La sortija había pasado de generación en generación, conservando su intrínseco significado: poder.

—Hay cosas que no cambian —comentó Anthony dejándose hacer, por lo que esa acción implicaba.

—Cierto. Afortunadamente para todos, las Thompson hace tiempo que fueron silenciadas; no obstante, sigue existiendo un poder mudo que todos acatan y que con el protocolo adecuado es igual de efectivo que las ráfagas de aquellas armas que, durante la Ley Seca, impusieron su mandato.

Anthony entendió perfectamente a qué se refería. Muchas familias de las que ahí se encontraban sus representantes, como la del propio Lombardo, compartían el origen de sus fortunas: los años de prohibición de la venta de bebidas alcohólicas. El abuelo de este, hombre sagaz para los negocios, abandonó ese camino tras obtener pingües beneficios, y diversificó sus intereses bajo el amparo de la legalidad.

—Veo que está aquí el hijo mayor de Sacchini —le comentó a su anfitrión, paseando la vista por el resto de asistentes y deteniéndose en Virginia, que parecía discutir con otra mujer, desconocida para él.

—Sí. Me pidió permiso para venir. —Se giró a Anthony—. ¿Crees que he hecho bien en aceptar? No quiero que las rencillas de un pasado, que ni llegué a conocer, sigan golpeando a mi familia. Su padre ya ha pagado por lo que tramó contra mi hijo, y que tú descubriste; él quiere pasar página, y yo también.

Anthony asintió, conforme con sus sabias palabras. Un camarero les ofreció sendas copas de coñac; otro gesto de exclusividad ante los demás. Agitó el oloroso líquido en su redondeado recipiente y observó la mirada dura y con el ceño fruncido que les dirigía a Diane y a Peter la acompañante de la esposa de Lombardo.

Este, curioso, dirigió la vista en la misma dirección, extrañándose también del gesto adusto que la mujer presentaba.

—Es una vieja amiga de Virginia. Me parece que se ha instalado definitivamente aquí.

Anthony volvió a asentir. Además de su expresión, le había llamado la atención los rasgos faciales, muy parecidos a los de...

—No hace mucho que ha enviudado, por eso ha vuelto a su tierra — interrumpió Lombardo los pensamientos de su amigo.

—Claro, es lógico.

Lombardo no había apartado la vista ni de ella ni de su esposa. Parecía que mantenían una conversación, pero las dos mujeres miraban en sentido opuesto. Virginia observaba sin disimulo a Norbert, que no se encontraba lejos pero sí ajeno a su descarado escrutinio. La vio humedecerse los labios con los ojos entrecerrados, muy lentamente, como si estuviera paladeando la boca de él. No era la primera vez que la descubría observando a su amigo, pero ahora había un matiz insano, casi se diría que obsceno en su porte, y sintió vergüenza ajena. Más al ser Anthony testigo de lo que ocurría.

Peter se viró con discreción y clavó la vista en la mujer que no había dejado de fijarse en su esposa desde que llegaron. Por unos segundos, sus miradas se encontraron, escrutándose mutuamente hasta que la desconocida hizo una señal a un camarero para que le sirviera otra bebida. Abrazó a Diane por la cintura y dejó un beso en su sien, su instinto de protección se alzó con vehemencia, preocupado pero sin conocer el motivo; percibiendo tan solo la viscosa y escurridiza sensación de que algo iba mal.

Percatándose de todo, Lombardo tocó el hombro de Anthony, atrayendo su atención. Lo miró a los ojos con una decisión inamovible y una franqueza incuestionable, para manifestarle:

—No permitiré que nada ni nadie perturbe la paz de los tuyos; aunque provenga de mi propia familia. Tienes mi palabra.

Capítulo 1



Se echó hacia atrás en el sillón reclinable, llevó las manos a la nuca y dio un largo y sonoro suspiro que más bien parecía un quejido. Los ojos cerrados, volviendo a suspirar. Habían sido unos meses de gran preocupación llevados en solitario silencio para no alarmar a la familia más de lo necesario. Meses en los que hubo momentos que no estuvo a la altura de las circunstancias, o eso pensaba él con dolor, y de lo que se arrepentía profundamente.

«*Min lille*», la llamó con veneración. Porque él, Peter Lindgren, amaba a su esposa desde... «*Desde que la vi por primera vez, en el apartamento de Kathy*». Aún recordaba las palabras que dijo cuando llegó a casa de sus tíos: «Acabo de conocer a mi futura esposa», y el estruendo de copas y platos estrellándose contra el suelo al caérsele de las manos a Norbert la bandeja en la que los llevaba.

Con un rápido movimiento se giró hacia el ventanal frotándose los ojos; cogió un elástico de su muñeca izquierda y acarició el tatuaje que hacía poco se había hecho: una runa nórdica que simbolizaba la estabilidad eterna, la que él y su valquiria tenían; dio un profundo suspiro y se recogió el pelo en una coleta. Un día gris y ventoso era el panorama que se ofrecía al otro lado del cristal. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y reposó una mano en el tobillo de la primera. Tomó otra honda inspiración.

Esa tarde, su esposa y él tenían una cita importante, anhelada y temida en igual medida, pero ineludible. Miró su reloj de pulsera, faltaba apenas una hora para que ella llegara al estudio, a recogerle y saludar también a Johan. Este, como invocado por una fuerza superior, abrió la puerta del despacho sin

avisar.

—¡Me caigo de sueño, tío! —se anunció con energía, cerrando a su espalda y sentándose, más bien dejándose caer, en una de las sillas del otro lado del escritorio, tras el que estaba su primo, que negaba con la cabeza.

—Pero si tienes unos hijos que parece que funcionan a pilas y se las quitáis por las noches —se burló—. No sé de qué te quejas.

—Tienes razón —admitió, sonriendo de oreja a oreja—, pero no puedo evitar despertarme varias veces y echar un vistazo a las cunas; menos mal que Marita no lo sabe, o pensará que estoy loco —confesó antes de soltar una carcajada—. La verdad es que somos muy afortunados. Y Santiago está entusiasmado con ellos, sobre todo con Betty.

Peter asintió.

—Sí, será que como es un poco más pequeña que su hermano, la ve más indefensa. Porque William va a ser de constitución robusta —le vaticinó innecesariamente.

El embarazo de Marita se había desarrollado de forma natural y sin sobresaltos, pese a estar considerado de alto riesgo al tratarse de mellizos. Estos nacieron por una cesárea programada que no presentó ninguna complicación ni para la madre ni para los bebés, incluso habiéndose adelantado casi un mes.

—Es verdad, mi Betty es menudita; pero fuerte y despierta como su madre —la alabó el orgulloso padre—. Fíjate que ni necesitó incubadora, y lo rápido que ha ido cogiendo peso.

No olvidaría nunca la preocupación por su hija durante las horas posteriores a su nacimiento, de nada valía lo que la pediatra le dijera y asegurara, él solo veía que era más frágil que su hermano. Únicamente el paso de los días y el comprobar que se alimentaba de su madre con ahínco consiguieron tranquilizarlo.

—Sí —fue la concisa respuesta de su primo.

Johan dejó sobre la mesa el lapicero con el que había estado jugueteando y esperó que siguiera hablando, observándolo con detenimiento. Su aspecto era como acostumbraba a lucir: barba bien cuidada y el pelo recogido; ropa de estilo desenfadado, que él portaba con elegancia innata. El resultado también era el de siempre: un hombre con un alto nivel de atracción sobre las mujeres, y de lo que nunca se aprovechó. Sin embargo, él conocía a su socio, y esa tranquilidad que mostraba no era tal.

—¿Qué pasa? —Peter hizo un gesto escéptico—. Déjate de hostias conmigo. ¿Es por la cita de esta tarde?

—En parte —admitió, dándole vueltas a su alianza de matrimonio, «*solo en parte*».

Johan se levantó y bordeó la mesa para sentarse en una esquina de ella, cerca de él.

—Va a estar todo bien, ya lo verás. Estáis en buenas manos y parte del camino ya lo habéis hecho —lo animó, dándole una palmada en su hombro.

—Lo sé, por ese lado estoy tranquilo. —Frunció el ceño y se quitó el elástico que recogía su pelo. Su primo sabía que esa era una señal inequívoca de nerviosismo—. Lo que no se me va de la cabeza, a pesar de que se lo he repetido y asegurado más de una vez, es el que ella pueda pensar que yo no...

—¡Hola, chicos!

La irrupción de Diane en el despacho, cerrando a su espalda con un portazo, los pilló totalmente desprevenidos.

—¡Joder, un respeto hacia este padre que tiene que alimentar muchas bocas! —exclamó Johan con la mano en el corazón y acercándose a ella para darle un abrazo—. ¿Cómo está la chica más guapa de esta oficina?

—¡Ja! Deseando abrazar al chico más sexi que estoy viendo ahora mismo —le respondió, alzando una ceja como solo ella sabía hacerlo.

—Pues deseo concedido. —Y estrechó el abrazo.

Diane se echó a reír y le dio un leve golpe en un hombro.

—No quiero herir tu sensibilidad, conste, pero el rubio que está a tu espalda, afilando los lápices para lanzártelos, es el que me interesa.

—No me digas, ¿y dónde se supone que me los va a clavar? —la retó.

—¡Aquí! —respondió rápida mientras lo pellizcaba.

—¡¿Me has tocado el culo?! —siguió Johan con la broma y soltando una estruendosa risotada a la par que la dejaba libre, instante que ella aprovechó para correr a los brazos de su marido, que la esperaba con deseo mal disimulado y divertido ante lo que se decían.

—Sí, pero no te hagas ilusiones. Me quedo con mi Thor personal.

Peter, que la había alzado hasta tener su apetitosa boca a su misma altura, empezó a besarla con tal apasionamiento que hizo que su primo retirara la vista de ellos.

—Me alegra oír eso. No quiero problemas conyugales, que todavía están las hormonas muy revueltas. Bueno, creo que sobro, así que... —Se había

dirigido hacia la puerta mientras hablaba, mirándolos de reojo y con una sonrisa en el rostro, «*no tienen remedio*»—. Pues eso, que sigáis con lo vuestro.

Tras saberse solos, Diane dio un profundo suspiro sobre su boca, que con tanta demanda la besaba. Movi6 los dedos entre el sedoso y largo pelo de ese hombre que la hacfa olvidarse del mundo, y sigui6 bes6ndolo hasta que tuvieron que separarse para tomar aliento.

—Te extrañaba, *min lille*^[2].

Tom6 asiento en su sill6n con ella en el regazo, de lado.

—Yo tambi6n, mi dulce amor, por eso he venido un poco antes.

Peter le desabroch6 un par de botones de la camisa y hundió el rostro en su escote, aspirando el femenino aroma que siempre lo enajenaba, a la par que lamía su piel. La mano que descansaba en su menuda y redondeada rodilla ascendió por el muslo, bajo la falda celeste de lana, y sintió su estremecimiento; con la otra en la espalda, la apretaba contra su cara.

«*Me faltan manos*», se quejó para sí. Cogi6 con los dientes un lado de la camisa y la llev6 a un lateral, haciendo lo mismo con el otro. La visi6n de sus pechos cubiertos por el encaje de color azul le frustr6, pero no lo detuvo de abarcar con su boca el erguido pez6n que lo desafiaba desde su delicada c6rcel. La succi6n sobre 6l hizo que ella se pegara m6s a su torturador.

—Soy como una cerilla, mi vikingo —le dijo en un susurro entrecortado. «*Me muero, seguro*»—. Apenas me rozas y ya estoy ardiendo.

Dej6 un beso entre sus senos y alz6 la cabeza. Desde hacfa unos meses, se habfa ampliado el repertorio de nombres con el que lo llamaba, eso s6, siempre relacionado con esa mitad de sus ra6ces n6rdicas que tanto le gustaban a ella.

—As6 que una cerilla, ¿no? ¿Y si sigo frotando? —la provoc6 mientras intensificaba la caricia deslizando la mano entre sus piernas—. Me pregunto qu6 pasarfa.

Diane lo mir6 con un moh6n travieso en los labios. «*Tú te lo has buscado*». Le encantaban sus juegos, que no refrenara nunca su deseo de amarla aunque en p6blico tuvieran que moderarse, obvio. Pero en la intimidad de su casa... No quedaba ning6n rinc6n, pared o superficie que no hubiera sido testigo y c6mplice de sus artes amatorias. Incluso despu6s de m6s de un a6o de convivencia seguía sorprendi6ndola.

Traviesa, introdujo levemente los dedos tras el cinturón del pantalón y cuando vio su sonrisa de suficiencia al creer saber lo que continuaría, rápidamente abarcó con su palma la entrepierna de él e hizo los mismos movimientos de fricción que ella estaba padeciendo.

Peter se envaró en su asiento y apesó su pequeña muñeca, deteniéndola.

—Creí que querías averiguar qué...

—Ya lo tengo claro, diabólica valquiria —afirmó entre dientes mientras ella se levantaba de un salto, huyendo de su segura represalia.

—¿Ves lo buena maestra que soy? —se elogió, abrochándose la camisa y estirando su falda.

—Sí, ya lo veo. Pero no creas que lo sabes todo. Ya te daré una lección magistral cuando estemos en casa —le advirtió mientras se pasaba las manos por la cara en un intento de serenarse para que su ritmo cardíaco se normalizara. «¡Por todo el valhalla^[3]! Ya te lo cobraré, ya».

Lo vio incorporarse y dirigirse al estrecho ropero, que ocupaba una de las esquinas, y sacar su anorak, negro, más la bufanda de vivos colores que llevaba ese día. Admiró su habilidad para que dos prendas tan comunes y anodinas se vieran en él de esa forma extraordinaria. Sin embargo, ni su apariencia de modelo de pasarela ni la sonrisa de su rostro la engañaban.

—¿Qué te pasa, Peter? —susurró, parada en el centro del despacho, sintiéndose incapaz de evitar que las lágrimas acudiesen a sus ojos—. Y no me digas que estás bien, porque no te creeré.

Cerró la puerta del armario y se giró. «*Cómo me conoces*». Ver la pena en sus bellos ojos, el miedo no expresado, era lo que lo mataba. Acortó el frío espacio que los separaba en dos zancadas y la abrigó entre sus brazos.

—Nada que no sepas, mi vida.

—Peter, ya te dije que...

La silenció poniendo un dedo índice sobre sus carnosos labios, que de buena gana hubiera seguido besando.

—Chiss. Lo hablamos durante la comida, ¿de acuerdo?

Ella asintió, esbozando la sonrisa que él le reclamaba al mostrarle la suya, y cogidos de la mano salieron del estudio para dirigirse al restaurante.

Diane circundaba con un dedo el filo de su taza de té negro con solo unas gotas de leche fría y sin azúcar, como a ella le gustaba tomarlo, observando

con desinterés las virutas de humo que desprendía y que rápidamente se volatilizaban.

Sentado frente a ella, su esposo miraba a través del amplio ventanal sin fijarse en nada en concreto mientras le daba un sorbo a su café e intentaba paladear las notas sutiles de cacao y nueces tostadas, pero no conseguía centrarse.

Habían almorzado en uno de los establecimientos que la cadena Starbucks tenía en la ciudad, el que se hallaba más cerca del centro clínico en el que pasaba consulta la doctora Almaguer. Hablaron de sus trabajos, riéndose con anécdotas increíbles; de lo guapos que eran George y William, y de la muñequita de la familia: Betty. Sin embargo, una inquietud agobiante y palpable flotaba entre ellos, y de la que eran conscientes.

—Mi vida —rompió él ese silencio que los aprisionaba, mirándola con intensidad—. No quiero que estés nerviosa ni preocupada. Todo va a ir bien.

Asintió a su petición, aunque no era fácil de cumplir. No lo había sido desde el primer día, desde que supo de sus problemas físicos para quedarse embarazada. Se removió en el asiento y tamborileó con los dedos sobre la pulida superficie de la mesa.

—Sé que ya lo hemos hablado, que es volver sobre lo mismo y que no quieres...

—No importa —la interrumpió, poniendo sus manos sobre las de ella—. Si te ayuda a serenarte, dímelo; me da igual las veces que tengamos que tratarlo.

—Esta será la última, te lo prometo.

La sonrió, sabía que no sería así. No obstante, le daba igual. La escucharía mil veces si ella lo necesitaba. «*Todo es por ti, mi vida*». Vio que se le iluminaba la mirada, así era como quería verla siempre, con ese brillo que para él era su luz, el faro que lo guiaba en la oscuridad de sus momentos de angustia, que también los sufría.

Diane se irguió y de un rápido manotazo echó hacia un lado su rebelde flequillo.

—Primero, conste que me he dado cuenta de cómo te miran la descarada de la camarera y las que están en la mesa de allí —señaló a estas últimas con la mirada—, y...

—¿Y crees que me importa lo más mínimo? —le planteó sin apartar la vista de ella.

—No, ya sé que no. Eres guapísimo y es lógico que todas te miren y...

—Y nada.

Era evidente que estaba nerviosa, como él. Sí se había percatado de las insistentes miradas; pero, como en otras ocasiones, su interés por ellas era nulo.

—La única mujer que quiero que no deje de mirarme nunca la tengo sentada frente a mí —le aseguró con un tono de voz bajo, profundo, y el azul de sus ojos centelleando—. ¿Alguna duda?

Diane negó con la cabeza. Si había hecho ese comentario, fue para relajar el ambiente y provocar una sonrisa en él; pero tenía que haberlo imaginado, su marido nunca se tomaba a broma cualquier palabra que sonara a desconfianza, deslealtad o a la más mínima posibilidad de no estar cumpliendo con uno de sus votos matrimoniales: amarla y serle fiel.

—No hablaba en serio.

—¿No soy guapísimo? —se mofó de ella repitiendo su halago.

—Lo serías hasta con la cabeza rapada; aunque no te imagino así, vikingo. —Peter soltó una carcajada y se inclinó sobre la mesa para dejar un breve beso en sus labios, que ella alargó al retenerlo sujetando la pechera de su jersey negro de cuello alto. Soltó un suspiro—. Siento haberme comportado de forma tan cobarde, tan negativa; sé que te he hecho sufrir.

—Es pasado, mi vida. Tuvimos mala suerte con aquel maldito doctor. El ser realista no es excusa para comportarse como lo hizo —la animó. Tenía cogida una de sus manos, acariciándole el dorso con el pulgar; su contacto lo calmaba.

En efecto, el ginecólogo que diagnosticó la endometriosis, les expuso y vaticinó un futuro tan nefasto que Diane quedó devastada, así como él. Se negó a acudir a una segunda cita para seguir realizando exámenes. Pidió tiempo para concienciarse de que, casi con toda seguridad, nunca sería madre, nunca...

—Pensar que no podría darte hijos se me hizo insufrible —le volvió a confesar, con los ojos anegados en lágrimas que pedían ser liberadas—. Tú, el hombre más bueno del mundo, casado con una mujer...

—¡No lo digas! ¡Ni lo pienses! —soltó con intensidad y voz ronca. Atrapó su otra mano libre—. ¿Y si hubiera sido yo el que tuviera problemas? ¿Me habrías dejado? ¡¿Lo habrías hecho?! —Diane lo miraba con el semblante triste, muda—. ¡Contéstame!

—Sabes que no, mi dulce amor, que no podría, que me muero solo de pensar que no estés a mi lado —confesó con la mirada clavada en sus manos juntas, sintiendo que el calor de las suyas le templaba el corazón, «*te amo tanto*»—. Pero ha sido un calvario...

—... innecesario —completó él la frase, aunque sabía que no con la palabra que ella hubiera utilizado— y del que no eres culpable. Su falta de tacto, su brusquedad al exponer el problema fue impropio de una persona que tiene esa profesión, que trata con pacientes, con enfermos. —«*Maldito y mil veces lo sea*». Tomó aire profundamente y echó la cabeza hacia atrás. Solo había una forma de superar ese nefasto tiempo: con positividad. Volvió a centrar la vista en ella—. Ahora es diferente, el diagnóstico se ha concretado y las expectativas ya no son tan malas, ¿verdad, *min lille*?

Diane alzó el rostro y esbozó una tímida sonrisa. Él tenía razón, debía dejar en el pasado aquella etapa de dolor, insomnio y quejas por su infortunio. Días en los que incluso se llegó a plantear romper su matrimonio para que su amado esposo pudiera encontrar una mujer con la que llenar ese espacio de su vida que con ella sería casi imposible. Pero él, intuitivo como nadie a quien hubiera conocido, le planteó el tema antes de que llegara a ser verbalizado, y ahora se lo volvía a recordar.

—Te lo dije en su momento y te lo repetiré todas las veces que sean necesarias. —Con el pulgar secó la humedad salada de sus tersas y sonrosadas mejillas, mirándola serio. A continuación, entre los dedos índice y corazón pinzó su barbilla—. Sin ti, mi vida, únicamente existe la nada; si acaso, un desierto helado e inhóspito.

—¿Y yo soy tu iglú? —murmuró, haciéndole la misma pregunta de entonces.

—Mi único refugio posible.

Por unos segundos, se perdieron el uno en la mirada del otro; en esa comunicación sin palabras tan propia de ellos y de la que solo el ruido de una silla al ser arrastrada consiguió distraerlos.

—Y ahora tienes dos opciones —siguió hablando—: O vienes aquí y me das un beso que me deje sin aliento, o voy yo y lo hago hasta que nos detengan por escándalo público, ¿qué eliges? —le planteó, guiñándole un ojo al final y mirándola de esa forma casi indecente que a ella la alteraba sin medida.

La respuesta fue inmediata.

—¡Yo voy!

Dejó el asiento y en un parpadeo ya estaba a su lado, con los brazos alrededor de su cuello y sintiendo la fuerza de su agarre en la cintura. Besándolo sin freno; enredando su lengua a la suya, que demandaba su extrañada tibieza; respirando superficialmente y paladeando el sabor a café de su boca.

Y era cierto, podrían llamarles la atención por la fogosidad que demostraban. Él había ido bajando una mano por su fina espalda hasta su trasero, instándola a sentarse sobre sus piernas.

—¡No sé cómo no les da vergüenza! Alguien debería llamarles la atención —les recriminó un cliente del establecimiento, que se dirigía hacia la salida, al pasar por su lado.

Peter, al oírlo, rompió la unión y apoyó su frente en la de ella con la respiración alterada, sin dejar de abrazarla.

—Te amo, mi dulce amor. No quiero que te preocupes por nada —le pidió Diane a la par que le acariciaba la suave barba—. Ya sabemos cuál es el siguiente paso que tenemos que dar.

—Y que es inevitable —apostilló él, dejando un beso en la punta de su nariz.

Suspiró y dejó su regazo, sentándose en la silla contigua, pegada a su cuerpo y entrelazando los dedos de la mano con los de él.

—Lo sé, soy consciente de ello. Como también sé que habrá que tener mucha paciencia, precisamente de lo que yo escaseo un poco —bromeó.

—¿Que no tienes paciencia? —inquirió haciéndose el sorprendido y abriendo mucho los ojos.

—Tengo la suficiente como para contener a los diablillos de mis alumnos y a ti, gracioso —le aseguró muy erguida en su asiento y señalándolo con un dedo.

Peter la miraba con la boca fruncida, dejando que transcurrieran los segundos antes de darle una respuesta ocurrente que, estaba seguro, ella esperaba. Pero no era en eso en lo que pensaba, sino en lo mucho que la amaba, en lo mucho que la necesitaba y en que haría lo imposible para que sus sueños se hicieran realidad.

—Te he dejado mudo —se jactó ella para provocarlo, aun sabiendo que no era verdad. Se echó el flequillo a un lado, empezando a ponerse nerviosa por su persistente mirada.

La convivencia con él no había cambiado tras haber contraído matrimonio, como le aseguraron algunas compañeras del colegio que podría pasar. Los desayunos en la cama, siempre que tenían ocasión, continuaron; las excursiones sin rumbo, algún fin de semana que otro, también se sucedieron. Tampoco cambió la intensidad con la que se amaban ni la necesidad de sentir el contacto de sus pieles cuando estaban juntos, ya fuera en privado o en público.

—Yo sí que te voy a dejar muda en cuanto llegemos a casa, descarada.

—Eso habrá que verlo —contestó con un falso tono de indiferencia.

—Ya lo creo que lo verás. Soy Thor, según tú, ¿no?

Diane cabeceó afirmativamente; aunque conocía sus siguientes palabras, no por ello dejaban de alterarla cuando se las escuchaba decir; así que las esperaba con impaciencia.

—Bien, pues tendrás que ayudarme a manejar mi martillo. —Ella soltó una carcajada, que se vio sorprendida al atraparle él una mano y colocarla sobre su abultada entrepierna—. Que es...

—Enorme —remató la frase entre risas e intentando soltarse.

—Perdona, pero no te he entendido. ¿Cómo has dicho que es mi martillo, valquiria? —insistió divertido y sin permitir que ella se retirara, ya que nadie podía ver su juego, ocultado por la mesa.

Vencida en su afán de dejar de tocarlo, y entre más risas, articuló:

—He dicho que es... enorme. —Se inclinó hacia él para hablarle al oído, presionó con la palma su miembro y se zafó de su agarre tras decirle—: Y está creciendo.

Peter se unió por un momento a su contagiosa y franca risa, y tras la espontánea demostración de hilaridad, serio y con voz firme, le dijo:

—Así es como te quiero ver siempre, mi vida, no lo olvides nunca.

Ante sus palabras, Diane enmudeció, pero sin que desapareciera de su rostro la sonrisa que siempre la acompañaba.

—No lo hago, créeme que no lo hago.

—Perfecto. Y ahora —echó una mirada rápida a su reloj de pulsera—, tenemos una cita, ¿recuerdas?

Diane asintió, se levantó y cogió del asiento de enfrente sus prendas de abrigo.

—Irás todo bien —afirmó mientras le entregaba su anorak y la bufanda—. Lo sé, ¿y sabes por qué?

—¿Porque eres una valquiria?

Antes de contestarle, se puso el gorro de lana rojo y terminó de abrocharse el largo abrigo enguatado; cruzó el bolso sobre el pecho y lo miró a los ojos. Negó lentamente con la cabeza, haciendo que la borla, también roja, iniciara un rítmico movimiento pendular.

—Porque tengo tu amor.

Capítulo 2



Almorzar los sábados en casa de Pamela y Norbert se había convertido en una tradición a la que difícilmente renunciaba ningún miembro de la familia. Tan solo la llegada de los tres pequeños consiguió alterar el cumplimiento de la semanal cita; así como las inclemencias del tiempo, que aconsejaba no exponerlos a su voluntad.

Por ello, la comida de hoy sería en el hogar de Marita y Johan, en el que ya se encontraban todos, salvo Diane y Peter.

—Hija, es que son dos angelitos —comentó Pamela admirando a los mellizos, que dormitaban en la misma cuna—. ¡Y lo rápido que está cogiendo peso Betty! Cómo ha cambiado en mes y medio.

Deseaba cogerla en brazos, y a William, pero no quería perturbar su sueño; así que se limitó a admirarlos paseando la vista de la carita sonrosada y de rasgos finos de la pequeña a la de su hermano, rollizo y que dormía con las manos en puño. Los dos bebés eran morenos y de piel clara, con el color de ojos casi negro, más él que ella.

—Cuánto me habría gustado tener una niña —confesó en un susurro, perdida en sus pensamientos y en esa frustrada y ya imposible maternidad—. Pero no tengo derecho a quejarme, mis hijos son la razón de mi vida, junto a su padre. —Sonrió al notar la caricia de consuelo que dejaban en su brazo—. Además, sí tengo hijas —afirmó mientras abrazaba a su nuera por la cintura—: tres; lo único que ha pasado es que han llegado crecidas a mi vida —remató con una leve carcajada.

Se hallaban en el dormitorio principal, que incluso con la espaciosa cuna

gemelar de madera blanca lacada seguía siendo impresionante por su amplitud y sencilla y elegante decoración.

—La verdad es que hemos tenido suerte —comentó Marita mientras los tapaba con una pequeña manta decorada con nubes de diferentes colores. No quería entristecer a Pamela, por lo que no hizo comentario alguno a sus palabras—. Así están casi todo el día. Se despiertan a la hora de sus tomas, igual que por las noches, y poco más.

—Eso es un alivio, por lo menos os dejan descansar. Johan era igual, pero su hermano... Vaya guerra que nos dio —le comentó, acariciando levemente la mano de la niña, que esta, en un acto reflejo, cerró—. Y, sin embargo, fíjate luego. Adam era el tranquilo y el otro un diablillo al que no se le podía perder de vista.

Marita sonrió. Ya sabía lo traviosos que habían sido.

—Sería influencia del primo, que también era otro elemento de cuidado, por lo que he oído —especuló en un intento de aliviar de culpa a su marido y a su cuñado. Dejó las cortinas parcialmente corridas y apagó la lamparita de una de las mesillas de noche. Comprobó que estaban encendidos los intercomunicadores y le hizo una seña a Pamela para abandonar la habitación, dejando la puerta entreabierta.

—¿¿Dos aparatos ponéis?! —le preguntó sorprendida, acompañando a su nuera por el amplio pasillo que las llevaría a la escalera que comunicaba con la cocina.

Lanzó un suspiro de resignación ante su pregunta.

—Sí, Pamela, sí. Dos aparatos —remarcó su afirmación con los dedos índice y corazón en alto de su mano derecha—. Según tu hijo, que es mi adorado esposo y el padre más precavido que te puedas imaginar, ¿y si de pronto, y sin saber por qué, se estropea uno? Pues quedaría otro funcionando.

Iba a contestar a su explicación, pero Marita la frenó con un gesto.

—Espera, que hay más. Ha guardado un tercer aparato por si en el caso de una catástrofe total dejan de funcionar los otros dos. Y, por supuesto, compró pilas para dos años. —Se detuvo ante la escalera y se giró a su suegra—. Que digo yo que le hubiera salido más barato adquirir acciones de alguna empresa de pilas o baterías... —advirtió, encogiéndose de hombros mientras Pamela intentaba refrenar la risa que le provocaba la actuación de su hijo mayor—. ¿Y todo esto a dónde nos lleva?

Su suegra negó con la cabeza, deseando conocer la siguiente locura de su

primogénito.

—Pues a que puso la cuna en su lado de la cama por si se despertaban y yo no los oía —soltó un bufido y puso los brazos en jarras—. ¡¿Cómo no vas a oír a dos niños llorando y los intercomunicadores pitando como si hubiera fuego?! ¡Que la primera noche por poco me muero del susto! Con decirte que Santiago salió de su habitación corriendo y gritando aterrorizado...

Pamela, con una mano en la barandilla, se reía a mandíbula batiente. Solo cuando pudo controlarse, y no del todo, le dijo:

—Te creo. Ese es mi hijo...

Y una nueva ronda de risas, acompañada por Marita, le impidió seguir hablando.

Algo más calmadas, y secándose alguna lágrima que otra, entraron en la acogedora cocina.

Sin haberse ellas percatado, su breve conversación en el dormitorio había sido escuchada al encontrarse ahí los receptores. Norbert, que ya conocía el deseo no cumplido de su esposa, se acercó a ella y le dio un sentido abrazo, besándola con fuerza.

Pamela, tomada por sorpresa, no respondió en los primeros segundos, pero enseguida llevó las manos al cuello de su esposo y le correspondió con el mismo ardor, encendiéndolo aun más.

Johan, apoyado en la isla, estuvo tentado de hacer alguno de sus comentarios jocosos sobre la fogosidad de sus padres; sin embargo, se abstuvo para no interrumpir la muda e íntima comunicación entre ellos. No obstante...

—Abuelo, se la va a comer si sigue así, ¿verdad?

Anthony, apartando la vista de la acaramelada y efusiva pareja, se centró en el colorido dibujo que su nieto número cuatro se afanaba en terminar.

—No creo que tenga tanta hambre —le respondió, provocando una sonrisa en Marita, que le palmeó la espalda al pasar por su lado.

Desprevenida, Johan la atrapó por la cintura y la abrazó sin darle opción a escapar, regándole el cuello de intensos besos.

—Tengo que mirar el horno.

—Ya lo veo yo desde aquí, ángel.

—¿El interior también?

—Humm...

—¡¿Pero qué pasa aquí?! —tronó Diane, acompañada de Peter—. ¡¿Qué

orgía es esta?! Un respeto, que hay un menor delante.

Las parejas, interrumpidas sus demostraciones amorosas, no tuvieron tiempo de responder ante la rápida pregunta del pequeño.

—¿Qué es una orgía, tía Diane?

Peter, que saludó a todos con un movimiento de cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho y se dispuso a escuchar la explicación de su apurada esposa, que abría la boca para hablar e inmediatamente la cerraba, desconcertada.

—Hijo, que te lo diga tu tío Adam. —La salvó de la situación Johan—. Que se le dan muy bien las explicaciones.

—¿Qué tengo que explicar y a quién? —solicitó el aludido, que justo en ese momento entraba, procedente de la biblioteca, con George en brazos y Kathy unos pasos más atrás, donde ella lo había estado amamantando.

—¿Qué es una orgía, tío Adam? —Se giró a él al preguntar, prestándole toda su atención.

—Sí, explícale; que de eso entiendes —lo azuzó Johan mientras Marita le daba con el codo en un costado.

Adam vio que todas las miradas se centraban en él, expectantes y con un brillo de picardía en algunas.

—¿Ah, sí? Mira qué interesante, no conocía yo esa faceta tuya —le comentó Kathy mientras le quitaba a su hijo de los brazos—. Vaya, vaya...

—¿Queréis dejaros de mierdas de estas bromas?! ¡Que yo no he estado nunca en ninguna orgía!

—¿No, tío Adam? ¿Es un sitio? Podemos ir juntos —planeó Santiago con entusiasmo mientras una feliz y brillante idea le hacía saltar de su asiento—. ¡O mejor vamos todos de excursión! ¡¡Sí!!

—¡Claro que no! —respondió con brío, alzando la voz para dejarse oír sobre la risa que empezaba a ser generalizada y señalando al autor del desafío con un dedo—. Yo te mato, hermano. Te juro que no me importa que dejes viuda y huérfanos, ya me encargaré de ellos, pero ahora...

Y dicho esto echó a correr bordeando la isla para darle alcance. Johan, rápido como un rayo, abrió la puerta que daba acceso al porche y salió al exterior como alma que lleva el diablo, soltando fuertes carcajadas. Adam abandonó la cocina como una exhalación, a su captura, y... Peter lo hizo tras él.

—¿Dónde va Thor? —quiso saber el pequeño, estupefacto ante el revuelo organizado en un momento.

—Seguro que a mediar —ironizó Norbert, cuya escena le era tan familiar.

—Lo que yo te decía, hija, como niños —remató Pamela, mirando a Marita, que a través de la ventana no perdía detalle de lo que acontecía en el nevado jardín.

—Y tan felices —comentó Kathy sobre el hombro de su cuñada—. Tres hombres como tres castillos revolcándose por la nieve y peleando.

—¿Puedo ir yo? —pidió Santiago, dando un salto y presto para salir.

—¡¡Nooo!!

Fue la respuesta a coro. Se estaba recuperando de un fuerte resfriado, y jugar con la nieve no era una opción. Así que se sentó de nuevo y cogió con rabia uno de los lápices de colores.

—Vale, pero que sepáis que sois unos aburridos y que tengo hambre.

Unas horas más tarde, se hallaban frente a la amplia chimenea, cuyo hogar irradiaba un confortante calor, sentados en los diferentes sofás y viendo a Norbert echar otro grueso tronco en ella. Este volvió a su lugar, le pasó un brazo por los hombros a su esposa y removió el añejo líquido de la copa de bola que sujetaba con la otra mano, aspirando la fragancia del buen coñac.

Tras la batalla campal, y empapados por la nieve, «los tres valientes», como los denominó Diane, se pusieron la ropa seca que Johan les ofreció y se unieron al resto de la familia para comer. Por suerte para todos, el voraz apetito de Santiago le hizo olvidar su incómoda pregunta y centrarse en el exquisito estofado de carne que le estaban sirviendo. Los temas de conversación se fueron sucediendo sin ningún orden, aunque en el aire flotaba uno del que todos querían saber; pero que delante del pequeño no era oportuno tocar.

Johan, tras haber acostado a Santiago en la cama de la habitación del matrimonio para que estuviera con los demás niños, dejó en la mesa baja de centro los dos receptores, que los avisaría si se despertaba alguno de los bebés.

—¿Están tranquilos? —preguntó Kathy.

—Ni se han movido —le respondió su cuñado, sentándose al lado de su esposa—. Ahora, es impactante ver a los tres en la cuna. —Hizo un movimiento fingiendo un escalofrío—. Menos mal que no son todos nuestros, ¿verdad, ángel?

—Déjate, ¡Virgen María! —le respondió rápida.

—Sí, mejor será que os toméis un descanso todos —repuso Anthony tras paladear su bebida espirituosa favorita, la misma que la de su hijo—. A ver si con esta explosión demográfica me van a subir los impuestos, ¡demonios!

Expresiones de sorpresa, ironía y resignación fue lo que recibió ante su inesperado comentario, aunque lo que realmente querían era saber el resultado de la visita médica de Diane y Peter, y que ignoraban al decirles estos que les informarían después de la comida familiar. Deseo que se había respetado con pulcritud.

—Bien, chicos... —rompió Pamela el tenso momento de iniciar la delicada conversación.

Peter, recostado en una esquina del sofá y con la espalda de Diane sobre su pecho, tomó aire y asintió; pasó una mano por el cabello de su esposa y la besó en la sien.

—¿Lo cuentas tú, o prefieres que lo haga yo? —le preguntó inclinándose un poco a la derecha para ver su rostro.

Asintió con la cabeza a su pregunta, cogió la mano izquierda de su esposo y la puso sobre su vientre, con suavidad y dejando que por un segundo su mente divagara con un tono esperanzador. «*Ojalá algún día no sea el vacío lo que acaricies...*». Sintió un leve apretón en su muñeca.

—Hazlo tú, seguro que te explicas mejor.

—De acuerdo. —Entrelazó sus dedos con los de ella—. Bien, como ya sabéis, estuvimos ayer en la consulta de la ginecóloga que...

—¡Por todos los demonios, muchacho, abrevia! —explotó Anthony, que conocía lo dado que era a explicar hasta el más mínimo detalle.

—Papá, déjalo hablar —le reprochó Norbert, a pesar de que también estaba ansioso por llegar al meollo de la cuestión.

Durante unos segundos se produjo un descompasado siseo general pidiendo silencio.

—Veamos —llamó la atención Peter—. Resumiendo, que veo es lo que queréis. —Todos le sonrieron con una urgencia por saber que cargaba de electricidad el ambiente—. El tratamiento de estos meses ha ido bien. La analítica y diferentes pruebas efectuadas han dado resultados positivos. Ahora empezamos la segunda fase, la quirúrgica: el martes ingresa en el hospital y la operan.

El tiempo se detuvo, turbado ante las noticias expuestas de forma tan descarnada.

Kathy se llevó las manos a la boca e intentó frenar un sollozo.

—¿Cómo que...?! ¿Por qué tan pronto?! —apenas pudo articular mientras Adam intentaba calmarla.

—Eso, ¿por qué la prisa?! ¿El martes, pero si hoy es sábado! —señaló Pamela con preocupación y envarándose en su asiento.

Diane dio un suspiro, se giró y sonrió a su marido, que sin querer había acrecentado la preocupación de todos. Dejó un breve beso en sus labios y se levantó para ir al lado de su amiga, que seguía sollozando sin consuelo posible.

Johan, serio, había quitado de las manos de su esposa la taza de té verde al verlas temblar. Ella, conmocionada, buscaba en su mente qué poder decirle para ayudarla en la nueva etapa que tendría que afrontar.

—Kithy, todo está bien —intentó animarla, llamándola como cuando eran pequeñas.

Se había sentado entre ella y Anthony, que luchaba titánicamente por no soltar una lágrima, palmeó la rodilla de este y cogió una de las manos de Kathy. Miró uno por uno los rostros que la observaban y vio un sentimiento común en todos: angustia.

—Queríais saber tan rápido que no lo habéis dejado expresarse bien —los amonestó con dulzura, conmovida por sentirse tan querida; hecho que ya sabía, pero que siempre la emocionaba. «*Mi familia, mi única y amada familia*»—. Os explico; en efecto, el tratamiento oral de estos meses ha ido sin problemas. La endometriosis no ha avanzado, pero ya sabíamos que me tendría que operar, ¿verdad? No ha sido una sorpresa —les dijo, mostrándoles una sonrisa que no terminaba de camuflar la inquietud que la había desvelado la noche pasada y que se hallaba cómodamente instalada en su pensamiento.

—Ya, pero es que así... Tan pronto —insistió Marita en las mismas cuestiones de las otras dos mujeres.

—La doctora tiene ese día disponible —intervino Peter, echando de menos la cercanía de su esposa, pero sin hacérselo notar por si prefería estar al lado de su amiga—. Ella está bien —palmeó nervioso el respaldo del sofá — y la intervención era inevitable.

—No es solo para tener una posibilidad de ser madre, ya sabéis que tengo afectada una de mis trompas, sino para que no se extienda y afecte a otros órganos; es una cuestión de salud. Y, repito, sabíamos que tenía que pasar por

esto; así que cuanto antes, mejor, ¿no? —les lanzó, esperanzada en que el ánimo general mejorase. Los vio asentir sin mucha convicción.

De forma inesperada, Peter se levantó, recogió su pelo en una coleta y, de cara a la chimenea, les dio la espalda. Estaba haciendo un enorme esfuerzo por contenerse, por mostrarse sereno y optimista, el hombre pacífico que todos conocían y del cual alababan esa característica; sin embargo, había un asunto que lo crispaba sin darle opción a controlarse.

Rápidamente se giró y de forma un tanto impetuosa, casi brusca, manifestó con la vista clavada en su esposa:

—¡Exacto, es una cuestión de salud! ¡De vida! —Se acercó a Diane sin apartar los ojos de ella, desafiándola con la mirada y con la postura; intimidándolos a todos—. ¡¡De tu vida!!, que para mí es lo fundamental, ¡¿puedes entenderme?! ¡¿Puedes entenderlo?!

Las últimas palabras, dichas con la mandíbula tensa, la sobresaltaron e hicieron que se echara hacia atrás involuntariamente. Los ojos se le anegaron y un leve temblor invadió su barbilla.

Kathy, como el resto de la familia y sorprendida por la tirantez entre la pareja, pasó un brazo por los hombros de su amiga en un deseo de reconfortarla; ya que, ella, quizás la mejor abogada de la ciudad en su especialidad, no encontraba las palabras idóneas para hacerlo de forma verbal.

Johan estaba aturdido ante la virulenta reacción de su primo, hubiera deseado ir hasta él y sacudirlo hasta que dejara de comportarse como un cretino, para que reaccionara; pero el estremecimiento de su esposa contra su pecho lo puso en alerta al saber su significado: lo que presenciaba le traía a la mente escenas mucho más crudas y violentas y que, en algunas ocasiones, emergían de aquel pasado turbulento y desdichado tanto para ella como para su hijo, que ya era el de ambos legalmente. La envolvió con sus brazos mientras murmuraba a su oído las palabras que, ambos lo sabían, la tranquilizarían: Te amo, mi ángel.

Ni Peter ni Diane se habían movido ni dejado de mirarse. Ella carraspeó y se inclinó a él.

—Peter, mi dulce amor, sabes que te amo y que para mí eres lo primero, ¿verdad? —declaró con una dulzura conmovedora, anhelando hasta doler que él la estrechara contra su pecho y la besara sin límite.

—Lo sé, pero a veces pienso que... —Se detuvo, no quería pronunciar lo

que le corroía el alma. Negó con la cabeza, se arrodilló ante ella y, tomando su bellissimo rostro entre sus manos, besó brevemente sus labios—. Perdóname, mi vida, perdóname.

Se alzó, dio una rápida mirada a los demás y de forma atropellada murmuró una disculpa antes de encaminarse, precipitado, a la cocina.

—¿Estás bien, chiquilla? —se preocupó Anthony, adelantándose a lo que, sin duda, le iban a preguntar.

—Sí, sí —le respondió, sin perder de vista por donde se había ido—. Esto es muy duro para él —suspiró—. Aquel diagnóstico tan pesimista nos hizo mucho daño y... Tal vez yo me he obsesionado con el embarazo y...

—Y nada, hija —intervino Pamela, que comprendía perfectamente a la pareja—. Tus deseos de ser madre son totalmente lógicos, como también lo es su miedo de que pueda pasarte algo. Solo tenéis que ser sinceros el uno con el otro e intentar comprenderos, y teneros paciencia...

Diane esbozó una leve sonrisa ante su sabio consejo. Todas esas cuestiones ya las habían tratado más de una vez, pero insistiría todas las que fueran necesarias. Cualquiera cosa antes que estar disgustados.

—Voy a hablar con él. Mi Thor me necesita —comentó lo último para relajar los rostros de preocupación que exhibían sin reparo.

—No, déjame a mí si no te importa. —Diane asintió a la petición de Anthony—. Tengo ganas de sacudir a alguien.

—Sí, va a ser brutal. Iré a por mi maletín —bromeó Adam, conocedor de la habilidad verbal de su abuelo para poner a su primo, o a cualquiera, entre las cuerdas.

—¡A ver si hago precalentamiento contigo, nieto número dos!

La falsa amenaza surtió efecto e hizo que Adam no siguiera con su broma.

—Estás muy agresivo últimamente, papá —acotó Norbert echándole una fugaz mirada por encima de su copa, tras analizar minuciosamente y sacar sus propias conclusiones del breve pero intenso episodio vivido.

—Será porque estoy deseando ver en marcha nuestra Fundación, ¡demonios!

—Abuelo, estas nevadas lo retrasan todo —explicaba Johan apesadumbrado—. Estamos teniendo un invierno excepcionalmente crudo, por lo que las obras exteriores sí van con mucha lentitud; no así el interior, que pronto empezaremos con su equipamiento.

—Lo sé, lo sé. No me hagas caso, tan solo se trata de las ganas de este viejo por ver funcionando esa buena labor. En el aspecto de asesoramiento y representación legal ya lo está haciendo, y muy bien. —Se había levantado mientras hablaba y dejado su copa, vacía, en una mesita auxiliar—. ¡Pero es que ya tengo una edad!

—¡Tonterías, Anthony! —saltó Diane con brío—. Que te queda mucho por hacer aún. Además, seguro que tienes a un montón de mujeres suspirando por ti, ¿verdad? —lanzó la pregunta a los demás, que con diferentes gestos mímicos le respondieron—. Aunque ya sabemos que solo amas a tu Betty —terminó con voz dulce.

Anthony la miró con cariño, el que sentía por ella desde que la conoció. Así era como quería verla: guerrera y desafiante. Valoraba su lucha para salir adelante en unas circunstancias personales tan terribles, su vitalidad y optimismo, y su lealtad a la familia. Pero, sobre todo, el amor incondicional que le tenía al primo de sus nietos, y que él consideraba uno más, a Peter.

—Chiquilla —le dijo mientras le ponía una mano en el hombro—, voy a hablar con *el melenas* de tu marido, seré clemente con él. —Suspiró después de guiñarle un ojo—. Una cosa sí es cierta: todavía me quedan cosas por hacer. Una de ellas es la de cuidar y encauzar la nueva generación —señaló al piso superior—, así como a los futuros, entre los que estarán los vuestros.

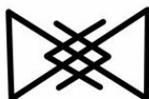
Diane tragó saliva para disolver el nudo de emociones que se le había formado en la garganta. Sentía los ojos empañados y se veía incapaz de responderle.

—Y eso dadlo por hecho. No sé cuándo ni por cuál camino, pero lo conseguiréis.

Dejó un beso en su ya húmeda mejilla y ante el mutismo de todos se dirigió a la cocina, pero antes de abandonar el salón se giró y le reveló con total solemnidad:

—Mi amada Betty me dio su palabra de que así sería.

Capítulo 3



Apartó una de las robustas sillas de madera que bordeaban la mesa del comedor anexo a la cocina y tomó asiento en ella.

—¡Por todo el valhalla...!

Echó la cabeza hacia atrás, cruzó las manos tras la nuca y dio un profundo y sonoro suspiro.

Reviviendo en su mente lo acontecido segundos antes en el salón, y sin engañarse, admitía que sus actos habían estado fuera de lugar, su explosión... no tenía forma de justificarla. Como tampoco la reacción provocada, involuntariamente, en Marita y de la que se había percatado perfectamente.

¿Cuándo dejó de ser un hombre tranquilo en sus respuestas?

¿Cuándo dejó de pensar antes de hablar?...

Y lo más importante: ¿por qué había encarado así al amor de su vida?!

—Fácil —murmuró en una conversación consigo mismo—: Porque ella es quien le da sentido a mi mundo y...

—Exacto, chaval —lo sorprendió Anthony, que lo observaba en silencio desde la puerta de la cocina.

Peter, sobresaltado, se giró a él esperando ver reproche en su rostro, pero no era ese el sentimiento que mostraba.

—Abuelo, discúlpame, por favor —empezó a excusarse. Su intención de acercarse a él se vio frenada cuando aquel, con paso rápido, llegó a su altura y lo abrazó.

Anthony amaba a sus nietos de sangre, y de todos era conocida la especial sintonía que tenía con Johan por su similitud tanto física como en carácter;

pero por Peter, al igual que su difunta esposa, sentía un cariño especial. Quizás porque era hijo único, quizás porque se había criado en aquellas gélidas y lejanas tierras... O quizás, y más sencillo aun, porque era un buen hombre, como sus primos. Le dio unas palmadas en la espalda y se separó pero sin dejarlo ir al poner las manos sobre sus hombros, mirándolo con fijeza.

—¿Qué pasa, Peter? ¿Acaso hay algo más respecto al diagnóstico que no nos hayáis contado, o que ella no sepa? —planteó lo último con preocupación, notando que el bombeo de su corazón aumentaba.

—¡No! ¡Claro que no! —Peter le palmeó el cuello, apresurándose a sacarlo de su error—. Os hemos dicho todo, no hay nada más.

—¿Seguro? —insistió—. Mira que si es por dinero...

—Te lo repito, la verdad es la que habéis oído. Y la cuestión económica no es problema, lo sabes.

Anthony asintió y, llevándolo del hombro, se dirigieron hacia la mesa. Peter retiró una de las sillas para que la ocupara y él lo hizo en la suya.

—Sí hay algo que Diane ignora y que no le he dicho para no alterarla. —Al ver que Anthony fruncía el ceño, apresuró su explicación—. Cuando mi madre supo el diagnóstico, se ofreció a pedir una segunda opinión a un prestigioso ginecólogo que tiene su consulta en Zurich. Le envié una copia de toda la documentación que teníamos y ella le solicitó una cita.

—Y supongo que concordó con la doctora de aquí, ¿verdad? —lo interrumpió con nerviosismo.

—Punto por punto. Por fin estábamos en buenas manos. Ayer, al salir de la ginecóloga, pasamos un momento por el estudio con la excusa de que había olvidado hacer algo —hizo un gesto vago con la mano—, y, mientras ella hablaba con Johan, hice una copia de los nuevos resultados y se los mandé a mi madre. Esta mañana he recibido un mensaje de ella diciéndome que tiene cita con el doctor el lunes por la tarde.

—Bien hecho, pero lo que no entiendo es el porqué no se lo has dicho, estaría más tranquila, ¿no?

Peter negó con la cabeza, esperaba esa pregunta.

—Al contrario, recelaría. Cuando todo esto haya pasado, que estemos tranquilos, entonces se lo diré. —Pasó la mano sobre la lustrosa superficie de la mesa, alargó el brazo y cogió una manzana del centro de frutas que la decoraba—. Por eso no podrá estar aquí el martes para la intervención, como

pretendía; aunque, conociéndola, no tardaremos en verla.

—Y cargada de maletas —apostilló Anthony con ironía ante lo que era seguro.

—Ni lo dudes —admitió, dejando de nuevo la fruta en su lugar.

—¿Estará mucho tiempo ingresada? —Recordó que no habían mencionado ese detalle.

—Ni veinticuatro horas. Es una cirugía laparoscópica, con lo que el tema de puntos de sutura es mínimo. Adam se ha puesto en contacto con la doctora para pedirle permiso y poder acompañar a Diane en el quirófano, va a ser una sorpresa, así estará más relajada. —Se quedó pensativo unos segundos—. No me extrañaría que él también haya consultado el caso con algún colega, pero no me ha comentado nada.

Anthony se removió en su asiento y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda; sabía que su nieto sí lo había hecho, como le confesó al pedirle que buscara más información sobre el problema físico de Diane, pero había prometido no delatarlo. ¿Y por qué Adam no se lo había confesado a su primo? Por los mismos motivos que este tampoco se lo decía a su esposa: no causar más inquietud.

—Bien por él. —Fue su lacónica respuesta. No obstante, intuía que había algo más, algo que lo perturbaba de forma incontenible. Carraspeó, ajustó las bocamangas del jersey azul sobre los puños de su camisa blanca y volvió a aclararse la voz.

—Y si todo está controlado y dentro de lo esperado, ¿a qué se debe tu actitud? Porque lo que he visto antes, lo que todos hemos visto, ha sido a un hombre que casi pierde el control.

Peter lo miró a los ojos, inteligentes e inquisitivos. Sabía que detrás de las palabras cruzadas con él había una intención oculta, que no rebajaba su verdadera preocupación por Diane, pero que eran el camino de entrada hacia la cuestión que desde el principio había querido abordar. Asintió con la cabeza, *«ha llegado la hora de soltar lastre»*, se dijo, sintiéndose más ligero con tan solo ese pensamiento.

—Luego me disculparé con todos. Ha sido imperdonable —manifestó con la vista ahora en el suelo, avergonzado.

—Ya lo habrán olvidado, no te preocupes —lo animó Anthony, dándole una palmada en una rodilla.

—No sé por dónde empezar...

—Por donde sea, yo te encauzaré —lo instó, deseoso de conocer qué era eso tan grave que le provocaba tanta desazón.

Tomó una bocanada de aire y se quitó el elástico que recogía su pelo, revolviéndoselo con los dedos.

—Abuelo. —Este se inclinó hacia delante, el momento de la confesión había llegado.

—Estoy aquí, muchacho, y te ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

Peter le sonrió levemente antes de abrirle su corazón.

—Abuelo, amo a mi esposa con toda mi alma. Creo que no podría amarla más aunque quisiera. Su vida es mi prioridad, pero temo que antepone el deseo de ser madre a su salud. La has oído antes, el primer motivo de la operación es la maternidad, y luego lo demás. ¡Y me niego a que sea así! — Dio un puñetazo sobre la mesa y se levantó mientras varias piezas de fruta rodaban por esta, y que Anthony se apresuró a recoger para que no cayeran al suelo.

Fue hasta la encimera, apoyó las manos en ella con la cabeza hundida entre los hombros y los ojos fuertemente cerrados. Respiró profundamente varias veces hasta normalizar su pulso y se giró despacio a Anthony.

Este, que no se había movido de su lugar, no intervenía para dejar que expulsara todo lo que llevaba dentro, toda esa amargura.

—No pienses que soy una bestia insensible, comprendo perfectamente su deseo de quedarse embarazada, ¡pero no a cualquier precio! —Cruzó los brazos sobre el pecho, recostado en la isla—. Cree que me ha fallado, que no podrá cumplir todas mis expectativas...

Anthony se levantó despacio, sorprendido por lo que escuchaba.

—Incluso me dijo que debía dejarla y buscarme una mujer que...

Se le quebró la voz al verse sacudido por un llanto que no tenía forma de sofocar. Toda la tensión acumulada había salido a flote y le desbordaba de manera descontrolada. Sintió el fuerte brazo que le pasaban por los hombros.

—¡Demonios, muchacho! ¿Esa chiquilla se ha vuelto loca? ¿Pero en qué cabeza cabe tamaña sinrazón? Creo que tendré que darle unos azotes. Sí, y se los voy a dar ahora mismo, ¡demonios!

Soltó a Peter y dio unos pasos, dispuesto a cumplir con su palabra, pero la mano de Peter en su antebrazo lo detuvo.

—Si alguien le tiene que dar unos azotes, seré yo —anunció, para añadir con picardía—: Y no precisamente de castigo.

Anthony sonrió ladinamente, había conseguido sacarlo de su momento de aflicción, distraerlo.

—No quiero saber los pormenores —aseveró, haciendo una mueca de espanto—. Sentémonos otra vez. Supongo que esto lo habéis hablado, ¿verdad? Que conoce lo que piensas y sientes, ya sabes que...

—... la comunicación es primordial en una pareja —parafraseó a su abuelo mientras tomaban nuevamente asiento—. Sí, por supuesto que le he dejado claro todo lo que pienso. Abuelo, sí quiero tener hijos, pero con ella, exclusivamente con ella. E insisto: sin que corra más riesgo que el de un embarazo normal.

—Te comprendo perfectamente. También pasé por una situación similar —reveló, provocando la extrañeza de Peter.

—¿Tú y la abuela? —preguntó con poco atino.

—¡No! Con Cleopatra —le respondió contrariado por su estúpida suposición, y dándole una sorpresiva y fuerte palmada en la nuca—. Un poco de respeto, ¡demonios!

—¡Auch! Que ha dolido...

—De eso se trataba. —Suspiró con resignación antes de seguir hablando—. El embarazo de tu tío Norbert fue complicado, los meses más angustiosos de mi vida por el latente riesgo de aborto; solo conseguí respirar con normalidad cuando nació y me cercioré por mí mismo que los dos estaban bien. Sin embargo, los médicos desaconsejaron tener más hijos, y no nos resultó fácil asimilar la mala noticia; pero lo conseguimos con paciencia, tesón y mucho amor.

Anthony dijo las últimas palabras con los ojos empañados por la nostalgia de aquellos años llenos de felicidad. Años también de duro trabajo para hacerse un hueco y un nombre en el mundo de la abogacía. Años de ver crecer a su único hijo, de guiarlo y formarlo; de escuchar de sus labios que quería ser como él, seguir sus pasos. Años de venerar a su bella esposa y de ser correspondido como ningún hombre lo haya sido jamás. Años de...

—Abuelo, lo siento. No quiero entristecerte trayéndote amargos recuerdos —le dijo con pesar. Y era cierto, no deseaba que sus problemas le afectaran al punto de ver tanta congoja en su rostro.

Anthony, saliendo del torbellino de momentos vividos que inundaba su mente, se frotó la cara con las manos y asintió.

—No pasa nada, cosas de viejos.

—Ya. A ver, después de la operación vendrá un largo tratamiento hormonal, de fecundidad... Exámenes periódicos y... —Se levantó y en dos zancadas se plantó en medio de la cocina con las manos en las caderas y aspecto desafiante.

Anthony lo miró sorprendido, ¿todavía había más?

—¿Y...? —lo instó a seguir.

—¡Y no quiero que se pierda la magia!

No entendía a qué se refería, así que le hizo un gesto con la mano para que siguiera hablando.

—¡Por todo el valhalla! No quiero que se apague la chispa de la espontaneidad. Amarnos en cualquier momento, cuando el deseo nos queme. No estar pendiente de un termómetro que nos indique que ahora es el momento ideal para engendrar. ¡No somos animales! ¡No quiero aparearme, mierda! Quiero hacerle el amor a mi mujer hasta volverla loca. Donde sea, donde...

—Peter —llamó su atención; pero él, en su desaforado discurso, no lo oyó y continuó hablando, gesticulando, dando pasos adelante y atrás. Irreconocible, como pensaba boquiabierto Anthony.

—Quiero que me siga llamando por teléfono al estudio porque al pensar en mí se muere de lujuria, no porque está en un momento fértil. Quiero salir corriendo, loco, porque me espera en casa con una urgencia que me incendia. Arrancarle la ropa y hacerla mía una vez y otra y otra...

»En el sofá del salón... Luego en la ducha, enjabonarnos y llenarla de caricias que la hagan temblar entre mis manos. Y sentir las suyas por mi cuerpo, su boca dominante y exigente. Porque, sí, ¡la quiero exigente! Y que me lleve a la cama y me domine como si yo fuera un caballo desbocado. ¡Y romper las sábanas en esa lucha por el poder! Y cabalgar los dos mientras el sudor suyo se mezcla con el mío y nos poseemos. ¡Fuerte y hasta el fondo!

En cuatro zancadas, ondeando su pelo por la rapidez con la que se movió, se plantó delante de Anthony y, agarrándolo por los hombros, se siguió sincerando.

—¡¿Y sabes por qué?! ¡¿Lo sabes?! —

Mudo y pasmado, así se hallaba ante la sorpresiva actitud de Peter que le estaba calentando las venas. No tuvo tiempo ni de negar con la cabeza.

—¡Pues porque la amo, abuelo! —Lo sacudió con energía—. Porque no quiero que un acto tan sublime se vuelva solo carnal. Y porque me excita que

me desnude con prisa para tenerme en su interior por puro goce y placer, sin pensar en nada más. Y también quiero que...

—... ¡Que te calles! ¡Demonios, muchacho, que no soy de piedra! ¡Por todo tu valhalla y mi maldito infierno, joder! ¡¿Pero tú te oyes?! Creo que voy a necesitar una revisión del marcapasos antes de tiempo —le soltó, librándose de su agarre y apartándolo un poco bruscamente.

—Lo siento, solo quería que entendieras mi...

—¡Ya! Me ha quedado perfectamente claro, ¡por todos los demonios! Tengo la sangre hirviendo, ¡¿cómo miro yo ahora a Diane a la cara, di?! No hacía falta tanto detalle, ¡por todo el inmundo infierno! No sé ni qué decirte —resoplaba Anthony sintiendo que una necesidad ya vieja y casi olvidada se había vuelto a despertar, y volvió a maldecir para sí, «¡¿pero será posible cómo me ha puesto?!»—. Tráeme algo fresco para beber.

—¿No quieres otra copa de coñac? —le ofreció taimadamente Peter, comprendiendo su apuro pero sin arrepentirse de haberse abierto a él.

—¡Lo que me faltaba ahora, más calor! Y coge hielo para ti.

Peter, con la puerta de la nevera abierta y a punto de coger una jarra de zumo de naranja natural, se volvió a él con extrañeza. Lo vio mojarse las manos bajo el grifo de uno de los fregaderos, mascullando algo.

—¿Para qué quiero hielo?

—Para que te lo echas por dentro del pantalón, a ver si te enfrías. ¿Tú has visto la erección que tienes y cómo estoy yo? Así no podemos salir de aquí.

La risa del nieto le arrancó a él otra. No quería ni pensar en todo lo que había escuchado, al menos la última parte, por su paz mental.

—Todos creéis que soy una persona fría por lo tranquilo que me veis. Pero os equivocáis. —Anthony asintió mientras se secaba con un paño de flores las manos—. Soy un hombre y por mis venas no corre sangre, sino la lava que mi valquiria...

—¡Alto! No quiero saber lo que el demonio de tu valquiria hace con tu lava —bramó Anthony para detener lo que prometía ser otra declaración que los volvería a inflamar.

Peter, vertiendo en dos vasos el zumo y de espaldas a su abuelo, sonrió con socarronería. Todo lo manifestado era cierto, pero el motivo de las últimas frases era provocarlo adrede. Le ofreció uno de los zumos y se apoyó en el fregadero, junto a él, sin querer saber si era cierto que su abuelo se encontraba en las mismas condiciones que él: erecto.

—¿Algún consejo?

—No creo que lo necesites, muchacho.

—¿Y ahora qué hacemos?

Anthony le advirtió con la mirada que dejara ese sonsonete de mofa. Le dio un cogotazo y respondió:

—Esperar, demonios, esperar.

Apenas despuntaban las primeras luces del alba cuando se despertó. Inmediatamente, como sucedía siempre, una sonrisa invadió su rostro: la que le provocaba cada mañana sentir la tibieza del cuerpo de su valquiria pegado a él. Lentamente tiró del edredón y cubrió su delicada espalda, que estaba parcialmente al aire. Diane apenas se movió, solo lo necesario para afianzar su brazo derecho sobre la cintura de su amado, que dejó un leve beso en su frente y cerró los ojos tras un suspiro.

Después de la conversación que Anthony y él mantuvieron, y que no se desarrolló como el primero había planeado, se disculpó ante la familia por su desabrida reacción; disculpas que casi no le dejaron manifestar, pues sabían que los nervios le habían jugado una mala pasada.

Abrió los ojos, alzó un poco la cabeza y dobló su almohada debajo de ella. Imposible volver a dormirse, su mente era como un carrusel que no dejaba de dar vueltas a un ritmo frenético, saltando de una idea a otra, de visión en visión.

No había exagerado ni un ápice en su volcánica declaración sobre lo que Diane provocaba en él, en absoluto; *«es más, me quedé corto. De todas formas, ¿cómo no me di cuenta de lo que le decía?»*. No es que se arrepintiera, pero comprendía que había violentado un poco a Anthony. *«Somos hombres, ¡por todo el valhalla!, no se va a escandalizar a estas alturas»*. Se mordió el carrillo para no reírse ante el brete en el que le había puesto.

Después de dejar la casa de Johan, se dirigieron a la suya. En el trayecto, hablaron lo justo para que él iniciara una nueva disculpa y ella lo acallara mientras le acariciaba el muslo. La entrada en el apartamento fue precipitada, habrían llegado al dormitorio si la urgencia por fundirse el uno en el otro les hubiera dado una tregua, que no sucedió, y medio desnudos se amaron con una entrega furiosa.

Se removió en el lecho, ese recuerdo estaba avivando una zona de su

anatomía que nunca estaba satisfecha, y sí siempre en guardia ante cualquier requerimiento o sugerencia por parte de su, ahora, bella durmiente. Días atrás, planearon pasar el domingo navegando; pero cambiaron de idea, se quedarían en casa, «¿dónde mejor que aquí, mi vida? En nuestra cama, a tu lado», pensó, sintiendo un nuevo tirón en su entrepierna. «Esto va de mal en peor», admitió, hundiendo la nariz en el cabello de ella y aspirando su aroma, «y va a empeorar».

No pensaba despertarla por mucho que la necesitara, la noche había sido intensa, ninguno de los dos se dieron un respiro; tan solo lo justo para una improvisada cena que terminó convirtiéndose en un divertido juego sexual, culminado con ellos en la amplia bañera y rodeados de espuma mientras Diane buscaba su extraviada esponja entre las pompas de jabón, afanándose de manera obstinada en encontrarla entre las piernas de Peter.

Reprimió una carcajada; le gustaba que fuera así: desinhibida. Ese camino lo habían recorrido juntos, cierto que él había sido su primera relación, «y seré la última, ¡por todo el valhalla! De eso me encargo yo», pero o bien ella resultó ser muy buena alumna o él un magnífico profesor; de lo que no había duda era de que se complementaban a la perfección en la intimidad, desde la primera e inolvidable vez. Las palabras que cruzaron antes de entregarse inundaron su mente y calentaron su corazón...

—*Mi dulce amor, ¿crees que me importa el lugar? Sé que habrías preparado algo maravilloso, mágico; pero eso no lo haría mejor.* —Sintió de nuevo el beso que ella le dio en aquel momento—. *Solo tú, con tus palabras, con tus caricias... lo harás especial; y sé que será así porque mi piel muere por vivir en la tuya.*

Se estremeció ante el recuerdo, como siempre le sucedía, y lo completó con la respuesta que él le dio:

—*Pues deja que la mía te muestre lo que mi boca ya no sabe expresar... Te amo con todo lo que soy y seré... Min lille, mi amor, construyamos nuestro propio valhalla. Sé tú mi valquiria, la amada.*

Y así había sido, era y sería: su valquiria, la muy y eternamente amada.

Sin percatarse, una lágrima corría por su mejilla, fruto de la incuestionable y colosal verdad de sus sentimientos. Muy en el fondo, o quizás no tanto, sabía que nada cambiaría entre ellos cuando iniciaran la

última parte del tratamiento médico; pero le costaba toda la ayuda de sus ancestrales dioses nórdicos contener el pánico que le producía la idea de que no fuera así. *«No sucederá, nos amamos demasiado. Confío en ti, mi vida, sé que no lo permitirías. Aunque a veces me comporte como un energúmeno posesivo, celoso, cabrón y...»*.

El movimiento de ella frenó la catarata de epítetos con los que se estaba definiendo. Un suave beso sobre su corazón volvió a reanimar lo que él creía que estaba aletargado, confirmación que le llegó cuando la femenina pierna se desplazó por su muslo hasta rozar sus sensibles y expectantes atributos masculinos. *«¡Por todo el maldito valhalla!»*, resopló.

Necesitaba distraerse o... Con cuidado, extendió el brazo izquierdo y abrió uno de los cajones de su mesilla de noche, sacó un cuaderno y encendió una diminuta lamparita auxiliar que usaba cuando quería leer sin molestar con la luz a su esposa.

Se trataba de una especie de diario que comenzó a escribir cuando se fueron de luna de miel. Lo abrió al azar: Hotel Moresco, Venecia...

Si hubiera sabido que le iba a gustar tanto esta ciudad, habríamos venido antes. Aunque eso de que cada vez que alquilamos una góndola, el gondolero de turno no deje de piropear a MI mujer... No lo llevo bien. Ojalá tuviera el martillo de Thor para hundirle la puta barca...

Negó con la cabeza al leer lo anterior. Diane, con su forma de ser tan extrovertida, se ganaba a todo el mundo, empezando por los... *«Mejor dejarlo correr, son solo anécdotas»*, se dijo para calmarse. Y otro recuerdo, en Roma, lo hizo sonreír...

—Me niego a echar mi moneda en la fuente con tantas personas. —Fue su enérgica y rotunda protesta.

—Pues no entiendo el motivo —le dije mirando a nuestro alrededor. Era cierto que estaba muy concurrido, pero nos encontrábamos junto al pretil, solo teníamos que girarnos de espaldas y...

—¡Ay, mi Thor! ¿De verdad crees que Neptuno puede atender tantas demandas a la vez? Seguro que alguna no le llega. —No sabía si me hablaba en serio o no—. Y te aseguro que nuestros deseos los va a escuchar, como que me llamo Diane Lindgren.

Y nos fuimos.

Y tuvimos una movida siesta.

Y cenamos en un pequeño y coqueto restaurante.

Y volvimos a la Fontana de Trevi, obviamente.

La iluminación sobre esta le daba un aspecto mágico, sin duda muy diferente al que se apreciaba a la luz del día, y se hallaba bastante menos concurrida; en realidad, estábamos solos.

—Ahora sí, Peter. Ahora le llegarán nuestros deseos, y más le vale cumplirlos —refunfuñó mientras me entregaba un par de monedas. Miré mi palma: dos de dos euros—. Hay que ser generoso, las mías tienen el mismo valor.

Y no pude evitar pensar que el que sí iba a estar agradecido por nuestra generosidad sería el encargado de recogerlas; pero, lógicamente, me guardé de compartir mi sarcástico pensamiento.

—No lo olvides —me recalcó por enésima vez—. Tira las monedas con la mano derecha sobre tu hombro izquierdo y pide tu deseo mientras están en el aire, antes de que toquen el agua o no se cumplirá.

Francamente, me sentía un poco ridículo con tanto requisito.

—Así lo haré. Lo importante es que el de las barbas tenga buena memoria, porque a esta hora seguro que tiene la mente saturada de...

—¡No seas irrespetuoso ni negativo o no funcionará! Y tú —se giró levemente al que iba a cumplir nuestros sueños—, atiende y no pierdas detalle.

Y lo hicimos, lanzamos las monedas a la par que nuestros silenciosos deseos volaban junto a ellas. Oímos su chapoteo en el agua al caer y nos miramos sonrientes...

Nunca olvidaré el brillo de sus negros ojos. Ignoro qué fue lo que pidió y si se le ha cumplido; el mío se realiza constante y diariamente...

Dio un suspiro y cerró el cuaderno, dejándolo sobre la mesilla.

—Humm, ¿ya es de día? —ronroneó Diane mientras se pegaba a su glorioso cuerpo y estrechaba el abrazo de su cintura.

Peter se recolocó la almohada, y la atrajo hasta tenerla encima de él. Recorrió lentamente su columna vertebral con la yema de los dedos, mientras que con la otra mano le alzaba el rostro y atrapaba su boca, besándola a placer. Cuando tuvo su atención, paseó una caricia por uno de sus costados

hasta llegar al destino insinuado: sus respingonas nalgas, y atraparlas, continuando la andadura hasta la meta: el paraíso que se escondía entre sus piernas de terciopelo.

Diane lanzó un gemido que él esperaba con satisfacción.

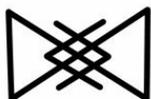
—Si quieres dormir —le propuso con malicia y sin permitir que sus dedos, buenos concedores de su intimidad, dejaran de torturarla—, solo tienes que decírmelo.

La respuesta le llegó en forma de una perfilada ceja alzada y de un leve pellizco en su tetilla izquierda que lo derivó a la más absoluta locura.

La giró para que quedara de espaldas sobre el colchón y tironeó del edredón, cubriéndolos totalmente, ocultándolos del resto de la humanidad. Serpenteó sobre su piel dejando besos incendiarios a su paso y le sujetó con decisión las caderas, frenando el incontrolable temblor que las sacudía, para seguir descendiendo lento pero sin pausa. Mordió su venerado monte de Venus y le dijo con una voz grave que ella conocía, y solo presagiaba emociones intensas:

—Sujétate bien fuerte, valquiria, que Thor se ha despertado hambriento.

Capítulo 4



La firma de abogados Wadlow Law Firm LLC ocupaba cuatro plantas del emblemático edificio Willoughby Tower en la céntrica y concurrida Avenida Michigan, y de las cuales era propietaria la familia Wadlow.

Aunque algunos *biempensantes* vaticinaron que el traspaso de la presidencia del bufete de Anthony a su hijo traería nefastas consecuencias, no fue así. Norbert, que hasta ese momento era el vicepresidente, continuó con la misma política que su padre había impuesto durante tantos años: lealtad y la mejor representación legal para sus representados, siempre en el marco del más exquisito cumplimiento de la ley.

No le resultaba difícil seguir esas directrices, eran innatas en él. Además, contaba con la inestimable ayuda de la vicepresidenta: Kathy, su nuera. Formaban un tándem perfecto; sin duda había sido un golpe de suerte que ella, la nieta del antiguo y único socio de Anthony, fuese a parar al bufete de este. Cosas del azar o del destino, daba igual, lo importante era que su valía como persona y como profesional se encontraba fuera de discusión.

—Y lo feliz que hace a mi hijo —comentó a media voz mientras se secaba las manos en una toallita de papel—. Y el nieto tan guapo que me ha dado.

Cogió la chaqueta, de lana en gris topo, que descansaba en el colgador de la puerta del aseo privado de su despacho, y se la puso, recolocándose los impolutos puños blancos de la camisa. Enseguida, una idea le dio un toque de atención a su memoria, conminándolo a completar sus palabras:

—Y Betty y William también son muy guapos, y Santiago, ¡demonios! —

remató, sonriendo.

Miró su imagen en el amplio espejo de pared, se ajustó el nudo de la corbata, de seda en color gris antracita, y tras pasar las manos por las solapas apagó la luz y salió, observando que ya habían retirado la bandeja de su frugal almuerzo. La reunión mantenida con un cliente se había alargado más de lo previsto, por lo que decidió comer en el despacho.

Sí, la vida les sonreía a él y a su esposa. Tres nietos en poco más de un mes.

—Y los que vendrán todavía —profetizó con malicia, retirando hacia atrás el sillón de su escritorio y sentándose.

Descolgó el teléfono para hablar con su secretaria personal:

—Susan, ¿sabe si ha venido hoy mi nuera? —No le extrañaría que así hubiera sido; fue imposible convencerla de que se olvidara del despacho por unos meses, el tiempo que quisiera o necesitara para estar con su pequeño. Solía pasarse un par de veces a la semana para ponerse al día y llevarse algún que otro expediente a casa, donde continuaba con su labor.

La respuesta fue inmediata.

—Brenda, su secretaria, me comentó que había avisado de que hoy no podría, tenía que llevar al pequeño al pediatra. Una visita rutinaria —aclaró de inmediato.

—Bien, gracias. Por cierto, ¿ha habido algún problema con la cancelación de las citas de mañana?

—Ninguno, señor Wadlow. He vuelto a organizar su agenda.

—Perfecto, gracias.

Durante la breve conversación no había apartado la vista del portarretrato de plata que, en la esquina derecha de su mesa, enmarcaba una emotiva y sonriente foto familiar. La instantánea había sido tomada apenas un par de semanas atrás, en ella se observaba a la familia al completo. Sonrió ante el recuerdo de lo que costó tomarla, pues el temporizador de la cámara de Peter saltaba haciendo la foto y ellos aún estaban terminando de acomodarse, *«incluido el perro, que no había forma de que dejara de olisquear a los pequeños»*.

—Qué orgullosa estarías, mamá...

Parpadeó un par de veces y encendió el ordenador para evitar que sus pensamientos siguieran por ese camino de dolor y añoranza que, aunque el paso del tiempo mitigaba, en ocasiones punzaba con saña.

Abrió la carpeta de su cliente de Juneau, una corporación petrolera que deseaba hacer una ampliación de capital, y a la que él representaba. Esa gélida tierra le trajo a la mente otra casi igual de fría: la de su sobrino.

Se recostó en el asiento y se viró hacia el amplio ventanal de su derecha: un tiempo desapacible e invernal se mostraba ante sus ojos, acompañado de un viento que rugía furioso. Como la reacción de Peter, que pilló por sorpresa a todos; menos a él, al que su carácter plácido no engañaba. Intuía que la intervención quirúrgica de...

Una llamada desde el teléfono interior lo distrajo de sus elucubraciones, por lo que alargó el brazo izquierdo y descolgó.

—Señor Wadlow —le habló su secretaria—, la señora Colosimo y una acompañante esperan en la recepción principal para ser recibidas por usted.

Norbert frunció el ceño, sorprendido. Era la primera vez que Virginia venía sola al despacho. Bueno, en realidad lo hacía con una ¿acompañante?...

—¿No está con su marido?

—No, señor.

—Bien, que les den sus credenciales y las acompañen. Las recibiré ahora.

Cerró el archivo y se quedó mirando con fijeza la puerta de entrada. ¿Qué quería? Desde luego asesoramiento legal no; ella no intervenía en los negocios de su esposo. Tan solo tenía un paquete de acciones, que no llegaba al cincuenta por ciento, de una fábrica textil que rentaba unos modestos beneficios. Conocía este dato porque, hace años y a petición de su amigo, había supervisado el contrato de separación de bienes que tenía el matrimonio.

Echó el sillón hacia atrás y se levantó. Su sexto sentido le hacía estar alerta. Algo en ella le molestaba, algo de lo que tanto su esposa como él eran conscientes: sus descaradas miradas, motivo por el que no tenían un trato más asiduo con ellos. Quizás otro hombre se habría vanagloriado de despertar ese interés en una mujer, pero él no, «*la única atención que necesito es la de mi Pam, y como a Virginia se le ocurra algún día hacerme la más mínima insinuación...*». Respiró profundo y bordeó la mesa para ir hasta la puerta, abriéndola, «*conocerá una faceta mía que no se espera*».

—Por favor, Susan, no se mueva de aquí hasta que mi visita se haya ido —le pidió—. Si tiene que ausentarse, disponga que la sustituyan —terminó de decirle—. Ah, y si hay alguna llamada, pásemela —concluyó finalmente, sería una buena excusa para dar por terminada la visita si esta no era

pertinente. «*No está de más ser precavido*», se dijo al asaltarle el recuerdo de aquella encerrona que provocó una empleada.

La pequeña antesala tenía una de las paredes de cristal, por la que miró fijamente las puertas de los ascensores, que se encontraban al fondo del amplio *hall*. Estaba inquieto y no entendía el porqué, lo que le causaba más desazón. Por eso prefirió recibirlas fuera del despacho, así podría hacer un rápido análisis de Virginia y su amiga cuando caminaran hacia él; sabía que la expresión corporal decía mucho de las personas, aprovecharía esos segundos.

Susan observaba a su jefe, después de tantos años a su servicio lo conocía perfectamente. Su pose rígida, con las manos cruzadas en la espalda y el índice de la derecha tamborileando sobre el dorso de la izquierda, tenía un significado: preocupación.

Norbert vio salir a la esposa de su amigo de uno de los ascensores, seguida de una mujer morena algo más baja que ella, así como a una de las recepcionistas indicándoles el camino que debían seguir. La desconocida observaba a su alrededor con curiosidad mal disimulada mientras asentía a lo que fuera que le estuviera diciendo su amiga. Ambas caminaban con paso firme sobre la moqueta gris, que silenciaba su taconeo, envueltas en lujosos abrigos y con unas sonrisas que a él lo hicieron ponerse en guardia. «*Aquí se trama algo, me apuesto lo que sea*», se dijo mientras salía a recibirlas.

—Querido Norbert, gracias por atendernos —lo saludó Virginia nada más llegar a él, dándole dos besos en las mejillas mientras con avidez aspiraba el aroma de su loción y le daba unas palmaditas en el antebrazo.

—Me alegro de verte. ¿Cómo está Lombardo? —quiso saber, además de intentar poner una barrera invisible entre ellos al nombrarlo. No le había gustado que lo olfateara, hecho del que sí se percató aunque ella creyera haber actuado de manera sutil.

—Lleva varios días en Las Vegas, ya sabes que no me cuenta nada de sus negocios. —Dio un profundo suspiro de resignación—. El trabajo es su medio de escape para superar la muerte de mi suegro.

Norbert se apartó de ella y asintió, sonrió a la otra mujer, que permanecía muda, e hizo un gesto con la mano para que entrasen en su despacho, yendo tras ellas. Las dos pasaron al lado de Susan, que seguía sentada tras su escritorio, sin dedicarle una mirada y menos un saludo; gesto que lo desagradó y le hizo negar con la cabeza de forma imperceptible.

Ya en el interior, tomó de manos de Virginia sus abrigos y los colgó en el ornamentado perchero de madera, que se encontraba en un rincón junto a un mueble librero. Al girarse, sorprendió un intercambio de miradas entre ellas que no supo descifrar.

—Quiero presentarte a mi amiga Charity Kendrig, viuda del conde de Durham; hace unas semanas que ha regresado de Inglaterra —la presentó con orgullo Virginia.

La aludida alzó su mano derecha, en la que lucía un impresionante solitario con un diamante, y Norbert la tomó con delicadeza llevándosela a los labios, pero sin llegar a besarla y haciendo una levísima inclinación de cabeza.

—Es un placer conocerla, señora Kendrig. Pero, por favor, tomemos asiento —les pidió, señalando al amplio sofá que tenían a sus espaldas.

—Gracias por su tiempo, señor Wadlow, sé que es un hombre muy ocupado —apuntó la inglesa mientras bordeaba la mesa baja de mármol verde y tomaba asiento en el sillón de cuero negro de una sola plaza—. Llámeme Charity, o Lady, como hacen mis íntimos; prefiero que nos tuteemos si lo ve correcto.

Norbert sonrió, esperó a que Virginia se acomodara y después lo hizo él, en el otro extremo del sofá de tres plazas.

—Me parece perfecto, Charity —comentó mientras se desabrochaba el botón central de la chaqueta y pasaba la vista de una a otra—. Norbert —le indicó para su conocimiento.

Había percibido entre sus palabras el acento de aquella lejana tierra. La observó con atención durante unos segundos, lo justo para no ser descortés pero lo suficiente para apreciar su gesto elegante al pasar las manos por la falda de su traje de chaqueta color chocolate, la espalda recta y la cabeza erguida, quizás demasiado. Esto último, junto al hecho de haberle tendido la mano para que se la besara y no para estrecharla, le indicaba que en el escalafón social se sentía por encima de él; y ese punto de arrogancia, de creerse más que los demás, no le gustó, «*ya veremos cuánto hay de verdad en ti*», se dijo sin dejar de sonreír, curioso.

Virginia atendía el breve intercambio de frases entre su amiga y el hombre que le robaba más de un suspiro. Esa mañana, y ante el bien abastecido ropero, había elegido con especial cuidado la vestimenta que quería lucir: vestido de lana en color azul pavo real con escote de pico,

medias de seda y zapatos negros con tacón de aguja; unos diminutos pendientes de oro, reloj de marca y su alianza de matrimonio junto a la sortija de compromiso completaban su atuendo. El cabello, castaño y ondulado, lo llevaba suelto, como intuía que a él le gustaba, pues esa era la forma de peinarse de Pamela. Resumiendo, sexi pero sin delatar su intención de resultar atractiva para él.

«Ahora entiendo que Virginia esté loca por el abogado. No me importaría amarrarlo a mi cama aunque tuviera que compartirlo con ella», el involuntario pero sincero pensamiento la hizo removerse en su asiento. Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre, y el ejemplar que tenía delante se le antojaba que podría cumplir todos y cada uno de los sueños eróticos que la asaltaban cada noche. Parpadeó un par de veces, «*tengo que centrarme, ahora hay algo más importante*», recondujo sus lujuriosos pensamientos.

—Y bien, ¿a qué debo esta visita? —preguntó Norbert mirándolas alternativamente, inclinándose hacia delante y reposando los antebrazos en sus muslos, las manos cruzadas.

—¿Crees en las casualidades? —indagó Virginia, poniendo una mano sobre el mullido asiento que la separaba de él.

—Bueno, en mi trabajo he visto de todo —le contestó generalizando—. A veces, se dan un cúmulo de circunstancias que nos hace llegar a la conclusión de que algo ha ocurrido por casualidad, cuando puede que no sea así.

Lo observaban con atención, analizando su exposición. Charity dio un suspiro, «*no estoy yo para acertijos*», pensó con desagrado y procurando no delatarse con alguna mueca involuntaria.

—¿Eso es que sí, o que no? —insistió Virginia, pero no lo dejó contestar—. No importa, el caso es que por una casualidad, que quizás se hubiera dado en otro momento, estoy segura, pero...

—Virginia —la reclamó su amiga—, que te dispersas.

Norbert sonrió ante lo acertado de su regaño.

—Bien, lo que iba diciendo —repuso, haciéndole un mohín de disgusto a su amiga y girándose más a él—. Como recordarás, el verano pasado estuvimos en la boda de tu sobrino. Una ceremonia magnífica y muy emotiva, Lady, te habría encantado asistir —le dijo directamente a su amiga, a lo que esta asintió.

Charity no quiso hacer comentario alguno, le apremiaba que Virginia

siguiera hablando y poder llegar al asunto que le importaba: su...

—Sigo. El caso, Norbert —paladeó su nombre, «*cómo me gustaría que tus manos me hicieran llamarte entre gemidos*», dio un profundo suspiro que hinchó su pecho de forma apreciativa y soltó el aire con fastidio ante su inútil sueño—, es que ahí conocí a la novia, y me llamó mucho la atención porque me recordaba a una persona en particular; además de que iba preciosa —se apresuró a matizar.

Esperaba que el motivo de la sorpresiva visita fuera la solicitud de un consejo legal o cualquier otro tema relacionado con su trabajo. Por eso, la mención de la boda de sus sobrinos, y más concretamente de Diane, lo descolocaba. Se echó hacia atrás lentamente, serio, a la espera de más datos para poder hacerse una composición de lugar.

—Les hice un montón de fotos, como la mayoría de asistentes —siguió narrando Virginia, visiblemente nerviosa—. Y, bueno, algunas se las mandé a mi amiga. —Señaló a Lady con la mano, ocultando que también le envió un par de instantáneas de él para feliz regocijo de ambas.

—Y, con todo respeto y sin ánimo de ofender, ¿qué interés podría tener en ver las fotos de mi sobrina una desconocida? —inquirió con un tono duro y demandante que no gustó a ninguna de las dos mujeres.

Un pensamiento diabólico se empezó a abrir paso en la mente de Norbert, muy dada a elucubrar y plantear hipótesis. Por ello, por esa deformación profesional, la hizo a un lado. La inquietud que observaba en Virginia contrastaba con la calma de Charity, «*si es que realmente la hay bajo esa pose tan fría y distante*».

Esta bajó la vista a sus manos y jugueteó con el anillo que su difunto marido le regaló cuando se comprometieron, «*felices tiempos aquellos, en todos los sentidos*». Le estaba costando todo su autocontrol mostrar una imagen serena, digna y acorde con el estatus social que ocupaba. Sin embargo, su amiga le estaba empezando a contagiar los nervios que mostraba sin reparo. Esa era una de sus diferencias: mientras que Virginia se dejaba llevar por su talante visceral, ella era más cerebral. Aunque si hacía un análisis crítico de cómo habían transcurrido sus vidas, cualquiera pensaría que era justamente al revés.

—Norbert —repitió su nombre despacio, como si quisiera involucrarse con él. Este frunció el ceño, molesto por el tono empalagoso con el que lo nombraba y decidido a que sería la última vez que lo emplearía—, escuché a

algunos invitados comentar el origen de Diane y...

—¿Y qué? —la cortó brusco—. Su vida es intachable.

—Querido, déjame...

—¡Basta, Virginia!

Esta comprendió al instante que se había delatado. No es que le importase mucho, «hay que arriesgar para conseguir lo que se quiere», opinaba. En las ocasiones, no tantas como a ella le gustaría, en las que salían los dos matrimonios a compartir una velada, al estar presente su marido se comportaba de forma muy discreta, o eso creía. Ahora, con Lady a su lado y conocedora de sus sentimientos, no tenía por qué disimular tanto; sin embargo, la resistencia que encontraba solo la alentaba a perseverar en su empeño de seducir a ese hombre que se le mostraba esquivo. Pero ya habría ocasión para ello.

—No decían nada malo —obvió su advertencia—. Solo hablaban de su orfandad. Pero uní ese dato y el de la edad a su parecido físico con mi amiga. —Se colocó un mechón de pelo tras la oreja, incómoda—. Até todos esos cabos y llegué a una conclusión, aunque necesitaba que ella la verificase, claro.

El escalofriante pensamiento que Norbert había encarcelado al fondo de su mente fue liberado por otro que le causaba más espanto aun. Si lo que se negaba a aceptar, era cierto... Tomó aire y lo expulsó sonoramente por la nariz, sentía un conocido martilleo en las sienes: el anuncio de problemas.

—¿Y a qué conclusión te llevó tu razonamiento? —le demandó saber mientras la taladraba con la vista.

Charity cuadró los hombros y carraspeó. Virginia se había sobrepasado en su coqueteo, y eso no la beneficiaba a la hora de hacer su presentación.

—Esa pregunta la responderé yo —intervino con voz autoritaria, más de la que hubiera deseado o sido conveniente.

Norbert dirigió su atención a ella.

—Bien, me da igual quién lo haga, pero exijo una aclaración, ¡ya!

Virginia dio un pequeño respingo en su asiento, esa voz de mando la excitaba hasta el punto de no poder evitar morderse el labio inferior; acción que le pasó desapercibida a Norbert, pues no quitaba la vista de la mujer que tenía frente a él.

—La llevó a la misma conclusión que a mí.

Le habló con un punto de altanería, retándolo a que apartara la vista como

gesto de sumisión, pero sin conseguirlo. Al contrario, vio que el brillo grisáceo de sus ojos se afilaba.

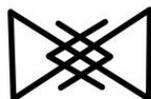
—Y es...

Silencio.

Alzó una de sus perfiladas cejas y una sonrisa mostró su perfecta dentadura. Ese hombre exudaba poder, sí; sin embargo, ella era la que tenía el control de la situación. Y el conocimiento de dicho dominio le permitió alargar esos segundos extras de mutismo antes de satisfacer su curiosidad.

—Que soy su madre.

Capítulo 5



«Que soy su madre».

Esas cuatro palabras restallaban en la mente de Norbert de forma seca y dolorosa. Pertinaces al repetírselas una y otra vez, y descontroladas al entrar en un bucle que solo conseguía angustiarse hasta el ahogo. Bajó la mirada por el cuerpo de esa imperturbable mujer y la arrastró por la mesa que los separaba mientras se inclinaba hacia delante y clavaba los codos en las rodillas, juntó sus manos y fijó la vista en ellas, por fin.

Agradecía el silencio que los rodeaba, necesitaba pensar, entender y organizar una estrategia para... «¡Para nada, mierda!». Dio una fuerte palmada sobre el mármol y se levantó de un salto, dirigiéndose hasta el ventanal. De espaldas a ellas, cruzó las manos sobre la nuca y la masajéó.

Lady y Virginia intercambiaron una mirada de advertencia.

Esta última le hizo un gesto con la mano a su amiga para que estuviera tranquila, sabía que Norbert era un hombre de carácter templado. La reacción que acababan de ver era lógica, normal ante una noticia tan inesperada. Aprovechó para admirar los músculos en tensión que la chaqueta marcaba al tener él los brazos levantados, cómo se frotaba el cuello, e imaginó esos dedos recorriendo con destreza y ansia su anhelante cuerpo. Porque, sí, en su fantasía, él la deseaba y la hacía suya con tal pasión que le vendería el alma al diablo si así conseguía que se cumpliera su repetido sueño.

Mientras, haciendo caso a la indicación de la otra, Charity permanecía razonablemente serena. Nunca imaginó verse en esa circunstancia, pero la vida estaba llena de sorpresas, como ella había comprobado en sus propias

carnes. En un primer momento, quiso presentarse directamente ante su hija, sin intermediarios; sin embargo, Virginia la convenció de que podría ser contraproducente, que Diane se podría cerrar en banda, no creerla y echarla de su casa, e incluso llamar a la policía... *«Escándalo que no deseo»*, pensó con horror. Pero vista la actitud de su amiga ante él, *«¿no habrá sido una excusa para estar aquí y recrearte con su visión, eh?»*, se planteó dudosa.

Suspiró en un intento de liberar tensión. Apoyó una mano en el cristal de la ventana y la otra en su cadera, moviendo la cabeza a un lado y otro. No se podía permitir el lujo de dejar salir toda la ira que lo recorría. Él, mejor que nadie, sabía que no era correcto juzgar a una persona sin conocer el porqué de su actuación, los hechos y las circunstancias que lo hicieron escoger uno u otro camino. Tamborileó sobre la fría superficie y decidió que era el momento de actuar. *«Cómo suponer que esto podría pasar. Además, sean cuales sean sus intenciones, no me gusta; demasiados interrogantes, demasiado misterio alrededor. ¡Toda una vida de olvido y abandono, joder! Y ahora...»*.

Bajo la mirada atenta de las dos mujeres, se dirigió a uno de los librereros y abrió un compartimento, tras las dos puertas se hallaba un pequeño pero bien surtido bar. En una copa de bola vertió la bebida escogida, coñac, y le dio un trago. El líquido y oloroso elemento le calentó la garganta y las entrañas, heladas ante el cariz de la visita; no les preguntó si deseaban tomar algo, lo último que le apetecía era montar una amena y afectuosa tertulia en torno a una botella.

Se planteó cuál sería la mejor estrategia para romper la máscara de hielo que mostraba la supuesta madre de su sobrina y averiguar lo que era una cuestión básica: si realmente era su hija; incluso ante el evidente parecido físico que tenían ambas.

—Hace unos meses me han hecho abuelo. —Empezó a hablar mientras se dirigía a su escritorio, copa en mano. Se recostó en el filo y cruzó las piernas a la altura de los tobillos, dio otro sorbo y dejó la bebida junto a la foto de su familia—. Dos niños y una niña, sanos y preciosos; sin duda, una bendición de Dios.

Miró el portarretrato y sonrió, como siempre hacía; la felicidad que irradiaban los rostros captados era exultante. Diane tenía en sus brazos a la pequeña Betty, que dormía, sus ojos brillaban de amor, de esperanza por acunar así algún día a su propio hijo. Ese pensamiento lo enervó al punto de

tener que sujetarse al borde de la mesa para refrenar el impulso de ir hacia esa mujer y zarandearla hasta que mostrara alguna emoción o sentimiento por la que, de forma tan fría, se refería como su hija. «¿De verdad Diane, que es un torbellino de alegría, tan afectuosa, puede ser hija de... este témpano de hielo?», se cuestionó, refrenándose para no soltar algún impropio.

—Lo sé, Norbert. Me alegro mucho por vosotros —le dijo Virginia con voz prudente, quieta en su lugar.

—Gracias —le respondió de forma escueta, sin cambiar de postura, y se dirigió a la otra mujer—. Mi nieta aún no tiene dos meses de vida. Prácticamente el mismo tiempo con el que abandonaste a Diane, ¿verdad? —le lanzó la pregunta con tono moderado, escudriñando en el perfil de su rostro cualquier señal que le diera una pista para entender su actitud.

Charity cruzó una pierna sobre la otra, sin prestar atención a que su falda se había subido un poco, y se giró a él para quedar frente a frente.

—Sí, algo más de un mes —le confirmó.

—¿No lo sabes con exactitud? —repuso sin darla tiempo a pensar.

—Han pasado muchos años —se justificó, alzando la barbilla.

—¿Cuántos? Si de verdad es tu hija, lo tienes que saber. ¡¿Qué clase de madre no sabría su edad?! —le espetó con acritud, negándose a ocultar el rechazo que le producía; sin embargo, volviendo a controlarse por el bien de todos.

Virginia fue a contestar, pero Norbert la silenció alzando su mano derecha; quizás ese gesto le podría resultar ofensivo a otra persona, mas no a ella, pues entendía que solo significaba que él le prestaba atención aunque no la mirase, y esa deducción la satisfizo intensamente.

—¡Claro que soy su madre! —afirmó con brío, envarándose y descruzando las piernas. Tironeó del bajo de la falda y cogió su bolso para abrirlo, necesitaba un cigarrillo con urgencia.

—Aquí no se puede fumar, Lady —le recordó su amiga con suavidad al adivinar su intención.

Soltó un bufido, dejó el bolso sobre la mesa y se levantó. Necesitaba dar unos pasos, relajar los músculos y ordenar las ideas. ¡Por supuesto que era su hija! Le bastó solo verla en el velatorio para tener la confirmación, era igual que ella a cuando tenía su edad; aparte, observó que compartían el mismo tic: echarse constantemente el flequillo a un lado. En su errático caminar había llegado al otro extremo del despacho, donde observó en el vetusto mueble

librería, que allí se hallaba, una extensa colección de fotos, placas y distintos galardones.

—¿Son todos tuyos? —preguntó, pillándolos por sorpresa.

—Sí —le respondió Norbert de forma seca, molesto por su interés tan fuera de lugar y que no comprendía—. Estoy esperando una respuesta. Si esto es una tomadura de pelo, muy desafortunada, o el principio de un chantaje —dirigió la vista a Virginia—, y tú estás tomando parte, os habéis equivocado de persona.

La advertencia les llegó con tal frialdad que estremeció a Virginia y sublevó a Charity.

—Nor-Norbert, te juro que es verdad —apuntó la primera, intentando reprimir el leve temblor de sus manos. Habían preparado con detalle la entrevista, pero veía que se les iba de las manos.

—Bien, pues quiero una explicación y pruebas —exigió, dando un paso al frente, cruzándose de brazos y encarando a la figura que seguía inmóvil—. De no ser así, esta conversación termina aquí; además de que estudiaré tomar las medidas legales necesarias para proteger a mi familia. Y le aviso, que no amenazo, señora Kendrig, no soy hombre de palabras vanas. Los míos están por encima de todo.

El hecho de que ya no la tutelara era una mala señal, pensó con acierto la aludida. Se desabrochó la chaqueta, que por momentos parecía que hubiera encogido, por la presión que sentía en el pecho, y se atusó el flequillo.

—No es necesario amenazar aunque diga que no lo hace —le reprochó sin moverse de donde estaba—. Sé que es mi hija por el parecido físico, su edad, su historia...

—Insuficiente —cortó su perorata, no iba a conseguir envolverlo en ella—. Desgraciadamente, no es la primera niña abandonada en la calle por una madre desnaturalizada.

—¡No consiento que me insulte! —saltó ante su calificativo, yendo con paso rápido hasta ese hombre que la examinaba fríamente, y quedando tan próxima a él que se arrepintió de su espontánea explosión; pues su cercanía era perturbadora.

Virginia, que se había levantado, los contemplaba en silencio.

—¿Insultar?! ¡A Diane la dejaron en la calle como a un perro que estorba, expuesta al ataque de alguna alimaña o al insano y horripilante deseo de cualquier depravado! Por ello, repito, ¿qué clase de madre hace eso?!

¡Solo una que no tiene ni escrúpulos ni conciencia! —Tomó aliento, las manos en las caderas; el dolor de sus sienas iba a más—. Cualquiera bestia inmunda muere antes que abandonar a su cría, ¿ni a esa altura llega? Sería interesante saber en qué puesto de la escala evolutiva se encuentra usted —remató con un deje irónico que le gustó no ocultar. «¿*Insultar? Créeme que puedo hacerlo mucho mejor*», pensó sin perder la combativa pose.

Charity no picó el anzuelo.

—¡Nada de eso pudo haber ocurrido, me aseguré! —afirmó, cruzando una rápida mirada con su amiga, a la que vio palidecer.

Norbert, rápido y astuto como un zorro, estudió a Virginia con ojo crítico, su lividez solo significaba que...

—¡Tú eres su cómplice! ¡Tú estabas allí! —la acusó, señalándola con un dedo y dando dos pasos hacia ella, iracundo.

—¿Qué?! ¡No! —se defendió, sintiendo que el miedo le aprisionaba el estómago y sus piernas amenazaban con no sujetarla—. Yo solo sé lo que Lady me ha contado. Por Dios, Norbert, ¿cómo puedes pensar que yo...? —No terminó la pregunta, se dejó caer en su asiento y agachó la cabeza con un ligero temblor en los hombros.

No le satisfacía nada de lo que veía o escuchaba, lamentaba haber sido tan crudo con la mujer de su amigo, ya que era posible que estuviera diciendo la verdad; pero, aun así..., no se iba a dejar enternecer ni, mucho menos, se apiadaría.

—Es una pena que por aquel entonces no existiera todavía la Ley de Refugio Seguro, ¿la conoce, señora Kendrig? —La vio contraer los labios y negar con la cabeza sin perder de vista a Virginia. Y siguió hablando con un tono mesurado y bajo, atrayendo su atención—. Desde hace muchos años, no los suficientes, el progenitor que entrega a su hijo en alguno de los centros elegidos para ese acto, y siempre que este tenga menos de un mes de vida, no incurre en ningún delito. Claro que, en su caso, lo habría cometido de todas formas, pues Diane sobrepasaba ese tiempo, ¿no es verdad?

La paciencia de Charity se estaba acabando. Veía que la escrutaba con la cabeza levemente ladeada, pasándose un índice por los labios. A ella no la iba a engañar, conocía ese juego de falsa calma y repentina empatía, «*joder, yo lo inventé*», se dijo con suficiencia.

—Sí, tenía siete semanas —afirmó, cruzando las manos sobre su vientre y sin apartar la vista de Norbert. Era fundamental hacerle entender que ella no

era una mujer que se dejara amilantar fácilmente. Bajó la vista a la puntera de sus zapatos y afirmó con la cabeza al pensamiento de que tenía que reconducir a su favor la conversación.

—Supongo que tiene su certificado de nacimiento, ¿no? —inquirió Norbert con poca seguridad en sus palabras.

—No hay ningún certificado —repuso Charity.

—¿Factura de hospital? —tanteó él.

—Tampoco. Me atendió una comadrona en mi apartamento.

—Muy oportuno todo —comentó con sarcasmo.

Norbert, con una sonrisa mordaz en el rostro, volvió a sentarse en el borde del escritorio y le dio otro sorbo a su coñac, cuyo sabor se le agrió en la boca.

—Y la comadrona...

—Falleció al poco tiempo —le informó, adelantándose a cualquier comentario que pudiera hacer su amiga—. Era una mujer mayor, oficialmente ya no ejercía.

Norbert asintió e hizo una mueca de incredulidad.

—No la mandaré matar, ¿verdad? —la pinchó.

—¿Pero qué dices, estás loco?! —exclamó Charity con voz demasiado aguda, horrorizada ante esa suposición; se llevó una mano al pecho y anunció —: ¡Yo soy incapaz de matar a nadie!

—Es posible, habrá que creerlo; solo de abandonar a su hija recién nacida —indicó con sonsonete.

Charity lanzó un bufido de exasperación, cansada de que la juzgara y deseando ir a lo que la había llevado hasta allí.

—Norbert...

—Señor Wadlow para usted. Norbert es únicamente para mis íntimos —la rectificó con aspereza, usando el mismo término que ella en la presentación.

Súbitamente, la atmósfera se volvió tosca, cargada de una violencia intangible que sí resultaba perceptible para los sentidos.

—Bien, señor Wadlow —rumió el apellido—, el objetivo de mi visita es...

—Aún hay un tema que no ha quedado claro; ya llegaremos a ese punto, pierda cuidado. —Charity lo miró sin comprender a qué se refería—. Verificar que usted es quien dice ser. Soy abogado, y no me basta su palabra.

—Ya le he dicho que no poseo ningún documento que de fe de ello — contestó con irritación, viendo que bordeaba la mesa y se sentaba en el sillón ergonómico que había tras esta, sin hacerle un gesto para que ocupara una de las dos sillas que se hallaban al otro lado. Aun así, fue hasta ellas y apartó la que iba a usar—. Pero no miento, se lo aseguro.

Norbert, que conscientemente estaba dejando de lado sus buenos modales, chasqueó la lengua, se echó hacia atrás y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda; fingiendo estar relajado. Había iniciado su juego favorito: acecho y caza, salpimentado con una buena dosis de desconcierto. Solo que esta vez no lo estaba disfrutando en absoluto.

—Comprenderá que no sea suficiente. Mi cliente necesita una prueba de ADN.

Charity miró desconcertada a Virginia. Esta se levantó y fue a su lado, sentándose en la otra silla; conocía el carácter explosivo de su amiga y, aunque todavía no había dado muestras de él, temía que en cualquier momento estallara.

—¿De qué cliente hablas, Norbert? No te entendemos —le preguntó con tono mesurado mientras ponía una mano en la mesa, deseosa de poder acortar la distancia que los separaba; pero frustrada por tanta represión autoimpuesta.

A este no le pasó inadvertido el que ella se incluyera en la pregunta, tenía claro que sabía más del tema de lo que aparentaba y también comprendía que, como amiga, no quisiera delatarla; pero, aun así, no lo pasaría por alto.

—De Diane, lógico. Wadlow Law Firm LLC lleva todos sus asuntos financieros y legales, y lógicamente aconsejaré a mi cliente que solicite dicha prueba.

—No tengo ningún inconveniente si su bufete —remarcó las dos últimas palabras— corre con los gastos. Le haré saber el laboratorio que elija — terminó de decir con tono irritado.

—Mi firma trabaja con el más prestigioso del estado; le comunicaré la fecha que se concierte.

—Bien. Pero se contractará el resultado con otro centro de mi elección — le anunció, con un brillo de triunfo bailando en sus negros ojos.

—¿Doble análisis? Me parece perfecto; pero usted pagará la segunda prueba.

Norbert le dedicó una sonrisa conciliadora, indicándole que daba por aceptada su condición.

—Me parece justo, Lady —terció Virginia.

—De acuerdo, y ahora le...

—¿Por qué la abandonó? —la cortó Norbert, poniendo intensidad en sus palabras—. ¿Por qué renunció a su crianza, a tenerla a su lado?

Charity lo miró de manera dura, tensa en su asiento, dándole vueltas al solitario que lucía en el anular de su mano derecha.

—Esas explicaciones solo se las brindaré a mi hija, a nadie más —le advirtió, por si quería seguir por ese sendero—. Y...

—Cuesta entenderlo —volvió a interrumpirla. Descruzó las piernas y se echó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa y juntando las manos—. ¿No ha pensado nunca en ella? Qué fue de su vida...

Virginia admiró sus varoniles manos, cercas de la suya, y suspiró tan profundamente que atrajo la atención de ellos, ganándose un puntapié de su amiga.

—Es que hace calor aquí, ¿no? Quizás está puesta la calefacción demasiado alta —se justificó con torpeza.

Sin hacer ningún comentario, Norbert pasó la vista de ella a Charity, indicándole con el gesto que esperaba su respuesta.

—Eso, señor Wadlow, no es de su incumbencia. Es algo entre mi hija y yo.

—Lo comprendo, señora Kendrig, créame que lo comprendo; soy un desconocido para usted, lógico que no confíe. —Se detuvo, asintiendo con la cabeza. Cogió el estilete de plata que usaba como abrecartas y acarició su labrada empuñadura—. Claro que mi representada está en el mismo caso, ¿no? Otra perfecta y total desconocida.

La sorpresa en el rostro de Charity era más que evidente, así que se revolvió en su lugar y decidió que había llegado la hora de cortar esa conversación tan desagradable. «*Tenía que haber ido directamente a su casa, ¡mierda!*».

—El lazo que hay entre una madre...

—¿Pero de qué lazo me habla?! ¡Si no la conoce ni ha tenido interés alguno en hacerlo! —estalló Norbert, sabiendo que poca o ninguna paciencia le quedaba ya.

—Le repito que eso... —insistió ella con enfado.

—¿Y por qué se presenta ahora? ¿Por qué no hace dos años, o diez, o veinte...? ¡¿O nunca?! —la atacó con fiereza, clavando el estilete en la pulida

superficie de madera del escritorio con un golpe seco que las hizo saltar de sus asientos.

Él mismo estaba sorprendido de su arranque, que no arrepentido. Esa mujer venía reclamando unos derechos que estaba por ver si legalmente tenía, porque moralmente era otra cuestión muy discutible.

—¡Norbert, por Dios! —lo recriminó Virginia, a la que se le había ido el color del rostro y olvidado su acaloramiento.

—Es una pregunta fácil —insistió en su razonamiento, de pie y con las palmas de la mano sobre la mesa, exigente—. ¿Qué interés tiene en conocerla? ¿Dinero? ¿Está en la ruina, señora Kendrig? Y no me hable de amor de madre, ¡eso no se lo cree ni usted!

Charity, de pie y en el centro del despacho, no daba crédito a lo que escuchaba. Ella era la viuda de un duque, ella...

—Escúcheme bien, abogado... —«*de mierda*», completó en su mente, resuelta a encararlo y no dejarse pisotear—. No tengo ningún problema de índole económico ni ningún extraño u oculto interés por contactar con mi hija. Supe de ella el verano pasado y...

—Y corrió a conocerla, ya lo veo —ironizó Norbert, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón para no sucumbir a ninguna tentación fatal. El estilete, que aún permanecía erguido con la punta clavada en la madera, era la prueba evidente de lo que bullía en su interior.

Charity le dedicó una mueca de desprecio mientras se dirigía al perchero y recogía el abrigo de su amiga y el de ella.

—No tengo por qué tolerar sus malos modos, amenazas —le dijo echando un rápido vistazo al abrecartas— ni tono chulesco conmigo. Le repito por enésima vez, las explicaciones se las daré a mi hija. Avíseme con la fecha de la prueba genética.

Le entregó a Virginia su abrigo y se puso el suyo con rapidez, quería salir de allí cuanto antes.

Norbert la observaba hacer, que terminara de recoger el bolso.

—Al final no me ha dicho cuál era concretamente el objeto de su visita —la conminó cínicamente mientras bordeaba su mesa y se dirigía hacia la puerta.

Ella lo miró con tal asombro ante la estupidez que acababa de oír que no pudo frenar una nerviosa carcajada.

—Francamente, ¿y este es uno de los mejores bufetes del país y usted es

su presidente? Pues no le auguro un futuro muy prometedor —se rio con descaro de él. A Norbert le resultó muy revelador su jocoso comentario, le acababa de decir que se había informado sobre él y su trabajo, seguramente Virginia le habría dado esos datos y alguno más.

»Si estoy aquí, es por indicación de ella; consideró mejor que un familiar le diera la noticia, pues mi intención era presentarme directamente ante mi hija. —Movi6 la cabeza a un lado y otro, retirándose el cabello del interior del cuello del abrigo—. No ha sido buena idea seguir su consejo.

Con la mano en el picaporte y sin darles la espalda abri6, cediéndoles el paso y sin hacer comentario alguno.

—Todo irá bien, Norbert, ya lo verás —le aseguró Virginia al pasar por su lado, tocándole el antebrazo para despedirse, sin atreverse a darle dos besos como cuando llegaron; la tensión que se había respirado en el interior del despacho todavía los acompañaba.

Charity no le tendió la mano esta vez, ni siquiera le dirigió una mirada como despedida.

Pero él no había terminado su interrogatorio. Había una pregunta que se moría por hacer, «*y maldita sea que me vas a escuchar. Y me importa un demonio la educación y la cortesía*».

Susan los observaba en silencio. Un rápido vistazo al rostro de su jefe fue suficiente para saber que la reunión había sido un desastre.

—Por cierto, señora Kendrig. No hemos hablado de un punto muy importante y también vital. —La aludida se volvió parcialmente y lo miró fríamente—. ¿Quién es el padre?

El odio que destilaban sus ojos no lo amedrantó; al contrario, le dio alas para darle la última estocada.

—¿Tampoco es de mi incumbencia, o su memoria empieza a fallar?

Capítulo 6



Diane dio un sentido suspiro tras abandonar los labios de su esposo. Miró por encima de su hombro mientras le dejaba otro beso en el cuello y vio que los habían dejado solos.

Se encontraban en la habitación del hospital donde sería intervenida quirúrgicamente. Un poco incorporada en la cama, ayudada por las dos almohadas en las que reposaba su espalda, esperaban que en cualquier momento tocaran la puerta, apareciera un celador y la llevara al quirófano.

Habían venido todos para darles ánimos y acompañarlos. Pamela y Norbert, tan cariñosos como siempre, la abrazaron con profundidad: emocionado él, de forma amorosa ella mientras le susurraba al oído las mismas palabras de aliento que le habría dicho a su propia hija.

Kathy llegó acompañada de sus cuñados, pues había dejado a George con los pequeños de ellos; al entrar en la habitación y ver a su amiga en la cama tan solo pudo ir hasta ella y abrazarla, con una mirada se lo dijeron todo, no necesitaban cruzar palabra alguna. Cuando se separaron, y tras disculpar a Adam por no estar ahí con ella, Diane bromeó con la fobia de Kathy hacia las agujas y los hospitales, arrancándoles unas nerviosas risas a los que allí se encontraban.

Miró a su derecha y vio el muñeco que, de piernas abiertas sobre su peana, la desafiaba con un arco en una mano y un haz de flechas en la otra, mostrando una actitud fiera. Santiago la visitaría al salir de clase, pues a pesar de sus protestas no le habían permitido faltar; por ello, le mandó a su hurón favorito para que la defendiera de cualquier peligro. Johan cumplió el

encargo de su hijo, dejándolo en la mesilla que ella tenía en el lateral de la cama mientras Marita le daba dos besos.

Anthony, el más madrugador, se erigió en el coordinador de la escalonada llegada de los miembros de su familia, supervisando que no la agobiaran y echándolos tras los naturales saludos y palabras llenas de positividad para darle intimidad a la pareja; era su particular forma de esconder el nerviosismo que lo gobernaba.

—Mi vida, necesito decírtelo otra vez. —Diane suspiró de nuevo, sabía a qué se refería y se sentía culpable por ello. Cerró los ojos un instante ante el calor de la palma de su mano en la mejilla—. Perdona si en algún momento no he sabido comprenderte o he reaccionado de la forma equivocada. Pero no puedo imaginar mi vida sin ti.

Peter bajó la cabeza, no quería que viera las lágrimas de sus ojos. Se suponía que tendría que estar distrayéndola, alejando sus miedos, y no causándole más congoja. El día anterior solo estuvo unas pocas horas por la mañana en el estudio ultimando los detalles de algunos proyectos de los que se encargaba personalmente. El tiempo que Diane tenía de baja laboral la pasaría con ella en casa, ya se había organizado con Johan para trabajar desde allí en su ordenador.

Del incidente ocurrido en casa de su primo el sábado pasado, su virulenta reacción con ella, se había disculpado nada más llegaron a su apartamento. Él le abrió su corazón, como en ocasiones anteriores, y sin guardarse nada le expuso sus miedos, así como todos sus anhelos. Nada nuevo, pero le era imperativo hacerlo.

Y Diane lo amó aún más si es que era posible tal cosa. Lo cierto fue que sus palabras, preñadas de una carga emocional ante las que resultaba imposible resistirse, calaron como nunca antes en su corazón y en su alma. Quizás el hecho del ingreso hospitalario marcó la diferencia, o quizás había llegado el momento de empezar a soltar amarras, esas que la impedían zarpar para dejar atrás una oscura tierra de ciega obsesión. Daba igual, solo importaba el profundo amor que sentían el uno por el otro y el común deseo de compartir el resto de sus vidas; el futuro lo irían encarando a medida que se fuera haciendo presente, para convertirlo en un pasado feliz que recordar juntos.

—Mírame, por favor —le pidió, al tiempo que le alzaba el rostro entre sus pequeñas manos. El azul de sus ojos la deslumbró, como siempre sucedía—.

Sé que no te lo he puesto fácil, mi dulce amor. Primero con mi negación a consultar otra opinión médica, luego me mostré indiferente al simular que no me importaba, y a continuación me ofusqué con el hecho de que había posibilidades de conseguir un embarazo.

La escuchaba en silencio, sentado en la orilla de su cama y percibiendo el calor de su venerado cuerpo. El resumen de los meses pasados era certero, superar las dos primeras etapas requirió de ambos mucha paciencia para templar la irascibilidad que a veces se adueñaba de sus temperamentos. Pero, sin duda, la última era la que él peor llevaba.

—Sabes que...

—Claro que sí —lo silenció, «*cómo no*». Se incorporó un poco y él le pasó los brazos por la espalda para atraerla—. Sé lo que te preocupa. ¿Acaso pensabas que no me he dado cuenta de que te desvelas muchas noches?

Peter la miró sorprendido.

—Vaya, creía que había sido más discreto, no quería despertarte.

Diane movió la cabeza a un lado y otro, lentamente, y le sonrió.

—Nunca lo has hecho... Bueno, alguna noche sí, cuando... —Le guiñó un ojo con picardía—, ya sabes. Pero a lo que iba, yo percibo todos tus estados de ánimo, incluso dormida —le reveló, picándolo con un dedo en el torso.

—Pues eso, dicho así, da un poco de miedo, eh —ironizó él mientras le echaba el flequillo a un lado, adelantándose a ese gesto tan habitual en ella.

—Peter —le habló seria, dejando una caricia en su pecho y sintiendo en su palma el fuerte latir de su corazón, «*ojalá no tuvieras que pasar por este trago*», deseó desde lo más profundo de su alma—, esta operación no entraña ningún riesgo diferente o superior a cualquier otro tipo de intervención similar. Me tengo que someter a ella para prevenir mayores complicaciones, por una cuestión de salud, como dijiste el otro día. —Lo abrazó por el cuello con fuerza, empapándose de su aroma mientras le besaba el mentón sobre su corta barba. «*Así te soñaré cuando esté anestesiada*»—. No sé si la vida nos dará hijos, mi dulce amor; pero lo que sí sé es que no quiero perderte. Que tú eres lo más importante que tengo —musitó las últimas palabras con un leve temblor en la voz.

Se apartó un poco de ella y vio que lloraba de forma queda.

—No, mi vida. Ni una lágrima —le pidió, enjugándolas con sus pulgares, «*no por mí, mi pequeña*»—. Como hablamos el otro día, dejaremos que la

naturaleza siga su curso, ¿de acuerdo? —La abrazó de nuevo, notando que ella asentía sobre su hombro—. Y tú no eres lo más importante que tengo, que lo sepas —le anunció en voz baja, profunda.

—¿No? —inquirió, dándole pequeñas mordidas en el cuello tras haberle echado a un lado el de la camisa.

A Peter lo recorría un escalofrío cada vez que sentía los dientes de su esposa en su piel, «*o para o tienen que retrasar la operación*», se dijo al sentir despertarse cierta parte de su anatomía.

—¡Tú eres lo único importante, *min lille!*

—¡Oh, mi Thor! Siempre me dices cosas preciosas. Tú también eres lo único impor...

La boca de él silenció lo que era una obviedad. Si de algo estaba seguro en su vida, era del amor puro, incondicional y sin límites de su amada valquiria. Rompió el beso y la acomodó en su regazo sin dejar de abrazarla, sentir cómo acariciaba su espalda y la frescura de su aliento sobre su cuello calmaban los nervios que, cual caballos desbocados, a duras penas conseguía dominar. Pero las palabras de ella eran las riendas de las que tirar para que sus miedos regresaran al camino de la sensatez. En las últimas cuarenta y ocho horas, aparte de amarse entregados a la danza más vieja y placentera del mundo, abrieron sus corazones y así, expuestos al otro, hicieron limpieza de todos aquellos sentimientos y temores que solo conseguían enturbiar sus vidas.

Diane giró un poco el rostro y dejó un beso sobre su nuez de Adán. La había deslumbrado desde el mismo instante que lo vio, para enamorarse de él nada más cruzaron las primeras frases. ¿El amor a primera vista existe? Sí, claro que sí, ellos eran la prueba fehaciente de que los flechazos ocurren y de que ese sorprendente amor se extiende y perdura en el tiempo.

—*Jeg elsker deg*^[4] —susurró ella sobre su cálida piel.

—Yo te amo más; siempre más, *min lille*.

La declaración de él la envolvió en la paz más absoluta, sabía que no había forma de medir la intensidad de lo que el uno sentía por el otro; pero sí podía demostrárselo cada día, cada minuto y con cada latido de su vehemente corazón.

No hablaron más, no lo necesitaban. Y así, abrazados, habrían seguido si el fuerte golpear de unos nudillos en la puerta no los hubiera alertado de que

el temido momento había llegado.

—¿Preparada? —le preguntó con voz tomada, la vio asentir; a lo que él exclamó—: ¡Adelante!

Vieron entrar a un celador, que los saludó afablemente; el resto de la familia se agolpaba en la puerta. Peter, con disgusto, se retiró a un lado para dejar espacio al hombre que, de forma mecánica, quitaba el freno de la cama, dejaba sobre ella una carpeta y subía las barras protectoras laterales, empezando a maniobrar con la intención de sacarla de la habitación.

Diane vio los rostros preocupados y llenos de angustia, que no la perdían de vista, y no le gustó.

—¡Ey, chicas! Si os tenéis que marchar para atender a mis sobrinos, no lo dudéis un segundo, ¿de acuerdo? Que como yo me entere de que han pasado hambre...

—Todo está controlado, no te preocupes por eso. ¡Virgen Santa! —le dijo Marita, dándose cuenta de su intención de aligerar la tensión que se respiraba.

—Es verdad —corroboró Johan, que tenía abrazada a su mujer por los hombros—. Además, los míos siempre tienen hambre, así que ni caso. ¡Van a ser mi ruina! —se quejó teatralmente, aunque ninguno rio su broma.

El celador sí soltó una carcajada.

—Pues espere a que crezcan y ya verá. Todo será pedir cosas: papá, quiero esto, papá y papá... —le advirtió mientras desplazaba una de las pequeñas mesas auxiliares.

—Y cuidado de mi hurón, que no quiero que el resto de la tribu me persiga si le pasa algo a su jefe. —Algunas sonrisas afloraron, pero tan mustias que Diane se exasperó—. ¡Oh, vamos, que esto es solo un ir y venir! Antes de que os deis cuenta, ya estaré de vuelta.

—Así se habla, señora —la felicitó el hombre, contagiado por su optimismo y haciéndoles un gesto para que los dejaran salir.

—¡Demonio de chica! Venga, dadle un beso y que se marchen ya, que esto es una tortura.

Abrazos y besos apresurados se sucedieron mientras Peter los contemplaba hacer.

—Yo te acompaño hasta donde me permitan.

Diane miró a su marido y alargó una mano hacia él, que presuroso la encerró entre las suyas.

—Es Thor, mi esposo —lo presentó al empleado, que esperaba con

paciencia el fin de las despedidas; conocedor de lo que ese momento significaba para los familiares—. Y yo soy su valquiria.

Sin saber a qué se refería, pero con una sonrisa en la cara, empujó la cama hacia el exterior, girándola a la derecha en el pasillo, camino de los ascensores.

Peter, que solo había soltado la mano de su esposa unos segundos, lo justo para salir de la habitación, se la volvió a coger, andando a su altura y sin dejar de acariciar con el pulgar su dorso. Oyó los conocidos pasos de su primo detrás de él, y no le extrañó; sabía que no le dejarían solo cuando no tuviera más remedio que...

—¡Ah! ¡Y no contéis ningún chisme sin mí, ¿entendido?! —les lanzó Diane antes de que las puertas automáticas se cerraran tras ellos e interrumpiendo, sin saberlo, el angustiante pensamiento de su esposo, que de vez en cuando besaba la palma de su mano.

El descenso en el ascensor y posterior camino hasta la zona de quirófanos lo hicieron en silencio, ni siquiera Johan encontraba el ánimo para distender el cargado ambiente que los oprimía.

—Lo siento, no pueden continuar más —anunció el celador, parado ante las puertas que se abrirían automáticamente en el momento que él pulsara el enorme botón verde de apertura.

—Todo va a ir bien, hermana. Y procura despertar pronto, que cualquiera soporta a Thor ahora, ¿vale? —le pidió Johan a Diane, emocionada por cómo la había llamado.

—Cuida... de él —fue su breve respuesta, acompañada de un beso en su mejilla.

—Dalo por hecho —afirmó, obligándose a sonreír, y dio unos pasos atrás para darle una mínima intimidad a la pareja.

Peter se inclinó sobre el lecho y cogió el rostro de su esposa entre sus manos, mirándola con una intensidad que obligó a los dos hombres a apartar la vista. Las manos de ella se enredaron en su rubio pelo y con suavidad tiró de él hasta hacerse con sus labios.

Fue un beso breve pero con una pasión abrumadora.

No cruzaron una palabra al separarse, todo estaba dicho... O casi.

El celador activó el sistema de apertura y empujó la cama para entrar en la fría y aséptica sala que con una cegadora luz blanca los recibía.

—¡¡TE AMO!!

Peter soltó un sollozo al oír la gritar esas dos palabras que se habían colado antes de que las puertas se sellaran. Se llevó las manos a la nuca y miró a través del redondo cristal de una de ellas. La pequeña ventana le permitió ver que ella agitaba una mano en el aire, despidiéndolo, y soltó un quejido de impotencia.

—Daría cualquier cosa por evitarle todo esto —murmuró en un lamento y girándose levemente a su primo, sin perderla de vista.

—Lo sé. —Apoyó una mano en su hombro y observó lo que sucedía al otro lado—. Mira, ya está ahí Adam. Seguro que ya se ha olvidado de ti, es que esos ojos verdes...

—No tienen nada que hacer contra los míos —lo refutó Peter, agradecido con el hecho de que quisiera distraerlo aunque fuera una labor imposible.

Adam, vestido con la ropa de quirófano, los saludó, abrió una segunda puerta y él mismo empujó la cama hacia otro pasillo, desapareciendo de la vista de ellos.

—¿Sabías que estaría con ella durante la intervención? —le preguntó Peter al tiempo que se giraba, frotándose la cara con ambas manos.

—Claro que sí. Todos lo sabíamos. —Peter respondió con un movimiento de cabeza—. Somos una familia y cuidamos de los nuestros —afirmó Johan, pasando un brazo por los hombros a su primo—. Y si hay que entrar en un quirófano, ¡pues se entra! —sentenció, recibiendo una mirada socarrona a cambio—. Venga, vamos con los demás, vaya a salir algún loco con un bisturí y...

—Tú ves muchas series malas, ¿no?

—¿Este sitio no te da escalofrío? —se defendió mientras entraban en el ascensor y las puertas se cerraban, perdiéndose en el interior la respuesta de Peter.

Anthony vio a su hijo echarse en el café medio sobre de azúcar, coger la cucharilla y remover el negro líquido con energía.

—Causarás un tornado —le aseguró, dejando el suyo enfriar un poco.

Tras el regreso de Johan y Peter, y que su llegada rompiera el mutismo en el que se habían mantenido desde que se llevaron a Diane, Norbert le pidió que lo acompañara a la cafetería con la excusa de hacerle una consulta de trabajo, hecho que explicó que no invitara a ninguno a ir con ellos.

Y ahí se encontraban, frente a frente, sentados a una de las mesas que

estaban junto al amplio ventanal desde el que se divisaba parcialmente la entrada principal. En el exterior, el tiempo era desapacible, un día ventoso que presagiaba lluvia; en el interior, la temperatura se apreciaba un poco bochornosa, a juicio del mayor de los Wadlow, que había dejado el chaquetón y el jersey en la habitación de Diane, como Norbert, y se hallaba con las mangas de la camisa dadas dos vueltas. El murmullo de conversaciones ajenas, más los típicos sonidos de un lugar como ese, era el fondo sonoro que los envolvía.

—Pues el tornado se va a convertir en huracán y nos va a arrasar a todos —fue la enigmática y agorera respuesta que obtuvo a su jocoso comentario.

—¡Demonios, hijo! Que la operación va a salir bien y en doce horas la mandarán para casa.

Norbert dejó la cucharilla en el plato, se echó hacia atrás en la incómoda silla de plástico y cruzó los brazos a la altura del pecho, la vista clavada en su padre, que lentamente iba cambiando de expresión al comprender que no se refería a ella.

—Sé que va a salir bien. Es fuerte, está animada y tiene a Peter; así que razones de sobra para pensar lo contrario. Además, está en buenas manos; lo sé.

«*¡Claro que está en buenas manos! ¡Demonios! Lo ha vuelto a hacer*», pensó mientras entendía por qué lo decía.

—¡¿La has investigado?! —Norbert alzó ambas cejas ante la pregunta—. Lo has hecho —dijo con la convicción de que así había sido y soltando una carcajada—. Yo también le comenté a mi médico personal, y Peter a su madre...

—Lo sé, Anne habló con Pamela y ella...

—¡¿Será posible?! —exclamó Anthony—. Aunque no sé de qué me extraño. La próxima vez podríamos coordinarnos, ¿no crees?, en lugar de ir todos por libre —remató antes de darle un cauteloso sorbo a su café.

—Organizaremos un gabinete para cuando haya emergencias, ya te digo —apuntó con una nota de humor en la voz.

—Bien, pues imagina que esta es la primera reunión, ¿qué te preocupa? —Dejó el negro líquido sobre la mesa y cruzó las manos sobre esta.

Norbert tomó aire por la nariz para soltarlo con calma aparente. No quería alarmar a su padre, más teniendo como tenía el corazón delicado, pero el tema que le iba a comentar lo crispaba.

—Diane.

—Pero si acabas de decirme que no es eso —señaló Anthony, descolocado. Observó que su hijo se inclinaba hacia él, apoyaba los antebrazos en la blanca superficie que los separaba y entrelazaba los dedos de las manos, después de haber echado a un lado su taza, todo sin apartar los ojos de los suyos.

—Ha ocurrido algo que jamás pensé que podría pasar, no de esta manera y con una...

—¡Habla de una vez! —exigió ante su mudez.

—Ayer estuvo en mi despacho Virginia... —vio la intención de su padre de intervenir, pero no le dio ocasión— con la supuesta madre de Diane.

Sí, quizás había sido brusco al decirlo tan directamente, pero le conocía y sabía que odiaba los circunloquios.

—Creo que no te he entendido bien —afirmó tras un rápido parpadeo.

—Sí que lo has hecho, y perfectamente —le aseguró Norbert sin perder detalle de la reacción de su progenitor.

—Espera, espera... —Alzó las palmas a modo de barrera—. ¿Me estás diciendo que...?

—Sí.

—¿¿Nuestra Diane?! —insistió Anthony, atónito.

—La nuestra. La esposa de Peter.

—¿La que está arriba? —Apuntó con el dedo hacia el techo.

Norbert soltó un bufido.

—¡Joder, papá! —soltó exasperado—. ¿Cuántas esposas tiene Peter?

—¡Demonios! ¡Es que no me lo puedo creer!

—Pues imagina cómo me quedé yo cuando esa... me lo dijo.

Anthony, aún impresionado por la noticia, examinó a su hijo con ojo crítico mientras se pasaba una mano por el corto pelo cano. Entendía que no había estado brillante, «*bastante torpe, pero ¿cómo...?*». Sin embargo, ahí había más de lo que parecía, él no era de decir palabras malsonantes, salvo en momentos extremos y muy puntuales.

—¿Esa?! Norbert, ¿dónde quedaron tus buenos modales? —lo recriminó, echado hacia delante y con la misma pose que su hijo; sus manos casi rozándose.

—¿Que dónde quedaron? —Movi6 la cabeza a un lado y otro, serio y sintiendo que la sangre le hervía, consciente de cómo se comportó con las dos

mujeres; pero sin el más mínimo atisbo de arrepentimiento—. Déjame que te cuente y luego hablamos de mis buenos o malos modos, ¿de acuerdo, Anthony?

Este asintió, el que lo llamara por su nombre solo tenía un significado: el asunto era grave, además de que después de tantos años trabajando codo con codo se había convertido en costumbre hacerlo así.

Y entre alguna que otra fuerte palmada de Norbert sobre la mesa, que sin culpa de lo acontecido recibía su desahogo, más un par de maldiciones; y una legión de ¡demonios!, mascullados a diestro y siniestro por Anthony, su hijo le fue desgranando con todo lujo de detalles la conversación mantenida con...

—¿De verdad la despediste con esa frase?!

Norbert, con cara de satisfacción, asintió.

Anthony soltó una carcajada.

—Pero con lo del fallo de su memoria, ¿te referías a su edad, o a que había estado con muchos hombres? —Percibió la mirada ladina de su hijo—. Porque una cosa está clara, la has llamado vieja o zorra.

—O las dos —apostilló con chulería Norbert.

—¡Demonios!

—¿Cómo hubieras reaccionado tú, di? ¿Sabes cuánto tuve que contenerme para no echarla a la calle? ¿Con qué derecho se presenta después de lo que hizo? —Se restregó la cara con las manos, muy alterado—. Y con esa pose tan fría, tan estirada... Casi exigiendo una pleitesía que si Virginia se la quiere dar, allá ella; yo no. Y no es por clasismo, me conoces bien. Pero es que no vi un atisbo de sentimiento hacia la que dice ser su hija. ¡Joder, que ni siquiera pronunció su nombre!

Anthony le cogió una de las manos y la sujetó entre las suyas. Pocas veces lo había visto tan irritado; la última, y la peor, fue cuando se descubrió lo que tramaba la ex de su nieto Johan. Acudieron todos a su casa de Riverside, donde se encontraba, y le pusieron al día, permitiéndose su hijo expresar todo lo que había retenido ante aquella impresentable.

—Pues si te soy sincero, dudo de que yo hubiera tenido tu temple. Y sí, *esa* —remarcó— no se merece mucha consideración por parte nuestra.

Norbert palmeó con la otra mano el dorso de las de su padre, obligándose a una calma que se le resistía.

—Lo que no entiendo es qué quiere. Está claro que ver a Diane —se contestó a sí mismo Anthony, dándole tiempo para que se serenara; ese

arranque solo presagiaba un mayor enfurecimiento si no se tranquilizaba—, ¿pero por qué ahora?

—Es posible que ver las fotos le removiera algo por dentro, aunque lo dudo. —Su padre frunció el ceño—. ¡Es que no la creo!, estoy seguro de que oculta algo o... Y otra cosa, Virginia sabe más de lo que admite.

—Referente a Virginia... —Hizo una deliberada pausa, quería escoger bien las palabras—. El otro día, en el velatorio...

—No me quitaba la vista de encima —completó Norbert rápidamente—. ¿Crees que no me di cuenta? Es siempre igual, por eso no hacemos mucha vida social con ellos. No pienso poner en peligro mi matrimonio.

—¿Pamela sabe...?

—Desde el primer momento —afirmó rotundo, reclinándose en su asiento—. Aparte que Virginia no es muy discreta a veces.

Anthony asintió.

—Aprendí la lección, papá. Por eso soy muy cauteloso —dijo mirando a través del ventanal con la mandíbula rígida, reprochándose lo ciego que estuvo al no ver las evidentes señales de seducción de su empleada.

—Bien, volvamos a lo que nos interesa —llamó su atención. Aquel fue un episodio que, aunque habían pasado años, todavía causaba en su hijo dolor y angustia—. ¿No te dijo por qué la abandonó ni por qué aparece ahora? —Norbert negó con la cabeza—. Te juro que no termino de creerme que estemos hablando de esto. Tenía tan asumido que esta chiquilla nunca sabría de sus padres que me cuesta asimilar lo que me cuentas. ¿Crees que quiere dinero?

—No, no lo creo. Al menos, no me dio la impresión de estar pasando apuros; pero nunca se sabe —dejó la duda en el aire mientras doblaba y desdoblaba el sobre de azúcar, meditabundo, y sin darse cuenta de que derramaba el resto de su contenido.

—¿Piensas que se hará la prueba genética? —Siguió con sus preguntas, intentando desentrañar el misterio de tan súbita aparición—. ¿Qué opinas? ¡Dime algo, demonios! —explotó ante el silencio de su hijo.

Este hizo una bolita con el papel y la empezó a rodar sobre la mesa después de recoger lo esparcido.

—Opino que sí, que es su madre. El parecido es increíble, incluso la forma de echarse el pelo hacia un lado. —Anthony le quitó la bola de papel y empezó a jugar con ella entre los dedos, nervioso—. Además, Virginia la

apoya, y la complicidad que vi entre ellas solo me dice que de alguna manera está involucrada. ¿Hasta qué punto? ¡Ni idea!

—¡Maldita sea! Supongo que has mandado a investigar a esa... ¿Lady?

—Charity; ese apelativo es para sus íntimos. Y, aunque empezamos a tutearnos, llegó un momento en el que consideré que era mejor marcar distancia.

—Me parece bien lo que decidas.

Anthony se quedó un segundo pensativo, haciendo memoria.

—¿Inglaterra?... Tengo allí amigos. Uno de ellos es Philip, dueño de uno de los bufetes más prestigiosos, podría...

—Ya le he encargado a Harrison que la investigue —le recordó—. Fue lo primero que hice en cuanto se marcharon, eso y tomarme un analgésico para la jaqueca que me provocó. Que me provocaron —rectificó.

—Lo siento, hijo. —Posó una mano sobre su antebrazo—. Ojalá hubiera estado ahí contigo.

—Pues yo me alegro de que no pasaras ese mal trago —afirmó, sonriéndole con el cariño y la devoción que sentía por su progenitor.

—¿Has pensado cómo decírselo a Diane? Me gustaría estar presente; nos va a necesitar.

—Anoche lo comentaba con Pam. Opina que es mejor que pasen unos días, que esté más repuesta. —Anthony hizo un gesto de asentimiento, conforme con la propuesta de su nuera—. También cree que sería más prudente poner primero a Peter al tanto de todo, y coincido con ella.

—Tiene razón, así estará prevenido y se podrá decidir si es mejor que se lo cuente él o tú, que has hablado con esa... ¿Cómo la llamaste?

—Madre desnaturalizada —especificó Norbert, soltando un suspiro de resignación y masajeándose la nuca—. ¿Cómo se puede hacer algo así? ¿Imaginas a nuestra pequeña Betty en...?

—¡Calla, calla! No quiero ni pensarlo —soltó con voz dura—. Un inocente ángel abandonado sin ninguna compasión. —Hizo un gesto con la mano derecha como si quisiera borrar esa incipiente visión que lo horripilaba en lo más profundo de su ser—. Norbert, quiero que me informes de cualquier noticia que tengas, por nimia que parezca. Y si consideras que hay que emprender alguna actuación legal, ¡hazlo! Obviamente con el conocimiento y aprobación de Diane y Peter, pero quiero que estén protegidos tanto por el bufete como por nuestro apellido —lo instó con una

vehemencia que se desbordaba en la fiereza de su mirada.

Ante su ímpetu, le vinieron a la mente escenas de su padre haciendo sus alegatos finales en los tribunales: una clase magistral de eficiencia y profesionalidad, un empuje que no había perdido.

—Por supuesto. Ya la avisé de que el bufete vela por sus intereses y que, como representada nuestra, era por lo que exigía esos malditos análisis.

—¿Y cuál fue su reacción? —quiso saber, interesado por ese detalle que podía desvelar mucho.

—Sorprendida al principio, pero se sobrepuso rápidamente. Es muy escurridiza.

—Humm... Seguro que pensaba que iba a ser todo más sencillo, por aquello de ser amiga de una amiga de la familia —aventuró—. Vamos, que la íbamos a acoger con los brazos abiertos.

—Sí, así sin más, ¡qué ilusa! —manifestó Norbert mientras recogía la taza de su padre y la de él. Se levantó y las llevó al carro en el que se depositaba el menaje después de su uso.

Anthony cogió el recibo para abonar las consumiciones al salir.

—Deja que pague yo —le dijo intentando quitarle el pequeño papel de la mano.

—No te preocupes, otro día me invitas a comer y quedamos en paz —le propuso con ironía, rechazando su oferta.

Norbert sonrió, lo acompañó hasta la Caja y salieron de la cafetería.

Ambos en silencio y meditando sobre todo lo hablado. Mil conjeturas bailaban en sus ágiles mentes, pero todas con un denominador común: sufrimiento para la joven pareja. Ese era el pálpito que la llegada de esa mujer les provocaba; sin embargo, lo que ella no sabía era con qué familia se había topado.

—Insisto, quiero que me informes de todo, hijo. Tal vez nos estamos precipitando y sus intenciones son buenas —le dijo, poniendo una mano en su hombro y parados en mitad del *hall*, antes de dirigirse hacia los ascensores—. Si es así y Diane la acepta, no tenemos nada que decir al respecto; al contrario, será bueno para ella.

—Por supuesto, pero ¿y si solo la mueve algún oculto interés y Diane, aun así, la acoge? —lo desafió Norbert, deseando estar equivocado sobre esa extraña.

Anthony sopesó sus palabras, a las que no les faltaba razón.

—*Maxima egestas avaritia*. En ese caso, ella sola se delatará.

—La avaricia es la mayor pobreza —tradujo su hijo—. Es verdad, hay muchas clases de miserias; tal vez la suya no sea la económica. Y en cuanto al padre...

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos —lo interrumpió, no queriendo agobiarse más, «*iremos poco a poco, hijo*».

Echaron a andar, pero a los pocos pasos, nuevamente, Anthony se detuvo y se giró a él.

—¿Cómo era lo último que le preguntaste, lo de la incumbencia?

Norbert meditó unos segundos antes de responder.

—Que si tampoco era de mi incumbencia o es que su memoria empezaba a fallar —le aclaró, sin saber el porqué de su repentino interés.

Anthony le echó un brazo por los hombros y lo instó a andar, mientras que una sonrisa socarrona se adueñaba de su rostro.

—No estuvo mal, aunque yo hubiera sido menos diplomático, ¡qué demonios!

—¿Sí? ¡Pero si antes me lo has recriminado! —protestó, deteniéndose para mirarlo mejor.

—Privilegios de la edad —señaló, dedicándole una ceja alzada a su hijo, que lo miraba con el ceño fruncido.

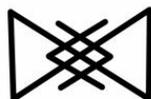
—A ver, ¿qué le habrías dicho tú? —lo retó, seguro de escuchar una respuesta muy jugosa.

Paladeó las palabras antes de verbalizarlas como si se trataran de su mejor coñac, se aclaró la voz y le guiñó un ojo.

—Que si tampoco es de mi incumbencia o... es que no sabe quién es el padre.

Unas risas sonoras, breves y cargadas de mordacidad, fueron liberadas llevándose impregnadas pequeños retazos del desasosiego que sentían.

Capítulo 7



—Toma, cariño, esto le aliviará.

Peter cogió de manos de su tía la pequeña gasa humedecida en agua y la pasó con suavidad por los resecos labios de su esposa.

Apenas hacía unos minutos que ya estaba de vuelta en su habitación, un poco adormecida todavía. Intentaba mantener los ojos abiertos, pero el sopor la vencía. En una de las veces que ganó esa ardua batalla, consiguió ver los rostros ansiosos y felices de su familia; sin embargo, ella solo buscaba uno: el dueño de los ojos azules más bonitos que había visto en su vida.

Se esforzó en articular alguna palabra, pero solo emitió un sonido rasposo e ininteligible, y la sequedad de la boca no ayudaba en esa labor. Por ello, Pamela le ofreció a su sobrino ese remedio que le atenuaría tan desagradable sensación.

—Ya ha pasado todo, mi vida. ¿Tienes dolor? —le preguntó con gesto preocupado, pues el de alivio solo lo tendría cuando estuvieran de vuelta en su hogar—. Esto se siente bien, ¿verdad? ¿Quieres que te incorpore un poco? Tal vez estás así mejor, ¿no?

Diane parpadeó un par de veces y centró la vista en ese hombre que se desvivía por ella.

—Pe... Peter —susurró, pasándose la lengua por los labios, agradecida de no tener ya esa tirantez. Alzó la mano derecha y él se la cogió al momento—. Mi vikingo —susurró. Él, aguantándose las lágrimas, la besó con una dulzura estremecedora.

Johan, muy emocionado pero sin refrenar la idea jocosa que acudía a su

mente, le murmuró a su hermano al oído:

—Ya sabemos que la anestesia no le ha causado ningún efecto secundario. Sigue siendo la misma.

Adam le palmeó la nuca.

—A ver vosotros dos —los amonestó Anthony con cara seria, aunque divertido en su interior al recordar escenas similares de cuando eran pequeños.

—Ha empezado él —acusó Adam a su hermano, como siempre hizo en el pasado, y bordeó la cama para acercarse y comprobar la botella de suero y el antibiótico que por vía intravenosa se le estaba administrando.

—Todo bien, ¿verdad? —inquirió Peter sin perder de vista a su primo.

—Cálmate o tendremos que ingresarte por un ataque de ansiedad —le advirtió Adam.

—¿Te recuerdo cómo estabas tú el día que Kathy se puso de parto? —le disparó en respuesta a su advertencia.

—Dejadlo —pidió Diane.

—Todo ha ido perfectamente, en unas horas estaréis en casa —comentó Adam, obedeciendo su deseo.

—Eso es algo... —Una llamada en su móvil cortó lo que iba a decir, lo cogió de encima de la mesilla y miró la pantalla—. Es mi madre.

—Anne ha llamado cuatro veces ya —comentó Pamela, sentada en una de las sillas para las visitas, al otro lado de la cama—. Quería haber venido, pero le fue imposible, algo de una cita médica; pero nada grave —se apresuró a aclarar, dedicándole una significativa mirada a su sobrino.

Había hablado con su hermana el día anterior y sabía dónde estaba y con quién. Entre ellas no existían secretos, por eso conocía la gestión que tenía encomendada. Peter comprendió enseguida el mensaje subliminal lanzado.

—Deja que hable con ella —pidió Diane a su esposo—. Estará preocupada.

—Ya lo hago yo, mi vida; tú no te esfuerces —la contradijo, marcando el número de su madre con una mano para no soltar la de ella.

—Que es solo hablar, y muy poco —protestó Diane con la voz ya más clara y un mohín al que él nunca podía resistirse.

Los demás cruzaron una rápida mirada divertida. Únicamente faltaban Kathy y Marita, que habían tenido que acudir a casa de la segunda para atender a sus hijos; ambas eran partidarias de la lactancia materna, incluso

con la servidumbre que ello imponía.

—Está bien —accedió, «*cómo negarte nada, mi valquiria*»—. Sí, mamá... Sí... Que... —Ante la verborrea de su madre, solo podía articular monosílabos—. Yo también estoy bien, por si te interesa —le reprochó sin ninguna credibilidad, y le dio el teléfono a Diane, que lo miraba con una sonrisa.

—Hola, suegri...

Peter se apartó de la cama y se acercó a Anthony, rehaciéndose la coleta por enésima vez. El tiempo que había durado la intervención fue el previsto; pero, obviamente, tuvo que pasar por la sala de recuperación antes de que la subieran a planta. Y aunque Adam la acompañó en todo momento, eso no consiguió mitigar la angustia que con puño de hierro atenazó su corazón y que lentamente lo iba liberando.

—Ya ha pasado todo. Respira hondo y relaja los músculos —le aconsejó Anthony, echándole un brazo por los hombros—. Por cierto, ¿has crecido?

Apenas sonrió ante su broma, solo hizo caso a su sugerencia e hizo un par de inspiraciones profundas sin perder de vista a su esposa que, prácticamente, se limitaba a escuchar lo que Anne le estuviera parlotando.

—¿La ves? —le indicó Norbert a su preocupado sobrino—. Ya está recuperando el color y se la ve más animada.

—Y tanto. Menos mal que mi madre le sujeta la otra mano —apuntó Johan viendo la escena—, si no ya se habría sacado la vía.

En efecto, Diane intentaba gesticular, pero el decidido agarre de Pamela se lo impedía.

—De todas formas, he pensado...

Un par de toques en la puerta silenció a Peter, dando paso a la doctora Almaguer, que llevaba una bata blanca sobre la ropa de quirófano.

—Buenos días —saludó, dando un rápido vistazo a todos los presentes, que respondieron con diferentes frases de cortesía—, o buenas tardes casi mejor.

Peter se adelantó unos pasos mientras ella se acercaba a su paciente. Pamela se había levantado y retirado la silla a un lado para dejarle más espacio libre.

—Hola, doctora, ¿cómo está? —le preguntó Diane, que había terminado de hablar con su suegra tras informarle de quién acababa de entrar.

—Pues yo muy bien, gracias —contestó divertida—. Aunque aquí la

importante eres tú, ¿cómo te encuentras? —se interesó. Observó que el recipiente del antibiótico ya se había terminado y tomó nota mental de ello.

—Cansada, pero no me duele nada —comentó, más para su marido, que estaba a su vera cogiéndole una mano, que para su ginecóloga—. Supongo que me podré levantar pronto, ¿verdad? ¿Y beber? Es que tengo una sed...

Peter examinaba el rostro de la doctora con atención. Al parecer, la respuesta de su esposa era la que esperaba, a la vista de su cabeceo afirmativo.

—No hay prisa para que dejes la cama —le dijo él con suavidad.

—Cierto, Diane —corroboró las palabras del marido de su paciente—. En un par de horas comerás algo, un caldo ligero, y después podrás incorporarte y dar unos pasos por aquí. Por cierto, ¿has orinado?

—No tengo ganas —respondió un poco avergonzada por la pregunta ante los rostros que no perdían detalle de lo que hablaban.

—Pues es vital, así que no te contengas. Ya te lo dije antes de que te trajeran, y también a tu marido, todo ha ido perfecto, no hay nada de qué preocuparse; solo tienes cuatro puntos de sutura, es lo bueno de esta técnica, ¿verdad, doctor Wadlow?

Adam se adelantó y puso las manos en el tablero metálico de los pies de la cama. Su indumentaria era como la de ella, no había querido entretenerse en cambiarse de ropa, ya tendría tiempo más tarde.

—Cierto, doctora Almaguer —convino—. Es menos invasiva y en ciertas cirugías eso conlleva que la recuperación del enfermo sea más rápida, además de que se disminuyen los riesgos de infección. En mi especialidad no siempre podemos hacer uso de la laparoscopia; pero hay cirugías en las que con una toracoscopia... —se calló al darse cuenta de que empezaba a desviarse de la pregunta original y se extendía innecesariamente, algo que le ocurría siempre al hablar de su trabajo.

Norbert escuchaba con atención a su hijo, orgulloso. Ciertamente era que al principio se decepcionó cuando supo que no seguiría sus pasos, y que temió por el futuro del bufete; sin embargo, la felicidad de sus hijos era lo que importaba, y el tiempo le había dado la razón. Adam estaba considerado uno de los mejores cardiólogos del estado, y Johan era un reputado arquitecto, junto a su primo. «*Qué más le puedo pedir a la vida. Tan solo salud para los míos*», se dijo convencido.

—Bien, aún me quedan un par de intervenciones que realizar —se dirigió

de nuevo a Diane—, me pasaré a última hora de la tarde y, si todo sigue igual, te daré el alta.

—Eso quería comentarle —intervino Peter, que acunaba ahora entre sus dos manos la de su esposa—. Creo que es precipitado, preferiría que pasara aquí la noche.

La doctora metió las manos en los bolsillos de su bata y lo miró, no le pillaba por sorpresa su petición; al contrario, le habría extrañado el que no la hubiera hecho. En las diferentes visitas a su consulta ya percibió su, quizás, excesivo celo en el cuidado de su mujer.

—No es necesario. El doctor Wadlow ha sido testigo de que la intervención se ha desarrollado sin ningún tipo de contratiempo —expuso, dedicándole a este una rápida mirada—, y la evolución es normal. Francamente, opino que...

—Disculpe que la interrumpa, no quiero resultar impertinente; sé que todo ha ido bien, de lo cual nos alegramos todos y yo le estoy muy agradecido —manifestó Peter con voz firme y sin dejarse convencer—. No obstante, mi esposa y yo estaríamos más tranquilos si permaneciera ingresada hasta mañana.

Diane lo miró con sorpresa. En ningún momento habían acordado, ni siquiera hablado, que se quedara en el hospital más tiempo del previsto.

—Peter, de verdad que estoy...

—No, *min lille*, no voy a transigir con esto. —Se inclinó y dejó un breve beso en sus labios—. Si el seguro médico no cubre la estancia, nosotros la abonaremos; pero insisto en ello.

Anthony cruzó las manos a la espalda. No le había pasado por alto ese *nosotros* en lo referente a la cuestión económica. Le vino a la mente el laberíntico acuerdo que cerró con Kathy sobre el paquete de acciones del bufete que él le regaló y la más intrincada, incluso, propuesta de ella con respecto a su amiga. El caso fue que, en realidad, ninguno salió vencedor. Peter insistió en firmar un contrato matrimonial que ella aceptó, pues le impuso la misma cláusula que él demandaba: compartir todas las posesiones que tenían y que en el futuro poseyeran. De todas formas, contrato aparte, sabía que en el sentir de la joven pareja no había un *tuyo* ni un *mío*, sino un *nuestro*.

—De acuerdo —accedió la doctora, sonriendo y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Confieso que lo esperaba. Lo comunicaré en el

puesto de enfermería para que hagan las gestiones pertinentes.

—Gracias, y disculpe si mi tono ha parecido autoritario —se excusó Peter, tendiéndole la mano, que ella aceptó con agrado y sin tener en cuenta su insistencia; por otro lado, totalmente comprensible.

—No lo ha parecido, socio. ¡Lo ha sido!

La doctora se echó a reír.

—¡Bah! No tiene importancia, olvidadlo. —Se inclinó sobre Diane y le retiró parcialmente la sábana—. No es necesario que se marchen, solo la voy a palpar —les informó al ver que se disponían a salir.

Con sumo cuidado presionó varias zonas de su bajo vientre sobre el camión del hospital, percibiendo la normal hinchazón que tenía.

Peter tragó saliva y se mordió el labio inferior, esperando de un momento a otro el grito de dolor de su esposa, que no llegó.

—¿Te hago daño, Diane? —le preguntó concentrada en lo que sus dedos le transmitían.

—Ninguno, solo noto la presión —le comunicó, apretando la mano de su esposo—. Solo la molestia de tenerlo hinchado.

—Perfecto, eso irá desapareciendo —le auguró, poniéndose derecha y tapándola nuevamente—. Bien, pues os dejo. No obstante, antes de irme pasaré a verte. —Ojeó el recipiente del suero—. Diré que te pongan otro y dejaré las instrucciones para la medicación. —Le palmeó el brazo y se dirigió a la salida, volviéndose antes de alcanzar la puerta—. ¡Ah! Y quiero verte levantada para entonces.

Reguló la temperatura del agua y dejó que cayera, caliente, sobre sus tensos hombros, las palmas de las manos sobre los fríos azulejos. Nunca le había parecido tan grande la ducha italiana ni tan desierto y frío el apartamento. Porque una cosa era que no hubiera nadie en casa porque su valquiria estuviera en el trabajo, y otra que se encontrara postrada en la cama de un hospital.

—*Min lille...*

Él no era un hombre que se avergonzara de mostrar sus sentimientos. La educación recibida de sus padres era clara: los hombres también lloran, hacerlo no mermaba esa hombría mal entendida por gran parte de la sociedad. Por eso, sus lágrimas caían por su rostro liberándolo de miedos y angustias que, sabía, ya no tenían motivos de existir.

Giró el mando de la ducha para cortar el agua y se pasó las manos por el pelo hacia atrás; abrió la puerta de cristal, cogió una de las mullidas toallas y la enrolló en torno a su cintura. Ya delante del espejo, que abarcaba los dos lavabos, limpió el vaho y miró su reflejo en él: unas impenitentes ojeras lo saludaron. Hizo un gesto negativo con la cabeza y emitió un profundo suspiro.

—Hasta aquí hemos llegado. ¡Por todo el valhalla! Esta no es la imagen que quiere ver de mí ni lo que necesita. Así que, Thor —dijo apuntando con el índice a su doble—, ya estás cambiando esa actitud catastrofista y dejando salir la que tu valquiria ama. —Dio una palmada en la encimera de mármol blanco, decidido a cambiar el ánimo.

Mientras terminaba con su aseo personal y se vestía, además de coger otra ropa para pasar la noche lo más cómodo posible, revivió en su mente todo lo acontecido después de irse la doctora.

Kathy y Marita llegaron a los pocos minutos acompañadas de Santiago, que había terminado antes sus clases. Todos percibieron la impresión del pequeño al ver a su tía en la cama y conectada al gotero; pero Diane, perfecta conocedora de la psicología infantil, supo romper ese momento de titubeo preguntándole por lo que llevaba en la mano. El menor, de reacciones rápidas, enseguida fue hasta ella y le entregó el dibujo que había hecho en su honor: una Diane, no muy proporcionada, que llevaba de la negra correa a *Hurón*, más desproporcionado aun, con un fondo multicolor que, según la explicación del pequeño artista, era el jardín de su casa en un día de viento.

Peter, abrochándose la camisa azul, se rio ante ese recuerdo como lo hicieron horas antes el resto de la familia.

Y hubieran seguido de tertulia, con Diane de primera animadora, de no haber puesto orden Pamela, que los organizó para ir a comer y, sobre todo, dejarla descansar; pues aunque veía lo despejada que estaba, también era cierto que tenía momentos en los que parecía querer dormirse.

El que él se quedaría esa noche con su esposa no fue motivo de discusión, más que nada porque sabían que sería inútil convencerlo de lo contrario. Así que cuando vino para darse una ducha y recoger ropa para ellos, solo se quedaron en la habitación Pamela y Anthony vigilando a Diane sentada en la orilla de la cama; encomienda que llevaba adjudicada mil consejos y advertencias, y que se vio interrumpida al ser cogido por Anthony por el cogote y echado de la habitación ante la risa de su nuera y las palabras de

amor de la enferma más consentida de todo Chicago, como la denominó Johan en algún momento de su visita.

Había guardado en una pequeña bolsa de viaje los útiles de aseo personal y sus mudas. Estuvo tentado de llevarse el diario, iba a ser una noche larga y quizás podría hacer alguna anotación más; pero cambió de idea, tendría que tener una luz encendida y eso podría molestarla. Despejada la duda, y ansioso por volver a su lado, se puso un grueso chaquetón, comprobó que todo estaba apagado y cogió las llaves del coche pensando cuál sería el camino más rápido para llegar al hospital.

—Duérmase pronto —le aconsejó la enfermera que les había llevado un zumo de melocotón a cada uno y una pastilla que ella debía tomarse—. Necesita descansar.

Tras ambos asentir a su petición y desearle Peter un buen turno, este se dirigió al pequeño armario para coger el pantalón de deporte y la camiseta que había traído, y cambiarse. Dirigiéndose acto seguido al pequeño pero funcional cuarto de baño.

Diane alisó el embozo de la sábana y movió las piernas, algo entumecidas por tantas horas acostada. Sí había paseado por la habitación un poco incómoda y encorvada por los puntos, más la inflamación, que persistía. Afortunadamente, ya estaba desconectada del suero, aunque todavía llevaba la vía cogida en el lado interno de la muñeca izquierda.

Cuando horas atrás vio irse a su marido, no pudo reprimir unas lágrimas. Sabía que era una tontería, que él estaría de vuelta en un pestaño; pero, incluso así, esa separación le dolió por él, porque lo conocía e imaginaba qué pasaría al entrar solo en el hogar que ambos habían creado a su medida y antojo. No era una cuestión material, de más o menos lujo, sino de la atmósfera de amor y complicidad que allí se respiraba, de la esencia de ellos, que llegaba hasta el último rincón y percibía cualquiera que entrase en ese santuario: su valhalla particular.

La puerta del baño se abrió y lo vio salir enfundado en un pantalón largo de deporte y una sudadera, el pelo suelto, como a ella le gustaba. «*Bueno, y cuando se lo recoge en una coleta, y cuando se hace ese moño, y...*».

—¿Qué miras? —la inquirió mientras guardaba la ropa en el armario, consciente de su escrutinio.

—Al chico guapo que va a pasar la noche conmigo —jugueteó con su

respuesta.

—Humm, mejor matizamos: que va a pasar la noche a tu lado —le aclaró, volviéndose a ella y yendo hasta el sillón reclinable que había en una esquina; pues no pensaba utilizar el sofá cama, demasiado alejado de ella.

Diane vio que lo acercaba a la cama, y no le gustó lo que eso significaba.

—¡Ah, no! Tú no vas a dormir ahí —le advirtió, deslizándose con mucho cuidado hacia un lado del colchón y palmeando la zona libre.

—¡¿Estás loca?! Te recuerdo que esto es un hospital, que estás convaleciente y que...

—Y que nada —cortó sus explicaciones—. Te echas aquí, a mi lado; al menos hasta que me duerma, ¿vale?

Peter la miraba con las manos en las caderas, completamente decidido a no ceder... Hasta que la vio fruncir los labios y bajar la mirada a sus manos, con un gesto de resignación al que no pudo resistirse. «*No sé ni para qué me opongo si yo soy el primero que no quiero dormir en ese maldito potro de tortura*», admitió para sí.

—Que conste que eres una manipuladora —la acusó, tumbándose a su lado y cogiendo una de sus manos para entrelazar los dedos. Cerró los ojos y aspiró el aroma natural de ella, presente incluso ante el característico olor del lugar.

—¿Estás bien, mi dulce amor? —Observó que sonreía levemente—. No hemos tenido ni un momento solos, y conste que no me quejo de que hayan estado todos con nosotros —se explicó, sin apartar la mirada del masculino perfil de su rostro—. No quiero que estés preocupado, todo está bien; ya ha pasado lo peor.

Peter abrió los ojos y se giró para quedar de lado, apoyando el brazo izquierdo sobre la almohada y la cabeza en una mano, de cara a ella. Aunque la luz de la habitación era tenue, no le impedía ver sus perfectos y delicados rasgos con total claridad, y la inquietud de sus negros orbes.

—Ahora sí. Estoy aquí contigo y tú estás bien; no pido más.

—Pero... —insistió Diane, que no se iba a dejar engañar por esa positiva respuesta, «*sé que has sufrido, y mucho*», pensó acongojada.

—Pero cuando fui a nuestra casa a por nuestras cosas y darme una ducha —tragó grueso—, me derrumbé; se me cayó el mundo encima —terminó de confesar con la voz tomada por el dolor del recuerdo.

—¡Oh, Peter! Lo sabía, lo sabía —le dijo con los ojos empañados y

acariciando su mejilla—. No tenías que haber ido solo.

Él cogió su palma y la besó largamente.

—¿Crees que habría sido diferente? ¿Que habría notado menos tu ausencia?... Sé que tu pensamiento y tu corazón me acompañaban, pero no era suficiente —declaró entre breves besos en sus nudillos.

Diane llevó la mano libre a su cuello y lo atrajo a ella para reclamar su boca e indemnizarlo por el involuntario dolor causado. Mientras acariciaba su nuca, sentía que él aumentaba la fuerza del agarre en su mano y la presionaba contra su torso. Había echado de menos su fogosidad, la que no podían llevar más lejos.

—Si me sigues provocando así, me voy al sillón —le advirtió después de tomar una bocanada de aire y volviendo a su postura original—. No despiertes más a Thor —bromeó, recibiendo a cambio un suave manotazo en su pecho.

—Tú eres el que me provocas. Cuando regresaste con la bolsa al hombro, tan guapo, el pelo suelto... —Peter esbozó una pícaro sonrisa, «*justo lo que esperaba*»—. Sabes que eso me vuelve loca, y te aprovechas.

—Me confieso culpable de todo, menos de lo último —le habló. Mirándola fijamente a los ojos posó una de sus pequeñas manos en la clara evidencia de la excitación que su beso le había provocado, reteniéndola ahí tan solo unos segundos—. No creas que yo no sufro.

—Te amo, mi vikingo. Y te confieso que yo también he llorado —murmuró la última frase—. Me llevé una sorpresa al ver a Adam, y agradecí que estuviera a mi lado; pero también fue como si de golpe me diera cuenta de dónde estaba. —Peter, inclinado sobre ella, le enjugó las lágrimas, atento a sus palabras y mortificado en su interior—. Que te quedaras solo, eso me derrumbó.

—*Min lille*. —Besó sus ojos al tiempo que acariciaba su óvalo—. Solo puedo decirte, otra vez, que te amo como no te haces ni idea. Además, tampoco me quedé tan solo, tenía al empalagoso de mi primo al lado.

Diane sonrió, precisamente lo que él pretendía.

—¿Lo has llamado empalagoso? —Lo vio asentir, y ella enredó entre sus dedos un mechón de su rubio pelo—. Como se entere de...

—¿Y quién se lo va a decir? —Enarcó un par de veces las cejas, cómicamente.

—Yo no —advirtió, para añadir—: Más que nada para no herir sus

sentimientos, porque si te pilla...

—Si me pilla no pasa nada, soy más hábil que él —presumió sin tapujo.

—Ya os vi el sábado en la nieve, y déjame decirte que mis alumnos tienen más cerebro que vosotros tres juntos.

—Humm, pero yo te gusto más.

No la dejó responder, nuevamente se inclinó sobre ella y la besó, llevándose el último atisbo de preocupación que aún quedara en su menudo cuerpo.

Diane tironeó con suavidad del labio inferior de él, degustando su sabor adictivo y palpitante tibieza.

—Todo va a ir bien, mi dulce amor. Hemos superado lo peor, así que...

—Ahora a pensar dónde quieres que vayamos de vacaciones este verano —le propuso, cambiando de tema para dejar atrás la pesadilla de día que habían vivido.

—Pues... —bostezó— ya lo decidiremos. El crucero que hicimos por los fiordos me encantó, qué paisajes más bonitos. Tu tierra es preciosa, vikingo.

Peter sonrió, la pastilla que se había tomado ya empezaba a hacerle efecto. Apagó la única luz que los iluminaba, en la parte inferior del cabecero, y encendió la que de forma tenue apuntaba al techo. La habitación quedó en una semioscuridad que invitaba a la reflexión, inundada del silencio nocturno que a esa hora imperaba. Tiró de la sábana y de la fina colcha que la cubría para arroparla hasta cubrir sus hombros.

Sí, habían quemado otra etapa, la más espinosa, pensaba él con un brazo doblado debajo de la cabeza y admirando la silueta de su esposa. El futuro se presentaba prometedor, sin negros nubarrones en el horizonte; y respiró con profundidad.

Diane se hallaba sumergida en un bello sueño en el que, en medio de una verde pradera rodeada de altas montañas con las cimas nevadas, veía galopar hacia ella a su marido, a su vikingo, al hombre que la diosa Fortuna le había reservado. Observó su mirada fiera mientras se acercaba, el cuerpo apenas cubierto con la piel curtida de los animales cazados por su mano y el largo cabello, que lucía algunas trenzas, ondeando al viento, rubio como el sol que la deslumbraba. Alzó una mano y la puso sobre sus ojos a modo de visera, y con la otra lo saludó agitando el ramo de flores silvestres que había recogido. El caballo lanzó un relincho que hizo eco al sentir el toque en sus ijares para aumentar tan vertiginoso galope, mientras que una espuma blanca delineaba

sus belfos en finas hebras que el céfiro quebraba...

Embelesado en la paz que reflejaban los finos rasgos de su rostro, Peter encontraba por fin el sosiego que su corazón había reclamado durante horas. Oyó que abrían la puerta despacio, dejando entrar una cuña de luz procedente del pasillo, y alzó la vista para ver de quién se trataba.

—Todo está bien —informó en voz muy baja a la enfermera que, sigilosa, se asomaba a la habitación.

Esta hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, sin sorprenderse de que estuviera compartiendo el lecho con la paciente, y volvió a cerrar. En el puesto de enfermeras había oído comentarios sobre la pareja, aunque incidían más en el poderoso atractivo de él y en lo solícito que, para fastidio de los irrealizables sueños de algunas de ellas, se mostraba con su mujer.

—Todo estará bien, *min lille* —apenas susurró.

En ese preciso momento, Diane, perdida en su mundo onírico, fue alzada por un brazo fuerte que la asió por la cintura y la sentó sobre el poderoso alazán negro de largas y sedosas crines, pegada al pecho de su vikingo, que la seguía abrazando con una mano mientras que con la otra sujetaba las riendas del vigoroso corcel.

El frío viento azotaba sus rostros a medida que, a toda carrera, cruzaban el inmenso valle; más ello no impidió que unas suaves palabras llegaran a su corazón: *Min lille*.

Y se estremeció, sabedora de hallarse en el paraíso y en compañía del hombre que amaba y así, también, la correspondía. Cerró los ojos para percibir mejor el cuerpo que a su espalda entibiaba el suyo y que le provocaba mil sensaciones a cual más excitante, más gratificante. Puso una mano sobre las de él, embargándose de su vitalidad, y gritó al mundo:

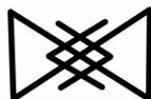
—*¡¡Jeg elsker deg!!*

Su enérgica y sorpresiva afirmación llenó la habitación provocando en su esposo, que la abrazaba por la cintura, tal catarata de emociones que solo encontraron desahogo en la líquida salinidad que sus azules ojos dejó escapar, para con voz temblorosa murmurar:

—Yo te amo más, mi vida, siempre más.

Y Diane, desde aquella lejana tierra solo habitada por ellos, sonrió.

Capítulo 8



—Mira con disimulo a tu espalda, un poco a la derecha.

Maddie hizo caso a su amiga, Ivy, y simulando que echaba una ojeada general a la cafetería, observó con rapidez el objetivo que ella le marcaba.

—Muy atractivo, no está mal —apreció, mirándola de nuevo.

—¿Que no está mal?! ¿Pero tú te has fijado bien? —le recriminó—. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

—Sí que los tengo, pero son para mi Johny —le respondió Maddie tras darle otro sorbo al café.

En ese momento, él levantó la vista del periódico, la clavó en la morena que tenía enfrente, a un par de mesas de la suya, y le dedicó una amplia sonrisa, tras la cual regresó a su lectura.

—Me acaba de sonreír —informó a su despreocupada amiga—. ¿Tú crees que irá en nuestro avión? —Jugueteó, nerviosa, con la pajita, removiéndolo los dos cubitos de hielo de su refresco de cola.

Maddie alzó las cejas y suspiró.

—Pues teniendo en cuenta que estamos en la zona amarilla y las puertas de embarque disponibles en este preciso momento tan solo anuncian tres destinos posibles..., yo diría que sí, que hay muchas posibilidades de que viaje a Chicago. —Ivy la miró con fastidio—. Y si también tenemos en cuenta que ahora solo hay este vuelo a la ciudad...

—Sabes que odio cuando te pones sarcástica.

—Se lo puedes preguntar y así sales de dudas —le propuso, sin molestarse por su anterior comentario; la conocía demasiado bien como para

hacerlo.

—Prefiero que el destino me sorprenda —aseguró desdeñosa.

Maddie soltó una carcajada, sabía que su amiga fingía ese aparente desinterés; además, no era precisamente vergonzosa a la hora de iniciar una conversación con un hombre; así que algo debía tener ese espécimen que la frenaba a levantarse y acercársele con cualquier excusa descabellada.

Él, mientras, intentaba distraerse leyendo la columna favorita de su periódico de cabecera: *The Times*. Le mataban las largas esperas en los aeropuertos, las horas desperdiciadas en hacer... nada, cuando las podría estar ocupando con actividades mucho más placenteras. Dobló el diario por la mitad y lo dejó sobre la mesa, cruzó los brazos sobre el pecho y estiró las piernas, dejándose resbalar un poco en el asiento para acomodar mejor la espalda.

No le habían pasado desapercibidas las furtivas miradas de la morena; aunque ella pensara que era discreta en su actuar, no lo conseguía, «*o será que mi radar sigue funcionando*», pensó frunciendo los labios sensualmente.

—Casi ocho meses tirados a la basura —dijo entre dientes con la vista perdida en el incansable trasiego de personas que, maleta en mano, acudían a sus correspondientes puertas de embarque de la terminal de Heathrow, Londres, en donde se hallaba mortalmente aburrido.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

«*Ocho meses*», repitió en su mente. Ese era el tiempo que había estado saliendo con Julianne, «*he batido mi propia marca*», insistió en su recuerdo. Alargó una mano a la derecha, descruzó las piernas y puso su maleta de cabina entre ellas, ahí llevaba guardado el portátil, «*solo falta que un maldito desgraciado me robe en este puto sitio*». Sus rasgos faciales se endurecieron ante la idea de esa posibilidad.

Lo cierto era que no estaba contento con ese viaje. Es más, no lo estaba desde hacía mes y medio. Nada había salido según lo planeado; al contrario, las consecuencias lo tomaron totalmente desprevenido, «*¡maldito Geoffrey!*», blasfemó; pues tenía la completa seguridad de que él fue el instigador de su caída en desgracia.

Lanzó un bufido, abrió los ojos y se sentó bien en la incómoda silla. Pensó en tomarse otro gin-tonic; sin embargo, decidió esperar a embarcar, seguro que le costaría menos que el que ya se había tomado en la usurera franquicia de la sala de espera. Y ese pensamiento le llevó al hecho de tener

que viajar en clase turista, algo totalmente inadmisible pero inevitable.

«*Ocho meses de hacer el gilipollas con esa frígida*», se quitó las gafas, que solo usaba para leer, y se llevó una de las patillas a la boca, mordisqueando el extremo mientras pensaba en Julianne...

La conoció en el club del que era habitual cliente el abuelo de ella, lugar que figuraba entre los más elitistas de Londres. Conseguir que lo admitieran en él no fue ni fácil ni barato; no obstante, merecía la pena la inversión. Hacerse notar ante ella... sí que resultó sencillo, pero su conquista e intento de derribo supuso un caro desafío, «*que te jodan*», le deseó.

Aun así, la consiguió, pero no en el sentido bíblico; su padre habría vuelto de entre los muertos si no lo hubiera logrado, pues como en algunas ocasiones le había comentado al enterarse de sus flirteos: «Eres digno heredero mío, hijo». Iniciaron una pública relación que no a todos agradó. Quien más se opuso fue el abuelo de su novia, que también era, y no por casualidad, uno de los socios fundadores del bufete de abogados en el que hasta hacía poco había figurado en nómina.

Ante el temor de que ella prestara oídos a las habladurías que circulaban sobre su indecorosa reputación, le declaró su apasionado y ardiente amor en un acto impulsivo que la desarmó. Le habló de la soledad de sus noches, de lo que sufría por no despertar cada mañana a su lado... Incluso consiguió derramar alguna lágrima, no sin esfuerzo. Y ella sucumbió a su petición de matrimonio.

Cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y miró si la chica morena seguía todavía allí, y al encontrar sus ojos puestos en él le lanzó un guiño.

Volvió a su anterior pensamiento, el resumen de esos calamitosos meses.

Todo se precipitó a raíz de dicha petición. Debió haberlo imaginado, Julianne era demasiado clásica, demasiado pegada a unas normas que su victoriana familia le había inculcado. «*Si me la hubiera podido llevar a la cama, seguro que ahora yo no estaría aquí*», divagó convencido de esa posibilidad. Pero ella no cedió a sus múltiples y variados intentos de seducción, como tampoco lo hizo a la urgencia de llevarla ante el altar, originando un problema.

Él era un hombre sexualmente muy activo, así que buscó su desahogo alejado del círculo de amistades que frecuentaban y compartían. No tenía necesidad de recurrir a prostitutas, obviamente de lujo, pues con su físico y verborrea le bastaba para encontrar una mujer que, agradecida de que se fijara

en ella, le sirviera para satisfacer sus insatisfechos y primitivos deseos; y, de paso, los de ella. «*Hay que dejarlas contentas*», le solía decir su padre.

La fuerte megafonía dispersó sus recuerdos al anunciar que los pasajeros con destino Chicago se dirigieran a la puerta de embarque. Colgó las gafas de la abertura de su camisa hecha a medida en T. M. Lewin, solo el primer botón se mostraba desabrochado; miró la hora en su reloj Piguet y recogió el abrigo corto, de Burberry, del asiento de su izquierda. Extrajo el asa de la maleta de ruedas y se encaminó hacia donde era requerido.

La foto que Julianne recibió de su prometido besándose con una mujer mientras una de sus manos se ocultaba bajo la falda de la desconocida fue el detonante de una reacción en cadena. El compromiso matrimonial se anuló, pues de nada sirvieron las palabras de perdón y promesas de futura fidelidad, su exnovia se mostró inflexible, «*que te jodan, Julianne*». Y su contrato de trabajo, en el bufete, rescindido sin más contemplación. Bufete al que había ingresado, después de un examen minucioso de las posibilidades que ofrecían los demás de la ciudad, gracias a su apellido. Pero ¿por qué esa firma precisamente? Por ella y su futuro patrimonio, «*obvio, no pienso pasarme la vida metido en un despacho*».

Así que, por todo ello, ahí se encontraba, esperando su turno para mostrarle a la azafata de tierra su pasaporte y la tarjeta de embarque; deseoso de emprender el viaje aunque fuera en turista, y empezar a explorar la fantástica e imprevista posibilidad de trabajo que aquella lejana ciudad podía ofrecerle.

«*Cheerio, London. Hi, Chicago*», se despidió de su ciudad natal sin volver la vista atrás, para saludar a la que había visitado en tan solo contadas ocasiones.

Después de casi diez horas de viaje, incluidos los trámites de pasar por la aduana e inmigración, salía por las puertas del aeropuerto O'Hare. La Ciudad del viento, comúnmente llamada, lo recibió tan gélida que lo sacudió y le obligó a subirse el cuello del abrigo buscando un calor difícil de hallar. Por la diferencia horaria, aún no llegaba al ecuador del día, sabía que le esperaba una jornada larga y cansada. Llevaba en una mano las llaves de un coche de alquiler, era el pequeño lujo que se había dado como compensación de no haber volado en la clase que le correspondía a su estatus social.

A su derecha, alejadas de su posición, vio a Maddie y a Ivy, a las que

tuvo de compañeras de asiento, para feliz regocijo de la primera. Esta última besaba muy efusivamente a un hombre moreno que la correspondía en igual medida: Johny, su novio; en una de las breves charlas mantenidas con ella a bordo, le contó que él era el motivo del viaje.

Con su amiga habló un poco más. Y ese «más» fue lo justo para ponerse de acuerdo en encerrarse en uno de los aseos. Eran dos adultos que buscaban lo mismo: liberar tensiones a través del sexo. Así que de forma sigilosa para no despertar sospechas entre el personal de vuelo, tuvieron dos encuentros que a ambos satisfizo; breves pero intensos. Fue la entrada de ella en el afamado *Mile High Club*, o lo que es lo mismo, en el club de los que practican sexo en las alturas, y al que ella accedió con matrícula de honor.

Maddie, que desde el primer momento se había sentido atraída por él, no tuvo ningún inconveniente con que la manejara a su antojo; es más, le gustó que lo hiciera, que la dominara sin cruzar palabra.

Él, buen conocedor de las mujeres, enseguida supo cuáles eran sus gustos y debilidades, y aprovechó esa ventaja para su propia satisfacción; ya que la entrega de ella fue total y absoluta.

«Sí, ha sido un viaje muy entretenido», se dijo mientras apartaba la vista de la morena para dirigirse, en sentido contrario, hacia donde se encontraba estacionado su vehículo.

Como todas las grandes urbes, y esta no iba a ser diferente, la ciudad había cambiado mucho; también era cierto que hacía años desde su última visita. Aun así, supo orientarse y coger el camino correcto para llegar a su destino.

El abundante tráfico ralentizó su llegada, lo que crispó sus nervios. Estaba agotado y hambriento. Ansioso por saber cómo se desarrollaría su vida, si todo lo planeado llegaría a buen puerto y podría reconquistar lo que nunca debió perder. Y, también, deseoso de verla de nuevo.

Aparcó al lado del edificio en el que a partir de ese momento viviría. Sacó el equipaje del maletero y, después de cerrar el coche y activar la alarma antirrobo, se dirigió al portal y pulsó el botón correspondiente al familiar apartamento de la cuarta planta.

Casi nada había cambiado del *hall* del inmueble, solo el color de las paredes y los buzones, que lucían nuevos. Incluso el olor del lugar se le antojó que era el mismo. Abrió el ascensor y subió.

Llegado a su planta, no tuvo que pulsar el timbre de la puerta, ella lo

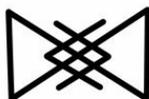
esperaba con los brazos abiertos y los ojos húmedos por la emoción de tenerlo ya allí, a su lado.

—¡Hampfrey! ¡Cuánto te he echado de menos! —articuló en un sollozo incontrolable, sin importarle que las lágrimas estropearan su perfecto maquillaje.

Dejó caer las maletas al suelo y la abrazó, respirando su añorado aroma.

—Tanto como yo, mamá. —Recibió un golpecito en su hombro, y él sonrió—. Tanto como yo, Lady.

Capítulo 9



Kathy miraba de reojo a su amiga despedirse de su marido: besos infinitos mezclados con palabras entrecortadas, de las cuales solo percibía un leve rumor; pero que imaginaba el contenido. El pequeño George soltó un gorjeo que distrajo a la efusiva pareja.

—Hasta él os ha tenido que llamar la atención, chicos —los regañó Kathy con una nota de humor en la voz refiriéndose a su hijo, que tenía en brazos.

La pareja soltó una breve risa y se acercó a madre e hijo.

—Déjame que lo coja —pidió Diane extendiendo los brazos.

—Primero te sientas, que te acaban de quitar los puntos y él pesa —le indicó Peter, llevándola de la cintura hasta el sofá.

—¡Si solo es un bebé!

—Cierto, pero muy rollizo —fue la respuesta de su marido mientras ella se dejaba hacer.

—Tienes la coleta un poco deshecha —le murmuró al tiempo que lo sujetaba de la pechera de la camisa para acercarlo a ella, dándole un breve beso.

—Me pregunto por qué será. —Se llevó las manos al pelo y se quitó el elástico, dejándose el cabello suelto y provocando un suspiro en su mujer.

Kathy fue hasta ellos y le pasó a su hijo, que se mostró feliz de estar en los nuevos brazos.

Peter, tras besar su frente y hacerle algunas carantoñas, se despidió de las dos mujeres y marchó a saludar a su tío.

—Ha crecido, ¿verdad? —preguntó Diane acunando al bebé, que la

miraba con los ojos muy abiertos y le había aferrado el jersey.

—Pues... Yo lo veo igual.

Kathy, después de echar el seguro a la puerta del despacho, dejó sobre la mesa de centro una enorme bolsa enguatada de color azul y sacó lo que precisaba para amamantar al pequeño, que no tardaría en pedir su comida como lo hacía siempre: llorando.

—No, está más grande. Hay que comprarle ropa, y a los mellizos también, que ya hace dos días que no los veo y seguro que han dado un estirón. —Su amiga sonrió—. ¡Ainssss, pero qué bonito eres! ¡¿Y esos ojitos de quién son, di?! ¡Es que te voy a comer!

Kathy la observaba hacer, cómo lo alzaba y le hacía divertidas muecas que él recibía dándole palmaditas en la cara. «*Qué buena madre serás, porque lo vas a conseguir*», pensó, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos.

—Bueno, dime con detalle qué te ha dicho la doctora —le habló, emocionada.

George hizo un par de pucheros y rompió a llorar con fuerza.

—¡Por Dios, Kithy! ¡Es un reloj! Sí, venga, ve con mami.

Esta lo puso en su regazo, se desabrochó la blusa y bajó la copa del sujetador, acercando a su demandante hijo a su pecho. De forma inmediata se hizo el silencio.

—¿Qué sientes?

Kathy se sorprendió por su pregunta.

—¿Físicamente? ¿Si me hace daño? —indagó, aunque por el semblante de su amiga imaginaba que no se refería a eso.

Diane, sentada un poco de lado, observaba la escena frente a ella mientras un ramalazo de tristeza la golpeaba. «*Cuánto me gustaría tener así a mi hijo y...*». Detuvo la frase antes de que se completara en su pensamiento y soltó un suspiro profundo. No se iba a dejar llevar por una negatividad que no le aportaba nada, como tampoco ahogarse en una melancolía que solo conseguía envenenarle el alma.

—Siento una conexión especial en estos momentos, más unidos aún; es difícil de explicar —le dijo mirándola a los ojos, haciendo suya la pena de su amiga, «*de mi hermana*»—. No quiero verte así, Di.

Esta asintió, se colocó un mechón detrás de la oreja y movió la mano en el aire.

—No te preocupes. Lo cierto es que está todo bien. Bueno, todo no. —Kathy frunció el ceño—. Anne ha retrasado su viaje, Halsten ha tenido un cólico nefrítico y está bastante fastidiado, por eso ha decidido quedarse hasta que se encuentre bien. Peter, aunque no lo diga, sé que está preocupado.

—Podía ir a verlos y...

—¡Eso le he dicho! —afirmó con energía, echándose otra vez el pelo hacia un lado.

—Te quedarías con nosotros si...

—¡Claro! ¡Pues no! —Diane puso una mueca de disgusto—. Dice que sin mí no va a ningún lado, que no me deja sola, y menos después de la operación. Además, la baja laboral se cumplirá con el curso ya terminado...

—La verdad es que le entiendo, qué quieres que te diga.

Kathy alzó a George con cuidado pero rápida y se lo puso en el otro pecho, el pequeño solo emitió una pequeña protesta que fue acallada en cuanto sus labios tocaron el pezón de su madre.

—De todas formas, no es la primera vez que le pasa a mi suegro —le recordó Diane, dándole vueltas entre las manos al paquete de toallitas húmedas del que había extraído una para que su amiga se limpiara antes de recolocarse la ropa, movimientos que no distrajeron al bebé de su empeño—. No es grave; sí, doloroso. Pero ya se encuentra mucho mejor.

—¿Y tú?

—¿Yo? Bien, ya te...

—Me refiero a cómo llevas el empezar con la siguiente etapa del tratamiento, la espera para intentar quedarte embarazada... —enumeró Kathy—. Por cierto, el bolsillito lateral, el de la derecha, ábrelo y coge uno de los pasadores para el pelo, que me estás poniendo nerviosa, Di.

Esta sonrió mientras hacía lo que le indicaba. Su amiga, incluso en la bolsa del bebé, llevaba horquillas para que se recogiera el rebelde flequillo. Se inclinó hacia delante y, con cuidado de no molestar a George, le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Qué pegajosa eres!

Diane se rio ante su esperada y familiar respuesta, que sabía era fingida.

—Vale, vale. Ya en serio, creo que lo llevo bien. —Kathy alzó una ceja ante su inseguridad—. Es decir, tengo y tenía asumido que ahora se vienen muchos meses de tratamiento de fertilidad, pues en la operación se han perdido muchos óvulos... —Hizo un gesto vago con la mano—. No te quiero

aburrir con la cuestión técnica, el caso es que luego podremos ir a por nuestro bebé.

—Bien, tómallo con calma y no desesperes —le aconsejó Kathy, conocedora de su carácter impulsivo, mientras le echaba un ojo a su pequeño, que se estaba quedando dormido y apenas succionaba ya, aunque al intentar apartárselo reanudó su labor.

—Kithy, de verdad, lo he asumido. Me ha costado, es cierto; pero no quiero ver sufrir a Peter. Sé que muchas noches se desvela, finge delante de mí una fuerza que no siempre tiene —confesó con un nudo en el corazón.

—Diane, ¿eres consciente de cuánto te ama? ¿Que le da igual todo, salvo tú? —le planteó con pasión en la voz.

—¡Pues claro que soy consciente! Ya sé que me volví odiosa, insoportable. Pero te veía a ti, y luego a Marita, tan felices con vuestros embarazos... —Se recolocó el pasador, de diminutas piedrecitas de colores —. Sabes que siempre me han gustado los niños, que amo mi profesión, por todo eso se me hizo tan difícil aceptar mi incapacidad...

—Que ni lo era ni lo es —apostilló Kathy.

—Es verdad; ni lo va a ser, porque lo vamos a conseguir.

Sacó otra toallita del paquete y se la dio a su amiga mientras le indicaba con un gesto que le diera al pequeño.

—Toma, ponte este paño sobre el hombro —le indicó a Diane, que ya tenía en sus brazos a George y le daba suaves palmaditas en la espalda para que eructara.

—Sabes, en esta semana, Peter y yo hemos hablado mucho. —Estaba recostada en el sofá con el pequeño completamente dormido, viendo a su amiga guardar el bolso en el armario y regresar para sentarse a su lado, cogiendo una de las manitas de su hijo.

—Eso está bien —fue su único comentario. No quería romper el hilo de sus pensamientos.

—Nada que no hallamos hablado anteriormente, solo reafirmando lo que queremos en esta nueva etapa.

Diane no dijo nada más. En efecto, habían sido días de intenso cuidado de él hacia ella; días de charlas, insustanciales unas veces y profundas otras. Noches de dormirse el uno en los brazos del otro, sintiéndose plenos con ese simple gesto.

—Y que es... —indagó Kathy, que aunque imaginaba la respuesta, quería

oírsele decir.

—Ser felices, seguir amándonos y no obsesionarnos con lo que escapa de nuestro control. —Recolocó a George en sus brazos antes de seguir hablando—. Ambos deseamos esto: un hijo. Pero por encima de ese deseo estamos nosotros, como pareja, ¿me explico?

Kathy asintió, orgullosa de que hubiera reorganizado el orden de sus prioridades, pues Peter no se merecía estar en un segundo o tercer lugar. Sabía, porque se había documentado, lo que psicológicamente afectaba en la mujer no ver realizado su deseo de ser madre; por ello, sus palabras la tranquilizaban.

—Si la vida quiere que tengamos hijos, pues fantástico —aseguró tras dejar un beso en la frente del bebé—. Pero si no puede ser, no nos vamos a derrumbar. —Alargó una mano y aprisionó la de su amiga—. Lo prometo, no me vendré abajo.

—Eres fuerte, Di, y sé que podrás con eso y con más si es que llegara el caso, que tampoco lo sabemos.

—Exacto, somos mujeres decididas y valientes que...

—Que ahora mismo le van a cambiar el pañal a tu bello durmiente — anunció Kathy con la nariz arrugada e incorporándose.

—¡Uf! Toma, toma —añadió rápida Diane mientras le entregaba a su hijo.

—¡Ah, no! Esto también forma parte de la maternidad, así que vamos y practicas —le dijo, ayudándola solamente a levantarse, para dirigirse al pequeño baño de su despacho.

—Ya, pero no hace falta que empiece tan pronto, ¿no? —protestó, caminando tras ella—. ¿Cómo es posible que esta cosita tan tierna huelga de pronto tan mal?

Kathy soltó una carcajada ya en el interior del aseo, donde tenía el carrito cambiador del bebé.

—Esto es culpa de tu madre porque no se alimenta bien, bonito mío, y tú pagas las consecuencias.

—Sí, lo que tú digas —aseguró Kathy, con todo preparado para el cambio, entre risas por las muecas de desagrado que hacía su amiga, que portaba al niño despegado de su cuerpo.

—Es que no es normal, Kithy —se defendió, conteniendo la respiración y haciendo aspavientos con las manos después de dejarlo sobre la mullida

superficie del mueble.

—Por cierto —recordó Kathy, sin hacerla caso—, he recibido una carta del Mercy Home. ¿Tú también?

Mientras, en su despacho, Norbert y su sobrino habían estado hablando de la buena recuperación de Diane, así como del tratamiento que tendría que seguir. Las perspectivas eran tranquilizadoras, aunque había notado un trasfondo de preocupación en su charla con Peter, por lo que al preguntarle no le extrañó su respuesta, pues compartía el mismo sentimiento:

—Me gustaría estar al lado de mis padres. —Norbert asintió—. Sé que no es grave, pero aun así...

—¿Por qué no das una escapada rápida? Sabes que Diane no se queda sola. —Peter negó con la cabeza a su propuesta—. Si es necesario, nos mudamos todos a tu casa.

—Muy gracioso, tío. Pero no, mi sitio está a su lado; además de que es donde quiero estar.

Norbert no insistió ante su firme determinación.

—Me alegro de que ella sea tu prioridad. Por otro lado, seguro que tu padre ya se encuentra mejor y deseando volver al trabajo para...

—... que dejen de revolotear a su alrededor —terminó la frase por él.

—Veo que conoces a tu madre —dijo después de una sonora carcajada y observando la sonrisa de su rostro. Había conseguido relajarlo y pensó que sería un buen momento para...

Dejó su asiento tras la amplia mesa de oficina y se dirigió a una de las librerías.

—¿Quieres una copa? —le ofreció mientras abría las dos puertas del compartimento en el que se encontraba una selecta variedad de bebidas.

—No, gracias, es temprano.

—¿Coñac o whisky? —le insistió, sin girarse a él y sirviéndose de lo primero.

—En otro momento, gracias.

Se negó de nuevo a la invitación, sentado en una de las sillas de invitados y con un brazo descansando en la mesa de trabajo de su tío. Le había calmado los nervios hablar con él, sabía escuchar y hacer las preguntas precisas para poner el tema que se tratara en la debida perspectiva.

—Diane y yo hemos superado una dura etapa, todo vuelve a su cauce —

comentó en voz alta siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Celebro que así sea. Ahora empieza otra nueva —le anunció Norbert acercándose a él con dos coñac servidos, viendo el gesto de resignación de su sobrino ante la visión de la bebida que le ofrecía en contra de sus deseos—. Ahora tómate esto, lo vas a necesitar.

Dejó sobre la mesa las dos anchas copas de bola; después de darle un trago a la suya, se quitó la chaqueta y la corbata y las dejó sin cuidado sobre su sillón. Bordeó el amplio escritorio y se sentó frente a su sobrino, que lo miraba hacer en silencio, se inclinó hacia delante y clavó los codos en los muslos, las manos unidas bajo el mentón y mirándolo fijamente.

—¿Qué ocurre? —inquirió Peter, sintiendo en su interior la advertencia de una alarma—. ¿Se encuentra bien mi tía?

Norbert dio una inspiración profunda y asintió con la cabeza sin apartar los ojos de los de su sobrino, analizando a velocidad de vértigo en su mente la mejor forma de plantearle el tema que, desde hacía más de una semana, no se le iba del pensamiento.

Un par de horas antes había recibido de manos de Harrison el informe sobre la investigación a Charity: minucioso, extenso y revelador hasta un punto que nunca hubiera imaginado. Una vez que se quedó solo, y relativamente calmado, llamó a su padre para ponerlo al día; sin embargo, este decidió que era mejor hablarlo en persona.

—Norbert, me estás preocupando —insistió Peter en saber, convencido de que algo grave sucedía, a la vista de la seriedad de su rostro; presionó levemente una de las rodillas de su tío—. ¿Qué...?

No le dio tiempo a completar su pregunta, interrumpido por el decidido golpe de unos nudillos en la puerta, que fue abierta sin esperar permiso y dando paso a la figura de Anthony.

Norbert se levantó enseguida, al igual que su sobrino, y cruzó una inteligente mirada con su padre, entendiéndose ambos perfectamente. Había llegado en el momento preciso.

Se saludaron con afectividad, como siempre; pero Peter no perdía detalle de sus gestos ni de las furtivas miradas cargadas de mensajes desconocidos para él.

Anthony, tras dejar su abrigo sobre el respaldo del sofá, se sirvió un generoso coñac y se acercó a ellos.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó a su hijo, apuntando con la copa a su

nieto.

—Eso iba a hacer cuando has llegado.

Peter, de pie y con las manos en las caderas, no soportaba más tanta incertidumbre.

—¿Queréis hablar de una vez? —les demandó.

—Siéntate, muchacho.

—Así estoy bien, abuelo.

—¡Pero yo no! Así que nos sentamos todos —replicó Anthony con brío. Nervioso y preocupado, tanto por el tema a tratar como por lo que desconocía del maldito informe.

Norbert acercó su sillón, rodándolo, hasta las sillas que habían ocupado su padre y su sobrino, y se sentó.

—Bien, ya estamos todos colocados. ¿Hay algún problema en el bufete? —les lanzó, pero con la impresión de que no era eso lo que les preocupaba; pues, de lo contrario, estaría ahí también el resto de la familia. «*No, esto es algo que me afecta a mí, ¿pero qué?*».

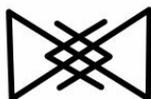
—No es nada relacionado con la firma —aseguró Anthony, palmeándole una rodilla.

—Entonces, ¿qué pasa? Y no me digáis que nada.

Norbert inspiró con fuerza y tomó la palabra.

—Todo, Peter. Pasa... de todo.

Capítulo 10



Anthony le lanzó una mirada de advertencia a su hijo. Con esas palabras tan catastrofistas solo conseguiría asustarlo y predisponerlo a lo peor, así que palmeó de nuevo su rodilla antes de hablar.

—Ya sabes que le va el drama. Todos estamos bien y no hay ningún problema en el plano profesional.

—¿Entonces? —preguntó Peter tremendamente confundido y pasando la vista de uno a otro. Conocía a su tío, y su rostro de preocupación no era por nada insignificante.

Este cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y tironeó del bajo del pantalón, dejó la mano sobre su tobillo y se dijo que cuanto antes desvelara lo sucedido, mejor. Había pensado visitarlo en su estudio el primer día que se reincorporara, pues sería la única manera de que estuvieran solos; pero al verlo entrar decidió que no esperaría. Además, la presencia de su padre ayudaría a templar el ánimo llegado el caso.

—Peter, hace ocho días tuve una inesperada visita...

—¿Astrid?! —escupió muy alterado—. Quiero saber si se ha puesto en contacto con vosotros otra vez. Cuando Diane y yo estuvimos en Oslo, la cité...

—¿Te viste con ella en tu luna de miel?! —intervino Anthony escandalizado, que no conocía ese hecho.

Norbert frunció el ceño.

—Aproveché que pasábamos unos días allí para zanjar el tema. Por supuesto fui con mi esposa, ¿qué estáis pensando?!

Los dos hombres respiraron al unísono, sincronizados, tras haber contenido el aliento.

—Ya veo —siguió hablando Peter, recogiendo el pelo en una coleta—. Nos vimos los tres —remarcó la última palabra— y le quedó claro que no queríamos ningún contacto con ella.

—¿Y lo tomó bien? —quiso saber Norbert, curioso.

—Sí, nos dijo que simplemente se obsesionó conmigo, pero que ya estaba superado; es más, que llevaba meses saliendo con alguien. Aunque yo creo que las palabras de Diane fueron las que surtieron efecto —dijo con tono de misterio y callándose a continuación, creando un ambiente de suspense que el mayor de los Wadlow no pudo soportar.

—¡Habla, demonios! ¡¿Qué le dijo?!

—Me pidió que la tradujera, pues ella no...

—Sí, sí... —lo apremió Anthony, inclinado hacia él y deseando escuchar lo que a ese demonio de chiquilla se le habría ocurrido.

—Bueno, sus palabras exactas fueron: «Eres más alta que yo, pero te aseguro que en un salto te agarro esa pobre coleta que tienes para arrastrarte hasta el fondo del fiordo más profundo que haya, y te dejo allí clavada con mi bota de tacón de aguja. Así que deja en paz a mi marido si no quieres que los peces se coman tu culo caído».

Se hizo unos segundos de silencio mientras procesaban el resolutivo alegato de Diane.

—¡Demonios de chica! —estalló Anthony, rompiendo a reír escandalosamente.

—¿Todo eso...? —preguntó Norbert a duras penas, contagiado por la hilaridad de su padre. Peter asintió, orgulloso de su valquiria—. Pues ha sido efectivo.

—¡Demonios de chica! —repitió Anthony secándose los ojos—. Es que me imagino la escena y... —La risa cortó sus palabras.

—Fue divertido, sí; para nosotros dos, obvio —aclaró sin necesidad, pues ya imaginaban que a su ex no le tuvo que hacer gracia cómo la describió—. Y ahora, cuéntame.

Norbert carraspeó, de pronto serio, ante la demanda de su sobrino y obteniendo toda la atención de su padre.

—Bien, la semana pasada me visitó Virginia, la esposa de... —No siguió con la explicación ante la seña de Peter de saber quién era—. Vino

acompañada de una amiga: Charity, Lady para los íntimos, entre los que no me encuentro.

Anthony sonrió ante la evidente animadversión que destilaban sus palabras. No perdía de vista a Peter, cada vez más intrigado y que daba muestras de no saber quién era esa mujer.

—Después de un breve intercambio de frases, aquí, esta... señora terminó de presentarse a sí misma como —tomó aliento— la madre de Diane.

Solo parpadeó una vez antes de empezar a levantarse lentamente mientras pasaba la vista de su tío a su abuelo. El azul de sus ojos parecía haberse oscurecido al entrecerrarlos, se avecinaba tormenta.

—¿Qué clase de broma de mal gusto es esta? —siseó ya en pie y con las manos en las caderas, desafiante.

—Siéntate y déjame terminar —le pidió Norbert, al que el tema lo desagradaba profundamente.

—No.

—¡Sí! Deja que tu tío termine, yo aún hay detalles que desconozco — señaló, indicándole con un dedo que tomara asiento.

—Hijo, cálmate. ¿Crees que bromearíamos con algo tan serio, tan doloroso? —Peter, ya sentado, negó con la cabeza, los brazos cruzados sobre el pecho—. De acuerdo, pues esto fue lo que sucedió...

Durante los siguientes minutos, Norbert narró todo lo acontecido en aquella inesperada entrevista, intentando ser imparcial para no mezclar las palabras dichas con los sentimientos que producían en él. Solo fue interrumpido por la llegada de un mensaje de Diane a su marido, informándole de que se iba con Kathy y George a tomar un té y que no tardarían en volver; de lo que se alegró, pues así tenían más tiempo para ellos tres.

Peter había permanecido quieto, escuchando, muy erguido en su silla y con una tensión que se dejaba ver tanto en su rostro como en los músculos de sus brazos a través del tejido de la camisa. Sin interrumpir a su tío, cuyo relato solo estuvo salpicado por alguna maldición que otra de Anthony.

Este, con agrado, observaba la templanza de carácter de su nieto, que, aunque no llevara su sangre, era digno merecedor de ella. Pero también sabía que esa calma era solo superficial, pues apostaría lo que fuera a que en su interior se estaba formando una ciclogénesis explosiva que, si no se controlaba, tendría efectos imprevistos.

—Fuiste muy comedido con ella, tío —opinó entre dientes, levantándose y apartando la silla a un lado, con brusquedad, para salir del círculo que formaban y en el que se estaba ahogando.

—Mi objetivo era obtener la máxima información —se defendió Norbert, molesto por su reproche—. No creas que me resultó fácil contenerme ante su pose de superioridad, y soportar las miradas lascivas de Virginia.

Anthony no comentó nada, ya lo había hablado con su hijo días atrás. Sin embargo, Peter, que estaba en medio del despacho con las manos cruzadas en la nuca y de espaldas a ellos, se volvió rápidamente y escrutó su rostro.

—Discúlpame, no es mi intención ofenderte; estoy seguro de que fue complicado. —Norbert asintió, con la vista fija en el asiento vacío que tenía delante—. ¿Virginia te acosa? —preguntó con incredulidad, distrayéndose por un segundo de lo que bullía en su cabeza.

—¿Te extraña? ¡¿Es que acaso mi hijo no resulta atractivo a las mujeres?! —lo defendió Anthony.

—¡Papá! ¡¿Quieres dejar las tonterías a un lado?!

—¡Qué genio! Encima que saco la cara por ti —se justificó, con una sonrisa asomando a sus labios.

Norbert hizo un gesto de impotencia y resignación, volviendo su interés a su sobrino, que permanecía mudo.

—Venga, Peter, suéltalo ya —lo azuzó al tiempo que se levantaba. Le dio a su padre una palmada en la nuca y se apoyó en el filo de la mesa—. No me creo que no tengas mil preguntas.

—Mil no, ¡tres mil! —profirió de mal humor—. Pero solo hay una que... me preocupa. —Se acercó un par de pasos y clavó la mirada, empañada por las lágrimas, en los ojos de su tío—. ¡¿Cómo se lo digo a Diane?! ¿Cómo le explico que su madre, esa indeseable que la dejó tirada en la calle, quiere conocerla? Porque sé que sus intenciones no son buenas —añadió con rabia en la voz y los puños fuertemente apretados—. ¡Lo sé! ¡¿Cómo...?!

No pudo seguir hablando, se rompió con un quejido que recordaba a una rama seca partirse en dos, como él se sentía, sin posibilidad de defensa en las manos de un destino que se empeñaba en no darles un momento de respiro ahora que el horizonte se les despejaba.

Norbert, consternado, lo abrazó con fuerza, incapaz de articular ninguna palabra que lo ayudara a salir de ese estado de desesperación y angustia sin consuelo.

—¡Maldita sea una y mil veces! —renegó Anthony, dando una palmada en su rodilla derecha, levantándose con ímpetu y acercándose a los dos hombres, que alargaban el abrazo—. Escúchame, nieto número tres —lo denominó, sabiendo que esa broma familiar lo haría reaccionar, y así fue. Peter alzó el rostro, pero sin atisbo de sonrisa—. Primero, ¡no estáis solos!, ¿entendido? Bien —afirmó al ver que le respondía asintiendo con la cabeza—. Y segundo, no vamos a permitir que nadie os haga daño. Y te juro que no me importará recurrir a prácticas poco ortodoxas para conseguirlo. ¿Me he explicado?

Peter le dio una palmada en el hombro a su tío y a continuación estrechó entre sus brazos a su abuelo.

—Alto y claro —afirmó tras separarse de él. Les dio la espalda, negando con la cabeza una y otra vez, sintiendo que una furia indomable empezaba a tomar el control de sus emociones, pasando del llanto apenas reprimido a un airado estallido de rabia.

Norbert y su padre le daban su espacio y tiempo para que asimilara todo lo expuesto, que era mucho y difícil. Estaban cruzando una mirada cuando les sorprendió un golpe fuerte y seco, resultado del puñetazo que Peter acababa de descargar en la pared, lastimándose la piel de los nudillos, y a lo que le siguió un grito de enojo e impotencia. Por un segundo, se quedaron estáticos; pero Anthony, conocedor en primera persona de su ímpetu, rápidamente se dirigió a la puerta para abrir y advertir a la secretaria de que no pasaba nada.

—¡Quiero verla! —le demandó a su tío con vehemencia—. ¡Quiero hablar con esa mujer! Su dirección, ¡dame su dirección! —bramó fuera de sí.

Norbert, boquiabierto, no atinaba a hilar un pensamiento coherente. ¿Ese era su sobrino, el de paciencia infinita y carácter pacífico? Por el rabillo del ojo vio que su padre cerraba nuevamente la puerta y se le acercaba, serio y contenido. Iba a hablar, pero Peter siguió con su demanda.

—Si cree que nos va a chantajear o cualquier mierda que se le haya pasado por la cabeza, ¡es que no me conoce! Me porté de forma muy civilizada con mi ex, ¡¿y qué obtuve?! —Los retó con la mirada, las manos en las caderas e inclinado ligeramente hacia ellos—. Yo os lo diré: ¡nada! No, miento, lo que obtuve fue poner en peligro mi relación con la mujer que amo por encima de todo y de todos. Eso fue lo que conseguí, ¡por todo el maldito valhalla! —clamó al tiempo que daba una fuerte palmada en la mesa, provocando un respingo en Norbert.

—¡Joder, Peter, cálmate! —le demandó este, aún sorprendido.

Anthony se limitaba a observar en silencio, sin intervenir; y no por falta de ganas, sino porque no quería avivar más la cólera de su nieto con lo que soltaría por su boca. Por ello, prefería callar, de momento.

Peter, consciente de su brusquedad tanto de palabra como de obra, inspiró varias veces de forma profunda, tranquilizándose, y puso una mano sobre el hombro de su tío.

—Déjame ver qué te has hecho —le pidió intentando comprobar cuán dañado estaba.

—No es nada, solo unos rasguños —comentó quitándole importancia aunque la piel le ardía—. Creo que la pared tuvo peor suerte. Lo siento, disculpadme.

—Lógico. Ha sido un golpe de Thor, ¿qué esperabas? —manifestó Anthony con sorna para relajar el ambiente, y arrancándoles una leve sonrisa.

—Lo que no entiendo es el porqué aparece ahora. Si Virginia reconoció en Diane a su amiga cuando la vio en nuestra boda, ¿esta se presenta nueve meses más tarde? —expuso sus dudas, sentado en el borde de la mesa y ya controladas sus emociones, a pesar de que el corazón le seguía yendo a mil—. No parece que tuviera prisa por conocer a su hija.

—¡Exacto! —exclamó Norbert, tomando su copa y volviendo a su anterior asiento; ya más tranquilo al verlo calmado—. Y te digo más, un detalle que puede ser muy significativo: en ningún momento la llamó por su nombre, solo se refería a ella como su hija. —Dio un sorbo a su bebida, acción que imitó su padre con su propia copa, y recordó un momento álgido de aquella visita.

Se levantó, rodeó la mesa y cogió el puñal que usaba para abrir la correspondencia.

—Dices que fui comedido con ella, ¿verdad, Peter? Pues mira esto —le dijo señalando la visible muesca que presentaba la superficie de su escritorio—. Aquí terminó clavado. Os juro que esa mujer puso mis nervios a prueba como pocos lo han hecho.

Tanto Anthony como Peter observaron el desperfecto, sorprendidos.

—Disculpa mis palabras, tío. Es que no sé ni cómo reaccionar ni... ¡cómo se lo diré a Diane! —insistió en su primera pregunta. Tomó una inspiración profunda y prosiguió—. Temo que le hagan daño, que se ilusione y luego todo quede en nada y... —hablaba despacio, como para sí—. Muy pocas

veces hemos comentado su orfandad; no porque le resulte doloroso, sino porque lo ha tenido siempre tan asumido que cuando ha salido el tema yo estaba más afectado que ella.

—Su carácter optimista la ha ayudado en esa tarea, afortunadamente —apostilló Anthony.

—Y lo seguirá haciendo; además, ahora te tiene a ti, Peter.

—Sí, su Thor —reafirmó con chanza las palabras de su hijo.

—Por supuesto, y lo repito: no permitiré que juegue con ella.

Norbert asintió con la cabeza mientras abría un cajón del escritorio y sacaba un sobre marrón de tamaño folio.

—¿Sabes si se ha hecho ya la prueba genética?

—No lo creo, todavía no se ha puesto en contacto con el bufete para gestionar la cita en el laboratorio —respondió a su sobrino.

Peter intentaba asimilar la noticia de la aparición de su «suegra», palabra que su corazón rechazaba.

—Bien. —Norbert miró la instantánea que tenía entre las manos y movió la cabeza en un gesto negativo—. Pues permíteme presentarte a lady Reynald Charity Rose Kendrig, viuda de Reynald Hampfrey Kendrig, conde de Durham; Charity Rose Moore de soltera. Francamente, el tema de los títulos nobiliarios británicos me supera, no sé si está correctamente dicho. —Y le extendió una foto a color de la susodicha.

Peter, con ella en la mano, se sentó al lado de su abuelo para que también pudiera verla. Inconscientemente, ambos tuvieron el mismo pensamiento: el parecido con Diane era sorprendente.

—Esta mujer... —empezó a decir Peter señalándola con un dedo—. Yo la conozco.

—¿La conoces? —lo interpeló Anthony observando la imagen con más atención.

—Quiero decir que la he visto anteriormente —se rectificó Peter, con el ceño fruncido—. En el velatorio del señor Colosimo. ¡Sí, estaba allí! Lo recuerdo porque me extrañó que mirara tan fijamente a Diane, pero lo achaqué a que le llamaba la atención el broche de zafiros que llevaba prendido en el abrigo. ¿Os acordáis? El que le regalé cuando hicimos los seis meses de casados.

Norbert y su padre cruzaron una rápida mirada de jocosidad, pues la pareja celebraba, haciéndose regalos, cada mes de matrimonio.

—¿Y te acuerdas del mes exacto que se lo diste? —No pudo frenarse de preguntar Anthony.

—Sí, fue especial —respondió Peter sin dar más detalle.

Entendiendo que se trataba de algo personal e íntimo no indagaron en sus escuetas e intrigantes palabras.

—Ese es otro punto en contra de ella —siguió Norbert con el asunto principal—. ¿Por qué no me dijo que estuvo en el velatorio y que la vio personalmente? Con esta mujer todo son misterios. Ahora, os advierto una cosa, Virginia sabe más de lo que cuenta.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente seguro —afirmó con decisión a la duda de su sobrino—. Cuando se marcharon le encargué a Harrison que la investigara, apenas hace un par de horas que he recibido el informe, luego os doy una copia a cada uno.

—Bien hecho —aprobó Peter la actuación de su tío, cogiendo los folios que le extendía y que empezó a leer con avidez, así como Anthony.

—Y también hay otro detalle que no mencionó —apuntó Norbert mirando una fotografía que se había reservado—. Hay que ser... De verdad que no quiero influir con mis impresiones, pero es que hay cosas que no sé cómo son posible.

Las últimas palabras, dichas con frialdad y repulsa, alertaron a Anthony y Peter, que levantando la vista lo miraron con sorpresa.

—Os presento a lord Durham, Hampfrey Cecil Kendrig, actual conde de Durham e hijo de... Charity —declaró, haciendo un aspaviento de hastío ante tanto nombre—. Tu posible cuñado.

—Yo creo que la asesina es ella —aseguró Diane mientras señalaba a la rubia que en ese momento se reía en la pantalla.

—Humm, es posible —indicó Peter de forma distraída, enredando en su índice un mechón de pelo de su esposa, que estaba recostada sobre su torso en el sofá del apartamento, y a la que no podía verle el rostro.

Esperaba que no le hiciera ninguna pregunta sobre la película, pues lo cierto era que no estaba prestando ninguna atención, ¡cómo hacerlo! Su mente aún seguía en el despacho de su tío, digiriendo todo lo descubierto, que ni era poco ni baladí. ¡Un hermano! *«No solo aparece de pronto su madre, sino que resulta que tiene otro hijo, y que parece ocultar. ¡Por todo el*

valhalla! Y encima...».

—Yo creo que sí. Fíjate que se queda fuera del testamento al aparecer una heredera directa —le recordó a su poco parlanchín marido.

Cuando volvió de la cafetería y tras despedirse de su amiga y del dormilón George, se dirigió al despacho de Norbert para saludarlo antes de que ella y Peter se marcharan, llevándose la sorpresa de encontrarse allí a Anthony. Habría jurado que el ambiente estaba un poco tenso, pero las siempre divertidas ocurrencias de este último la convencieron de lo contrario.

De todos modos, Peter no estaba muy hablador; hecho que justificó por un persistente dolor de cabeza y que ella achacó a lo tenso que se mostró en la visita de esa tarde a la doctora; por lo que no le extrañaba sus cortas respuestas. Al preguntarle por sus nudillos lastimados, la explicación fue que había resbalado en el baño, antes de visitar a su tío, y en su intento de sujetarse al lavabo se hizo las rozaduras; a lo que ella respondió con una advertencia sobre el peligro de pisar suelos mojados.

—Es posible que tengas razón —convino Peter.

Su mente retrocedió unas horas. Al leer el informe, copia que su tío le había enviado por correo electrónico, pudo comprobar que la vida de esa mujer había sido movida, «*muy movida*»; aunque por un periodo de tiempo, antes de irse a Inglaterra, parecía que se la hubiera tragado la tierra, y que coincidía con el nacimiento de su esposa.

Otro tema aparte era su hijo, «*mi cuñado... Algo me dice que es un encantador de serpientes. Se parece a su padre*», pensó a la vista de lo leído sobre su persona y por la foto del matrimonio.

—*Toda la vida sin saber de ti* —se lamentaba la protagonista, angustiada y hecha un mar de lágrimas ante el sepulcro de su padre—, *y cuando me encuentras...*

Ese diálogo le trajo al presente con una pregunta en la mente que no se paró a reflexionar.

—¿Y si a ti te pasara algo así? ¿Qué harías?

Diane se quedó con un puñado de palomitas a mitad de camino entre el bol y su boca.

—¿Que un abogado me llamara porque tengo una herencia? —inquirió sorprendida.

—No, que apareciera tu padre, como en este caso. O que lo hiciera tu madre; imagínatelo —le propuso Peter, cuyo argumento de la película le daba

el pie perfecto para hacerle ese planteamiento.

Meditó su pregunta mientras masticaba las palomitas de maíz. A pesar de que tenía una imaginación muy fértil, nunca se había parado a pensar en qué haría si aparecieran sus padres. Quizás era un mecanismo de autodefensa de su mente, o quizás su propio optimismo no la dejaba plantearse cuestiones que solo la llevarían a una gran tristeza y a una posible depresión.

—La verdad, no sé cómo reaccionaría —le dijo, distrayéndose de las emotivas imágenes de la pantalla—. Ya lo sabes, nunca he pensado que un día voy a volver una esquina y una mujer me va a reconocer y se va a tirar a mi cuello gritándome que soy su hija perdida, la que le robaron al nacer. — Peter se había incorporado un poco para ver su cara mientras hablaba.

»Que me ha buscado durante años con ahínco, y yo me dejaré abrazar llorando sin consuelo. Y entonces ella me dirá que esta vida es muy injusta, pues justo me encuentra cuando su médico le acaba de diagnosticar una enfermedad en un estado tan avanzado que solo le quedan quince días de vida; pero que morirá feliz porque su deseo se ha cumplido y...

—¿Te estás burlando de mí, valquiria? —le exigió saber al tiempo que se enderezaba y la ayudaba a sentarse bien. Se soltó el pelo y la miró con los ojos entrecerrados, acercándose a ella.

Diane se había empezado a reír, pero dejó de hacerlo al ver su mirada salvaje y la lentitud con la que se aproximaba a ella, como acechándola. Reculó hasta que el brazo del sofá la frenó.

—¿Yo?! ¡Qué va! Tan solo respondía con todo lujo de detalles a...

—¿Y por qué tengo la impresión contraria, valquiria?

La tenía acorralada y sabía que a ella le encantaba tanto o más que a él.

No es que le sorprendiera su respuesta. En realidad, no le podría haber dado otra, pues de sobra conocía que ella no tenía ninguna expectativa sobre que eso pudiera ocurrir. Podría haber aprovechado la ocasión para hablarle de *ella*, pero había acordado con Norbert que al día siguiente por la tarde le darían la noticia, junto con Pamela. Quería que su tío estuviera presente, él aportaría información de primera mano, sus impresiones.

Lo cierto era que estaba aterrado por el inevitable impacto que produciría en su esposa saber que su madre había aparecido y que quería verla, además de que también tenía un hermano. No obstante, el análisis de ADN para descubrir si existía tal lazo se iba a realizar, aunque ante el convencimiento de su tío y la presentación de Virginia, cuyo papel en los hechos no estaba

claro, poco margen a la duda le daba.

—Paranoias tuyas, señor Lindgren, producto de una mente maquiavélica —lo acusó Diane, que veía la mano herida de su marido subir con lentitud por el exterior de su pierna izquierda, *«como siga así... Que son muchos días ya de abstinencia»*.

—¿Dónde ha quedado *Thor y mi vikingo*, eh? —Al llegar con su caricia al borde de la camiseta, se la fue subiendo hasta tener al descubierto su vientre, en el que empezó a dejar besos cada vez más ardientes.

—Es la misma persona, puedes estar tranquilo —le aseguró con voz entrecortada y enredando los dedos en su rubio cabello—. Peter...

—No. —Alzó la cabeza y le guiñó un ojo—. A partir de ahora, en la intimidad, soy tu señor Lindgren.

—¿Solo en la intimidad? Yo diría que mucho más allá —lo provocó, recorriendo con los dedos sus labios y admirando el azul cielo de sus ojos—. Pues en ese caso, yo soy...

—Mi valquiria —atajó él de forma atropellada—. Ahí no hay cambios.

No la dejó alegar nada. Se apoderó de su boca con precipitación y deseo atrasado, acariciando su pecho sobre la molesta prenda que, por la urgencia, no se había detenido en quitarle. La rápida y entregada respuesta de ella, como siempre, solo hacía encenderlo más aún.

Sin embargo, no podía perder el control, todavía no hacía ni veinticuatro horas que le habían quitado los puntos de sutura, pocos, sí, pero los suficientes como para esperar.

Aunque había otras formas de disfrutar, pensó diabólicamente.

Se apartó lo justo para ver el brillo de deseo en sus negros ojos, satisfecho por tenerla así, predispuesta y abandonada a lo que fuera que hubiese planeado.

—Y volviendo a lo de antes. —Dejó un leve beso en sus labios fruncidos, contrariados por la repentina lejanía—. Yo sí quiero ver algo con todo lujo de detalles.

—¿Ah, sí? ¿El qué y para qué? —le siguió Diane el juego, que había metido una mano bajo el elástico del pantalón que él llevaba y le acariciaba sus musculados glúteos, *«está claro que el gimnasio hace maravillas, pero estos genes ayudan...»*.

Peter se incorporó hasta casi sentarse; si no detenía el masaje de ella, toda su contención saltaría por la borda. Así que puso ambas manos en su

diminuta cintura y la recorrió con la mirada de arriba abajo, calmando su ansia de poseerla como un loco.

—Quiero hacer lo que más me gusta, mi valquiria incitadora.

Resiguió su contorno hasta llegar a sus hombros, llevando consigo la camiseta y ayudándola a quitársela, cayendo esta a un lado del sofá.

—¿Y es...?

—Adorarte.

Diane se mordisqueó el labio inferior después de resoplar para quitarse el flequillo de los ojos. La caricia de él, apenas perceptible como la de una pluma, se paseaba por su pecho hasta llegar a su cadera.

—Amarte... —le susurró en un suspiro sobre su ombligo.

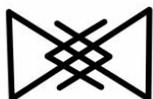
Deslizó los dedos índice y corazón de ambas manos entre la cinturilla del pantalón y su trémula carne.

Diane lo vio humedecerse los labios, así como la lujuria de sus ojos antes de volver a hablar, por lo que le fue imposible reprimir un expectante gemido ante el frenesí anunciado.

—¿Y...?

—... Desnudarte.

Capítulo 11



Se recogió el pelo en una coleta alta y le dio un último vistazo a su atuendo antes de salir del baño: vestido azul de lana con talle alto, cómodo, medias y botas negras de medio tacón. Cogió el pasador de piedras de colores y se fijó con él, hacia un lado, el esquivo flequillo.

—Tú siempre igual, Kithy, pendiente de todo —comentó con cariño mientras apagaba la luz y se dirigía al salón.

Diane observó el orden que la rodeaba, como le gustaba, aunque sin llegar a la obsesión. Vivían en un apartamento amplio y cómodo, equidistante de sus trabajos y en una buena zona residencial. En su día, le dio pena abandonar el suyo; pero era demasiado pequeño para ambos. Peter necesitaba disponer de su propio espacio, ya que los días que ella no tenía clases él se llevaba los planos en los que estuviera trabajando a casa para estar a su lado. Así que una de las habitaciones se habilitó como estudio, donde ella también tenía su lugar.

Puso agua a hervir para prepararse un té, habían acordado que pasaría a recogerlo y comerían juntos, y aún era pronto. Se recostó en la encimera y miró a través de la ventana, el sol brillaba con fuerza y una ligera brisa azotaba las ramas de los árboles del parque que tenía en frente.

—Mi Peter...

Ni en sus mejores sueños imaginó que la amarían tanto; y no solo eso, sino que la haría sentirse completamente adorada. Porque no se trataba de que él se lo dijera y repitiera hasta la saciedad, es que con sus hechos y gestos se lo demostraba constantemente. Ella, que no era ninguna diosa de la belleza,

tenía a sus pies a un dios nórdico, había pensado más de una vez. Y solo pensado, porque en una ocasión en la que entre risas se lo dijo, la respuesta de él fue una cara de desagrado, una charla sobre la autoestima y una ardiente y convincente declaración de amor. «*Muy convincente*», recordó con una sonrisa traviesa en los labios.

La diferencia en el escalafón social nunca fue un problema, «*ni lo será*», se dijo. Se amaban por lo que eran, no por lo que tenían o les rodeaba; desde el primer momento se entendieron y complementaron, equilibrando y enriqueciendo la calma de él con la vitalidad de ella, y viceversa.

Vio pasar a una mujer empujando el cochecito de su bebé, y un atisbo de culpa estrujó su corazón. «*¡Qué necia fui!*». Pero nadie es perfecto y ella, incluso amando tan intensamente a su marido, no estuvo a la altura de las circunstancias. La supuesta imposibilidad de ser madre agrió su carácter, llevándola a comportarse de forma adusta y desagradable con la persona que más quería, a contestaciones fuera de tono, hasta el punto de rehusar su toque.

Se apartó de la ventana y cogió de uno de los armarios una taza y la caja metálica en la que guardaba las bolsitas de té, de donde sacó una. Una vez preparada la infusión, y con ella en mano, se sentó a la amplia mesa de madera blanca de la cocina.

—¿Cómo pude ser tan idiota? —se recriminó—. Y la paciencia que tuvieron todos conmigo...

Fueron unos meses que a ella le parecieron años, como al resto de la familia, que sobrellevaba impotente su comportamiento. Diane no quería sentirse así, sabía el daño que causaba a todos; pero era como si otra persona se hubiera apoderado de su voluntad y la instara a seguir por un camino que, aun siendo consciente de que no era el correcto, no podía dejar de recorrer.

—Cuánto te hice sufrir, mi dulce amor.

Sin embargo, puede suceder que aquello que mil palabras no consiguen, lo logre un hecho inesperado como el despertarse de madrugada y oír el llanto de la persona que más amaba: Peter.

Y, justo en ese momento, fue cuando el tupido velo que cegaba su corazón y su mente cayó como un peso muerto que nunca volvería a tener ni un hálito de vida. Él, acostado de espaldas, se cubría el rostro con las manos para amortiguar el sonido de su quejido producido por la sensación de que perdía a su valquiria. Ella, con el alma encogida de dolor, pero feliz de haber

abierto los ojos a lo único importante en su vida, le retiró las manos y besó sus lágrimas; se posicionó sobre su fuerte cuerpo, advirtiéndolo cómo la aferraba, y con los ojos anegados le dijo la única verdad incuestionable que regía cada segundo de su existencia: *Jeg elsker deg*.

—Te amo —declaró en voz alta como si lo tuviera sentado enfrente—. Te amo, mi vikingo.

Todo cambió a partir de aquel instante. La pasión entre ellos renació con más fuerza aun, que no el amor, pues este lo llevaban tatuado en cada una de sus células. Y la esperanza de conseguir ser padres regresó, aunque sin desplazar lo verdaderamente valioso: su relación.

Dio un prudente sorbo a la caliente bebida y un pensamiento, no nuevo, la asaltó. Dejó la taza sobre la mesa y jugueteó con su anillo de compromiso, un espectacular diamante azul engarzado en platino, haciéndolo girar en su dedo anular. Se trataba de una idea que no había querido comentar hasta no estar completamente segura de que era eso lo que quería.

—¡Menuda tontería! —expresó tras un bufido, cruzando las piernas—. Lo tengo clarísimo, y sé que él estará de acuerdo con...

El sonido del timbre de la puerta interrumpió sus cavilaciones, por lo que se dirigió a abrir.

—Buenos días, señora Lindgren —la saludó el amable cartero mientras sacaba un bolígrafo del bolsillo superior de su anorak—. Tiene una carta certificada, necesito su firma, por favor.

Una vez cumplido el obligado trámite, y tras un breve intercambio de frases de saludo, cerró y se dirigió de nuevo a la cocina para terminarse el té.

—La carta de la que me comentó Kathy, la del Mercy Home —murmuró mientras la abría con una gran sonrisa en el rostro.

A esa institución religiosa fue a la que llegó Kathy y a la que ambas regresaron después de intentar acomodarlas, sin éxito, en varias casas de acogida; fracaso que se debió al único interés de los propietarios de dichas viviendas: la asignación que percibían por el cuidado de los menores.

Chasqueó la lengua ante ese recuerdo y extrajo la hoja blanca del sobre, deteniéndose unos segundos en su familiar logotipo: el busto de una niña y un niño que, de perfil y con apenas un par de trazos, hablaba de vidas recuperadas y sueños por cumplir. A pesar de los años que habían transcurrido desde que abandonaron dicho hogar, seguían en contacto a través de felicitaciones navideñas y alguna que otra visita al centro; sobre todo al

padre Patrick Mahoney, tutor de ellas. «*Santo varón, ¡y qué paciencia que tenía conmigo! Aunque tampoco era para tanto... Bueno, para qué quiero engañarme, siempre he sido muy inquieta*», se definió con indulgencia.

A pesar de que ya conocía el contenido de la misiva, no por ello dejó de entusiasmarse ante su contenido.

—¡Esto es genial!, no sé por qué no nos lo...

Nuevamente, la llamada al timbre de la puerta la interrumpió.

—Seguro que se le ha olvidado darme algo. ¡Cómo tiene hoy la cabeza!

—murmuraba de camino a la entrada y abriendo de par en par al llegar a ella —. Dime qué...

La tercera palabra no llegó a salir de su boca.

Ante ella no se encontraba la persona que imaginó, sino una mujer de mediana estatura y que la observaba con rostro amable.

—Perdón, creía que era el cartero —dijo echando un vistazo al ancho pasillo, donde no había rastro de él—. ¿Qué desea? ¿Busca a alguien? —le preguntó con una mano en el pomo de la puerta y dando un precavido paso a su izquierda para estrechar la amplia entrada al apartamento, que con su impetuosa acción se mostraba.

—Sí, a ti —respondió lacónicamente.

—Disculpe, pero no nos conocemos.

Dio otro paso, nerviosa y en alerta. Aunque la apariencia de la desconocida era elegante y se la veía aparentemente tranquila, sentía que algo en su interior se encogía dolorosamente. Una alarma se encendió y empezó a tronar en sus entrañas.

—Claro que nos conocemos, es solo que no me recuerdas —apuntó, acercándose mientras se cambiaba el bolso de mano.

Diane escrutaba su rostro sin...

—Soy tu madre, hija.

Juraría que también sonaban las sirenas del edificio, por cómo los latidos de su corazón martilleaban sus oídos. Estática, la mano soldada a la puerta y los pies anclados en el frío mármol; tan solo un leve y único pestañeo la distinguía de una estatua, pues incluso parecía haber dejado de respirar. «*Se ha equivocado de dirección. Me confunde con otra persona, obvio. ¡Uf!*». Su mente le ofreció la explicación más lógica a una situación del todo punto imposible, pero su corazón no concordaba con dicho razonamiento; así que ahí seguía, impávida.

—Ya veo. Yo reaccioné igual cuando vi las fotos de tu boda, también me quedé muda; es más, creí que me daría un infarto, ¡Dios mío! —comentó con tono suave, condescendiente, mas no sorprendida.

Charity, aprovechando el momento de incredulidad de su, para ella, hija, se adentró en el apartamento analizando rápidamente el amplio recibidor. Había supuesto que estaría decorado con un estilo moderno, minimalista; sin embargo, aunque reinaba la funcionalidad, no por ello el buen gusto y la calidad eran ajenos al mobiliario que observaba. «*Sí, tienes un buen nivel de vida*», concluyó, alegrándose.

La presentación de esa mujer la había dejado pasmada, pero el roce de su brazo al pasar por su lado fue como una bofetada de realidad que la sacó del limbo en el que parecía encontrarse. Un latigazo de rabia la sacudió, se giró y sujetándola por un codo se posicionó delante de ella, encarándola con vehemencia.

—¡¿Pero dónde cree que va?! Señora, no sé quién es usted ni me interesa —le espetó con voz clara y decidida, sin soltarla, y con el mentón alzado—. Es evidente que me confunde con otra persona, así que haga el favor de salir de mi casa si no quiere que llame a la policía. ¡Ya! ¡Fuera!

—Francamente, no esperaba este recibimiento tan desabrido —le respondió con fastidio—. ¿Qué modos son esos de hablarme? Si fueras más pequeña, ya te habrías ganado una bofetada. ¡Suéltame! —le exigió, tironeando hasta conseguir librarse de su mano.

—¡¿Es que usted no entiende?! ¡Que se marche!

Diane se sentía impotente, esa mujer no le hacía caso, incluso la desafiaba con su negativa a irse y con esa pose de creer tener derecho a permanecer allí. No le había pasado por alto cómo examinó lo que la rodeaba, como si lo estuviera tasando. Un pensamiento cruzó su mente asustándola, «*¿y si pertenece a una banda de ladrones y está comprobando si estoy sola para avisarlos y...?*». El pánico a un asalto hizo que olvidara ningún miramiento o mínima norma de cortesía con la invasora.

—¡He dicho que fuera de aquí! —profirió mientras la empujaba para que retrocediera, consiguiéndolo, hasta el vano de la puerta—. Ahora mismo llamo...

—¿A tu abogado? —la interpeló Charity, que no esperaba ese arranque de ella ni que tuviera tanta fuerza, pues prácticamente había conseguido echarla. Solo consiguió detener su empuje al sujetarse al marco de la puerta,

ya que las suelas de sus exclusivos zapatos resbalaban sobre el pulido suelo y parecía patinar sobre él.

—¡¡A la policía, por todo el valhalla!! —gritó Diane, que con un índice la advertía de que no avanzara ni un paso, mientras sujetaba la puerta con fuerza—. ¡Y quite la mano de ahí si no quiere perder los dedos cuando cierre! ¡¿Está sorda?! —la increpó al ver que no se movía.

—¡A quien deberías llamar es al Wadlow que dice que te representa, a Norbert! Que te explique la conversación que tuvimos en su despacho hace una semana, con mi amiga Virginia Lombardo de testigo —le desvelaba, retándola, estoica en su verdad—. No sé por qué no te ha dicho aún que soy tu madre. ¿Y tu marido tampoco lo sabe? Por cierto, demuestras buen gusto, es muy atractivo —añadió, cuidándose mucho de que la lascivia que ese hombre despertaba en ella fuera perceptible—. Eso que tenemos en común —remató.

Charity no esperaba que el primer contacto que tuvieran transcurriera de forma tan accidentada. Sí era consciente de que no sería fácil, porque no podía serlo; pero una vez pasado el primer minuto de impacto supuso que habría lágrimas, abrazos y breves explicaciones que serían acalladas con palabras de entendimiento y perdón por parte de su hija. No obstante, nada se había dado así; la persona que tenía delante era una mujer que la enfrentaba sin mostrar ningún sentimiento por la confesión de su parentesco.

—No sé de qué conoce a mi familia ni... —empezó a hablar Diane, despacio, con una medida que no poseía y una velada amenaza en los ojos. Charity tomó aliento y la interrumpió.

—Tu familia... —señaló con cierta ironía sarcástica—. Pues habla con ellos y que te pongan al día. Tal vez no te quieren tanto como te muestran; de lo contrario, te habrían dado la buena noticia de mi presencia. —Esperó una respuesta, y ante su silencio se echó a un lado el largo flequillo, que le caía sobre un lateral del rostro, exasperada—. Bien, no quiero ser motivo de disgusto para ti ni deseo discutir. Comprendo que estés afectada; ya te digo, para mí también fue muy impactante. Me voy, hablaremos otro día con más calma, hija.

Retiró la mano del marco de madera y se colgó el bolso del hombro. Dudó entre acercarse y darle un beso o simplemente marcharse; ganó lo último. La furia, el desagrado y la indignación que expelía con su pose su primogénita era digno de tener en cuenta. Así que, simplemente, se dio media

vuelta y enfiló el pasillo camino a los ascensores con un suave taconeo y elegante cimbrear de caderas.

Diane pegó un portazo que seguro se oyó en todo el edificio. Se quedó con la mente en blanco y mirando la puerta sin verla. Su mente era un torbellino de información que en una danza loca y absurda buscaba una salida de emergencia hacia el menos común de los sentidos: el sentido común.

La palabra «hija» se quedó flotando en el aire tras la puerta cerrada, huérfana como lo era a quien iba dirigida.

Resuelta, se dirigió a la cocina y volvió a sentarse. Miró el té, no hacía falta probarlo para saber que se había enfriado; sin saber por qué, cogió la carta que había estado leyendo y se sorprendió al ver que el pliego de papel temblaba en su mano. Los latidos de su corazón se aceleraron y su mente, cual detective minucioso, empezó a analizar todo lo sucedido.

—¿Cómo sabe dónde vivo? Mejor dicho: vivimos —especulaba como si alguien le fuera a dar la respuesta—. Y lo de que ha hablado con Norbert tiene que ser verdad, es imposible que se invente una cosa que es tan fácil de comprobar. Y si...

Se levantó con rapidez, llevándose instintivamente una mano al bajo vientre como había hecho en la última semana, y se asomó discretamente por la ventana de la cocina.

—No está, o no la veo yo. ¿Y si lo que venía era a examinar el terreno para robarnos cuando no estemos? —seguía teorizando—. ¡Que no! ¡Que entonces no tendría sentido lo demás!

Pegó un taconazo y cuando se iba a echar hacia atrás un mechón que se había escapado de la horquilla, se quedó con la mano suspendida a mitad de la acción. Sintió que las entrañas se le contraían, esa mujer tenía el mismo gesto inconsciente que ella. Se llevó una mano a la frente y percibió que le ardía.

Y se asustó cuando unas palabras inundaron su cabeza: «Soy tu madre, hija». Una desazón incontrolable se adueñó de su voluntad obligándola a tomar asiento, se abrazó y empezó a mecerse sintiéndose tremendamente sola y, lo que era peor, desamparada.

—¿Y si es verdad que es mi madre? ¿Y si no lo es? ¿Y...? —Bajó la cabeza hasta tocar con ella la fría superficie de la mesa, y fue como si una descarga de lucidez la atravesara para hacerla reaccionar—. ¡Basta, Diane! Esta no eres tú —se recriminó, frunciendo el ceño y dando una palmada

sobre la madera—. Ahora mismo soluciono este embrollo. Y por cierto, ni me ha dicho su nombre; será...

Fue hasta la mesa de centro del salón, donde tenía el bolso, y empezó a rebuscar en él su móvil.

—No te escondas que será peor —advirtió al escurridizo objeto—. Tú lo has querido, demonios.

Volcó el contenido sobre el asiento del sofá, lo removió y debajo de una pequeña bolsa de aseo lo encontró. Tenía claro con quién quería hablar, así que marcó su número privado y después de cuatro tonos le respondieron.

—Hola, Diane. ¿Cómo estás?

—No muy bien, aunque intento controlarme.

Al otro lado de la línea, Norbert se sorprendió por su contestación, preocupado. Bajó la tapa del portátil, con el que estaba trabajando, y se centró en su llamada.

—¿Te encuentras mal? ¿Estás en casa? ¿Pasa algo con Peter? —preguntó de forma atropellada.

—Norbert, escúchame. —La tensión nerviosa la traicionó y se le escapó un sollozo—. Sí, estoy en casa. Se acaba de ir una mujer que dice que ha hablado contigo, que dice que... Norbert, ¿es verdad?

Este, que se encontraba en su despacho, echó su asiento hacia atrás y se levantó lentamente, la furia empezó a galopar por sus venas.

—Diane, ¿te ha dicho su nombre? —tanteó con la esperanza de estar equivocado, a pesar de que todo indicaba que no.

—No, no me ha dicho cómo se llama —pudo articular entre sollozos—. Solo que es mi madre, Norbert, que es mi ma...

No pudo repetir la palabra, perdido el control de su llanto. Aun así, hizo un esfuerzo, tragó saliva, y se sobrepuso. Escuchó un golpe seco.

—¿Norbert?

—Cálmate, Diane, no te muevas de ahí. Salgo ahora mismo para allá.

La llamada se cortó y Diane dejó el teléfono sobre su regazo, durante la breve conversación se había sentado, temerosa de que en cualquier momento las fuerzas la abandonaran. Abrió un paquete de pañuelos de papel y se sonó la nariz, lo hizo una bola y lo dejó encima de la mesa auxiliar que tenía a su derecha. Extrajo otro y se enjugó las lágrimas, pensando que si él no le había negado nada era porque...

—Es verdad...

Se sobresaltó al oír el móvil sonar, vibrando sobre su falda, pero la familiar melodía de tambores, violines y cuernos le anunció de quién se trataba.

—¡Mi vida! —oyó tras contestar la llamada, así como el sonido de la alarma de su coche al ser desactivada.

—Pe-Peter... —tartamudeó con una mano en el pecho, encorvada ante la magnitud de lo revelado.

—¡Voy de camino, mi valquiria! Préstame atención, ¿estás sentada? — quiso saber mientras salía del aparcamiento subterráneo a la mayor velocidad que podía.

La llamada de su tío había desatado tal cólera en él que su primo estuvo a punto de no permitirle que condujera en ese estado. Con seis palabras le dijo qué ocurría: «Ha aparecido la madre de Diane», y aprovechó el aturdimiento de Johan para ir junto a su esposa.

Aunque se hallaba perdida en un caos mental y sentimental, pudo razonar cómo se había enterado su marido de lo ocurrido.

—Sí, sí. Peter...

Encogida, con las piernas dobladas bajo sí y sin posibilidad de controlar el llanto que la sacudía con breves espasmos.

—¡Diane! —la llamó medio gritando mientras enfilaba la avenida que, afortunadamente, no presentaba mucho tráfico.

Se obligó a serenarse, lo que no era fácil, se secó los ojos con el pañuelo que apretaba en una mano y carraspeó.

—Estoy bien. Por favor, conduce con cuidado, no corras —le pidió, aun sabiendo que no lo haría.

—Haz una cosa, mi vida. Cierra los ojos y visualiza los días que pasamos en Corfú, ¿los recuerdas?

Llevaba dos semáforos pasados en ámbar, además de no atender el límite de velocidad; eso sí, sin poner en riesgo la vida de nadie, solo la suya, que poco le importaba ante la urgencia de llegar junto a ella.

—Cómo olvidarlos, mi vikingo —le respondió, haciendo lo que le solicitaba y un poco más serena al traerle su mente imágenes de aquellas aguas turquesas, cómplices de la intensidad de su amor.

—Bien, yo te diré cuándo abrirlos.

Y serpenteó, aceleró, frenó y volvió a volar sobre el asfalto. Jamás la distancia hasta su hogar le pareció tan larga ni se le hizo tan angustiada; pero

lo había conseguido: acortar la espera que a ambos mataba.

Entró en el apartamento como un vendaval, paralizándose por un segundo en el salón ante la imagen de su esposa en un rincón del enorme sofá, que nunca se le figuró tan grande, apretando el móvil contra su pecho y una expresión en el rostro imposible de definir, a caballo entre una placentera sonrisa y una mueca de infinita pena. Sintió que se le partía el corazón.

Se agachó ante ella, preciosa como siempre, y la vio asentir.

—Mi Peter —apenas murmuró, percibiendo su característico aroma y atraída por el imán de su presencia.

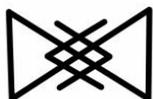
—Ya estoy aquí, mi valquiria. Mírame.

Y Diane lo hizo, encontrando en la intensidad del azul de sus ojos el puerto seguro en el que guarecerse para no zozobrar en la tormenta que se había desatado en torno a ellos. Le echó los brazos al cuello, y él, cuidadoso, la alzó y ocupó su lugar, sentándola en su regazo y besándole la frente y el cabello, inspirando el único aroma capaz de normalizar las palpitaciones de su desbocado corazón.

Peter sabía que Norbert no tardaría en llegar, «*esa maldita mujer lo ha precipitado todo y de la peor manera*». Respiró profundamente, buscando el sosiego que se requería de él y verbalizando lo que en su mente repetía como un mantra certero que resguardaría la armonía de sus vidas.

—Te protejo. Te cuido. Te amo.

Capítulo 12



Diane se ancló a esas seis palabras y las hizo suyas, repitiéndolas en un tartamudeo producido por algún sollozo rebelde que se le escapaba. Su cabeza estaba inundada de preguntas y teorías que no la llevaban a ninguna conclusión; al contrario, solo alumbraban nuevas interrogantes.

No sabrían decir cuánto tiempo llevaban abrazados, arrullándose en lo que para ellos era una verdad incuestionable: «Te protejo. Te cuido. Te amo». Así que cuando el portero automático sonó, se sobresaltaron. De la mano fueron hasta la puerta del apartamento; conscientes de la necesidad de sentir uno el tacto del otro, abrazándose de nuevo mientras esperaban la llegada de Norbert.

Este lo hizo con semblante serio, la corbata de seda asomando por el bolsillo derecho de la chaqueta de lana y su maletín en una mano, que entregó a su sobrino, con igual semblante que él. No hubo saludos de cortesía, tan solo atrajo a Diane y la estrechó con fuerza, maldiciendo en su interior la situación en la que se encontraban. Se separó de ella, besó su frente y, con un brazo por sus hombros, se dirigieron los tres al salón.

—Diane, quiero que te tranquilices —le pidió sentado frente a ella en uno de los sofás estampados en vivos colores de dos plazas. Se había quitado la chaqueta y dejado a un lado, miró a su sobrino y le hizo un gesto de asentimiento que este entendió: Pamela venía de camino.

—Norbert, te juro que lo intento; pero es que me ha pillado tan de sorpresa, tan... Incluso creí que era alguien que venía a robar, o que lo haría más tarde... Me asusté.

—Nadie va a venir a robar, *min lille*, y menos a hacerte daño —intentó Peter reconfortarla—. Sabes que uno de los motivos de comprar este apartamento fue el de su seguridad.

—Lo sé, y que le pusiste alarma extra —le recordó ella, acto que en su día le pareció excesivo.

—Pues así y todo —intervino Norbert, chasqueando la lengua—. Llegó hasta vuestra puerta.

—Exacto. Por lo que le daré mis quejas al administrador del edificio. No lo voy a dejar pasar.

Diane no comentó las palabras de su marido, no quería que se enfureciera más. Si ella se hubiese cerciorado de que realmente era el cartero el que llamaba por segunda vez, se habría ahorrado esa situación tan desagradable y violenta; aunque por cuánto tiempo... Percibía como suya la tensión de su esposo, y pensó que no tenía sentido demorar más lo inevitable.

—Lo que esa mujer dijo, ¿es verdad? ¿Me... Me lo pensabais decir? —preguntó en voz baja, dando por hecho que su marido estaba al tanto de todo.

Peter reaccionó al segundo.

—¡Por supuesto que te lo íbamos a decir! ¡Esta misma maldita tarde! —Había soltado sus manos y, sentado erguido, la escudriñaba fijamente—. Diane, no quiero dudas; ni una, ¿me oyes?

La mirada fija en su regazo y el asentimiento de cabeza le confirmaban la torpeza con la que había hablado, por no mencionar su tono duro.

—Perdóname, perdóname —le rogó al oído, abrazándola con intensidad y sintiendo los labios de ella en su cuello; suspiró profundamente. «*¡Pero qué mierdas hago!*»—. No puedo verte sufrir, y yo tampoco te estoy ayudando mucho.

—No es cierto. Has sabido distraerme mientras llegabas —le susurró antes de dejar un ligero beso en sus labios—. No quería ofender con mi pregunta, es solo que...

El timbre del portero automático la interrumpió.

—Seguro que es Pamela —dijo Norbert levantándose—. Iba a venir conmigo esta tarde, pero la he avisado de lo sucedido.

Diane afirmó con la cabeza, de acuerdo con su decisión.

Cinco nuevos pitidos, muy seguidos y que resultaron altamente irritantes, pillaron a Norbert de camino a la puerta.

—Y apuesto a que ese es mi padre. Y no, yo no le he llamado —aclaró

antes de que le preguntaran.

—¿También lo sabe?

—Sí, mi amor. Yo me enteré ayer cuando fui a saludar a mi tío, él llegó minutos después. Que Norbert te lo explique todo, y no temas nada, mi valquiria, estamos juntos.

Posó una mano en la mejilla de su marido, perdida en el increíble azul de su mirada.

—No se puede amar más de lo que yo te amo. Y tampoco temas tú, mi dulce amor, estamos juntos.

Pamela pasó por el lado de su marido lanzándole un beso y sin detenerse hasta que no estuvo frente a Diane. Esta se incorporó y se fundieron en un abrazo cálido y maternal, que Anthony rompió al entrar al salón e ir hacia Diane.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó en general—. ¿A Johan? —se dirigió a su marido mientras se separaba de Anthony.

—No. Le he dicho en cuatro palabras lo que pasaba, estoy seguro de que querría estar aquí. Pero en media hora teníamos una presentación importante y no se podía cancelar —informó Peter, que imaginó cuáles serían las siguientes palabras de ella—. Y no me vayas a decir que lo sientes, todo está bien —le advirtió, pasándole un brazo por los hombros una vez que se hubo sentado.

—De acuerdo —empezó a hablar Norbert—. Aunque esto te suene frío, Diane, quiero que sepas que me erigí en tu abogado ante esa mujer, que el bufete te representa y apoya; pero si crees que mi involucración emocional y personal puede afectar a la defensa de tus intereses, yo...

—¿Pero qué dices?! —saltó con incredulidad Diane ante el mutismo de los demás, salvo uno.

—¡Eso mismo digo yo! ¿De qué demonios hablas, hijo? Aunque una cosa sí te advierto, chiquilla. —Esta lo miró con suspicacia—. Si quieres al mejor abogado, yo soy tu hombre.

Las miradas se dirigieron a él, que sonreía muy pagado de sí mismo.

—A ver, ¿estamos en el mercado? ¿Esto es una subasta? —terció Pamela con genio, sentada en el filo del sillón, «*o lo corto o nos perdemos en tecnicismos*»—. Norbert, ya le has hecho la advertencia legal, perfecto. ¿Qué dices, Diane?

Esta observaba la escena como si no formara parte de ella. Se estaban

demorando en unas cuestiones técnicas cuando lo importante, y lo que moría por saber, era si esa... «*¡Esto es surrealista! Si no fuera por la angustia que tengo, me echaría a reír*», pensó.

—Gracias, Anthony, agradezco tu oferta y la tendré presente para cualquier duda que mi abogado, Norbert Wadlow, no me sepa resolver —respondió muy diplomáticamente—. Y ahora, por favor...

Anthony cruzó los brazos sobre su amplio pecho y se echó hacia atrás, descansando en el respaldo del sofá en el que se había sentado. Al entrar había percibido la tensión de la joven pareja, así como la de su hijo; por suerte, el ambiente se había aligerado un poco, pero ¿cuánto duraría?

Norbert palmeó la rodilla de su esposa, ella siempre tenía las palabras justas para centrar los temas, «*y para centrarme a mí también*», se dijo, pensando en el momento en el que le contó lo ocurrido con la visita que había tenido, en la rabia que le comía la sangre y en cómo supo aplacarlo.

—Cuéntanos, primero, qué te ha dicho ella —le pidió Norbert, que quería saber hasta dónde había llegado esa mujer con su osadía—. ¿A quién se le ocurre presentarse sin más y soltar...?!

—¡Exacto! —estalló Peter—. ¿Y si hubiera estado enferma del corazón?! ¿Y si de la impresión le hubiera dado un infarto? ¿Y si...?

—Peter —lo cortó Anthony, seguro de que su reacción le afectaba a su esposa—. ¿Y si dejamos que Diane hable?

Cogió un elástico de su muñeca y se recogió el pelo, rabioso por tener que contenerse, y volvió a pasar el brazo por los hombros de su mujer.

Diane asintió y de forma rápida y concisa les contó lo sucedido fijándose en sus expresiones, todas con un denominador común: enojo, hasta el punto de percibirse físicamente la tensión que los envolvía.

Norbert, al terminar ella, y ante el silencio de todos, se dispuso a narrar lo ocurrido.

Ocho días atrás, la primera vez, al tratarlo con su esposa le dominó la ira; en la segunda, con su padre, ese sentimiento tan solo menguó en la medida que aumentaba su deseo de saber más de esa mujer. Sin embargo, cuando el día anterior relató a su sobrino lo sucedido, y con la nueva información que ya poseía, un creciente deseo de protección se apoderó de él. Su instinto le hablaba de peligro, de una amenaza que aún no tomaba forma, pero latente y al acecho.

Por todo ello, inspiró con fuerza y adoptó el papel que lo ayudaría a ser

pragmático, a tener la cabeza fría aunque su corazón fuera un volcán en erupción: abogado. Y en esa figura se atrincheró para poder desgranar por cuarta vez lo que sabía iba a dañar a esa mujer que, con visible ansiedad, esperaba sus palabras.

—Diane, el día anterior a tu operación tuve la...

Un minuto...

Diez minutos...

¿Media hora?...

El rostro de Diane era un escaparate perfecto en el que poder observar qué ocurriría en el corazón de una persona si le confirmasen que...

—Eso no puede ser. Eso no...

Más lágrimas iniciaron el mismo camino que las anteriores. Hasta ese momento, se había mantenido en una relativa calma si no tenemos en cuenta sus exclamaciones de estupor, sollozos y apretar la mano de Peter como si él fuera su amarre a la cordura, esa que estaba a punto de perder.

Pamela y Anthony se vieron en la necesidad de secarse los ojos en varias ocasiones, conocer el relato no lo hacía más llevadero en absoluto. Sí se habían sorprendido, al igual que Norbert y Peter, en un punto: la casi plena confirmación de que era su madre no le había afectado tanto como lo que acaba de escuchar.

—No puedo creerlo. No puedo entenderlo. No pue... —El llanto la dominó por unos segundos con furia, se ocultó en el pecho de su marido, pero ni aun así halló alivio—. Es cruel, inhumano. ¿Qué clase de persona haría algo así?

Peter la acunaba entre sus brazos, en silencio, pues si abría la boca no sería para consolarla, sino para maldecir hasta el infinito a esa mujer sin alma. Pero eso no impedía que sus pensamientos fueran por libre, «¿que qué clase de persona? Una sin sentimientos, sin corazón ni conciencia. Una maldita mujer que no parece humana».

Norbert se había levantado he ido hasta las puertas de cristal que daban acceso a la terraza, dándoles la espalda a todos para que no vieran su angustia ni él ver la de ellos; todavía no podía abandonar su imaginaria trinchera, todavía quedaba algún tema por tratar, y que no era baladí.

—Yo... Yo siempre imaginé que me... —Tomó una bocanada de aire, la vista perdida en sus recuerdos mientras un temblor incontrolable le recorría la pierna izquierda, y que preocupó a Pamela—. Yo... quise creer que me

apartaron de su lado. Que no aceptaron su embarazo y me arrancaron de sus brazos —revelaba entre sollozos e hipidos.

—Diane, hija, no te tortures —le rogó Pamela, contagiada de su pena y viviéndola como propia.

—Que... Que me buscó. —Se abrazó a sí misma entre fuertes espasmos provocados por el incesante llanto—. Que... Que dejó de hacerlo, pero que me quería. Que fue culpa de otros. Que... Pero esto no, que su propia mano me arrojara a... —Un quejido lacerante brotó de su garganta y se clavó en el corazón de todos.

Peter se incorporó de un salto, soltando un grito de rabia e impotencia que en dos zancadas lo llevó al otro extremo del salón.

—¡La mato, os juro que la mato! —vociferó fuera de sí mientras con un puño golpeaba la pared con saña una y otra vez, tiñéndola con el rojo de su sangre.

Anthony y su hijo fueron rápidamente hasta él, forcejeando para impedir que siguiera lastimándose, y consiguiéndolo a duras penas, pues la cólera que lo dominaba le otorgaba tal fuerza que pudo volver a descargar dos golpes más en el maltrecho muro.

—¡Peter!! ¡Este no es el camino! —lo increpó su tío con dureza, sujetándole el rostro con decisión y la vista fija en sus ojos—. Y conste que deseo lo mismo que tú. Pero no es así como se hacen las cosas, no así, hijo.

Pamela, que se había sentado al lado de Diane y la abrazaba, tenía el corazón en un puño. Sabía que recibir una noticia de ese calibre no era sencillo, que la reacción de Diane sería demoledora; pero el temblor de ella, que no cesaba e iba a más, la asustaba, esa desesperación podía tener consecuencias en su salud.

—Norbert —llamó a su marido, que ya había soltado a su sobrino, y sin pronunciarlo en voz alta le dijo el nombre de su hijo menor; él asintió a su mudo mensaje.

—¿Por qué ha tenido que aparecer?! ¿Por qué no se ha quedado donde mierda estuviera?! —lanzaba Peter al aire, negando con la cabeza y las manos cruzadas en la nuca; ajeno a su propio dolor físico, enloquecido por el de ella.

Anthony no se apartaba de su lado, esperando otro arranque de furia, que no le extrañaría; una frase le vino a la mente: «Dios me libre de las aguas mansas, que de las bravas me libraré yo». Puso una mano en el hombro de su

nieto y apretó la mandíbula, conteniéndose para no tensar más el ambiente con lo que le gustaría decir y que era mejor callar.

Peter veía el llanto de su esposa, y se sentía tan inútil que ese sentimiento de impotencia lo paralizaba. Quería ir hasta ella y huir juntos a algún lugar en el que no les alcanzara el sufrimiento que les tenía presos. Pensó en su tierra, en mudarse e iniciar una nueva vida... «*A quién quiero engañar. Ni somos cobardes ni ella lo permitiría*».

—Hija —le susurró Pamela al oído—. Sé que tu dolor es grande, mucho; pero mírale, te necesita. Os necesitáis para superar esto. Nada ni nadie va a poder contigo, hija mía, y, aunque tal vez debería ser al revés, a tu esposo le hace más falta ahora que nunca tu consuelo.

Diane, ante esas palabras, asintió, alzó la cabeza y la visión abatida de su marido, incluso desorientado, le dolió más que la nefasta verdad sobre su madre.

—No dejes que el odio nuble tu razón y emponzoñe tu alma —apuntó Pamela con acierto.

Y esa frase la sacó de la espiral de aflicción y tortura que punzaba su corazón. Observó las huellas de la violenta explosión, de la que casi no había sido consciente, y se sintió culpable por haberse aislado en sí misma hasta ese punto.

—Mi dulce amor... —musitó, levantándose para acercarse a ese hombre al que no podía ni quería ver sufrir.

La reacción de Peter ante esas tres amadas palabras fue la de ir a su encuentro y cogerla en brazos; sentir que los de su valquiria le rodeaban el cuello hizo que todo en su vida volviera a encajar, que el universo tuviera una razón de existir; porque la suya, su motivo, era ella.

—*Min lille*.

Se dio media vuelta para dirigirse al pasillo que llevaba a los dormitorios.

—Peter, hay algo más —le recordó su tío, que acababa de dejar un mensaje a Adam.

Se giró un poco y los miró.

—Lo sé. Yo le contaré el resto.

Y los vieron marchar, comprendiendo que lo peor ya había pasado.

—¡Por todos los demonios del maldito y podrido infierno! —bramó Anthony, disponiéndose a servir tres copas bien colmadas de su bebida favorita—. Pobre chiquilla...

—Y yo me pregunto, *¿cui bono?* —planteó Norbert, sentado al lado de su esposa y reposando ella la cabeza en el hombro de él.

—Exacto —convino Anthony, que dejó sus bebidas ante ellos, sobre la mesa con superficie de cristal—. ¿A quién beneficia?

Tras echar el edredón hacia atrás, la recostó en la cama, le quitó las botas y se tumbó a su lado después de descalzarse. El día se había nublado, por lo que una triste y grisácea luz los bañaba; en silencio, con tan solo sus miradas trabadas.

Diane cogió la mano derecha de su marido y miró con desolación sus nudillos magullados.

—No es nada. Es más, me lo merezco por no haber sabido controlarme.

—Tienes que curártelos —le dijo sin apartar la vista de las heridas.

—Apuesto a que ya está el médico en camino.

No hizo comentario a sus palabras, tan solo se dejó abrazar por él, necesitada del sosiego que le transmitía.

—Lo sabes desde ayer y no me has dicho nada, ¿te parece poco control?

—Seguro que la pared no piensa lo mismo —insistió en ironizar mientras tiraba de una esquina del edredón y le tapaba las piernas. Le acarició la mejilla con la yema de los dedos, su boca entreabierta pedía ser besada mientras se dejaba envolver por su fresco aliento.

Diane cogió el cuello de su camisa y tiró de él para tenerle más cerca aún.

—No lo hagas más, ¿me lo prometes?

Peter asintió, pero una idea malvada pidió ser vocalizada.

—Te lo prometo. La próxima vez estamparé mi puño en el rostro de esa... *«puta»* —terminó la frase en su pensamiento, desahogándose.

—¡Peter! —exclamó incorporándose un poco—. Aquí nadie va a pegar a nadie, ¿de acuerdo?

—Que sí, que de acuerdo —se avino con rapidez.

Los dos sabían que, si se presentaba la ocasión, no cumpliría su palabra. No es que le fuera a pegar a una mujer, por supuesto, *«pero si llega el caso, me va a escuchar cuatro palabras bien dichas, ¡por todo el valhalla!»*.

Diane suspiró y se recostó de nuevo, no tenía sentido insistir en el tema.

—Siempre imaginé que alguien había impedido que mi madre me criara —le dijo jugueteando con los botones de su blanca camisa.

—Lo sé. —No quería que sufriera más, de ahí su comentario tan escueto,

para no ahondar en el conocido tema.

—Tal vez me aferré tanto a esa idea que terminé creyéndomela, sin pararme a pensar que había más posibilidades. —«*Qué ilusa he sido; me podría haber evitado darme de cara con la realidad*», se recriminó.

—Eras muy pequeña, mi vida, es normal que tu mente buscara la mejor manera de protegerse, y esa teoría te ayudó a superar el sentimiento de abandono —teorizó, creyendo firmemente en sus palabras—. Además, tú eres así; y me encanta.

—Ya. Por eso, quizás, ha sido tan duro saber la verdad. —Meditó unos segundos sus siguientes palabras—: ¿Por qué lo hizo? ¿Qué la obligó?

A Peter no se le pasó por alto el detalle de que ella le seguía dando el beneficio de la duda al plantear que tuvo razones para obrar de aquella manera, casi justificándola inconscientemente.

—Mi vida, nadie la obligó. Recuerda lo que ha dicho Norbert; ella lo hizo, se lo admitió.

—¿Pero por qué? —insistió, mirándolo a los ojos.

—No lo sabe. Tan solo a ti te dará explicaciones, y de ahí no se movió.

Diane asintió.

—Cuando anoche me preguntaste sobre cómo reaccionaría si aparecieran mis padres, y ahora entiendo el motivo —le picó con el índice en el pecho—, la verdad es que hubiera sido con sorpresa y, luego, con alegría.

—Bueno, la sorpresa te la has llevado —la interrumpió, recolocándole un mechón del flequillo hacia atrás, le gustaba acariciar su cabello de seda—. Lo segundo... no te lo he podido cumplir.

Ella lo miró ofreciéndole una sonrisa apenas dibujada en sus labios, más triste por él que por su propio deseo insatisfecho.

—Mi dulce amor, sé que tendré una conversación con... No me sale llamarla madre y tampoco lo voy a forzar. —Peter asintió, comprendiéndola—. Si quiere contarme qué pasó y sus motivos, la escucharé; pero tú estarás conmigo. No me gustó su alusión a que teníamos algo en común: el buen gusto para los hombres. No sonó bien, fue... obsceno. No sé cómo es o ha sido su vida, pero la mía...

—La conozco perfectamente, y estoy de acuerdo contigo: tampoco me gusta ese comentario —admitió ceñudo, cubriéndola un poco más con el edredón. Oyó el timbre del portero automático, una vez, e imaginó que sería Adam.

—Tengo sueño. Dime, ¿qué más tenías que contarme? —preguntó en un murmullo, sintiendo que ese conocido sopor de ir cayendo poco a poco se apoderaba de su cuerpo y ralentizaba el funcionamiento de su mente—. ¿Mi padre?

—Ni lo mencionó. —Las últimas palabras de despedida de su tío a esa mujer acudieron a su mente: «¿Tampoco es de mi incumbencia, o su memoria empieza a fallar?», «*muy sutil, aunque yo no lo seré tanto como me provoqué*»—. Supongo que si le preguntas, algo te dirá.

—Sí, es posible. Ya lo veremos. Iremos paso a paso. ¿Algo más? —murmuró soñolienta, sin querer pensar en el tema de su padre. Se sentía agotada, física y mentalmente. «*Qué ironía, la que tendría que haber sido la mejor noticia de mi vida, ha resultado ser la peor*».

—Norbert exigió una prueba de ADN, y ella una segunda para cotejar los resultados.

—¿Acaso cree que vamos a falsificar el resultado? Ha sido ella la que ha aparecido.

La pregunta de su esposa le hizo pensar. ¿Por qué temería ser engañada? ¿Por qué ese interés en demostrar que sí es su hija? Si se tratara de una menor de edad, podría reclamarla para beneficiarse económicamente de algún tipo de asignación estatal que percibiera, se planteó. «*Pero no es el caso, ¿qué busca?*». Por muchas vueltas que le diera sería imposible llegar a un razonamiento lógico.

—Exacto. No pienses en nada de todo esto, ya se irá aclarando. Descansa, *min lille*.

Sabía que quedaba el tema del hermano, pero ya habría tiempo para ese segundo asalto. La tensión nerviosa sufrida por su esposa le pasaba factura y su cuerpo reclamaba una tregua que él no pensaba ignorar ni romper. Su respiración acompasada, serena, le dijo que ya se había dormido.

Con sumo cuidado, se incorporó y la arropó bien. Le besó los labios en un roce y cogió sus zapatos para, descalzo, dirigirse a la puerta.

—¿Cómo se llama ella?

La pregunta lo sorprendió con la mano en el picaporte. «*Cierto, qué curioso, nadie ha mencionado el nombre de esa... mujer desnaturalizada, como la llamó mi tío*». Se giró y vio que lo miraba, esperando su respuesta.

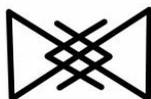
—Charity Rose.

Diane parpadeó un par de veces, rápido, sin mostrar ningún signo de

cómo le afectaba saber el nombre de su madre, de esa extraña. Cerró los ojos y dejó que Morfeo, de nuevo, la hiciera su prisionera después de murmurar un simple:

—Vaya.

Capítulo 13



Malhumorada, dejó las llaves del apartamento sobre la consola de la entrada, se miró en el estrecho espejo y soltó un suspiro de exasperación.

Podría haber venido en el transporte público, pero ni le gustaba ni estaba acostumbrada a él. Así que llamó a un taxi, que le cobró una fortuna, según ella, y en el que el conductor resultó ser un parlanchín chismoso que miraba más a su pasajera que al caos de tráfico que los rodeaba; al menos, el interior del vehículo se veía limpio, y suspiró de nuevo.

—¿Lady?

—¿Esperas a otra persona?! —respondió mientras recorría el corto pasillo que la llevaba hasta el salón—. ¿Acaso alguien más tiene llave?

—No.

—Entonces, ¿qué clase de pregunta estúpida es esa? —lanzó de forma desabrida, al tiempo que se quitaba la chaqueta y la arrojaba con el bolso sobre una silla.

Dejó el portátil sobre la mesa de centro, de madera, y se levantó. La conocía, sabía que ese tono de voz solo obedecía a una causa, y no precisamente buena.

—Deja que te dé un abrazo. Te lo advertí. No era buena idea presentarse así.

—Sí, sí. Pero ya sabes que soy mujer de impulsos.

Hampfrey alzó una ceja, que su madre no vio al tener la frente apoyada en el hombro de su hijo.

—Pues más te hubiera valido haber frenado esos *impulsos* —la amonestó

sutilmente, para besar su mejilla y volver a su asiento.

Lady frunció el ceño, amaba a su hijo sobre todas las cosas, pero de ahí a que le recriminara su comportamiento... «*No te lo consiento, mi amor*».

—Eso es justo lo que hace que la vida sea interesante, la incógnita de qué pasará ante un arrebato —expuso su filosofía de vida y acomodándose al lado de él.

—Una teoría muy bonita, pero no sé qué opinaría mi hermana de ella. — Lady le dio una palmada en su rodilla—. Sobre todo cuando se es el resultado de un momento de locura. —No dejó que su madre replicara—. Y, déjame decirte, con ella tuviste más de uno.

No comentó las palabras de su hijo. ¿Qué podía decir? ¿Que tenía razón? ¿Que era joven y no pensó en las consecuencias de su acto? Además, ¿qué consecuencias? «*Ninguna. Ella está bien*», se respondió a sí misma.

—¿Qué haces? —Cambió de tema.

—Actualizo mi historial laboral para presentarla en algunos bufetes y empresas —le contestó, tecleando en el archivo abierto.

—Estás muy guapo en esa foto —admiró, pegada a él y mirando la pequeña instantánea insertada en el documento.

—Eso se llama amor de madre —señaló sonriendo.

—No, eso es ser objetiva —lo corrigió.

Acarició su cabello negro y bajó la mano hasta su fuerte hombro. Sí, su hijo era un hombre muy atractivo, «*como su padre*»; pero ese último pensamiento llevó a otro que no podía obviar por mucho que le adorase, «*y con sus mismas debilidades*».

—Fue una lástima que se rompiera tu compromiso con Julianne, era un buen partido.

Sin dejar de teclear, respondió a su madre con la vista fija en la pantalla:

—Sí, no estaría ahora buscando trabajo.

Lady le dio un golpecito en la rodilla y lo miró fingiendo que se escandalizaba por su frialdad.

—¡No seas así!

—Es la verdad. —Pulsó para guardar el documento e imprimirlo.

—Pero ella te quería —le recordó mientras oía activarse la pequeña impresora.

—Y yo a ella, pero —remarcó la última palabra, mirándola— soy un hombre muy activo sexualmente, y sus normas, creencias, tradiciones, o

como quieras llamarlo, eran demasiado para mí. Ella tuvo la culpa de que yo buscara desahogarme fuera de nuestra relación.

Su madre no comentó nada de la explicación, esa necesidad física la había heredado de ella, aunque era algo que no le diría, pues se le hacía muy violento hablar de sexo con su hijo.

—¿Y la sigues queriendo?

—Quedó en el pasado.

Hampfrey bajó la tapa del portátil y encaró a su madre girándose parcialmente en el sofá.

—No demos más vueltas y cuéntame qué ha pasado. ¿Nos tomamos un té mientras?

—Está bien. Pero quiero que sepas que hacía mucho que no me trataban de forma tan grosera; desde aquel amigo de tu padre, el que se emborrachó y quiso sobrepasarse conmigo.

Hampfrey se dirigió a la cocina seguido de su madre. Recordaba perfectamente aquella ocasión, y no solo el amigo estaba borracho, la embriaguez de su padre era evidente también para ellos. Sin embargo, la diferencia entre los dos hombres estribaba en que su progenitor, a lo largo de los años, había desarrollado un aparente control sobre su alcoholismo parapetándose tras ese carácter extrovertido que todos alababan; era el alma de cualquier fiesta o reunión.

Mientras ella se acodaba en la isla de la pequeña cocina, él puso agua a hervir y cogió dos bolsitas de té, del que correspondía a esa hora del día.

—¿Tan malo ha sido? —la instó, disponiendo las tazas con sus platos, cucharillas, el azucarero y una pequeña jarrita de porcelana con leche fría.

—¡Me ha echado! ¡No ha querido que le explicara! Ni siquiera me ha invitado a entrar, he tenido que presentarme en el vestíbulo de su caro apartamento de su elitista edificio... ¡Se creará importante por vivir en Gold Coast! —profirió, escapándosele un punto de envidia.

Su hijo negó con la cabeza, a la espera de que el hervidor silbara.

—Estarás conmigo en que es la mejor zona. No me importaría tener un apartamento ahí.

—El lugar no da la clase. Portage Park es un buen sitio —contestó defendiendo el techo que los cobijaba y su ubicación—. Y por cierto, me he equivocado antes.

Hampfrey sabía que su madre se engañaba. Ella moriría por vivir allí;

pero jamás lo reconocería en voz alta, era demasiado orgullosa como para hacerlo. Apagó el hervidor, llenó la tetera con la cantidad suficiente para servir tres tazas y la dejó en la isla, sentándose en uno de los taburetes altos.

—¿A qué te refieres?

—A que también fue una pesadilla la entrevista con ese... abogado de mierda —explicó, echando a un lado el otro taburete para acomodarse en él—. Su tono chulo, prepotente, ¿pero quién se cree que es?

—¿El dueño del mejor bufete del estado? ¿El más brillante en su especialidad? —le recordó Hampfrey con hastío, pues no deseaba tener esa conversación de nuevo.

—¿Y por eso tuvo que comportarse como un cretino déspota?!

Cuando Lady y su amiga llegaron al apartamento, después de su cita con Norbert, su hijo tuvo que dejar que se desahogara con mil y un epítetos a cual más subido de tono. Aquella entrevista tampoco transcurrió por el camino que ella había previsto, por lo que a la vuelta le hizo la misma observación anterior: no había sido buena idea presentarse así. Él recomendó que Virginia preparara sola el terreno, pero ninguna de las dos escuchó su consejo.

—¡Que si me fallaba la memoria sobre el nombre del padre de mi hija! ¡Será cabrón!

Ahí estaba la expresión favorita de su madre para definir a quien detestase. Soltó una leve risita.

—No te rías y respétame —lo amenazó con la cucharilla en la mano, sin conseguir estar seria más de cinco segundos.

—Sí, Lady —le respondió, dedicándole esa sonrisa canalla a la que ninguna mujer se resistía.

Para qué negarlo, él era su debilidad. Dio un sorbo de su taza y la dejó otra vez en el platillo.

—Al principio no me creyó, incluso creo que se asustó. No sé, tal vez me tomó por una loca, a saber —le empezó a contar, cruzando las piernas y tironeando de la falda, que se había quedado a mitad de muslo—. Verla de cerca ha sido como retroceder en el tiempo, casi mi viva imagen cuando tenía su edad. Ha resultado... extraño.

Hampfrey respetó su pausa. Tan solo habían pasado unos meses desde que supo de la existencia de su hermana, «medio hermana», como insistía ella en etiquetarla, y aún se le hacía sorprendente ese hecho. Su madre le había contado las circunstancias que rodearon su nacimiento, y él se guardó

de exponer su opinión. Aceptó sus explicaciones, ojeó las fotos que le enseñó en el móvil y no preguntó, salvo algún detalle, tenía cosas más importantes a las que dedicar su tiempo.

—Como no me invitó a entrar, tuve que hacerlo yo. ¡Y no veas qué genio! ¡Qué gritos! —exclamó ofendida—. Me amenazó con llamar a la policía si no me iba inmediatamente. Ni se conmovió cuando le dije que era su madre, hijo. ¿Es que no tiene sentimientos? —se lamentó, apuró el resto de su té y se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Cómo actuarías tú si una intrusa se cuela en tu casa? Yo la comprendo, ¡claro que se tuvo que asustar! —expresó dándole la razón a su hermana.

—¡¿Te pones de su lado?! —lo miró horrorizada—. No soy una intrusa, ¡soy su madre!

—¡Pero ella ni lo sabe ni te conoce! ¿Qué esperabas que hiciera? Una total desconocida se presenta ante tu puerta y te dice que es tu madre; así, sin más, ¿y salida de dónde? —siguió él con su acertado razonamiento—. ¿Creías que se iba a echar a tu cuello? ¿Que te iba a llamar *mamá*?

Lady se removió en su asiento.

—¡No soy estúpida!

—Ni yo digo que lo seas; pero piénsalo, su reacción ha sido normal —señaló con tono calmado antes de beberse la infusión. Su madre no había tenido ningún tacto, y estaba convencido de que eso acarrearía consecuencias.

Meditó por un segundo el planteamiento de su hijo mientras se servía nuevamente en su taza, le ponía azúcar y unas gotas de leche.

—Vale, quizás me he precipitado.

—Otro de tus impulsos —ironizó Hampfrey intencionadamente—. Tengo curiosidad, ¿has pensado alguna vez qué habría sido de tu vida si aquel día hubieras tomado otra decisión?

Lady apretó los labios y tamborileó con su perfecta manicura francesa sobre la superficie de mármol gris vetado, incómoda por la pregunta. «¿*Que qué hubiera pasado...?*», aun así la repitió en su mente, para recluirla en el último rincón de esta.

—Ahora, cuando le nombré al cabrón de su abogado, ¡ja! Ahí sí que me escuchó. ¡No le había dicho nada! Y eso que yo he cumplido con lo de la maldita prueba esa; ya tengo la fecha.

Conocía a su madre perfectamente, por lo que decidió insistir sobre su cuestión más tarde. Cruzó los brazos sobre el pecho y estiró las piernas; opinaba que se equivocaba de estrategia, con exigencias no se ganaría a su hija.

—¿Has pedido cita para el segundo análisis? Comunicárselo a...

—¡¿Qué?! ¡Obvio que no! No pienso hacerlo, tan solo en el caso de que el resultado fuera negativo, pues eso significaría que lo han manipulado. ¡Soy su madre! Te lo aseguro.

—No lo dudo, sabes que confío en ti. —Se inclinó y le cogió una mano, envolviéndola entre las suyas.

—Son como las de tu padre, suaves y poderosas —alabó con nostalgia; echaba de menos a su marido aunque los últimos años hubieran sido muy difíciles. Alzó la vista y lo miró con dulzura, orgullosa de él—. Eres lo más importante que tengo, lo que más quiero, haría cualquier cosa por ti, hijo mío.

Este se acercó y dejó un beso en su mejilla, no dudaba de ello.

—Y yo te amo, mamá. Pero dime, ¿y si te la hubieras quedado?

Lady sabía que no lo dejaría estar, ella tan solo había manejado el tiempo. Suspiró y se envaró.

—Nunca me lo he planteado —aseveró con firmeza—, ni pienso hacerlo. Tomé una decisión, pasé página y seguí con mi vida. ¿De qué sirve especular con algo que no sucedió? —Dejó su asiento y anduvo unos pasos por la pequeña cocina; no le gustaba hablar del tema, pero entendía su curiosidad—. ¿Quieres que fabulemos? Bien, hagámoslo.

A Hampfrey no le gustaba ver a su madre enfadada, era algo que siempre le había superado, por eso lamentó haber insistido.

—Me habría quedado aquí y habría tenido, estoy segura, una vida de mierda —soltó con rabia, las manos en las caderas y la pose desafiante—. Sin embargo, pensé con claridad y elegí. —Soltó un suspiro entremezclado con un sollozo—. Y fue la mejor elección que pude hacer, pues de ella naciste tú, mi amado hijo.

Las lágrimas, irresistibles para él, corrían por sus tersas mejillas, así que rápidamente fue hacia ella y la abrazó con fuerza, sintiendo los amorosos brazos en torno a su cintura.

—Pero la abandonaste, mamá, a tu hija —le dijo casi en un murmullo, aclarando a continuación—: Y conste que no te juzgo, solo constato un hecho.

—¡No la abandoné! —señaló sin deshacer el filial abrazo—. Quedó en un buen sitio. Solamente la criaron otras personas. No sé por qué ese cabrón dijo que la dejé tirada en la calle.

«*Tus explicaciones son muy discutibles, mamá; pero no seré yo quien te reclame*», le respondió en su mente. Tenía claro que no la iba a mover ni un ápice de sus razonamientos, así que para qué disgustarla más; lo hecho, hecho estaba, no le correspondía a él pedirle explicaciones ni acosarla con reclamos.

—Jugaste con las cartas que te tocaron —la excusó en un intento de apaciguar su ánimo—. Digamos que tuviste una mala mano. —«*Aunque no tan mala como la de mi medio hermana*», concluyó en su cabeza.

A Lady no le gustaba que usara esos términos de jugador de cartas, bastante había tenido con su difunto marido y su adicción a la bebida y al juego; pero su hijo era un hombre inteligente que no sucumbiría a tan peligrosas tentaciones. Él solo se perdía por unas faldas, y si eran de marca..., mejor aún.

—Hijo, yo nunca haré nada que pueda perjudicarte —aseguró con una mano en su rasurada mejilla, besándola.

—No tengo ninguna duda. Eres mi madre, la mejor... Pero ¿de verdad quieres estar a su lado, recuperar el tiempo perdido? —le cuestionó, y no por primera vez.

El timbre de la puerta los interrumpió.

—Apuesto lo que quieras a que es Virginia. Tres toques seguidos y uno espaciado, ¡de película! —apuntó mientras se dirigía a abrir, pensando que ya habría ocasión más adelante para volverle a formular la pregunta.

Lady agradeció no tener que contestarle lo mismo que en anteriores ocasiones, que no es que fuese mentira, pero tampoco era toda la verdad.

Tras un intercambio de saludos, Hampfrey se disculpó por no acompañarlas alegando que tenía una cita en el club. Club cuya inscripción había pagado Virginia, tanto la de él como la de su amiga. «Regalo de bienvenida», lo llamó. Alabaron lo elegantemente que iba vestido y se despidieron.

Una vez a solas, Lady la puso al corriente de lo sucedido, comprobando con desagrado que su amiga era del mismo parecer que su hijo: se había precipitado. Pero los largos años de amistad servían para, entre otras cosas, saber cuándo había que dejar un tema de lado, y Virginia así lo hizo.

—Oye, te invito a comer en el nuevo centro comercial —le propuso con

entusiasmo a su desganada y contrariada amiga—. Ya sabes que la mejor forma de enderezar el día es yendo de compras.

Lady la miró mientras una sonrisa le iba cambiando el semblante.

—¿Qué haría yo sin ti? Siempre a mi lado, guardando mis secretos y aliviando mis penas —le dijo mientras cogía la mano de una Virginia emocionada.

—Hace más de treinta años que nos conocemos, Lady. No siempre nos fueron bien las cosas, pero supimos tomar al destino por los cuernos y enderezarlo a nuestra conveniencia, ¿o no ha sido así? —Le guiñó un ojo como complicidad de lo que sabían la una de la otra.

Lady soltó una carcajada.

—¡Pero qué cabrona eres! ¡Como si hubieras tenido una vida dura! —le soltó, cogiendo la chaqueta y el bolso de la silla donde los había dejado al llegar.

Virginia, a su espalda, le replicó:

—Te recuerdo que acusaron a mi hijo mayor de un crimen que no había cometido, fue muy duro. Algo que no le perdoné a mi suegro, pues todo venía de antiguas peleas entre familias; venganzas que en estos tiempos no tienen ningún sentido.

Lady se volvió a ella y puso una mano en su antebrazo.

—Tienes razón, perdóname. Gracias a Dios, todo se aclaró. No me hagas caso, hablaba en broma. Las dos hemos pasado malas rachas.

—Sí, sí. —Se colgó el amplio bolso al hombro—. La investigación del bufete Wadlow fue decisiva.

—De tu Norbert —apostilló con retintín Lady, enfilando el pasillo de salida.

—De su padre, que fue el encargado de dicha investigación, paralela a la oficial, y de su defensa —la corrigió, iluminándosele los ojos por la idea que acababa de tener—, que, por cierto, es viudo... —dejó en el aire.

Lady abrió la puerta de la calle y dejó pasar a su amiga, que le echó una mirada cargada de picardía.

—¿Y?

—¿Tú qué crees? —le habló como si fuera una niña pequeña tramando una travesura.

—Que ves muchas películas, eso es lo que creo —apuntó, cerrando y haciéndose la desentendida—. Me gusta el abrigo que llevas; de Carolina,

¿verdad? —la elogió, refiriéndose a la famosa diseñadora venezolana e intentando distraerla de su papel de casamentera.

—Sí, de esta temporada —la informó, sin añadir nada más para que creyera que había conseguido su propósito.

Se dirigieron a los ascensores y Virginia, que no podía aguantar seguir callada, insistió, divertida.

—Viudo, de muy buen ver...

—Viejo... —contraatacó Lady, soltando un nada elegante bufido mientras pulsaba el botón de llamada.

—Rico.

Las puertas del habitáculo se abrieron.

—Sigue siendo viejo... Además, soy lady Durham, condesa viuda de...— le porfió a su insistente amiga, que no la dejó terminar su título.

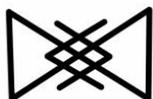
—Eso no te sirve de nada aquí. En cambio, el apellido Wadlow abre todas las puertas imaginables.

—Que no. Que es mayor, por rico que sea.

Una vez dentro, Virginia pulsó para bajar y con voz cantarina remachó mientras descendían:

—Rico no. Indecentemente rico...

Capítulo 14



Ocho días.

Ocho tortuosos y largos días habían pasado tras irrumpir en su vida esa mujer que se anunciaba como su madre y que logró desestabilizarla emocionalmente; pero Diane tenía razones de sobra para no hundirse en la autocompasión por su infortunio desde que nació, y entre todas ellas, una que siempre fue su toma de contacto con la realidad: Kathy.

Cuando despertó de aquel descanso que tanto su cuerpo como su mente le reclamaron, ¿quién estaba a su lado? Su amiga y hermana, que junto a su bebé voló hasta ella en cuanto supo lo sucedido por una llamada de su suegra. Pamela sabía el lazo tan especial que las unía, pues su nuera, huérfana desde los seis años, había compartido con Diane orfanato y casas de acogida; se podría decir que se conocían de toda la vida.

Y tan bien se conocían que su conversación fue breve, pero intensa en emociones y en palabras de guía y aliento...

—Kithy...

Su voz apenas era un susurro lastimero. Echada a su lado, en la cama, sentía su familiar mano acariciarle el cabello de manera lenta, transmitiéndole calma, igual que cuando eran pequeñas y lloraba porque se había lastimado en alguna travesura; igual que ahora lo hacía con su hijo para consolar su llanto o inquietud, con un amor y un mimo tan grande que sobrepasaba cualquier explicación física o divina.

—Chiss, descansa.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —La vio asentir sin apartar la mirada de sus ojos, envueltas por una leve claridad y un silencio solo roto por el tic-tac del antiguo reloj despertador que Peter tenía en su mesita de noche—. Es increíble.

—¿Tú cómo te sientes, Di? —quiso saber decidida a escuchar, más que a hablar.

—Es raro. ¡Imagínate! De pronto sé de mi madre, me ha buscado. —Hizo una pausa—. Bueno, no es que lo haya hecho, esa es la verdad; pero tendría que estar loca de alegría y...

—¿Y? —inquirió Kathy, dejándose coger la mano por su amiga, sintiéndose feliz por ella, pero desaprobando la forma de presentarse, «¿a quién se le ocurre tocar una puerta y soltar «soy tu madre»? ¿Es que no ha pensado lo que una noticia así puede ocasionar? Podría haber tenido un ataque de ansiedad o algo peor, ¡un infarto!», se planteó, haciendo un enorme esfuerzo para que no se notara su contrariedad y enojo.

Diane lanzó un profundo suspiro antes de contestar. Enlazó entre sus dedos un mechón de pelo de su amiga y empezó a rizarlo, otro gesto común entre ellas.

—Y no lo estoy, no me siento... feliz. Y no sé por qué. —Pateó para atrás el edredón, un poco—. Y eso me frustra. No es lógico.

—¿Por qué no es lógico? ¿Porque no es lo que se supone que debería pasar? ¿Y dónde está escrito que tengas que estar brincando de alegría ante la aparición de una mujer que te abandonó de bebé? —expuso, refrenando a duras penas su irritación.

Kathy se incorporó levemente, recolocando a su espalda el almohadón para estar más cómoda, dándole tiempo. También quería que sus preguntas calaran en la mente de su amiga y deshicieran ese gesto de culpabilidad por haber reaccionado así.

—¿Tú qué opinas de todo esto? La verdad, Kithy —le pidió, adoptando la misma postura que ella y encendiendo la pequeña lamparita que tenía detrás.

Meditó unos segundos para organizar sus ideas antes de responder.

Cuando llegó al apartamento, se encontró con rostros serios; Peter, taciturno en un sillón, con una mano parcialmente vendada, y los demás hablando entre sí en murmullos para no despertar a Diane. Realmente, no era esa la escena que esperaba encontrarse. ¿Dónde estaba la algarabía por tan buena noticia?, en un pozo de ira y descontento, al que también fueron a

parar sus propios sentimientos cuando en un escueto resumen la pusieron al día de lo acontecido. Incluso de la existencia de un hermano, detalle que aún desconocía su amiga. Por todo esto, intentó elegir bien sus palabras.

—¿Recuerdas cuando Anthony y Norbert me hablaron de mi abuelo? ¿Cuando me enseñaron una foto de él con su hija, mi madre? —Diane asintió, emocionada—. Reaccionaste sin dudas, sintiendo lo mismo que yo sentía porque en los motivos que les llevaron a descubrir todo aquello había verdad. Pienso que hoy ha sucedido algo similar. Independientemente de que esa mujer haya demostrado no tener ninguna consideración al presentarse de esa forma y de que, además, te pillara de sorpresa, creo que tu corazón se ha puesto en alerta y que, de forma inconsciente, te proteges de un posible desengaño.

Diane bajó la mirada analizando su razonamiento, con el que estaba de acuerdo. Se acordaba del momento al que se refería, cómo se alegró ante la idea de que su abuelo aún viviera y cómo se esfumó esa posibilidad, un segundo más tarde, al saber que hacía años que falleció, sumiéndola en la misma llorosa tristeza que mostraba su amiga.

—Si tu vida fuese distinta a como es, si la parcela afectiva no la tuvieses cubierta, quizás todo se hubiera desarrollado de otra forma, y esto es solo una suposición —siguió hablando Kathy—. Sin embargo, dentro de tu abandono, has sido afortunada. No has sufrido carencias en lo básico para vivir, me refiero a lo material. En cuanto a...

—Te encontré a ti, mi hermana —la interrumpió, acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla, sin limpiarse las lágrimas que corrían por su rostro.

—Y yo a ti, mi hermana consentida —coincidió Kathy, con un nudo en la garganta—. Y tienes una familia que te adora y apoya en cualquier cosa que precises. Una familia que está ahí fuera esperándote, que sufrirá contigo si tú lo haces, y que se alegrará contigo si te ve feliz; porque de Peter ni te cuento. Pero este de aquí —le puso una mano en el corazón—, es cauto, llámalo sexto sentido o como quieras. Pero yo, en tu lugar, le escucharía. Quizás siente que no es correspondido, y de ahí tu frialdad.

Diane cogió otra vez la mano de su amiga, jugando con sus dedos mientras meditaba sobre lo expuesto.

—Tienes razón, es como si fallara la conexión que debería haber. O es que debemos trabajarla, no lo sé.

—No quiero influirte ni para bien ni para mal —le advirtió—, pero me has pedido mi opinión. Esa mujer...

—Charity Rose —dijo por primera vez el nombre de su madre.

Kathy tenía sentimientos enfrentados. «*Una madre es una madre, obvio, pero hasta ahí llega mi entusiasmo por su aparición. Y, por otro lado, ¡vaya con el nombre!*», reflexionó, reafirmandose en su manera de llamarla.

—Como abogada te diré que tiene derecho a explicarse, y tú a negarte a escucharla —le informó—, a contar eso que solo quiere decirte a ti. Así, sabiendo todos los detalles, podrás decidir qué relación quieres tener con ella, si es que quieres, y de qué tipo.

—Lo haré, estoy de acuerdo contigo —dijo firme. «*Me parece estar escuchando a mi Thor, justo lo que él me aconsejaría*».

—Y como madre, el que te haya tenido nueve meses en su vientre no la convierte en tal, sino el haberte llevado en su corazón. Y si no ha sido así, quizás por eso no encuentras la sintonía que deberíais tener de forma natural, ese hilo invisible que te une a tu amado hijo.

Diane asintió con la cabeza, sus palabras escocían, pero ¿quién dijo que una herida no duele? Y sabía que no sanaría, que no seguiría adelante si dejaba cuentas pendientes en el camino.

—Y tú sientes ese vínculo con mi sobrinito, ¿verdad?

Kathy le respondió con una sonrisa.

—Y por último, como amiga, quiero que sepas que hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, estoy y estaré siempre contigo. Que te quiero, Di...

Una leve presión en el antebrazo la distrajo del sopor que la había llevado hasta el recuerdo de esa conversación. Giró el rostro a su esposo y le sonrió.

—¿Estás bien, mi vida? —se interesó Peter, preocupado por ella como hacía días que lo estaba.

—Sí. ¿He dormido mucho tiempo? —le preguntó, mirando por la pequeña ventanilla del avión, para ver solo nubes.

—Una media hora.

—Tienes ojeras —observó mientras se las delineaba con la yema de los dedos—. ¿Dónde se ha visto a un Thor así?

—No es nada; el trabajo —justificó, aunque sabía que no era creíble su explicación.

—Ya. —Diane sintió un pellizco en el corazón al saberse culpable, no

directamente, pero sí por su causa—. Todavía queda algo más de una hora de vuelo, reclina un poco el asiento y descansa, ¿de acuerdo?

Peter dejó un breve beso en sus labios e hizo lo recomendado, realmente necesitado de desconectar de tantas hipótesis que su mente elucubraba, para luego echarlas abajo por cualquier nimio detalle que no encajase.

Cuando aquel día su esposa y Kathy entraron en el salón, toda la familia se hallaba ya reunida. Los tres bebés con sus gorjeos, y Santiago contando las peripecias vividas en su día de clase, ayudaron a diluir el ambiente de consternación que se había creado. Pidieron comida a domicilio, y ninguno tocó el tema que los había llevado hasta allí; primero, por estar Santiago delante y no ser esa una conversación a tener en su presencia; segundo, por respeto a Diane. Cuando ella quisiera hablar, lo haría; lo importante en ese momento era que supiera que estaban con y para ella, nada más.

Y Diane lo agradeció con un abrazo a cada uno, silencioso pero intenso. Pidió hacerse lo antes posible la prueba genética, y Norbert lo solucionó en una llamada de teléfono, consiguiéndole cita para el día siguiente.

El resto de los días pasaron rápidos, continuamente acompañada de su marido o visitando a Marita y a Kathy, yendo a alguna compra con Pamela o en casa, con Anthony contándole historias de su niñez. Llegó a pensar que se habían puesto de acuerdo en coordinarse para no dejarla sola ni un minuto, lo cual era cierto.

Y las noches... Las noches las pasaron amándose, hablando, soñando y volviéndose a amar como si fuera a suceder algo que los pudiera sentenciar a una separación; cuando lo cierto era que estaban más unidos que nunca.

De todas formas, bajo esa apariencia de calma y normalidad, bullía una ansiedad que los dos callaban para no preocupar al otro, pero que ambos percibían. Así que decidieron salir de la ciudad e ir a uno de sus refugios favoritos.

Lo descubrieron el año pasado en una de sus escapadas. No estaba cerca, casi a dos horas de vuelo; pero no les importó ante las impresionantes vistas y naturaleza variada que ofrecía el Parque Nacional Great Smoky Mountains, una cadena montañosa que se extiende a ambos lados de la frontera entre los estados de Carolina del Norte y Tennessee. Y no fue solo por esos dos motivos, sino por el desafío de poder hacer largas caminatas en los innumerables senderos habilitados para ello, descubrir cascadas impresionantes, otear desde los miradores, explorar...

Pero sobre todo, disfrutar abrazados en la terraza que circundaba la vivienda, envueltos en una manta, de unos amaneceres imposibles de describir, preñados de serenidad, y en los que un vapor grisáceo cubría los picos de las montañas que se perdían en el horizonte, como un velo etéreo y ajado que no encontrara lugar idóneo en el que posarse y estuviera condenado a permanecer flotando, ondulante, por toda la eternidad.

Y decidieron convertirla en su segundo hogar comprando la casa, de piedra y madera, y reformarla a su gusto y necesidad. Es decir, suficientes dormitorios para cuando la familia los visitase en grupo, circunstancia que ya se había dado en una ocasión.

Aunque sus padres le apoyaban, no faltando la comunicación telefónica diaria con ellos e incluso Anne había anunciado su llegada para la próxima semana, su válvula de escape era su primo Johan. El trabajar juntos facilitaba poder tener momentos para desahogarse, así como también recibir sus consejos, que se basaban en no agobiar a Diane y darle su espacio para que digiriera todo lo relativo a su madre y... a su hermano.

De la existencia de este último, le habló al día siguiente. Si le dosificó las noticias, fue por el temor a que emocionalmente colapsara. Pero su valquiria era más fuerte de lo que todos suponían y recibió la información con entusiasmo, le gustó eso de ser «la hermana mayor»; al fin y al cabo, como ella dijo: «El hijo no es culpable de lo que su madre haya hecho, y menos antes de nacer».

Aceptó su razonamiento, no quería ser injusto prejuzgando a una persona que no conocía; pero no pudo evitar tener esa sensación de que algo no iba bien.

—Como una corazonada —murmuró sin ser consciente de ello.

—¿Has dicho algo? —le preguntó mirándolo.

No quiso hacerla partícipe de su inquietud, ya habría tiempo de hablar de ello durante la estancia en Gatlinburg, donde tenían su casa.

—Que estoy impaciente por llegar a la cabaña —contestó, deseo que no era mentira, cogiendo su mano derecha y llevándosela a los labios para dejar un cálido beso en la palma.

—Yo también, esto me encanta —afirmó radiante.

—Y que muero de hambre.

—¡Oh! Ya me confirmaron de la agencia, esta mañana, que habían guardado en la nevera las provisiones que encargué; pero si no quieres

esperar a llegar, podemos parar en el pueblo y...

Peter le puso un dedo sobre los labios, silenciándola. Se acercó, le guió un ojo, y le murmuró al oído:

—No me refiero a ese tipo de *hambre*, sino a... otra.

Diane sintió que enrojecía. Aunque él había hablado muy bajo, estaba segura de que el hombre que se sentaba delante de su marido los había oído, ya que vio que giraba levemente la cabeza y sonreía. Así que el comentario a su «urgencia» fue un lacónico:

—¡Oh!

—¿Deshacemos el equipaje en un momento? —propuso Diane, soltando su bolso en el amplio sofá del acogedor salón y quitándose la chaqueta.

—Luego.

—Como quieras. ¿Preparamos algo para cenar? —le preguntó mientras se dirigía a la cocina.

—Luego.

Se giró a él deteniéndose bajo el arco de madera que daba paso al comedor, sorprendida por sus repetidas palabras. Vio que tenía los brazos cruzados sobre el pecho, serio, de pie en el centro de la sala y con las piernas ligeramente separadas, parecía enfadado.

—¿Pasa algo? —Reconocía que era un poco despistada, pero juraría que no había olvidado nada; hacer una lista de lo que tenía que guardar en las maletas ayudaba a evitar lamentaciones posteriores.

—Sí, sí que pasa. ¿Quieres hacer el favor de acercarte? —habló sin mover un músculo, traspasándola con la vista fija en sus negros ojos.

Diane obedeció lentamente, rebuscando en su mente algo que hubiera dicho o hecho para que tuviera esa actitud tan fría y dictatorial, cuando en el trayecto en coche todo habían sido risas y propuestas de actividades para el día siguiente. Sin embargo, llegó a la conclusión de que ella no había provocado su distante comportamiento, así que se plantó a unos pasos de él y le lanzó con las manos en la cintura:

—¿Se puede saber qué ocurre para que estés... así? —Lo señaló con un índice, ceñuda, empezando a enfadarse.

Peter soltó un bufido, se quitó el elástico del pelo y se lo removió entre los dedos.

—¡¿Que qué me ocurre?!

Avanzó dos rápidos pasos hacia ella, provocador.

—¡Sí! —casi gritó, sin amilanarse y dando otro paso que la acercó más a ese cavernícola que tenía delante, como lo definió en su mente.

—¡Creí que había quedado claro!

—Te juro que no te entiendo ni...

—¡Tengo hambre!

Diane parpadeó un par de veces, atónita.

—¿Tienes hambre y por eso te pones en plan odioso? Ya te he preguntado si...

No la dejó terminar la frase, tampoco le interesaba. Él solo pensaba en...

—*Hambre*, ¿recuerdas? Y cuando tu señor Lindgren está hambriento...

Atónita por lo que escuchaba, Diane anduvo lenta de reflejos, y para cuando quiso reaccionar ya estaba sobre el hombro de su fogoso marido con la cabeza colgando bocabajo y agarrándose a la espalda de él, recibiendo una nalgada mientras se dirigían al dormitorio. Ni sus reclamos, que acabaron en risas, ni sus ruegos la salvaron de terminar con la espalda en el colchón y con su impaciente rubio sobre ella.

Peter suspiró con satisfacción. Se apartó a un lado, lo justo para no molestarla con su peso, y le acarició el rostro.

—Solo quería jugar, mi vida. —Le besó los labios en apenas un roce, delineándolos con su lengua, respirando del agitado aliento que ella exhalaba—. Nunca te he obligado a nada y nunca lo haré. Lamento si te he enojado.

Diane, como siempre le sucedía, se dejó arrastrar por la inmensidad del azul de sus ojos; pero, antes, decidió torturarlo un poco.

—Ya lo sé, mi dulce amor. Además, ¿de verdad piensas que me he creído tu actuación? —lo picó, obligándolo con su cuerpo a que se girara y quedando ella a horcajadas sobre él.

—¿No? Parecías muy convencida —la retó, sujetándola por la esbelta cintura.

—Pues no, solo fingía —mintió—. Y ahora quiero que recibas tu castigo con las manos quietas, ponlas sobre la almohada. Si me tocas, pierdes —le advirtió, imitando una pausada cabalgada sobre la masculina pelvis.

El pecho de Peter se infló buscando el aire que ella le sacaba con cada uno de sus roces. «¿*Quieres que no te toque? Pides un imposible, a ver cuánto aguanto*», apretó los dientes para no gemir y se sujetó a la funda de la almohada como si esta tuviera el poder de detenerle.

Diane, deliberadamente lento, le sacó la camisa del pantalón, cogió los extremos y dedicándole una ceja alzada dio un fuerte tirón de la tela.

El resultado fue el previsible de habérselo planteado: los diminutos botones blancos salieron volando hacia la zona izquierda de la habitación, tan solo el que se estrelló contra el armario de roble dejó oír un tintineo, los demás fueron silenciados en su caída por la mullida alfombra.

—Me gustaba esta camisa —comentó Peter, intentando localizar alguno de los botones desterrados y conteniendo la risa.

—Pues despídete de ella —le aconsejó al mostrarle un par de agujeritos en la tela—. Así que, a partir de ahora, señor Lindgren, en el dormitorio solo usará camisetas —terminó carcajeándose y dejándose caer sobre su torso.

—También puedo usar las que Thor no quiera —propuso, uniéndose a la risa de ella.

—Sí, es una buena forma de hacer limpieza de armarios.

Aprovechando que estaba distraída, la alzó y volvieron a girar sobre el colchón, la hilaridad de ella fue a más.

—Ni te muevas —le ordenó al tiempo que se incorporaba y terminaba de desnudarse ante la gula que mostraban sus ojos.

—Va-Vale.

—Te devolvería la jugada con mucho gusto, malvada valquiria —dijo con tono sugerente mientras con prisa, y entre algún que otro tirón, la despojaba del calzado y ropa hasta tenerla como él ansiaba desde hacía horas—, pero muero por hacerte mía de nuevo.

La miró con ansia a los ojos.

—¡Más mía!

Y no exageraba, pues aunque ya habían normalizado su vida sexual, aún no se sentía saciado, como sabía que no lo estaría nunca.

Diane lo acomodó entre sus piernas con la misma urgencia que veía en él, le tironeó del cabello para acortar el espacio entre sus bocas y, quemándose de deseo, con los talones en sus tonificados glúteos, le mostró el camino que los llevaría a un estado de total ingravidez después de caer por una espiral de ciega pasión.

Y todo se desdibujó a su alrededor.

Peter, con una mano asiendo uno de los barrotes de hierro forjado del cabecero y la otra afianzada en esa cadera que lo enajenaba, echó la cabeza hacia atrás al sentir que su carne la colmaba y satisfacía.

Y se rompió la garganta en un bramido ronco, profundo, cuando en la última pulsión se adentraron juntos en un embravecido mar de frenesí.

Capítulo 15



Perezosa, se estiró deleitándose de la tibieza del lecho y aspiró el aroma un tanto dulzón del hombre que tenía a su lado. «El hombre más maravilloso de todos los mundos conocidos, imaginados o por descubrir», como ella lo definía cada vez que tenía ocasión. Los primeros rayos de sol, tímidos y aún despertando en ese incipiente amanecer, bañaban de una débil luz anaranjada el dormitorio, creando un ambiente casi irreal.

Con cuidado, se incorporó para apoyarse en un codo y observar el rostro de su marido, que dormía plácidamente. No, esa mañana no disfrutarían del espectáculo que se les ofrecía a esas tempranas horas porque... «*Qué bien se está aquí*», pensó con sueño Diane, así que tiró de la manta, de motivos étnicos, para que los cubriera mejor y tras pegarse a él, se durmió.

El día que empezaba a despuntar era el último de su estancia en esa casa en la que se habían amado hasta la extenuación. No faltaron los paseos por algunas de las sendas marcadas para ello y el chapoteo en un helado río por parte de Peter; pues, según él, su lado vikingo pedía esa toma de contacto con la naturaleza salvaje, momento inmortalizado por el iPhone de Diane y del que, diez segundos más tarde, participó toda su familia, tanto la americana como la noruega.

También dedicaron tiempo a la ciudad, visitaron el Hollywood Star Cars Museum, donde se mostraban los coches utilizados en algunas famosas películas y que entusiasmó a Peter, aunque no tanto a Diane. Sin embargo, de lo que sí disfrutaron ambos fue del impresionante y espectacular acuario, en

el que Peter estuvo seguro de que ella agotaría la tarjeta de memoria del móvil.

Tiendas de recuerdos y típicas tabernas también tuvieron su cuota de atención. Ella propuso ver un afamado espectáculo de vaqueros, obviando el dato de que iban con el torso desnudo, y él estuvo de acuerdo en ir para disfrutar de las sexis coristas... Tras un duelo de inteligentes miradas decidieron que esa noche, por ser la última en el lugar, la pasarían en casa «que es donde mejor se está», apostilló Diane, perdido por completo el interés que esos monumentales especímenes despertaron en ella cuando los vio por internet.

Incluso antes de despertarse, Peter percibió la calidez del cuerpo de su esposa junto a él, con un brazo echado sobre su cintura. La desconexión del trabajo y del bullicio de la capital surtió efecto, sentía la mente despejada y esa opresión que le atenazaba las entrañas había desaparecido. Sí era cierto que no habían tocado ninguno de los temas que propiciaron su venida a la cabaña, ya que prefirió que ella eligiera el momento; momento que sería esa mañana, pues quiso pasar unos días evadida de todo lo que no fuera él y solo él, como le dijo cuatro días atrás.

—Buenos días, dormilona. —Empezó a despertarla dejando breves besos en su hombro y ascendiendo por el cuello hasta la comisura de la boca—. ¿Te das una ducha conmigo?

—Humm —le respondió mientras salía del abrazo de Morfeo.

—Traduce —pidió, sonriendo ante sus esfuerzos por abrir los ojos—. ¿Eso es un sí?

—Hummmm...

—Vale, tendré que averiguarlo por mí mismo.

Girado a ella, le acarició con lentitud la cadera derecha y, en un movimiento rápido, bajó la mano por la nalga hasta tenerla entre sus piernas y asirla así para tirar de ella y colocarla a horcajadas sobre su pelvis.

Diane volvió a la realidad en un pestañeo, dejando el sopor del sueño pegado a la almohada.

—¿Qué me dices, eh?

—¡Como para decirte que no! —exclamó mientras iniciaba un movimiento pélvico cuyo fin no era otro que llevar a su vikingo al límite.

—¡Descarada! —exclamó él ante la evidente provocación y saliendo de la cama, sin soltarla, para dirigirse al baño—. Suerte que el vuelo no sale hasta

la tarde...

Después de un relajante baño, y luego una tonificante ducha, decidieron bajar a desayunar y hacer más tarde el equipaje. Estaban sentados a la mesa de pino de la cocina, uno frente a otro mientras apuraban sus tazas de café y té. Fuera, el trino de los pájaros que revoloteaban entre los árboles acompañaba el silencio en el que se hallaban en el último minuto.

—Peter...

El aviso de la entrada de un mensaje en el móvil de él la interrumpió de lo que fuera a decir.

—Disculpa —se excusó mientras lo leía. Tecleó una respuesta, siguió leyendo y volvió a escribir. Todo ello sin levantar la vista de la pantalla y repentinamente serio.

Dejó el teléfono a un lado y alzó la vista a ella.

—Era Norbert. Acaba de recibir el resultado de la prueba genética. —La vio asentir, muda y expectante—. Es positivo. Es tu madre.

Diane exhaló el aire que había retenido sin ser consciente de su acción y extendió las manos sobre la superficie de la mesa para que él se las cogiera, a lo que respondió de inmediato; necesitada de su contacto, solo así podría controlar el latido descompasado que empezaba a tener su corazón.

—Esperaba que lo fuera, demasiados datos lo confirmaban —expuso ella con voz falsamente tranquila.

—¿Y lo deseabas? —profundizó, pendiente de cada uno de sus gestos y percibiendo su tensión.

—No lo sé —confesó con la vista perdida en el veteado de la pulida madera—. De verdad que no lo sé. Ya te conté lo que Kathy y yo hablamos, su explicación a esta... indiferencia que siento. Porque no sé cómo llamarlo.

—Y en la que yo coincido, mi amor —aseveró, inclinándose hacia delante y besando el dorso de una de sus manos—. Tú te habías creado una imagen de ella, lógicamente idealizándola, que dista mucho de lo que hemos visto. Y lo que para mí es el punto clave: fuera de tu vida porque nunca formó parte de ella. Por alguna razón, nunca has fantaseado con cómo te hubiera ido de haber estado a tu lado. Es una extraña que, además, no ha mostrado tener ningún miramiento contigo al presentarse de forma tan... brusca.

Diane asintió, volviendo la mirada a él. En resumen, le estaba dando los

mismos argumentos que Kathy, y es que no podía haber otros.

—Su tono fue exigente conmigo y despreciativo para Norbert, ¡y no lo pienso tolerar! —estalló, palmeando con brío la mesa—. ¡¿Y que si fuera más pequeña ya me habría dado una bofetada?! ¿Y esa mujer es mi madre? ¡¿Quiere ser mi madre?! ¡¿Pero con qué derecho se cree?!

Peter respiró sonoramente por la nariz, obligándose a mantener la calma para no alentar la furia de su mujer con la ira que él sentía.

—Ningún derecho, ni legal ni afectivo —afirmó rotundo.

—¡Exacto! Y espero que no venga a darme clases de moralidad, honestidad ni nada que se le parezca. —Se levantó y llevó las vacías tazas al fregadero, dejándolas en su interior. Cogió la bandeja que tenía a su derecha y regresó—. Es que no fue cariñosa, no vi en ella... empatía. Ni nervios al tener delante a su... ¡Uf! Me saca de quicio, de verdad.

Se levantó de su asiento y le cogió las manos para que dejara de recoger el resto de enseres del desayuno.

—Ven, ya limpiaremos esto más tarde.

Se dirigieron al porche. Pensaba que los dos necesitaban que el fresco aire de la mañana bajara la temperatura de sus caldeados ánimos, la llevó hasta el asiento de balancín y se acomodaron en él.

—Peter, hay muchas interrogantes. —Tamborileó sobre el respaldo de madera—. Quiero tener una cita con ella lo antes posible —le anunció—. Esta situación no es justa ni para ti ni para mí.

—¿A qué te refieres? —quiso saber, alzándole las piernas y reposándolas sobre las de él.

Diane recolocó el cojín que tenía a su espalda y movió los pies adelante y atrás, le gustaba el leve masaje que le daba en una de las pantorrillas.

—Primero, dice que solo a mí dará sus explicaciones. Bien, pues las quiero ya, se acabaron las teorías y supuestos. Y nos las dará a los dos. ¡Tú y yo somos uno!, que lo sepa por si ha pensado en manipularme de alguna manera.

Peter tragó el nudo que se le acababa de formar en la garganta.

—¿No prefieres que esa conversación sea en privado? —le propuso, y vio que negaba lentamente con la cabeza a la par que le sonreía—. Quizás sea menos violento para ella —añadió, dándole a esa mujer una ventaja que no quería, pero pensando solo en lo mejor para su valquiria.

—A ver cómo te lo explico sin ser muy grosera —le habló pausadamente

mientras se colocaba el flequillo detrás de la oreja—. Me importa una mierda si es violento para ella o si se siente en el paraíso. —Peter sonrió, le hacía gracia cuando ella dejaba sus buenos modales a un lado—. Quiero que sea en nuestra casa porque no es un tema para hablar en una cafetería y, desde luego, ¡ni loca voy a la suya! Y va a ser en privado porque, como ya te he dicho antes, tú y yo somos uno. ¡Y no hay nada más privado que eso!

Bajó la cabeza, no quería que viera las lágrimas que estaban a punto de caer de sus ojos, y no porque no le hubiera visto llorar alguna vez, sino porque ella necesitaba de la entereza que él pudiera brindarle ahora más que nunca. Así que se aclaró la voz con un fuerte carraspeo.

—Creí que querías... —Alzó la mano para detenerla, imaginaba que le volvería a repetir las últimas palabras—. Me ha quedado claro. Solo deseo lo mejor para ti, mi vida.

—Y lo mejor es que me acompañes —afirmó, limpiándole una furtiva lágrima.

—¿Y si se niega? —insistió él, con la mirada fija en sus negros ojos.

—No habrá reunión. ¡O los dos o ninguno!

—¿Tú sabes cuánto te quiero, *min lille*?

Diane le dedicó un guiño.

—¿Tanto como esto?

Cogió su rostro entre sus manos y dejó un beso en cada uno de sus azules orbes, disfrutándolo mientras la ceñía por la cintura y la sentaba en su regazo. Se apartó de él un segundo, suspiró y atrapó con voracidad sus jugosos labios, permitiendo que sus lenguas se abrazaran en un baile cuya música de fondo eran los gemidos que ambos dejaban escapar con satisfacción. Solo la necesidad de tomar aire consiguió separarlos.

—No ha estado mal —comentó él irónicamente, ganándose un golpecito en el pecho.

—Hay dos cosas más, entre otras, que tiene que explicar y de las que no habló con Norbert —expuso, volviendo a su postura anterior—. ¿Por qué no le dijo que tiene un hijo? ¿Acaso se avergüenza de él? ¿Y qué pasa con mi padre?

Peter cabeceó dándole la razón.

—Cierto, eso es muy curioso. No creo que sea tan estúpida como para pensar que no lo ibas a saber. Y no creo que fuera un olvido —aventuró mientras se recogía el pelo en una coleta, gesto que en él resultaba de lo más

varonil, como ella siempre admiraba.

—¡Eso es! —exclamó, dando un pequeño respingo y haciendo que se balancearan—. ¿Qué pasó entre ellos?, me refiero a mi padre. ¿Dónde está? ¿Tiene familia?

No quería echar por tierra sus ilusiones, pero tampoco que estas la hicieran sufrir si resultaba que...

—Piensa también en la posibilidad de que haya fallecido, mi vida. Nunca se sabe qué puede haber pasado en estos años, y no quiero ser pesimista, es tan solo eso, una posibilidad.

Diane hizo una mueca de fastidio, no por sus palabras, sino porque nuevamente su imaginación se disparaba creando un escenario que tenía tantas probabilidades de existir como de que ya no.

—Es verdad; espero que me cuente de él. Pero mi hermano sí sabemos que existe —le recordó con alegría.

—¿Y por qué no se ha dado a conocer? —inquirió Peter, haciendo de abogado del diablo.

—Quizás no se lo ha permitido, quizás le ha dicho que esperara a que ella lo hiciera primero —aventuró sin mucha convicción, pero dándole ese punto a su favor.

—Podiera ser —admitió por no llevarle la contraria, ya que no coincidía con esa opción—. ¿Quieres hablar tú con ella para citarla? —La vio asentir—. De acuerdo, pero estaría bien que le dijeras si quiere aprovechar la ocasión para que te presente a su hijo. No a su «otro hijo», sino a «su hijo»; si es inteligente, verá el matiz de cómo te refieres a él, y también le estarás diciendo subliminalmente que no le servirá de nada guardarse información. Digamos que vas un paso por delante de ella, lo que es verdad.

—Muy bien, tienes razón. Francamente, no se me hubiera ocurrido ese planteamiento. ¡Salió mi Thor estratega! ¡Ay! —se quejó falsamente ante el pellizco de él en su gemelo derecho.

—¿Qué más interrogantes tienes? Antes dijiste que esta situación no es justa para nosotros —le recordó, descalzándola y masajeándole las plantas de los pies.

Diane ronroneó como un gatito ante las placenteras sensaciones que le daban sus mágicas manos. «*Mejor dejo estos pensamientos a un lado, que me conozco*», se obligó en un ejercicio de autocontrol.

—La pregunta más importante es el porqué lo hizo, y a partir de ahí todas

las que surjan, incluidas las referentes a mi padre. A pesar de saber de mi existencia el verano pasado, no es que se haya matado por venir a conocerme —le dijo con una ceja alzada, sarcástica—. Y no es justo para nosotros por el hecho de que todo esto nos afecta emocionalmente cuando para ella, es un supuesto, quizás no se trata de algo importante en su vida, sino que lo está haciendo por vete a saber qué motivo.

Peter la escuchaba con suma atención, coincidiendo punto por punto con sus palabras.

—Estoy de acuerdo contigo en todo, menos en una cosa.

—¿Cuál?

—No afectará a esto que tenemos, no lo permitiremos, ¡yo no lo permitiré! ¿Y sabes por qué? —Diane enmudeció ante la pasión con la que pronunciaba cada palabra, limitándose a negar con la cabeza—. Porque... ¡Yo te protejo! ¡Yo te cuido!... ¡¡Yo te amo, *min lille*!!

—Mi dulce amor —articuló antes de abrazarlo por el cuello y enterrar el rostro en él—. La vida me privó de tener una familia, pero me ha compensado con tu amor, y con creces.

—Pues déjame mostrarte una ínfima parte de hasta dónde te amo.

Un minuto más tarde, el balancín aún seguía con un movimiento desigual y rápido por el súbito abandono de sus dueños, que ya se encontraban en el lecho, despojando el uno al otro de sus ropas en una lucha titánica por demostrar quién era el que más amaba. Inútil batalla, pues sería como ponerle un límite, y el amor que ellos se profesaban era infinito.

Y los pájaros silenciaron sus cantos ante el sonido más melodioso jamás escuchado: el de un hombre y una mujer amándose con total, profunda y generosa entrega.

Exhaustos, sudorosos...

—Mi vida...

—¿S-Sí? —habló Diane entre jadeos y observando el magnífico cuerpo desnudo de su marido como si acabara de descubrirlo, tendida a su lado y también desnuda.

—No mires, pero creo que he doblado una de las varillas de adorno del cabecero —le confesó, pasándose las manos por la cara para que no viera la sonrisa de satisfacción que no podía ni quería frenar.

Diane, haciendo caso omiso, se giró rápidamente y sus ojos de sorpresa

confirmaron lo que él temía. La estructura de hierro forjado hacía unas ondas que, divididas por la mitad, se encontraban en el centro formando unas elegantes y simétricas florituras. Salvo una, que sobresalía hacia delante exageradamente. Volvió la vista y la clavó en esos ojos que intentaban disimular una risa mal contenida.

—Pero... ¿Cómo...?

—¿Quieres una demostración? —la retó—. Puedo poner la otra igual y así ya no se nota la diferencia.

Fue a replicarle, pero sus contagiosas carcajadas le hicieron olvidar el desperfecto al unirse a ellas. Cuando se recuperó, tiró de la sábana y se cubrió.

—Tápate, quiero hablarte de algo —lo instó.

—¿No me lo puedes contar así? —Y señaló su desnudez.

—No, me distraes; y es un tema serio.

Intrigado, Peter lo hizo hasta la cintura y se incorporó para quedar sentado. Echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche, aún faltaban horas para tomar el vuelo de regreso.

—Tú dirás.

Imitó su postura, se giró un poco a él y resopló. Cogió su mano izquierda, girándola para ver el tatuaje de la muñeca, resiguió las líneas con la yema de su índice derecho y se inclinó para dejar en la runa un beso. Sentía toda su atención puesta en ella mientras buscaba cómo decirle...

—Verás, es algo que he meditado con calma, tanto antes de operarme como después. No quiero que pienses que es debido a que el tratamiento ha alterado mis hormonas y por eso estoy más sensible —tomó aire—, que lo estoy, porque es independiente.

—Bien. —«¿A dónde quieres ir a parar, mi vida?», se cuestionó en su mente para no interrumpirla.

Diane examinó su atento rostro. Moría por ir derecha al asunto, pero el darle unas explicaciones preliminares la ayudaba a calmarse y a que su propuesta fuera mejor acogida, o en eso confiaba.

—No lo tenía totalmente decidido. —Se detuvo ante lo que acababa de desvelar y se apresuró en rectificar el posible malentendido—. Quiero decir que no es algo que vayamos a hacer si tú no estás de acuerdo. No quiero imponerte nada, y menos en un tema así, de tanta envergadura y que afectaría irremediabilmente a nuestras vidas.

Ante el repentino silencio de ella, cuyo rostro mostraba una profunda concentración, le cogió las manos para que dejaran de enrollar y desenrollar la sábana. Quería tranquilizarla, pero él mismo se estaba poniendo ansioso con el misterio que no terminaba de aclarar.

—Te he entendido. Continúa —la animó, inclinándose y dejando un levísimo beso en sus labios.

—Pues... —Pasó la lengua relamiéndose, «*otro beso como ese y se acabó el hablar*», negó con la cabeza e hizo un ejercicio de autocontrol, disponiéndose a explicarse mejor—. Ya leíste la carta que recibí del orfanato, el programa de tutoría formado por voluntarios adultos que quieran servir como modelos a seguir, o referencia, para jóvenes del centro, y en el que nos invitan a participar.

—Sí, y me parece una iniciativa genial. ¿Llamaste para concertar una entrevista? —La vio asentir—. Perfecto, y de paso conoceré el lugar.

—Te gustará el padre Mahoney. Recuerda llevar los zapatos bien lustrosos si no quieres que te regañe —le recomendó al venirle a la memoria una de las muchas exigencias del sacerdote. Se soltó de las manos de él para peinarse con los dedos, meditando sobre sus siguientes palabras.

—*Min lille*, me tienes en ascuas. ¿Tan malo es? —preguntó con un tono de alarma deliberado, provocándola al adoptar una seriedad excesiva.

—¡No! ¡Al contrario, es buenísimo! Será buenísimo —soltó con rapidez.

—Y si lo es, ¿por qué no me lo dices ya?

Estaba intrigado, no preocupado. Pensó que seguramente quería plantearle hacer alguna donación y no se atrevía por ser una cantidad importante, «*¡como si necesitase mi permiso!*». Lo cierto era que hasta cierto punto le divertía ver su apuro e indecisión.

—Eso intento, ¡pero me interrumpes!

—¡¿Que yo...?! De acuerdo, soy mudo desde ahora.

Diane miró al techo en un gesto de resignación. No era culpa de él, sino de los nervios que iban a más a medida que se acercaba a la propuesta.

—¡Uf! Bien, sin más rodeos. Uno de los deseos que tienes es que llegue una familia y te adopte. Pero a medida que pasan los años y vas creciendo, normal, te das cuenta de que las posibilidades de que eso ocurra disminuyen. Yo viví esa etapa al completo; Kathy, como ya tenía seis años cuando llegó, no la conoció, o no toda.

Peter estaba acongojado ante la crudeza de sus palabras, como siempre

cuando ella comentaba su estancia allí; salvo si lo que relataba era alguna de sus divertidas travesuras.

—¿Por qué hay menos posibilidades? —quiso saber, aunque empezaba a vislumbrar los motivos.

Diane lo miró con ternura en los ojos y un rictus de pena en la boca, se acercó a él y posó una mano en su antebrazo, sintiendo la tensión de sus músculos.

—Porque pocos quieren adoptar un niño ya crecído. Siempre prefieren a un bebé, es como si así fuera más de ellos.

—¿Y por qué nadie te eligió a ti? Llegaste con un mes de vida —le planteó con voz ronca, sufriendo por ella y odiando al mundo por no haberle dado esa oportunidad.

—No te angusties, mi dulce amor —le habló con suavidad para aplacarle—. No se sabía nada de mí, ninguna referencia. ¿Y si era portadora de alguna enfermedad genética que con los años diera la cara? ¿Y si era hija de unos drogadictos y yo desarrollaba su adicción? ¿O asesinos, y un día amanecían muertos en sus camas por un ataque mío de locura?

—¿Y si resulta que tan solo eras un bebé sano e inocente como cualquier otro? —la refutó, con lágrimas en los ojos y un leve temblor en la barbilla.

—¡Oh, Peter! —Se abrazó a su cuello, agradeciendo que la sábana hubiera resbalado y así poder tener mejor contacto con su piel, culpándose por su sollozo; no había imaginado que la conversación tomaría ese derrotero—. No estés triste, mi amor.

—¿Cómo no estarlo? Es cruel e injusto —pudo murmurar tras un leve carraspeo, ciñéndola contra él como si fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Plantéalo de este modo. —Se apartó lo justo para que la mirara a los ojos—. No habría conocido a Kathy, lo que significa que cuando llegaste a su apartamento para darle el recado de Adam, yo no habría estado y no nos hubiéramos conocido —terminó de razonar, con una sonrisa que a él le devolvió el optimismo.

—De alguna forma, no sé cuál, hoy, tú y yo hubiésemos acabado en el punto en el que estamos. Eso ni lo dudes —sentenció con tal seguridad que nadie se habría atrevido a llevarle la contraria.

Se miraron un segundo antes de darse un beso que borró todo rastro de sufrimiento.

—Estoy tan segura como tú —afirmó, dejando una mano sobre su torso, a la altura del corazón y sintiendo el rápido latido de este—. No quiero que pienses que tiro la toalla en cuanto a tener nuestros propios hijos, sé que vendrán.

Peter se sentó un poco más erguido. De pronto, supo que se había equivocado en su teoría anterior, ella no quería hacer una donación, ella quería...

—Tenemos por delante un largo periodo de espera antes de empezar a intentarlo. Tampoco se trata de llenar un vacío, que ya no existe, ni de suplir un hijo con otro. Se trata de un deseo que me nace del corazón y del que estoy completamente segura.

La veía hablar con entusiasmo, casi con un punto de ruego entre sus palabras, gesticulando en su afán de contagiarlo de eso que tanto anhelaba, y que ya imaginaba de qué se trataba.

—¿Te refieres a adoptar? —preguntó con cautela.

Los ojos de Diane se iluminaron y afirmó con la cabeza repetidas veces. Tiró de la sábana y se cubrió el pecho, sentándose recostada en la cadera de él y las piernas flexionadas bajo ella.

—¡No me digas nada! Solo piénsalo, ¿vale? No hay prisa ninguna. Espera a que vayamos al Mercy y conozcas aquello, así sabrás mejor de qué te hablo —parloteaba sin respirar, nerviosa por su reacción, que hasta ese momento era ninguna, pues simplemente se limitaba a mirarla con rostro serio.

Peter frunció los labios, bajó la mirada y volvió a encararla.

—Sé que muchos hombres no quieren adoptar por aquello de que alguien que no es de su sangre lleve su apellido, y puedo entenderlo, cada uno somos como somos y no hay nada que hacer. Aunque pienso que es una tontería, ¿cuántos hijos biológicos no quieren a sus padres, di?

—Muchos —respondió sucintamente.

Diane esperó a que añadiera algo más, pero a la vista de que no lo hacía, decidió seguir con su argumento.

—¡Exactamente! Por eso no se pueden tener prejuicios, porque nunca se sabe a quién tienes en casa; aunque considero que la educación es fundamental, criarlos en un ambiente lleno de armonía y en el que tengan a sus progenitores como ejemplos a seguir. —Tomó una bocanada de aire al tiempo que se echaba el flequillo a un lado con un manotazo, para señalarlo con un dedo—. Así que tú solo piensas sobre todo esto. Y ten una cosa muy

muy clara.

—¿Qué cosa?

—Que si no estás de acuerdo —tragó saliva—, yo respetaré tu decisión aunque no me guste.

—Es bueno saberlo —apostilló como si se sintiera aliviado, incluso deslizándose un poco sobre el almohadón, dejando ver así su relajación.

—Pero no prometo que no intentaré hacerte cambiar de idea, es justo que lo sepas.

—Agradezco la advertencia —dijo con voz perfectamente modulada, y que a ella puso en guardia, pues significaba que esa calma que dejaba ver no era tal—. He tomado nota mental de todo lo que me has dicho, de la parte positiva y de la negativa. De tus motivos y deseos, y de que respetarás mi decisión sea cual sea; está todo aquí —señaló, apuntándose la cabeza.

—¿Te estás burlando de mí? —le recriminó Diane a la defensiva, con una ceja alzada.

—En absoluto, es un tema muy serio como para andar con bromas —la amonestó, ¿ofendido por su duda?—. De todas formas, puedo darte mi respuesta antes de...

—¡No, no, no! Quiero que estés completamente seguro. No me digas nada hasta después de la cita. Estoy deseando que conozcas al padre. ¡No sé por qué no hemos ido antes! Bueno, no importa —declaró, dando unas sonoras palmadas y un pequeño brinco en el colchón—. Y ahora...

Peter la veía tan feliz que casi le dolía de puro gozo. Esa era la mujer de la que se enamoró y con la que quería pasar el resto de sus días: entusiasta y un poco alocada, pero ¿qué sería de la vida sin un toque de locura? «*Un aburrimiento, como lo era la mía antes de conocerla*», se respondió.

—¿¡Ahora?! ¿Hay más? —demandó con una nota de pánico en la voz.

Diane le dio un pellizco en el costado que produjo un quejido en él.

—¿Le apetece a Thor que su valquiria favorita le frote la espalda con mucha suavidad y mimo? —le propuso con picardía mientras deslizaba la mano izquierda bajo la sábana, iniciando con sus dedos índice y corazón un caminar que los llevó hasta la palpitante ingle, dejándose caer por esta como si de un tobogán se tratara y provocando en él un respingo que despertó su miembro, justo lo que ella se proponía.

No quería frivolar sobre el tema de la adopción, pero ya estaba todo dicho, y de ningún modo quería presionarlo para que tomara una decisión de

la que en un futuro pudiera arrepentirse. Por ello, prefirió cambiar el rumbo de la conversación.

Peter atrapó su intrusa mano, deteniéndola cuando casi rozaba su objetivo.

—¿Me estás sobornando, valquiria? —la desafió con la mirada que sabía la descolocaba y enfatizando el acento de su tierra paterna; dos armas que nunca fallaban.

La risa de ella fue el sonido mágico que terminó de disparar su siempre dispuesto deseo.

—¡Totalmente! ¿Por...?

Arrojó la sábana al suelo, dejando ver su regia erección, y cogió a la traviesa de su mujer por la cintura para tumbarla de espalda y colocarse sobre ella, sin hacer caso de sus falsas y débiles quejas por el movimiento tan sorpresivo.

—Porque me gusta tu método.

Capítulo 16



Cogió un bolígrafo y lo hizo bailar entre los dedos, distraída. Lo dejó de nuevo en el cubilete metálico y prestó atención a la pantalla de su portátil, solo le quedaban dos calificaciones de sus alumnos por completar, y que había solicitado hacer ella misma.

En la otra parte de la amplia habitación, Peter, sobre su mesa de planos, trabajaba en un nuevo proyecto, aunque no por ello perdía de vista a Diane.

Esta, desde que regresaron de la escapada de fin de semana, escudriñaba a su marido cuando él no se daba cuenta, o eso creía, en busca de alguna señal que la pusiera sobre la pista de cuál sería su respuesta sobre el tema de la adopción. Le había pedido que lo meditara bien y no tomara una decisión hasta que visitaran el orfanato, y lo estaba cumpliendo a rajatabla, pues en los tres días transcurridos ni él mencionó el asunto ni ella preguntó, a pesar de que moría por hacerlo.

«La llamada», como ella la denominó, tuvo lugar al día siguiente de su vuelta al apartamento. Con Peter a su lado para apoyarla moralmente, y después de haber cogido y soltado el teléfono dos veces, marcó el número que Norbert le había facilitado y mantuvieron una conversación corta, seca, sin concesiones a nada que no fuera lo que ellos ya habían decidido: lugar y acompañante.

Al término de esta, a Diane le quedó un regusto amargo. Su madre no se sorprendió de que ella le mencionara a su hijo, y si no fue así, lo disimuló de manera extraordinaria. Tampoco comentó el hecho de que le pidiera que la

acompañara para conocerlo, «es como hablar con un témpano de hielo», fue la observación que le hizo a su marido al cortar la comunicación.

También les llamó la atención la poca prisa que pareció tener; si creían que iba a correr para reunirse con su hija, se equivocaron; pues con la excusa de unos compromisos contraídos, y que no podía cancelar, la reunión se pospuso hasta el día en el que se encontraban: jueves.

Norbert les había entregado el informe del laboratorio de análisis clínicos y genéticos, el resultado no dejaba lugar a dudas: eran madre e hija. Y ni con los documentos en la mano pudo sentir algo que se pareciera, aunque fuera remotamente, a un leve sentimiento que le calentara el corazón. Al contrario, dejó atrás la indiferencia para dar paso a un enojo que le estaba costando gestionar.

Justo terminaba de rellenar y enviar el último boletín del colegio cuando le entró un correo de una compañera: Ginnys, la profesora de Santiago.

—Acabo de recibir las notas del nieto número cuatro —dijo mientras las miraba.

—¿Y todo bien? ¿Peligra mi puesto de trabajo? —apostilló Peter con humor, pues era conocido por todos el deseo del pequeño de ser arquitecto, como su padre y su tío.

—Humm, pues de momento va fenomenal, incluso tiene una mención especial. Así que ya puedes aplicarte —le bromeó, ganándose una mirada irónica que le arrancó una carcajada.

Cerró el portátil y giró el asiento a él, cruzó las piernas y se dedicó a contemplarlo a placer. La lámpara de brazo articulado, fijada en una esquina de la mesa, esparcía una luz cálida con la que aún se apreciaba más rubio su cabello, suelto, y la cuidada barba. Usaba gafas solo cuando trabajaba, la montura era de un marrón muy oscuro, y le daba un aire sexi de profesor de universidad. Le gustaba su forma de coger el lápiz, como si lo acariciara pero firme. Ese símil la hizo sonreír, pues igual era en la intimidad: delicado y temperamental, entregado a la par que demandante.

Parpadeó un par de veces, rápido, para salir de su ensoñación y siguió con el análisis. Blusa blanca de lino con las mangas arremangadas en dos vueltas, que dejaban ver su reloj Patek Philippe deportivo, en la muñeca izquierda, y una ancha pulsera de cuero con adornos celtas de plata en la derecha, además de la alianza de boda. Bajó la vista al pantalón vaquero, con zonas estratégicamente desgastadas, y a su calzado: mocasines marrones de piel.

Iban vestidos casi iguales, solo les diferenciaba que el vaquero de ella era gris, y no el clásico azul de él, y los botines negros de medio tacón. Suspiró y afirmó con la cabeza.

—Peter...

—¿Sí? —inquirió mientras terminaba de trazar una línea recta, sin distraerse.

—Estás buenísimo —declaró con los brazos cruzados sobre el pecho, embobada con su imagen.

Sorprendido, dejó lo que estaba haciendo y giró el taburete para quedar frente a ella. Esa era una de las cosas que le volvían loco, su naturalidad. Se subió las gafas hasta dejarla encajada en la parte superior de la cabeza, la miró sin delatar qué pasaba por su mente y le hizo un gesto con el dedo para que se acercara a él; a lo que se negó.

—Diane... —dijo con serenidad, pero dejando claro que no admitiría más dilación.

Ella, divertida por el juego, caminó con una lentitud deliberadamente exagerada, con un sutil contoneo y deteniéndose lo suficientemente lejos como para que no la alcanzara.

—Aquí, ¡ya!

Apenas había avanzado dos pasos cuando la atrapó por la cintura y la encarceló entre sus poderosas piernas.

—Y ahora repítame eso que me has dicho —exigió antes de empezar a besar su esbelto cuello mientras aspiraba el exquisito perfume que lo envolvía: Fidji.

Entrelazó las manos en su nuca y se dedicó a mordisquear el lóbulo de su oreja entre húmedos besos, sabedora de que él no podría resistirse a eso.

—¡Por todo el valhalla! —explotó, retirándola lo suficiente como para que cesara con la tortura.

—Decía que estás bueno buenísimo y... que te amo.

Enlazaron sus miradas como solo ellos sabían hacerlo, alejándose de cualquier realidad que pudiera interrumpir ese momento mágico.

—Y yo digo que... estoy loco por ti —le aseguró, besándola con un reclamo que pareciera que quisiera convencerla de su amor, como si ella no lo supiera—. *Jeg elsker deg, min lille.*

—Yo también te amo, mi vikingo —aseveró tras normalizar la respiración.

—¿Estás nerviosa? —Ella negó con la cabeza, toqueteando el segundo botón de su camisa y apuntalada a él—. ¿Quieres que tengamos una clave, un código? Si te encuentras mal, me lo dices y los echo inmediatamente.

Diane abrió los ojos escandalizada por su descortés propuesta, pero enseguida adoptaron un brillo ladino que hablaban de lo que le gustaba la idea.

—Humm, ¿imaginas la cara de sorpresa que pondrían? —Le quitó con cuidado las gafas y las dejó sobre la mesa, volviendo de nuevo su atención a él—. Sí, estoy nerviosa, para qué te voy a engañar. Pero es algo que hay que hacer.

Delineó el óvalo del delicado rostro con el pulgar y dejó un minúsculo beso en la punta de su respingona nariz.

—De todas formas, no olvides que estoy a tu lado, *contigo* —enfaticó—. Sin embargo, hay algo que no puedo ni voy a tolerar, y es que te falten al respeto. Intentaré controlarme, pero no te lo prometo.

La respuesta de Diane quedó en el aire ante el sonido de la llamada al portero automático. Se limitó a tomar su mano, dirigiéndose con él a la puerta de entrada al apartamento, y decirle con firmeza:

—Juntos.

Por unos segundos, Lady se quedó desconcertada al ver que quien los esperaba en la puerta no era su hija, sino su marido. Un hombre mucho más atractivo al natural que en las fotos que Virginia le había mostrado del día de su enlace y de lo que recordaba del funeral del viejo Colosimo. Hampfrey, hábil como nadie en lo que se refería a relaciones sociales, rompió el embarazoso silencio presentándose y estrechando con energía la mano de su cuñado, palabra que se le hacía extraña por lo novedosa que resultaba. No dijo su título nobiliario, pues sabía que su madre se encargaría de sacarlo a relucir cuando fuera anunciada, como así sucedió.

Peter los invitó a pasar guiándolos hasta el salón, donde esperaba su esposa.

Si Diane hubiera sido una persona religiosa, habría pedido fuerzas a su dios; pero no lo era, no hasta ese punto. Por lo tanto, se levantó de su asiento en el sofá, cruzó una rápida mirada con su marido, que con paso rápido se puso a su altura y la abrazó levemente por la cintura, y fijó la vista en el hombre alto y moreno que acompañaba a su progenitora, abstrayéndose de la

protocolaria fórmula de cortesía con la que Peter le decía el nombre del desconocido. En un rápido análisis, buscó rasgos en común, observando que solo compartían el detalle de tener el cabello liso y negro. «*Quizás el carácter...*», elucubraba cuando la pregunta de Hampfrey la devolvió a la realidad.

—¿Puedo darte un beso? Eres mi hermana mayor y mereces un respeto, por eso te pido permiso.

Diane, tensa, tardó unos segundos en responder, y que aprovechó Lady para hacerse notar.

—Responde a tu hermano, ¡Dios mío! Te ha hecho una pregunta —la amonestó mientras se sentaba, dando a entender con esa acción que no habría saludo físico.

Peter la fulminó con la mirada, «*otra impertinencia y vas a la puta calle*», rumió para sí.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Hampfrey intervino rápidamente.

—Lady, no la agobies, nos acabamos de conocer y esto no es fácil —la justificó, dirigiéndose luego a su hermana—. No le hagas caso, ya la irás conociendo. ¡Ah!, y la llamo Lady porque no le gusta lo de *mamá*, dice que le pone años —reveló con tono jocoso, de pie y a la espera de su reacción.

—Sí, está bien —admitió Diane, que dio un paso al frente sin dejar de percibir el toque de su marido en la espalda.

Hampfrey acortó la distancia, puso la mano derecha en su hombro izquierdo y la besó en la mejilla, percibiendo la suavidad de su piel y el caro perfume que usaba, porque estaba seguro de que lo era, al igual que el reloj de alta gama de Peter, las prendas de vestir de ambos y el mobiliario del apartamento de lujo; nada se le había pasado por alto en su veloz escrutinio.

Peter lo invitó a tomar asiento al lado de su madre, que lo había hecho en el amplio sofá de dos plazas, y él y su esposa lo hicieron en el central, pasó el brazo izquierdo por detrás de ella para dejarlo sobre el mullido respaldo en un gesto de abrigo y cobijo.

—Mi hijo es muy bromista —opinó Lady, dándole una palmada en la rodilla—. Lo cierto es que solo él y mis amigos más allegados me llaman así, vosotros también podéis hacerlo —los señaló con la mano—. Al fin y al cabo somos familia.

—Gracias, eres muy considerada; pero prefiero usar tu nombre, Charity

—respondió Diane con voz firme, recuperando el control de sus emociones y adelantándose a lo que Peter le habría contestado.

—Coincido con mi esposa —manifestó sin titubear, orgulloso de ella, pues el haber accedido a usar su apodo se podría interpretar como que cedía, que se doblegaba, y acababa de comprobar que su valquiria no se iba a dejar manipular.

Madre e hijo tuvieron el mismo pensamiento, el ambiente estaba cargado de tensión, lo que dificultaba que hubiera un buen entendimiento.

—He encontrado Chicago muy cambiada —comentó él, quitándose la cazadora y dejándola sobre el brazo del sofá. Se echó hacia atrás, en una postura relajada, y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda—. Hacía unos cuantos años que no venía; la carrera y luego el trabajo no me han dado un respiro.

Charity sonrió, «*y las faldas, hijo*», añadió en su mente a los motivos por él expuestos. Acarició su antebrazo de arriba abajo un par de veces.

—Sé lo que intentas, hijo, y te lo agradezco. —Este hizo un encogimiento de hombros—. Lamento haberme presentado el otro día sin avisar. Fue un impulso, tú... El abogado... —dijo con un gesto desdeñoso que incendió a Diane y encrespó a Peter, pero su valquiria se le adelantó nuevamente.

—El abogado tiene nombre, y es Norbert Wadlow, nuestro tío, para el que pido el máximo respeto —afirmó rotunda, erguida y sintiendo la mano de su esposo en el hombro como una muda advertencia para que se sosegara.

Hampfrey, perspicaz, terció enseguida.

—Por supuesto que sí, Diane, como tiene que ser —la apoyó, y se dirigió a su madre—. Ya te dije que te equivocaste, que debiste llamar primero, así no se hacen las cosas, Lady —terminó de afearle su conducta.

—Lo siento, tienes razón. Ya he dicho que lo lamento —insistió, refiriéndose a su visita, no a la forma de mencionar al abogado—. Espero que me disculpes, hija.

A Diane, el que la llamara «hija» le producía un escalofrío que la hacía tiritar, no le gustaba y no tenía por qué soportarlo.

—Prefiero que me llames por mi nombre, *hija* encierra unas connotaciones que no se dan en este caso.

Un pesado silencio inundó el salón, pues con esa petición se alzaba una muralla cuya escalada sería difícil y tortuosa. Las dos mujeres se mantenían la mirada en un enfrentamiento mudo, cargado de significado.

Charity se resistía a claudicar, pero no había dado ese paso para irse de vacío, así que giró levemente la cabeza y clavó la vista en un pequeño portarretrato de plata que enmarcaba una instantánea de la joven pareja en una góndola, «*Tiffany*», pensó al ver el logotipo de la famosa joyería, lo único que llamaba su atención.

—Creo que nos vendría bien un trago, ¿no, Lady?

—Sí, un whisky con unas gotas de agua para mí —pidió con el tono exigente del que está acostumbrado a que le sirvan—, y con hielo para mi hijo.

—Yo me encargo.

Peter dejó un beso en la sien de su esposa y se levantó raudo, no por atender su exigencia, sino para ocupar las manos en algo que no fuera lo que su pensamiento no paraba de insinuarle al obligarlo a mirar su cuello de «*lady venida a menos. No recuerdo si tenemos cicuta... Lo añadiré a la lista de la compra*», se regocijó en esa idea mientras sacaba del mueble bar la bebida, mostrándose generoso con el vaso de ella. «*A ver si se emborracha. ¿Y si le echo una buena dosis de laxante? Lástima que tampoco haya, mierda*», maquinó dándoles un poco la espalda para que no advirtieran la sonrisa malvada que lucía.

—Diane, no quiero que pienses que no he tenido interés en conocerte —confesó su hermano, inclinado a ella, reposando los codos en las rodillas—. Hace muy poco que supe de ti, pero el fallecimiento de mi padre y...

—Lo siento, es terrible perder a un ser amado —lo interrumpió Diane, cortés con él y lamentando de verdad su pérdida.

—Gracias, sí, ha sido muy duro; aunque afortunadamente el tiempo va curando la herida de su ausencia —afirmó Hampfrey con suavidad, extrañaba a su padre cada día, en cosas que solían hacer juntos; pero él era un hombre de ideas positivas, por lo que prefirió dejar de hablar de sí mismo—. Imagino que tú habrás echado de menos a los tuyos.

Tarde, demasiado tarde se dio cuenta de lo que acababa de decir, pero cómo arreglarlo; sin pretenderlo, había metido a su madre en un callejón sin salida.

Peter, forzándose a no responder tan desacertado comentario, depositó la bandeja con las bebidas ya servidas en la mesa de centro, tan solo a falta de que personalmente le añadiera cada uno el agua y el hielo que deseara. No había perdido detalle de lo hablado, como también se percató de la mirada

especulativa con la que Hampfrey les analizó al principio, y al apartamento.

Diane esperó a que se sentara, necesitaba su aplomo, el que le transmitía con un simple contacto de sus manos. Peter adoptó la misma postura que tenía antes de incorporarse, salvo que ahora se acercó más a su mujer.

—Pues no —lo contradijo Diane, entrelazando los dedos con los de su marido y dándole un ligero apretón del que solo los dos sabían su significado: estoy aquí—. No se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido —sentenció, mirándolo a los ojos y dejando que un principio de sonrisa dibujara sus labios, y que no iría a más para no terminar convertida en una mueca de total desagrado por su desafortunada frase.

—Te entiendo. Disculpa —murmuró él con la cabeza baja, reprochándose internamente su poco tino.

Charity se mordió la lengua para no recriminarla por no mostrar aflicción por la pérdida paterna de su hijo. «*¡Y por mí, que soy su viuda!*». Sin embargo, prefirió callar, tomó la enturbiada bebida que le ofrecía su hijo y le dio un pequeño sorbo deleitándose con su sabor único. Miró al fondo del salón, donde se encontraba la botella de etiqueta negra y letras doradas.

—Sí, es Ardbeg Kelpie —la informó Peter con una pizca de prepotencia que, aunque no iba en su forma de ser, quiso permitirse.

—Por cierto, ¿cómo se llama mi padre? —quiso saber Diane, aplaudiendo en su interior la forma tan sutil de su marido de decirle a su progenitora que la había sorprendido interesada en el whisky que tenía delante, «*¿tendrá problemas con el alcohol?*»—. Norbert te preguntó, pero no quisiste decírselo.

Dejó el vaso sobre la mesa, observando que su hijo la imitaba tras haber ingerido más de la mitad del suyo.

—No lo hizo de manera educada. No sé qué te habrá dicho, pero se comportó de forma grosera y muy ofensiva —objetó sin poder contener la rabia que le producía el recuerdo de ese momento, ya que aún no tenía claro si la había llamado puta o vieja, «*maldito abogado de mierda*».

—Es muy extraño, mi tío es un hombre con una educación exquisita —la refutó Diane, calmada por fuera e irritada por dentro—. Algo dirías para provocarlo.

—Sí, no contestar preguntas que no eran de su incumbencia, simplemente eso. —Cogió el vaso, le dio otro sorbo y, tras saborearlo, le echó unas gotas de agua para «abrir» el fuerte líquido y apreciar mejor sus diferentes matices.

—Pues creo que ahora sí es de nuestra incumbencia saber el nombre, ¿no? Así como dónde vive.

Le había sido imposible permanecer mudo ante su provocación. No entendía a esa mujer, por más que lo intentaba no llegaba a comprender el porqué de esa actitud altanera y de declarada suficiencia. La mano de su esposa acariciándole el muslo lo invitó a moderarse, «*qué bien me conoces, valquiria*».

—Se llamaba Ronald Sullivan —desveló, seria. Llevó una mano al pelo para colocarse el flequillo tras la oreja; un gesto que, como bien sabía su hijo, significaba que estaba inquieta.

—¿Cómo que... se llamaba? —titubeó Diane, sintiendo que se apagaba la débil llama de esperanza que se había prendido ante la posibilidad de poder conocerlo.

—Falleció —aclaró, escueta como el que escribe un telegrama.

Diane bajó la cabeza, «*mi apellido podría haber sido Sullivan*», pensó fugazmente, encontrándose con que tenía sentimientos encontrados, pero ese no era el momento adecuado para analizarlos, ya tendría oportunidad de hacerlo más adelante.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó Peter con la mandíbula contraída.

—Antes de que ella naciera.

De nuevo volvió a callarse, cruzó las piernas y se estiró el bajo de la falda sobre ellas, inescrutable como una estatua.

—¿Y piensas decirnos algo más, o tendremos que averiguarlo pregunta a pregunta? —explotó Peter con una irritación que amenazaba ir a más—. ¡¿Acaso lo estás ocultando como ocultaste que tenías un hijo?! Porque ya has visto que no ha servido de nada. Tenemos los medios suficientes para iniciar una investigación si es necesario.

Charity clavó la mirada en él con ira. No le gustaba que la tuteara, y era una libertad que se había tomado sin ni siquiera pedir permiso; pero que toleraba para que hubiera una buena armonía. Sin embargo, su descaro al dirigirse a ella, por ahí sí que no pasaba, «*cabrón de mierda*», lo piropeó con el pulso acelerado.

—No es de buena educación alardear de ser rico —contraatacó Charity por donde menos esperaban.

Si las miradas incendiaban, la que recibió de Peter la habría convertido en un montón de cenizas que el viento dispersaría al abrir él, con gusto, la

cristalera del salón. ¿Se podía ser más osada?, sí; se preguntó y respondió, mordiéndose la lengua para no ponerla en el lugar en el que debería estar.

—Lady, tienen que conocer la historia completa —le apuntó con suavidad su hijo mientras posaba una mano sobre su hombro izquierdo, calmando los revueltos ánimos—. Además, es a lo que has venido.

—Sí, sí. Lo siento, simplemente no me resulta fácil hablar de ello —contestó mirando a su hija, buscando su comprensión.

Pero Diane no estaba por la labor de dejar pasar por alto una información a la que tenía derecho, y tampoco creía en esa actitud de arrepentimiento y pena que mostraba. En realidad, no creía nada de ella. Iba a hablarle cuando en el móvil de Hampfrey sonó una alarma.

—Disculpad —pidió, silenciándolo al momento—. Lamento dejaros. Tengo una entrevista de trabajo en una empresa, se trata de un importante puesto en su gabinete jurídico, y no he podido cancelarla. Otro día disfrutaré con más calma de tu whisky, Peter —agregó tras apurar su vaso.

—Ten mucha suerte, hijo. Estoy segura de que lo conseguirás —afirmó con una sonrisa resplandeciente en el rostro y atrayéndolo a ella por el brazo para besarle la mejilla con devoción.

—Gracias, Lady. Nos vemos en casa.

Peter y Diane observaban la afectiva despedida, en silencio, sin perder detalle; era más que evidente el cariño que se profesaban, aunque ella advirtió un punto de adoración que, de no controlarse, podría resultar insano en la relación madre e hijo, «¿es posible que tenga algún síndrome obsesivo impulsivo materno? Sería digno de un estudio detallado», se planteó con interés; no en balde se había matriculado en un curso de postgrado de Psicología, en el Illinois Institute of Technology, animada por su esposo.

—Diane —se dirigió a su hermana tras ponerse la cazadora—, te llamaré para invitarte un día a comer y que hablemos con tranquilidad —le propuso excluyendo deliberadamente a su marido; le resultaba fácil entenderse con las mujeres, ¿por qué habría de ser diferente con ella?—. Apenas sé nada de ti y me gustaría que mantuviéramos una relación. ¡Eres mi hermana mayor! —exclamó con un alzamiento de cejas.

—Sí, estaría bien —aceptó la invitación, pero sin dejar ver su molestia por no haber extendido la propuesta a su esposo, que seguro se sentía menospreciado.

Se acercó a ella y le dedicó una expresión benevolente enmarcada en la

sonrisa adecuada para convencerla, añadiendo:

—Ya hemos perdido demasiado tiempo. Estaremos en contacto.

Inclinándose, dejó un beso en su mejilla.

—Te acompaño a la puerta —le indicó Peter, de pie a su lado.

El camino de los dos hombres hasta la salida fue silencioso. Ambos percibían que no estaban en sintonía, no conectaron desde el primer minuto, y un sexto sentido les decía que quizás nunca lo hicieran. Un apretón de manos con un conciso «hasta la vista» fue más que suficiente para completar el trámite de la despedida.

Mientras, en el salón, Diane había cogido el vaso de su hermano para depositarlo en la bandeja, que aún seguía en la mesa. Al acercarse a su madre, percibió el olor empalagoso de su perfume e inmediatamente contuvo la respiración; frunció el ceño, le resultaba tan desagradable... Tan asfixiante. Por un segundo, pensó que tal vez al estar tan cerca ella la tocaría, pero no fue así, como tampoco hubo ningún contacto cuando llegó. Peter tenía razón, había pasado de la etapa de la indiferencia a la de la irritación, y no porque anhelara un abrazo o un beso de ella, sino por su manifiesta frialdad, como si le diera igual estar ahí, «*como si yo no le importara, pero si es así, ¿a qué demonios has venido? ¿A qué juegas?*».

A Charity le llegó el aroma de su hija, delicado y persistente, creyó percibir notas de sándalo, jazmín... «*¿Qué perfume usará? No lo conozco. Sin duda caro como el zafiro que lleva, porque parece un zafiro*». Descruzó las piernas, cogió el bolso y sacó una pequeña y floreada bolsa de aseo, de la que extrajo un diminuto espejo y una barra de labios para retocarse el color. Tras hacerlo, lo volvió a guardar y suspiró. No era de su gusto tener que dar explicaciones, ni estaba acostumbrada a hacerlo; no obstante, lo haría, aunque hubiera sido más fácil sin la presencia inquisitiva de... «*mi yerno. Tendré que habituarme a verlo y llamarlo así, ¡qué remedio!*». Lamentaba la ausencia de su hijo, «*quizás piensan que no es cierto que tiene esa entrevista*», y decidió corroborarla.

—Hampfrey es...

La entrada de Peter interrumpió sus palabras, lo vio ir hacia Diane, sentarse a su lado, cogerla de la mano y besarla en la sien, quedando ambos mirándose a los ojos de tal forma que la hizo volver la cabeza. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre la deseaba así? Porque ahí había deseo, sin lugar a dudas.

—Bien...

Charity se enfocó en Peter, a la espera de que siguiera hablando, sorprendida por su tono serio; el azul de sus ojos parecía haberse oscurecido como si se estuviera formando una tormenta de la que sería imposible escapar.

—Se acabaron los titubeos y las verdades a medias —señaló Peter con voz grave, recordando una conversación con Johan la primavera pasada y en la que especularon con mil posibilidades sin llegar a ninguna conclusión—. En esta historia, además de dolor, hay muchas lagunas, demasiadas interrogantes y solo una verdad.

—¿Cuál? —inquirió Charity con un punto de cinismo apenas controlado. ¡¿Él le iba a decir lo que era cierto y lo que no?! «*Veamos por dónde sales, tipo con buenos modales*», pensó con mordacidad.

—Que existe la relación genética madre e hija —respondió Peter con el tono más desafectado del que fue capaz—. Pero la pregunta más importante es...

—¿Por qué, Charity? —soltó Diane, inclinándose hacia ella en un intento de atraparla con la mirada y que no tuviera tiempo de buscar una salida airosa, pues intuía que lo querría hacer.

La aludida se revolvió en su asiento, tampoco le gustaba que la atosigaran, y chasqueó la lengua. Si querían saber, que lo entendía, sería a su manera, tomándose su tiempo y como más la favoreciera, «*yo estoy al mando*». Se aclaró la voz con un leve carraspeo y se irguió, ya que una posición elevada ante los interlocutores otorgaba seguridad en uno mismo.

—Pues...

Sin embargo, Peter no estaba dispuesto a darle un respiro, así que insistió con fiereza en la pregunta de su mujer.

—¡Que por qué!

Capítulo 17



Las demandantes palabras de Peter restallaron con violencia en el espacio que los separaba.

Charity sintió su efecto como si se tratara de una bofetada, e instintivamente se pegó al mullido respaldo, hundiéndose levemente en su asiento. No estaba asustada; sí, impresionada. ¿Cómo era posible que su hija aguantara a un hombre con ese talante? «¿*La habrá pegado alguna vez? Porque con este genio... Es su problema, ella sabrá lo que está dispuesta a tolerar y por qué*», se dijo apagando veloz el conato de preocupación. Puso una mano en el brazo del sofá y se volvió a enderezar.

Diane masajeó la espalda de su marido, calmándolo, aún quedaba mucha conversación por delante e intuía que esa no iba a ser la única reacción verbalmente virulenta que tuviera. Su carácter tranquilo, en ocasiones flemático, quedaba apartado en un rincón cuando situaciones como la que estaban viviendo sacaba a la luz su naturaleza protectora. Así que tomó una bocanada de aire, se vistió de paciencia y decidió cambiar su pregunta.

—¿Dónde conociste a Ronald, a mi... padre? —le planteó con voz bien modulada, transmitiendo la serenidad que le había producido referirse a él con ese título.

Peter percibió su estado anímico; pero, aun así, no se confió, bajo esa calma corrían las bravas aguas de un río de dolor, desengaño y rabia que la aparición de su madre había hecho brotar desde lo más hondo de su corazón. No perdía detalle de cualquier mueca o gesto de Charity, quizás en uno de

ellos estuviera la clave para entenderla, porque la comprensión, de poder darse, se hallaba muy lejos.

—Nos conocimos en una discoteca. Nosotras ya nos íbamos cuando él llegó con un grupo de amigos. —Hablaba mirando la mesa, pero su mente solo veía la franca risa de aquel hombre y su tremendo atractivo—. Nos invitaron a tomar una copa, y accedimos. Fue un flechazo.

Involuntariamente, Diane sonrió al pensar que era romántico ese principio.

—Es bonito —comentó, tomó una mano de su esposo entre las suyas y asintió con la cabeza, y se dirigió a él—. Lo nuestro también fue un flechazo, con solo vernos ya supimos que éramos el uno del otro, ¿verdad, mi dulce amor?

Los ojos de Peter se iluminaron, esa desinhibición para decir ante un extraño cuánto le amaba era una de las cosas de su valquiria que lo volvían loco. Le pasó un brazo por los hombros y besó sus labios ligeramente.

—Total y absolutamente —corroboró con el pecho henchido de amor por su morena.

—El problema es que esos amores tan repentinos no salen bien —arrojó con frialdad la mujer que tenían enfrente, rompiendo el encanto del momento.

—¿Por qué no salió bien el tuyo?

Peter gozó con la pregunta de Diane, pues de manera muy sutil le daba a entender que ellos no entraban en su estadística; entrecerró los ojos con satisfacción al ver el mohín de contrariedad de Charity.

Esta, abruptamente, se levantó; tanta quietud le pinchaba el cuerpo. Anduvo unos pasos y se quedó detrás del sofá, con las puertas de cristal que daban paso a la amplia terraza a su espalda.

—Al principio estábamos en una nube, todo era maravilloso; pero él siempre se presentaba voluntario a cualquier misión que surgiera, y eso significaba semanas de ausencia, de angustia por si le ocurría algo —explicó casi sin respirar, con las uñas clavadas en el tapizado.

—¿Qué trabajo tenía?

Miró un segundo a su hija y se dirigió a la cristalera, observando la cuidada y exquisita decoración exterior, cruzó los brazos sobre el pecho y le respondió sin volverse.

—Pertenece al Cuerpo de Infantería de Marina —desveló—, era valiente, decidido y arrojado como ninguno de sus compañeros, ¡el que más! —lo

elogió con pasión, y se giró a la pareja—. ¡Y también el más estúpido! ¿Por qué tuvo que hacerlo? Ni siquiera lo habían movilizado; pero no, le faltó tiempo para presentarse e ir a una guerra que no iba con él, y todo por no sé qué sentido patriótico.

—¿Qué guerra? —indagó Peter, sorprendido.

—En la invasión de Panamá, creo. Tampoco es que fuera con una pancarta por ahí diciendo a dónde lo destinaban —le contestó como si su pregunta careciera de razón—. Ellos no dicen nada, ¡no cuentan nada...! Solo se despiden y tú te quedas sola, esperando.

—¿Cómo era?

Charity bufó, no le gustaba hurgar en esa etapa de su vida, y el interrogatorio se estaba alargando demasiado. Sus planes de dar una explicación sencilla y escueta ya veía que iban a ser imposibles de cumplir.

—No se parecía a ti, si es eso lo que quieres saber —le dijo con brusquedad, decidiendo contar toda la información que tenía y recordaba de forma rápida para que no hubiera más interrupciones—. Era alto, pelo castaño y ojos marrones. Bromista, alegre, poco bebedor y no fumaba. Hijo de padres divorciados; la madre volvió a casarse y se fue a vivir a otro estado, ignoro cuál —agregó con prontitud—. Él se quedó con su padre, no era buen estudiante y solía meterse en peleas; cuando falleció en un accidente laboral, se enroló en la Marina.

Parecía que hubiera leído un folleto explicativo, por cómo expuso la vida de ese hombre que, todavía hoy y después de tantos años, seguía disgustándola. Puso las manos en las caderas y se distrajo un instante con el brillo que un rayo de sol arrancó a su sortija, «sí, míralo, un diamante», presumió ante la fugaz mirada de su hija.

—¿Estás contenta? ¡¿Te ha hecho feliz?! —Volvió a la carga con un ímpetu que rayaba la grosería—. Una cosa sí tenéis en común —ladeó la cabeza a la derecha sin quitarle los ojos de encima—. Él también hacía preguntas estúpidas. ¿Para qué quieres los detalles? ¡Murió, punto y final!

Peter se levantó para ir hasta ella y recriminarle sus palabras y descarada actitud; pero Diane fue más rápida, lo retuvo por el codo y se puso delante de él, enfrentándola.

—¡No, no me hace feliz saber que ha muerto una persona, y más si es mi padre! —Sintió las manos de él en la cintura; sin embargo, aun así, se acercó más a su madre—. ¿Por qué le odias? ¿Acaso te dejó plantada cuando supo

de mí? ¿Te hizo promesas que no cumplió? ¡Habla!

—¡No le odio! Hace muchos años que sucedió. Es solo que... —Se llevó de manera compulsiva una mano al pelo, dejándola en la nuca; cerró los ojos e inspiró buscando serenarse, no lo consiguió—. ¡Me irrita todo esto!

—Y si tanto te desagrada —la parafraseó Peter—, ¿qué demonios haces aquí? —le escupió.

—Tú te callas, no estoy hablando contigo —masculló con soberbia y señalándolo con el dedo—. Ni siquiera deberías estar presente en esta conversación que es privada.

La insolencia de Charity no conocía límites, por lo que Diane miró a su marido y puso una mano en su pecho percibiendo la agitación de este, tragándose el insulto al hombre que amaba con tal de que ella no reculara y se negara a seguir hablando.

—Te dejó plantada, ¿verdad? —insistió en su anterior pregunta. Veía que se rompía su caparazón de indiferencia y superioridad, justo lo que necesitaban para saber definitivamente la verdad, fuera cual fuese.

—¡Que no! Nos entendíamos bien, nunca llegamos a hablar de matrimonio, ¡era pronto! Solo llevábamos unos meses de relación. Cuando supe que estaba embarazada, le escribí diciéndoselo.

Con ímpetu, bordeó el brazo del sofá para acercarse a la mesa y coger su vaso, obligando a Diane dar un paso atrás. Resuelta, enfurecida, se dirigió al fondo del salón para servirse una buena medida de whisky con manos temblorosas; le dio un trago largo. Hablar de la peor etapa de su vida le hacía perder las formas al traerle recuerdos tan desagradables.

Diane aprovechó ese momento de silencio para pedirle con la mirada a su marido que se contuviera, que no dijera nada, incluso sabiendo el esfuerzo que significaba para él permanecer al margen.

Peter, con la mandíbula tensa, asintió. Entendía cuál era su estrategia: alterarla hasta que llegara a un punto de no retorno, del que estaba seguro se encontraba cerca. Acercó su mano, la que templaba su corazón, a sus labios y la besó en la palma mirándola a los ojos, recibiendo una leve sonrisa a cambio.

—¿Y qué te contestó? —inquirió Diane, yendo hacia ella con la decisión del que no va a permitir la callada por respuesta.

—Qué me contestó... —Dio otro sorbo, dejó el vaso junto a la botella con un golpe seco y se giró lentamente, comiéndose las entrañas de pura

rabia, respirando con tal agitación que pareciera le faltase el aire. Dio unos pasos acercándose a su hija, elegante y sinuosa como una pantera antes de atacar—. Qué me contestó... ¡No me contestó! Casi un mes esperando y... ¡Nada! ¡No me dijo nada! ¡¿Y sabes por qué?! —Diane la miraba paralizada ante la cara desfigurada por la ira que no ocultaba—. ¡Porque el muy cabrón estaba muerto! ¡Porque un francotirador le voló los sesos! ¡Argggh! Y ya fue tarde, ¡demasiado tarde!

—¿Para qué lo fue? —formuló Diane en un murmullo, sobrecogida por lo que intuía.

—¡Para abortar! ¡¿Para qué mierda iba a ser?!

Sus palabras impactaron en Diane igual que si le hubiera asestado un puñetazo en el estómago. Tambaleante, y horrorizada, retrocedió como si tuviera enfrente a la siniestra encarnación del Mal.

Peter la abrazó por la espalda y la obligó a andar hacia el sofá para sentarla, temiendo que en cualquier momento se derrumbara o que Charity pasara de la violencia verbal a la física; pero se revolvió entre sus brazos exigiendo que la liberase.

—¡Suéltame! ¡¿Quisiste matarme?! ¡Sí, quisiste matarme!—le gritó a su madre tras verse libre de él y acercándose de nuevo a su progenitora.

—¡Llámalo como quieras! Estaba sola, mi madre hacía un año que había muerto y mi padre solo se limitaba a ahogar su dolor en alcohol, olvidándose de que tenía una hija —justificaba su acción con sus desgracias vividas—. Yo no podía, ¡ni quería tenerte!

—¿Y qué te frenó?

—Estaba casi de cuatro meses, era peligroso para mí y también ilegal. No tuve más remedio que seguir adelante —dijo, revolviéndose como fiera herida contra sus impertinentes preguntas.

El asco que le producía a Diane esa mujer le revolvía las entrañas.

—Eres...

—¡No se te ocurra juzgarme! Es muy fácil hablar cuando se tiene de todo y...

—¿Cuántos años tenías?

—¿Qué? —A Charity la descolocó su interés—. Pues... veinticinco.

—¡¿Veinticinco?! ¡No eras una adolescente, sino una mujer adulta! —Se llevó las manos al pecho, incrédula—. Solo uno menos que yo cuando le conocí —se refirió a su marido, sin volverse a él—, pero yo jamás... Ni me

lo hubiera planteado.

—¡Pero yo no quería! ¿Qué clase de vida me esperaba con esa carga, di? Tan solo miseria, ¡y me merecía más! ¡Mucho más! Yo tenía un objetivo en la vida, ¡y tú no entrabas en él! ¿Querías la verdad? ¡Pues ya la tienes!

Para Diane, cada palabra de su madre era una punzada en el corazón. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, ¿por qué batallaba contra ella? ¿Por qué le reprochaba sus actos? No se puede obligar a querer, y entre ellas nunca existió la más mínima oportunidad de que se diera ese sentimiento. En Charity, porque desde que estaba en su vientre renegó de su hija; en Diane, porque su propia sangre se revolvía ante la sola presencia de quien durante nueve meses la gestó sin desearlo. Inspiró cerrando los ojos y dejó caer los hombros, agotada por una lucha en la que era imposible que hubiera un vencedor; ya que entre padres e hijos no debía haber ni ganadores ni perdedores, y mucho menos una confrontación.

—Alguna vez imaginé que quizás me robaron de tu lado y sufriste por ello, que eras tan joven que se aprovecharon de tu ingenuidad. —Tragó saliva para aliviar la presión que sentía en la garganta, pero se le quedó atorada—. Nunca fantaseé con que un día aparecerían mis padres y formaríamos la familia que debimos ser, pero aun así...

—Está bien ser realista, eso te hace más fuerte —apostilló Charity, ya más serena al advertir que el ambiente se relajaba.

Peter, mudo y al acecho, no perdía detalle de lo que hablaban, presto a intervenir si su esposa flaqueaba.

—Cierto, pero sin olvidar que somos humanos y tenemos derecho a soñar. —Se giró y miró a su esposo, que oyó crujir su propio corazón al romperse por la visión de profunda pena que ella mostraba, extendiéndole una mano que atrapó con inmediatez—. Y también es cierto que la mayor decepción de tu vida llega cuando lo que creías que te haría feliz solo te causa, en realidad, tristeza y dolor.

El abrazo de Peter silenció el sollozo que le fue imposible frenar. Diane no quería que ella la viera así, derrumbada y llorosa; pero el papel de insensible no iba con su forma de ser, y aunque esa mujer sacaba lo peor de ella, su naturaleza bondadosa terminaba imponiéndose a cualquier esfuerzo por actuar con malicia.

—*Min lille*, cálmate o perderé la poca cordura que me queda —le confesó una vez sentados en el amplio sofá y estrechándola entre sus brazos.

—No te preocupes, estoy bien —mintió, dejando un beso en sus labios—. Es que es tan... triste todo esto que...

—¿Confías en mí?

Diane enjugó las lágrimas con el pañuelo que le acababa de dar, confusa por su pregunta.

—Claro que sí, mi vikingo.

Peter se limitó a volver a abrazarla mientras de reojo observaba a Charity.

Esta había apurado lo que quedaba en su vaso y se dirigía a donde tenía el bolso con paso tranquilo, como si no quisiera que se dieran cuenta de su presencia, deseosa de marcharse. La reunión no había ido como ella planeó, pero tampoco tan mal, «*cuando se le pase el berrinche, ya intentaré que haya algo de cordialidad*». Los veía murmurar entre ellos, y pensó que era un buen momento para irse.

—Bien, creo que está todo dicho. Te llamaré dentro de unos días para invitarte a...

—¡No!

Charity no pudo evitar dar un paso atrás ante la potente y rotunda negación de Peter, totalmente inesperada.

—No te corresponde a ti decidir por ella —le echó en cara, con el bolso colgado al hombro, lista para irse.

—En efecto, ni me corresponde ni me atrevería a hacerlo sin su permiso —le dijo mientras rompía el abrazo con su esposa y se incorporaba, con parsimonia calculada, para bordear la mesa de centro y detenerse ante ella con las manos metidas en los bolsillos del pantalón—. Pero hoy, y aquí, ha empezado y terminará esta conversación.

Desvió la vista a su hija, que tenía en el regazo uno de los cojines como si se tratara de un salvavidas, y su rostro pétreo le dijo que no esperara ayuda alguna. Tenía que reconocer que era guapa, belleza heredada de ella, obviamente.

—Lo más importante ya...

—Has dicho que no querías esa carga, que estabas sola —le recordó Peter con voz suave para embaucarla y rostro aparentemente sereno.

Ella asintió, ¿qué sentido tenía que repitiera sus palabras? ¿A dónde quería llegar?

—Pero tú sabes que es mentira, que te contradices —continuó hablando, imperturbable ante la expresión de hastío con la que ella le respondía—.

Tenías una buena amiga, según le dijiste a mi tío. ¿Acaso ella no te ayudó? ¿Qué clase de amiga era que te dejó tirada en una situación así? —Se miró las puntas de los zapatos durante unos segundos, cabeceando, y volvió a dirigirse a ella—. Porque si lo hizo, ¿cómo te mantuviste? Por lo que he entendido, no trabajabas y tu nivel social era bajo. Tu padre, un borracho, quizás te maltrataba —aventuró al sacar rápidas conclusiones de lo que ella había contado de su vida—. Ya sé, ya sé, siempre hay una salida. —Liberó una de sus manos y la señaló—. ¿Acaso te prostituiste?

La pregunta, con tintes de afirmación, quedó suspendida entre ellos como un globo a la espera del alfiler que lo reventará. Peter no parpadeó, desafiándola, con la certeza de que ese era el camino para conocer de una vez por todas la historia al completo y, de paso, dejar al descubierto su verdadera personalidad. Era consciente de que su esposa ya se había percatado de cómo era su madre, pero ¿y si decidía pasarlo por alto, perdonar e iniciar una relación?

Diane pestañeó un par de veces con fuerza, sorprendida, pues nunca se le habría ocurrido tal conjetura. Sin embargo, aunque estaba deshecha, sonrió interiormente, «sí, *Thor ataca*».

—Trataríamos de entenderlo, ¿verdad, mi vida? Además, no somos nadie para juzgarte —remachó, mirando de soslayo a su valquiria.

Charity abría y cerraba la boca sin encontrar las palabras que hundieran definitivamente al hombre que tenía delante. Se descolgó el bolso y lo tiró bruscamente en el sofá.

—¡Hay que ser cabrón para decir algo así! —estalló encolerizada y dando un taconazo contra el piso de madera—. Mi padre nunca me pegó, ¡jamás lo hubiera hecho!

—¿Y por qué no te fuiste a vivir con él? —supuso, arriesgándose a que ella reaccionara y se diera cuenta de su maniobra.

—¡Porque quise ahorrarle la vergüenza! Nunca supo del embarazo. Y claro que mi amiga no me dio de lado, ¡me cedió gratis uno de sus apartamentos! Allí pasé todo el maldito tiempo, ¡encerrada como una criminal, insolente cabrón!

Diane observaba boquiabierta la cantidad de información que en un momento su marido le había arrancado con un par de preguntas.

Peter asintió, dando un par de pasos erráticos que, curiosamente, la acercaron a Charity como algo que sucede de forma casual, y tragándose su

insulto.

—Te mantuvo ella —continuó con tono moderado, pacificador—. Eso le tuvo que suponer un esfuerzo económico importante; el comprarte ropa a medida que tu vientre crecía, también para el bebé, controles médicos...

—¿Pero de qué hablas?! Ella, como ahora, era una mujer adinerada —expuso sosteniéndole la mirada, arrogante—. Los controles fueron los mínimos y respecto a su ropa, ¿para qué la necesitaba si no me la iba a quedar?

Charity, perdida en su verborrea, no analizaba ni lo que decía ni el efecto que causaban sus descarnadas palabras. Solo quería acabar lo antes posible e ir al lado de su hijo para saber cómo le había ido en su entrevista de trabajo. Por no mencionar que el alcohol ingerido la había desinhibido más de lo aconsejable.

—Cualquiera que no te conozca pensaría que te refieres a la ropa. —Peter, en dos zancadas se plantó frente a ella, agachándose un poco para que su rostro quedara a un palmo del de ella, las manos en las caderas—. Pero no, hablas de tu hija, que para el caso es igual. De un ser humano que fue engendrado por descuido o lujuria —entrecerró los ojos— ¿en el asiento trasero de un coche? Una criatura a la que odiaste siempre y que abandonaste en mitad de la calle —resopló—. Te llamaría alimaña, pero no se merecen que las insulte, *Lady* —le escupió su apodo.

Y temió a ese hombre que la hipnotizaba con la mirada, anulando cualquier intento de responder a sus insultos, de negar tan hirientes suposiciones aunque solo fuera para limpiar su honor...

Y tembló ante ese hombre de sensual belleza absurda e imposible, ante su irresistible magnetismo, sintiéndose como la polilla que no puede evitar volar hacia el foco de luz que, irremediabilmente, la matará...

Y dio un paso atrás.

Peter había unido cabos, ya no tenía ninguna duda de quién era esa amiga tan bondadosa y caritativa: Virginia. Pensó que ya estaba casi todo dicho; sin embargo, no desistió de seguir teniéndola entre la espada y la pared.

—Con que estuviera envuelta en una manta o en una toalla, ¿para qué más, no es cierto? Así que al mes la cogiste y la tiraste a la maldita calle como el que saca la basura por la noche —la provocó con saña y una media sonrisa heladora.

—¡No! —consiguió articular Charity, intentando volver a tomar el

control—. ¡¿Por quién me tomas?!

—¡¿De verdad quieres saberlo?! Porque estoy deseando dejar a un lado mi buena educación y hablar con total libertad —le propuso sabiendo de antemano que no lo haría, por mucho que lo deseara.

—¡Escúchame...! No he venido a que me insultes ni a que desahogues tus frustraciones conmigo, no soy un saco de boxeo. Si tienes problemas en tu matrimonio, no es culpa mía.

Diane, que se había limitado a ejecutar el papel de espectadora, soltó una carcajada que su marido imitó, creando una completa consternación en su madre.

Peter, aún riéndose, le dio la espalda y se dirigió a donde estaba su esposa.

—Estuviste atendida en todo momento, no te faltó nada. Vir... —se interrumpió rápidamente, «*maldito cabrón, por poco digo su nombre*»—. Te dejó ante la puerta del orfanato y se aseguró de que te recogían.

—¿Y si no fue así? —la interpeló, deteniéndose y girado a ella—. ¿Y si te engañó? ¿Acaso la acompañaste? Porque esa no es la versión oficial —apuntó, sembrando la semilla de la duda para abrir una fisura de desconfianza entre las dos mujeres.

—¡No! Me aseguró que...

—Y si tan bien sabías dónde estaba, ¿por qué no la has buscado antes? —la acusó, señalándola con un dedo, cosa que ella odiaba que le hicieran.

—¡¿Y por qué no me buscó ella a mí, di?! —se envalentonó, creyéndolo acorralado.

—¡¿Cómo?! ¡¿Por las iniciales de la toalla?! —insistió en ese punto que tanto la había alterado—. ¡¿O por la de la medallita que *no* llevaba puesta?! ¡¿Por dónde, *Lady*?! —volvió a decir su nombre con menosprecio.

Charity apretó los labios con rabia hasta que solo fueron una fina línea en su congestionado rostro, deseando poder arrancarle la melena que se agitaba con sus ademanes y gritarle a su hija que espabilara, que si no tenía ninguna personalidad, y por eso permitía que la anulara.

—No tengo por qué soportar a cabrones como el abogado o tú —aseveró dándole un empujón para apartarlo de su camino, que solo era el de coger su bolso y marcharse.

Diane lanzó el cojín al suelo y se levantó rauda. Ya había callado bastante.

—¿Te arrepientes de cómo actuaste? —le dio una última oportunidad, sintiendo la presión de la mano de Peter en su espalda, tanto calmándola a ella como calmándose él.

Charity titubeó, pues era algo que ni siquiera había llegado a plantearse, y recordó unas palabras que le había dicho a su hijo.

—¿Y tener una vida de mierda? ¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Para conocerte y...

—¡Mientes! ¡¿Para qué?! —insistió Diane, con la vista nublada por la furia—. ¡¿Para qué?! ¡Habla de una maldita vez!

—Yo...

—¿Quieres una relación de madre amorosa e hija desvalida?

—¿Qué...? Quizás si...

—¿Recuperar el tiempo perdido? —la cortó, sin darle tiempo a pensar una respuesta políticamente correcta ni a respirar.

—Una oportunidad para...

—¿Reconciliarnos?

—Tal vez tú...

—Y si no te arrepientes, si no me has querido ni en tu corazón ni en tu pensamiento. Entonces, ¡¿por qué estás aquí?! —vociferó mientras movía las manos muy cerca del maquillado rostro de Charity.

—¡Porque mi hijo me necesita! ¡¿Por qué, si no, estaría aguantando vuestras insolencias?!

Diane jadeó, la sorpresa por sus palabras había sido demoledora. Parecía que incluso el oxígeno de la habitación hubiera salido huyendo al oír la inaudita y descarnada confesión. Un segundo jadeo alertó a Peter, que la abrazó con fuerza por la espalda y le sirvió de sostén para que no se viniera abajo y darle, así, la satisfacción de verla hundida. Herida en lo más hondo de su ser, palmeó la fuerte mano que, sobre su vientre, le transmitía el apoyo que necesitaba y que nunca le faltaría.

Charity se arrepintió enseguida de haber descubierto sus intenciones, flaco favor le podría hacer ya a su vástago. Las cartas estaban bocarriba sobre el tapete y el vaso de licor, apurado. Tan solo quedaba intentar una retirada al menos honrosa. Aunque no de cuna, sino por matrimonio, tenía un título nobiliario que otorgaba una impronta de la que ella se jactaba de haber adoptado como guía de vida, más que de comportamiento social, sin pararse a

reflexionar en lo conveniente o no que resultaban a veces ciertas actitudes. Así que, con gesto digno dentro de su vil e interesado proceder, se retocó el carmín de los labios y se dirigió a la salida; pero la pregunta de Peter actuó como dardo paralizante.

—¿Tan poco hombre es tu hijo que necesita a su madre, a estas alturas de su vida, para que dé la cara por él? ¿Qué buscabas, un puesto en el bufete del que Diane es socia?

Esta se giró levemente y lo miró desconcertada por la suposición tan... ¿descabellada? «¿Es posible? ¿Solo ha querido utilizarme para beneficiar a su hijo? ¿Y yo? ¡¿Dónde quedo yo?!», quería saber, tan dolida que ni energía para enfadarse le quedaba.

—Así es, *min lille*, ese es el origen de todo —le garantizó con total convencimiento, pues qué otro motivo podría haber, «ninguno, absolutamente ninguno», se dijo con pesar, ya que habría preferido un resultado positivo de la entrevista, y no la losa de negatividad que sentía sobre sus cabezas.

Se volvió con lentitud hacia la pareja, el odio que revelaban sus ojos iba más allá de lo humanamente posible, solo superado por el rictus de desprecio más absoluto.

—Mi hijo es más hombre de lo que tú llegarás a ser nunca —afirmó mientras pronunciaba cada emponzoñada palabra.

Afianzó el agarre sobre las manos de su marido por si cometía la torpeza de acercarse a ella para responder a su envenenada fanfarronería.

—Gracias, Charity —pronunció Diane con seguridad pasmosa ante el desconcierto callado de su madre y el extraordinario ejercicio de contención de su marido—. Sí, gracias —ratificó sus palabras, asintiendo también con la cabeza, esforzándose por mostrar una sonrisa tan cálida que ella nunca pudiera olvidar y que le viniera a la mente si alguna vez la necesitaba, pues jamás se la volvería a ver.

»Gracias por tu sinceridad y dejarnos ver cómo es tu corazón, y, sobre todo, te agradezco lo único bueno que has hecho por mí desde que me alumbraste hasta este preciso momento.

Se calló, dejando que se impregnara del verdadero sentido de su mensaje si es que conseguía captarlo. Por extraño que pudiera parecer, no tenía ningún remordimiento sobre si sus siguientes palabras la ofendían, tan solo sentía que una puerta que se había entreabierto de manera sorpresiva, lentamente y

sin ruido se volvía a cerrar.

—¿Y es? —curioseó con avidez y la cabeza alta, imbuida de un regio desdén.

—No haberme dicho un engañoso *te quiero*.

Capítulo 18



Peter sabía que su madre estaba deseando darles un abrazo y que lo primero que haría en cuanto su avión tocara tierra sería ir a verlos. Por ello, cogió el teléfono y la llamó para contarle cómo había ido la reunión, lo que propició unas cuantas exclamaciones que estaba seguro llegaron hasta los oídos del comandante. Le dijo que necesitaban estar solos, recomponerse del impacto por todo lo descubierto; así mismo, le pidió que pusiera a la familia al día de lo que él le había informado y que los perdonaran por no querer hablar con nadie.

Anne, la persona que mejor conocía a su hijo, lo tranquilizó con palabras de comprensión, «vosotros sois lo primero, los demás podemos esperar», aseguró, mandándoles besos y abrazos; tras lo que empezó una ronda de conversaciones telefónicas que hicieron que el resto del viaje se le pasara en un suspiro.

El apartamento permanecía en absoluto silencio y casi en penumbra; tan solo estaban encendidas una de las luces de la cocina, una pequeña lámpara *art déco*, en una esquina del salón, que iluminaba débilmente el pasillo y apenas llegaba a rozar la tenue claridad que se escapaba por la puerta entreabierta del dormitorio principal.

Se recogió el pelo en un descuidado moño y dejó las manos cruzadas en la nuca, a la espera de que el agua hirviera y poder servir dos tazas de té. Su mente era un carrusel que no dejaba de dar vueltas a todo lo hablado, sentido y escuchado apenas un par de horas antes.

Cuando la puerta se cerró definitivamente y el taconeo de Charity camino de los ascensores era solo un eco, Peter y Diane se fundieron en un abrazo que les fue imposible romper. Ella, que hasta ese momento había mantenido una pose de fuerza y seguridad envidiable, se vino abajo como un castillo de naipes al que una ligera brisa desequilibra; brisa, que en su caso, se trató de un tornado devastador de desprecio, ruin interés y total desapego afectivo.

Peter la cogió en brazos para dirigirse al baño, donde la desnudó y él se despojó también de su ropa, llenó la bañera y activó el hidromasaje, metiéndose ambos en ella. Apenas hablaron, tan solo se declararon un *te quiero* y un *te necesito* antes de dejarse llevar por el efecto de los chorros de agua relajando sus tensos músculos y el de las sales con olor a lavanda inundando sus sentidos. Se podría haber hundido el mundo, que nada habría hecho estallar su burbuja de paz.

Tras el largo baño, y ya más serenos, él insistió en secar meticulosamente su piel, poniendo en la labor un mimo que a Diane le arrancó nuevas lágrimas, pero en esa ocasión de pura felicidad y agradecimiento a la vida por el hombre que tenía a su lado.

Se metieron en la cama desnudos, abrazándose. El deseo que sentían iba más allá del puramente carnal; no necesitaban sexo, sino que el calor de sus pieles se convirtiera en una sola fogata que calentara sus corazones y atemperara, aún más, sus ánimos. Y se dejaron arrastrar por una dulce somnolencia que en leves oleadas los paseó entre el mundo de los sueños y el real, siendo aquel el que despertó abruptamente a Diane al verse bañada en sangre y notar que una mano tiraba de ella hasta llevarla al borde de un precipicio, instándola a saltar.

Jadeos entre palabras ininteligibles y una angustia que descompasaba su corazón fue con lo que tuvo que luchar Peter para sacarla de ese tenebroso abismo que la engullía. Solo su abrazo fuerte y seguro, más las dulces palabras que derramó en su oído, la rescataron del pavoroso vacío al que caía.

Una vez que la sintió tranquila y él se creyó con fuerzas para ponerse en pie, le ofreció templar los nervios con su infusión preferida, a la que se unió.

El agudo silbido del hervor de agua le hizo ponerse en marcha para organizar en una pequeña bandeja lo necesario para dos colmadas tazas de té y las galletas que, sabía, le pediría.

—Creí que habías ido a la India a recolectar las hojas de té —lo recibió Diane, recostada en dos amplios almohadones y tapada con la ligera colcha,

de vistosos motivos geométricos, justo hasta cubrirse el pecho.

No perdió detalle de cómo se movía por la habitación, de su tonificado torso y fibrosos brazos; del pantalón de pijama, que parecía un milagro que se le sujetara a la cadera por lo bajo que lo llevaba, dejando a la vista buena parte de la atrayente pelvis. No se dio cuenta del hondo suspiro que se le escapó hasta que sintió la mirada de él teñida de una autosatisfacción un tanto irritante, y que se merecía una respuesta que estuviera a la altura.

—Tampoco te creas que eres lo más —dejó caer ella como con desgana—. Que el otro día vi un vídeo de David Garrett interpretando un tema del grupo Coldplay y...

—¿Y? —interpuso mientras se quitaba el pantalón despacio, exhibiéndose.

Diane tironeó del embozo de la sábana y se enderezó un poco, recolocando los almohadones, sin perder de vista su manera sensual de desnudarse y soltarse el pelo. Sabía que lo hacía adrede, provocándola, y a ella le encantaba. Tragó saliva, se echó el flequillo a un lado y se rindió a lo evidente: «*estoy loca por ti*».

—Y nada —le contestó, ya con él a su lado—. Que toca muy bien el violín.

Peter soltó una carcajada, no esperaba esa respuesta.

—Muy ocurrente mi valquiria. ¿Quieres que lo aprenda a tocar? —le propuso mientras la acercaba a su cuerpo.

—Humm, no es necesario —le dijo sin mirarlo a la cara, paseando los dedos de arriba abajo por su torso—. Ya eres un virtuoso tocando... mis cosas.

Otra carcajada, esta vez más estruendosa, llenó el dormitorio ante su pícara salida, pero a él no le engañaba con ese tono distendido y bromista.

—Y ahora dime, ¿cómo estás, mi vida? —le preguntó pasándole un brazo por los hombros y besando el tope de su cabeza.

Diane detuvo el jugueteo de su mano para abrazarlo por la cintura y enredar una pierna entre las de él.

—Me siento... rara; emocionalmente agotada, como si hubiera corrido una maratón de sentimientos. Triste por la relación que podríamos haber tenido, pero que es imposible tras conocer toda la verdad.

—¿Hubieras preferido no saberla? —la interrumpió con una curiosidad que no ocultaba un punto de preocupación.

—Me conoces, no soporto la mentira; no quiero vivir engañada. Además, ¿durante cuánto tiempo haría ella el papel de madre feliz por el reencuentro con su hija? ¿Y yo mientras creyéndomelo y encariñándome?...

Peter dio un puñetazo en el colchón.

—Pienso que en cuanto tuviera a su adorado hijito bien colocado en el bufete, habríamos visto su verdadero rostro. ¡Es que me parece increíble la desfachatez que tiene! ¡Es... increíble la poca vergüenza de querer engatusarte para beneficio único y exclusivo de ese...!

—Chiss —lo acalló, acariciando su pecho para calmarlo.

—No me gustan los vividores, y estoy seguro de que él lo es. —Cogió la mano que lo acariciaba y la besó—. No hay que ser muy listo para ver lo que ha pasado. Apostaría a que eligió aquel bufete inglés por la posibilidad de liarse con la nieta de uno de los fundadores, seguro que la sedujo con su palabrería y carácter extrovertido.

—Y su físico —apuntó Diane, totalmente de acuerdo con su razonamiento—. Hay que admitir que es un hombre atractivo, eso es indudable.

—Sí —masculló irritado—. Pero algo debió de pasar para que todo saltara por los aires y él acabara en la calle.

—Se lo preguntaré cuando nos veamos.

Peter se sorprendió con desagrado. No esperaba que ella quisiera tener ese encuentro.

—Se va a enfriar el té —comentó, seco.

Diane, incorporándose, se giró a la derecha y cogió con cuidado la bandeja para dejarla sobre su regazo, consciente de su desaprobación.

—Ya sabes que pienso que él no es culpable de lo que hizo su madre conmigo —le recordó mientras le acercaba una de las humeantes tazas y ella cogía la otra.

—Y no te digo que no, pero eso se aplica al pasado. —Dio un par de sorbos y dejó la infusión sobre su mesilla—. Sin embargo, qué me dices de ahora. ¿Me vas a hacer creer que no sabía lo que su madre se proponía? —le preguntó girado a ella, sin poder disimular el tono de disgusto.

Mordisqueó una galleta y bebió lentamente su té. Comprendía la postura de su marido y la compartía, pero aun así... Depositó de nuevo la bandeja en la mesilla y cambió su posición para quedar sentada enfrente a él.

—Todo lo que Charity nos ha contado ha sido horrible, y no solo por la

trágica muerte de mi padre, sino por el tono tan frío con el que lo ha hecho. —Se detuvo un segundo, pensativa, pellizcando sin darse cuenta la sábana sobre una de las rodillas de su esposo—. Es curioso, sé que es mi madre pero no puedo referirme a ella como tal; sin embargo, con mi padre sí.

—Para mí, la explicación es que al ser él totalmente inocente de lo que sucedió, te es imposible sentir ningún rechazo; también es cierto que no sabemos qué reacción habría tenido de no haber muerto, pero yo quiero pensar que hubiera sido de alegría; creo que se merece el beneficio de la duda. —Diane asintió a sus palabras—. En cuanto a ella, es distinto. No se arrepiente de nada, ni siquiera miente aunque solo sea para quedar bien delante de ti, lo que es de agradecer, la verdad.

—¡Exacto! ¿En serio esperaba conseguir algo presentándose de esa forma tan... prepotente? Es lo que tú dices, sin un *lo siento* ni nada que se le parezca. Tiene mucha soberbia, y no quiero en mi vida una persona así. Y en cuanto a Hampfrey...

—¿Qué pasa con él? —inquirió a la par que cogía su taza, ya más templada. No podía evitar la irritación que le producía el solo hecho de oír su nombre.

—Que quiero saber si estaba al tanto de todo esto, observarlo —dijo resuelta, quitándole la infusión de las manos y bebiendo de ella—. Que se confíe al ver que estamos solo los dos. —Se dio cuenta de cómo podía interpretarse lo que acababa de decir, así que lo especificó—. Solos en la mesa, le diré que nos veamos en el East Bank Club, es un lugar muy concurrido, y me conocen —añadió para tranquilizarlo.

»Mi amor, no busco una relación de hermanos; por lo que he observado, somos muy diferentes. —Le devolvió el té después de darle dos sorbos cortos y uno largo—. No obstante, no me voy a cerrar a esa posibilidad, aunque con ella por medio va a ser complicado, mucho.

—¿Por qué? —le preguntó incluso imaginando el motivo. Fue a beber pero vio que estaba vacía, y sonrió para sí ante la costumbre de ella de dejarse su propia bebida a medias y terminarse la de él; así que se inclinó hacia el otro lado de la cama y cogió la segunda taza, decidido a suavizarse la garganta con ella. «*Uno, dos, tres, cuatro...*», contaba sin dejar de prestarle atención.

—Porque no le gustará que tengamos una relación. Ni me quería antes ni me quiere ahora, así de claro. —Se inclinó hacia delante y, nuevamente, le

cogió de las manos su té, bebiendo con gusto de él, «¡qué rico!». Peter terminó su cuenta mental, «siete... y ocho. Esta vez ha tardado menos»—. Yo solo soy una puerta que ha tocado para buscarle un buen trabajo, nada más. Y si él lo sabía y se ha prestado a algo tan... rastrero, solo significará que es tan despreciable como ella, y estará de más en mi vida; ¡en nuestras vidas! —aseguró, devolviéndole la taza sin resto de líquido.

Peter no se molestó en comprobar si quedaba algo, había vivido esa misma escena incontables veces.

—Es posible que mienta respecto a su anterior empleo, o a su vida en general —le planteó, tirando de una de sus manos para acercarla y acurrucarla entre sus brazos, necesitado de su cercanía.

—Ya lo había pensado. Se lo podemos decir a Anthony o a Norbert, quizás conozcan a alguien de aquel bufete y pueda contarles algo. Mejor Anthony, que conoce a todo el mundo. El que sea medio hermano mío no va a hacer que me crea todo lo que me cuente —afirmó recostada a su lado.

—¿Y si te pide que abogues por él para entrar en el bufete? —expuso con interés, y recordando de pronto un detalle—. Por cierto, ¿te diste cuenta de que no reaccionó a que eres socia del bufete? Apuesto lo que quieras a que no se ha enterado.

—Sí, ya lo vi, y no me extrañaría lo que dices. Referente a su deseo, yo no interfiero, ni lo haré, en la gestión y toma de decisiones de Norbert y Kathy. Si quiere entrar, que presente su solicitud como cualquier otro y que se le evalúe por su capacidad, no por ir recomendado. No quiero parecer insensible, pero no lo conozco ni personal ni profesionalmente como para pedirles ese favor y comprometer a la firma si algo sale mal.

—Me parece bien, y no eres insensible, *min lille*, sino sensata y prudente, que es muy diferente —aseveró orgulloso de ella por su buen juicio, besando su frente—. ¿Cuándo quieres que quedemos con el catador insaciable?

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo lo has llamado?! —Apenas podía hablar de la risa por su ocurrencia.

—¿Te fijaste en cómo se bebió el whisky? ¡No lo paladeó!, de un solo trago se llevó por delante medio vaso; eso sí, puso una cara de satisfacción que creí que se iba a cor...

Diane le tapó la boca con una mano, simulando escandalizarse pero sin conseguirlo.

—¿Y qué me dices de Charity? —prosiguió Peter con la evaluación

cuando se vio libre de la débil mordaza—. Aunque eso hizo que se le soltara la lengua, así que no me quejo —aseguró con resignación—. Y no les serví el mejor que tenemos —chasqueó la lengua—. A saber qué hubiera pasado, ¡por todo el valhalla! Capaz de llevarse la botella como adelanto de una posible... —Se quedó paralizado con la última palabra quitándole el aliento. Inconscientemente acababa de entrar en un tema del que no se había percatado hasta ese momento, y sintió que un frío mortal le recorría el espinazo—. ¡Ah, no, ni en mil años que viviera!

—¡¿De qué hablas?! —le exigió saber al verlo tan alterado, frenando el intento de él de levantarse poniendo una mano en su pecho, con el ceño fruncido y sin adivinar por dónde iban sus pensamientos.

—¡Mañana mismo hablo con mi tío! —Se refregó la cara con una mano y entremetió los dedos por el cabello con desesperación, observó la confusión de ella en sus negros ojos—. No lo has pensado, ¿verdad?

—Me estás preocupando, ¿el qué?

—Ahora, junto a su hijo, eres su heredera —le descubrió, mirándola con intensidad.

—¡¿Cómo?! Yo... ¡Yo no quiero nada! ¡Renuncio a cualquier derecho que tenga! Tienes razón, hay que redactar un documento y...

El índice de Peter la silenció, aunque no pudo impedir que siguiera negando con la cabeza.

—Hecho. Pero eso no es todo, ni lo peor —apostilló, bajando la mano hasta acomodarla en su fino cuello.

No dijo más, permitiendo que ella llegara a la obvia conclusión, que por el gesto de espanto que empezaba a mostrar diría que ya había descubierto.

Se incorporó rápidamente, quedando de rodillas sobre el colchón y con la sábana fuertemente agarrada, cubriéndose parcialmente y destapándolo a él.

—¡No! ¡No y mil millones de veces no! No quiero que toquen ni un solo dólar nuestro. ¡Me niego a que te puedan perjudicar económicamente si a mí me pasara algo! Mañana hacemos separación de bienes y lo pones todo a tu nombre, ¡absolutamente todo! Dinero, propiedades... ¡Las acciones del bufete! ¡¡Peter, las acciones!! ¡No, mañana no! ¡Ahora! ¡Llama a Norbert, dile que es urgente y...!

La volvió a silenciar, no porque lo que decía no tuviera sentido, sino por la angustia y desasosiego que la dominaba.

—No, Pe... Déjame...

Diane manoteaba para que la dejara hablar, pero era inútil. La había apresado por la cintura para tumbarla y que así dejara de gesticular y protestar gracias al peso de su cuerpo sobre ella y a la desesperación del beso que le demandaba, y al que en menos de diez segundos correspondió solícita.

El deseo de Peter por navegar en su interior luchaba contra la razón, que aconsejaba tomar el control de la situación y esperar antes de soltar amarras, pues esta le decía que no era el momento, aún no. Así que abandonó sus ardientes labios tras un leve mordisco en ellos y emitió un profundo suspiro.

—Escúchame bien y no me distraigas —le dijo lo último al sentir que le rodeaba las caderas con las piernas y que, a continuación, con un pie le acariciaba los glúteos. Diane negó con la cabeza, pero sin detener su toque—. Mañana hablo con Norbert y le expongo todas nuestras dudas, estoy seguro de que hay una fórmula legal para hacer lo que queremos. Piensa que ella no te ha reclamado legalmente como su hija.

Diane parpadeó, centrada en lo que escuchaba y dándole un respiro a su nalga. Veía una buena salida en la última frase.

—Es verdad, una cosa es que haya un análisis genético, y otra que inicie algún trámite para reconocermé. ¿Imaginas? Si te soy sincera, no creo que lo haga.

—¿No? ¿Por qué?

—Precisamente por lo que hemos visto, porque quiere a su hijo. —Pasó las manos por el cabello de él llevándolo hacia atrás, nunca se cansaba de sentir su aterciopelado tacto entre los dedos—. Si me reconoce, me convierte ante la ley en su heredera, por lo que seríamos dos en repartirnos sus bienes, que ignoro cuáles son, salvo que dispusiera lo contrario. Así que si no hay vínculo legal, yo no heredo de ella, y ella tampoco de mí.

Peter pensaba en su lógica conclusión, que para nada era descabellada; no obstante...

—Sí. De todas formas, se lo consulto y nos aseguramos. Otra cosa, no quiero oír hablar de separación de bienes ni nada que remotamente se le parezca.

La convicción con la que hablaba y la determinación de su mirada hicieron que Diane se mordisqueara el labio inferior para frenar las lágrimas que empezaban a hacer su visión borrosa.

—Te lo dije el día que te pedí que te casaras conmigo, ¿recuerdas?, en el velero. —Diane asintió, incapaz de hablar por el nudo de emociones que le

cerraba la garganta—. Soy tuyo, *min lille*, incluido todo lo que poseía antes de conocerte y posea a lo largo de la vida. Así que, ahí, no habrá cambio alguno.

—Lo sé, mi dulce amor. Eres tan mío como yo soy tuya —declaró mientras le acariciaba el rostro y él dejaba un beso en la palma de su mano.

—También lo sé, mi vida. Aunque eso de que lo mío es tuyo lo llevas hasta unos extremos... —Sonrió ante la expresión confundida de su valquiria—. ¡Siempre te bebes mi té! ¿Ves por qué prefiero café?

Su falsa queja provocó un ataque de risa en Diane que la hacía agitarse bajo la presión del cuerpo de él, y que este aprovechó para emprender un sensual camino de besos desde el cuello, bajando por el valle de sus senos y deteniéndose en su vientre al escuchar los jadeos que habían sustituido a las carcajadas.

Desde esa fértil tierra, en la que plantaría su semilla cuando fuera el momento adecuado, alzó los ojos y fijó la mirada en los de ella. Con parsimonia, inició el regreso a su boca deleitándose con el sabor de su tibia piel y el aroma que emanaba, y que trastornaban sus sentidos para volverlo el ser más primario que hubiera habitado jamás el planeta Tierra.

Diane, incapaz de resistir por más tiempo la deliberadamente lenta tortura, lo atrajo por la nuca con tal ímpetu que sus dientes chocaron y sus lenguas se enfrascaron en una feroz lucha por no dejarse dominar. Le rodeó la cintura con las piernas en un abrazo salvaje que se mezclaba con los sonidos roncros que huían de sus gargantas al buscar una salida que los liberara de su prisión.

Y la razón se dobló ante el ímpetu del deseo.

Y el deseo se alzó victorioso, pues lo comandaba el amor.

Y el amor...

El amor pospuso la inacabada conversación a la vista de la declaración más bella que el uno al otro podía hacerse:

—*Jeg elsker deg.*

Capítulo 19



Esa mañana había llegado un poco antes de lo habitual al bufete. ¿El motivo? Le ponía nervioso la cantidad de planes que era capaz de hacer su cuñada en un minuto, así que decidió huir a su despacho; porque de eso se trató, de una huida en toda regla que ni Pamela, con sus besos, pudo frenar. Aún le parecía oír la risa de ella a su espalda mientras salía del comedor en dirección al garaje.

Norbert apreciaba profundamente a Anne, como a su esposo, Halsten, siempre muy ocupado; pero su hiperactividad lo abrumaba, estaba tan acostumbrado a llevar una vida tranquila con su esposa que cada vez que recibían su visita era como si un tornado arrasara la casa. En esta ocasión, solo iba a permanecer en Chicago una semana, por lo que se había quedado con ellos, pues aunque adoraba a su hijo, quería darle privacidad a la pareja, máxime cuando el día anterior lo pidieron expresamente.

No obstante, también era cierto que sus quejas, exageradas a propósito y que en realidad no sentía, ya formaban parte de la costumbre y eran esperadas con diversión por todos.

Dejó su asiento y se quitó la chaqueta, dejándola sobre este. Tenía la garganta seca y el cuello sudoroso. Aflojó el nudo de la corbata para poder quitársela y se dirigió al cuarto de baño, deseoso de refrescarse la cara y las manos.

—Maldita mujer... —repitió varias veces en voz muy baja, indignado por todo lo acontecido en la reunión de sus sobrinos con Charity.

Hacía unos minutos que había finalizado su conversación telefónica con Peter, y lo que prometía ser un día tranquilo se tornó en muy preocupante cuando le comentó el tema de derechos de herencia. Su sobrino le transmitió el temor de Diane respecto a sus acciones del bufete, a pesar de que en el contrato matrimonial ella hizo constar que, fuese por la circunstancia que fuese, nunca dejaran de ser propiedad de la familia Wadlow. Aun así, estaban de acuerdo en la necesidad de informarse, pues ahora había un elemento nuevo en sus vidas: la aparición de familiares de ella.

—Maldita sea... —volvió a rumiar mientras cerraba el grifo de agua fría.

Se secó las manos con una toallita de papel y la arrojó a la papelera, tras lo cual encaminó sus pasos hacia donde se hallaba su secretaria, un despacho que hacía las veces de antesala del suyo, pensando en el segundo encargo de su sobrino y del que él había solicitado ocuparse, al menos en la primera parte.

Aunque ya conocía lo sucedido el día anterior en la reunión de sus sobrinos con Charity, pues Anne les transmitió lo que su hijo le contó, no por ello el disgusto fue menor al escucharlo de boca de Peter, más cuando este amplió el relato al añadir algunas de las crudas frases que se intercambiaron. Por suerte, y lo único importante para él, era que Diane había encajado bien todo lo descubierto, o todo lo bien que se podía esperar. No se le escapaba que la influencia de su esposo era decisiva en el hecho de que ella estuviera serena, también dolida y decepcionada, *«es humana, cualquier persona habría enloquecido al escuchar tanta atrocidad, qué menos que esté baja de ánimos, ¡maldita sea!»*; pero, como le dijo al preguntarle por cómo se encontraban: «Mi valquiria es fuerte. Esa mujer no la va a hundir, yo no lo voy a consentir». Inspiró con fuerza al recordar el nervio con el que su sobrino dijo esas palabras.

Susan apartó la mirada de la pantalla del ordenador al oír abrirse la puerta y ver salir a su jefe. Observó su rostro de intensa concentración en lo que estuviera pensando y lo vio dirigirse al dispensador de agua. Eran demasiados años trabajando juntos como para no percibir su intranquilidad.

—¿Necesita algo, señor Wadlow? —inquirió no muy segura de que la hubiera escuchado.

Él, con la vista un tanto perdida más allá de la pared de cristal, en algún punto indefinido, le dio un segundo sorbo a su vaso de cartón y negó con la cabeza, abstraído en sus pensamientos.

Tras hablar con su sobrino, mandó llamar a Sean Burrell, abogado especialista en el tema que les preocupaba, y cuyo departamento había ampliado recientemente su personal debido al incremento de volumen de la cartera de clientes. Nadie mejor que él para encargarse de la diligencia encomendada, pues fue quien redactó el documento que legalizó el régimen matrimonial por el que optaron contraer nupcias y las cláusulas que lo regía.

Sean escuchó con suma atención lo expuesto por Norbert y, aunque opinaba que era innecesario modificarlo, señaló que se podía añadir una coletilla que hiciera referencia al hecho de que ella sí tenía familiares en la actualidad, familiares con los no existía ningún vínculo legal, y así constar la voluntad de Diane de cara a una hipotética demanda por parte de ellos. Como apuntó el abogado, se trataba básicamente de tranquilizar al cliente, no de que fuera realmente imprescindible. Y también, de paso, revisaría el testamento que hicieron en su día. En cuanto los documentos estuvieran preparados, se reuniría con el matrimonio para que los firmaran; pero, hasta ese momento, le pidió a Norbert que les transmitiera su mensaje de que no se preocuparan.

Lanzó al aire un suspiro, esa primera petición ya estaba en marcha. Tiró el vacío vaso a la papelera y se giró, de vuelta a su despacho.

—¿Todo bien, Susan? —se detuvo un momento a su altura, mirándola.

—Sí, señor Wadlow.

—No hay ninguna cita para hoy en la agenda, ¿verdad?

—No, ninguna —le respondió, viendo que él había cogido un lápiz de su mesa y lo hacía bailar entre los dedos. Justo en ese momento observó que uno de los ascensores se abría y salía de él una persona conocida por ambos—. Señor Wadlow, la señora Colosimo viene hacia aquí.

—¡Maldita sea! —soltó con brusquedad y sin mirar hacia atrás, haciendo rodar el lápiz por la mesa, percatándose de que esa expresión se había convertido en la favorita del día—. Dame un momento para que me adecente —le pidió, señalándose la camisa con el cuello abierto.

—Por supuesto, señor.

—¡Ah! Y dentro de diez minutos, o menos, me comunicas que tengo una llamada de teléfono de —agitó la mano en el aire—... ¡Winston Churchill!

Susan parpadeó perpleja.

—¡Pero si está muerto, señor!

—¡Pues ya ves si es importante la llamada!

Dejó de oír la risa de su secretaria al cerrar, a su espalda, la puerta del

despacho, apresurándose a ponerse la chaqueta y la corbata. No le apetecía verla, en absoluto; más después de que Peter le comentara su sospecha respecto a ella, y que él compartía también. Se estaba terminando de ajustar el cuello de la camisa cuando un par de leves golpes en la puerta hicieron que desapareciera su reflejo en el cristal de la ventana al girarse para ir al encuentro de su visita, «¡maldita sea!».

El recibimiento, como siempre, fue afectuoso por parte de ella y comedido por la de él.

—Siento presentarme sin avisar, Norbert —se excusó mientras se dirigía al asiento que le indicaba con una mano y lo veía dirigirse a ocupar el suyo, al otro lado de la mesa de despacho. Hubiera preferido el sofá, pero no tuvo más remedio que conformarse con aspirar su aroma cuando le dio dos besos al saludarlo. «*El color azul marino te queda de infarto, y el traje...*», lo evaluó con rapidez.

—Tengo unos minutos, no te preocupes. ¿Qué puedo hacer por ti? —Se arrepintió al segundo de haber planteado de esa forma la pregunta, por lo que rápidamente añadió—: ¿Algún problema en el que el bufete te pueda ayudar? —«*Así está mejor, es más profesional*».

Virginia, que no había olvidado su torpe comportamiento la última vez que se vieron, tuvo en cuenta el matiz de la segunda pregunta y se frenó de no responder a la primera cuestión lo que realmente le gustaría y que no pudo acallar en su mente, «*puedes hacer muchas cosas por mí, querido Norbert, empezando por arrancarnos la ropa y follar como locos sobre esta mesa*», así que se limitó a dejar el bolso en la silla que tenía a su derecha con una enigmática sonrisa en el rostro.

—Quería pedirte un favor personal. —Norbert se echó hacia atrás en su asiento, atento a las siguientes palabras—. No es para mí, sino para el hijo de una amiga.

Esperó a que comentara que por ella haría lo que fuese, pero no fue así, tan solo la observaba en silencio. Estaba nerviosa y sabía que él se daba cuenta de ello, por lo que intentó disimularlo llevándose una mano al pelo y ahuecándose.

—Se trata de Hampfrey, el hijo de Lady. También es abogado, especializado en temas de empresas o leyes internacionales... —divagó adrede—. No entiendo muy bien de esto, pero sí sé que tiene varios másteres y...

—¿El hijo que se le olvidó decir que tenía cuando estuvisteis aquí? —
apuntó con sorna.

—El único hijo que tiene, y no se le...

—¿El único?... ¿Diane no lo es?

—¡Claro que sí! También —contestó rápida, contrariada por lo que ella consideraba una impertinencia, pero que no le restaba morbo ni a su masculinidad ni a lo que sentía por él; al contrario, lo acrecentaba, para su propia frustración—. Me refería a varón, Norbert. Y ya has visto que no mintió cuando dijo que era su madre.

Asintió al último comentario. «*En efecto, no mintió; pero tú sí*», se dijo mientras disimulaba una profunda irritación. No quería hablar de esa mujer, no le correspondía a él.

Le desagradaba el motivo por el que estaba allí, si no la despedía inmediatamente, era tan solo por tratarse de la esposa de su amigo. Estaba cansado de sus descaradas insinuaciones, de que con cualquier excusa inverosímil lo cogiera del brazo; harto de sus miradas lascivas. Pero todo tenía un límite y el día que ella traspasara el que él se había marcado, Virginia conocería una faceta de su personalidad que ignoraba y que la haría apartarse definitivamente, «*o no*», se advirtió con cierta impotencia. Lombardo no solo era amigo personal, sino cliente del bufete; pero llegado el caso, si tenía que elegir entre esos dos caminos, no dudaría en hacerlo; prefería perderlo como representado a como amigo.

—Respecto a tu petición, lamento no poder satisfacerte... «*en ningún aspecto*» —pensó las últimas tres palabras con la esperanza de que ella entendiera el mensaje subliminal que encerraban las que sí había verbalizado—. No tengo solicitudes, de los diferentes departamentos, para ampliar el personal.

—¿Y en la Fundación? Quizás...

—No. No necesitamos otro abogado.

—Pero tú eres el jefe —insistió, inclinándose a él y juntando las manos sobre el borde de la mesa, permitiendo que el escote de la blusa se ahuecara ligeramente—. Y Diane es tu sobrina, y su hermana.

—¿Y?

Un breve silencio los envolvió, en el que Virginia se perdió en esos ojos grisáceos que la miraban de manera distinta a como lo hacían en sus húmedos sueños, sin el deseo ni el ímpetu con el que él la tomaba entre sus brazos para

enterrarse en su cuerpo una y otra vez, de mil maneras diferentes, loco por ella, incansable e insaciable. No, ahora su actitud imponía distancia, y su anhelo de que bajara la vista a sus pechos no era cumplido. Sabía que su amiga tuvo razón cuando le advirtió que nunca conseguiría llevárselo a la cama, pues, y desgraciadamente para ella, pertenecía al club de los hombres fieles a sus esposas. «*Una verdadera mierda*», se quejó en aquel momento. Inspiró y volvió al tema que la había llevado allí para...

—Y que como deferencia a ella, a tu sobrina, podrías...

—¡No! Si Diane quiere interceder por él, es libre de hacerlo, contando con que le llegue esa petición, ¿no es así? —le preguntó sin dejar de observar su gesto de contrariedad, sin ningún interés en ver cómo cruzaba las piernas, aunque desde su posición solo atisbaría una de sus rodillas.

Cayó en el detalle de que Virginia desconocía que Diane era también accionista del bufete, y se alegró.

—Ignoro si se lo pedirá, pero sería un gesto de buena voluntad que ella hiciera algo por él —siguió defendiendo al hijo de su amiga.

«*¿Un gesto de buena voluntad? ¿Y por qué motivo tendría que tenerlo, di?*». Norbert se estaba reprimiendo de contestarle con franqueza, pero tenía las manos atadas, así que dio una palmada en el aire y se levantó.

—Si llegara el caso, lo estudiaría con mi jefe de Personal. Pero ya te adelanto que los intereses del bufete están antes que cualquier privilegio. Son muchas familias las que viven bajo esta firma y muy alto el prestigio que tenemos como para actuar a la ligera —afirmó serio y rotundo, las manos en puño sobre la mesa.

No quería ni necesitaba dar tantas explicaciones, tan solo intentaba no ser descortés despachándola con prisa, pero su secretaria se retrasaba con esa llamada que lo salvaría de la embarazosa y violenta situación en la que se encontraba.

—Te entiendo, Norbert, y agradezco...

El sonido de unos nudillos golpeando con fuerza la puerta la sobresaltó.

—Señor Wadlow, está esperando al teléfono el señor Churchill —le informó Susan de forma muy profesional.

—¿Sir Winston Churchill? —exclamó Virginia con mofa.

—No, señora Lombardo, he dicho por teléfono, no por la güija —le respondió devolviéndole el golpe con ironía—. Se trata de su biznieto.

—Treinta segundos, Susan —le pidió Norbert, al que le estaba costando

un enorme esfuerzo aguantar la risa ante la ocurrente respuesta.

—Entendido, señor Wadlow; como ordene, señor Wadlow —contestó con un tono de vasallaje que no pudo ni quiso evitar, pues consideró que era el perfecto colofón a su magistral actuación, aunque luego su jefe le dijera que a qué había venido el servilismo. Hizo una exagerada inclinación de cabeza y salió, dejando la puerta entreabierta.

—Francamente, Norbert, creo que se toma demasiadas libertades; tal vez deberías plantearte el sustituirla por...

—¡Bah! No tiene importancia. Bien, tendré en cuenta lo que me has pedido —le decía a medida que se encaminaba hacia la puerta, instándola a que hiciera lo mismo.

La despidió en el umbral, no pensaba alargar el encuentro acompañándola hasta los ascensores, y menos aún a la entrada principal del edificio.

Virginia no forzó la situación, contentándose con darle otros dos besos mientras lo asía por el antebrazo, notar bajo su toque el fuerte músculo le hizo sentir un latigazo de deseo que la recorrió de arriba abajo, más cuando él le puso una mano en el hombro, arrepintiéndose de no haberse quitado la chaqueta al entrar, pues habría sentido mejor su tacto sobre la camisa de seda burdeos. La próxima vez lo haría así. Y, de pronto, una idea loca cruzó su mente como un meteoro. Intuía su respuesta, pero ¿por qué no intentarlo? ¿Y si él aceptaba...?

—Norbert —murmuró en su oído antes de separarse de él, casi rozando con los labios su piel y haciendo que él notara sus pechos presionados contra su chaqueta—. Te he notado muy tenso, puedo ayudarte a que te relajes, ni imaginas cómo lo... gozaríamos.

Inmediatamente, se alejó unos pasos antes de que él reaccionara a su clara propuesta, le mandó recuerdos para Pamela y se encaminó hacia los ascensores, satisfecha. Había conseguido su propósito, que no era otro que verlo de nuevo, tenerlo delante y empaparse de su olor para seguir alimentando la galería de recuerdos y sensaciones a la que recurría cuando estaba sola y buscaba autosatisfacerse. ¿El trabajo para Hampfrey? «*Ya es mayorcito, que se busque la vida*». Se felicitó por su atrevimiento, nunca había llegado tan lejos; «*quizás me llevo una sorpresa y me llama... ¿Quién sabe?*».

Una vez que la vio adentrarse en el elevador y las puertas se cerraron, se dispuso a entrar en su despacho, aún aturdido por el grado de atrevimiento al

que había llegado, pero la voz de su secretaria lo detuvo.

—Señor Wadlow, lo siento, no he querido ser impertinente; pero...

—Pero no importa —silenció su disculpa—. Ha sido lo único divertido de la visita.

Susan asintió con una sonrisa y vio cerrarse la puerta del despacho.

En el interior, Norbert hizo un breve ejercicio de respiración. Le había costado un enorme esfuerzo de voluntad no plantearle a Virginia algunas preguntas que, a raíz de la conversación telefónica con su sobrino, moría por hacerle. Preguntas que, aunque intuía las respuestas, quería que estas salieran de su boca. Tomó otra profunda inspiración, terriblemente furioso. El acoso de ella, hasta la despedida, no había sido muy evidente ni pertinaz, pues el de la vez anterior clamó al cielo. Pero las palabras que le había susurrado al marcharse, le producían un rechazo vomitivo. Le había cogido con la guardia baja, pero esa situación no se volvería a repetir jamás.

Cogió su iPhone del bolsillo interior de la chaqueta y marcó un número que no necesitaba consultarlo en la agenda, pues se lo sabía de memoria. Al tercer tono, la conocida voz, profunda, lo saludó con el buen tono de siempre y al que él correspondió. No se anduvo con titubeos ni circunloquios, como era habitual entre ellos a la hora de enfrentar algún tema.

—Lombardo, tenemos que hablar.

Capítulo 20



El camarero sirvió en una de las copas y esperó la aprobación.

Se hallaban sentados a la mesa, la que él solía ocupar habitualmente cuando iba al club a comer. Desde su posición tenía una perfecta panorámica del amplio comedor y del lago Michigan, a su derecha, que se oteaba a través del amplio ventanal. Cogió su copa y la alzó para, al trasluz, apreciar mejor el color oro limón brillante del líquido que contenía, intenso; olfateó el aroma a kiwi, exquisito, y paladeó, finalmente, el fresco vino blanco californiano de uva Chardonnay, cosecha del 2014.

—*Perfetto* —aprobó, indicando con un gesto que procediera a llenar la de su acompañante.

Norbert sonrió, su amigo tenía un paladar exquisito, educado como si fuera un enólogo profesional. Lo que, como siempre, le hacía acertar en su elección, el vino era delicioso.

Lombardo estaba lleno de curiosidad por saber qué era aquello tan importante de lo que tenían que hablar y que le había hecho suspender una comida de trabajo. Observó que el camarero, por indicación suya, se disponía a llenar las copas de sus dos guardaespaldas, que ocupaban una discreta mesa no lejos de la suya; sin embargo, ambos declinaron el ofrecimiento, hecho que hablaba de su profesionalidad.

Algunos ocupantes de las mesas cercanas los miraban de soslayo, curiosos por esos dos hombres tan conocidos en la ciudad.

—¿Cómo estás, amigo? ¿Y tus hijos? —se interesó Norbert tras dejar la

carta del restaurante a un lado y que otro de los camareros hubiera anotado sus pedidos.

—Bien, haciéndome a la idea —respondió Lombardo con tono apagado—. No es fácil. A veces no me doy cuenta y marco su número esperando que me responda. Echo mucho de menos su presencia, sus consejos. Eres afortunado por tener a tu padre a tu lado, Norbert, muy afortunado.

Este asintió, mudo. ¿Cómo consolar a una persona que pierde a uno de sus seres más queridos? Comprendía su dolor, pues era el mismo que él sentía aún al pensar en su fallecida madre.

—Poco a poco. El tiempo irá suavizando la pena —fue lo único que pudo decirle—. Tienes a tus hijos y a tu esposa.

Lombardo alzó la vista a él y se echó hacia atrás en su silla.

—Sí, è vero, realmente mis hijos son mi apoyo. Ahora, en cuanto a Virginia...

Norbert frunció el ceño, no esperaba esas palabras, pero optó por callar.

—Las cosas no van bien desde hace tiempo, somos como dos extraños que se han acostumbrado a tratarse con una educada cordialidad, ¡y yo no quiero eso, *maledizione!* —maldijo en su lengua paterna y dando un puñetazo en la mesa, que alertó a su escolta.

—Cálmate —le pidió raudo Norbert, conocedor del carácter explosivo de su amigo en según qué circunstancias—. Seguro que encontráis un modo de...

—No —cortó Lombardo su intento pacificador—. Y desde que está aquí su amiga, menos. Tan solo está pendiente de ella, te juro que nunca he entendido esa relación. Y, Norbert, soy y me siento joven todavía, y no pienso renunciar a la felicidad. —Vio que él asentía—. Sabes que, como tú, no soy hombre de aventuras extramatrimoniales. Así que...

—¿Estás pensando en divorciarte? —escudriñó, sintiendo que no se asombraría si la respuesta era afirmativa.

—Sí.

Norbert le dio un sorbo a su copa, tenía la boca seca. Presentía que lo que iba a tratar con él podría ser lo que hiciera saltar por los aires su ya resquebrajado matrimonio.

—Decidas lo que decidas, tienes nuestro apoyo.

Lombardo agradeció sus palabras, que no eran solo un gesto vacío o una bonita frase de cortesía. Pamela y su amigo eran el tipo de matrimonio que él

deseaba tener, y que soñaba conseguir algún día.

—Y yo os lo agradezco. Respecto a mis hijos, todo bien. Involucrándose cada vez más en las empresas, tomando las riendas. Estoy muy orgulloso de ellos —declaró con honda satisfacción.

—Son buenos chicos —afirmó, levantando su vaso en señal de brindis, y que Lombardo imitó.

—Bien, hemos hablado de mi familia —expuso Lombardo tras coger su servilleta, abrirla con una leve sacudida y dejarla reposar sobre las piernas—. Por la tuya no te pregunto porque hace un par de días me encontré con Anthony y me puso al día. Por cierto, no sé cómo lo hizo, pero quedé en mandarle un cheque como donativo para la Fundación, para la compra de no sé qué equipo...

Norbert soltó una carcajada.

—No te rías —le advirtió, señalándolo con el índice.

Dos camareros se acercaron, dejando ante ellos los platos que habían pedido como primero y único, y rellenando sus copas medio vacías. Los escoltas no perdían detalle de si alguna persona pasaba cerca de la mesa de su jefe, incluido el personal que los atendía, y del resto de comensales, así como atentos a cualquier posible señal de él.

—Hace unas semanas, Virginia y Charity estuvieron en mi despacho —le comentó, deteniéndose a ver su reacción.

Lombardo se quedó con el tenedor a mitad de camino entre el plato y su boca, sorprendido.

—No me ha dicho nada. ¿Algún problema con Lady? Porque dudo que se trate de mi esposa.

Norbert sabía que no le engañaba, lo conocía demasiado bien como para no apreciar que su respuesta era sincera. Observó el pescado a la plancha con guarnición de verduras frescas que tenía ante sí y que despedía un aroma exquisito, y lamentó que no podría degustarlo a placer. Resopló, se quitó la chaqueta y la corbata, dejando ambas prendas en la silla de su derecha, desabotonó las mangas de la blanca camisa y las arremangó un par de vueltas.

—¿Tan malo es? —inquirió Lombardo temiéndose algún desastre. Así que imitó a su amigo, deshaciéndose de la chaqueta gris de corte italiano para dejarla sobre la silla que tenía a un lado y aflojándose el nudo de la corbata estampada de seda, además de poner su teléfono móvil en modo silencio—.

¡Madonna mia!

—¿Cómo es tu relación con Charity? Por cierto, me niego a llamarla *Lady*, dijo que ese nombre era para sus íntimos, y yo, definitivamente, ni lo soy ni quiero serlo —le explicó con voz irritada, y que fue la confirmación para Lombardo de que algo sucedía.

—Me parece perfecto, haré lo mismo. —Sonrió de medio lado, como solía hacer cuando quería poner sobre aviso a su oponente—. Será un placer irritarla. Mi relación con ella siempre ha sido casi mínima. La conocí poco después de empezar a salir con Virginia. Eran muy amigas y siempre se han mantenido unidas —explicaba sin saber muy bien a dónde quería llegar Norbert—. Cuando se marchó a Inglaterra, ellas siguieron en contacto. No obstante, ese aire de suficiencia... Ese mirar por encima del hombro a los demás es de lo más irritante.

—¿Regresaba muy a menudo? —preguntó con sumo interés, muy atento.

—Sé que hablaban con mucha frecuencia, ya te digo que son muy amigas, íntimas. Ahora, si venía mucho o no, lo ignoro. Tan solo en dos o tres ocasiones, no recuerdo exactamente, lo hizo con su esposo; fue cuando lo conocí. La primera vez, Virginia los invitó a pasar unos días en Las Vegas, alojados en el casino. Recuerdo que era un hombre muy aficionado al juego y a la bebida. —Chasqueó la lengua—. Alto, moreno, de buen porte y con un título nobiliario que le gustaba exhibir. Francamente, no congeniamos. Así que el resto de su estancia me dediqué a mi trabajo y los ignoré; eso sí, le dije a mi esposa que no volviera a alojarlos más en ninguno de mis establecimientos.

»Mucho más tarde, y al regresar un día del trabajo a casa, me la encontré allí con su hijo, un chico muy vivo y muy parecido a su padre. —Lanzó un suspiro mientras seguía haciendo memoria—. En otra ocasión, Virginia y yo comimos con Charity y su hijo aquí, los cuatro; él estaba ya en la universidad, y seguía igual de vivo —soltó una risotada—, no perdía de vista a ninguna mujer. Si hubo más visitas, las ignoro —terminó su relato.

Norbert cabeceó ligeramente, cogió su copa y se la llevó a los labios, analizando lo escuchado. Tenía mucho que contarle, pero decidió dejar muy claro desde el principio algo que para él era básico.

—Lombardo, te he pedido esta cita como paso previo a la petición de mi sobrino —reveló ante la cara de sorpresa de su amigo—. La amiga de tu esposa no es clienta de mi bufete, por lo que soy libre de narrarte lo que se

habló en mi despacho. Pero no será necesario, ya que esa misma información, y ampliada con detalles sorprendentes que todavía me enfurecen —dio una fuerte palmada en la mesa— me la ha proporcionado Peter, autorizándome a que la comparta contigo, más lo que yo he mandado investigar.

Estupefacto, paralizado, así se encontraba Lombardo. Su mente, acostumbrada a reaccionar con rapidez ante situaciones difíciles, no le defraudó y se puso en movimiento con diversas variantes de la relación entre las dos mujeres. Y fue en ese momento cuando cayó en un punto que parecía menor, por las anteriores preguntas de su amigo.

—¿Qué tiene que ver tu sobrino en esto? —Dejó los cubiertos cruzados sobre el plato, se limpió la boca con la servilleta y dio un trago a su bebida, intentando hallar él mismo la respuesta en su mente—. ¿Y por qué quiere una cita conmigo? —terminó de decir con el rostro serio, mirando fijamente a su interlocutor.

—No quiere una cita contigo, sino con tu mujer. —Las cejas alzadas de Lombardo delataron su total incredulidad, pero no dijo nada—. Él me ha informado de dicha intención, pero como deferencia a nuestra amistad —señaló tanto a él como a sí mismo— me lo ha comunicado, y ha estado de acuerdo con mi consejo de que yo te pusiera en antecedentes.

Tragó grueso, Norbert le conocía bien, de ahí que quisiera hablarle en un lugar público para así evitar lo que estaba deseando hacer ante la idea que empezaba a perfilar, y que no era otra acción que barrer con la mano la superficie de la mesa. Tamborileó sobre el mantel y desvió la mirada hacia la impresionante vista que ofrecía el lago, que no consiguió templar sus nervios.

—¿Se ha querido enrollar con él?

—¿Qué...?! ¡No! —Se apresuró a aclarar, consternado por esa deducción—. ¡Maldita sea!

—Bien —afirmó con sequedad—. Porque...

Norbert detuvo su frase con un gesto.

—Como te he dicho antes, Peter respeta la amistad entre nuestras familias, por eso está de acuerdo en esperar a que tú y yo hablemos, a que seas consciente de lo que ocurre. De hecho, ni su mujer sabe lo que él pretende; no de momento.

Cuando mantuvo, horas atrás, esa conversación telefónica con su sobrino, el que Diane ignorara sus intenciones fue lo único que le reprochó. Peter le aseguró que no le ocultaría nada a su esposa, pero que eso sería después de

hablar con Virginia.

—Y yo valoro su gesto. A raíz de la remodelación que está haciendo su estudio en uno de mis casinos en Las Vegas, he podido tratarlo más y ver que es un hombre muy responsable en su trabajo, como tu hijo, obvio.

—Y que adora a su esposa —anotó Norbert, todavía conmocionado por la increíble deducción a la que había llegado él.

Lombardo hizo una leve inclinación de cabeza, para a continuación preguntar:

—Así que, dime, ¿qué es lo que tengo que saber?

Norbert frunció los labios, dispuesto a no dar más vueltas al asunto, ambos eran partidarios de ir directos al tema que hubiera que tratar. Apartó su plato a un lado y apoyó los antebrazos en la mesa, cruzando las manos.

—Ya sabes que Diane desconoce cualquier dato sobre su familia, sus orígenes. —Vio a su amigo asentir—. Eso ha cambiado, su padre fue un marine, que resultó abatido en la invasión a Panamá.

—*¡Madonna mia!* —exclamó Lombardo haciendo honor a sus raíces italianas, totalmente asombrado—. ¿Y su madre...?

—Su madre es Charity.

Norbert veía la estupefacción del hombre que tenía sentado frente a él, y lamentó tener que darle la siguiente noticia, sabedor de que le dolería.

—¿La misma mujer que la abandonó en la calle al nacer?! —cuestionó para asegurarse de que había escuchado bien, aun sabiendo que era así.

—La misma —corroboró Norbert sus palabras, con un tono de ira contenida que alarmó a su amigo—. Y a la que, según Peter me asegura y yo le creo, tu esposa ayudó.

Se hizo un silencio ominoso en torno a ellos, pareciera que incluso la brillante luz de esa hora del mediodía hubiera perdido potencia ante el estado anímico de furia que los dos hombres emanaban.

—Y no solo ayudó —continuó desvelando—, sino que fue la mano ejecutora de su abandono en la vía pública.

Lombardo se echó hacia atrás como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho, parpadeó un par de veces y señaló a Norbert con un dedo.

—*Avocatto...*

Este lo miraba sin amedrentarse, con la seguridad que da el estar en posesión de la verdad, porque así lo creía. Además, se conocían demasiado bien, y esa no sería la primera vez que midieran sus fuerzas.

—Déjame, primero, ponerte al día —le dijo Norbert, cruzando los brazos sobre su ancho pecho, serio—. Y luego, cuando te calmes, veremos si me dices otra vez *Avocatto* con el mismo tono.

Una inspiración lenta y profunda, acompañada de un breve asentimiento, fue la respuesta de Lombardo antes de levantarse y coger su chaqueta.

—Sígueme.

Norbert, que al ver la acción de él se había incorporado y ya tenía sus pertenencias en una mano, hizo lo que le pedía, que sonó a una orden sin admisión de réplica.

Tres minutos más tarde se hallaban en un reservado, con dos botellas de agua mineral y un par de vasos sobre una mesa vestida para cuatro comensales, y los guardaespaldas afuera, encargados de no dejar entrar a nadie.

En ese breve intervalo de tiempo, Lombardo se arrepintió de la forma de hablarle a su amigo, así que en cuanto estuvieron solos se disculpó.

—Perdona lo de antes, no he sido correcto; pero...

—Olvídalo —interrumpió Norbert sus palabras, pues no eran necesarias. Había colgado la chaqueta en el perchero de madera, que estaba en una de las esquinas de la amplia habitación, la corbata asomaba parcialmente por el bolsillo derecho, y se dirigió a servirse un poco de agua.

—*Scusa* —repitió de nuevo, en el centro del reservado y presintiendo que algo grave iba a sacudir su vida.

Norbert, comprensivo y apenado por él, le puso una mano en el hombro y lo sacudió casi imperceptiblemente.

—Mírame, vas a sentarte y a escuchar con tranquilidad lo que tengo que contarte, *¿capisci?*

Lombardo sonrió ante su pregunta.

—¡Pero qué acento italiano tienes más malo! —bromeó para romper la tensa situación—. Sí, te comprendo.

Y, una vez que lo vio tomar asiento, empezó a desgranar la visita a sus sobrinos de Charity y su hijo, deteniéndose más en la parte en la que se quedaron los tres solos. No le era fácil hacerlo, a pesar de que se lo planteó de forma profesional, le resultaba terriblemente dificultoso dejar sus sentimientos a un lado y hablar de manera fría, cerebral. Por ello, el relato estuvo acompañado de multitud de maldiciones, juramentos y palmadas en la mesa, todo fruto de la impotencia por no haber podido ahorrar a la joven

pareja esa mala experiencia.

Lombardo, rígido en la silla y asiendo con fuerza los brazos de esta, escuchaba y se embebía de cada palabra dicha y del gesto que la acompañaba; controlándose para no salir a la carrera en busca de su mujer y que negara haber participado en un acto tan deleznable. Sin embargo, eran demasiados datos, demasiadas coincidencias que de pronto se presentaban con una nueva apariencia al ser contempladas desde otro prisma, y él no era hombre de apartar la vista ante un hecho de esas características. En realidad, de ninguna; él era un guerrero de la vida como lo fueron sus ancestros.

Tras callar Norbert, un vacío los envolvió de manera agobiante, al borde de la asfixia. Se sirvió otro vaso de agua y llenó el de Lombardo, poniéndoselo delante, que le observaba con la boca fruncida y golpeando con el índice sobre su muslo derecho.

—Y dices que Virginia negó en tu despacho cualquier participación —le preguntó con la mirada en un punto indeterminado por encima del hombro de su amigo.

—Así es —contestó escueto, a la espera de su reacción, que sin duda sería explosiva.

—Y a Charity se le escapó la mitad de su nombre. —Norbert asintió—. Y le habló de una amiga, rica en ese momento y en la actualidad...

—Que le cedió gratis un apartamento... —dejó en el aire Norbert la frase, como si ese dato fuera la llave para resolver el misterio.

Lombardo se levantó con tal lentitud que solo a un desconocido podría engañar sobre cuál sería su siguiente paso. Alzó la mano en puño para descargarlo sobre la mesa, pero Norbert lo detuvo en el aire, forcejeando con él en un intento de evitar que pudiera lastimarse.

—¡Suéltame! —vociferó Lombardo, que al momento se vio libre de su agarre aunque seguía bajo su fijo escrutinio.

Cruzó las manos sobre la nuca, dando vueltas por el cuarto a grandes zancadas, maldiciendo y soltando una retahíla de imprecaciones en su idioma natal que Norbert apostaría a que no eran aptas para la mayoría de los oídos. Resoplando, buscando un aire que parecía no encontrar entre esas cuatro paredes.

—Pero ¿cómo ha sido posible?! ¿Cómo ha podido hacerle algo así a un ser indefenso?! ¿Pero con qué clase de mujer estoy casado?! ¡*Madonna mia!* Esto es... ¡Esto es una pesadilla! —exclamó con voz ronca, costándole la

misma vida poder asimilar un hecho tan inhumano.

—Ven, siéntate y hablemos, amigo —le propuso Norbert, echándole un brazo por los hombros y forzándolo a que le acompañara, lamentando en lo más profundo de su ser verlo tan hundido.

Tras dejarse llevar hasta la silla, en la que se derrumbó, se cubrió el rostro con las manos y dejó que un llanto sordo le sacudiera el cuerpo y el alma.

Norbert arrastró una silla para sentarse frente a él, los codos clavados en los muslos, las manos juntas bajo el mentón y la mirada en el suelo, respetando su desahogo. No le gustaba verlo en ese estado, es más, le impresionaba que un hombre de su corpulencia y poder social se hallara tan derrotado y herido; todos tenían la imagen de él de un ser invencible, ¡un Colosimo!, apellido que era sinónimo de triunfo, trabajo y autoridad; de una influencia cuyos tentáculos se extendían por todas y cada una de las capas sociales que conformaban la ciudad de Chicago, tanto en el presente como en el pasado.

—Amigo, necesito que te repongas —lo instó con voz tomada—. Hay que averiguar primero si es cierto; hablar con ella.

—¿Cuántos años tiene Diane?

Norbert titubeó un segundo, sorprendido.

—Pues... unos veintiocho. Sí, esa edad, es dos años menor que mi sobrino.

Lombardo, consternado, movió la cabeza a un lado y otro.

—El menor mío, Luigi, ha cumplido treinta y uno. Esa niña nació tres años después... —Norbert asintió, sin comprender a dónde quería ir a parar con esa cuestión—. No puedes entenderlo, no sabes el significado que tiene para mí.

—No, no lo comprendo, ¿qué quieres decir? —le preguntó, poniendo una mano en su rodilla izquierda para que sintiera su tacto y saliera de esa ensoñación en la que parecía encontrarse.

—¿Recuerdas el abrazo que me dio el día del entierro de mi padre?

Norbert no perdía detalle de ninguno de sus gestos, recibió una palmada en su mano y lo vio levantarse. Su mente analítica empezó a buscar el motivo por el que se centraba en Diane, pareciendo dejar a un lado a Virginia, «¿*acaso hay algo que yo no sepa? Porque esa es la impresión que me estás dando*», se planteó mientras se recostaba en su asiento y seguía con la vista a su amigo.

—¿A quién te refieres? Hubo mucha gente.

—A tu sobrina. Fue un gesto instintivo, de corazón, como sus palabras de consuelo; no las he olvidado —dijo lo último recostándose en el mueble aparador y sujetándose a él, pues sentía menguadas sus fuerzas.

—Es una chica excepcional, todos estamos muy orgullosos de ella.

—Sí, cualquier familia se sentiría bendecida de tenerla entre los suyos.

Norbert sabía que entre sus palabras navegaba escondido algo que se le escapaba.

—¿Qué ocurre, Lombardo? He sido franco contigo, así que si hay algo que yo desconozca, te ruego que me lo digas. Se trata de mi familia, no te digo más.

Había abandonado su asiento mientras le hablaba, posicionándose frente a él con las manos en las caderas y mirándolo fijamente a los ojos, exigente en la pose.

Lombardo le sostuvo la mirada, señal de que no tenía nada que esconder. Sin embargo, cuando escuchó su relato, su corazón empezó a sangrar ante lo que su mente había vislumbrado como una perdida y cercenada posibilidad de algo que pudo existir; perdida porque no podía hacer retroceder el tiempo, y cercenada porque, en realidad, no se le brindó la más mínima oportunidad de vivir.

—Tu familia está a salvo —le respondió, enderezando los hombros, reconstruyéndose interiormente y tomando una decisión—. El daño está hecho y no se puede enmendar. Pero conocemos a las culpables, ¡y te juro por la memoria de mi difunto padre que lo van a pagar!

La voz aparentemente tranquila con la que habló no restó ni un ápice de gravedad y amenaza a su sentencia.

Norbert observó los nudillos blancos por la presión que ejercían sus manos sobre el mueble, y no le gustó el cariz que acababa de tomar la conversación. Dio un paso al frente, acercándose a ese hombre que mostraba una insensibilidad que él sabía era falsa.

—Sé que me ocultas algo, nos conocemos demasiado bien como para no advertirlo. Pero sea lo que sea, te ruego que no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. —Adelantó otro paso y puso una mano sobre su hombro izquierdo—. No te habla el abogado, sino el amigo. No ensucies tu nombre ni tu prestigio; tienes dos hijos, piensa en ellos.

—Y es lo que hago, son lo único que me importa —le aseguró con

decisión, palmeando su mano—. Me parece perfecto que Peter tenga esa entrevista, pero sé que ella se va a negar a ir, máxime cuando ya sabrá el resultado de la de su *Lady* con su hija.

Norbert frunció el ceño, de acuerdo con él, y se dirigió a la mesa para servirse otro vaso de agua, sentía la garganta seca como la arena del desierto.

—Así que haremos lo siguiente —continuó, exponiendo su plan—. Yo voy a adelantar un viaje que tenía programado para dentro de unos días, no puedo soportar verla en casa y fingir que todo está bien. —Se restregó la cara con desesperación, frustrado—. Solo serán unos cuantos días, ya te diré cuándo regreso exactamente. Y justo entonces la llamas y quedas con ella, aquí, en el reservado.

El agua que tragaba en ese momento se le fue por otro conducto y una tos agónica azotó el pecho de Norbert, impidiéndole hablar, pero no el poder negar con la cabeza. Cuando se hubo recuperado verbalizó lo que su amigo ya sabía.

—No, no pienso llamarla y, mucho menos, tener una cita con tu mujer —refrendaba la negativa con el movimiento de sus manos—. No...

—¿Por qué no quieres?

—¡No! —insistió con más ahínco.

—Vamos, ambos sabemos que si tú se lo pides, ella aceptará —le lanzó como mensaje subliminal.

Norbert negaba con la cabeza una y otra vez, de espaldas a él y dando unos pasos sin rumbo. Tenía en su mente las palabras que ella le dijo horas atrás, el rechazo que le habían producido. ¿Pero cómo decirle la verdad a su amigo, al esposo de...? Además, ¿qué significaba que si él se lo pedía, ella...?

—Norbert, ¿crees que no lo sé? ¿Que no me he dado cuenta de la atracción obsesiva que tiene mi mujer por ti? —le preguntó con una media sonrisa en el rostro imposible de definir, plantado en el centro de la habitación y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Se giró a él como una exhalación, horrorizado por lo que acababa de escuchar.

—Lombardo, ¡jamás! ¡Escúchame bien! ¡Nunca le he dado pie a nada! ¡Nunca le he hecho ni la más mínima insinuación ni he aceptado las tuyas! —confesó al tiempo que la delataba, importándole bien poco lo último—. ¡Jamás!

Fue hasta su alterado amigo y sujetó sus antebrazos antes de hablarle.

—¡Lo sé! ¡Por supuesto que lo sé! ¿Crees que estaríamos ahora hablando si no tuviera esa certeza? ¡*Madonna Santa!* ¡En quien confío es en ti, no en ella, que es una... casquivana provocadora! Por eso sé que no ha habido nada entre vosotros —intentaba calmarlo, aunque por su respiración agitada veía que no lo estaba consiguiendo.

—¡Ni lo habrá! ¡Maldita sea, ni lo habrá!

Siempre supo de la fascinación que Virginia sentía por su, primero, abogado y luego amigo. En alguna ocasión se lo hizo notar a ella, pero ante sus respuestas belicosas y desabridas optó por dejar correr el tema, sabía que él no caería en las nada discretas redes que su mujer le tendía. Los dos hombres estaban hechos de la misma pasta: fieles a sus esposas y a unos principios de los que hacían gala.

Norbert se sentía avergonzado y arrepentido por haber callado lo que, pensaba, solo conocían Pamela y él mismo. Entremetió los dedos por su pelo y respiró con profundidad un par de veces.

—No hay nada más que hablar de este tema, ¿entendido? —propuso Lombardo, que deseaba pasar esa página tan desagradable para ambos.

Tampoco ignoraba que esa misión, concertar con ella una cita, no era de su agrado, pero no veía otra forma de conseguir su propósito, que iba más allá de la reunión entre Virginia y Peter.

Norbert asintió, calmándose al comprobar que creía en su palabra. Y se planteó si esa misma situación no se habría dado también entre ella y otro hombre, y si ese desconocido se habría mantenido firme en su lugar como él. No quiso perder ni un segundo más en ese pensamiento. No era su problema, a pesar de que lamentaba el papel tan desairado que le tocaba interpretar a su amigo en esa función.

—Bien, *avocatto* —ironizó para relajar el ambiente—, esto es lo que vamos a hacer...

Capítulo 21



Diane recorría con la mirada la conocida fachada de ladrillo visto mientras Peter aparcaba en la acera de enfrente. Un cúmulo de recuerdos se le agolparon a cual más emotivo, consiguiendo que se le cerrase la garganta y un escalofrío erizara su piel.

—¿En qué piensas, mi vida? —la distrajo, apagando el motor y girándose a ella, observándola.

—Pensaba que, a pesar de todo, he sido feliz aquí —confesó con la voz a punto de que se le quebrara y sin apartar la vista del que fue su hogar—. Hacía mucho que no venía.

Peter pinzó su barbilla e hizo que volviera el rostro a él, para contemplar con dolor que unas lágrimas surcaban su rostro. Verla llorar era algo que le superaba, y agradecía al valhalla que esa situación se hubiera dado en muy contadas ocasiones; la mayoría de veces por motivos festivos. Buscó en su mente las palabras que la confortaran, pero cuando quiso hablar, ella lo silenció poniendo un dedo sobre sus labios.

—No te apenes, mi dulce amor, ahora tú eres mi hogar y refugio; ¡mi vida entera!

Y la frase con la que iba a consolarla quedó en el olvido ante tamaña declaración, pues sus venerados ojos negros rebosaban sinceridad y firmeza. Firmeza que él perdía y que solo podía recuperar de una manera: besándola con una desesperación que no estaba lejos de sentir tampoco ella.

—¿Tú sabes cuánto te amo? —le preguntó una vez recuperado el aliento

y con su perfecto óvalo entre las manos.

—Psss... Algo intuyo... —bromeó para aligerar el tenso ambiente y con un rápido pestañeo que sabía a él siempre le divertía.

—Pues muy mal, tendré que hacer algo esta noche para que dejes de *intuirlo* —remarcó la última palabra mientras, con la excusa de desabrocharle el cinturón de seguridad, acariciaba su cadera.

—Y emplearte muy a fondo —le advirtió ella con sorna.

—No te quepa duda, valquiria.

Entre risas, se apearon del coche y cruzaron la calle para adentrarse en el orfanato, lugar en el que ella pasó prácticamente toda su vida: Mercy Home. Diane intercambió unas breves palabras con el celador que se encontraba en la entrada, que le confirmó la cita y le indicó dónde los esperaba el padre Mahoney. Ella, al conocer sobradamente el recinto y como antigua alumna, según le explicó al hombre, renunció a que los guiaran al despacho del sacerdote.

Dejaron atrás el amplio vestíbulo cogidos de la mano, él atento a las entusiastas explicaciones que ella le daba sobre a dónde conducía aquella escalera o lo que había tras la puerta que se veía al fondo... Ya más calmado al comprobar que la melancolía había dado paso a un alegre nerviosismo en el que su característica verborrea tomaba el control de los sentimientos.

El rápido andar con el que se dirigía a la amplia puerta de cristal, forzando la marcha de su marido, que miraba a todos lados para no perder detalle alguno, era acompañado por el eco de su taconeo que retumbaba en las paredes y el alto techo devolvía amplificado. Salieron a un espacioso y bien cuidado jardín interior que tenía forma de cuadrado, con diversos caminos empedrados, y bordeados de setos a media altura que invitaban a pasear por ellos. A pesar de estar rodeado por diversos edificios, era tal su amplitud que no transmitía la sensación de encierro. Diferentes fragancias asaltaron sus sentidos, y Diane respiró con profundidad, invadida por los recuerdos que...

—¡Escóndeme, rápido!

Peter se sobresaltó ante la petición de la voz infantil que trataba de ocultarse tras sus piernas. Quiso girarse, pero unas pequeñas manos aferraban con fuerza la tela de su pantalón, y temió tirarla si hacía un movimiento brusco.

—¿Pero qué...?! —articuló girando medio cuerpo y consiguiendo ver

solo una mata de pelo rubio rizado.

Diane, también sorprendida, miró en torno, buscando el peligro del que huía la pequeña. En la esquina más alejada, vio un grupo de niños que parecían jugar con un gran escándalo de voces y saltos. Imaginó que la niña habría venido a ellos bordeando el seto, agachada, y de ahí que los sorprendiera.

—Me quieren quitar mis caramelos —volvió a hablar, asomando esta vez la cara por el lateral de la pierna derecha de Peter y mirando al frente.

Peter frunció el ceño y puso una mano sobre la cabellera de la cría, dirigiendo la vista al bullicioso y único grupo de chicos que había en el lugar, cuando vio que uno corría hacia ellos tres, lo que le hizo envararse. «*¿Es que no hay vigilancia aquí?*», se preguntó molesto.

—¡Gia! —la llamó el pequeño al estar más cerca, pues él mismo le había dicho que corriera hacia el hombre y la mujer que vio entrar en el jardín.

—¡Alto! ¡Ahí quieto! —le ordenó Peter con voz potente, frenando en seco la carrera del chaval—. ¿Se puede saber qué...?

—¡No, señor! Él es mi amigo —salió de su escondite la pequeña para defenderle y ponerse a su lado.

Diane observaba muda la escena, pero sin perder detalle de lo que ocurría al fondo. El pequeño que tenían ahora a su lado tomaba aliento y se echaba el flequillo hacia atrás, sin preocuparse de su camisa, que asomaba en parte por fuera del pantalón.

—¿Te han pegado, Adri? —preguntó en voz muy baja la pequeña.

—Es que he resbalado —explicó él ante el aspecto que tenía uno de sus codos con la piel un poco levantada.

A Diane le resultaba tan familiar la escena que no necesitó oír más para intervenir.

—No es la primera vez, ¿verdad? —afirmó inclinada hacia los dos pequeños—. ¡Es que hay cosas que no cambian, demonios!

Peter refrenó la sonrisa que le provocó la exclamación de su esposa, ya que la situación no era para tomarla a broma; pero aun así...

—¿A ti también te los querían quitar? —interpuso, imaginando la escena de su valquiria peleando por cualquier dulce.

—¡Ja! Conmigo no se atrevían, siempre iban a por Kathy. —Dio un taconazo, removiendo algunas de las menudas piedras—. Y, claro, no lo iba a permitir.

—Obvio —remató Peter, al que le habría encantado no perderse esa batalla.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo Georgia; y él, Adrian —contestó con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Quieres un caramelo? —Metió la menuda mano en un bolsito de tela de vivos colores, que llevaba cruzado sobre el pecho, y sacó una bolita rosa.

—¡Uy, mi preferida! —exclamó Diane, cogiéndola de su palma extendida—. Él es Peter, mi esposo, pero yo le llamo Thor. —Este miró al cielo, «*ya empezamos*», se dijo—. Y yo soy Diane.

—Yo la llamo Gia —aclaró, señalando a su amiga—. Y ella a mí, Adri.

—¡Sí! Toma otro para ti —le dijo Gia a Peter—. Tenemos los ojos del mismo color, y el pelo.

—Así es, pero los tuyos son más bonitos —la alabó, cogiendo a continuación la bolita roja que le ofrecía y que se le quedaba pegada a los dedos. Le echó una mirada a su esposa y vio que esta reprimía la risa, los caramelos estaban realmente pringosos, pero no le había advertido, por lo que se ganó una muy explicativa ceja alzada.

—Y ahora vamos a ir a hablar con aquellos pequeños abusones. No podemos permitir que esto se repita, ¿verdad, Thor?

—Por supuesto, hay que poner orden —le siguió el juego, pensando que era solo palabrería; pero cuando vio que cogía de la mano al niño y que Gia cogía la de él, sus alarmas saltaron—. ¿No sería mejor avisar a un profesor?

No obtuvo respuesta, pues antes de terminar su sugerencia, ella ya caminaba decidida en dirección a los monstruos que no habían dejado de mirarlos desde que los pequeños les empezaron a hablar.

Peter, al tercer paso, percibió que la pequeña tenía un leve bamboleo al andar. La miró de reojo, con disimulo, notando su diminuta y pegajosa mano en la suya; sí, cojeaba. Sintió que la furia le aceleraba la respiración.

—¿Te has hecho daño al correr? —le preguntó, aminorando el paso y admirado de que ella no se quejara—. Espera, que te cojo en brazos por si...

—No hace falta, Thor, gracias. Es que mi pie es diferente; pero no me duele ni nada —le aseguró, balanceando sus manos juntas, como en un juego.

Bajó la vista al pie de la niña y descubrió que llevaba unos zapatos abotinados de cordones, y que el izquierdo tenía una cuña especial que le permitía poner toda la planta del pie en el suelo.

—No duele —insistió Gia al ver el gesto de preocupación del hombre que la llevaba de la mano—. ¿Quieres otra bolita?

El nudo que se le había formado en la garganta le impedía hablar, así que se limitó a extender la mano libre para que le diera otro caramelo, esta vez era amarillo.

Diane, que los había escuchado, miró un segundo atrás, observando la estampa que ofrecían la niña y su marido. La pequeña, feliz y asiendo con fuerza la mano de él mientras sus rizos no dejaban de moverse al compás de sus pasos; él con el rostro serio y la mirada fija en el grupo de niños al que se acercaban. Aunque le apenaba que la niña tuviera ese problema físico, sonrió por la imagen que presentaban los dos, como si fueran... «*No te dispares, Diane, que nos conocemos, y enfócate en lo que importa ahora*», se advirtió a sí misma.

—Muy bien, chicos —habló Diane cuando los tuvo en frente—. ¿Quién de vosotros es el que le quita los caramelos a mi amiga?

Los chavales, de entre ocho y diez años, la miraban en silencio, no querían delatar al culpable porque, si lo hacían, seguro que habría represalias.

—¿Y quién se ha peleado con Adrian? —intervino Peter—. Venga, ¿dónde está el valiente? —Paseó la mirada por los cuatro rostros mudos y sonrió achicando los ojos—. ¿O habéis sido todos? Porque si es así, el único valiente aquí es nuestro amigo.

Diane le echó una rápida mirada con la que él comprendió el mensaje: ¿los estás regañando, o animando?

Un coro de excusas, súplicas y acusaciones se alzó de improviso, y que hacía ininteligible lo que cada uno intentaba decir.

—Adri siempre me defiende cuando se ríen de mí —aprovechó Gia la ocasión para hablar bien de su amiguito.

—¿Que se ríen de ti?! ¡¿Además de quitarte los caramelos?! —exclamó Diane poniendo cara de horror y soltando la mano del niño—. ¡Ah, no! Eso no se hace, es una falta muy grave y que hay que decírsela a vuestro tutor.

Uno de los niños amonestados, el más alto, se echó a reír de forma muy escandalosa y descarada.

—¿Y tú quién eres? ¿Su madre? —Y volvió a su risa estridente, que imitaron el resto de sus colegas.

No hubo tiempo de cruzar una palabra más, y eso que Diane tenía la respuesta en la punta de la lengua. Adrian, como una bala, se tiró con tanta

fuerza sobre el que había insultado a la simpática mujer que los dos cayeron tropezando con el seto, cuyas ramas se abrieron y permitió que aterrizaran sobre la hierba que había tras él.

—¡¡Adriiii!! —gritó asustada la pequeña, que aunque no era la primera vez que lo veía pelear, le daba miedo que le hicieran daño.

Peter, rápidamente, soltó su mano y se metió por la verde abertura para separar a los dos niños, que pataleaban y se esforzaban por quedar uno encima del otro.

—¡Basta! ¡Ya! —les dijo mientras cogía a Adri por la espalda e intentaba sujetar al otro por el pecho, apartándolo—. ¡He dicho que basta!

—¡Es nuestra amiga, que ha venido a vernos! —gritaba Adri con rabia, con el pelo otra vez revuelto y descamisado.

—¡Y él es Thor! —apuntó Gia, dando unos pasos al frente como si esa fuera la solución del conflicto, y a la que Diane detuvo poniendo sus manos en los menudos hombros para interponerse entre ella y los chiquillos.

—¡Y yo soy el padre Patrick Mahoney, y quiero saber qué está pasando aquí!

Todos los ojos se centraron en la figura del recién llegado. Unos, con temor; otros, con alegría; pero todos sorprendidos al no haberlo visto venir.

—¡Padre Mahoney! —lo saludó Diane, yendo rápidamente a él y dejando dos besos en sus mejillas, ante el estupor de la chiquillería, que temían al adusto y viejo sacerdote.

Este, que había observado la escena desde la ventana de su despacho, en el primer piso, sabía perfectamente quién era el culpable, como en otras ocasiones, y cómo se había desarrollado todo; pero no quiso desaprovechar la ocasión de bromear con su antigua pupila.

—Vaya, vaya. La pequeña y revoltosa Diane vuelve al ataque, pero esta vez no veo a Kathy por aquí... —dijo tras devolverle los besos y haciendo el paripé de buscar a su amiga.

—¡Oh, vamos, padre! Que mis causas siempre eran justas —se defendió la aludida—. A ver, Adri, deja que te ponga bien la ropa, ¡y qué pelos!

El pequeño, sin opción a escape, se dejó hacer por la dinámica mujer ante la vista de sus compañeros. Algunos mostraban un semblante de burla ante la manipulación a la que era sometido, pero otros... Otros envidiaban no ser ellos los protagonistas de sus atenciones.

—Peter Lindgren, esposo de la pequeña y revoltosa Diane —se presentó,

ignorando la mirada de advertencia que le lanzaba ella.

—Un placer conocerte, Peter. —Le estrechó la mano con fuerza y le guiñó un ojo, cómplice. Después, se giró a los chiquillos para echarles «su mirada especial» antes de hablarles—. Ahora, todos ustedes, pequeños aprendices de gánsteres, se van a ir derechitos a presentarse ante el padre Brennan. —Levantó una mano, silenciando al momento las protestas que se acababan de alzar—. Y como aquí no hay mentirosos, ¿verdad? —Nadie respondió—. Le vais a contar lo que acaba de suceder, él sabrá qué hacer.

Solo se escuchaban leves murmullos de desaprobación y arrastrar de pies, pero ninguno se movía de su sitio. Gia había vuelto a coger la mano de Peter, mientras que Diane tenía las suyas sobre los hombros de Adri, los cuatro a la expectativa.

—¡Marchando! —clamó el padre Mahoney, provocando la estampida de todos en dirección a una de las entradas del edificio que tenían a sus espaldas—. ¡Pequeños diablos!

Una breve charla se originó entre los tres adultos recorriendo el camino por el que el sacerdote había hecho su aparición, hasta llegar a la puerta de doble hoja y que daba acceso a la zona en la que se encontraba su despacho.

Tanto Diane como Peter descubrieron que tenían sentimientos encontrados. Por un lado, comprendían que tenían que soltar las manos de los dos niños para dejarlos ir; pero, a la vez, y ese era el problema, no querían dejar de percibir su cálido, y pegajoso en el caso de Gia, contacto.

Diane, acostumbrada por su trabajo a tratar con niños de esas edades, se hallaba un poco aturdida, no se explicaba qué le pasaba, pues con ninguno de sus alumnos había tenido una conexión tan... extraña. Así que se dedicó a parlotear, nerviosa, en una despedida larga y llena de recomendaciones y consejos para que no los volvieran a avasallar más.

Peter no se encontraba mejor, la lesión de la niña le había tocado el corazón; pero el arrojó de Adri le trajo imágenes de sus peleas con sus primos cuando tenían más o menos esa edad y también de mayores, mucho más mayores, «*la última hará un mes, si acaso*», recordó con un amago de sonrisa; pero esas peleas siempre fueron en plan de juego, amistosas, nunca para ocasionar daño; por eso, le hubiera gustado darle algunas indicaciones a Adri para quitárselos de encima sin problemas cuando se volvieran a enfrentar, hecho que estaba seguro volvería a ocurrir.

—Os prometemos que vendremos otro día con más tiempo, y

charlaremos, ¿verdad, Peter? —le lanzó a su despistado marido.

—¿Qué? ¡Ah, sí! —Reaccionó rápido—. Y os traeremos más caramelos, a ser posible de los que vienen envueltos en papel.

La risa de Gia, que mostraba una mella, los sorprendió, contagiándolos con su loca hilaridad. Se dijeron adiós con besos y abrazos, y Diane y Peter los vieron irse cogidos de la mano, no sin antes recibir otras dos bolitas de regalo de la niña.

El camino hasta el despacho del sacerdote lo hicieron en silencio, examinando cada uno los sentimientos que esas dos personitas les provocaban.

Una vez acomodados en la oficina, el padre Mahoney les preguntó por sus vidas, trabajos..., ayudándolos a salir de esa nube de tristeza que parecía envolverlos.

Diane, percatándose de la buena intención del hombre, se rehízo y lo puso al corriente de su vida. Le habló de su marido, que asentía a sus palabras con una sonrisa, de cómo se conocieron, de su boda de ensueño... También le hizo un brevísimo resumen de sus problemas físicos para quedarse embarazada, pero que ya se habían solucionado.

—Gracias a Dios, rezaré por ti, Diane —fue la respuesta del sacerdote, que se alegraba de tan buen desenlace—. Te mereces que la vida te dé todo lo que desees y haga feliz.

Esas palabras le recordaron otras que ella misma había dicho hacía pocos días, aunque el sentido no fuera exactamente el mismo.

—Gracias, padre —le dijo Diane con lágrimas en los ojos y apretando la mano que su esposo había tomado entre las suyas—. Pero también es cierto que la mayor y más horrible decepción llega cuando lo que creías que te haría feliz, en realidad solo te trae tristeza y dolor.

—¿A qué te refieres? —quiso saber, intrigado por su actitud derrotista.

El padre Mahoney conoció a Diane cuando lo trasladaron desde su tierra natal, Irlanda del Norte, al orfanato Mercy Home para que ejerciera en él como profesor y tutor; por aquel entonces, la pequeña contaba tan solo cuatro años de edad. La había visto crecer en todos los aspectos, fue testigo de la especial relación que se inició entre Kathy y ella a los pocos días de llegar la primera a la institución. Y también sufrió, aplacó y solventó algún que otro problemilla que su espíritu dinámico causaba por no detenerse un segundo a pensar en las consecuencias de sus «ideas geniales», situaciones a las que se

veía arrastrada la muy cerebral de su amiga.

Por todo lo anterior, le sorprendían las palabras de su antigua pupila. Sin embargo, al empezar a escuchar lo que esta le contaba sobre la sorpresiva aparición de su madre, más la trágica y temprana muerte de su padre, dejó su asiento, al otro lado de la amplia mesa, y llevó una silla hasta donde estaban ellos, sentándose a su lado. No le pasaba desapercibida la seriedad de Peter, su silencio, así como el leve temblor que a veces sacudía una de sus rodillas ante el relato de su esposa. Pero cuando supo la explicación que esa mujer había dado a su hija, carne de su carne, del porqué no la quiso y no dudó en abandonarla... Saltó de la silla como un resorte, su belicosa sangre irlandesa bullía clamando justicia ante un acto tan horrible y devastador.

Diane no se sorprendía de su reacción, sabía del talante irascible que dejaba suelto cuando algún hecho lo superaba, así que no se extrañó de verlo deambular por la habitación farfullando en latín y con el vuelo de la sotana azotando sus largas piernas; los cerca de setenta años de edad no le habían restado un ápice de agilidad física ni nervio en su temperamento, pensó ella.

Peter se debatía si seguir con la mano de su esposa entre las suyas o levantarse y acompañar al sacerdote en su desahogo, pues tanta quietud estaba poniendo a prueba sus templados nervios.

—Como le dijo mi tío Norbert —inspiró con fuerza—: es una madre desnaturalizada —terminó la cita con una fuerte palmada sobre la superficie de la mesa.

—¡Es una criatura del demonio! —matizó el padre Mahoney—. He visto casos de padres a los que los servicios sociales les quitan los hijos por no atenderlos adecuadamente, porque viven en ambientes insanos y peligrosos para los menores... —argumentaba parado ahora frente a ellos y con las manos en la cintura.

»Chicas que, por los motivos que sean, yo no voy a juzgarlas, siguen adelante con sus embarazos a pesar de no querer a los bebés, pero los entregan en adopción, ¡no los abandonan en la puñetera calle! Que la Virgen María me perdone, ¿pero qué clase de persona hace eso? —Señaló con un dedo a Peter—. Tu tío tiene razón: ¡tan solo una puñetera madre desnaturalizada! —rugió, descargando un puñetazo en la mesa que hizo tambalear el pequeño crucifijo que tenía sobre ella, un recuerdo de su último viaje a Tierra Santa.

—Bueno, bueno, tenemos que calmarnos —se apresuró Diane a rebajar la

tensión que los oprimía—. No lo voy a negar, ha sido un palo muy duro para todos; pero tengo una familia que me adora y un marido que...

—Te ama con toda su alma —declaró Peter con la voz estrangulada por la emoción y acunando entre sus manos el bello rostro de la mujer que era la luz de sus ojos, y, sin importarle quién estaba delante, besó sus labios disfrutando con avidez de su sabor.

Lógicamente, la pareja había vuelto a comentar el encuentro con Charity y su hijo en un intento de hallar ese matiz que se les hubiera escapado y que resultara ser la explicación razonable a su injustificado proceder. No obstante, y a pesar del empeño puesto, no hubo disculpa posible. Y llegaron a la única conclusión razonable: esa era su naturaleza y no se podía cambiar. A partir de ese instante, ese velo de zozobra y remordimiento por si no se comportaban correctamente, tanto en sus actos como en sus sentimientos, se diluyó como la niebla matutina al contacto con los rayos del astro Sol y se centraron en su proyecto de vida, en ellos mismos y en los seres amados que compartían sus ilusiones y esperanzas.

El sacerdote los observaba con satisfacción, quería a la inquieta chiquilla y se alegraba de que el destino le hubiera deparado a ese hombre que se mostraba rendido ante ella.

—A ver, chicos, un poco de compasión —bromeó tras un fuerte carraspeo—. Que el que sea viejo y lleve sotana no quiere decir que no sea un hombre, ¡que no soy de piedra! —terminó su nada creíble amonestación, echándose a reír y volviendo a su asiento, tras la mesa.

—Perdón, padre —se excusó Diane con las mejillas ruborizadas.

Les regaló una sonrisa bonachona antes de ponerse serio y extender los brazos sobre el escritorio.

—Dadme vuestras manos —les pidió, asiendo la izquierda de Peter y la derecha de ella, sujetándolas con fuerza—. Bendito sea el amor que os une, pues él será la fuerza y el sustento para los días malos, que, aunque sean pocos, los habrá, y para enfrentaros a cualquier vicisitud en vuestro camino vital. Fijad vuestra mirada hacia delante, en lo que podéis hacer; nunca hacia atrás, en lo que no se puede cambiar.

Se calló, permitiendo que sus palabras calaran en esos dos jóvenes corazones que latían al unísono. Veía reflejado en sus ojos la emoción que sentían, así como las lágrimas que a ella se le escapaban. Y continuó hablando para dirigirse a Diane.

—Pequeña, el llanto que tu madre —soltó un bufido— te ha provocado será el suyo el día de mañana, y no es venganza, sino justicia... ¿divina? Yo así lo creo.

Peter, enmudecido, soltó la mano del sacerdote, tras darle un apretón, y bajó el rostro. No le deseaba ninguna mal a esa mujer; pero si la suerte no la acompañaba, tampoco lo lamentaría, en absoluto.

Diane se enjugó las lágrimas y suspiró con fuerza.

—Padre Mahoney... Eres la persona más buena que he conocido, después de mi Thor, por supuesto —lo alabó, tuteándolo a pesar de dirigirse a él con la familiar fórmula de respeto.

—Por supuesto —la imitó el sacerdote con ironía, provocando que ella se levantara y fuera hasta él para abrazarlo por el cuello con todo el sentimiento que el buen hombre de Dios le provocaba.

—¡Si es que tiene un corazón muy blandito! —comentó ante sus aspavientos para que lo soltara, arrancando sonrisas tanto en su marido como en el sacerdote, emocionado este por su demostración de cariño.

—Sí, muy blandito... ¡Lo que pasa es que siempre has sido una manipuladora! —contraatacó divertido mientras se recolocaba el alzacuellos, ya libre de su agarre.

—¡¿Yo?! —exclamó Diane con cara de horror, volviendo a su asiento y señalándose con un dedo.

—Sí, tú —insistió, luchando por no echarse a reír.

—Un poquito sí que lo eres, mi vida —terció Peter, ganándose un manotazo en la rodilla.

—¡Ja! Hijo, ¿te ha contado qué pasó en una visita que hizo su clase al zoológico? —le preguntó el padre Mahoney, a lo que Peter negó con la cabeza.

—¿Qué hiciste, valquiria? —Se inclinó hacia ella después de lanzarle un guiño cómplice al padre, que disfrutaba viendo el apuro de ella—. ¿Le ocultas cosas a tu esposo?

Diane se puso en pie, las manos en la cadera y tamborileando con la puntera del zapato el entarimado suelo.

—Sois... Sois... —Dio un soplido para apartarse el flequillo de los ojos—. ¡Yo no te oculto nada! Y lo que pasó aquella mañana fue el resultado de querer arreglar, en parte, una injusticia. ¡Nada más!

—¡Y nada menos! —añadió el sacerdote con los brazos al cielo.

Lo miró con los ojos entrecerrados, era increíble que todavía se acordara de lo que solo fue una inocente travesura...

—Que te lo cuente en casa, Peter, que estoy seguro que desde aquí oiré tus risas —le propuso, sin despegar la vista del rostro contrariado que mostraba ella.

—Ya lo creo que me lo va a contar, ¿verdad, *min lille*? —Se incorporó para atrapar una de sus manos y atraerla a él, devolviéndola a su asiento y besando su sien.

—De acuerdo, pues hablemos de lo que os ha traído hoy aquí, el programa de tutoría —les dijo de manera muy formal y circunspecta, ganándose inmediatamente la atención de la pareja—. Ya sabéis que está enfocado hacia los jóvenes, a que tengan una referencia, una guía de vida ejemplar a seguir.

—En el caso de mi esposa, lo veo ideal. Ella es un ejemplo de superación —explicó Peter—. Pero yo, afortunadamente, lo he tenido todo, tanto material como afectivamente; no sé qué...

—Hijo —lo interrumpió, cabeceando levemente y con las manos unidas sobre la mesa—. No te infravalores. He visto chavales que lo tenían todo, como tú dices, y ahora luchan por salir de pozos que ni imaginas.

Diane, que asintió a lo que escuchaba, cogió una mano de su esposo y se la llevó a los labios para besarla. Ellos ya habían tenido también esa conversación, y estaba totalmente de acuerdo con la opinión del viejo sacerdote.

—En tu caso —continuó hablando—, tenías todas las herramientas necesarias para ser lo que hoy eres, y las utilizaste; pero podías no haberlo hecho y haber cogido otro camino. Sin embargo, seguiste un sendero de humildad, honradez, responsabilidad y duro trabajo, pues sé que así ha sido. ¿Y me vas a decir que no eres ejemplo de nada?...

Peter no podía articular ni una sílaba, la vista de ese hombre iba más allá de lo físico, su percepción era increíble, ya que su argumento había dado en la diana. Por lo que se limitó a afirmar con la cabeza.

—Eres un buen hombre, mi dulce amor —remató Diane, que lo miraba con el corazón asomado a los ojos.

—Perfecto, todo aclarado —rubricó sus palabras con una palmada en la mesa—. Ahora a lo que iba. Después de lo que he visto a vuestra llegada, con esos chiquillos, he pensado que podemos hacer una excepción y...

—¡Sí! —afirmó Peter con rotundidad al imaginar lo que les iba a proponer.

Diane miraba a uno y otro sin entender a qué se referían.

—¿Alguien me lo explica? —pidió con nerviosismo, pero no hizo falta. La contagiosa alegría de Peter, que apretaba su mano, y el brillo de sus ojos le dieron la respuesta, que ella aceptó con un entusiasmo desbordante—. ¡Oh! ¡¡Sí!! ¡Sí, sí y sí!

Esa noche, relajado en el silencio que lo acompañaba y después de hacerle el amor a su valquiria con una intensidad que rayaba la locura, encendió la diminuta lámpara de lectura y sacó su diario del cajón de la mesilla de noche.

Lo abrió por la última anotación; no era tiempo de releer las anécdotas, recuerdos y pensamientos que plasmaba en él, como hacía en otras ocasiones; ni siquiera se había tomado la molestia de relatar lo acontecido con Charity y Hampfrey. Respecto a la primera, pensaba que no se merecía ni una mención; y en lo referente a él, aún estaba por ver su juego, pues estaba seguro de que algo escondía.

No es que no hubiera tristeza y pesar en muchas de las líneas escritas, que las había, sino que sentía que esa mujer enturbiaría lo que ahí se narraba como si fuera un líquido corrosivo que se derrama y que de forma lenta e inexorable destruye lo que toca.

«No, a pesar de los malos momentos, este es un diario de esperanza, de amor y de vida», pensó mientras sonreía y tiraba de la sábana para tapar mejor a su valquiria, notando que ella intensificaba el abrazo a su cintura y suspiraba.

Volvió la vista a la libreta y pasó la página.

«Sí, empezamos una nueva etapa, min lille. Un nuevo capítulo en nuestras vidas».

Y, con el corazón desbordado de amor e intentando controlar el temblor de su mano, empezó a escribir:

Hoy, siete de mayo...

Capítulo 22



Seis días.

Seis desesperantes días habían pasado desde la última vez que estuvo en ese mismo reservado del club. Los tres cuadros de marinas al óleo no lo ayudaban a remitir la sensación de claustrofobia que parecía cerrarle la garganta con mano de hierro.

—¡Maldita sea! —masculló Norbert tironeando del nudo de la corbata para deshacerlo, dejando que cayera a ambos lados de su cuello, y desabrochase el botón de la camisa.

Había sido duro elegir la ropa esa mañana, pero Pamela insistió en que se esmerase en la elección del traje y escogió por él uno de lana fría y seda, con corte italiano, de un tono gris oscuro que contrastaba muy favorablemente sobre el blanco de la camisa y la vistosa corbata de Hermès. Según ella, tenía que aturdir a Virginia con su presencia, así hablaría sin pensar. La respuesta de él fue la de quitarse la chaqueta mientras la miraba con intensidad a los ojos, en los que Pamela leyó con total claridad lo que venía a continuación.

Se acercó al mueble auxiliar, que estaba en un lateral, y se sirvió una copa de vino blanco de la botella que se hallaba, abierta, en la cubitera y que había recomendado el sumiller. Necesitaba refrescar la mente ante la imagen de su esposa deslizándose el raso de su camisón por ese cuerpo que a él le quitaba el sentido, y en el que los dos embarazos no habían dejado señal alguna.

—¡Joder!

Se estaba excitando como un adolescente, y esa no era la mejor forma de

recibir a Virginia, que ya se estaba retrasando.

Tras la llamada de Lombardo, al día siguiente de su encuentro, diciéndole qué día citar a su esposa, y él comunicárselo a su sobrino, no pudo evitar dejar de preocuparse por la situación tan violenta y desagradable que les tocaría vivir a todos; así que Pamela le propuso pasar unos días de descanso en la casa del lago, en Saint Helen, de donde habían regresado el día anterior.

Fueron unas jornadas de total calma, de pasear abrazados mientras hablaban de los últimos acontecimientos, de sus hijos, de su vida de matrimonio, del futuro... Y de renovar su amor en entregas largas y pasionales que nunca los dejaba satisfechos. Por eso, porque amaba a su esposa intensamente, pensar que se había vestido para gustar a otra mujer lo enojaba. «*Y precisamente este traje, su favorito, ¡maldita sea! Pero te pienso resarcir, mi amor...*». En ese pensamiento estaba cuando oyó la puerta abrirse.

Virginia llevaba días ansiosa, festejando su buena suerte al haber recibido la inesperada llamada de su amor platónico, solo había compartido la noticia con su amiga; pero aunque esta le recomendó que no se hiciera muchas ilusiones, pues no le encajaba esa cita con la idea que tenía del abogado de esposo fiel, no hizo caso a su consejo. Con la intención de pasar del plano ideal al carnal, pues se había propuesto seducirlo, se había cambiado cuatro veces de ropa hasta dar con la idónea: un vestido estampado de gasa con manga francesa, que se ceñía en la cintura para abrirse en una falda de amplio vuelo, hasta la rodilla, y cuyo generoso escote mostraba una buena vista de sus senos. Con el cabello suelto, libre como ella quería ser y que él la acompañara.

El saludo, al igual que siempre, fue afectuoso por parte de ella y muy medido por la de él. Le ofreció una copa, que Virginia aceptó al momento, y la invitó a sentarse en el lugar que había preparado: frente a él. Sin embargo, se vio sorprendido por la propuesta de un brindis totalmente fuera de lugar.

—Por nosotros, Norbert.

Izó su bebida mirándolo a los ojos al tiempo que disfrutaba de decir su nombre, alargándolo en un intento de que sonara sensual, pero que a él le resultó patético.

Al entrar, cuando lo vio a punto de beber, creyó que sufriría un infarto. Jamás lo había encontrado tan elegante, tan atractivo, tan... «*macho*». Lo admiró de arriba abajo, parada junto a la puerta, comiéndoselo con la vista y

mordisqueándose lascivamente el labio inferior. Deseaba a ese hombre con cada célula de su piel, y hoy haría realidad su fantasía.

En lugar de tomar asiento donde le indicaba, movió la silla al otro lateral de la cuadrada mesa, más cerca de... «*mi hombre*», le gritó con el pensamiento. Disfrutó del detalle de que él hiciera el ademán de retirarla para que ella se sentara, un acto galán que la enamoraba y que siempre tenía con su esposa, «*no como el patán de...*», se negó a completar la frase para no ensuciar con el nombre de su marido un momento tan bonito, tan soñado.

Norbert, haciendo un ejercicio de contención excepcional, parecía leerle la mente de tan evidentes que eran sus gestos; se sentía asqueado, y el hecho de que Pamela supiera de esta cita no lo ayudaba en absoluto, pues el sentimiento de estar traicionándola le oprimía el corazón dolorosamente. Se había prestado al juego únicamente por sus sobrinos, por Peter en concreto, ya que Diane aún ignoraba lo que estaba por suceder. «*¡Maldita sea!*», renegó por enésima vez.

Virginia, rápida y totalmente desinhibida, se giró un poco y lo sujetó por el antebrazo, deteniéndolo antes de que se sentara. Coqueta, le sonrió con calidez, perdiéndose en el gris de sus ojos para hacer luego una caída de párpados digna de la actriz más encumbrada que existiera, simulando una timidez que estaba muy lejos de tener.

No apartó la mirada de ella, ni siquiera cuando percibió que bajaba su mano hasta tomar la suya; un tacto que, dadas las circunstancias, le desagradó. Miró fugazmente la hora en el reloj que, enmarcado en una vieja rueda de timón, se encontraba en una de las paredes. «*No te retrases, sobrino, o no sé qué pasará aquí*». Pero su oculta incomodidad fue a más cuando la escuchó decir:

—Querido...

Peter, en una situación diferente, no se encontraba mejor que su tío. En el interior de su coche, en una plaza de aparcamiento alejada de la entrada principal del club, los había visto llegar a los dos.

A su tío, en su propio vehículo, que el encargado del aparcamiento se ocupó de estacionar. Observó su andar decidido y el saludo a las personas que se cruzaron en su camino; pero él lo conocía bien y sabía que detrás de esa máscara de normalidad su carácter impetuoso bullía por ser liberado. Era consciente de que no le gustaba el papel que tenía que desempeñar, y, por

ello, lo admiró aún más.

Diez minutos más tarde llegó Virginia en un taxi. Comprendió que hubiera prescindido del chófer, y al preguntarse por qué no condujo ella misma, la respuesta se le reveló automáticamente: estaba convencida de que se iría de allí con él, y sonrió ante la sorpresa que se iba a llevar.

Le hubiera gustado entrar y tomarse algo bien fuerte en el bar, pero temía ser descubierto si ella, por cualquier motivo, salía del reservado. Le pesaba en la conciencia que Diane no supiera lo que habían planeado, pero quería evitarle un doble sufrimiento. Primero, la ansiedad esperando la llegada del día concertado; segundo, el tiempo que durara el encuentro, que sería breve.

Él pensaba que Virginia era la última puerta a cerrar de tan desgarradora historia. Su esposa opinaba, como él, que era la cómplice de Charity en su vil acto, pero no había manifestado deseo alguno de hablar con ella; simplemente se había limitado a ignorarla y pasar página. Sin embargo, él... Él necesitaba desenmascararla, escuchar de su boca un porqué. No eran muchas las preguntas que quería hacerle, y tal vez no obtuviera respuestas satisfactorias; pero se negaba a dejarlo pasar.

Luego, cuando terminaran, iría a casa y le confesaría a su valquiria lo hecho a su espalda. Pero eso sería más tarde. Miró su reloj de muñeca, quitó la llave del contacto y se apeó.

—Ahora es mi turno...

El primer plato ya había sido servido. Norbert picoteaba en el suyo sin apetito. A la petición de ella de que se quitara la chaqueta para estar más cómodo, se negó alegando que no sería correcto quedarse en mangas de camisa ante ella, por una cuestión de respeto, añadió con la esperanza de que dejara correr el tema. Lo cierto era que la conversación banal en torno a los hijos de ambos, planes de vacaciones para el verano y alguna que otra pregunta intrascendente, no surtía efecto en su osado flirteo. Le dolían los músculos de la cara de forzar una sonrisa perpetua que, de manera natural y espontánea, se negaba a hacer acto de presencia.

Virginia creía estar en el paraíso; bueno, más concretamente, en su antesala; tenía la gloria al alcance de sus dedos y no la iba dejar escapar. No se le pasaba por alto el detalle de que él estaba un poco tenso, pero lo consideraba lógico, así que quiso calmarlo abordando el tema que a ella realmente le interesaba.

—Norbert, querido, no tienes motivos para estar nervioso. —Le vio alzar una ceja y cruzar los cubiertos sobre su plato, callado—. Sé que no es fácil para ti dar este paso, pero te aseguro que no te arrepentirás. Aunque te lo niegues, lo deseas tanto como yo —le hablaba inclinada hacia él y con la mano izquierda sobre su derecha, tan masculina y suave.

No quería ser brusco, pero el ambiente de intimidad que se acababa de crear con sus palabras y actitud le hizo saltar la última alarma que aún no se había disparado. Clavó los ojos en su reloj de pulsera como si fuera una puerta de salida por la que salir corriendo, y no se trataba de cobardía, sino de sensatez; la que a ella le faltaba en ese momento si es que la tuvo alguna vez.

—Vámonos, Norbert. No te reprimas, es inútil. Sé que me deseas tanto como yo.

Frunció los labios, conteniéndose para no quitar su mano con brusquedad de su pecho, así que la asió por la muñeca y lentamente la apartó. Pero Virginia, en su ceguera, malinterpretó su acto y se levantó con el propósito de sentarse a horcajadas sobre sus piernas.

—Sí, si es lo que quieres, podemos hacerlo aquí —ronroneó, sintiendo que la excitación la ahogaba—. Será rápido pero brutal, querido.

Resulta difícil dejar a un abogado sin palabras; sin embargo, Norbert estaba mudo y descompuesto, y la única que verbalizó no se trató de la más acertada.

—Virginia...

—Chiss, hagámoslo, disfrutémonos; apaga este fuego que nos consume...

Todo sucedió en el mismo instante; tres movimientos, únicos e irrepetibles en una perfecta sincronización.

El primero fue el de Virginia, que se lanzó desesperada y hambrienta a la boca de ese irresistible hombre que la enajenaba como ningún otro, mientras presionaba una mano contra su anhelada y viril entrepierna, esperando con ansia hallar la descomunal erección con la que había fantaseado durante el poco tiempo que llevaba allí, a su lado.

El segundo movimiento le correspondió a Norbert, que, pillado totalmente por sorpresa, se levantó bruscamente al ella atrapar su miembro y ejercer presión en él, provocando que su silla cayera hacia atrás y apenas esquivando su acosadora boca.

Y en último lugar, la entrada sin previo aviso de Peter, que se quedó congelado ante la escena que tenía delante.

—¡Basta! ¡¡Basta!! ¡Compórtate! Si es que te queda algo de vergüenza — la increpó Norbert fuera de sí, alejándose de ella tras haberla sujetado por las muñecas y empujado hacia atrás—. ¡Maldita sea!

Virginia, aún sin creer su rechazo, lo vio levantar la silla, ir al aparador y coger una servilleta para limpiarse con rudeza la boca, revelando con ese acto el asco que sentía. No comprendía nada, ¿acaso tendría que haberse mostrado más sutil, más sumisa? Una idea irrumpió en su mente como un fogonazo que deslumbra y desorienta, pero se recompuso con rapidez.

—¿Te va el rol de amo y sumisa?! ¿Es eso? ¿Eres un amo?...

—¿Pero de qué mierda me estás hablando?! —la enfrentó con rabia dando un paso hacia ella, perdida la paciencia y olvidados los buenos modales.

—¡Tío Norbert!

La reprensión en las palabras de Peter los hizo centrarse en él. Norbert, con alivio; Virginia, con incredulidad.

—¿Estás bien? —le preguntó a su tío con el ceño fruncido, preocupado, cerrando la puerta sin apartar la vista de ellos.

—Sí, sí —respondió nervioso mientras se pasaba las manos por el corto cabello y hacía varias inspiraciones profundas—. Ahora sí. Se me ha hecho eterno.

Virginia, de pie junto a una de las esquinas de la mesa y enojada como niño al que le arrebatan su juguete favorito, intentaba normalizar sus pulsaciones y bajar la temperatura de ese calor que la abrasaba. Por unos pocos segundos, muy pocos, lo había sentido en su mano; no erecto, como le hubiera gustado; pero si esa era su longitud estando flácido... Movié la cabeza a un lado y otro, espantando la imagen que su lujuriosa mente se regocijaba en recrear y se centró en el indeseado visitante. «*Un momento, ¿y por qué no estaba excitado? Quizás es autocontrol...*».

—¿Qué... significa esto? —preguntó mirando a Norbert y señalando a su sobrino.

—Él es...

—Disculpa, Norbert —lo interrumpió Peter, quitándose la liviana cazadora y echándola con desinterés sobre una de las sillas—. Soy Peter Lindgren, señora Colosimo, aunque eso usted ya lo sabe.

—Sí, hemos coincidido en varias ocasiones —afirmó con voz poco segura. Miró de nuevo a Norbert y vio que estaba recostado contra el

aparador, los brazos cruzados sobre el pecho y serio como nunca lo había visto, pero... «*sexí, luego me encargaré de ponerte a tono*», se dijo sin ser todavía consciente de lo que en realidad sucedía—. Pues si deseas algo... — lo tuteó intencionadamente—, porque esta es una comida privada y...

—Y ya se ha terminado, señora Colosimo —anunció Peter, arremangándose las mangas hasta casi llegar al codo, cogió el elástico marrón, que llevaba en la muñeca derecha, y se recogió el pelo en una informal coleta; todo bajo el escrutinio de Virginia, que no perdió la oportunidad de admirar la tensión de los músculos de sus brazos al alzarlos.

—No entiendo nada. ¿Cómo que se ha terminado? —Volvió a mirar a uno y otro—. Norbert, ¿qué está pasando aquí? —inquirió dando un paso hacia él.

Este asintió y, recostado en el aparador, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y fijó la mirada en ella, deteniendo su aproximación.

—Algo muy sencillo. Peter necesita hacerte algunas preguntas y como suponíamos que no querrías citarte con él, pues no tendrías un motivo para hacerlo, te llamé yo para facilitárselo.

Descruzó los brazos y apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo, en el borde del mueble, a la espera de su reacción.

—¿Que tú me has tendido una trampa?! ¿Tú?! —le espetó con una ira que la desfiguraba.

Atrás quedó el gesto relajado, la estudiada timidez inicial con la que, cual doncella virginal que acude al primer encuentro con su amor, se presentó. ¿Cómo había sido tan estúpida creyendo que sería tan fácil tenerlo en su cama? Que en horas cambiaría una actitud de años... Cerró las manos clavándose las uñas en las palmas. ¡Cuánta razón había tenido Lady! Se dio media vuelta para coger su bolso y largarse lo antes posible, pero el tono duro en la voz de Norbert la detuvo a medio camino.

—¡No es algo de lo que me sienta orgulloso! Esto se podría haber tratado de otra forma y en otro lugar; pero no hubieras accedido, ¡seguro! —Se acercó a ella despacio, lo que contrastaba con la fuerza de sus palabras—. Sabes que mi familia es lo primero, que amo a mi esposa, y lo que tú has hecho antes... ¡Maldita sea! —Descargó el puño contra la mesa, volcando una de las copas, que derramó su contenido. Hizo una inspiración profunda para calmarse—. Pasaré página y olvidaré lo sucedido porque soy un caballero; espero que tú actúes igual.

Hubo unos segundos en los que el silencio parecía haberse convertido en aire viciado, irrespirable. Norbert, que en ningún momento había apartado la vista de ella, asintió con la cabeza antes de seguir hablando.

—Y ahora responde las preguntas de mi sobrino, ¡acabemos de una vez!

—¡No pienso hacer tal cosa! ¡No me voy a someter a ningún interrogatorio! —explotó malhumorada, se colgó el bolso al hombro y se dirigió a la puerta.

Peter, atento a lo que sucedía, se interpuso en su camino a la salida.

—Son solo dos preguntas, señora Colosimo, fáciles y rápidas. No querrá dejar por mentirosa a su amiga, ¿verdad, señora Colosimo? Porque a ella no le importó que usted quedara al descubierto el otro día en mi casa, señora Colosimo.

Norbert sonrió para sí, la estrategia de su sobrino para alterarla era buena; no dudaba de que daría resultado.

Sin embargo, el estado anímico de Virginia era de una cólera que la desbordaba, consiguiendo que sus siguientes palabras se le volvieran en contra.

—¡Deja tanta insistencia con lo de *señora Colosimo*! —le dijo muy desabridamente—. ¡Sé perfectamente quién soy!

—¡Pues no lo parecía hace unos minutos, señora Colosimo, ¡¿o me va a negar lo que he visto?!

—¡Peter! Basta —intervino Norbert, aún apurado por lo sucedido y no deseando que él siguiera por ese camino.

—¡Cabrón desvergonzado! —lanzó con saña Virginia al tiempo que su mano derecha volaba al rostro del hombre que tenía delante.

Pero no consiguió su objetivo, pues Peter, rápido de reflejos, apresó su muñeca en el aire y detuvo la bofetada que, de no haber sido así, se habría llevado. Con la mano libre le hizo una seña a su tío, deteniéndolo. «*Ahora estás dónde y cómo yo quería*», se dijo complacido.

—Su Lady nos dijo que la ayudó a deshacerse de su hija. Que le propuso dejarla de madrugada en la calle, al lado de unos contenedores de basura, a pesar de ella no estar muy de acuerdo; pero que usted insistió e incluso se ofreció a hacerlo, como así fue —medio mintió Peter para sacarle la verdad, todavía sujetándola con firmeza, inflexible, tan cerca de su rostro que Virginia respiraba su aliento, mientras que sus fosas nasales eran asaltadas por el varonil aroma que él desprendía—. ¡Ah! Y que se ocupó de ella

durante todo el embarazo en un apartamento de su propiedad, *señora Colosimo* —la nombró con asco en la voz y repulsa en los ojos.

Norbert frunció el ceño, un tanto descolocado ante lo que acababa de escuchar, y entonces comprendió su maniobra. «*Se acabó el juego limpio*».

—*Socius fit culpae qui nocentem sublevat.*

—El que apoya al culpable se hace cómplice de la falta —tradujo la acertada frase de su tío, los ojos clavados en su presa—. No tema, señora Colosimo, si hubiera algún delito, ya ha prescrito.

—Cierto —acotó Norbert, orgulloso de cómo manejaba la situación su sobrino. Había que ser muy hombre para contenerse como él lo estaba haciendo.

—Así que, dígame, por el sagrado valhalla, ¿por qué mierdas lo hizo?! —le vomitó con todo el desprecio que esa mujer le provocaba.

Rabiosa, tironeó hasta conseguir que la soltara, sobándose la muñeca un tanto dolorida por el forcejeo, y retrocedió unos pasos. No se creía las palabras que acababa de escuchar, Lady y ella eran amigas de toda la vida, íntimas hasta un punto que ellos ni imaginaban, jamás la dejaría en mal lugar, aunque... «*Cuando llegó aquella tarde no me telefoneó, ni contestó mis llamadas hasta el día siguiente*», recordó con una aprensión que iba en aumento.

Y una sospecha empezó a tomar forma en su mente, pues su amiga no sería capaz de... «*No, claro que no, ¿por qué habría de hacerlo?*», se cuestionó dubitativa, cuando la respuesta le llegó a todo volumen, paralizándola y dándole tal palidez a su rostro que ni el espeso maquillaje pudo disimular; fue hasta la mesa y se sujetó a ella.

«*Porque ya no te necesita*», se repitió esas cinco palabras que la consternaban y echaban abajo tan larga amistad.

Norbert le hizo un gesto con la mano a su sobrino para que esperase, la acusación era muy grave y, por la lividez que ella mostraba, era evidente que había hecho mella. Sin embargo, Peter no estaba dispuesto a permitir que se recompusiera, a darle tiempo para que hilvanase una historia que la pusiera a salvo; no, ya lo estuvo durante veintiocho años, había llegado el momento de rendir cuentas.

«*Porque ya no te necesita*», insistía su mente, azuzándola.

—Duele la traición, ¿verdad? —le dijo Peter con tono moderado, acercándose a ella muy lentamente, como si temiera sobresaltarla. Se llevó

una mano al cabello, quitó el elástico que lo sujetaba y sacudió la melena. Sabía cuál era la debilidad de ella, y la aprovecharía si era menester.

«*Porque hace tiempo que ya no te necesita*», precisó esa irritante y machacona voz, haciendo que cerrara los ojos con fuerza.

—Tú, que te mostraste tan prudente y solícita cuando la presentaste a mi tío —le recordó, tuteándola para crear una sensación de complicidad, y chasqueando la lengua.

«*Porque, quizás, ¿nunca te necesitó?*», recalcó esa vocecilla que se negaba a dejarla en paz. Llevó una mano a la nuca y se la masajeó, la vista clavada en el mantel de hilo mientras algo dentro de ella se rompía para dar paso a un temperamento que pocas veces veía la luz.

Norbert observaba la escena con los cinco sentidos puestos en ella. Peter estaba hostigando a Virginia con suma habilidad, incluso dejando de lado el reiterativo *señora Colosimo*; pero no hay nada más peligroso que sentirse acorralado, sin salida posible, sea airoso o no, por eso vigilaba cualquier mínimo movimiento que ella pudiera hacer; y, sin querer, miró con preocupación cuán lejos estaban de sus manos los cubiertos, ya había intentado abofetearle, quién sabe si se revolvía de nuevo contra él y... «*¡Maldita sea!*». Iba a intervenir para desviar la atención hacia su persona, pero Peter se le adelantó.

—¿Vas a permitir que te eche toda la culpa? —medio le susurró casi al oído, con una mano apoyada en el borde de la mesa, cerca de la de ella, añadiendo—: ¿De verdad es lo que quieres que creamos?

Virginia miró la mano de él, la sencilla alianza, y, sin girarse, ascendió por su brazo, observando de reojo el rubio cabello que casi tocaba su hombro. Tomó aire y se humedeció los labios, era un hombre muy atractivo; sin embargo, era tal la tormenta que se desataba en su interior que le impedía centrarse en su salvaje y exótica belleza.

«*Porque, sin duda...*». El pensamiento se le completó como una epifanía, sacudiendo todas y cada una de sus células ante la revelación hecha.

—¡Mientes! —Se volvió rápidamente, empujando a Peter hacia atrás con las manos en su torso—. Ella nunca quiso a la niña, ¡nunca! Se vio obligada a seguir con el embarazo, pero desde el primer momento dijo que no se la quedaría, ¡y estaba en su derecho! —les gritó fuera de sí, gesticulando sin control y tomando aire a grandes bocanadas—. ¡Claro que la ayudé! Es lo que hacen los amigos, le di alojamiento en uno de mis apartamentos, que

pagué de mi bolsillo, ¡por supuesto!

—Y dejaste el bebé... —intervino Norbert ante el repentino silencio de ella.

Peter se mesaba el cabello con desesperación, mejor eso que ceder ante lo que su instinto más primitivo le sugería.

—¡En la puerta del orfanato! —le espetó con rabia desde el otro lado de la mesa—. Nunca se nos pasó por la cabeza dejarla en una acera como si fuera unos zapatos viejos —lo dijo con tal convencimiento de haber actuado correctamente que resultaba insultante.

Norbert, asqueado, se dirigió hacia ella, dando una palmada en el hombro de su sobrino al llegar a su lado y deteniéndose junto a él.

—Virginia, no te haces una idea de lo repugnante que me resultas, al igual que tu innombrable amiga —manifestó Norbert, poniendo en cada palabra el sentimiento que le confesaba y que no podía ni quería ocultar—. Es obvio que no se puede obligar a una madre a que quiera a su hijo; pero, llegados a este punto, ¡hay otras formas de hacer las cosas...! ¡Maldita sea!

—¡¿Es que no me escucháis?! ¡Que no la dejé perdida en una calle! —lo encaró, dolida por su declaración y por saber, ahora sí, que nunca estaría entre sus brazos, que nunca le tendría entre sus piernas—. ¡¿Pero qué clase de persona os creéis que soy?!

—¡Yo te lo diré!

Los tres se volvieron a la puerta, sorprendidos por la fuerte y conocida voz que los había interrumpido.

Capítulo 23



—¡*Una puttana!*

—¡Lombardo!

—¡Sí! —afirmó rotundo al reclamo de su mujer, con el rostro desencajado y plantándose ante ella, que instintivamente dio un paso atrás—. ¡El mismo que te ha dado ese apellido que tanto te molesta y tan poco respetas!

Rápidamente, Norbert se posicionó al lado de su amigo.

—Cálmate, no...

—Toma, es tuyo —le dijo Lombardo entregándole un *pen drive*, que dejó caer en el bolsillo superior de su chaqueta, sin hacer caso a la reticencia que mostraba al no cogerlo.

—¿Qué es? —le preguntó ante el mutismo de los demás.

—Ya me conoces, no me gusta dejar cabos sueltos. —Hizo un gesto de saludo con la cabeza a Peter, que le fue devuelto—. Esta mañana hice instalar un par de cámaras de grabación para tu seguridad, por si a la *mia cara moglie* se le ocurría alguna locura contra ti al haber sido rechazada.

Virginia puso cara de estupor, pero se cuidó de protestar para no atraer la atención sobre su persona.

Norbert se llevó una mano a la frente, no quería ni pensar en el hecho de que Lombardo había sido espectador en primera fila de lo ocurrido en esa habitación, e instintivamente le lanzó una mirada de reproche a esa mujer sin escrúpulos ni moral.

—No tienes de qué preocuparte —le dijo su amigo a la vista de su disgusto, imaginando por dónde irían sus pensamientos—. Si he mandado grabaros, no ha sido por desconfianza hacia ti, sino para salvaguardar tu buen nombre y honor.

Embravecida, Virginia se acercó a su marido mientras este recibía una palmada en el hombro de parte de Norbert, como agradecimiento, tironeó de su antebrazo y lo obligó a que la mirara.

—¿Cómo?! ¿Y el mío?! ¡Quizás no es lo que parece y ha sido él quien ha querido...!

Lombardo interpuso su dedo índice izquierdo entre el rostro de ella y el suyo, silenciándola, echándole tal mirada de advertencia que solo con ese gesto hubiera bastado para detener su falaz verborrea.

—Ni te atrevas a sembrar una duda tan... baja y despreciable —siseó encarándola—. Ni se te ocurra.

—Sois unos... —masculló alejándose de él para ir hacia la puerta. Conocía a su marido, y esa aparente tranquilidad no era un buen síntoma, no para ella.

—Tienen orden de no dejarte pasar —habló alto, aludiendo a los guardaespaldas que se encontraban en el exterior.

Aun así, Virginia giró el pomo y abrió con rapidez. En efecto, dos espaldas enchaquetadas hacían de muro insalvable e inamovible. Al frente, otros dos miembros de la seguridad de su esposo la observaron sin mostrar ninguna expresión. Contrariada, cerró de un portazo y regresó a la mesa con el deseo de aliviar la sequedad de boca que la martirizaba. «*Tengo que pensar en algo coherente...*», se dijo mientras llenaba su copa.

Lombardo, que no perdía de vista a su mujer, se dirigió a Norbert.

—Solo existe esa copia, amigo. Olvida el tema, para mí está zanjado y enterrado.

Virginia bufó al escucharlo, y volvió a beber. Todavía le costaba creer que su maravillosa e idílica cita con el hombre de sus sueños, con el que por fin podría haber hecho realidad esas fantasías que no le daban sosiego alguno, pues él era el que sin saberlo las inspiraba, hubiera derivado a una situación de lo más embarazosa para ella. Incluso así, no todo había ido mal, «*te tuve en mi mano, por unos segundos, sí; pero te sentí*», pensó libidinosamente y sin percatarse de que sonreía.

Peter mantenía el tipo ante lo que ocurría. Ignoraba que él se fuera a

presentar, y suponía que su tío tampoco lo sabía. O tal vez no, quizás no le advirtió de su irrupción para no condicionarlo. Daba igual, fuera como fuese había conseguido lo que quería, o casi.

Lombardo, con las manos sobre el respaldo de una de las sillas que bordeaba la mesa, llevó la vista hacia su mujer y la observó de arriba abajo. Jamás imaginó que ella pudiera hacer lo que había visto en el monitor; de hecho, pidió visionarlo a cámara lenta por si sus ojos le engañaban; pero no, era tan clara su acción de asirlo como la de su amigo de huir.

—Y ahora contesta la pregunta de Peter, por cuya respuesta siento una enorme curiosidad —le pidió con media sonrisa forzada—. ¿¿Por qué lo hiciste?! —soltó con un puñetazo sobre la mesa.

—Ya se lo he explicado. Ayudé a mi amiga, simplemente. No entiendo por qué os ponéis así. —Fue a servirse de nuevo, pero se abstuvo, lo último que necesitaba era embotar sus sentidos—. Pasó hace muchos años, ella está bien. ¡No sé a qué viene tanto drama! —banalizó, ahuecándose el cabello.

—¿Tanto drama, señora Colosimo? ¿¿Tanto drama?!... —la increpó Peter con rabia y descargando una fuerte palmada sobre la mesa, objeto de liberación de la tensión que estaban padeciendo—. ¡Hablamos de mi esposa! ¡Y todo lo que se relaciona con ella es importante para mí, es vital! Así que mida bien sus palabras y su tono, señora Colosimo.

—¡Otra vez con lo mismo! —exclamó ella exasperada y con las manos alzadas—. Tu queridita esposa está bien, no le ocurrió nada. ¡Nadie le hizo nada! —le gritó en un arrebato de ira que la llevó a ir hacia él y quedarse a un palmo de su rostro—. Ni la dejé junto a la basura ni en ningún callejón para que fuera alimento de las ratas, ¿te cabe eso en tu rubia cabeza, cabrón?

Peter se quedó estático, perdido en la horripilante imagen que ella describía de lo que podría haber pasado, y que le hizo encorvarse ligeramente, intentando borrar esa angustiante estampa; y no lo vio venir.

La bofetada que Virginia propinó en el rostro de Peter produjo un sonido seco, como un chasquido, que fue la espita que dejó libre la contenida ira de Lombardo.

Este, en un acceso de incontenible furia, fue hacia ella, la cogió por los brazos y, sin soltarla, la hizo retroceder hasta chocar bruscamente contra la pared.

—*¡Non rompermi i coglioni, porca puttana!* ¡Jamás vuelvas a pegar a nadie delante de mí! ¿Y si él te responde? ¿¿Qué hubiera pasado?! —La

sacudía mientras la increpaba.

Norbert, presto, intentaba apartarlo de ella, pero sin perder de vista a su sobrino, que apretaba la mandíbula con los ojos cerrados.

—Déjala, Lombardo, así no —le decía para que entrara en razón, pero la fuerza de su amigo no claudicaba ante su intento de separación.

—¡Sí! ¡¿Qué hubiera pasado?! —lo retó ella muy estúpidamente, envalentonada por la presencia de los otros dos hombres, que no permitirían que él la lastimara.

—¡Nada! —intervino Peter, con el deseo de poner punto y final a una entrevista que tal vez nunca debió pedir—. Porque yo no le pego a una mujer, por muchas ganas que tenga, *señora Colosimo*. Déjela irse, Lombardo, no merece la pena que te ensucies las manos —remató con desprecio y sin detenerse a considerar que se refería a su esposa.

Este, haciendo caso, se apartó al tiempo que la empujaba a un lado sin preocuparle que trastabillara, y se tapó la cara con las manos, arrepentido de su arrebato.

—Yo... Nunca he sido violento con ella, nunca... *¡Porca miseria!* —se lamentaba sin salir de su estupor.

—Lombardo, quizás todo esto ha sido un error y...

—¡No! —reaccionó rápido ante las palabras de Peter, que tenía puesta una mano en su hombro, mirándolo a los ojos—. Saber la verdad nunca es un error. No quiero vivir una... ilusión, una fantasía en la que mi matrimonio es maravilloso, cuando la realidad es que cada noche me acuesto con una...

—¡Basta de insultos! Es para lo único que usas tu adorada lengua italiana —intervino cortando el que no sería precisamente un piropo, refrenándose a masajearse los doloridos brazos para no darle la satisfacción de ver que le había hecho daño—. Las cosas son como son. Además, ¿a ti por qué te importa tanto? No es tu familia, no es tu sangre.

—Amigo, déjalo estar —insistió Norbert, temiendo otra explosión de cólera.

Lombardo lo miró a los ojos y negó con la cabeza. Luego, muy lentamente y respirando en profundidad para serenarse, desvió la vista para clavarla en esa mujer a la que veía como a una desconocida.

—Yo te diré por qué me importa tanto. Cuando Norbert me contó lo sucedido, solo pude pensar en una cosa, una idea que me partió el corazón.

Bajo el escrutinio de sus amigos, se dirigió al aparador y abrió una botella

de agua, sirviéndose en un vaso. El líquido se deslizó por su árida garganta arrastrando la amarga bilis que sentía como una bola espinosa en la boca. Se dio la vuelta, dispuesto a desvelar el motivo de su tormento, obligándose a no perder los estribos, y no solo por él mismo, sino por su difunto padre, que no estaría orgulloso de verlo en ese estado de enajenación, y menos del trato violento a una mujer; esa no era la educación que había recibido.

—Virginia, después de que naciera nuestro hijo pequeño, te negaste a que aumentáramos la familia. Sabes, y sabías, lo que yo deseaba tener una niña, *una ragazza*. Sin embargo, dijiste *no*, y yo lo respeté. —La vio secarse las palmas de las manos en la falda del vestido, supuso que imaginaba por dónde iba su argumento—. Y es una frustración que me ha acompañado siempre, pero que he aceptado.

»Por eso me mata saber que sí hubo una oportunidad, pero tu egoísmo se impuso, una vez más, y me privaste de una paternidad que realmente anhelaba. ¡Esa chiquilla podía haber sido hija mía, y eso no te lo perdonaré mientras viva!

Impactados, así se hallaban los tres ante la revelación hecha y su declaración de intenciones.

—Lombardo —llamó su atención Norbert, creyendo en la sinceridad de lo que acababa de decir—, es un asunto muy privado, quizás deberíais tratarlo...

—No, y os ruego que no os marchéis. Ahora soy yo el que os necesita para que seáis mis testigos —pidió mirando también a Peter, cuyo rostro delataba su consternación—. Sí, tu hipotético suegro —se dirigió a él, sonriendo con tristeza—; y no imagino un yerno mejor que tú.

Peter metió las manos en los bolsillos de su pantalón y bajó la cabeza, asintiendo agradecido por su elogio, pero sin poder hablar por el cúmulo de emociones que sentía bullir en su interior.

Norbert ignoraba qué se proponía hacer su amigo, sí sabía que sería anímicamente doloroso. No obstante, y como él había dicho, no era un error abrir los ojos a la verdad, y estaba claro que los suyos acababan de hacerlo a una cruda realidad.

—Pienso en cómo habría sido su vida de haber estado con nosotros —siguió exponiendo sus sentimientos—. Sé de buena tinta que en esa institución están bien atendidos todos los chavales, que les facilitan su ingreso en el mundo laboral... Pero ¿y la cuestión afectiva? Pudo haber

tenido una familia, un hogar, ¡hermanos! ¡Merda! No haber estado en casas de acogida... Tan amigas como erais, y aún sois, te lo habría concedido. Yo me hubiera ocupado de ella si tú no querías... ¿Por qué se lo negaste?... ¡¿Por qué me lo negaste?!

Virginia no daba crédito a que su marido le hiciera ese reproche. ¡¿Quedarse con la niña?! Nunca se le pasó por la mente hacerlo, pero intuyó que esa respuesta no sería la más adecuada.

—Olvidas que no era mi decisión, sino de su madre —explicó quitándose culpa, harta de la conversación y de ser la mala de la película—. Ella eligió que ese fuera su futuro.

—Y os olvidasteis de la pequeña —remató Lombardo con dolor. En ese momento, como otras tantas veces en los últimos días, volvió a su mente el abrazo de ella en el cementerio, y pensó cuántos se había perdido de dar y recibir.

Hundido, cabizbajo y sintiendo una pena infinita, hizo de tripas corazón y se decidió a dar el último y definitivo paso.

—Pero te equivocas; no solo decidió su futuro, sino el tuyo también, aunque las consecuencias hayan llegado tantos años después —sentenció con voz grave.

Peter y Norbert cruzaron una rápida mirada, entendiendo lo que se avecinaba. El primero, se recogió el pelo en un despreocupado moño, solo por ocupar las manos en algo; el segundo, se posicionó a la altura de su amigo, dándole así su incondicional apoyo.

—No sé a qué te refieres —lo desafió Virginia, todavía sin ser consciente de su delicada situación. Sabía que su marido nunca amenazaba en vano; pero ella era su esposa, estaba a salvo.

Lombardo le dedicó una sonrisa que la hizo llevarse una mano al pecho y jadear.

—¡No te atreverás! ¡No puedes hacerlo, soy la madre de tus hijos! Me debes un...

—¡Silencio! —le lanzó con desprecio, y se giró a su amigo—. Norbert, ignoro si tiene algún valor legal, pero desde este segundo —se volvió a ella de nuevo, con parsimonia— mi convivencia con esta mujer se ha acabado, y quiero que tanto tú como tu sobrino seáis testigos de mis palabras. Encarga al mejor abogado de tu firma que prepare la demanda de divorcio —expuso con tono frío.

—¿Qué?! ¡No, no puedes! ¡Será un escándalo! —medio gritó con el rostro descompuesto, cogida por sorpresa, «*piensa, piensa...*»—. Afectará a tus negocios...

Negó con la cabeza a sus motivos para no divorciarse, en los que no había ninguna referencia al amor ni nada que remotamente se le pareciera.

—¿Eso es lo único que te preocupa, ni siquiera cómo se sentirán tus hijos? —Se acercó a ella y la vio retroceder, lo que le alegró—. No me importan ni las habladurías ni el precio a pagar, que ten por seguro no será alto; pero te quiero fuera de mi vida.

Virginia, horrorizada, negaba con la cabeza una y otra vez mientras lo veía hablar en voz muy baja con Norbert y Peter. Si no hubiera estado tan inmersa en sí misma, pensando en cómo la afectaría a nivel social el divorcio, habría tenido alguna pista sobre ello.

Lombardo se despidió de sus amigos con un fuerte abrazo y se dirigió a la puerta; con esta abierta, se giró y miró a la que ya no consideraba su esposa para decirle adiós. Creyó conocerla, pero no tan bien como él suponía; sin embargo, y a la vista de su pobre argumento para evitar la separación, había una faceta que sí resultó ser verdadera y que seguro era su máxima preocupación en ese momento. Por ello, sin remordimientos y sabiendo todo lo que implicaban sus siguientes palabras, le dijo:

—¡Ah!, y no te preocupes. Me encargaré personalmente de que a partir de este instante nadie se dirija a ti con ese desagradable *señora Colosimo*.

Una fina y constante lluvia no anunciada impregnaba la ciudad de una decadente sensación derrotista. Era una noche sin luna, desapacible, acorde con el ánimo de algunos de sus habitantes. Pero Selene, voluble, caprichosa y eternamente aburrida, apartó a un lado el espeso manto de nubes para asomarse y curiosear, lanzando un rayo a una casa que desprendía amor, mucho amor.

En la mansión de los Wadlow, en el dormitorio del matrimonio, Pamela y Norbert se volvían a entregar con la misma fogosidad que lo hicieron cuando, horas atrás, él llegó buscándola, necesitado de la calma y el sosiego que solo su esposa podía darle. Habían hablado lo justo para satisfacer la curiosidad de ella, ya habría tiempo de entrar en detalles. Y, juntos, emprendieron el camino que los llevaría a tocar, una vez más, su particular cielo.

Rápida, se apartó para no interrumpir a los amantes con su blanca luz.

Justo en ese momento, el sonido de un jadeo tocó su alma de plata, por lo que hacia allí se dirigió, intrigada.

En su inmensa y solitaria cama, Virginia dormía profundamente. Según ella, las últimas palabras de su marido solo fueron una bravuconada para quedar bien delante del rubio y de... su Norbert, al que le había perdonado su proceder y ahora abarcaba por la cintura con sus piernas. «*Sí, lo sabía, eres mucho más de lo que mi mano palpó...*», se dijo enfebrecida y perdida en una lujuriosa fantasía.

Sorprendida, se apartó con ligereza de la ventana, los sueños de la mujer le habían provocado un ligero tono rojizo en el bruñido rostro. Recogió el vuelo de su blanca enagua, salpicada por las aguas del lago, su eterno amante, entre otros, y prestó atención al sufrimiento que percibía. Se envolvió en un halo semitransparente y se dispuso a ser testigo mudo de aquel dolor.

El ambiente que se respiraba en la lujosa habitación del JW Marriott Chicago era de fracaso y deseo de venganza. Su sangre italiana se revolvía ante el engaño y la traición, y clamaba por una satisfacción. Pero no iba a ceder a tan dulce tentación, eso sí, las cláusulas del divorcio serían draconianas; del resto... Del resto se encargaría la elitista sociedad. Lombardo hizo un esfuerzo por ser positivo con una frase muy utilizada por su padre: «No hay mal que por bien no venga». Se obligó a sonreír, apagó la luz del cabecero y se dijo que mañana sería otro día... Y seguro, mejor.

Respondió a la forzada sonrisa con otra, que el hombre no vio, y se alegró por el cambio de ánimo de aquel desconocido. Se disponía a retirarse a la quietud del infinito cuando una luz llamó su atención. Oteó, descubriendo a un hombre que, inclinado, trabajaba a esas altas horas de la madrugada sobre una mesa de estudio. Coqueta, se perfiló los labios y voló a su lado.

Vestido solo con un pantalón de pijama, y el pelo recogido, Peter daba los últimos retoques a un plano. Se quitó las gafas, las dejó junto al lapicero y se llevó las manos a la nuca, estirándose. Se sentía en paz, tenía la sensación de haber superado una difícil prueba; era complicado ponerle una etiqueta a sus sentimientos. Por suerte, su valquiria, tras un breve enfado, había comprendido las razones que lo llevaron a tener esa cita, y no hubo recriminación alguna por ocultárselo. Como siempre, ella lo sorprendía con su capacidad de comprensión y deseos de dejar atrás el pasado para que nada enturbiara la felicidad de sus vidas.

—Así va a ser, *min lille*. Ya quedó todo atrás. Ocupémonos ahora del

futuro —murmuró mirando un rayo de luna que tocaba su pecho con frío tacto—, pues ni te imaginas las sorpresas que nos esperan, mi vida.

Y Selene, cómplice y satisfecha, suspiró.

Capítulo 24



El mes de mayo iniciaba su penúltima semana con pereza pero lleno de optimismo.

Tras el encuentro de Peter con Virginia, la vida de este recuperó la calma a la que tanto él como su esposa estaban acostumbrados. Sosiego que duró justo cuarenta y ocho horas, que fue el tiempo que tardaron en volver al orfanato y... «*Podría ser, ¿por qué no?*», se dijo perdido en sus pensamientos.

—¿Y si le prestas un poquito de atención a tu madre, hijo? —lo reprendió con suavidad, sentada en el sofá del salón del apartamento de él y su nuera.

Había retrasado la vuelta a Oslo, sentía que tenía que apoyar a la joven pareja, a pesar de que no le faltaran personas a las que recurrir; y su esposo estuvo de acuerdo en que alargara la estancia el tiempo que considerara necesario.

Peter, que miraba la terraza a través de la puerta de cristal, se volvió a ella y cabeceó.

—Disculpa, tenía la mente en mil sitios. No va a ser fácil...

—Lo sé, pero no estaréis solos —le recordó Anne, abatida ante el rostro de preocupación que mostraba su amado hijo; así que decidió cambiar de tema—. Por cierto...

Lo observó de arriba abajo: zapatos negros, pantalón negro, camisa negra de hilo de manga larga, cinturón negro... Se levantó, fue hasta él y miró su cabello recogido en una coleta, «*lo que suponía, también el elástico es*

negro», advirtió.

—¿Qué pasa? —inquirió ante el minucioso escrutinio de su madre.

—¿Todo de negro? ¿No había otro color aunque solo fuera la camisa?

—Me gusta así, y a Diane.

—¡Ah!, pues entonces está todo dicho. Si a ella le gusta, ¡ni mil palabras más! —comentó, haciendo un aspaviento con la mano, que arrancó una sonrisa a su hijo. Abrazándolo por la cintura, lo miró a los ojos—. Me alegro mucho de la decisión que habéis tomado, la adopción es uno de los actos más generosos que puede hacer el ser humano. Tu padre está muy contento, muy feliz. Nos sentimos orgullosos del hijo que tenemos.

Peter asintió, conmovido, y dejó un beso en la frente de su madre.

El primer día que estuvieron en el orfanato, a la salida, le dijo a su esposa que la respuesta a la pregunta que le hizo en Gatlinburg, semanas atrás, era que estaba de acuerdo en adoptar, cuando quisiera, independientemente de que ellos tuvieran o no sus propios hijos. El grito de felicidad que ella dio, acompañado de un salto que la dejó colgando de su cuello, estaba seguro de que se escuchó en dos manzanas a la redonda; y su recuerdo lo hizo sonreír.

—Todo irá bien, hijo mío —lo alentó, dándole una suave palmada en el pecho.

—Claro que sí, mamá. No tenéis que preocuparos por nada, ¿vale?

—Por cierto, ¿cuándo volveréis a ver a Gia y Adri? Esos niños son un cielo —quiso saber, volviendo a su asiento y seguida por él.

—Hemos quedado en recogerlos el miércoles para ir al cine, una película nueva que no han visto. —Anne asintió—. Y el sábado los llevaremos a que conozcan al resto de la familia. El padre Mahoney opina que es bueno que se relacionen con el mundo que hay fuera, en todos los sentidos —la informó, sentado en el apoyabrazos y soltándose el cabello, cuyo elástico dejó en torno a su muñeca derecha.

Su madre lo observó admirativamente, era una copia casi exacta de su padre, tanto en el físico como en la forma de ser; y no pudo retener el suspiro que se le escapó.

—¿Qué pasa?

—Nada, hijo, que echo mucho de menos a tu padre. Eres tan guapo como él y tan... En fin, eso, que ojalá estuviera aquí —remató con voz soñadora.

Peter miró al techo, la devoción que tenían sus padres el uno por el otro era como la de él por su valquiria, y viceversa. «No, ¡qué va! No hay

comparación».

—Mamá, sabes que no era necesario...

—Ya, ya. —Le palmeó la rodilla, dejando allí la mano—. Respecto a lo que has dicho antes...

—¿El qué? —inquirió al ver que se quedaba en silencio, pensativa.

—Me preguntaba si es tan buena idea el que conozcan y compartan una vida en familia si al final de la jornada tienen que regresar al orfanato —le planteó seria, preocupada por si en lugar de un beneficio estaban propiciando, sin querer, un daño irreparable—. Lógicamente, tienen especialistas que les aconsejan lo que es mejor; pero, aun así, no sé...

—¿Qué es lo que no sabes, suegri?

El planteamiento de Anne había llegado a oídos de Diane cuando estaba a punto de entrar en el salón, y no la sorprendió, pues ella misma también se lo cuestionó al padre en su segunda visita, incluso tuvo una charla con una compañera, psicóloga infantil, de su colegio. Los dos coincidieron en que no debían preocuparse por esa cuestión, así que siguieron adelante con el programa, incluso yendo un poco más allá sin que se dieran cuenta, salvo el padre Mahoney, perspicaz observador de la relación que empezaba a dar los primeros pasos.

—Pues... el porqué va todo de negro, tan siniestro —respondió rápida Anne y simuló un escalofrío; pero la inteligente mirada de su nuera le advirtió que no la engañaba.

Peter acortó la distancia que lo separaba de su esposa, fue hasta ella y puso las manos en su cintura, admirando su indumentaria, que sí era del agrado de su madre. Había elegido un discreto vestido de punto frío con manga hasta el codo. El fondo, de color negro, estaba salpicado de diminutas flores en tono camel, haciéndolo parecer menos sobrio; completaba el atuendo con zapatos de tacón alto y cartera de mano, también negro.

—Estás preciosa, *min lille*.

—Y tú, espectacular, mi vikingo.

Se fundieron en un beso tranquilo y profundo. Dándose el tiempo necesario para saborearse y saciar el hambre de sus bocas sin importarles no estar solos, como era habitual en ellos.

Anne los observaba con discreción. Adoraba a esa mujer menuda que hacía inmensamente dichoso a su hijo. Valoraba mucho lo desinteresada que se mostró siempre en el aspecto económico, pues nunca la movió el interés

material. Por todo ello, agradecía al cielo que sus problemas de concepción estuvieran en vías de solucionarse; luego, superada la cuestión física, la vida diría si sí o si no. Era algo que estaba en manos del destino. Respecto a la *maldita bruja*, como ella la había renombrado, nada la haría más feliz que echársela a la cara; deseo que le confesó a su hermana y que esta compartía, «*quién sabe si no nos vemos un día de forma... casual*», pensó recreándose en la atrayente idea.

—En fin, que ya lleváis cuarenta minutos... —exageró para interrumpir a la pareja, que, aun así, se demoró en separarse al no creer ni una de sus palabras. Se llevó una mano al pecho y exclamó como si su marido pudiera oírla—: ¡Ay, Halsten, cuando te ponga una mano encima...!

—¡Por todo el valhalla, que hablas de mi padre! ¡Un poco de contención! —dramatizó Peter intentando dominar la risa y encaminándose hacia la puerta con Diane de la mano.

—Eso, contente, suegri —remachó, apoyando a su marido mientras le guiñaba un ojo.

La aludida se apresuró a coger su bolso para seguirlos. Las bromas y las sonrisas no la engañaban, su nuera sufría por dentro, como su hijo y ella misma.

Solo había una enorme puerta de entrada, y diríase que vieja, pues así la delataba el óxido de la reja que se clavaba con saña en el muro de piedra. Por si el apagado ánimo de Diane no fuera suficiente, unas intempestivas y no invitadas nubes oscurecieron esa hora temprana de la tarde.

ST. BONIFACE Catholic Cemetery

Así rezaba el cartel que dejaron atrás al internarse lentamente en el camposanto. Después de sobrepasar el edificio principal, a la derecha, siguieron por el camino asfaltado que se mostraba con las indicaciones a seguir.

Diane abrió su ventanilla, arrepintiéndose al segundo. Un aire viejo, de profundo olor acre los invadió. Tanto Anne como su hijo se abstuvieron de hacer comentario alguno, pero agradecieron internamente que el cristal ascendiera de nuevo; acababan de respirar una muestra de lo que les recibiría

en el exterior.

Diversos monumentos mortuorios se alzaban con vanidad manifiesta, y fantasmagóricas estatuas de enmohecido granito los veían pasar con gesto indolente algunas, pues otras ocultaban sus rostros bajo un manto pétreo, quizás con la intención de que no vieran su burla hacia la futilidad de la vida.

Localizar la última morada de Ronald Sullivan no resultó complejo. A pesar de haber sido un marine, caído en combate, y tener derecho a ser enterrado en un cementerio naval, las pesquisas de David Harrison, jefe del departamento de Investigación y Seguridad del bufete, descubrieron que por decisión materna no había sido así, hallándose en el que se encontraban en ese momento.

Diane se giró en su asiento, le dedicó una pobre sonrisa a su suegra y miró a través de la luna trasera. Norbert, junto con su esposa y su padre, los seguía a corta distancia; tras ellos iban Adam y Kathy, e incorporándose a la pequeña comitiva vio a Johan y Marita en el tercer vehículo. Suspiró y volvió la vista al frente. Después de salir de casa, se detuvieron en una floristería para recoger el encargo de un colorido y espectacular ramo de flores que descansaba en el asiento trasero, al lado de Anne; quizás su composición no era la más adecuada para el lugar en el que sería depositado, pero una vocecita interna le sugirió que no sería desacertado poner una nota de color, una chispa de vida en tan lúgubre lugar.

Observó algunos visitantes dispersos deambulando con rostros abatidos, y no pudo evitar preguntarse por las historias allí sepultadas, esa tierra rezumaba dolor por los difuntos y por los que lloraban su ausencia, y un leve quejido se le escapó.

—Mi vida...

Peter no pudo decir ni una palabra más, angustiado por su esposa; así que se limitó a una sutil caricia en su perfecta rodilla, transmitiéndole fuerza para enfrentarse a tan dura experiencia. Habían hablado sobre esta visita, sabía lo que significaba para ella; formaba parte de su necesidad anímica de ir cerrando esas puertas del pasado que solo se abrieron para mostrarle lo peor de la condición humana.

Diane era consciente de que su padre nunca supo de su existencia; ¿la habría querido? ¿Se hubiera mostrado cariñoso con ella, paciente...? Mil interrogantes de los que nunca sabría las respuestas. Se plantearon buscar a sus compañeros de armas para, a través de ellos, conocerlo mejor, su carácter,

anécdotas... Tampoco habían pasado tantos años como para que fuera imposible dar con alguno que se acordara de él. Pero, después de meditarlo con calma, decidió que no. Ese conocimiento no la haría feliz; por el contrario, solo aportaría más pesar a su infortunio al lamentar lo que pudo haber sido y no fue.

Peter, que tenía memorizado el lugar exacto al que dirigirse, pues Harrison le había proporcionado un detallado mapa con la ubicación de la sepultura, giró a la izquierda en la bifurcación que se le presentaba, abandonando la senda de asfalto por otra de grava, cuyo sonido en los bajos del vehículo resultaba desconcertante a la vista del silencio que envolvía el lugar, casi se diría que ultrajaba el eterno descanso de los que allí moraban.

Ya no se veían ángeles dolientes sobre duros e insensibles lechos, la cuidada vegetación había pasado a ser un caos de salvaje maleza sobre un terreno nada uniforme. Lápidas erosionadas por la inclemencia del tiempo y cruces que hacía mucho perdieron su verticalidad componían el paisaje que se encontraron al tomar la última y sinuosa curva.

Se detuvieron en el lateral derecho del ceñido camino y se apearon con el corazón encogido.

Peter bordeó rápidamente el coche para llegar hasta Diane y pegarla a su cuerpo, abrazándola por la cintura. Anne se acercó a ellos con el ramo en las manos, que su nuera quiso tomar.

—Luego, cariño —fue su respuesta.

Rápidamente llegó el resto de la familia, compungidos por la desolación que veían. Esa parte del cementerio quizás no fuera la más antigua, pero sí la más abandonada y falta de cuidado.

—Es espeluznante —comentó Marita en voz muy baja y santiguándose por devoción y superstición, de la mano de Johan.

Todos estaban de acuerdo con su observación, pero ninguno habló.

Como único conocedor del lugar exacto al que debían dirigirse, Peter encabezó la marcha sin soltar a su esposa, que no dejaba de mirar a su alrededor, contrariada, pues no esperaba tal dejadez.

—¿Es que no tienen quien los cuiden? —preguntó a nadie en concreto, coincidiendo con el pensamiento general.

Kathy soltó la mano de su marido, apresuró unos pasos y se puso a la altura de Diane para pasar un brazo por el de ella.

—He visto que hay sepulturas con más de cincuenta años —le dijo al

observar ese detalle—, es posible que ya no quede ningún familiar vivo.

—Ya, pero es que algunas tienen tantas malas hierbas que...

El sonido que produjeron en su frenada varios coches dejó en el aire el resto de lo que fuera a decir. Se giraron al unísono, sorprendidos, pero no tanto como cuando vieron a sus ocupantes.

Norbert sintió los ojos de su esposa posados en él, y asintió con una sonrisa que lo delataba, esperaba esa compañía. Los demás cruzaron rápidas miradas interrogantes mientras los veían acercarse, para detenerse frente a Diane después de saludar con una inclinación de cabeza al resto de la familia.

—Lamento que volvamos a vernos en tan tristes circunstancias —comenzó a hablar, sincero—, pero...

—Lombardo, esto no era necesario —le dijo tras apartarse de Peter y Kathy, y acercarse a él, que tomó sus manos con delicadeza.

—Sí que lo es —la contradijo—. Además... quiero hacerlo.

—Y nosotros estamos de acuerdo con nuestro padre —afirmó Fiorenzo, el hijo mayor, con voz grave y perfecta para el *bel canto*.

—Y aquí nos tienes —apostilló Luigi, el menor, acercándose a ella y dejando un beso en su mejilla—, para lo que necesites, Diane.

Lombardo negó con la cabeza ante la libertad que se tomaba el pequeño de sus vástagos.

—No digas nada, papá, que ya sabemos que podría haber sido nuestra hermana; aunque nunca es tarde, ¿verdad? —Y le guiñó un ojo, incapaz de permanecer serio durante cinco minutos, incluso en donde se encontraban.

«*Este chiquillo no cambiará nunca*», pensó Anthony ante el desparpajo que mostraba el más joven de los Colosimo.

Diane, conmovida por esa declaración, tomó el pañuelo que discretamente le ofrecía su marido, que se había posicionado a su lado, y se enjugó las lágrimas. Cuando Peter la puso al día de lo sucedido en su entrevista con Virginia, se enfadó por habérselo ocultado; ¿y si hubiera querido hablar con ella?, fue su planteamiento. Sin embargo, el disgusto se diluyó rápidamente al saber el reproche de Lombardo a su mujer, sus razones, ganándola la emoción por lo que ese hombre lamentaba que no hubiese ocurrido. De todas formas, aunque la reacción de él hubiese sido diferente, ella habría sido incapaz de estar disgustada con su vikingo más allá de dos parpadeos.

—*Cara Diane, el abrazo y tus palabras de consuelo en el entierro di mio*

padre me calentaron el corazón y aliviaron mi sufrimiento —le dijo Lombardo con tristeza en los ojos y un intento de sonrisa en los labios—. Si las circunstancias hubieran sido otras, hoy no estaríamos aquí, pertenecerías a mi familia y, junto a mis dos hijos, serías también mi orgullo. —Bajó la mirada a sus manos, que de nuevo estaban unidas, y calló por unos segundos.

Todos escuchaban expectantes y enmudecidos las palabras de ese hombre que exponía sus sentimientos sin filtro alguno. No tenían delante al poderoso Lombardo Colosimo, cuyos guardaespaldas se habían quedado rezagados pero atentos a cualquier eventualidad, en ese momento era un hombre que abría su corazón y exponía su desencanto y pesar.

Norbert tenía un brazo por encima de los hombros de su mujer, que había entrelazado uno de los suyos con el izquierdo de Anthony. Esa mañana, coincidió que habló por teléfono con su amigo y cuando este le preguntó por Diane, y supo la cita que tenía horas más tarde, le dijo que quería asistir; pero que no les advirtiera de su presencia, deseaba que fuese una sorpresa, como así había sido.

Kathy y Marita, abrazadas por sus respectivos maridos, eran testigos llorosas de la escena que se desarrollaba ante ellas. Kathy gimoteaba, su amiga del alma no había tenido suerte con sus progenitores; sin embargo, no le faltaba el cariño de las personas que conocía y el amor incondicional de su esposo, que estaba fuera de toda duda. Marita besó su medalla de la Virgen de la Candelaria en señal de agradecimiento por cuidar de su cuñada, aunque su sentimiento hacia ella iba más lejos, la quería como si se tratara de su hermana, la que le habría gustado tener.

—Tomando las palabras de Luigi —siguió hablando Lombardo tras un fuerte carraspeo—, nunca es tarde. Por ello, nos sentiríamos muy honrados con que consideraras a mi familia como la tuya, en todos los sentidos. Personalmente, me haría muy feliz —concluyó ante el asentimiento de sus hijos.

Diane inspiró un par de veces con fuerza, sobrepasada por la rotunda declaración de intenciones expuesta y sintiéndose apabullada por tanta verdad liberada. Notó la mano de su esposo en su hombro, confortándola con ese simple gesto, haciéndola percibir su presencia y apoyo. Se aclaró la voz de forma elegante y discreta.

—Lombardo, Fiorenzo, Luigi... —los nombró a medida que los miraba, uno a uno—. Nadie puede cambiar lo sucedido, y, de poder, os aseguro que

yo no lo haría si eso significase no estar ahora y aquí con vosotros. —Y extendió la mirada hacia los demás, con una dulzura y una gratitud que a todos les dio un vuelco el corazón.

»Soy muy afortunada; desde mi infancia tuve a Kathy, y luego se sumó una familia maravillosa, mis Wadlow, que no deja de crecer y que nosotros pensamos ampliar —dijo esto último con la vista en su amado esposo, que asintió, y percibiendo el calor que se le alojaba en las mejillas—. Y por si no fuera bastante, también el afecto y cariño de tu familia, Lombardo.

—Y mi protección —acotó este último.

Anthony y su hijo sonrieron, concedores de hasta qué punto llegaba el significado de esas tres palabras dichas por su amigo.

—Decir gracias es poco ante lo mucho que...

—Nada de gracias, un abrazo, hermanita —la interrumpió Luigi, acercándose a ella y envolviéndola entre sus fuertes brazos—. Creí que nunca dejaría de ser el pequeño —bromeó para distender el ambiente que los tenía a todos tan turbados, y se dirigió a Peter—: Cuñado, espero que la trates bien, eh. —Recibiendo de este una ceja alzada como respuesta.

—¿Pero es que contigo no puede haber un minuto de seriedad, Luigi? —lo amonestó su padre con voz gruesa y tragándose las lágrimas.

Cuando informó a sus hijos de todo lo sucedido, no se anduvo por las ramas, les expuso la cruda verdad y lo que había decidido hacer. Eran libres de tomar la postura que consideraran más justa o que les dictara su conciencia, entendía que se trataba de su madre, y les aseguró que no se interpondría en la relación que tuvieran con ella; pero él no quería saber nada de la que había sido su esposa. La respuesta de ellos fue la de interesarse por esa niña que había tocado el corazón de su padre, y aceptar de buen grado el deseo de su progenitor. Desconocía el contenido de la conversación que mantuvieron con su madre, no les preguntó y respetaba su silencio; formaba parte de su intento de pasar página. Solo sabía que el pequeño seguiría viviendo con él en la gran mansión familiar y el mayor en su apartamento, además de contar con el apoyo incondicional de ambos.

Diane abrazó y dio un beso a los tres Colosimo, y pensó que era el momento de seguir adelante con lo que les había llevado hasta allí.

—Bien, pues sigamos por... ¡Dios mío, Peter! ¡¿Cómo no nos avisaste de esto?! —le dijo señalando el terreno y luego el calzado de ellas.

Notó que el carácter positivo de su esposa intentaba controlar el torbellino

de sentimientos que la invadía, aunque fuera en forma de censura mal interpretada.

—Porque así tenía la excusa perfecta para llevarte en brazos —le contestó mientras la alzaba por sorpresa y echaba a andar seguido por los demás.

Lombardo, caballeroso, le ofreció un brazo a Anne para ayudarla a caminar por el sinuoso terreno que tenían que recorrer; esta, agradecida, lo aceptó y le dio el frondoso ramo a Anthony, que casi lo cogió al vuelo ante las divertidas miradas de Fiorenzo y Luigi.

Llegados a la sepultura, instintivamente formaron un semicírculo tras Diane y Peter. Este arrancó unos altos matojos que crecían a ambos lados de la vertical lápida de piedra cubriéndola parcialmente, barrió con ellos parte de la gruesa capa de hojas mustias que se amontonaban sobre la tumba de hierba y los arrojó a un lado.

Diane lo veía hacer, su rostro compungido era el reflejo de cómo se sentía, completamente hundida. Leyó para sí lo escrito en la fría y desgastada piedra:

RONALD SULLIVAN

1961 – 1989

Tan solo una sencilla cruz se observaba esculpida sobre el nombre del difunto, cuyo relieve se veía desgastado por el inexorable transcurrir del tiempo.

No pudo evitar un sollozo cuando tomó de mano de Anthony el ramo de flores y lo dejó al pie de la lápida, haciendo un contraste de color casi macabro. Agachada, puso una mano abierta sobre la húmeda hierba y presionó sobre ella, queriendo que de alguna manera le llegara su calor a los pobres huesos de su progenitor; que supiera que no era una extraña la que le dejaba flores, sino su hija. Con las lágrimas bañando su rostro, paseó las yemas de los dedos por las deterioradas letras que conformaban el epígrafe de ese hombre que, a pesar de no haber tenido oportunidad alguna de demostrarlo, seguro que habría sido un amantísimo padre; pues habiendo tantas hipótesis posibles, «¿por qué no quedarme con la más amable?», se planteó entre hipidos.

Solo su llanto quedo rompía el infausto silencio que los envolvía.

Enmudecidos por la pena que los afligía y enfadados con la vida por lo injusta que era. En resumidas cuentas, sintiendo como propio el dolor de ella.

Kathy, abrazada a su esposo como el resto de parejas, iba a acercarse a su amiga, pero Peter se le adelantó, pues no soportaba un segundo más verla en ese estado.

—Ro-Ronald Sullivan, mi padre —pudo articular antes de ocultarse en el pecho de su marido, que al izarla retrocedió con ella unos pasos.

Un súbito remolino se formó cerca de donde se encontraban, recorrió varias sepulturas hasta llegar a ellos y levantó una pequeña nube de hojas secas, para pegarse únicamente a las piernas de la hija del difunto, como si la madre naturaleza también quisiera abrazarla y reconfortar su corazón.

Diane, al sentir la aspereza en su piel, miró hacia abajo y se quedó sorprendida, pues el pantalón de Peter estaba immaculado, mientras que ella... Suspiró y dirigió la vista al terrenal lecho, última morada del valiente marine, porque no tenía duda de que lo fue. Era una incógnita el motivo por el que estaba enterrado en ese cementerio civil, solo sabían, por documentos, que su madre así lo dispuso, y esta ya hacía años que falleció.

—No tengas pena por mí, papá —le dijo tras aclararse la voz, convencida de que sus palabras no se las llevaría el viento, sino que encontrarían la senda para llegar hasta su alma y echar raíces en ella, estuviera donde estuviese—. Mi vida no ha sido normal, en efecto, ¡porque ha sido extraordinaria! —señaló con brío en la voz y animada por esa nueva óptica que ponía luz en cada uno de sus días vividos, en todos y cada uno de ellos—. Gracias, ya sé de dónde viene lo bueno que haya en mí.

Afianzó el abrazo a su esposo, que la escuchaba con los ojos enrojecidos y la mandíbula tensa, y prometió:

—No te olvidaré... No te olvidaremos.

Capítulo 25



Nada más abrir la puerta la vio echarle los brazos al cuello, casi llorando. La conocía, sabía que era dada al dramatismo; pero ahora, se temía, tenía buenas razones para estar muy preocupada.

No cruzaron una palabra.

Tras cerrar con un golpe violento, se encaminaron al salón, dejando la recién llegada el bolso y su chaqueta sobre la silla que se encontraba justo al entrar, a la derecha.

—Como imagino que no querrás un té —dijo ante la mirada de advertencia de su amiga—, mejor te preparo algo más fuerte.

Virginia la vio coger un vaso de la bandeja del mueble aparador y llenarlo con lo único que podría animarla, un whisky.

—Doble... Solo... —le pidió, como si Lady no supiera lo que necesitaba—. Igual que yo estoy, sola y en la ruina.

Y se echó, definitivamente, a llorar.

Aunque acababa de comer, consideró que un trago también le vendría bien a ella; así que se acercó al sofá de dos plazas que ocupaba su amiga, se sentó a su lado y dejó las bebidas en la mesa de centro.

—¿Tan mal ha ido? Aún tenéis mucho de qué hablar, mucho que negociar, Virgi —le habló con tranquilidad—. Más de treinta años de matrimonio no se finiquitan en una sola reunión con el abogado.

Virginia la miró enojada, su frente fruncida era solo una mínima prueba de lo que bullía en su interior. Cogió el vaso puesto frente a ella y le dio dos

tragos seguidos, el ardor del dorado líquido al bajar por la garganta no rebajó el estado de ánimo que le producía una inquietud de extrema tensión.

—¡Eso es lo que tú te crees! —explotó con rabia.

Dejó la bebida con brusquedad sobre la superficie de madera y se levantó, enjugándose con las puntas de los dedos la humedad de esas lágrimas traidoras que no quería haber derramado por él.

—Cálmate, lo de hoy solo ha sido una reunión de información, una toma de contacto que...

—¡Que no! —Se giró a ella con ímpetu y poniendo los brazos en jarras—. ¡Que ya está todo decidido! ¡Y no por mí, obvio!

—¡¿Será cabrón?!

—No lo será, ¡lo es! —aclaró, llevándose las manos a la cara con desesperación.

Lady se acercó a ella y la abrazó. No esperaba que todo se hubiera desarrollado con tanta rapidez, no era lo común. Hacía poco más de una semana de aquella nefasta cita en el club, en la que Lombardo le dijo que pediría el divorcio, ¿y ya estaba preparada la demanda?

—Vamos a sentarnos y...

—No quiero —manifestó Virginia, apartándose de ella. Necesitaba aire, sentía que se asfixiaba; así que abrió las dos hojas de la puerta que daba acceso al pequeño balcón. No sirvió de mucho, pero psicológicamente se encontró menos encerrada... Menos acorralada.

—Está bien. Dime qué ha pasado —la instó, quedándose de pie y cruzando los brazos sobre el pecho, segura de que exageraba.

Virginia bufó mientras buscaba en su mente cómo resumir lo que acababa de vivir. Acalorada, se atusó el cabello ahuecándolo, antes de emitir un largo y profundo suspiro.

—Me citó su abogado, el mejor de la firma Wadlow para los casos de divorcio, un hijo de puta muy estirado y serio, y que nada más verme entrar me preguntó por el mío.

Lady la miró sin comprender.

—Yo esperaba que, para reducir gastos, tendríamos el mismo defensor. Tampoco sería complicado, mis demandas son pocas y justas —aseveró Virginia con fuerte convicción y parada frente a su amiga—. ¡Pero no! Cada uno tendremos nuestro propio letrado, teniendo yo que pagar el mío. ¡¿Por qué?! —lanzó al aire con las manos en alto como si una voz desde el más allá

podiera responder a su reclamo.

—¡Porque es un redomado cabrón! —respondió desde el «más acá» Lady, enfurecida por la poca generosidad del italoamericano—. ¿Y qué hiciste?

—Pues lo único que podía hacer. —Giró sobre sus tacones y se dirigió nuevamente al sofá, donde se sentó para descalzarse y darse un leve masaje en los doloridos pies—. Recogí la propuesta, me fui y llamé a Nicole, que me dio el nombre del que llevó su divorcio.

—Hiciste bien, él es bueno —apostilló Lady mientras ocupaba el asiento libre a su lado.

—Pero no tanto como el otro —se quejó—. Resumiendo, me puse en contacto con Stephan, que así se llama, pudo atenderme y después telefoneó a su colega. Volvimos al Willoughby, pleitearon, discutieron y...

Lady la escuchaba sin pestañear apenas, sorprendida por tanta prontitud y eficacia. Normalmente, todas esas gestiones requerían de semanas de estudio, de pensar cómo sacar más provecho, era un tira y afloja largo y, en la mayoría de las ocasiones, desgastante para ambos cónyuges.

—¿Y...?! —la requirió con interés y poniendo una mano en su antebrazo.

—¡Y todo ha sido inútil! ¡Y lo seguirá siendo porque no piensa moverse de su postura! O lo acepto o nos metemos en juicio por toda la eternidad, y mientras no veo un dólar.

Se echó hacia atrás, dejando caer la cabeza en el borde del sofá y cerró los ojos, agotada. «*Esto no puede estar pasando*».

—¿Cuáles son sus condiciones? Además, ¿y si se está tirando un farol? —dijo para animarla, aunque con poco convencimiento.

—¿Cuándo ha ido Lombardo de farol?

—Humm, nunca.

—Pues ahí lo tienes.

Lady imitó la postura de su amiga, lo que le sucedía no era bueno, por muchas y distintas razones.

—Me da el apartamento en el que pasaste el embarazo, ya que el muy hijo de puta no quiere quitarme los buenos recuerdos que seguro tengo de él —empezó a enumerar—. Una cantidad, ridícula e insultante, por los años de matrimonio. Nada de pensión mensual, pues dice que estoy en edad laboral y que nuestros hijos son ya mayores...

—Lo de tus hijos es verdad —comentó rápida.

—¿Tú de parte de quién estás, Lady?

Esta asintió con la cabeza e hizo un mohín de fastidio.

—Bien, sigo. Me *regala* su paquete de acciones de la fábrica textil, que pasa a ser mía completamente.

Ante el silencio de Virginia, su amiga la miró volviéndose a ella y esperando a que continuara, pero no lo hizo.

—¿Y qué pasa con la mansión, la casa de Aspen, los casinos, los coches, el avión privado...? ¿El resto de propiedades?!

Virginia abrió los ojos y clavó la vista en el techo, cabeceando y sin creerse todavía que se encontrara en esa situación.

—Nada, no pasa nada porque todo es suyo. Recuerda que hace años hicimos separación de bienes y...

—¡Ya te advertí que no firmarás! —la reprendió con la misma fuerza de entonces.

Lombardo nunca fue santo de su devoción, por lo que la relación entre ellos jamás pasó de cordial. En su día, le advirtió del peligro de aceptar una separación de bienes en la que en el reparto ella no obtenía la mitad de lo que su marido poseía. Pero arguyó que el matrimonio iba estupendamente y que él no era hombre de romper la familia. «*Menuda sorpresa*», pensó, consternada.

—¿Quién se iba a imaginar esto?! Si hubieras tenido más cuidado cuando hablaste con tu hija, no se te habría escapado mi nombre —le echó en cara—. Y el favor de entonces no se me habría vuelto en contra, ¡mierda!

—Y si tú no hubieras caído en la trampa de su marido, no estaríamos ahora así. ¡Qué cabrón!

Ambas suspiraron al unísono, rendidas. No era momento de recriminaciones, pues nada se iba a conseguir con ello.

—No sé cómo lo ha conseguido, imagino que habrá puesto a trabajar a una legión de contables, pero tiene facturas de nuestros viajes, compras...

—¿Lo crees capaz de comprobar si en realidad tienes, por ejemplo, tantos zapatos como justificantes de pago?! —Lady sabía la respuesta de sobra—. Lo sé, es una pregunta estúpida.

—Tú lo has dicho. —Cogió su vaso y apuró de una vez el resto del contenido hasta vaciarlo—. Stephan me ha aconsejado que acepte, conoce a ese picapleitos y dice que no ganaríamos ni en un millón de años, fíjate si lo

tiene claro.

Lady la miró con una ceja alzada, no se le había pasado por alto el que se refiriera a su propio abogado por el nombre de pila.

—¿Stephan?! ¿Lo acabas de conocer y ya os tuteáis?

Virginia frunció los labios de forma coqueta, planchando con las manos la estampada falda de su vestido de algodón en tonos verdes y reprimiendo una sonrisa.

—¿Virgi...?!

—Han sido unas horas muy intensas y él ha sido muy amable conmigo, muy atento. —Estiró las piernas y se examinó la manicura de los pies—. Hemos quedado a comer, la próxima semana.

La cara de sorpresa de su amiga no tenía precio. Tomó su vaso y bebió hasta casi apurarlo.

—¿Y qué pasa con Norbert? Te recuerdo que es tu amor platónico y que estás loca por llevártelo a la cama —le preguntó sin apartar la vista de ella, atónita por su actitud.

—La encerrona del otro día fue una canallada, no se lo perdono —afirmó con convicción y un deje de desprecio.

—Eso es verdad. ¿Pero ya te has olvidado de él? ¿Así, de un momento a otro?

Se revolvió en el asiento y dobló las piernas para sentarse sobre ellas.

—Lady, tengo cincuenta y cuatro años, uno más que tú. —La aludida hizo un gesto para que siguiera hablando, no era ese un detalle en el que quisiera pararse—. No pienso perder un segundo más de mi vida en alguien que no se lo merece, que no me valora y que encima es...

—¿Un cabrón! —lanzó Lady con un puño en alto.

—¿Exactamente! Stephan está divorciado, es un hombre libre y muy atractivo también; así que quiero vivir, divertirme y...

—Follártelo —remató Lady, arrancando una carcajada a su amiga, que ella imitó—. Pues vamos a celebrarlo, ¿por qué no?

Y diciéndolo se levantó y fue a por la botella de whisky para servir otra ronda.

—Sí, por qué no... —repitió, notando que su ánimo se venía abajo de nuevo—. Que sepas que tú te vendrás conmigo, se acabó esta vida de monja que llevas —le advirtió, tomando de su mano la bebida que le ofrecía.

—Te recuerdo que hace poco que he enviudado —señaló, encogiéndose

de hombros.

—¿Y...?! Si ya te divertías por ahí, con él en vida, ¿te vas a poner ahora exquisita?

Lady volvió los ojos hacia arriba con resignación, se conocían demasiado bien como para refutar su comentario.

—Lo que me preocupa es el tema de la fábrica. Ha...

El sonido de la puerta del apartamento cerrarse cortó la conversación.

—¡Soy yo! —oyeron a Hampfrey decir en voz alta desde el pasillo, acercándose—. ¡Vaya, dos de mis chicas favoritas!

Las saludó dejando un beso en la mejilla de cada una y se dejó caer en el sillón que había frente a ellas.

—¿Cómo estás, hijo? ¿Te apetece beber algo? ¿Has comido? —se ofreció su madre, solícita a lo que él necesitase.

—Sí, he comido en el club con Brooke —respondió con voz cansada.

—¿Quién es? —preguntó Virginia, repitiendo el nombre en su mente y comprobando que no conocía a nadie que se llamara así.

—La nieta de un magnate de la industria cárnica, Armour. La familia sigue en esa actividad —les contó mientras se desabotonaba por completo la camisa y dejaba el torso al aire, estirando las piernas y cruzándolas a la altura de los tobillos.

—¡Ah, sí! Personas muy adineradas, pertenecen a la clase alta, Hampfrey. Tienes buen ojo para escoger tus amistades, a ella no la conozco —comentó Virginia—. ¿Estáis saliendo?

Lady miraba con interés a su hijo a la espera de su respuesta que, aunque ya la conocía, podía haber variado en las últimas horas.

—Bueno, ya sabéis que soy un caballero —aclaró, guiñándolas. «*Buen ojo y... un completo estudio de mercado*», especificó en su mente, pues gracias a esto último supo de su existencia y fue por lo que propició un *casual* encuentro con la rica sucesora—. Solo diré que nos estamos conociendo y que está muy interesada en mí.

—¡Claro que tiene que estar interesada! ¡En su vida encontrará mejor partido que tú!

—Ni yo, mamá. Seamos justos —agregó en un ataque de honestidad.

Lady chasqueó la lengua antes de hablar.

—Tienes un título nobiliario que...

—Que solo es decorativo si no hay un buen respaldo económico, como

bien sabes. —La vio asentir—. Por cierto, he hablado esta mañana con el tío Lawrence.

—¿Y qué quería ese viejo? —preguntó un tanto airadamente, pues nunca le terminó de gustar esa amistad de su marido.

—Ese viejo es solo dos años mayor que papá —le reprochó con voz dura, pues le tenía aprecio al hombre.

Echaba de menos a su padre, no había día que no se acordara de él. De las excursiones juntos cuando era pequeño; las travesuras que siempre le tapaba para que su madre no se enterara y evitarle represalias; las navidades en el campo, en el castillo que durante generaciones perteneció a la familia y del que él debería ser el propietario si... No podía olvidar aquellas largas tardes sentados a la mesa vestida con un tapete de fieltro verde y en las que aprendía todos los juegos posibles de cartas y... los trucos para ganar.

Lady agachó la cabeza ante el silencio de su hijo, sabía lo que adoraba a su padre y lo mucho que lamentaba su ausencia.

—A veces, mamá, tengo la impresión de que va a entrar por la puerta con un cigarrillo en la comisura de la boca y diciéndome que me reta a una partida de póquer, mientras sirve dos vasos de su bebida favorita —habló con añoranza y la vista perdida en el pequeño trozo de cielo azul que se divisaba por el balcón desde su asiento.

Virginia asintió, Reynald siempre le cayó bien, era un hombre extrovertido y muy hospitalario; sin duda, Hampfrey había heredado su carisma.

—Te entiendo perfectamente, hijo. Yo también le extraño —dijo levantándose. Fue hasta el marco de la puerta de cristal y se recostó en él. La vista que tenía ante sus ojos era la de una ciudad cosmopolita con todos sus defectos de un tráfico intenso y una polución que estropeaba su cutis—. Pero hay que ser realista; si hoy estamos aquí, es por culpa de todo ese tabaco que nunca debió fumar, todo ese alcohol que tampoco debió beber y ese vicio con el juego que prácticamente nos arruinó —terminó de enumerar, volviéndose a él sin disimular su gesto de resentimiento.

—No discutáis —terció Virginia, que no era la primera vez que asistía a una conversación entre madre e hijo en esos términos—. Tenéis un espacioso, y muy bien situado, apartamento en Notting Hill que os deja una fantástica renta mensual; además del en el que vivís, y también este, que podríais alquilar...

—¿Y el castillo en el condado de Durham? —se revolvió Lady—. ¿Y el Jaguar y el Rolls...?

—¡Ya basta! —cortó las quejas de su madre, poniéndose de pie y quitándose la camisa, que dejó sobre el cabecero del sillón—. ¡Cada uno es como es! Mi padre tenía defectos, ¡sí! Pero nos quiso siempre, ¡y eso lo sabes! —le recordó, señalándola—. De nada sirve lamentarse, ni censurarle si hizo o no hizo. —«*No sigas por ahí, mamá, tampoco tú eres perfecta*», le advirtió en su mente, pues no quería llevar la conversación más lejos.

—¡Por supuesto que no! —intervino Virginia rápidamente. Conocía sobradamente a su amiga y su hijo, había un punto en el que nunca se pondrían de acuerdo: cómo vivir. Mientras que para Lady primaba la seguridad de una desahogada y buena posición económica y social, para su hijo no era tan sumamente importante; aunque no por ello renunciaba a ninguno de sus caprichos y excentricidades. «*Difícil de entender*»—. ¡Yo sí que tengo un problema encima!

Lady lanzó un suspiro al aire y se acercó a su hijo, al que besó en la mejilla.

—Perdóname, es que a veces...

—Lo sé, mamá. Discúlpame tú a mí —solicitó, arrepentido de haberla enojado.

—¿Cómo está Lawrence? —se refirió al hombre por cuya causa habían iniciado esa inútil discusión.

—Muy bien. Preguntó por ti, por cómo nos va... —la informó, con un brazo sobre sus hombros—. Le hablé de mi medio hermana y...

—¡¿Qué le has contado?! —quiso saber con prontitud.

Disgustada, ya que no le hacían caso, Virginia los observaba en silencio.

Llevó a su madre al amplio sofá y se sentaron en él, obligando a la común amiga a que se desplazara para tener una cómoda cabida los tres.

—Solo lo que tú quieres que se sepa, tranquila. —Cogió el vaso que, por la huella de carmín en el borde, sabía que era de su madre y le dio un breve sorbo—. Se sorprendió mucho, como es lógico. Le di cuatro detalles y nada más.

Lady lo observaba con atención. Lawrence era un viejo zorro amante de los chismes, y seguro que se había frotado las manos al conocer este, pensó con el ceño fruncido.

—No te preocupes. —Le palmeó una rodilla—. Todos saben que es un

cotilla y que solo hay que creerle la mitad de la mitad de lo que cuenta.

Asintió a las palabras de su hijo; no obstante, no quería estar en boca de nadie, y la aparición de una hija era una noticia muy jugosa como para que no corriera como la pólvora.

—Bueno, Virginia, ¿cómo ha ido tu encuentro con vuestro abogado? — Cambió de tema Hampfrey, pues poco más tenía que añadir a lo dicho.

Se levantó de un salto, descalza aún, y soltó en un monólogo extenso, además de florido en cuanto a palabras malsonantes, todo lo ocurrido horas antes, sin parar de hacer aspavientos y moverse por el salón.

—¡El muy cabrón! —Fue el remate a su alterado relato.

—¡Pero que muy cabrón! —la apoyó Lady con energía.

—¡Pues que le jodan!

Virginia lo miró incrédula.

—¡¿Que le jodan, Hampfrey?! ¿Eso es lo que se te ocurre decir? ¡La que está jodida soy yo!

Se levantó y fue hasta ella para intentar calmarla. Ciertamente su situación era muy complicada. Lombardo, de una patada, la había echado a rodar por la escala social unos cuantos puestos más abajo del que había ocupado desde que se casó con él. Tampoco le extrañaba su comportamiento, cuando le contaron lo sucedido con su marido, sabía que las consecuencias serían duras, muy duras. Ese hombre era implacable con las personas que le fallaban, incluida su propia familia; y así había sido.

—Nos tienes a nosotros, Virgi —le dijo su amiga cogiéndole una mano—. Y a tus hijos.

Virginia se apartó de ellos negando con la cabeza y dejándose caer en el sofá, abatida.

—Ya sabéis que Fiorenzo sale con una chica y vive por su cuenta; está tomando el mando de algunas empresas y viaja mucho. Y Luigi...

—¿No te apoyan? —se sentó a su lado Lady, muy interesada en estos nuevos datos.

—Sí, pero... dicen que es un tema entre su padre y yo, y que no quieren meterse por medio. —Cogió uno de los cojines y lo puso en su regazo—. Sin embargo, Lombardo les habló de lo que le hubiera gustado adoptar a tu hija, y ellos están de acuerdo con él. —Lady bufó, como lo hizo en su momento al saber de esas intenciones—. ¡Mierda! ¡Que fueron los tres al cementerio a acompañarla a la tumba de su padre! ¡¿Os lo podéis creer?!

—¿Cómo?! —profirió Lady con sorpresa y enderezándose en su asiento.

—¿Lo que oyes! Y ahora, estos hijos míos, ¡la consideran su hermana! — explotó, ahogando un sollozo de rabia e impotencia—. Francamente, Charity, si hace casi treinta años llego a saber cómo iba a estar ahora, yo... No sé... No sé...

Lady estaba aturdida, el que la llamara por su nombre de pila era señal de que estaba enfadada con ella, y eso no lo podía soportar, pues Virginia, después de su hijo, se trataba de la persona más importante de su vida. No le extrañaba que Diane hubiera visitado la tumba de su padre; aunque la última vez que habló con ella, «*y con el cabrón de su marido*», se mostró inamovible en sus ideas y en su postura, haciéndola creer que era de carácter fuerte; a la vista de esto último, se daba cuenta de que no, de que era débil. Porque...

—¿Qué necesidad tenía de visitar la tumba de un extraño?! ¿Es que va de santa? —profirió sin disimular su contrariedad—. ¡No he ido ni yo!

—Bueno, al fin y al cabo es su padre, ¿no? —dijo con mucho tiento Hampfrey.

Su madre lo taladró con la mirada.

—¿Otro cabrón!, eso es lo que era; como su ex, que la ha dejado en la miseria —refirió mientras le echaba un brazo por los hombros a su amiga, que se apoyó en ella.

—En la miseria tampoco, tiene una fábrica —apuntó para ambas mujeres.

—¿Oh, sí! —exclamó Virginia, irguiéndose—. Una fábrica que se quedará sin las personas que la dirigen porque dice que son empleados suyos, de su familia, y que el mismo día que firmemos el divorcio, ¡la próxima semana!, pasarán a formar parte de la plantilla de sus empresas.

—Lo dicho, ¡un pedazo de cabrón! —apostilló Lady en un violento arrebató.

—¿Y ahora qué hago? ¿Cómo busco personas eficientes? ¿Dónde? —preguntaba con exasperación y abriendo los brazos como si quisiera abarcar el mundo con ellos—. ¡¿Quién?!

Hampfrey asintió. Necesitaba a alguien de total confianza para la dirección. Taimado..., les sonrió.

Capítulo 26



Gracias al pequeño espejo de cortesía del parasol del coche, Diane echó otro rápido vistazo al asiento trasero, lo que provocó una ligera sonrisa en Peter, pues había perdido la cuenta de las veces que había repetido ese gesto desde que se montaron en el vehículo.

—¿Algún cambio? —la provocó.

Ella, pillada en falta, le pinchó con un dedo en el costado derecho, haciéndolo reír.

—No te burles, vikingo.

—Ni en sueños me atrevería —le respondió con tono burlesco, parados en un semáforo en rojo.

Diane sacó del bolso su iPhone y tecleó un wasap.

—Les estoy diciendo que ya estamos en camino. —Pulsó enviar y al momento el teléfono de él le avisó de la entrada de un mensaje.

Peter visualizó en su mente la escena que justo en ese instante se estaría desarrollando en casa de sus tíos, el estruendo de los respectivos teléfonos interpretando cada uno la melodía particular con la que advertían si había alguna notificación.

Puntualmente, habían recogido a los niños en el orfanato. Pero al observarlos un poco nerviosos por la cita que tenían, decidieron que en lugar de ir directamente al encuentro del resto de la familia, sería bueno que se relajaran un poco. Diane propuso ir a un centro comercial a hacer unas compras de última hora, y, como era de esperar, se entretuvieron más de lo

previsto.

—¿Y dices que hay un perrito, Peter?

No era la primera vez que Gia le hacía la pregunta, pero es que la ansiedad era superior a ella. Estaba deseando conocerlo.

—Sí, muy juguetón y cariñoso —le respondió, otra vez en marcha y ya entrando en la zona residencial donde vivían sus tíos y sus primos.

No iban en su adorado Saab 9-5 V6, aparcado en el garaje, sino en el flamante y poderoso todoterreno que pocos días atrás recogió en el concesionario oficial de la marca a la que le era fiel: Saab, por supuesto. La excusa de la compra fue que era más apropiado y cómodo para llevar pasajeros en el asiento de atrás; pero a Diane no la engañó, lo hizo porque sabía que esas visitas a los pequeños iban a durar en el tiempo, y así irían más seguros. Y le tocó el corazón ese gesto de su Thor.

—A mí me gustan mucho los perros —afirmó Adrian sin dejar de mirar por su ventanilla—. Y...

—Me pica mucho el cuello —interrumpió Gia en apenas un murmullo.

Diane se giró rápidamente en su asiento para ver bien a la niña, y al observar que no dejaba de rascarse en la zona de la nuca, y tirar del cuello de la camiseta, supo de inmediato el motivo.

Adrian le sujetaba el pelo en alto para poder soplarle en la zona que ella indicaba.

—No te toques más —le dijo a su amiga—. Te lo estás poniendo rojo.

—Peter, para a un lado un momento.

—Espera dos minutos, ya casi hemos llegado —le dijo, conduciendo al máximo de la velocidad permitida, que no era alta.

—La etiqueta le está haciendo una rozadura —habló con urgencia Diane, nerviosa—. Hay que quitarla enseguida o le hará una herida.

La última palabra obró el milagro, Peter frenó en seco en el ancho arcén, facilitando que ella se bajara de un salto y rápidamente abriera la puerta trasera de Gia.

—Déjame ver, cariño —le pidió, inclinándola hacia delante en la silla infantil instalada para ella—. Lo que me suponía, no sé por qué los fabricantes no tienen en cuenta estas cosas —protestó mientras intentaba quitarla, misión imposible—. Peter, saca de mi bolso una bolsita de tela azul, ahí hay unas tijeras pequeñas. Y en otra bolsa, la verde, hay una pomada —ordenó con eficiencia—. Esto no es nada, Gia; enseguida se te pasa. ¡Vamos,

Peter!

Este alzó el enorme bolso del piso del coche y lo puso en el asiento del copiloto. Lo abrió y resopló. Ella siempre los había preferido pequeños, pero desde que los niños entraron en sus vidas...

—¡Por todo el valhalla, Diane! ¿Has dejado algo en casa? —preguntó revolviendo en el interior hasta que halló las dos bolsas—. Podemos irnos de excursión sin necesidad de preparar nada, ¡aquí hay de todo! ¡Más que en el botiquín de primeros auxilios del coche! —comentó entre risas y entregándole lo solicitado, aunque en su interior estaba preocupado.

—Hay que ser precavido —se defendió, sonriendo.

Con cuidado, quitó la etiqueta y se la entregó a Peter, junto con las tijeritas.

—Gracias, cariño —le dijo a Adri, que seguía apartando los abundantes tirabuzones rubios de la pequeña—. Y ahora esta cremita para aliviar el picor —le habló con ternura a la obediente niña, untándola con mucho cuidado en la zona enrojecida—. Ya no pica, ¿verdad?

La pequeña negó repetidamente.

—Pues listo, podemos seguir —anunció alegremente y girándose para bajarse y cerrar la puerta.

Pero no le dio tiempo a hacerlo, pues Gia le echó los brazos al cuello y le dejó dos besos en una de las mejillas.

—Eres la mejor, Diane; y Thor también, ¿a que sí, Adri?

—Los mejores —corroboró el pequeño, dedicándole una hermosa sonrisa a Peter, que estaba girado a ellos.

Una vez más, los dos niños conseguían, sin proponérselo, que se les formara un nudo en la garganta ante sus espontáneos gestos de afecto. No necesitaron mirarse para saber que ambos tenían el corazón en un puño.

Acomodada en su asiento Diane, reanudaron la marcha. Los pequeños no dejaban de comentar todo lo que veían, hasta el más mínimo detalle; lo cierto era que todas las veces que habían salido con la joven pareja lo disfrutaron muchísimo, no solo por dejar el orfanato durante unas horas, sino por el cariño sin límite que recibían y la ternura con la que los trataban; les hacía sentirse protegidos, importantes para alguien más allá de las frías paredes del vetusto edificio en el que vivían; aun sabiendo que tenían que regresar a dicho lugar, no les importaba, pues la promesa de una nueva cita formaba parte de cada despedida.

Peter conducía casi en modo automático, suerte que conocía esa calle como la palma de su mano. Pensar que el torbellino rubio que iba detrás pudiera haber tenido una lesión..., por leve que fuera... Sintió que el corazón se le aceleraba ante esa posibilidad, y una voz nueva se alzó en su mente para demandarle que no permitiera que algo así sucediera con ninguno de los dos niños, ni en el presente ni en el futuro. «*El presente quizás pueda controlarlo, pero... ¿y el futuro? ¿Cómo?*», sabía que solo existía una respuesta...

—Hemos llegado —anunció Diane, saliendo del mutismo en el que se había mantenido al tener la sensación de sentir todavía los labios de la niña en su piel, esos dos besos que traspasaban la barrera física y buscaban un lugar en el que instalarse definitivamente. «*Si yo hubiera tenido esta oportunidad... Si Kithy y yo... No, no es justo que me queje, tuvimos suerte. Sin embargo, ¿qué será de ellos dos?*», se planteó, arrastrada de nuevo y solo por unos segundos a esas elucubraciones que no era la primera vez que se hacía.

La puerta automática que daba acceso a la entrada de vehículos se abrió, Peter entró en la propiedad y se detuvo para comprobar por el espejo retrovisor que volvía a cerrarse. Unos fuertes ladridos, procedentes de la zona en la que se encontraba la piscina, los recibieron.

—Ese es *Hurón*, no tardará en aparecer —dijo Peter conduciendo hacia la zona de los garajes, donde vio aparcados los coches de sus primos y el de su abuelo.

Los pequeños cruzaron una rápida mirada al escuchar el nombre del animal, aún recordaban aquel que conocieron en el vivero. Hicieron un gesto de negación, era imposible que se tratara del mismo, aun así...

—¿Es del color del caramelo, Diane? —le preguntó Gia, que acababa de ayudarla a bajar del coche, y mirando en la dirección de donde provenían los ladridos, cada vez más cercanos.

—Un poco más clarito —le respondió, ayudándola a colocarse bien su mochila nueva.

Peter y Adri se les acababan de unir cuando lo vieron venir con un alegre trote, y a Santiago detrás, corriendo tras él y llamándolo.

—¡*Hurón*, para!

Peter se adelantó un paso, poniéndose delante por si el perro, con la fuerza de su carrera, los tiraba al suelo.

—¡Es Santiago! —gritó Gia al reconocerlo.

—Sí, ya os lo dijimos —le recordó Diane, poniéndole un mechón de pelo tras la oreja.

—¡Nooo, es que es... Santiago! ¡¡Santiiiiiii!!

Adri cogió de la mano a Gia y echaron a correr para encontrarse con su viejo amigo, aunque no todo lo rápido que hubiesen querido, pues el problema físico de la niña lo impedía.

—¿Se conocen? —preguntó Peter avanzando hacia ellos y con Diane siguiéndole.

Santiago se detuvo un segundo al ver a los dos niños, y una sonrisa de oreja a oreja iluminó su cara al descubrir quiénes eran.

—¡¡Abuelo!! ¡¡Correeeeee!!

Anthony, que aún no había doblado la esquina de la casa y no podía ver qué estaba sucediendo, se asustó ante el imperioso grito de su nieto y echó a correr. Demanda que también se oyó en el interior y puso en alerta al resto de la familia, que se apresuró en salir; sabían que era el coche de Peter, pues lo vieron en el monitor de la cámara de vigilancia, pero no entendían el motivo del escándalo.

—¡¡Santiiiiiii!! ¡¡Hurón, Hurón!! —repetía Gia, loca de alegría.

Los tres niños se unieron en un abrazo que a punto estuvo de hacerlos caer. Santiago no se podía creer que fueran ellos, no dejaba de hacerles preguntas, que no eran contestadas, ya que ninguno paraba de hablar y saltar, con el perro ladrando y dando vueltas alrededor de ellos, contagiado por la algarabía formada..

—¡Demonio de chico, qué susto me has dado! —exclamó Anthony llevándose una mano al pecho, viendo la escena.

Gia se giró a él y gritó de nuevo.

—¡¡Abuelo Anthony!! ¡¡Es el abuelo Anthony!!

Este, al verla venir hacia él cojeando, se detuvo asombrado.

—¡Por todos los demonios del maldito infierno! —exclamó, paralizado ante esos ojos chispeantes que volvían a sorprenderlo con su increíble color —. ¿Pero será posible?... ¡¿De dónde salís?!

—¡Del coche de Thor! —exclamó la pequeña mientras la mochila le golpeaba la espalda en la carrera hacia él.

Observó que se acercaba también el niño, e hizo memoria para recordar sus nombres: Georgia y Adrian. Echó a andar rápido y la cogió en volandas, sintiendo que lo abrazaba por el cuello y apretaba con fuerza, dejándole dos

besos en una de las mejillas.

—¡No me lo puedo creer! —atinó a decir Anthony, conmovido por la reacción de la niña y todavía fascinado por la increíble casualidad de volver a verlos, ¡y en casa de su hijo!

—¡Hola, señor!

Bajó la vista hacia la voz que lo saludaba y vio en sus ojos negros la chispa de alegría que bailaba en ellos por el reencuentro.

—Ven aquí, chaval. —Y diciéndolo, dejó a Gia en el suelo y lo alzó, abrazando su menudo cuerpo y sintiendo que era correspondido. Le besó en la frente y lo bajó—. ¡Habéis crecido!

—Yo un poquito, ¡pero él más! —señaló Gia, que no paraba de saltar en su sitio sin dejar de tocar el lomo de *Hurón*—. Y ya me está saliendo el diente —le informó, abriendo mucho la boca para que pudiera comprobarlo.

Santiago, feliz, los miraba sin terminar de creerse tanta buena suerte. Más de una vez se había acordado de ellos, incluso cuando iba con sus padres al vivero se fijaba en la gente por si acaso estuvieran allí con otra excursión.

Los cuatro seguían charlando en una conversación que capitaneaba la pequeña y de la que el perro era un ansioso testigo. Sin que se percataran de ello, el resto de la familia los observaba sin intervenir, rodeándolos y mirándose entre ellos, divertidos por la estampa que presentaban.

Sin embargo, de pronto, Adrian se dio cuenta de que estaba rodeado de desconocidos, y un viejo temor se apoderó de él provocándole un estremecimiento. Se calló y el miedo veló su rostro, incapaz de levantar la vista, temeroso de ver la conocida cara de su padre, y dio unos pasos hacia atrás.

—No está aquí, Adri —le dijo su amiga, cogiéndole una de las manos que se aferraba a un tirante de su, también, recién estrenada mochila.

Diane se llevó las manos a la boca para no dejar salir el sollozo que la ahogaba, «¿cómo borrar tanto dolor?», pensó. Rápidamente, Kathy fue a su lado para confortarla, abrazándola por la cintura. El resto, concedores a grandes rasgos de las historias de los menores, enmudeció.

Peter se agachó delante del pequeño y le revolvió el corto cabello en una caricia que buscaba calmarlo y darle confianza.

—Con nosotros estás a salvo, pequeño. No hay nada que temer —le dijo haciendo un esfuerzo sobrehumano para que no le temblara la voz.

—Claro que sí, nosotros te queremos —afirmó Santiago, yendo a su lado

y poniéndole una mano en el hombro—. ¿Verdad, papá?

Johan asintió a las palabras de su hijo, que se unió al abrazo que Adri le daba a Peter y al que no tardó en sumarse Gia.

Pamela creyó revivir el momento en el que conocieron a Santiago, en el barco de su hijo mayor, otro niño también maltratado por uno de sus progenitores; pero al que, afortunadamente, no le había quedado ninguna secuela psicológica de tan nefasta experiencia; sí física, en forma de una pequeña cicatriz en la frente.

—Mira, abuelo Anthony —se revolvió la pequeña del abrazo grupal para abrir la mochila y buscar en el interior—. ¡Los guantes que nos regalaste! —Agitaba en el aire tanto los de ella como los de su amigo.

—¡Vaya! Pero ahora no hace falta que los lleves, no hace frío —comentó con diversión el mayor de los Wadlow.

—Ya lo sé, ¡pero es un regalo muy bonito! Yo guardo los suyos para que no se los roben. —El resto de la familia sonreía ante la expresión seria y decidida de la niña, que solo duró unos segundos, pues enseguida volvió a sonreír—. Y Diane me ha regalado esta mochila con princesas Disney. Y Thor se la ha comprado a Adri, pero él no quería princesas, así que la suya es de un indio muy feo que...

—¡¿Indios?! ¡A ver! —soltó Santiago, ayudando a su amigo, ya superado el mal trago, a quitársela para examinarla mejor—. ¿Es un hurón?...

No pudieron resistirse a la súplica de los pequeños de darse un chapuzón en la piscina antes de comer, aun imaginando que luego les costaría convencerlos para que salieran del agua. Gia fue la que más insistió, a pesar de no saber nadar, pero es que ella secundaba siempre cualquier iniciativa de Adri, y ahora, también, la de Santiago. Peter subió a su antigua habitación para ponerse un bañador y poder meterse, con la pequeña en brazos, en la fresca y limpia agua junto con los dos niños. Diane se ganó un codazo de su amiga por quedarse mirándolo extasiada cuando él se recogía el pelo antes de darse una rápida ducha, consiguiendo que, como respuesta, le sacara la lengua.

Una vez cambiados los cuatro de ropa, y siempre bajo la atenta mirada de Diane, solícita a ayudar a Gia, pues de los chicos se encargó su marido, empezaron a dar buena cuenta de la sabrosa comida que habían preparado Pamela y Marita; Kathy poco ayudó, pues se encargó de atender a los tres

bebés. A los hombres decidieron echarlos de la amplia cocina; «conversaciones de mujeres», alegaron para quedarse a solas.

El ambiente era de total y absoluta felicidad, acompañado por una agradable temperatura.

Anthony observó a los tres pequeños, que entre bocado y bocado no dejaban de parlotear de sus cosas; luego posó la vista en las tres cestas Moisés de mimbre en las que dormían sus bisnietos, para terminar recreándose con la visión del resto de la familia, sentada a la mesa, y echó tanto de menos a su amada Betty... «*Sé que nos acompañas, pero ojalá fuera de otra forma. Lo hicimos bien, ¿verdad, amor?*», cogió su copa y dio un trago largo al fresco vino, intentando arrastrar garganta abajo la congoja que lo asfixiaba.

—*Hic et nunc* —dijo Norbert, que había presenciado la desazón de su padre.

Este asintió al tiempo que le dedicaba una sonrisa triste, y repitió con voz llena de nostalgia:

—*Hic et nunc*.

—¿Qué significa, tío Norbert? —preguntó rápido Santiago, siempre atento a lo que él o su abuelo hablaban.

—Aquí y ahora. Me refiero a que justo ahora, y aquí —hizo un gesto abarcando con las manos a todos—, tenemos lo único importante en la vida, nuestro mayor tesoro.

Un profundo silencio barrió el porche en el que estaban terminando de almorzar, calando sus sabias palabras en todos ellos.

Adam miró el capazo en el que descansaba su hijo y luego a su mujer, que lo escrutaba con tanto amor que sintió que los ojos se le anegaban en lágrimas que no quería derramar, pero que fue incapaz de contener. Kathy tironeó del cuello de su camisa para atraerlo a ella y enterró el rostro en el hueco de su cuello, dejando un beso como sello de su eterno amor, «*te amo, guapo*».

Marita tenía el corazón en un puño, esa frase de su suegro era tan sencilla como grande, y bajó la cabeza asintiendo. Johan le echó un brazo por los hombros y besó su sien; su padre siempre tenía las palabras acertadas, y en esta ocasión no podían ser más apropiadas. Él, que vivió en el infierno del desamor y la traición, tenía a su lado a un ángel que lo rescató de aquel pozo para colmar su vida de paz y felicidad, «*mi ángel*».

Diane se encontraba sentada sobre las piernas de su esposo, abrazándolo por el cuello y susurrándole al oído cuánto lo amaba, intercalando besos que los estaban incendiando. Peter la apartó brevemente para poder mirarla a los ojos y que ella leyera en ellos la intensidad de sus sentimientos, pues no existía palabra en idioma alguno que transmitiera lo que quería manifestarle, así que se limitó a besarla como si no fuera a hacerlo nunca más. «*Jeg elsker deg*», pensaron a la par.

Pamela puso su mano izquierda sobre la de Anthony, transfiriéndole todo el inmenso cariño que sentía por él, al que consideraba su segundo padre, y le sonrió. Luego posó la derecha sobre la de su esposo, y la mirada que este le lanzó hizo que su corazón se acelerara hasta doler. Norbert la atrapó por la nuca y estampó sus labios contra los de ella de manera un tanto brusca e imperiosa, sí, pero solo por lo mucho que la amaba.

—Me gusta —interrumpió Santiago las demostraciones de amor de sus mayores—. Dime otra, tío Norbert.

Este lo miró extrañado por su repentino interés, no era la primera vez que lo escuchaba decir frases en latín y, sin embargo, nunca había mostrado curiosidad.

—A ver... *Amicis aequa ibit hora*...

—¿Y qué quiere decir? —quiso saber, ante la mirada atenta del resto.

—Entre amigos, la hora pasa sin sentir —tradujo divertido.

—¿Dónde las has aprendido? —siguió insistente con su interrogatorio, olvidado momentáneamente el postre en el plato.

—En la universidad, cuando estudié Derecho aprendí muchas —le aclaró, aunque lo cierto era que la mayoría provenían de su gusto por el latín y por el conocimiento de frases dichas por personajes célebres.

—Papá...

—¿Sí, hijo?

Johan se estaba preparando para alguna de las insospechadas salidas con las que solía sorprenderlos. Sin embargo, observó una... resolución en su rostro que era nueva, y se inquietó.

—Papá... —Tanto Marita como Johan contuvieron el aliento—. Quiero estudiar lo mismo que el abuelo y el tío Norbert.

Gia rompió a dar palmadas, saltando en su asiento. Adri sonrió a su amigo.

—¿Cómo?! —estalló Johan, inclinándose hacia él, que estaba en el otro

lado de la ovalada mesa—. ¡Pero si tú quieres ser arquitecto, como tu tío y yo! Además —tomó una bocanada de aire—, ¡te encanta dibujar!

—¡Por todos los demonios, nieto número cuatro! Ya sabía yo que eras un chico listo. ¡Serás el mejor abogado de todo el estado! —lo animó Anthony con entusiasmo, dando una sonora palmada en la mesa—. ¡Qué digo del estado!... ¡¡De todo el país, por el maldito infierno!!

—Seguiré dibujando, papá. Pero primero quiero ser como ellos —afirmó sin apartar la vista de su abuelo y de Norbert, decidido a no dejarse convencer—. Y luego estudiaré para ser como tú y el tío Peter, por si me necesitáis —razonó como un adulto—. Está decidido.

Marita y su esposo intercambiaron una mirada incrédula mientras oían las risitas bajas de los demás.

—Cosas de la vida, hijo —lo picó Norbert, con una sonrisa de tal autosuficiencia que hizo que Johan lo señalara con el dedo—. Así nos quedamos tu madre y yo cuando nuestros *dos* —recalcó— hijos nos dijeron sus planes de futuro. Resignación...

Johan y Adam se miraron por un momento, y pensaron que era mejor callar, aún quedaban los bebés por saber qué decidirían.

—Pues yo quería ser bailarina en las películas de princesas, pero el padre Mahoney me dijo que iba a ser complicado —terció Gia con total desparpajo y echándose un rebelde tirabuzón hacia atrás—. Así que pensé que era mejor cantar, escuchadme...

La pequeña lanzó un grito a pleno pulmón que despertó, asustados, a los pequeños durmientes y provocó un aullido lastimero en *Hurón*. Las mujeres se apresuraron en atender el llanto de los pequeños, salvo Diane, que no podía parar de reírse.

—¡Por todos los demonios, chiquilla, qué potencia! —dijo Anthony con grandes aspavientos, intentando no reírse por la que había organizado en un momento.

—¡¡Sí!! Pero después de bañarme con Thor... he pensado que es mejor ser una sirena...

—¡Y yo seré bombero, o policía! —Se apresuró a decir Adri, ya completamente integrado en la familia.

—¡Hombre, eso es genial! ¡Que no tenemos ninguno! —advirtió Norbert, disfrutando con el entusiasmo de los chavales y la cara aún contrariada de su hijo mayor.

Gia cogió de mano de Kathy un pasador del pelo y se recogió el flequillo con él. «*Me parece que tendré que comprar más suministros*», anotó mentalmente mientras mecía a su hijo, ya más calmado.

—Pero me da penita Thor —siguió Gia con sus planes.

Él la miró sin comprender.

—No va a estar siempre metido en el agua para sujetarme... Se puede resfriar.

—Gracias, eso me ha llegado al alma —confesó el aludido intentando no soltar una carcajada y cruzando las manos en la nuca. Era la conversación más delirante que recordaba.

—Claro —siguió con la línea de su razonamiento la pequeña—. Por eso, he pensado que de mayor quiero...

Capítulo 27



Abrió la puerta del apartamento y se echó a un lado, permitiendo que entrara primero.

Diane, al pasar por su lado, dejó una leve caricia en el torso de su silencioso marido y enfiló el pasillo para dirigirse al dormitorio.

Tras el almuerzo, y después de dejar claro lo que cada uno de los pequeños quería ser de mayor, estos aceptaron descansar un poco en la misma habitación que los bebés, prometiendo no hacer ningún ruido que pudiera despertarlos.

Más tarde, hubo nuevos baños de la familia en la piscina y una merienda que les supo a poco a los pequeños, pues el ejercicio físico les había vuelto a abrir el apetito. Anécdotas divertidas y risas fueron el colofón de la visita de Gia y Adri, que se marcharon con las mochilas repletas de regalos con los que se vieron obsequiados y los corazones pletóricos por todo el cariño que les habían dado a manos llenas.

La despedida en el orfanato, con el padre Mahoney simulando estar ocupado en el ajardinado patio pero sin perderlos de vista, tuvo el mismo tono que el de las últimas veces, ya que un sentimiento amargo de abandono les encogía el estómago de forma dolorosa. No les pasaba por alto que los pequeños parecían perder la vitalidad manifestada durante el día a medida que se acercaba la hora de la obligada separación. Y como pasaba siempre, el camino de regreso a casa lo hacían en un silencio plagado de deseos insatisfechos y propuestas no desveladas.

—¿Quieres que nos demos un baño? —le propuso Peter, andando detrás de ella y viendo la ceja alzada que le dedicaba al volverse parcialmente.

—¿Te has quedado con ganas de agua? —le bromeó, pues había estado casi toda la tarde metido en la piscina con Gia, intentando enseñarla a nadar, lo que resultó imposible ante las ganas de juego de la pequeña.

—Muy graciosa. Me pica la piel del cloro y del sol.

—Perfecto, un bañito rápido y luego cenamos.

Peter la cogió por la cintura para detenerla y la giró a él, sorprendiéndola. La miró a los ojos fijamente, bajó la vista a su boca y entreabrió la suya, humedeciéndose los labios.

Diane le había pasado las manos por el cuello, pegándose a su cuerpo y poniéndose nerviosa por los placeres que anunciaban sus azules orbes. Lo vio relamerse, y se preparó para un beso que la haría olvidarse de su propio nombre.

—Yo lo preparo. No te demores.

Y vio que la soltaba para echar a andar en dirección al dormitorio, quitándose el elástico que sujetaba su cabello y agitando este.

—¡No tardes! —la instó, imaginando su desconcierto por la reacción que no esperaba.

—Sabes que me lo vas a pagar, ¿verdad? —protestó Diane sin moverse del salón, en el mismo lugar en el que pensó que la besaría. La risa de él fue la respuesta, por lo que murmuró—: Te vas a arrepentir, vikingo.

Cuando llegó a la habitación, después de dejar el bolso en uno de los altos taburetes que estaban pegados a la isla de la cocina y beber un poco de zumo de piña, vio la ropa de él apilada sobre una silla y oyó los chorros de agua del hidromasaje ser activados, así como su chapoteo al meterse entre ellos. Y no se demoró más.

Rápidamente, se deshizo de su ropa, que dejó sobre la de él, y se puso una florida bata corta de seda. Ni ella misma sabía si con intención de seducirlo o no, pues tenía la cabeza llena de ideas a las que ni se atrevía a darles forma; menos, un nombre. Entró en el baño y lo vio con la cabeza reposando en el borde y los brazos extendidos sobre este, tenía los ojos cerrados y una leve arruga en el ceño delataba que lo que fuera que estuviera pensando lo preocupaba.

Peter la percibió nada más traspasar el umbral del dormitorio, y siguió con el oído cada uno de sus movimientos. Su mente era un avispero

enfurecido de preguntas, posibles respuestas y planes para solventar cualquier contingencia que se presentase. Sintió la leve ondulación del agua al entrar ella, ya que había pulsado el mando que desactivaba la función de hidromasaje para poder concentrarse mejor en cómo afrontar el tema que no le daba descanso.

—Gracias, sé que es una tontería, pero... —detuvo el inicio de su explicación cuando lo vio abrir los ojos y mirarla con tal intensidad que la hizo enmudecer.

Llevaban más de un año viviendo juntos; sin embargo, ella no terminaba de desprenderse de un cierto pudor a que la viera desnuda en algunas circunstancias, «en frío», como le dijo la primera vez. Él, no podía ser de otra manera, lo respetaba, y ese era otro motivo para que ella lo viera más perfecto aún.

Diane se echó la tibia y espumosa agua por los hombros, el pelo se lo había recogido con una pinza en un moño alto, un poco deshecho, sexi sin buscarlo. El relajante olor a lavanda los envolvía, pero sin conseguir el efecto deseado.

—Esto... Ha sido un día genial, ¿verdad? —Cambió de tema, pues sabía que él no quería hablar de ello, lo consideraba un asunto zanjado—. Es increíble que ya conocieran a Santiago y a Anthony, ¿es que todavía me cuesta creer tanta casualidad! —dijo con entusiasmo inclinada hacia delante, frente a él y con las piernas entre las suyas, que las tenía abiertas y un poco encogidas, dejando las rodillas a la vista.

Lo vio asentir, serio; esperó algún comentario por su parte, pero solo se limitó a seguir mirándola con profunda atención.

—¿Y qué me dices del cambio de planes de Santiago? —insistió en distraerlo—. Seguro que Johan piensa que ha sido cosa de su padre, o de su abuelo, que lo han influido para...

—¿Lo hacemos?

Diane detuvo el leve chapoteo de sus manos con el que trataba de calmar los nervios ante la impasible actitud de él. Lo miraba sin entender a qué se refería.

—¿Hacer qué? —Y justo al terminar de preguntar supo la respuesta.

Empezó a extender una caricia por las masculinas piernas, acercándose a su cuerpo para poder ir subiendo por el interior de los fuertes muslos. Con suavidad, lo instó a cederle más espacio entre ellos, viendo que echaba la

cabeza hacia atrás y cerraba los ojos. Hizo presión con las palmas en sus ingles y descendió para abarcar con las manos sus generosos atributos, algo que siempre lo excitaba hasta un punto de no retorno. Inició un lento masaje sin apartar la vista de su rostro y mordiéndose el labio inferior con lujuria descarada, disfrutando del placer que él no ocultaba, y, por segundos, se dedicó a ejercer una levísima, constante y decidida presión que lo catapultaría a la cima del placer.

Pero no sucedió. Peter lanzó un profundo suspiro de contenida frustración y enfocó la mirada en ella, la sujetó por las muñecas, emergiéndolas, e hizo un gesto de negación.

—¿No? —le cuestionó sin ocultar su sorpresa y desencanto—. Creí que...

—Hagámoslo... —Tiró de ella para acercarla más—. ¡Hagámoslo!

El desconcierto de Diane subía un grado por cada segundo que pasaba sin entender a qué se refería, máxime después de pedirlo de forma tan impetuosa.

—¡¿Pero hacer qué, Peter?!

—¡Adoptarlos!

Se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro con fijeza.

Peter mostraba una sonrisa que iba en aumento, feliz de por fin habérselo dicho y de él mismo escucharse hacer la proposición. Respiró hondamente, oxigenando hasta la última célula de su cuerpo, sintiéndose liviano, «*¡por todo el valhalla! Ni yo mismo era consciente del peso de esa palabra*», pensó con satisfacción al verse liberado emocionalmente.

Diane... Diane, que tenía la mente en otros temas más lúdicos y placenteros, fue un poco lenta en reaccionar, pero cuando superó esos segundos de aturdimiento y ese *¡Adoptarlos!* ocupó toda su atención... Se soltó bruscamente de su agarre y reculó hasta toparse con la pared de la bañera. Lo miraba con los ojos abiertos desmesuradamente y la boca formando una perfecta «O». El brusco movimiento hizo que el agua se agitara, para desbordarse.

—¡¿Qué...?! —casi gritó, incorporándose súbitamente y abandonando el tibio lugar—. ¿Y me lo dices así?

Cogió la bata y se la puso con movimientos nerviosos, poco le importaba que esta se adhiriese a su mojado cuerpo como una segunda piel, se dirigió rápidamente a la puerta y se giró antes de salir.

—¡¿Y me lo dices así?! —repitió con nervio, marchándose.

Peter, que no se había movido, no podía creerse lo ocurrido. ¿Acaso ella

no quería? Porque juraría que también lo deseaba. Su triste silencio cuando los devolvían al orfanato... La locuaz alegría al recogerlos... «¿*Tanto me he equivocado?*».

Diane había llegado al salón, después de un par de resbalones por el pasillo al ir descalza y con los pies mojados, y daba vueltas como si fuera una peonza a punto de detenerse; de pronto se frenaba, de pronto giraba sobre sí con pequeños saltitos. «¡*Sí, sí! ¡Quiere, quiere, quiere!*!».

—¡Diane!

Su reclamo la sacó de ese estado de alegre enajenación y se dio cuenta de lo que impetuosamente había hecho. Frunció el ceño al percatarse de que él creería que no estaba de acuerdo con lo que proponía, «¿*cómo no lo va a pensar, si he salido del agua como si estuviera hirviendo! ¡Despavorida! ¡Qué idiota soy!*». Se dio una palmada en la frente y se encaminó de nuevo al cuarto de baño.

A mitad de camino, en el pasillo, se topó con él, serio, con una toalla en torno a la cintura y descalzo como ella.

—No digas nada —lo conminó mientras lo cogía de la mano para forzarlo a andar tras ella.

De nuevo ante la bañera, le quitó la toalla de un tirón y le señaló el agua.

—Adentro —lo instó, quitándose la empapada bata y arrojándola al suelo —. ¡Vamos!

Peter, acostumbrado a los inexplicables arranques de su esposa, se dejaba manejar; en otras circunstancias le habría resultado divertido, pero en esta, no.

—¿Se puede saber qué haces y por qué te has ido así?! —la increpó con las manos en la cintura y exultantemente desnudo ante ella.

—Empecemos de nuevo —le respondió, sujeta de su brazo para entrar en la bañera, sentándose.

Vencido, la imitó, y se echó agua en la cara.

—¿Sabes el susto que me has dado? —le demandó con rabia—. ¡Te podías haber caído, romperte un brazo, una pierna...! ¡Maldita sea, Diane! Sé un poco más reflexiva.

Estaba de acuerdo con él, su forma de actuar no tenía nombre, y el remordimiento se empezó a adueñar de... «¡*Espera!*», frenó el cargo de conciencia que quería estropearle el feliz momento.

—¡Tú has tenido la culpa! —lo acusó.

Señalándose con un dedo, Peter la miraba boquiabierto.

—¡Sí, tú! —Se mojó la cara y aprovechó para colocar un rebelde mechón del flequillo tras la oreja—. ¡¿Cómo se te ocurre hacerme esa pregunta aquí?! ¡Desnudos!

Esa recriminación era lo último que jamás hubiera imaginado. Tragó saliva y volvió a humedecerse la cara. Se inclinó hacia delante y escrutó su rostro en busca de algún signo que le aclarara si hablaba en serio o en broma.

—A ver si lo he entendido —dijo con simulada calma—. ¿Me estás diciendo que lo que no te ha gustado es que te lo pregunte aquí? —Diane asintió, frunciendo los labios para no soltar una risa ante su evidente desconcierto—. ¿Porque estamos desnudos?...

Vio que nuevamente afirmaba, con un brillo en los ojos que lo desarmó, era imposible enfadarse con ella más de un minuto.

—Me vas a matar —comentó echándose hacia atrás—. Te juro que tendré una muerte prematura.

Diane se movió con rapidez hasta quedar sentada a horcajadas sobre él, poniendo las manos a ambos lados de su cuello.

—Perdóname, mi dulce amor, ya sabes que soy muy impulsiva y que no siempre pienso antes de...

No pudo terminar de excusarse, pues su boca fue acallada por la de él al exigir una compensación por el mal rato pasado.

—Peter, ¿estás seguro? —articuló en un susurro tras el mágico beso que habían compartido.

Antes de responderle, abrió un poco el grifo del agua caliente para que subiera la temperatura de la que los acogía, y acomodó mejor sus aterciopeladas piernas en torno a su cadera. Esa postura los incendiaba siempre, por lo que sabía que la conversación sería breve. Se peinó el cabello con los dedos, dejando que reposara con libertad sobre sus hombros, y acarició la fina cintura de su valquiria mientras ordenaba sus ideas.

—No te voy a decir nada que no hayas intuido —empezó su explicación, mirando fijamente sus negros ojos—. Ignoro cómo he llegado a este punto, pues lo cierto es que ni lo he buscado ni lo he rechazado cuando he sido consciente de lo que sentía. —Se detuvo un segundo, frunciendo el ceño por la seriedad con la que hablaba y observando que ella se bebía cada una de sus palabras—. Tampoco he hecho ningún esfuerzo especial por quererlos o por mostrarme solícito con ellos, simplemente sé que...

Diane puso un dedo sobre sus labios y detuvo su confesión para continuar ella.

—... que me duele el alma cuando llega el momento de dejarlos en el orfanato, que siento mía su indefensión. —Peter tragó grueso ante lo que su esposa confesaba, ya que esos eran también sus sentimientos—. Que no se trata de un capricho, como el niño al que se le antoja una mascota... Peter, siento... la urgente necesidad de protegerlos, de que estén cerca, de oír sus voces, sus risas...

Incapaz de seguir hablando, se dejó caer hacia delante y ocultó el rostro en su cuello, dejando que un llanto leve sosegara su agitado corazón.

Él, que no estaba en mejor situación anímica, la abrazó y permitió que sus lágrimas humedecieran el hombro de esa mujer que tan acertadamente había descrito aquello que lo desvelaba. La oyó sorber por la nariz y la dejó separarse.

—De que nos completen... —manifestó, para añadir con convicción—: De no soltar nunca sus manos, mi vida.

—Tenemos que estar muy seguros, Peter. —Él asintió en respuesta—. Nos cambiará la vida para siempre. No habrá distinción alguna entre hijos adoptados y biológicos, ¿no puede haberla!

—¿Por supuesto que no! ¿De verdad crees que me importa que no lleven mis genes? ¿¡Nuestros genes?! —remarcó con énfasis.

—Es una responsabilidad que...

—Acepto si tú estás conmigo. ¿Y sabes por qué? —Diane negó, con una mano sobre el corazón que ella tanto amaba—. Porque soy egoísta. Porque quiero que seas feliz para serlo yo también. Porque este —puso una húmeda mano sobre la de ella y presionó para que sintiera sus alocados latidos— es así como funciona, y no conoce ni le interesa otra manera. Porque te amo, mi valquiria.

Diane soltó un sollozo ante la declaración de amor más hermosa que le había escuchado, que eran muchas, y secó con sus labios cada una de las lágrimas que esos bellos ojos azules derramaban como si fueran el sello que autentificaba tan rotunda verdad.

El proceso de adopción no era fácil, y lo sabían; así como que tenían por delante un largo periplo burocrático que cumplir. Pero una duda cruzó como una centella la mente de Diane, que no tardó en plantearle.

—¿Tú crees que seremos buenos padres?

—¿Y por qué no habríamos de serlo? —le respondió con otra pregunta, y detuvo la caricia que estaba a punto de llegar a su provocador pecho.

Ella, sentada sobre la pelvis de él, se removió, pensativa.

—...

—Tú eres muy tranquilo —comentó a su demandante gesto de que hablara.

—Y tú muy nerviosa...

—Sí, pero también eres sensato.

—Y tú estás medio loca...

—¿Y eso qué significa?

—Que somos la pareja perfecta, *min lille*.

Ver esa radiante sonrisa de ella no tenía precio, y en ese instante juró por todos sus dioses nórdicos que haría hasta lo imposible para que ni un solo día de su existencia, que esperaba fuera muy muy larga, dejara de iluminar sus almas y calentar sus corazones.

—Y ahora, señora Lindgren, retome lo que dejó a medias... Ya seguiremos con este tema maña...

El final de la palabra se convirtió en un jadeo de sorpresa al sentir que su miembro era atrapado furtivamente, y echó la cabeza hacia atrás.

—Humm... —ronroneó Diane en su oído sin detener la labor en la que estaba poniendo toda su dedicación—. Parece que hay un vikingo preparado para la guerra —le cuchicheó antes de morder su cuello y arrancarle un alarido.

—Y que ahora mismo va a entrar en combate, valquiria descarada.

Cogiéndola por las caderas la alzó solo lo necesario para poder entrar en su cuerpo y satisfacer la precipitada necesidad de ambos. Sentir cómo se deslizaba en la seda de su carne lo enajenó hasta el delirio cuando vio que la colmaba. La ayudó a ascender y descender sobre su férreo miembro, pero no era suficiente, quería...

—¡Para!

A Diane, que se hallaba perdida en una espiral de infinito placer, no le llegó su demanda, por lo que siguió en su desbocada cabalgada.

—¡Detente, por todo el valhalla!

Tan solo la fuerza de sus poderosas manos, que la frenaron abruptamente, la hicieron volver a la realidad, ¡a la frustrante realidad!

—¡¿Qué...?! ¿Te he hecho daño? —le preguntó buscando con la mirada

alguna huella de su mordida.

—Vamos.

No escuchó sus protestas por la interrupción, ni hizo caso a los horripilantes castigos con los que lo amenazó. Con prontitud, salió de la bañera y la ayudó a imitarlo, la envolvió en la enorme toalla de baño y cogiéndola en brazos la llevó hasta la cama.

—Más tarde volveremos allí, y te aseguro que no necesitaremos que esté el agua caliente; pero ahora te quiero aquí. Que tu piel no se escape de mis manos —le decía, ronco, mientras la liberaba del húmedo y mullido envoltorio.

La miró con avaricia, separándole las piernas y humedeciéndose los labios, la vista de su palpitante sexo terminó de cortar el último amarre de cordura que le quedaba.

—Peter...

Tenía tal excitación que casi le resultaba dolorosa. No la tocaba, tan solo se limitaba a mirarla, a escudriñar su cuerpo como si fuera novedoso para él, y no pudo evitar que su cadera se alzara a la búsqueda de una atención que satisficiera cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Prepárese, señora Lindgren, porque no tendré piedad.

—¡Oh!

No pudo ni tuvo tiempo para decir nada más, tampoco su mente hubiera sabido cómo hilvanar una frase medio coherente.

Peter se lanzó a su boca, exigiendo ser besado con la misma intensidad. Mientras se saboreaban, la sujetó por las caderas y la penetró rápido y profundo, uniendo su grito de puro deleite al de ella. La embestía una y otra vez, pero... aún no era suficiente.

Diane se sentía desmadejada cual muñeca de trapo, o como si se hubiera convertido en gelatina; su vigorosa impetuosidad los hacía deslizarse sobre el colchón igual que si estuvieran bajo el efecto de un devastador terremoto. Sentía que se movía todo: él, ella, la cama, el dormitorio... y el mundo, que de pronto giraba en sentido contrario.

—¡Más! —Lo oyó rugir, y ella se preguntó que cómo podría ser si ya...

Detuvo sus acometidas, el gesto de insatisfacción de su rostro era evidente.

—Pe-ter... —balbuceó jadeando.

—¡Necesito más...! Necesito... ¡Mírame! ¡No dejes de hacerlo! ¡Y no

me toques! —le demandó, ligando su mirada a la de ella en un nudo imposible de deshacer.

Diane, con las mejillas encendidas y tomando el aire a grandes bocanadas, asintió, sudorosa como él, permitiendo que le apartara las piernas, aferradas a su cintura y donde las había anclado, y que abandonara su interior.

Peter, bajo la atenta y obediente mirada de su valquiria, empezó a besar su cuello y rápidamente se dedicó de lleno a sus turgentes pechos, pero su virilidad no estaba dispuesta a permanecer ni un segundo más en tamaña indiferencia y abandono, y con una fuerte palpitación le recordó su existencia.

—¡Mierda!

Dio la última succión a sus castigados pezones, despidiéndose momentáneamente de ellos para deslizarse por su cuerpo y hacer una rápida y feliz parada entre las piernas de ella, que no dejaba de retorcerse de gozo sin fin. Se vio obligado a sujetarle con fuerza las caderas cuando le recorrió con la lengua el paraíso expuesto; impregnarse de su sabor fue el pistoletazo de salida, ya no había marcha atrás.

Diane lo vio alzarse y quedar de rodillas, sentado sobre sus talones. Apenas pudo vislumbrar su formidable erección, pues él la arrastró sobre la arrugada sábana hasta dejar su trasero sobre sus muslos y las piernas descansando en los hombros.

—¡Mírame! —le repitió su exigencia, serio y con la voz dos octavas más baja. Y Diane lo hizo.

Vio que le llameaban los ojos de deseo refrenado, el largo y revuelto cabello dándole un aire casi salvaje, intimidante, «*no, ahora mismo es un salvaje, ¡y es mío!*»; la alterada respiración hacía que su torso se agitara violentamente.

Pero nada de lo anteriormente descrito fue tan impresionante como el instante único y mágico en el que volvió a entrar en ella y la reclamó en medio de un grito agónico, que lo obligó a echar la cabeza hacia atrás mientras su cuerpo se tensionaba.

Hasta llegar a ese momento sublime, Diane había conservado un destello de lucidez; pero cuando lo sintió pulsar en lo más profundo de su ser y oyó el sonido que hacían sus cuerpos al chocar... Cortó los pocos e invisibles hilos que la ataban a la realidad y se dejó llevar por ese mar embravecido que en

cada oleada le ganaba terreno a la ardiente arena que gustosa lo recibía, para seguir penetrándola con fuerzas renovadas e inagotables.

Peter apretó la mandíbula hasta que sus dientes rechinaron, incrementó el feroz ritmo de sus caderas y abrió los ojos, sucumbiendo a su mirada henchida de lujuria. Se perdió en la voluptuosidad de su cuerpo al verla con los brazos por encima de la cabeza; las manos, en puños, aferradas a la sábana; la espalda arqueada, ofreciéndose y saliendo a su encuentro en cada milésima de segundo que se retiraba de ella con el único fin de embestirla con más vigor, con más... ansia... ¡Con más codicia!

Fuera de sí, la alzó hasta su nivel, intensificando la unión. Los ojos a la misma altura, enredados en un sensual torbellino en el que el azul de él se perdía en el negro de los de ella; complacido y complaciente.

Diane se afianzó aún más a su cintura, sujetándose a los hombros de ese loco que la iba a hacer estallar...

—¡¡Ya!!

El último choque fue brutal, asfixiante y que los soldó por tiempo indefinido, provocándoles unos espasmos que no parecía que tuvieran un fin cercano.

Sin soltarla ni permitirle que se separara, se dejó caer con ella debajo, arremetiéndola más y más, ido; para no dañarla con su peso, rodó hasta sentir el colchón a su espalda, bajó las manos a los perfectos glúteos femeninos y empujó contra su virilidad, que no se saciaba y a la que, aunque lo hubiese pretendido, le era imposible abandonar su lugar favorito en el mundo, pues los contraídos músculos de ella lo asían de manera implacable y lo convertían en su entregado prisionero.

Empujó con las rodillas para que volviera a quedar sobre ella, necesitaba sentirlo encima, que la cubriera en todos los sentidos, y moviendo la pelvis lo instó a culminar.

Peter obedeció, pero rápidamente giró con ella; necesitaba verla sobre él.

Un frenesí desatado los arrojó al abismo del placer más absoluto, sin conciencia física, en un plano atemporal que entre olas de júbilo, goce y pasión unió sus almas, porque sus cuerpos ya eran uno.

Pasados dos, cinco, diez minutos... o tres vidas, igual hubiera dado, Diane se dejó caer sobre el sudoroso y fatigado pecho de su vikingo, no recordaba en qué momento volvieron a darse la vuelta. Sentía una laxitud que ni fuerzas para pestañear tenía.

—Esto... ha sido... increíble —pudo completar la frase, creyendo todavía que el corazón se le saldría por la boca.

—Humm... No ha estado mal —opinó mientras paseaba una mano por su ardiente espalda, y con un brazo a modo de almohada bajo su rubia cabeza.

—¿No estás agotado? —quiso saber, asombrada de que todavía siguiera en su interior, y quedándose inmóvil para alargar ese placentero momento.

Peter suspiró, casi satisfecho y con una sonrisa ladina en el rostro que ella no podía ver.

—Sí, pero... Pero aún no he acabado contigo. —Y le dio una nalgada que provocó en ella un respingo de sorpresa, lo que llevó a que su aletargado miembro despertara pidiendo un nuevo asalto.

—¿Y puedo saber cuándo será eso, vikingo? —lo retó, apoyando el mentón en su fuerte torso, que nuevamente volvía a mostrar signos de respirar agitadamente, al igual que otras partes de su cuerpo empezaban a cobrar vida, mucha vida.

—Nunca.

Capítulo 28



Los nervios la hacían hablar más de lo normal, que no era poco. Peter había puesto una relajante música de fondo en el coche, se estaba contagiando de su ansiedad, y ese estado de evidente alteración que ambos tenían no sería de ayuda a la hora de hablar con el padre Mahoney, que no los esperaba hasta el día siguiente.

Si de ellos hubiera dependido, se habrían presentado ante el sacerdote dos días atrás, el lunes; pero Peter había tenido que visitar unas obras, además de dos entrevistas con unos posibles clientes, y le resultó imposible sacar tiempo libre en un horario aceptable.

Le habían comunicado a la familia su decisión, y el revuelo formado se vio materializado al presentarse todos en su casa el domingo al mediodía nada más saber la feliz noticia; salvo Anne, que volaba de regreso a su casa y que, de haber tenido el poder de hacerlo, de buena gana hubiera obligado al comandante dar media vuelta.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó mientras aparcaba frente al orfanato.

—No, ¿y tú? —respondió rápida, quitándose el cinturón de seguridad, que por segundos se le resistía, y poniendo el bolso en su regazo.

—Tampoco.

Se miraron fijamente, sin parpadear, y rompieron en una risa que los delató.

—Te juro que tengo el pulso a mil. Como si fuera a presentar el proyecto más importante de mi vida —comentó Peter al tiempo que se recogía el

cabello en una tirante coleta.

Diane lo miró con todo la devoción que le tenía asomando a sus bellos ojos.

—Mi dulce amor, es que este será el proyecto de nuestras vidas —le susurró con una mano posada en su barba.

Peter giró el rostro y dejó un beso en la suave palma que lo acariciaba, asintiendo, pues la emoción no lo dejaba hablar.

El corto trayecto hasta el edificio lo hicieron cogidos de la mano y con pasos acelerados, la urgencia les daba alas. El celador ya los conocía, así que no hubo ningún obstáculo para dirigirse directamente al despacho del padre.

A unos metros de llegar a su puerta, esta se abrió de forma abrupta y lo vieron salir con el rostro serio y murmurando palabras ininteligibles para ellos, dejándolos a su espalda.

—¡Padre Mahoney!

Este, que en su prisa no había reparado en Diane y Peter, se volvió a la voz de ella apenas aminorando su caminar.

—¡Venid conmigo! —fue su respuesta, que no mostró sorpresa alguna por el hecho de que estuvieran allí—. Adri está en la enfermería, y Gia. ¡Vamos!

Lo vieron recogerse la sotana y dar grandes zancadas. Tuvieron un momento de aturdimiento, pero Diane fue la primera en reaccionar y tironeó de su marido para alcanzar al sacerdote, que acababa de girar en el pasillo a la derecha. Sin embargo, decidió tomar otra ruta, un poco más laberíntica, pero que los llevaría ante el consultorio en menos tiempo que por donde iba el sacerdote.

Diane, llegados a la bifurcación del pasillo, giró en sentido contrario al padre, lo que creó dudas en su marido sobre su orientación. Con él siguiéndola en silencio, y muy preocupado por lo que hubiera pasado con los pequeños, abrió una puerta en la que un cartel prohibía el paso, y se adentró en el despacho de uno de los profesores, tras comprobar que estaba vacío. Lo atravesaron con prisa y salieron por una puerta que estaba cubierta con una gruesa cortina; Peter no salía de su asombro, «*parecemos ladrones, ¡por todo el valhalla!*».

—Kathy y yo nos escabullíamos por aquí cuando nos buscaban. Cosas de críos, ya sabes. Chiss, no hagas ruido.

Bajaron por una empinada escalera de caracol que los llevó a una

habitación con un par de fotocopadoras y estanterías llenas de archivos. Descorrió el cerrojo de la vieja puerta, que lucía innumerables capas de pintura de color marrón, y salieron a un despejado pasillo, justo frente a la enfermería. La escaramuza le trajo recuerdos de los años vividos allí, y un pinchazo de triste nostalgia le atravesó el pecho; «*eso es el pasado, el presente es lo importante*», se dijo.

Con determinación, empujó la puerta de madera blanca y cristal opaco, miró brevemente a la izquierda, donde se hallaba el dispensario que el médico usaba como consulta, y siguió adelante, entre pequeños habitáculos cerrados con blancas cortinas, hasta llegar al cuarto del fondo, la sala de curas. Ya antes de alcanzarla, oyeron las voces de un adulto y otras infantiles, reconociendo inmediatamente las que les tenía el corazón en un puño.

Peter, adelantándose a su esposa, empujó la puerta con fuerza, lo que hizo que esta golpeará contra la pared y sorprendiera a los que se hallaban en el interior. No les dio tiempo a asimilar la escena que tenían ante sí, pues la demanda de la pequeña rubia centró toda su atención.

—¡¡THOR, DIANE!!

—¡Ay, mi niña!

Peter apretó la mandíbula y cerró las manos en puños mientras veía correr a su esposa para detener a Gia, que intentaba bajarse de la alta camilla en la que estaba sentada. Miró con furia a donde se encontraba Adri, echado en otra e intentando incorporarse, lo que le impedía el padre Brennan

—¿Se puede saber que ha pasado aquí, por todo el valhalla?!

—Buenas tardes, señores Lindgren —los saludó, portando algodón en una mano y desinfectante en la otra para, con mucho cuidado, seguir limpiando el corte que el niño tenía sobre la ceja.

—Él quería rom-romperle la mo-mochila a Adri, Diane —dijo entre sollozos la pequeña y señalando al chaval que estaba sentado en una silla frente a ella.

Habían entrado con tanto ímpetu que ni siquiera repararon en el chiquillo, que mostraba un aspecto desaliñado y miraba al suelo.

—Pero yo no me he dejado, Peter —habló enseguida Adri—. Mírala, está allí, nueva.

Giró la cabeza a donde le indicaba, una mesa auxiliar de acero inoxidable, y, en efecto, vio que no tenía ningún desperfecto; al contrario que él, que sí estaba herido. Se acercó de inmediato al pequeño y le cogió una mano,

mientras con la otra lo instaba a permanecer tumbado.

—Ya lo veo, pero lo importante eres tú, Adri. —Se giró a Gia, que seguía abrazada a Diane—. ¿Estás bien?

—Sí, solo me escuece un poco —contestó, moviendo una de las piernas para que viera el raspón de la rodilla.

—Es tu regalo, y él decía que era una mierda y que la iba a romper y... —Adri no pudo seguir explicando lo sucedido, pues el llanto acabó vencándolo desconsoladamente.

Peter le hizo una seña al sacerdote y se sentó en la camilla, alzando al pequeño para depositarlo sobre sus piernas y abrazarlo.

Justo en ese momento irrumpió el padre Mahoney, con la respiración fatigosa por la celeridad con la que había andado. No necesitó que le explicaran nada, imaginaba lo sucedido.

—¿Ya está curado? —se dirigió al religioso.

—Sí, un par de rasguños solo —le informó, mirando al joven duramente.

—Bien. Carl, a tu dormitorio hasta que te llame.

El chico, un año mayor que Adri, le echó una aviesa mirada a este y se levantó.

—Sí, padre —habló al pasar por su lado, camino a donde se le había indicado.

—No volverá a acercarse a vosotros, tranquilos.

Aunque lo dijo con decisión, sus palabras no convencieron ni a Diane, que peinaba a la pequeña, ni a Peter, aún abrazado por Adri.

—¿Quieres que te cure yo, mi niña? —le propuso Diane, abandonando la camilla en la que se había sentado y sonriendo para darle ánimo, y que el ambiente se relajara.

—Vale —aceptó no muy convencida.

—Estupendo, pero antes voy a darle un besito a mi niño por lo valiente que es.

—¡Yo también soy valiente! —aclaró la pequeña por si alguien había olvidado su participación.

Peter sonrió y dejó que el chiquillo se apartara, aprovechando para examinar mejor la herida e inmediatamente acercarse a la niña.

—¡Claro que sí! ¡Eres una guerrera...!

—¡Valiria! —dijo vivamente la pequeña.

—Exacto —admitió Peter, que la había cogido en brazos y tras dejar un

beso en su frente, «*no solo a mí me iban a cambiar el nombre*», pensó con jocosidad.

Mientras, Diane había llenado de achuchones y besos al pequeño, que casi se olvida de las consecuencias de la pelea.

—Pobrecito mío, verás que esto no es nada, ¿verdad? —se dirigió Diane a los dos hombres de sotana, que los miraban en silencio y con una sonrisa de beneplácito.

—Escuchadme los dos —llamó la atención Peter de los pequeños, sentando a Gia al lado de su amigo—. Es normal que defendáis lo que es vuestro; es más, ya os diremos algunos trucos para... —Escuchó un carraspeo del padre Mahoney, lo miró de reajo y observó que tenía ambas cejas alzadas; así que cambió el rumbo de la frase—. Para nosotros, lo único que tiene valor es que estéis bien y no os suceda nada. Las mochilas, si se estropean o se rompen, es lo de menos, ¿me he explicado?

Ambos niños asintieron, sin perder ni una palabra de lo que les decía, aunque en el interior seguían determinados a defender sus regalos a costa de lo que fuera.

—Muy bien, y ahora vamos a curaros —anunció, sin sorprenderse por el hecho de que los dos recularan a la vez sobre la blanca sábana que cubría la camilla.

—Peter, ¿no sería mejor llamar a Adam? —sugirió Diane, angustiada—. Ya sé que esto no es nada grave, pero...

—¿Pero? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Como él es cirujano...

Media hora más tarde, después de limpiar las magulladuras por dos veces y examinar a conciencia la herida en la frente de Adri, que por insistencia de Diane fue cubierta con un extenso y exagerado apósito, los niños se hallaban sentados en un banco de madera en el jardín, hablando entre ellos, mientras que Peter y Diane se encontraban en el despacho del padre Mahoney, desde cuya ventana, en el primer piso, ella no los perdía de vista.

—Así que queréis adoptarlos... —mencionó tras escuchar su petición y las razones por las que habían decidido dar ese paso.

—Sí, lo hemos hablado largo y tendido —le respondió Peter mirando a su esposa, que hizo una mueca pícara para él—. Somos conscientes de la responsabilidad...

—Lo esperaba.

—¿Cómo? —preguntó ella, apoyada en el cristal. Sabía que el otro niño estaba confinado en su dormitorio, que compartía con tres compañeros, pero no se fiaba mucho de que obedeciera la orden.

El padre Mahoney se levantó de su asiento tras la mesa de escritorio y se dirigió al archivador, abrió uno de los cajones y extrajo dos carpetas, para volver de nuevo a sentarse.

—Ven aquí —le dijo a Diane—, no les va a pasar nada.

—¿Y si decide tomar venganza? —intervino Peter—. No creo que acepte el castigo y lo deje correr.

—Ya estaba advertido y...

—¿Nos está diciendo que ha habido más veces?! —Se puso de pie Peter en un salto, clavando la vista en el sacerdote, que no esperaba tan virulenta reacción.

—¡Ay, pobrecitos míos! ¡Qué angustia estarán pasando! —exclamó Diane con las manos en el pecho—. Sé lo que es eso, tenerte que defender...

—Sí, dando patadas y bocados, y saliendo corriendo con Kathy de la mano para esconderos en el despacho del entonces director, detrás de la cortina que tan bien conoces y que veo no has olvidado, ¿no es así, pequeña revoltosa?

—¿Lo sabía?! —preguntó Diane con voz aguda, recibiendo un guiño como respuesta—. Mejor que no se entere Kathy, me lo estaría recordando el resto de mi vida, ella siempre sospechó que era mucha casualidad que nunca nos pillaran. —Echó un último vistazo al exterior y se acercó a su marido, que permanecía de pie.

Este apartó la silla vacía de ese lado del escritorio para que tomara asiento, mientras que ella tiraba de su mano derecha y lo instaba a sentarse también, clavando los dos la vista en el sacerdote, ocupado con los documentos que tenía delante.

Lo cierto era que no perdía detalle de la pareja, cómo se hablaban, el trato entre ellos, las demostraciones de cariño... Desde el primer día, asomado a esa misma ventana y viéndolos con los pequeños, supo que se había creado un lazo especial entre los cuatro. Y las sucesivas visitas solo le confirmaron su pálpito: los querían en sus vidas, más allá de unas simples citas semanales. Por ello, intuyendo lo que se avecinaría, se puso en contacto con Servicios Sociales, ya que los niños estaban bajo la tutela del Estado, e hizo

algunas gestiones.

—Veamos... —Alzó la vista a ellos y cruzó las manos sobre los esparcidos folios—. Siempre hay discusiones y conatos de peleas. La vida de los niños que tenemos aquí no ha sido fácil, no lo es y, seguramente, no lo será. Cada noche elevo mis oraciones al Todopoderoso para que el futuro les sea benévolo, como lo va a ser para Georgia y Adrian.

Diane tragó saliva y parpadeó rápido un par de veces, intentando evitar que en cualquier momento las lágrimas corriesen libres por sus mejillas, *«claro que tendrán una buena vida»*.

Peter, emocionado también, y pasado su ataque de cólera, acercó más su silla a la de ella y le pasó un brazo por los hombros, besando luego su sien. *«Por mí no quedará que tengan lo mejor»*.

—Disculpe mi brusquedad, padre —se excusó—. No es ese mi talante, pero solo pensar que...

—Lo sé, hijo, lo sé —le dijo mientras indicaba con la mano que no se preocupara—. Os he observado con ellos, y también su comportamiento hacia vosotros. Y no me refiero a los regalos, es muy fácil engatusar a un inocente niño con cuatro chucherías, sino a la afectividad y a esa especie de burbuja que os envuelve cuando estáis juntos; al sorprendente vínculo natural que surge, y cualquiera puede apreciar, ¡como si realmente fueseis una familia! —terminó de exponer con pasión el sacerdote.

—El día que mi esposa me propuso adoptar, le habría dicho que sí; pero no me dejó darle mi respuesta hasta que no lo meditara bien, como si yo lo necesitara. —Diane lo miró con tanto amor que al religioso no le cupo duda sobre la felicidad que los dos chiquillos iban a tener en ese hogar.

—Peter...

Volvió a besar su sien y le retiró el brazo sobre los hombros para coger su mano y abrirla entre las suyas.

—No nos importa que no sean de nuestra sangre, eso no siempre es sinónimo de cuidado o garantiza que los vayan a querer —siguió explicando con determinación—. Solo tiene que fijarse en el caso de mi valquiria, en cómo esa... —Se detuvo un momento, buscando una palabra que la definiera sin sonar irrespetuoso ante ese hombre de Dios.

—¡Bruja del demonio! —la definió el irlandés.

—Usted lo ha dicho, ¡una bruja del demonio!

—Mi dulce amor, no te irrites, no merece la pena —lo calmó Diane

mientras dejaba una caricia a lo largo de su desnudo antebrazo, pues llevaba la verde camisa con las mangas arremangadas.

—Perdona, pero me enciende la sangre esa... ¡Maldita bruja del demonio! En fin —suspiró al tiempo que asentía—, que deseamos ofrecerles una vida en la que compartir lo que tenemos y, lo más importante, brindarles nuestro apoyo y cariño.

—¡Ay, Thor! —exclamó Diane echándole los brazos al cuello y dejando ahí repetidos y sonoros besos. Se apartó y miró al sacerdote, que sonreía ante la escena—. ¿Verdad que es un amor, padre?

—Sí, hija, sí. Tu *Thor* es un amor... —afirmó con sorna y guiñando un ojo al susodicho, que alzó una ceja ante su comentario.

Como conocía el carácter bromista de su antiguo tutor, no le hizo caso; se levantó apresuradamente y miró a través del cristal los jardines, observando que había varios grupos de niños jugando; sin embargo, los pequeños seguían sentados en el mismo banco, y sonrió.

—Bien, pues creo que es el momento de que sepáis ciertos detalles. Como dijo Séneca, *Veritas odit moras*, la verdad odia el retraso. —Diane volvió junto a su esposo, que, como era costumbre en ellos, cogió su mano—. Ya sabéis el problema físico que tiene Georgia, y que...

—Sí, padre. De hecho, ya hemos concertado una entrevista con el mejor pediatra de la ciudad para que sea su médico personal e iniciar los pasos necesarios de cara a una futura intervención quirúrgica, que realizaría el cirujano más capacitado, ya sea en este estado o fuera de él —explicó Peter, agradeciendo que su valquiria simulara estar al tanto; pues esa gestión se la había encargado esa misma mañana a su primo Adam, y con la tensión de la cita en la que se encontraban había olvidado decírselo a ella.

—Ya lo ve, padre, no se nos escapa nada —afirmó con una sonrisa radiante y dando un leve apretón a la mano de él, cómplice—. Incluso tenemos fecha con un ortopeda infantil para que le hagan nuevo calzado. —Peter, cogido por sorpresa, la miró con asombro—. ¡Es que ya empieza a hacer calor! Pensé en algún tipo de sandalia especial..., blanquitas... o del color que a ella le guste.

—Lo tenéis todo previsto —concedió el sacerdote después de soltar una risotada, sabiendo que lo que ella decía era una mentira piadosa, pero que no tardaría en convertirse en realidad—. Respecto a sus antecedentes familiares —cambió de tema, captando por completo su atención—, no hay constancia

de quién es su padre. En lo que concierne a su madre, ya os dije que había fallecido. —Asintieron a lo que les decía, concedores de esa información, que no por ello dejaba de estremecerlos.

»Lo que sí puedo ya desvelaros, en vista del curso que hemos tomado —miró por unos segundos la hoja que tenía bajo sus cruzadas manos—, es que era prostituta, heroinómana, y cuyo cuerpo encontró la policía en un apestoso callejón de un barrio de muerte en Atlanta, donde el tráfico de drogas está alcanzando unos índices... Resumiendo, aunque poco más hay que decir, Georgia estaba al cuidado, por decirlo de alguna manera, de una prima de su madre, que vio el cielo abierto cuando una asistente social se presentó para llevársela.

Cogió uno de los documentos oficiales y lo puso frente a ellos, que leyeron con avidez.

—Esa es su renuncia a cualquier derecho legal que pueda tener sobre la niña.

—No sé si es posible, pero nos gustaría tener copia de todos los documentos que les conciernen para...

—Examinarlos con calma y hacer las averiguaciones que consideréis necesarias —completó el padre la petición de Peter—. Os los daré, siempre y cuando comprendáis que todo esto es confidencial —les dijo mirándolos seriamente.

—Por supuesto. Kathy personalmente lo hará; junto con su equipo, ella gestiona...

—La Fundación Betty Wadlow, lo sé —comentó, echándose hacia atrás para descansar la espalda—. Me habló de ella la semana pasada, cuando vino con su esposo y su hijo.

—¿A que es guapo mi George?!

Peter sonrió ante la debilidad manifiesta de su esposa.

—Sí que lo es, y dormilón. Se marcharon y no llegué a verlo despierto. —Los tres rieron, aunque la risa de la pareja no fue tan distendida como la del sacerdote—. Sigamos. Turno de Adrian. —Revolvió en otra carpeta hasta encontrar lo que buscaba, sentía sobre él la ansiedad de Peter y Diane, y le ponía nervioso—. Os lo digo sin paños calientes, ¿de acuerdo?

—Estamos preparados —afirmó rotundo Peter.

El padre asintió, le gustaba ese joven.

—Sufrió el maltrato de su padre cuando este llegaba a casa borracho...

—El sábado lo pasamos en casa de mis tíos, y cuando estábamos en la piscina pudimos verle algunas marcas de...

—... quemaduras de cigarrillos del malnacido de su padre —terminó la frase con rabia el sacerdote.

Peter, sin poder contenerse, se levantó llevándose las manos a la nuca y se acercó al amplio ventanal. Vio al pequeño sentado en el banco que le dijeron, y a la niña dando pequeños saltos frente a él, como si estuviera jugando a... «saber qué. ¡Maldita sea!».

—¿Qué clase de padre le hace eso a su hijo?! —preguntó con furia sin volverse.

—Un degenerado —contestó el religioso—. ¡Un maldito degenerado que espero arda en el infierno muy pronto!

Diane, que había sacado un pañuelo de papel de su bolso, se secaba las lágrimas, pues solo de pensar en lo que esa pobre criatura habría sufrido le rompía el corazón. Como se les rompió a todos, que sin necesidad de hacer preguntas imaginaron el origen de las pequeñas cicatrices; especialmente Marita, que corrió al interior de la casa para desahogarse en un llanto que solo Johan pudo calmar, ya que el recuerdo de lo padecido con el padre de su hijo mayor, víctima este también de él, la golpeó con saña.

—Mi vida —se apresuró Peter en ir a su lado, agachándose ante ella—. Nosotros vamos a hacer que olvide cualquier experiencia desagradable, que no le quede ni un mal sueño que lo desvele, ¿verdad que sí?

Asintió a su pregunta, guardó el pañuelo y le dio un leve beso en los labios. Peter se incorporó, volvió a sentarse e hizo una seña al paciente hombre para que continuara.

—No os voy a leer el historial delictivo de esa bestia, sería muy prolijo. Tan solo os diré que, actualmente, cumple una condena de cadena perpetua en la prisión federal de Big Sandy, en el estado de Kentucky, por robo a mano armada en un banco, en el que hubo rehenes, y falleció uno de ellos. —Alzó la vista y vio sus rostros de estupefacción—. Su mujer, alcohólica también, fue detenida y, posteriormente, puesta en libertad al comprobarse que no era cómplice del asalto.

—¿Y qué se sabe de ella? —inquirió Diane con preocupación.

—Nada. Desapareció de la faz de la tierra; no obstante, con su actuación perdió irremediamente la patria potestad sobre el niño.

—¿Dónde vivían?

El padre miró a Peter, entendía su pregunta; él también tendría esa inquietud si estuviera en su lugar: el temor a que apareciera.

—En Lousville, en ese mismo estado; de esto han pasado unos cuatro años. Escuchadme, con muy buen criterio, consideraron beneficioso para los menores sacarlos de su entorno y que se desarrollaran en un lugar completamente nuevo para ellos, esa es la razón que los trajo aquí, a Chicago.

Diane asintió.

—Lejos de cualquier mala influencia —apostilló, tironeando de su falda antes de cruzar las piernas.

—También tenéis que saber que sois los primeros en interesaros por ellos —chasqueó la lengua—, no tendréis que esperar para formalizar la adopción.

Peter se llevó una mano al cabello y se quitó la goma, que de pronto parecía apretarle más de lo normal, incómodo, enfadado con todos y con nadie a la vez.

—No los quieren cuando son mayorcitos —manifestó recordando las palabras que un día dijera su esposa, que besó sus nudillos.

—Y menos con este historial familiar, ¡como si fueran culpables de los pecados de sus padres! —explotó, descargando un puñetazo que hizo tamborilear el cubilete metálico, que contenía algunos lápices, y el crucifijo.

—Así es la vida —filosofó Diane, soltando un suspiro—. Hasta que un día llega alguien, no importa la edad que tengas, y te colma de tanto amor que crees que te ahogarás —declaraba, perdida en el azul de los ojos de su vikingo—, y piensas que todo lo malo ha valido la pena porque te ha llevado a esa persona, a su vida, a...

—A mis brazos y a mi corazón, *min lille* —concretó Peter con voz tomada. Acunó su óvalo perfecto entre sus manos y la besó con la adoración y el amor que tenía por ella desde el mismo instante que la conoció.

—¿Sabe una cosa, padre Mahoney? —dijo tras dejar con esfuerzo su boca de fresa—. Cuando la conocí, en el apartamento de Kathy, al llegar luego a la casa de mis tíos, ¿imagina qué les anuncié? —No esperó respuesta ni apartó la vista de ella—. Que acababa de conocer a mi futura esposa.

—Y yo le dije a Kathy, al quedarnos a solas, que él sería el padre de mis hijos...

El sacerdote respetó la íntima conversación no verbal que mantenía la pareja, emocionado profundamente.

—No os hacéis una idea de lo dichoso que me siento de veros a Kathy y a

ti tan felices. Estabais tan desamparadas cuando llegasteis aquí... La Virgen María atendió mis oraciones.

Ante las palabras del buen hombre, Diane rompió el contacto visual con su esposo y lo miró, observando que se limpiaba las lágrimas con un enorme pañuelo de diminutos cuadros azules. Se levantó y fue a él, tirándole los brazos al cuello y dejando dos besos en sus mejillas.

—Si es que es un trocito de pan blandito —lo alabó con un leve zarandeo.

—Y tú una adulatora —protestó sin ninguna credibilidad—. Que no se entere nadie o me perderán el respeto, muchacha.

Peter soltó una risotada ante los aspavientos del padre para que lo soltara y el empeño de ella en impedirlo.

Una vez libre de su acosadora, empezó a ordenar todos los documentos y guardarlos en sus respectivas carpetas. Quedaban dos puntos por tratar, uno de ellos básico. Vio que Diane estaba saludando con energía por la ventana, sonriendo, sin duda que los chiquillos la habrían visto y ella correspondía a su entusiasmo. Carraspeó ligeramente.

—Ya imaginaréis que hay unos trámites burocráticos que cumplir, informes que rellenar, estudios de idoneidad, exámenes psicológicos...

—Sí —afirmó Peter, al que nada de todo ello le sorprendía.

—No hay problema ninguno —comentó Diane, sentada al lado de su esposo.

—Tenemos el apoyo de nuestra familia. Es más, Anthony, mi abuelo...

—¡Y el mío por adopción! —interrumpió ella, dando un pequeño taconeo en el suelo.

—Y seguro que también porque te lo has ganado —consideró el padre.

—Sin duda alguna —corroboró Peter—. Quería decir que Anthony, *nuestro abuelo* —enfaticó—, y digo palabras tuyas, sacaría el apellido Wadlow a pasear.

El irlandés lo miró sin comprender el significado.

—Quiere decir que usará todas sus influencias y tocará las teclas necesarias para que el proceso se culmine con la mayor brevedad posible —desentrañó Diane el misterio.

—Lo encuentro normal y lo comprendo, pero nada de lo que hagáis servirá si... De hecho, no daré mi aprobación si...

Tanto a Diane como a Peter se les demudó el rostro ante la seriedad de la última frase. Tan solo ella fue capaz de emitir una sola y débil palabra

mientras se aferraba al tenso brazo de su esposo.

—¿Si...?

—Si Georgia y Adrian no os quieren como padres.

Capítulo 29



Lawrence Ewan Pemberton, duque de Tayside, se hallaba disfrutando de unas semanas de descanso en su castillo escocés, cerca de Dundee, la última vez que habló por teléfono con el hijo de Reynald, su añorado y difunto amigo.

En su día, cuando supo que tanto él como su madre regresaban a Chicago, no se sorprendió de tal decisión. Al contrario, esperaba que esa partida se hubiera producido mucho antes; más teniendo en cuenta el escándalo protagonizado por Hampfrey.

Apreciaba al muchacho, lo conocía desde que nació; sin embargo, ese sentimiento no lo obnubilaba hasta el punto de no ver en lo que se había convertido: un casanova a la caza de una buena fortuna que llevara aparejada una mejor compañía; aunque esto último no era imprescindible, él sabía cómo buscársela.

Su amistad con Reynald se remontaba a los lejanos años de colegio, para continuar en la universidad de Oxford y desde ahí hasta el final de los días de su compañero de juergas y confesiones, que fueron muchas, tanto las primeras como las segundas.

Tras terminar de hablar con su sobrino, al que por aprecio así consideraba, se quedó mirando la impresionante campiña que se extendía desde el ventanal de la soberbia biblioteca del segundo piso de White Stones, como desde su construcción se denominó a la propiedad por las blancas y luminosas piedras de la majestuosa fachada principal, y que durante

generaciones se mantenía en posesión de su familia.

Sostuvo con él una conversación corta, amena y muy interesante en un punto del que su interlocutor no fue consciente, pero que a él le hizo cambiar sus planes de asueto. Tras tomar una profunda inspiración, se dirigió al barroco mueble que se encontraba en una de las esquinas de la espaciosa estancia para servirse, generosamente, el dorado y añejo oro líquido escocés que lo ayudaría a disolver el nudo de incredulidad y sorpresa que tenía en la garganta.

—Por ti, querido amigo.

En dos tragos vació el ancho y tallado vaso de cristal, masculló un juramento y llamó a su fiel mayordomo.

—¡¡Malcolm!! ¡Regresamos al maldito Londres!

Enfundado en un traje azul oscuro de raya diplomática confeccionado por Gieves and Hawkes, su sastrería favorita de Savile Row, se dirigía a la sede londinense del Royal Bank of Scotland. Angus, el paciente chófer, conducía con desenvoltura el lujoso Bentley gris metalizado entre el fluido tráfico.

Acomodado en el asiento trasero, le venía a la memoria diferentes retazos de anécdotas compartidas con su amigo, y que le provocaban diferentes emociones; felicidad por tantos buenos momentos vividos, amargura al quebrarse esa dicha y no presentarle batalla al infortunio. «*Tuviste mala suerte, compañero*», pensó como otras veces. Pero de qué servía lamentarse, ya era tarde, ¡demasiado tarde! «*¿Por qué fuiste tan testarudo? Malditos principios que nos hacen perder la perspectiva de lo verdaderamente importante*», renegó, dando una palmada en el apoyabrazos central.

—Hemos llegado, señor —le anunció el chófer antes de apearse del vehículo para dirigirse a la puerta derecha trasera y abrirla.

—Gracias, Angus. Te avisaré cuando termine mi gestión aquí.

Ya en el interior del edificio bancario y tras acreditarse, trámite obligado, fue conducido hasta el funcional sótano en el que se encontraban las cajas de seguridad que la entidad ofertaba a sus clientes previo alquiler de las mismas.

Sentado a la mesa de un pequeño, frío e impersonal habitáculo, pero que le daba una total privacidad, abrió la rectangular caja metálica y se quedó mirando su contenido.

—Veintiséis años —murmuró con nostalgia, y contrajo los labios.

Sí, ese era el tiempo que llevaba ahí guardada la carta que le dio su amigo

para que la custodiara...

Y su mente, que se negaba a abandonar el estado de añoranza en el que se encontraba desde días atrás, voló a aquel instante...

—¿Cómo están Lady y tu hijo?

—Perfectamente. Se ha echado un rato en su habitación, es lógico que esté cansada, ha sido un parto muy largo.

Lawrence asintió a las palabras de Reynald sin emitir sonido alguno, a la espera de que este le dijera el motivo por el que le había pedido que acudiera a su casa, en Notting Hill. Se inclinó hacia delante y cogió su bebida, que había dejado sobre la mesa de mármol verde, y volvió a reclinarse, paladeando el exquisito contenido. Cruzó una pierna sobre la otra y reposó el brazo izquierdo en un mullido cojín de motivos florales.

Reynald, decidido, se levantó para encaminar sus pasos a una esquina del desahogado salón, rodeó la mesa escritorio, estilo Luis XV, y extrajo un sobre de uno de los cajones, que volvió a cerrar con llave.

—Toma, quiero que lo guardes —le dijo entregándoselo, sentándose esta vez a su lado.

Lawrence miró el anverso y el reverso buscando alguna anotación, pero no había nada escrito.

—Es muy importante para mí, amigo —le confesó, dándole una palmada en una de las rodillas—. Es un tema al que le he dado muchas vueltas desde que supe que iba a ser padre, pero que no me llevaba a ninguna conclusión que me hiciera tomar una postura concreta. Sin embargo, hace una semana, cuando la enfermera puso a Hampfrey en mis brazos... —Lanzó un suspiro y echó la cabeza atrás mientras negaba con esta. Resopló y volvió a encarar a su compañero.

»Sentí un pellizco en el estómago, como si fuera culpable de... algo. ¡No, culpable no! —Se contradijo con determinación—. Tuve la sensación de ser cómplice de un acto ajeno a mí y que, de no ser ya un hecho consumado, no habría permitido. No soy un santo, Lawrence, tú me conoces; pero es que hay cosas...

Se obligó a no seguir con esa evocación, solo conseguía que su ánimo melancólico fuera a más, lo que no sería de mucha ayuda a la hora de emprender la misión que se le había confiado tanto tiempo atrás.

Cogió el sobre y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta después de observar el sello que lo mantenía cerrado. Él le había obligado a que estampara el distintivo de su apellido por si alguien se atrevía a dudar de su autenticidad. Según le dijo Reynald, contenía dos hojas escritas de su puño y letra, firmadas ambas por él; pero, aun así, accedió a su deseo y lo lacró con el escudo que lucía en el anillo de oro de su dedo meñique.

Sin embargo, su difunto amigo no solo le encargó ser el guardián de dicho documento, del que desconocía lo que en él se decía, sino que había una segunda parte menos emotiva o personal, una solicitud totalmente material.

Por lo tanto, una vez cumplida la primera parte de su misión y avisado el chófer para que lo recogiera, se instaló en el confortable vehículo y se dirigieron a las oficinas centrales de la firma de abogados Linklaters LLP, donde le esperaban.

En el trayecto, miraba por la ventanilla pensando en cómo Reynald casi se desentendió del asunto. Se limitó a hacer unas sugerencias y disponerlo todo de tal forma que no causara quebranto alguno en la economía de su amigo. Como un ente que se alimenta de sí mismo, así había sido la existencia de su encomienda.

Una sonrisa involuntaria se instaló en su redondo rostro para dar paso a una leve risa.

—¡Qué ironías tiene la vida!

Angus echó un discreto vistazo por el espejo retrovisor sin mostrar ninguna reacción, estaba acostumbrado a que su jefe, en ocasiones, expusiera sus pensamientos en voz alta; así como a sus juramentos e imprecaciones cuando se refería a alguna de sus tres exmujeres; divorcios que le habían costado una pequeña fortuna, pero que, según él, era el dinero mejor gastado, ya que le resultaba intolerable vivir en un matrimonio que solo era sustentado por una bien provisionada cuenta corriente.

—Sí, qué cabrona es la vida... Esto no me lo voy a perder por nada del mundo —volvió a hablar.

Inmediatamente empezó a organizar en su mente la agenda de los siguientes días, que serían de una intensa actividad.

Observó las frías aguas del caudaloso Támesis, que en ese momento cruzaban por el no menos famoso London Bridge, y perdido en su oscura profundidad cayó en la cuenta de que era la primera vez en tantos años que

hacía ese recorrido fuera de la fecha habitual y, desde luego, por el motivo que originó todo y al que él nunca le tuvo mucha fe.

—Hemos llegado, señor —anunció en voz baja su empleado.

Lawrence cabeceó afirmativamente mientras observaba el alto edificio de fachada acristalada. Se apeó con elegancia, algo quizás impensable en una persona de su corpulencia, y palmeó el hombro de Angus.

—Después iremos a mi oficina, hay mucho que preparar.

—Por supuesto, señor —le respondió diligentemente.

El duque se frotó las manos y dio una sonora palmada antes de echar a andar.

—Perfecto. Mi querido amigo, que se cumpla tu voluntad —musitó con paso decidido—. Que empiece la función...

Capítulo 30



Diane, sentada tras su mesa de trabajo, contemplaba a los pequeños cómo dibujaban, y una sonrisa de profunda satisfacción la abordó.

La pasada noche fue la primera que los niños habían dormido en el apartamento, justo una semana después de hacerles *la pregunta*, pues así la denominaba Peter. Siete días de locura general, compras y carreras para adaptar la vivienda a las nuevas y apremiantes necesidades. Suerte que el curso escolar ya había finalizado y pudo dedicarse, ayudada por Pamela, a la remodelación del hogar.

El padre Mahoney no tenía ni idea de cuán influyente era el apellido Wadlow hasta que vio de qué manera se aceleraban los trámites para llevar a cabo la adopción.

Bajó la tapa del portátil con suavidad y se reclinó en el asiento, reviviendo en su mente por enésima vez la escena que había puesto sus vidas patas arriba para llenarlas de risas, luz y una alegría desbordante y contagiosa.

La exigencia del sacerdote los aturdió por unos segundos. ¡Por supuesto que no iban a hacer nada en contra de la voluntad de los menores!, como le dijo Peter al sacerdote, en pie, con las manos en las caderas y una irritación más que visible.

—*Los queremos en nuestras vidas, ¡sí! Pero solo si ellos nos aceptan. ¡¿Qué clase de personas cree que somos, por todo el valhalla?!*

Todavía se enorgullecía de la airada protesta de él y de cómo la tomó de

la mano cuando se levantó para posicionarse a su lado, haciendo un frente común, manifestando así su total acuerdo con las palabras dichas con tanta vehemencia.

Solo fue un instante, pero que se hizo eterno, lo que tardó en disolverse la tensión que respiraban, pues el sacerdote hizo un gesto de asentimiento y fue hasta ellos. Tras un fuerte y emotivo abrazo a cada uno, les dijo que era lo que quería ver, que estaban unidos y decididos a emprender juntos esa nueva etapa de sus vidas.

—Diane, mira. Lidia, mi profesora de dibujo, me ha enseñado a pintar así las caritas de mis muñecas, ¿te gusta? Es muy chuli, ¿verdad?

Tomó el cuaderno de dibujo de manos de Gia y observó su obra, le pasó una mano por la diminuta cintura y la atrajo a sí, lo que aprovechó la pequeña para poner los codos en su muslo y apoyar el rostro entre las diminutas manos manchadas de pintura azul.

—¡Me encanta!, preciosa, ¿eres tú? —preguntó al observar el parecido en el color de los ojos.

—¡Nooooo! Es una sirenita —aclaró, quitándole el cuaderno y volviendo a su mesa.

Diane le dio un beso en la frente antes de dejarla marchar. Les habían comprado ropa, calzado... Aunque el de ella se demoraría un poco por ser especial. Las dos habitaciones libres del apartamento, muy soleadas por la orientación de estas, se habían convertido en sus dormitorios, llenos de color, así como de los regalos con los que el resto de la familia se obstinó en decorarlos, y que ellos celebraron con felicidad cuando se los mostraron.

Después de que el padre Mahoney los dejara libres del férreo abrazo, se dirigieron al jardín para hablar con los chicos. Nunca olvidaría la emoción que les oprimió el corazón y dio alas a sus nerviosos pasos. La loca carrera por el interminable y familiar pasillo, cómo bajaron la escalera, bebiéndosela, y la parada en seco ante la puerta de hierro y cristal que los separaba de los que podían ser, si aceptaban, sus hijos.

«*Nuestros hijos*», pronunció en su mente, envolviéndose con esas dos palabras sencillas pero inconmensurables.

—Yo he dibujado una carretera y dos coches, Diane, pero creo que está un poco torcido —comentó enfurruñado Adri.

—A ver... —pidió, atenta a los pequeños aunque su mente anduviera saboreando esa inolvidable escena del pasado, pero no tuvo tiempo de

levantarse, ya que el pequeño saltó de su asiento y corrió a la mesa de ella.

—¡Pero si está perfecto! —alabó la pintura que le mostraba, abrazándolo por los hombros—. Es que la carretera tiene muchas curvas, y así es muy difícil conducir bien.

—¡Eso mismo le he dicho yo! —expuso muy decidida Gia sin levantar la vista de su trabajo y cambiando el lápiz azul por el rojo.

—Y ese es el coche de la policía y el otro el de los malos, que se quieren escapar —aclaró el pequeño, animado por la atención que se le prestaba.

—Está clarísimo, cariño —afirmó Diane, deslumbrada por la enorme sonrisa que el niño le regalaba y sin poder evitar mirar la herida de su frente, que por consejo de Adam ya llevaba al aire—. He pensado que podíamos colgar los dibujos que más os gusten en...

—¡Sí, sí, sí! Voy a pintar una sirenita que se parezca a ti, Di —la llamó como había escuchado que a veces lo hacía Kathy.

—¡Y yo el coche de Peter y el tuyo!

A duras penas pudo besarlo antes de que saliera disparado a su asiento. Se le anegaron los ojos en lágrimas al verlos inclinados sobre sus respectivos cuadernos y tan afanados en hacer una obra de arte, como si necesitaran agradar siempre, como si solo así pudieran ser queridos... Y ese pensamiento la llevó al momento en el que después de asegurarse de que Adri se encontraba bien, de que no tenía mareos ni ganas de vomitar, y de que accediera a que no era necesario llamar urgentemente al médico de la familia, plantearon el tema que les tenía el alma en un ¡ay!

Habían acordado que ella, buena conocedora de la psicología infantil, abordaría la cuestión de forma que los pequeños comprendieran sin dudas el alcance de la propuesta. Pero una cosa era la teoría, o el tratar a sus alumnos, y otra muy distinta dirigirse a los que ansiaban que fueran sus hijos. Así que se perdió en mil divagaciones y ejemplos que solo consiguieron que los dos niños intercambiaran miradas de confusión al no entender si los estaban regañando o pidiendo algo.

Cogió un pañuelo de papel de la cajita cuadrada que tenía al lado del portátil y se enjugó los ojos. La escena que se desarrolló a continuación, en aquel patio en el que tanto había jugado con su amiga y más compañeritos, le arrancarían lágrimas el resto de su vida.

Aún le parecía sentir el beso que le dio Peter en la sien, interrumpiendo su nerviosa verborrea; recordaba cómo le pidió a Gia que se sentara al lado de

Adri, para agacharse delante de ellos y poner la mano derecha en una rodilla del niño, y la izquierda en otra de la niña. Y tampoco olvidaría jamás las breves palabras que les dijo, pero con una carga emotiva que le erizaba todavía la piel...

—Ya sabéis que os queremos mucho y que os echamos de menos cuando no estamos con vosotros. Lo que Diane y yo queremos preguntaros es si... Si os gustaría que fuésemos vuestros padres.

Se recreó una y otra vez en esas frases, en la suave cadencia con la que fueron pronunciadas y en el desinteresado ofrecimiento de amor que las preñaba.

Incluso el astro Sol quiso colaborar a crear un ambiente único al dispersar las nubes que amenazaban lluvia, por lo que envió sus mejores y más luminosos rayos para abrigoarlos con la brillante calidez de estos, y fue espectador de primera fila de lo que allí sucedió...

Desde la ventana de su despacho, el padre Mahoney y el padre Owens, director de la institución, los observaban con suma atención; por desgracia, no todos los días vivían escenas como la que contemplaban.

Adri cogió de la mano a Gia y se puso de pie, imitándolo ella, muy serio y sin apartar la vista de Peter, que se alzó y abrazó a Diane por la cintura.

—¿De los dos? Porque no queremos separarnos.

—De los dos —articuló con dificultad él, sintiendo un leve temblor en su valquiria, que no tardaría en convertirse en llanto.

—Ya lo hemos hablado Gia y yo.

—Sí —confirmó al tiempo que lo hacía también moviendo la cabeza con energía.

En efecto, los pequeños, después de la experiencia vivida el pasado sábado en casa de Norbert, habían comentado entre ellos lo que les gustaría tener primos, tíos... Que Anthony fuera su abuelo, que Thor y su «valiria»...

—¿Y...? —musitó Diane casi en un susurro, sosteniéndose en el cuerpo de su marido, que no dejaba de pasarse la mano libre por el cabello, nervioso como pocas veces lo había estado.

Adri, de pronto, cambió su aspecto grave por el de una alegría que le hacía chispear los ojos, adelantándose así a lo que fuera a decir.

—Que también os queremos mucho, por eso no vamos a dejar que nos quiten vuestros regalos —volvió al viejo tema mientras la pequeña daba

saltitos en su sitio—. Y que ojalá fueseis nuestros papás y pudiéramos vivir siempre juntos, ¿verdad, Gia?

—Sí. Y seremos muy buenos, haremos las tareas y nos lo comeremos todo...

—Menos los guisantes, que no me gustan —terció rápido Adri, creyendo que era importante aclarar ese punto.

—¡Y a mí tampoco! —Se sumó rápida a la advertencia de su amigo.

Diane estalló en un sollozo incontrolable, dejó caer al suelo su bolso y les dijo entre hipidos:

—Nada de horribles guisantes, prometido, ¿verdad, Thor? ¡Ay, mis niños! —Y se agachó para abrazarlos con fuerza, llorando de pura felicidad entre sus cuellos.

Peter miró al cielo con las manos cruzadas en la nuca, y dio las gracias desde lo más profundo de su corazón al destino por haber puesto a aquellos dos ángeles en su camino. Bajó la vista a su esposa, hincó una rodilla en el suelo, y abrazó a las tres personas que conformaban todo su mundo: Diane, a la que amaba con locura, y los dos niños que, desde ese preciso instante, ya eran sus hijos...

El padre Owens se volvió y cruzó una acuosa mirada con el otro sacerdote, palmeando su hombro en señal de aprobación a la nueva familia que se acababa de formar, y se marchó.

El emocionado padre Mahoney continuó presenciando lo que sucedía abajo. Siempre supo del buen corazón de su pupila, y ahí tenía la prueba; tocó el crucifijo que colgaba sobre su pecho y rezó una breve oración por esos cuatro corazones que se unían en un lazo afectivo que, con certeza, sería irrompible...

Se acercó a sus hijos, como los consideraba aunque todavía no lo fueran de forma legal, miró con cariño los dibujos, que iban tomando forma, y los besó en la cabeza.

—Voy un momento a la cocina.

*Le respondieron un *de acuerdo* a coro sin dejar su labor, y salió del estudio con una sonrisa que no le cabía en el rostro.*

Se sirvió un vaso de agua fresca, apurándolo en tres largos tragos y lo dejó en el fregadero. Miró a la calle y se alegró de que el día fuera soleado; habían quedado las tres parejas, con sus respectivos hijos, a comer y pasar la

tarde juntos, aprovechando que Adam disfrutaba de unos días de descanso y que tanto Peter como Johan tenían esa jornada libre de compromisos.

El sonido del portero automático la sacó de los planes que estaba haciendo mentalmente para que los chicos no se aburrieran, incluso sabiendo que eso sería imposible en cuanto se juntaran con Santiago; la noche anterior, Marita le comentó por teléfono que su hijo ya le había planteado a Anthony aquello de *nieto número...*

Se sorprendió al escuchar la voz de la persona que esperaba en la calle a que le abrieran, pulsó y se dirigió a la puerta del apartamento para esperar su llegada. Sabía que Peter no tardaría en llegar, lo que sin saber por qué la tranquilizó.

—Hola, Diane. Me alegro de verte, y disculpa que me presente sin avisar, ha sido un impulso —la saludó efusivamente Hampfrey. Le dio dos besos en las mejillas y obedeció su ademán de que pasara al interior.

Ella, sorprendida por su visita, inconscientemente miró sobre el masculino hombro, tranquilizándose al comprobar que estaba solo. Intercambiaron unas breves frases mientras accedían al salón.

—No quiero robarte tiempo, tan solo iba a recoger a una amiga, con la que he quedado para comer en el club, y pensé en subir un momento para saludarte —le explicaba con las manos en los bolsillos del pantalón, sin quitarse la cazadora marrón de cuero, dando a entender que se iría pronto—. Desde la entrevista con nuestra madre, no hemos vuelto a hablar y, bueno, solo quería saber cómo estabas.

Diane sonrió, encubriendo el disgusto que le empezaba a subir por la garganta tras escuchar ese «nuestra». Se dirigió al sofá de dos plazas y se sentó en el medio, con la espalda recta y sin atender la básica norma de cortesía de ofrecerle asiento y algo de beber.

—Ha pasado algo más de un mes, Hampfrey, y la visita de tu madre no fue precisamente cordial ni placentera, como imagino que sabrás —le lanzó con tono frío y a la defensiva. Cruzó las piernas con elegancia y clavó la vista en sus inescrutables ojos marrones. «¿Qué buscas?»

—Sí, lo sé, ha pasado demasiado tiempo —habló mientras se sentaba en el amplio sofá central, al lado de ella, obviando la rectificación que le había hecho en la forma de dirigirse a Lady—. Yo he estado muy ocupado —se disculpó—; por cierto, ya tengo trabajo.

—Me alegro. Felicidades —interrumpió su pobre excusa.

—Sí, además de encargarme del departamento legal de una empresa textil, soy su director general —se anunció de forma muy rimbombante, aunque solo él sabía hasta qué punto eran importantes sus cargos, ya que la empresa de Virginia era bastante modesta tanto en número de trabajadores como en volumen de facturación.

—Lo celebro —expresó sin mostrar entusiasmo alguno—. Y respecto a la falta de contacto, no te preocupes. También hemos estado muy ocupados.

Hampfrey asintió, percibía su rechazo y lo entendía. Lady le había hecho mucho daño, y él era una víctima colateral. Apoyó los codos en los muslos y unió las manos, mirándoselas, pensando en cómo distender el ambiente tan tenso que respiraban.

—Diane, déjame decirte que nuestra madre...

—¡No! —reaccionó ella rápidamente, arrepintiéndose al segundo de haber alzado la voz, por si los pequeños la habían oído. Descruzó las piernas, se inclinó hacia delante y lo señaló con el índice—. ¡Tu madre! No «nuestra madre». La mía desapareció cuando se deshizo de mí, y murió en el momento que supe la verdad, ¡no lo olvides! —le advirtió con fiereza—. Si el verdadero motivo de que estés aquí es interceder por ella, no tenemos nada más que hablar. Nunca la tuve, y puedo seguir así el resto de mi vida —le dijo crudamente, incluso sorprendida ella misma de la agresividad que emanaba.

Impresionado por su visceral arranque, no pudo evitar que su voz sonara titubeante.

—No, no ha sido esa mi intención —aseguró, poniendo las palmas frente a su hermana, buscando una tregua; pero ya que ella había sacado el tema a colación...—. Sin embargo, hay que saber perdonar los errores ajenos, más si los que los cometen son de nuestra propia sangre y...

—¡¿Qué?! —profirió con incredulidad, poniéndose en pie de un salto—. ¿Acaso no te ha contado la verdad, o es que te ciega tu amor de hijo? Porque una cosa no descarta la otra, ¿verdad, abogado? —le lanzó, enfurecida, y no porque defendiera a su madre, hecho lógico, sino por su poca comprensión hacia ella, la única perjudicada en su deleznable decisión.

Hampfrey se incorporó con parsimonia. No deseaba discutir, pero si no había más remedio... «*Ninguna tía me va a insultar, por muy medio hermana que sea*», pensó con irritación.

—Primero, ¡conozco la verdad! ¡Entre nosotros no hay secretos!—afirmó

acercándose lentamente, dejando a un lado la mesa que los separaba y enfrentándola con las manos en las caderas. No comentó el gesto irónico de ella para seguir con su planteamiento—. Segundo, no estoy ciego; comprendo tu desilusión, frustración o... ¡como mierdas quieras llamarlo, joder! Y tercero, Lady es mi madre, por lo que exijo respeto para ella.

El silencio que siguió a su declaración se hizo ensordecedor. Se miraban fijamente a los ojos en un reto que ambos querían ganar, pues un simple parpadeo significaría rendición ante el otro, y eso era algo impensable.

Diane solo veía a un extraño, a un hombre muy atractivo que conocía y explotaba, estaba segura, su imán con las mujeres; pero que con ella no funcionaba. Ambiguo en su comportamiento y de turbios sentimientos en cuanto a la intencionalidad de sus relaciones con el género femenino. Supo que lo quería fuera de su vida, no tenían nada en común, y ni siquiera esa parte genética que compartían le reclamaba lo contrario. No, el trato con él era y sería siempre nocivo. «*Es inútil forzar lo que no nace del corazón*», pensaba sin la más mínima culpa.

A su vez, Hampfrey insistía en su postura. Amaba a su madre, «*incluso con sus defectos y errores, es lo que tiene que hacer un buen hijo, ¿no?*». En su momento, entendió y justificó a su medio hermana, como había decidido ya denominarla, pero veía que era una persona intransigente y obtusa, fría e incapaz de mostrar un mínimo de compasión. Se había equivocado al visitarla, mejor habría sido pasar de largo.

—¡Di, ya hemos terminado!

La irrupción de los pequeños en el salón rompió el lacerante mutismo en el que se encontraban.

Diane fue hasta ellos con prontitud, abarcándolos con sus brazos como si quisiera ocultarlos de la vista de él, dándole la espalda.

—Muy bien, mis niños —les habló lo más calmada que pudo, sonriéndoles—. Enseguida voy a verlo, ¿vale?

—¿Quiénes son? —preguntó sin moverse, con una insolencia tan descarada en su demanda que provocó que Adri se pegara a Gia.

Diane, al ver la reacción de miedo del pequeño, sintió que le palpitaban las sienes, mientras que el corazón le latía desenfrenadamente. Se giró despacio, abrazando sus infantiles hombros, y no como gesto de protección, sino para no perder la calma que se le iba agotando sin remisión.

—¿Alumnos tuyos? —insistió, escudriñándolos; sin importarle si los

asustaba. Nunca le habían gustado los niños, y no iba a cambiar ahora. «*Lo único divertido es hacerlos*», se dijo, refrenando una espontánea sonrisa.

Dudó en su respuesta un segundo, tan solo un segundo, lo que tardó su corazón en imponerse a la razón, que le decía que oficialmente ellos no eran nada suyo; sin embargo, en ese latido tuvo la respuesta correcta. Los besó en la frente y después se irguió con el mentón alzado y desafiante; orgullosa de las palabras que iba a decir, y que para ella eran toda una declaración de intenciones.

—¡Son mis hijos! —proclamó como si el mundo entero esperara su respuesta para seguir existiendo.

Adri y Gia la abrazaron por la cintura, formando un muro inquebrantable y sólido como el amor que se tenían.

—¡Es nuestra mamá! —apostilló Gia, soltándose y yendo como una valiente guerrera hacia Hampfrey con su inevitable cojera.

Este, entendiendo la situación, se echó a reír escandalosamente.

—No me lo puedo creer... Esto es... una jodida mierda.

Diane retuvo inmediatamente a su hija antes de que se acercara más a ese malhablado hombre que parecía haber enloquecido. «¿*Cómo hemos llegado a este punto?*», se planteó en un rincón de su mente.

—Id inmediatamente al estudio —les dijo en voz baja—. Enseguida estoy con vosotros.

—No te voy a dejar sola con él —apuntó Adri mirando mal al desconocido y dispuesto a defenderla aunque él estuviera casi temblando de miedo por una situación que empezaba a asemejarse a otras, a otras que había vivido en primera fila.

Se le nubló la vista por las lágrimas que la declaración de su pequeño le había provocado. Se puso a su altura y lo miró a los ojos con tal ternura que el niño le echó los brazos al cuello y dejó un beso en su mejilla.

—¡Increíble! ¡Cuánta consideración! —soltó Hampfrey, que veía la escena con sorpresa. Dio una palmada al aire y se dirigió a las puertas que daban paso a la terraza, murmurando ininteligiblemente por lo bajo.

—Tranquilos. Enseguida se va —los calmó, poniendo un rizo detrás de la oreja de Gia—. Esperadme en el estudio, ¿de acuerdo?

Los niños asintieron y, cogidos de la mano, se marcharon tras recibir un beso de la que para ellos era sin lugar a dudas su madre, pues eso, entre otras cosas, era lo que hacían las madres: defender a sus hijos, a la familia, ¿no?,

pensaban mientras la obedecían.

—¿Los habéis adoptado?! —inquirió girándose a ella y sin amilanarse por su casi palpable acritud—. ¿No podéis tenerlos vosotros? ¿Qué locura es esta?!

Diane sabía que no tenía por qué darle explicaciones, pero había visto la mirada que le echó a su pequeña al verla caminar, y no se lo iba a tolerar. Respecto a si podían o no engendrar, se trataba de algo íntimo que no pensaba compartir con ese desalmado, porque eso era, pensó al límite de su tolerancia.

—Ninguna locura que te importe. Es una decisión muy meditada y que solo nos atañe a mi esposo y a mí. ¿Te ha quedado claro?! No eres nadie para opinar.

Hampfrey avanzó hasta quedar a un palmo de ella, enfadado por su tono despectivo, algo que no pensaba consentir.

—¿Que no soy nadie?! Te recuerdo que la mitad de la sangre que corre por tus venas y las mías es la misma. —La señaló con un dedo, casi rozando su hombro—. Te recuerdo que tu duro corazón ha hecho sufrir a mi madre, y tan solo por tu mezquino deseo de venganza.

Diane retrocedió unos pasos, horrorizada por lo que escuchaba y empezando a temerle; pero jurándose interiormente que le arrancaría el alma si osaba ir a donde se encontraban sus hijos. En otras circunstancias, sola en casa, ya le habría dado con la puerta en las narices; pero ahora era diferente, no alterar más a los pequeños le exigía ser prudente. Iba a responderle, más él siguió con su desabrido reclamo.

—¿Para ellos sí hay compasión?! —Le clavó el índice bajo la clavícula izquierda, empujándola hacia atrás, cansado de una situación que podría haber sido muy diferente si ella hubiera demostrado un mínimo de buena voluntad. «*¡Tampoco te hemos pedido un imposible!*».

—¿Vete ahora mismo de mi casa! —le lanzó, sobándose la zona adolorida.

—¿Por qué?! ¿Por pena, es eso?! —siguió él con su descarnado alegato, sin pararse a meditar lo que decía—. ¿Porque son huerfanitos?... ¿Y si tienen una enfermedad latente y la desarrollan cuando sean mayores? Porque esa mocosa ya tiene una tara... ¡Una tullida!

Abrió los ojos desorbitadamente, consternada por lo que escuchaba, y una furia que exigía ser liberada le hizo alzar la mano para estamparla en el rostro

del monstruo que tenía delante, pero no llegó a tiempo de completar la acción.

Dos poderosas manos cogieron sorpresivamente a Hampfrey por la pechera y lo obligaron a andar hacia atrás hasta estrellarlo contra la pared más próxima, emitiendo un quejido de dolor que para su agresor no fue suficiente, pues lo atrajo a sí y lo volvió a golpear con más fuerza aún.

—Cabrón... —siseó Hampfrey sin aliento.

Peter, al que con el fragor de la disputa no oyeron llegar, sí había escuchado el último intercambio de frases entre su mujer y ese indeseable. Le enfureció el que le echara en cara su falta de compasión, ¡a ella, a su valquiria!, e iba a intervenir cuando la vio retroceder por el empuje de él. Sin embargo, el absoluto desprecio con el que habló de sus pequeños, el mofarse del impedimento físico de la niña fue la gota que colmó el vaso de su paciencia.

—¡Peter, mi amor, no merece la pena!

El ruego de Diane le llegaba lejano, enardecido como estaba, pero el tirón en la manga de su chaqueta le devolvió la cordura perdida. Sentía la presión de las manos de Hampfrey en sus muñecas para que lo soltara, pero no pensaba hacerlo sin que esa escoria entendiera lo que tenía que decirle.

—Tranquila, *min lille* —dijo sin mirarla. Se acercó al oído de él y le susurró—: Escúchame bien porque no lo voy a repetir. No queremos volver a ver tu puta cara. Si te acercas a mi mujer, a mis hijos, a cualquiera de mi familia... —Hizo fuerza con su cuerpo para impedir que se moviera al intentar el otro soltarse—. Si tú o tu Lady volvéis a tocar esa puerta, te juro por todo el valhalla que os mudaréis a vivir en el fiordo más profundo de mi tierra.

—Es-Estás loco —graznó Hampfrey mientras forcejeaba para liberarse. Él era un hombre fuerte, y casi de la misma estatura que esa bestia, pero nunca hubiera imaginado que tuviera tanta fuerza, y menos que lo amenazara así—. Soy el conde de Durham y...

—Y hueles a mierda —le vomitó sin soltar su agarre.

Peter se separó lo justo para mirarlo a los ojos. Poderoso azul diáfano contra hediondo marrón enlodado. Era evidente quién mandaba, y le dedicó tal sonrisa que a Hampfrey se le terminó de ir el poco color que le quedaba en la cara.

—Ella es mi esposa; ellos, nuestros hijos. —Alzó los puños con fuerzas

renovadas, terminando de sacarle la camisa, a la que ya le faltaba algún botón, del pantalón—. Y tú... Tú...

Capítulo 31



—¿Tú... qué...?!

Marita expresó en voz alta el sentir de todos, expectantes ante lo que les contaban Diane y Peter.

Estaban sentados cerca de la emblemática fuente Crown, en Millennium Park; Santiago, Adri y Gia admiraban fascinados el espectáculo de ver cómo cambiaban los rostros en la impresionante pared que hacía manar un fuerte chorro de agua de la boca de la persona cuya foto en ese momento se proyectaba.

—¡Venga, tío! —lo instó Johan, que tenía a Betty en brazos, despierta, mientras su madre terminaba de darle el biberón a William, que parecía no saciarse.

Peter le echó un brazo por los hombros a Diane, que mecía a George, y miró con ternura al bebé. Iba a hablar, cuando Gia llegó corriendo con una flor en la mano y la puso entre las de Betty, que pataleó feliz, le dio un beso en la frente y, no todo lo rápido que le gustaría, se marchó de vuelta con los chicos.

—Es un cielo de niña, Di —le comentó Kathy, apoyada en el hombro de Adam.

—Sí, ¡y cómo le plantó cara diciendo que yo era la mamá de ellos! —recordó Diane, emocionándose al punto de que se le anegaron los ojos en lágrimas de felicidad y orgullo—. Se fue hacia él con un genio...

—Si ese impresentable le hubiera tocado un solo pelo, yo...

—Mi amor, cálmate, no fue así. Te aseguro que yo le habría arrancado las... joyas de la corona —afirmó rotunda, guiñándole un ojo.

Las carcajadas fueron generales.

—Y a mí que no me busquen para una cirugía reconstructiva —apostilló Adam con la voz entrecortada por la risa—. Dame a mi hijo, guerrera, que te veo muy agresiva.

—Ya sabéis que es...

—¡Una valquiria! —completaron todos a coro la frase de Peter.

Diane iba a regañar a Adam por quitarle a su sobrinito, pero Gia casi se le echó encima, suerte que Peter lo evitó al sujetarla.

—Esta es para ti, Di —le dijo entregándole una flor de las que llevaba en la mano, margaritas en esa ocasión.

—Gracias, mi niña. —La retuvo para poder darle un beso antes de que se fuera.

La pequeña, con prisa, les entregó a Kathy y a Marita las otras dos que llevaba sujetas por el frágil tallo, les dieron las gracias, achuchones y besos, y ya se iba feliz cuando Johan le preguntó:

—¿No hay nada para nosotros?

Gia miró a los tres hombres, cruzó los brazos y pensó qué podría darles. Oyó que la llamaban Santiago y Adri para seguir jugando a pisar el agua.

—¡Sí! —Se acercó a su mochila, al lado de Peter, y sacó de ella una pequeña bolsa de plástico transparente—. Esta es para ti, Thor, está muy buena —lo animó mientras dejaba caer en su palma extendida una bolita blanca.

Luego, y tras hurgar para coger las que quería, le dio otra a Adam y a Johan.

—¿De qué sabor es?

—Esta es nueva, tío Johan, espera... —Le quitó el redondo caramelo y lo chupó con fruición, se lo sacó de la boca y lo depositó de nuevo en su mano, que había sujetado para que no la apartara—. Es de menta, muy fuerte. ¡Me voy a jugar!

—¿Y me dejas así, con un caramelo baboso?! —se quejó Johan viéndola ir al encuentro de sus amigos y sin que le hiciera caso—. ¡¿Será posible?!

Las únicas respuestas que obtuvo fueron las risas por la ocurrencia de la revoltosa rubia, a lo que respondió diciéndoles que ya les pasaría a ellos algo parecido... o peor.

—Bueno, venga, ¿qué le contestaste al condesito? —insistió Marita con sorna en su inicial pregunta.

Peter exhaló un prolongado suspiro, cruzó una pierna sobre la otra y se puso serio. A pesar del ambiente festivo y relajado en el que se encontraban, el solo hecho de pensar en ese miserable lo enfurecía sin límite. Sintió la mano de su esposa, que le acariciaba el muslo en un intento de relajación.

—Le dije que él solo era una piedra en el camino de nuestras vidas —habló mirando al frente, ausente—, y a la que convertiría en polvo si nos causaba el más mínimo tropiezo, así que más le valía mantenerse apartado.

No hubo comentarios a su evidente amenaza.

Tanto Johan como Adam pensaban que ellos habrían actuado de igual forma.

«*Igual no, peor*», se cuestionó el primero, que ya había pasado por una situación que casi le cuesta la vida al defender a su esposa, y de lo que no se arrepentía en absoluto, pues ella lo era todo para él, junto a sus hijos.

Adam dejó un beso en la frente del pequeño George, el recuerdo del ataque que sufrió Kathy le produjo un escalofrío que lo hizo temblar. No era un hombre violento, pero cuando tuvo delante al agresor y escuchó sus planes... Nadie pudo evitar que lo golpeará, ni se arrepentía de ello; es más, le supo a poco. El suave tacto de los labios de su esposa en su rostro lo sacó de tan oscuros pensamientos, y se giró para atrapar su boca y besarla a placer.

Marita dejó a Betty junto a su hermano, en el cochecito, tras quedarse dormida después de alimentarse, los tapó con una ligera colcha y abrazó al amor de su vida por la cintura, besándolo justo donde tenía la maldita cicatriz.

—No seamos pesimistas —pronunció con entusiasmo Diane, que no quería ver a su familia tan alicaída—. Ya ha pasado, y Thor fue muy convincente.

—Cierto —la apoyó Kathy—. Y cambiando de tema, es sorprendente lo rápido que los niños se han adaptado a vosotros... —Todos miraron hacia donde los tres, entre risas, chapoteaban con otros chiquillos en la orilla de la fuente—. Como si hubieran nacido en esta familia, como si... —dejó en el aire—. Con la de niños que hay que necesitan...

—No ha sido el azar, preciosa —la interrumpió su marido, que había dejado al pequeño en su coche, dormido—. Esto es obra del destino, igual que lo fue el que nos conociéramos en aquel *pub*, ¿recuerdas?

Kathy lo miró con ojos soñadores, entrelazó un brazo con el suyo y reclinó la cabeza en su hombro.

—Sí, el guapo caballero que vino en mi rescate...

—¡¡Papá, tenemos sed!!

—Adiós al momento romántico —se quejó Adam, viendo el gesto de resignación de su esposa.

—Pues no será por falta de agua, ¿no? —le dijo Johan con ironía mientras miraba a los tres niños.

—Venid aquí que os seque los pies —les pidió Diane, sacando una toalla del bolso de playa.

—No hace falta, tía Diane, vamos a volver luego, ¿verdad?

—Sí, es muy divertido —le respondió rápido Adri, moviendo los dedos en sus sandalias de goma y disfrutando como nunca—. Me gusta.

—Yo me voy a sentar, estoy cansada.

—Claro que sí, mi niña, es que no has parado un momento...

Diane se levantó para agacharse ante la pequeña, quitarle el calzado, que al no ser el que necesitaba la hacía andar con más dificultad, y secarle las piernas.

Kathy cogió unas horquillas de su bolsito de aseo y se sentó al lado de la pequeña.

—¡Qué trabajo tengo entre tu madre y tú! —habló como si las estuviera regañando mientras le recogía unos rizados mechones que le caían sobre los ojos. Y pensó en lo natural que se oía el dirigirse así a ellas.

—Menudos elementos estáis hechos vosotros dos —sentenció Peter tras acariciar la cabeza de Gia. Se dirigió a donde estaba Adam y ocupó el puesto libre a su vera, quería hacerle una consulta médica y no deseaba que la pequeña lo oyera.

—Venga, vamos a por unos refrescos...

Con los dos niños parloteando delante de él, Johan se dirigió a un puesto ambulante que había cerca. Compró las bebidas solicitadas y las estaba pagando cuando...

—¿Johan...?

Tan pendiente estaba de guardar el cambio y de lo que comentaban los chicos que no se percató de que le hablaban a su espalda.

—Johan...

—¿Sí?

Se giró e inmediatamente frunció el ceño. Asociar la voz a aquel rostro de aspecto ajado fue todo uno; pero, incluso así, no pudo evitar decir su nombre sin que sonara a pregunta.

—¿Priscilla?!

—Vaya, no creo haber cambiado tanto —le coqueteó—. ¡Qué coincidencia! ¿Cómo te va?

La miró con incredulidad, tenía tan asumido que no volvería a verla nunca más que tardó unos segundos en reaccionar. Tiempo que ella aprovechó para observar con curiosidad a los dos niños que lo acompañaban y luego fijar la vista en él, recorriéndolo de arriba abajo. Y ese gesto fue el que lo hizo reaccionar, quitándose las gafas de sol para colgárselas del cuello abierto de la camisa.

Tenía dos opciones. La primera era enfrentarla; la segunda, escabullirse con cualquier excusa, huir, *«no, nada de huidas. Es capaz de ir a donde están los demás y soltar una impertinencia sobre Gia, y lo que le faltaba a mi primo hoy»*.

—Chicos, llevadles vosotros las bebidas —les habló con seriedad—. Hijo, dile a tu madre que venga.

—Sí, papá. Vamos, Adri.

—¿Hijo?! Francamente, no creo que te haya dado tiempo a...

—Ni una palabra más. Ni siquiera un pensamiento —le advirtió con voz afilada, y no porque los pequeños pudieran oírlo, que habían echado a correr, sino porque conocía su maldad y de lo que era capaz esa lengua viperina.

—¡Oh, venga! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Año y medio? —Movié la cabeza a un lado y otro—. Tienes que superarlo, yo lo he hecho. Simplemente he venido con una amiga que quería conocer la ciudad. ¿Ves? Mírame. Estoy genial.

Y lo hizo...

Pero lo que vio fue un rostro con demasiado maquillaje, envejecido; el tiempo no la había tratado bien. Llevaba el cabello recogido en una coleta, sin el brillo que lucía antaño; su atuendo era corriente, sin rastro de aquella exclusividad de la que le gustaba alardear, unas deportivas sustituían los sempiternos tacones de aguja.

—Voy vestida casual —se justificó ante su escrutinio al imaginar lo que él estaría pensando de su aspecto.

—Me es indiferente —comentó con desgana.

No mentía, su presencia no le provocaba ninguna emoción, pasada la sorpresa inicial. En silencio, vio que se acercaba su mujer mirándolos con curiosidad; la que le había devuelto la vida a su muerto corazón. No quería tener ninguna conversación a solas con su ex, así que se adelantó unos pasos para salir a su encuentro.

—Ángel, quiero presentarte a Priscilla, ya sabes... —le dijo abrazado a su cintura y pegándola a él, para dirigirse a la que lo hizo sufrir en el pasado y que, afortunadamente, ya no era ni un mal recuerdo—. Ella es Marita, mi esposa y la madre de nuestros hijos.

Cruzaron una mirada sin moverse, examinándose, midiéndose...

En alguna ocasión, Marita se había planteado cómo reaccionaría si tuviera delante a la mujer que tanto daño le hizo a él y que, incluso, tramó acabar con la vida de su cuñada sirviéndose de un tercero. Sin embargo, y por increíble que pareciera, no sentía nada, ni ira ni deseo de recriminarle sus abominables actos; lo único que le inspiraba era pena por cómo había tirado por la borda su vida y, de paso, una carrera profesional exitosa. Pero, sin pretenderlo, ese sentimiento asomó a sus ojos y desató la furia de la otra.

—Así que te casaste... Lógicamente, es imposible que el niño moreno... —apreció con malsana intención, cambiando su peso de pie y sometiendo a Marita a un análisis visual irritante.

—No te importa —la cortó en seco, negándose a dar ninguna explicación. Marita, aunque le habría gustado responderle, se limitó a guardar silencio ante su insolencia, percatándose de su juego—. ¿Qué haces tan lejos de Virginia? ¿Ya te dieron el alta médica?

Johan no quería extender una charla que no llevaba a ningún lugar, notaba la mano de Marita acariciarle la espalda, infundiéndole una calma que se le agotaba por segundos, y se centró en lo que ella le transmitía con ese gesto.

A Priscilla le costaba apartar la mirada de esa morena que tenía lo que ella tanto había ambicionado: posición social. Contrariada, reconocía que era guapa, demasiadas caderas para su gusto, pero formaban una buena pareja y se los veía felices, no tenía sentido engañarse con lo que saltaba a la vista, y eso la fastidió aún más.

—¡Putra mierda, Johan!

Marita dio un respingo ante su explosión, que él a medias contuvo.

—Te hablo cordialmente, ¿y esta es tu respuesta? —le censuró Priscilla—. Creo que ella no es una buena influencia para ti —aventuró con un

alzamiento de cejas.

La conocía, y no iba a caer en su provocación.

—Ya veo que no has cambiado. Tal vez tengan que reajustarte la medicación —la picó adrede, y se dirigió a la mujer que tenía pegada a su costado y por la que daría la vida las veces que fueran necesarias—. Volvamos, ángel.

Priscilla no pensaba dejarlos ir sin más, sin decir ella la última palabra.

—Estoy trabajando en el bufete de un colega, como socia —lo informó, viendo que se detenían y él se giraba a ella con rostro inexpresivo—. ¿Qué esperabas?

—¿De ti? Nada, absolutamente nada.

Sus palabras la dañaron, así como la sinceridad que mostraban, ya que destilaban una indiferencia que le corroía el alma. Era cierto que trabajaba en un modesto bufete de Norfolk, pero de pasante del titular, y con el que, en ocasiones, compartía cama, pues sus respectivos gustos sexuales eran bastante similares.

—No me irás a decir que ella te hace feliz... —le disparó por la espalda al ver que, nuevamente, habían echado a andar, odiando su moderación.

Marita no podía contener lo que se le venía a la boca para callar a esa... «*víbora, eso es lo que es*», y la encaró con la determinación de arrojarle todo lo que pensaba.

—No, ángel —la frenó Johan, poniendo una mano en su mejilla—. No merece la pena que le dediquemos ni un minuto más de nuestro tiempo. —A lo que ella asintió poco convencida, respondiendo con el mismo e inmenso amor que le tenía al beso que, a continuación, dejó en sus labios.

—No voy a contestarte, deliras si crees que caeré en tu trampa —le habló con una serenidad que a él mismo sorprendió—. Solo te recordaré lo que te dije la última vez que nos vimos, seguro que no lo has olvidado, ¿verdad?

Priscilla bufó, perdía el tiempo ahí, pues comprobaba que sus intentos de humillación no causaban el menor efecto. Miró a lo lejos, detrás de la pareja, y vio a Adam y su primo, ambos de pie y observando la escena. «*Hummm, ¡que buen revolcón podríamos darnos todavía!*». También observó a Kathy y Diane, tres niños y dos cochecitos de bebé, «*de la que me he librado*», pensó con espanto.

—Tengo que marcharme, me esperan. Solo vine a comprar agua —desvió el tema.

—¿Me harías un favor? —solicitó Johan con voz bien modulada, engañosamente apacible.

—Claro, ¿qué necesitas? —quiso saber, deteniendo la búsqueda en su mochila del monedero.

Marita lo miró con extrañeza, intuía que esa tranquilidad albergaba un propósito.

—Si nos vuelves a ver, ¡ignóranos! Créeme, no te lo tendremos en cuenta, ¿cierto, ángel? —Su esposa, con una sonrisa irónica en el rostro, asintió.

Priscilla achicó los ojos con el deseo de poder fulminarlos; sin embargo, aunque en otra realidad paralela hubiera tenido ese poder, también habría sido una utopía. El joven matrimonio se profesaba tal amor que este era el perfecto escudo con el que salvaguardarse, por lo que su futuro en común estaba asegurado hasta más allá de lo que la memoria humana fuese capaz de recoger en su recuerdo.

—¡Imbécil! —le espetó altanera, girando la cabeza con orgullo; pero sin poder evitar la despedida de él.

—Y por cierto, como te dije aquel día en el bufete, sigues oliendo a podrido, pura...

—Vamos, mi Johan. Tú lo has dicho, no merece la pena.

Y mientras ellos caminaban para unirse a su familia, Priscilla quedó atrás, en el cajón del olvido, haciendo compañía a otras malas experiencias que la pareja guardaba ahí bajo siete llaves, y que terminarían convirtiéndose en polvo al viento. Ahora tocaba vivir y disfrutar del generoso futuro que tenían por delante.

Se dejó caer sobre su cincelado torso, sin aliento.

—¿Se encuentra bien, señora Lindgren? —apenas pudo articular, bajó las manos hasta sus nalgas y presionó contra él, negándose a abandonar la calidez que todavía lo acogía.

Diane asintió levemente un par de veces y lo besó, justo donde el corazón de su vikingo palpitaba loco.

—Creo que mi esposa necesita reanimación —aseguró mientras iniciaba una suave caricia que se deslizaba entre los femeninos y perfectos glúteos para perderse rápidamente en el punto que los mantenía unidos.

No hubo tregua ni condiciones.

La chispa que nuevamente se encendió terminó convirtiéndose en un

incontrolable fuego abrasador, llevándolos a rodar por el colchón en una lucha de poder y mando en el que ninguno obtuvo la victoria por separado, sino que juntos alcanzaron la gloria en esa guerra sin cuartel en la que se enfrascaban cuando el deseo los dominaba, y que ocurría en todos y cada uno de sus pasionales encuentros.

—Eres insaciable...

—Tú, una provocadora... Conoces mis puntos débiles y...

—Y te aprovechas de los míos, vikingo.

Ambos bocarriba, perlados de sudor e intentando normalizar el ritmo cardíaco. Sin fuerzas, Peter se incorporó para coger una esquina de la sábana y dejarla caer sobre sus cuerpos en un refrescante vuelo.

Diane sonrió tanto por el gesto de él como por el pensamiento que acababa de asaltarla.

—¿Te fijaste en la cara del padre Mahoney cuando llevamos a Gia y a Adri?

Peter dobló su almohada para estar más incorporado y se acercó a ella, que lo abrazó por la cintura y reposó la cabeza en el hueco de su hombro.

—No tenía desperdicio. Es más, creo que ya se ha dado cuenta de a qué me refería cuando dije que Anthony sacaría el apellido Wadlow a pasear. —Diane emitió una leve risita—. Ni en sueños imaginó que se pudieran acelerar tanto los trámites de adopción —afirmó con un brazo bajo la cabeza.

—Ni yo, la verdad —admitió, resiguiendo las líneas del nuevo tatuaje de su muñeca que se había hecho días atrás. Aunque el diseño del primero le gustaba más, el significado de protección para un matrimonio estable y una familia feliz de este la enternecía—. Jamás imaginé que nos topáramos otra vez con esa bruja, ¡lo que me habría gustado decirle cuatro cosas bien dichas! —refunfuñó, dando una leve patada en el colchón.

—Por eso hizo bien Johan en despacharla allí, lejos de los niños —comentó Peter con los ojos cerrados y una mano laxa en la cintura de su inquieta morena—. Y que estuviera Marita delante, por si se le pasaba por la mente algún acercamiento.

—Estoy de acuerdo contigo, y también para que viera que no tiene secretos con su esposa.

—También.

—Lo que me lleva a que una cosa es cómo creemos que vamos a reaccionar en una situación y otra muy distinta la manera en la que luego la

afrontamos —dijo refiriéndose a lo ocurrido esa mañana—. En la visita de Hampfrey, tendría que haberme mostrado más decidida, más... ¡Uf! —Se giró y clavó la vista en el techo, contrariada consigo misma—. Sin embargo, me bloqueé, me...

—La bofetada que le ibas a dar no era de estar precisamente bloqueada, mi amor —le recordó—. Tenía que haberte dejado, no te haces idea de cuánto me arrepiento.

Diane le dio un golpecito con el pie en la pierna.

—Sabes que no lo hubieras hecho.

—Cierto, y no porque no se lo mereciera, sino porque si hace el más mínimo amago de tocarte un solo pelo, ahora tendría que estar buscando al mejor cirujano plástico que pudiera pagar —reveló entre dientes, doblando y extendiendo una pierna—. Y no exagero.

—Tenía que haberlo echado antes, con la primera impertinencia —expresó tras un suspiro—. Me ha sorprendido mucho su actitud, ese desprecio... Apenas lo he tratado, sí, pero...

—Él no ha mostrado interés alguno en ti —constató ya más calmado, aunque la sola imagen del indeseable haciéndola recular con el dedo clavado...

Diane vio que cerraba una mano en puño, por lo que la acogió entre las suyas y la llevó hasta sus labios para dejar un beso tranquilizador en ella.

—No volverá a acercarse, mi dulce amor, se lo dejaste bien clarito —intentó bromear.

—Si se trata de un hombre medianamente inteligente, no lo hará.

—Lo importante es lo contentos que están los peques, eso no tiene precio. —Se puso de costado, admirando su masculino perfil, parecía dormido—. Ya estoy deseando ir a por ellos mañana.

—Johan vendrá a buscarme para que te lleves el todoterreno. Necesitas un coche más grande.

Diane calló, sabía que no le faltaba razón.

—¿No vas a protestar? —inquirió, viendo de reojo que ella negaba con la cabeza—. Bien.

—Son unos chicos estupendos, mi dulce amor —musitó con un brazo cruzado sobre su torso, enredando los dedos en el cabello que descansaba sobre el fuerte hombro derecho—. Te amo, Peter, por todo lo que haces por mí, por...

—Por nada, *min lille*. Lo único que deseo es que nuestros hijos sean tan felices como lo somos nosotros, mi amor —declaró adormilado, casi vencido por el sueño.

—Nuestros hijos... —repitió Diane, embobada por cómo sonaban esas dos palabras en labios de su Thor.

—Por cierto, mañana te enseñaré algo...

—¡¿Sí?! ¿El qué? ¡Dímelo ahora, no podré dormir! —lo azuzó palmeándole con suaves toques el pecho.

—No sería una sorpresa...

—Pero es que mañana...

—... será otro día; duerme, mi valquiria.

Se acurrucó a su costado, resignada, y suspiró profundamente, como el sueño que ya lo invadía a él.

—Te amo —deslizó en su oído.

Y Peter, que ya cabalgaba a lomos de su vigoroso corcel en pos del susurro que le había llevado la declaración de amor más sincera jamás dicha, sonrió.

Capítulo 32



—Eso no puede ser, Santi, además no me gusta.

—¿Y por qué? Es divertido, ¿verdad, Adri?

El aludido asintió sin dejar de mirar por la ventanilla del coche de su padre, pero que en esa ocasión conducía su madre...

Sí, porque de esa manera se refería a ellos en su pensamiento aunque no lo verbalizara, pues un miedo revestido de prudencia lo alentaba a frenarse, a ser precavido; sin embargo, ese instinto de supervivencia que él tenía tan desarrollado, así como una intuición fuera de lo común, le decía que podía bajar las barreras de autoprotección y confiar plenamente en esas dos personas que, sin pretenderlo, ya eran dueñas de su corazón. Pero todo necesitaba tiempo, y él tenía todo el del mundo.

Gia no pensaba en esas cuestiones, demasiado profundas para su corta edad. Los dos pequeños ya habían comentado entre ellos las ganas que tenían de ir a vivir con Thor y su *valiria*, como a veces la llamaba ella, también se lo manifestaron a la psicóloga que, con buena mano izquierda, indagó en sus deseos y sentimientos hacia la pareja que quería adoptarlos de pleno derecho.

Desde el desagradable episodio del día anterior con Hampfrey, en el que la pequeña la reclamó como su madre, incluyendo a Adri en su acto de defensa, no la había vuelto a denominar como tal; pero ni a Peter ni a Diane les importaba, sabían que la semilla del amor fraternal empezaba a echar raíces en sus inocentes corazones; cualquier día, en el momento más insospechado, les oírían llamarlos *papá* y *mamá*.

Diane, atenta a la conversación de los tres pequeños en el asiento trasero del vehículo, esperaba la respuesta de Gia sin despistarse del intenso tráfico que la rodeaba.

—¡Soy una sirena! ¡No puedo ser una india! Tendría que hacerme dos trenzas —expuso lo último mientras se sacudía los rizos—, ¡y las odio!

—¿Una sirena?! ¿Y dónde está la cola? —le preguntó Santiago mirándole las piernas.

—Es que no te enteras. ¡Soy una sirena de tierra! —reafirmó moviendo las extremidades inferiores—. Los niños son torpes, ¿verdad, Di?

Esta, que le estaba costando un mundo no soltar una carcajada, encendió los faros para entrar en el garaje del edificio en el que tenían el estudio de arquitectura Peter y Johan.

—Algunos, mi niña, solo algunos —le respondió intentando ser neutral y no provocar a su sobrino, que refunfuñaba por lo bajo; «¡ay, Thor! Lo que nos vamos a divertir con este bichito».

Había recogido a Santiago en su casa, para dirigirse luego al orfanato, donde le presentó al padre Mahoney, que se interesó por él con algunas preguntas aparentemente banales. «Es un buen chico, Diane. Estos pequeños no podían estar en una familia mejor», le dijo el sacerdote con disimulo, palabras que le hincharon el pecho de orgullo.

Mientras, en la segunda planta y en el despacho de Peter, este hablaba con sus primos...

—¡Ey! ¿Por qué no salimos el sábado a navegar, la familia al completo? —preguntó Adam, ilusionado ante la idea que se le acaba de ocurrir.

Peter, sentado tras su amplia mesa, intercambió una mirada irónica con Johan, que se encontraba al otro lado, junto a su hermano.

—¡Fantástico! —expresó el último—. ¿Vamos en tu barco?

Adam le dio un puntapié.

—¿Para qué quiero uno si ya hay dos en la familia? —expuso con total desfachatez.

—Espera, que ya le doy yo —se adelantó Peter a la intención de Johan, levantándose y yendo hacia el desvergonzado.

Pensó que hablaba de broma, pero cuando quiso darse cuenta, lo tenía a su espalda haciéndole una llave que estaba a punto de estrangularlo, al tiempo que lo inclinaba hacia atrás en su silla peligrosamente.

Johan, rápido, tiró de las piernas de su hermano, temiendo que los dos

acabasen en el suelo.

—¡Jo-Joder, tío! —dijo sin resuello una vez liberado.

—Sigues siendo un quejica —lo provocó Peter mientras acercaba una tercera silla para sentarse entre ellos—. Y esto me recuerda algo.

—Reconócelo, hermano. Pelear nunca fue lo tuyo —apoyó al otro, cruzando las piernas, y los brazos sobre el pecho.

—Es posible, pero borra esa sonrisa de satisfacción o me pongo a practicar contigo ahora mismo —le advirtió Adam, que aún se masajeaba el cuello.

—¡Qué agresividad! ¿Mi cuñadita conoce esta faceta de su marido? —insistió en llevarlo al límite.

—¿Y la mía conoce la tuya de matón? Porque me encantará tener una charla con ella —se defendió, dándole otra vez en la espinilla con su deportiva.

—¿Y si me escucháis? —terció Peter, que ya conocía esas disputas que siempre terminaban con un par de cervezas—. Necesito pedir os un favor del que no puede enterarse Diane, es capaz de raparme.

Los dos hermanos se miraron con extrañeza, dudando de si habían escuchado correctamente.

—¿Qué has hecho?

Miró con resignación a Adam antes de responder.

—Necesito que me ayudéis a enseñarles algunos trucos de defensa a Gia y a Adri, como hicimos con Santiago. —Asintieron a sus palabras—. Ni quiero ni los estoy alentando a que se metan en peleas, ya sabéis que no soy una persona violenta —aclaró con los codos clavados en los muslos, inclinado hacia delante, sin ver la ceja alzada de Johan.

—Me parece genial, ¿pero Gia también? Es muy pequeña...

—Gia sobretodo —contestó con decisión—. ¿Te quedarías sin hacer nada si a tu Betty le quisiera quitar... el lápiz un compañero de colegio? —lo interpeló Peter ante su respuesta, pintándole una escena que lo enojaría.

—Si lo pillo, lo...

—Pues eso —cortó su ferviente amenaza—. Y más estando mi hija en inferioridad de condiciones.

Hubo unos segundos de silencio.

—Creo que es la primera vez que te oigo referirte a ella como tu hija —apreció Adam, contento en su interior por lo que significaba.

—Es verdad —corroboró Johan, olvidando el espinoso tema de su Betty, «*mi muñequita*».

Peter, echado hacia atrás, se soltó el pelo, masajeándose el cuero cabelludo.

—Delante de ellos, y ya lo he hablado con Diane, me freno.

—¿Y eso por qué? No lo entiendo —manifestó Johan, que se levantó para dirigirse al dispensador de agua.

—Ella hace igual, se limita a un *mi niño* o *mi niña*. No queremos que, de alguna forma, se sientan presionados a llamarnos de una manera que no deseen; tiene que salir de ellos.

—Sí, estoy contigo —dijo Adam en total acuerdo con su planteamiento.

Johan dejó sobre la mesa tres vasos de agua y cogió uno para él.

—Yo también me preocupé en su día con Santiago. Y Marita tenía razón, lo hizo cuando menos lo esperaba —habló más para sí al recordar el tenso momento que vivían cuando lo oyó decir *papá*...

Peter carraspeó, conocía el incidente.

—No te angusties, socio. Eso es pasado.

Johan cabeceó y dio un par de sorbos a su vaso, a ver si así se le diluía la bola de angustia que tenía atascada en la garganta.

—¿Hermano? —lo llamó Adam, imaginando que estaría dándole vueltas a lo sucedido.

—Está todo bien —confirmó con una sonrisa, hizo una pelota con el vaso de cartón y lo encestó en la papelera.

—Hace un par de días, hablando con mi madre, me dijo algo que resume lo que os contaba antes. —Sus primos tenían puesta toda su atención en él; Anne podría parecer una mujer un tanto alocada, pero su sentido de la observación y las conclusiones a las que llegaba eran siempre muy acertadas —. Los sentimos como nuestros hijos; sin embargo, el ciclo se cerrará cuando sean ellos los que nos adopten a nosotros.

Se quedaron callados, empapándose del profundo consejo.

—Joder, no podía haberlo dicho mejor —manifestó Johan, otra vez sentado—. Y es la verdad, vaya que si lo es...

—Pues decidido, curso intensivo de defensa personal a los nuevos vikingos —anunció jocosamente Adam para relajar la emoción que los tenía con el corazón encogido—, y otro de actualización a Santiago.

—¡Ey, que mi hijo no es un ordenador!

El comentario arrancó carcajadas en los dos hombres, que lo miraban con hilaridad.

—Anoche le comenté a mi padre el fortuito encuentro con Priscilla. — Las risas cesaron al segundo—. Se lo dije por si a esa loca se le ocurría presentarse en el bufete.

—Hiciste bien —concordó su hermano, y asintió Peter—. ¿Y qué te dijo?

—Sigue con el acceso denegado a las plantas del bufete. De vez en cuando, recibe una llamada de su tío, que lo mantiene informado. En su día, agradeció que no se presentara denuncia alguna, viven en una localidad pequeña y eso habría supuesto una mancha en la familia —expuso con semblante serio—. Por eso, al decir que es socia de un abogado, me callé para que no se preguntara cómo sabía yo que ese dato no era cierto. De todas formas, ignoro el resto de su vida, ni pregunto, ni me interesa, ni nada de nada.

—Pues, francamente, primo, dudo mucho que mi tío se quede de brazos cruzados al saber que está aquí.

—Lo conoces bien. Me dijo que él se ocupaba, así que ya sabemos lo que eso significa...

—¿Llamará a Lombardo Colosimo? —apuntó Adam, que no perdía detalle de la conversación.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Johan, joder, porque intervino con lo del tío aquel —le respondió su hermano como si fuera una obviedad—. Ya sé que fue su padre el que se ocupó, pero para el caso es lo mismo.

—Si llego a estar yo ahí... —intervino Peter con la mandíbula contraída y pegando un puño contra la palma de la otra mano.

—Ya sabes que no me quedé quieto —le recordó Adam, serio.

—Tíos, calma. No removamos la mierda, que eso solo nos cabreará, y yo soy muy feliz con mi ángel y mis hijos.

Adam se estiró en su asiento después de beberse de un solo trago el vaso de agua que tenía a su vera.

—Cierto, hermano. Yo creía que no podía serlo más con mi preciosa, pero la llegada de George me demostró que estaba equivocado; es difícil de explicar la paternidad...

Adam dejó en el aire la última frase al no encontrar las palabras exactas para definir su estado.

—Ahora también somos padres —siguió sincerándose—, y es maravilloso. Sin embargo, no hemos dejado de ser pareja, me refiero a mantener la chispa, a...

—A seguir teniendo detalles con tu mujer —continuó Johan—. A preparar una cena íntima aunque sea a deshoras —sonrió al recordar la última—. Mandarle un ramo de rosas por el simple y puro placer de sorprenderla...

—Entrar en Victoria's Secret, soportando miraditas lujuriosas, para regalarle el camisón que tanto le gustó... —prosiguió Adam, con las manos en la nuca y mirando al techo, visualizando en su mente cómo le quitó el último a los dos minutos de estrenarlo...

—O a reponer el *culotte* de encaje negro que...

—O ese conjuntito con ositos chupando un...

—¡O a tropezarnos los tres en la puerta! —apostilló Peter con sorna—. ¡Espabilad!

—Es que es la felicidad completa —declaró Johan con tal rostro de satisfacción que los contagió.

—¿Victoria's Secret? —lo picó su hermano.

—No, ¡su abuela! —le contestó, intentando darle una patada, que se perdió en el aire—. Lo que tenemos, ellas...

—En serio, tíos, que cualquier día nos vemos allí y...

La puerta se abrió de pronto y el llanto de Gia llenó el despacho, levantándolos de sus sillas de golpe.

En un parpadeo, Peter llegó hasta Diane, que la tenía en brazos agarrada a su cuello.

—¿Qué le ha pasado?! ¿Se ha hecho daño?! —preguntaba mientras buscaba algún signo de herida, intentando cogerla pero sin éxito, pues la pequeña no la soltaba.

—No tiene nada —habló Adri con calma, que recibía los besos de sus preocupados tíos.

Peter se volvió a él inmediatamente y lo besó en la frente al tiempo que le revolvía el cabello, y luego a su sobrino, que se mostraba compungido. Cruzó una mirada con su esposa, tranquilizándolo esta con un gesto de resignación.

—Ha sido culpa mía, papá —confesó Santiago, tironeando de un cabo de su mochila, abatido y mirando al suelo.

—¿Qué?! —Vio que su hijo se encogía ante el tono autoritario que, sin proponérselo, le había salido; así que se agachó ante él y puso las manos en

sus hombros—. A ver, hijo, dinos qué ha pasado.

—Yo solo quería que jugásemos —explicó entre pucheros, restregándose un ojo con el puño.

—¿Y?...

Gia había pasado a los brazos de Peter, que dejó un fugaz beso en los labios de Diane, ya no lloraba, solo tenía un leve hipido que iba menguando.

—Es que quiere que sea una india, ¡y yo soy una sirena de tierra! —contestó la pequeña con desesperación—. Todos lo sabéis, ¿verdad? —los retó, apartándose un mechón de la cara.

—¿Ah, sí? Primera noticia —dijo Adam—. ¡Qué cosas!

Los adultos se miraron entre sí, respirando con alivio al ver que no era nada grave; salvo Diane, que hizo una mueca de calma infinita.

—¡Claro, tío Adam! ¡Lo dije el otro día! Yo no sé nadar, así que no puede ser, por eso soy una sirena que tiene piernas, ¡¿cómo voy a ser una india también?! ¡Es imposible!

¿Qué podían responder a un razonamiento tan bien expresado? Nada, absolutamente nada.

—Pero llorar por eso es de niñas chicas, Gia. Jugamos a otra cosa y ya está. Ahora, por tu culpa, su papá va a regañar a Santi.

Enmudecieron ante la recriminación tan madura hecha por Andri, y que provocó una rápida reacción en su amiga, y pronto legalmente hermana.

—¡Noooo! Bájame, Thor —pidió mientras se revolvía entre sus brazos, obedeciendo este—. Tío Johan, por favor, no lo castigues —le pidió palmeándole la cara—. Está bien, seré una india solo un ratito, ¡pero no me hago trenzas!

E inesperadamente, Gia le dio un beso en la mejilla a Santiago, que se puso rojo como la grana y asintió con la cabeza.

—Adri tiene razón, jugamos a otra cosa —concedió el pequeño, que recibió un beso de su padre y vio que también le daba otro a su amiguita. Sabía que él no lo castigaría, pero le gustó que lo defendiera, y eso era algo que nunca olvidaría.

—¡A policía y ladrones! —propuso el otro menor dando un par de saltos.

—Eso me gusta —dijo con desparpajo la pequeña ante la sonrisa de conformidad de Santi.

—Muy bien, tropa, crisis resuelta —anunció Johan con alivio, al que ni se le había pasado por la mente llamarle la atención a su hijo; tan solo tendría

una breve charla sobre cómo no hacer enfadar a una chica—. Ahora...

—Ahora tengo que hablar con mi valquiria, así que ya os estáis largando... Enseguida nos reunimos con vosotros.

Y entre algunas protestas, sonrisas pícaras y la advertencia de que solo tenían cinco minutos, los dejaron solos.

—No te he saludado como a mí me gusta —murmuró sobre los labios de fresa de su esposa.

—Imperdonable, espero una compensación.

Y la tuvo.

Andando hacia atrás, llegaron a la amplia mesa y la sentó sobre ella, colocándose entre sus piernas. Una mano, a medida que ascendía por el muslo izquierdo, iba acariciando la desnudez expuesta, mientras que con la otra, en su fina cintura, la estrechaba contra su torso para besarla a placer.

Sin prisa en el tiempo, con urgencia en la piel.

—¿Mejor?

—Humm... Vale por ahora —concedió paseando los dedos por la rubia barba, perdida en el azul infinito de su mirada.

—Lo remataré a la noche —aseguró con un pulgar deslizándose por la femenina ingle y una sonrisa que le robó a su valquiria más de un latido.

—Te has asustado cuando hemos entrado.

—¡Mucho! Me sentí impotente por no saber...

Diane puso un dedo sobre sus labios para frenar las palabras de explicación que salían a borbotones.

—Los niños son así, mi dulce amor. Viste que yo estaba tranquila. —Peter asintió—. La próxima vez, porque habrá más, mírame primero; no quiero que reacciones siempre con pánico, no es bueno para este —le dijo poniendo la palma sobre su corazón.

—*Jeg elsker deg.*

—Te amo, mi vikingo.

Tomó nota mental del consejo mientras degustaba su boca. En efecto, el llanto de la pequeña puso todos sus sentidos en alerta al temerse lo peor, incluso se alegró de que su primo estuviera allí, por si necesitaba cuidado médico de emergencia... «*Tengo que aprender a controlarme o no llego a los cuarenta*». De pronto irrumpió en su mente la corta tregua que les habían dado, y se apartó a regañadientes.

—Quiero enseñarte una cosa.

—¿Sí? —le preguntó con picardía mientras bajaba la vista por su camisa y se detenía en el cinturón del pantalón.

Peter soltó una carcajada.

—Descarada. Eso luego. Ven.

La ayudó a bajar de la mesa y la guio hasta la de dibujo, situada en una esquina y frente al amplio ventanal. Se sentó en el alto taburete y a ella la recostó sobre su pecho.

—¿Este trabajo es el que te llevas a veces a casa? —le preguntó mirando los planos que tenía delante.

—El mismo. Es muy importante —aseguró, extendiendo el que acababa de sacar de un tubo de plástico—. Mira, te explico...

Le empezó a detallar desde el amplio *hall* de entrada hasta el salón principal, comedor, cocina, baños... Diane escuchaba con atención la descripción de los materiales que se usarían en las diferentes estancias y las medidas de estas.

—Es una casa espectacular, Peter —lo elogió cuando cambió a otro plano—. Tu cliente va a quedar totalmente satisfecho.

Peter le siguió hablando de la planta superior, los numerosos dormitorios que la formaban, y posteriormente pasó al espacioso y luminoso ático.

—Imagino que tendrá una familia numerosa, ¡tantas habitaciones! ¡Qué mansión! —comentó con admiración.

—Sí, no está escatimando en nada —manifestó él—. Además, la propiedad es enorme y permite todo lo que uno pueda desear. Un amplio porche cubierto, piscina... Garaje, sótano para...

—¿Y esto? —señaló Diane una edificación separada de la principal.

—Sí, se puede utilizar ahora como casa de invitados, independiente al contar con su propia cocina, pequeña, y demás servicios.

—Es buena idea —admitió al imaginar cómo sería el resultado. Se giró levemente y le pasó un brazo por el cuello.

—Eso espero. —Sonrió y le besó la comisura de los labios—. También he pensado que, en el futuro, alguno de nuestros hijos quizás quiera utilizarla para tener más independencia...

Diane, que reseguía con un dedo las líneas que él le indicaba, se detuvo y parpadeó rápido varias veces, insegura de haber oído bien.

—Si quiere, obvio, porque más tranquilos estaremos si está con nosotros bajo nuestro techo, aunque solo nos separe parte del jardín —apostilló

disfrutando de la cara de sorpresa de ella.

—Peter Lindgren de Diane...

—Lindgren —la interrumpió con socarronería, ganándose una palmada en la nuca.

—No me distraigas. ¿Me estás diciendo que esta casa...?

—Es la nuestra, mi amor. Cada vez que me has visto, y que tú me acompañabas desde tu mesa, yo estaba trazando el que será nuestro futuro hogar —le aclaró con la voz tomada por la emoción.

—Pero... es muy grande —acertó a decir, luchando contra las lágrimas —. Muchos dormitorios que...

—Que llenaremos de amor, *min lille*.

Le echó el otro brazo al cuello y ocultó ahí el rostro sin poder reprimir el llanto. Sentía que el corazón le estallaría en cualquier momento. Decir que era feliz sería quedarse corto, muy corto.

—Peter...

—Chiss, el apartamento resulta pequeño —le dijo separándola lo justo para mirarla a los ojos—. Quiero que a nuestros hijos no les falte nada... Quiero que tú tengas lo mejor, mi amor.

—Ya lo tengo, tú —susurró entre hipidos—. Jamás soñé con tanto, esto es...

—Lo que quiero para nosotros, *min lille*.

—Mi dulce amor... —musitó antes de lanzarse a su boca.

Se besaron como se amaban, de forma impetuosa y sin reservas. Poniendo el alma, derritiéndose el uno en los brazos del otro.

Una llamada en el móvil de él frenó el beso que los estaba incendiando. Irritado por la interrupción, se dirigió a la mesa central, desde donde sonaba con insistencia.

—Es mi tío —dijo tras mirar el número que aparecía en la pantalla.

La conversación fue breve, Peter se limitó prácticamente a escuchar mientras no apartaba la vista de su esposa. Asintió a lo que se le decía y acordaron verse en unas horas.

—¿Pasa algo? —preguntó Diane, que había ido a su lado, alarmada por el rostro grave que él mostraba y la tirantez de los músculos de sus brazos.

Peter cogió un elástico de su muñeca y se recogió el cabello en una especie de moño y coleta, los nervios no le permitían centrarse en lo que hacía. Lanzó un profundo suspiro y luego clavó la mirada en los ojos de ella,

demandantes.

—Anthony y Norbert nos esperan en el bufete después de comer. —La atrajo para abrazarla—. Es importante.

Capítulo 33



Tras terminar de secarse las manos, arrojó la toallita de papel a la papelera y miró su reflejo en el espejo mientras se ponía de nuevo el anillo de su antepasado, pensativo.

Anthony le había pedido a su hijo que recibiera al escocés y su letrado, necesitaba unos minutos para calmarse, aunque no fue esa la excusa que adujo, sino una banalidad para no preocuparlo.

La tarde anterior, la sorpresa de Diane y Peter fue mayúscula cuando entre Norbert y él mismo les dijeron que Lawrence Ewan Pemberton, duque de Tayside, íntimo amigo del difunto Reynald Hampfrey Kendrig, conde de Durham, se había puesto en contacto con el bufete, concretamente con Anthony, para solicitar una cita con Diane Doe, actualmente apellidada Lindgren; así como con otras dos personas.

Acarició con el índice las iniciales grabadas en oro de William Wadlow, el primero de la familia en pisar tierras americanas, allá por el año... «*Tengo que centrarme, esa chiquilla necesita de todos mis sentidos*», se amonestó. Y el motivo era que no conocían el contenido de lo que ese hombre quería entregar a Diane. Horas antes, se entrevistaron con él, pero este se mantuvo firme en su postura: solo lo desvelaría ante ella.

Abandonó el despacho de su hijo y se dirigió a la sala en la que tendría lugar la reunión. Vio a una pareja salir de uno de los ascensores guiada por una recepcionista, e inmediatamente, por la forma de caminar de ella y mirar lo que la rodeaba, como si fuera un tasador, imaginó de quién se trataba.

«*Algo me dice que esto va a ser divertido*». Apresuró el paso y entró sin llamar adonde se le esperaba.

Saludó a Lawrence, a su abogado, Charles Ness, que se había desplazado con él desde Londres tanto a título personal como profesional, y a Sean Burrell, uno de los especialistas de la firma en asuntos testamentarios. Apenas habían intercambiado unas breves frases de cortesía cuando la puerta se entreabrió y Susan, la secretaria de su hijo, anunció a la pareja que antes llamó su atención, «*bien, mi instinto sigue funcionando*», pensó con satisfacción.

—Por cierto, señor Wadlow —dijo Susan tras ceder el paso a los visitantes y dirigiéndose a su jefe—. ¿Espera hoy alguna llamada del señor Churchill?

Charles miró a Norbert con perplejidad, conocía el prestigio del bufete de su compañero de oficio, pero ignoraba que el aristocrático apellido inglés figurara entre sus representados.

—No, Susan; pero si lo hace, no dude en pasármela —le respondió, haciendo un esfuerzo para que su rostro no delatara la hilaridad de la situación.

—Se me hace extraño verte por estas tierras, Lawrence querido —dijo dirigiéndose a su viejo amigo e ignorando las palabras de la empleada, así como al resto de personas que allí se encontraban.

—Cierto, Lady —admitió antes de darle un beso en la mejilla, cosa que ella odiaba y él hacía adrede en cada ocasión que se le presentaba—, pero el bribón de tu hijo tiene la culpa.

—¿Yo?! —inquirió el aludido con sorpresa.

—¿Y tanto! Estaba yo muy tranquilo en mi castillo el último día que hablamos; pero me alegro, así cumplo lo que me encomendaron.

Lawrence, que no quería desvelar nada más hasta no estar todos los convocados en la sala, dio un abrazo a Hampfrey y presentó a su abogado y a Anthony, haciendo este lo propio con el suyo. El día anterior, por la mañana, se había reunido con los dos Wadlow para informarles de sus intenciones, aunque no del contenido, y de cómo quería que se desarrollara dicho encuentro. Aunque al principio se mostraron reacios a colaborar si no contaban con la información completa, claudicaron al tener la promesa de él de que no había nada perjudicial para la señora Lindgren, de la que pidió saber en qué punto se encontraba la relación de esta con su madre, y lo que

descubrió no le sorprendió; al contrario, fue la pieza que le faltaba para comprender por qué su amigo hizo lo que hoy los llevaba a todos ahí.

«*Virginia tenía razón, no está mal el tipo, y seguro que podrido de dinero; pero no, yo necesito a alguien vigoroso, a medio domar...*», pensaba Lady mientras estrechaba la mano de Anthony, que, como en su día también hizo Norbert, no besó.

—¡Ay, Lawrence, qué te traerás entre manos! —bromeó Lady mientras aceptaba el asiento que su hijo le ofrecía.

Se sentía segura de sí, cierto era que ir enfundada en un clásico de Dior daba una prestancia que, según ella, ayudaba a estar por encima del resto de mortales. A Norbert le dirigió un escueto «Buenos días» frío y protocolario que todos percibieron, pero que no le impidió fijarse en su atuendo; sonrió, a su amiga le hubiera gustado verlo con ese traje color hueso que potenciaba el bronceado de su piel.

—Ya me conoces, me encantan los misterios —comentó Lawrence aún de pie y frotándose las manos con gesto pícaro—. Y este... ¡Este lo vamos a disfrutar todos! Unos más que otros —dijo la última frase mirando a Anthony, con el que desde el minuto número uno había congeniado.

Norbert se acomodó a la izquierda de su padre, que tenía enfrente a Charity; en el supuesto de dirigirse a ella, imaginó que sería el único en llamarla por su verdadero nombre. Sin embargo, recordó que no, que otras dos personas también lo harían así, y eso lo hizo sonreír levemente, por muy infantil que sonara.

Hampfrey, tras su presentación, había permanecido mudo. Ya desde que entró en el emblemático edificio, el Willoughby Tower, se preparó mentalmente para lo que se podría encontrar. Pero de poco le sirvió cuando descubrió que el bufete poseía cuatro plantas; ese detalle, más la ubicación del mismo en plena avenida Michigan, y el prestigio del que ya era conocedor, le hicieron sentir un ramalazo de rabia y envidia por no poder trabajar en esa firma. Lo bien que luciría en una tarjeta de presentación su nombre y cargo, por no hablar de lo que el bufete ganaría al tener entre sus puestos directivos un título nobiliario... Sintió la mirada de Norbert sobre él, pero la ignoró. Se desabrochó el botón de la chaqueta y la ahuecó para sacar del bolsillo interior una estilográfica, marca Cross, con la que empezó a puntear sobre la madera.

Norbert, que lo tenía al otro lado de la mesa, frunció los labios para

reprimir una sonrisa ante el acto del joven; si quería alardear de pluma, estaba en el lugar perfecto. Incluso sin haber cruzado palabras con él, tan solo un breve apretón de manos, coincidía en la apreciación de su sobrino de que era un hombre que vivía de cara a la galería, como su madre, y multitud de detalles lo delataban.

—Pues no demores más, tío Lawrence, y sácanos de dudas —le pidió sin ocultar la curiosidad que sentía—. Nos dijiste que era referente a mi padre, y aunque no entiendo por qué has querido que nos veamos en este despacho, pues Linklatters LLP —desvió la vista a Charles, que se hallaba entre Lawrence y su madre— posee delegación aquí, en Chicago, tenemos derecho a saber, ¿no crees?

Lady le dio una palmadita en la mano, orgullosa de él, de cómo se imponía para hacerse con la situación.

Anthony tamborileó sobre la superficie de caoba, «*demonios, demonios, chaval, ándate con ojo*», mentalmente le advirtió, irritado por su tono imperativo. Al igual que el resto de la familia, estaba al día de lo sucedido entre él y la pareja en su apartamento, lo que significaba un punto en su contra, «*dos puntos, uno por la sirenita y el otro por el poli*».

—Tienes razón, es un asunto referente a tu padre. ¿Y por qué el vernos aquí? —Lawrence se encogió de hombros—. Cuando ayer hablé con el presidente de esta firma —señaló a Norbert— y con Anthony, también propietario de la misma, me ofrecieron...

—¿Y por qué te reuniste con ellos, mientras que solo te limitaste a una simple llamada de teléfono para citarnos? —lo interrumpió Hampfrey—. Es un tema que no les concierne a estos señores, sino a Lady y a mí, que somos su familia —interpuso con tono destemplado.

—¡Exacto! Francamente, Lawrence, esto no tiene sentido alguno —exclamó Lady profundamente molesta por haber tenido que volver a donde fue tan mal tratada; pero complacida de que no se refiriera a ella como *madre*.

—¡¿Ah, que no os lo dije?!

Norbert y su padre intercambiaron una mirada en la que se lo dijeron todo. Ese entusiasta escocés que imponía con su estatura y fuerte complexión, y que gustaba de hablar con grandes aspavientos, estaba disfrutando en el papel autoimpuesto de moderador y ocupando la presidencia de la mesa, que Norbert le había cedido como signo de deferencia.

—Era lo mínimo que podíamos hacer —intervino Anthony—, ofrecer nuestras instalaciones, además de cualquier servicio legal que pudiera necesitar, con permiso de mi colega.

Charles hizo una leve inclinación de cabeza, su franca cortesía profesional delataba la calidad moral del jubilado abogado.

—¿Qué no nos dijiste? —le demandó Hampfrey, dejando de lado la coletilla de *tío Lawrence* y haciendo caso omiso a la explicación de su anterior pregunta.

—Yo creo que estoy todavía bajo los efectos del *jet lag* —se lamentó exageradamente, pasándose una mano por la frente.

—¡Por Dios, Lawrence, déjate de tanto teatro y habla de una pu... vez! —estalló Lady, que dio un manotazo en la mesa.

Anthony la miró como si le acabara de salir una segunda cabeza. Se volvió a Norbert sin disimular su asombro, y este le dedicó una ceja alzada que no necesitaba ninguna explicación.

—¡Demonios, señora! Un poco de contención; deje que cada uno se exprese en los términos y tiempos que considere necesarios —le afeó Anthony sin poder contenerse.

Su hijo ya le había advertido del temperamento y «selecto» vocabulario que se podía encontrar, pero no lo esperaba tan pronto.

—La misma contención que le pido a usted para dirigirse a la condesa viuda de Durham, señor —le demandó Hampfrey con frialdad, una mano en un hombro de su madre y la otra en puño sobre la mesa, amenazante.

—A su señora madre siempre se la ha tratado exquisitamente en esta casa, incluso cuando sus epítetos hacia mi persona eran más propios de los bajos fondos de cualquier ciudad que de la posición social de la que alardea, señor —atacó Norbert con fiereza—. Y ahora, Lawrence, agradecería que pudiéramos continuar.

Hampfrey se mordió la lengua para no contestarle lo que, según él, se merecía, *¡¿pero quién mierdas te crees que eres para hablarme así, gilipollas?!*», se desahogó en su mente sin disimular la rabia que contraía su rostro.

—Tengamos paz —solicitó Lawrence, *«¡¿no hemos empezado y ya estamos así?! Esto va a ser la tercera guerra mundial, ¡por todo el whisky escocés!»*—. Disculpad mi olvido. Las personas que faltan son miembros de su familia. La señora Katherine Wadlow, vicepresidenta de Wadlow Law

Firm LLC, y los señores Lindgren.

Lady apretó los labios para no soltar la perla lingüística que tenía en la punta de la lengua, manteniendo una compostura que la ahogaba.

—¿Y es necesaria su presencia? —habló Hampfrey, pillado por sorpresa y que lo último que deseaba era ver de nuevo a aquella bestia rubia, pues todavía tenía dolorida la espalda.

—¡Totalmente imprescindible! —aseveró Lawrence estudiando sus reacciones, que no lo defraudaron al ser las esperadas.

—¿Y qué clase de educación es la que tiene mi hija que se permite llegar tarde? —dijo desabridamente.

—Pues una excelente, Lady —se dirigió Lawrence a ella, con el ceño fruncido ante su impertinencia—. Los cité quince minutos más tarde para que nosotros nos viéramos antes. —Echó una rápida ojeada a su reloj—. Y si este funciona bien, que estoy seguro de que sí, ya deben de estar aquí. —Tres suaves golpes en la puerta confirmaron su vaticinio—. ¡Ajá! ¡¡Adelante!!

Peter, sujetando la puerta, cedió el paso a su esposa y a Kathy, que vieron cómo los hombres se ponían de pie, salvo el que ya lo estaba y se dirigía con premura a ellos.

Lawrence tendió su mano a cada uno de los nuevos integrantes llamándolos, sin error, por sus nombres, para a continuación presentarse a sí mismo. Se detuvo especialmente en Diane, con la que se tomó la licencia de palmearle el dorso de la mano ante el gesto un poco ceñudo de su esposo, y que él pasó por alto, divertido. Acto seguido, los invitó a tomar asiento a la mesa.

Mientras que Hampfrey tiraba de etiqueta para hacer saber a la desconocida quiénes eran ellos, su madre se deleitó con la presencia del escandinavo. Paseó la vista por el cabello suelto, que sobrepasaba los hombros de la chaqueta, de corte perfecto en azul claro sobre la camisa blanca y cuya corbata celeste avivaba el color de sus ojos, «*impresionante, esto es lo que yo necesito, no un vejestorio, Virginia*».

Lady siguió sin perder detalle, limitándose a un asentimiento cuando fue nombrada ante Kathy, de la que rápidamente opinó que era demasiado joven para un puesto de esa envergadura; sí tuvo que admitir que el traje pantalón en marino y la camisa rosa de seda le sentaban como un guante, era una mujer muy atractiva. Miró de reojo a su hijo y supo que él opinaba lo mismo, pues no le quitaba la vista de encima.

Norbert, que se había percatado del descarado interés del inglés hacia su nuera, tomó una rápida decisión para que ni ella ni sus sobrinos estuvieran junto a él.

—Por favor, Diane, siéntate aquí —le indicó al echar a un lado su silla—. Peter, Kathy... —Les fue señalando las contiguas.

Anthony vio la maniobra de su hijo, que ahora se encontraba al lado de Hampfrey, y aplaudió internamente su habilidad para hacer de muralla de contención ante lo que pudiera pasar. Aunque la ovalada mesa podía dar cabida al doble de personas que la ocupaban, por lo que el espacio entre todos ellos era de sobra holgado, no estaba de más tomar ciertas precauciones.

—¿Podemos ir de una vez al tema, Lawrence? —propuso Hampfrey, al que le había costado trabajo apartar los ojos de la castaña. «*Joder, lo que me gustaría tenerte en mi cama o donde fuera. Y ni me mira la muy puta, joder*».

Kathy, consciente del escrutinio al que era sometida, y centrada en la persona que estaba de pie, se recostó en su asiento con las manos cruzadas en el regazo. Norbert, a la izquierda, tocó levemente su brazo y le susurró que estuviera tranquila, dándole a entender que se había dado cuenta de la bochornosa situación, a lo que ella asintió, más irritada que avergonzada.

Diane, nerviosa, tan solo había cruzado un cortés saludo con Hampfrey y su madre. Nervios de los que le fue imposible deshacerse desde la tarde anterior, después de que ella y su marido supieran de esta cita. De nada sirvieron los intentos de él por calmarla, tenía un palpito tan fuerte que incluso le asustaba. Por ello, porque intuía que se produciría un antes y un después en sus vidas, se puso el vestido de seda estampado que, en su opinión, irradiaba optimismo con sus vivos colores, acompañándolo con una rebeca celeste de hilo, a la cintura y con mangas al codo, que apenas se sostenía en sus hombros, zapatos de tacón alto y bolso del mismo tono; «*deslumbrante*», la piropeó su vikingo antes de salir de casa.

«*Va perfecta, al menos debería agradecerme el glamur que ha heredado*», se dijo Lady, que en ese momento cruzó una glacial mirada con su hija.

—Bien, voy a ir al grano que veo rostros ansiosos —anunció el escocés después de reajustarse la incómoda corbata de rayas—. Para conocimiento de los que ignoran este dato, mi amistad con Reynald, padre de Hampfrey, se remonta desde la niñez hasta el día de su fallecimiento. —Hizo una pausa y carraspeó, emocionado—. Alrededor de una semana después de tu

nacimiento, y ya en vuestra casa de Notting Hill, me mandó llamar. ¿El motivo?... —Dio una palmada en la mesa, sorprendiéndolos—. ¡Por todo el whisky escocés, todavía me asombra! Así que si hoy estoy cumpliendo sus deseos, ¡¿quién me dice que un día no puedo encontrar una dulce selkie, eh?! —paseó con desafío la vista por los presentes.

Hubo intercambio de miradas incrédulas y otras de exasperación.

—Lawrence... querido, sabes que no existen, que tan solo son una estúpida leyenda. —Lo bajó de la nube Lady, que aprovechó para quitarse la chaqueta, ayudada por su hijo.

—Eso es lo que crees, pero ya verás un día, ya... —Contrariado por la poca credibilidad que le daban, echó mano a la angustiada corbata y se la quitó con brusquedad, soltó un suspiro de alivio y la guardó en el bolsillo derecho del pantalón—. Continúo. Me pidió dos cosas. Charles, por favor, el sobre —se dirigió a su abogado, que sacó de su maletín lo solicitado y se lo entregó con rostro circunspecto—. Gracias. La primera, que si un día tenía noticias de su existencia y podía hallarla, le entregara esta carta manuscrita a la hija que tuvo su esposa de soltera en esta ciudad —expuso con voz fuerte y segura mientras mantenía el documento entre sus manos como si se tratara de un tesoro—. Carta que, desde entonces, ha estado guardada en una caja fuerte del Royal Bank of Scotland, y que hoy le hago entrega, señora Lindgren.

—Y yo, Charles Ness, en nombre de mi bufete, doy fe de este acto —apostilló el abogado inglés con solemnidad.

La expectación era general, parecían estatuas por la imposibilidad de reaccionar. Sin embargo, Peter, siempre atento a su valquiria, posó una mano en su antebrazo transmitiéndole calma.

—¡Un momento! ¡¡Un momento!!

—Mucho has tardado, Lady —ironizó Lawrence, que hubiera apostado la mitad de su preciada bodega a que sería la primera en hablar.

Norbert, inclinado hacia delante y con las manos cruzadas sobre la mesa, no perdía detalle de lo que se desvelaba, intercambiando alguna que otra mirada con su padre, tan sorprendido como él.

—¡¿Quién me asegura que es realmente de mi marido?! ¿Que no se ha imitado su letra? —demandó saber con tono airado y voz demasiado aguda, pareciera que gritaba. No dejaba de gesticular, señalando tanto a su hija como a Lawrence.

—Me entregó el sobre cerrado, ¡yo le exigí que lo lacrara con su sello! Y

aquí pone, con claridad, para la hija de Charity Moore; es decir: tú, pues ese era tu apellido de soltera —soltó de un tirón, enfadado porque se dudara de su palabra.

—Déjanos ver si realmente está escrito por él, por favor, conocemos su caligrafía —pidió Hampfrey educadamente, aunque en su interior estaba muy lejos de serlo.

Diane, petrificada, observaba y se mostraba impertérrita.

Por unos segundos, dudó; no obstante, y tras una ruidosa inspiración, se lo entregó a su abogado y este a Lady, que casi se lo arrancó de la mano en cuanto estuvo a su alcance.

Hampfrey se acercó a su madre y, juntos, observaron la elegante y picuda letra tan familiar. No había dudas, lo había escrito su padre. Oyó a su madre resoplar, asintió con la cabeza y volvió a su postura inicial.

Lady no podía dejar de mirar lo escrito por su esposo mientras se preguntaba cómo era posible que en tantos años de matrimonio le hubiera ocultado algo así. Entre ellos nunca hubo secretos, salvo alguna escapada con su amiga para vivir nuevas experiencias, y que no tenía por qué afectar a la vida conyugal, pues él nunca se enteró y ella tenía muy claro cuál era su lugar. Una ira repentina le empezó a nublar la vista al percatarse de lo que había pasado por encima, «*¡este escocés cabrón ha sabido siempre lo de la niña! ¡Maldito Reynald! ¡¿Por qué tuviste que decirle nada?!*». Un temblor incontrolable hizo que el sobre oscilara entre sus manos y, sin pararse a meditar en las consecuencias, le dio la vuelta, metió una uña bajo la solapa, parcialmente despegada por el paso del tiempo, y rompió el sello.

Inmediatamente, el ruido que produjeron algunas sillas al ser arrastradas por sus ocupantes, que se levantaban, opacó las condenas de estos.

Charles, hábil, le quitó el sobre en una maniobra rápida antes de que terminara de sacar las dos hojas que, dobladas, ya asomaban por una esquina de él.

—¡Señora Kendrig! ¡Acaba de violar la privacidad de un documento que no es de su propiedad! —saltó Kathy, imponiendo su protesta a las de los demás, de pie y con una energía que nadie esperaba—. E insto a mi representada, la señora Lindgren, a que presente la pertinente denuncia por un hecho tan deleznable y duramente castigado en nuestras leyes...

—¡Que yo secundo! —apostilló Anthony, intensificando el efecto de su intervención con un puñetazo en la mesa—. ¡¿Es que se ha vuelto usted

loca?!

—¡Y usted, señor Kendrig, o cesa en su acoso visual o pido una orden de alejamiento que no le permita poner un pie en este continente! ¡¿He hablado claro?! —le espetó señalándolo con un dedo que no mostraba ninguna vacilación.

Ante la nueva y encendida intervención de Kathy, todos los ojos se clavaron en el reclamado, cuya mandíbula contraída ejercía tanta presión que seguro le resultaba doloroso.

Y Lady la odió con toda su alma.

Norbert le puso una mano en el hombro a su nuera, la había visto en acción en los juzgados, la pasión con la que defendía sus casos; sin embargo, lo que acababan de presenciar no era ni una milésima parte de hasta dónde podía llegar con su petición.

Palmeó la mano de su suegro, tranquilizándolo. La pésima idea que tenía de esa mujer acababa de subir dos puestos tras lo que acababa de presenciar. Coincidió con el sentir general de que, físicamente, Diane se parecía muchísimo a ella; pero hasta ahí llegaban las similitudes, «*demonios de bruja. ¡¿Y el hijo...?! ¡Asco de tío!*».

—Pido perdón, en nombre de mi madre, por esta intromisión en tu privacidad, Diane, no se repetirá —la excusó su hijo, que sabía el grave delito que acababa de cometer. Luego se levantó, puso su mano derecha en el pecho y se dirigió a la mujer que lo había desafiado tan abiertamente—. Le presento mis disculpas, señora Wadlow, no estaba en mi ánimo ofenderla; tampoco se volverá a repetir.

—¡Por supuesto que será la última vez! —bramó Peter, que no quería ni imaginarse lo que hubiera sucedido de haber estado ahí su primo—. ¡¿Verdad que sí?! —le lanzó con los puños sobre la mesa e inclinado a él.

—Peter... —murmuró Kathy.

Madre e hijo lo fulminaron con la vista, pero sin conseguir hacer mella en la resuelta postura que mostraba.

Diane, que no quería ni podía soportar más el violento ambiente que los envolvía, se levantó despacio y palmeó con suavidad el antebrazo de su marido, que volvió la vista a ella con rapidez.

—Está todo bien, mi dulce amor. Prosigamos, ¿de acuerdo? —le pidió en un tono de voz bajo y conciliador, viendo que él asentía lentamente, con poca convicción—. Señor Pemberton, cuando lo desee...

—Lawrence, por favor. —Tomó de manos de su abogado el documento, pasó por detrás de Sean y Anthony, y se acercó a ella—. Con permiso, y porque podrías ser mi hija, permíteme el tuteo. —Ella asintió con una sonrisa—. Diane, con este acto, cumplo el deseo de mi difunto amigo de hacer llegar a tus manos esta carta escrita de su puño y letra, y de la que ignoro el contenido. Lamento profundamente que el sello haya sido profanado, cuentas con mi apoyo si decides emprender alguna medida legal.

—Y yo, Charles Ness, en nombre de Linklaters LLP, doy fe de que así se ha hecho —anunció pomposamente el abogado, al que inmediatamente vieron hacer anotaciones en unos folios con el membrete del bufete al que representaba.

—Gracias, señor... —La ceja alzada de él le advirtió de cómo dirigirse a él—. Gracias, Lawrence. Espero que este encargo no haya sido una carga para ti durante tantos años.

—En absoluto, Diane, ¡por todo el whisky escocés que no lo ha sido!

Volvió a sonreír ante su vehemencia, con la polémica carta ya en sus manos.

—Por favor, sentémonos —pidió mientras ella lo hacía bajo la atenta mirada de su marido.

Tras cumplirse lo solicitado, un agobiante silencio se hizo dueño y señor absoluto del lugar.

Diane, que sentía sobre sí todas las miradas, se detuvo un segundo con lo escrito en el anverso y, para sorpresa propia, ese puñado de letras no la alteraron más de lo que ya lo estaba. Sin embargo, las manos le sudaban y su temblor era evidente.

—Peter... —musitó mirándolo a los ojos.

Este no necesitó más indicaciones para entender lo que necesitaba, cogiendo lo que le entregaba tras besarla en la sien. Terminó de extraer el contenido y dejó el sobre, de color crema, en la mesa. El leve crujido al desdoblar las dos hojas, de tamaño algo más pequeñas que un folio, casi produjo un eco. Pasó una mano para alisar las señaladas marcas de doblez que presentaban y, sin soltarlas, las puso ante su valquiria para que pudiera leerlas, apartando él la vista de lo allí escrito y centrándose en ella.

Anthony asintió levemente ante su correctísimo gesto de no inmiscuirse; giró la cabeza a la derecha para mirar de frente al demonio de mujer que tenía al otro lado de la mesa, y lo que vio le erizó el vello, pues el desprecio que

mostraba aquel rostro era de temer.

Diane observó un escudo grabado, que imaginó sería del título nobiliario que ostentaban. La primera línea escrita era el lugar y la fecha de aquel remoto momento; hizo un cálculo rápido, por entonces, ella contaba con dos años de edad y vivía en el orfanato; él, en ese hogar londinense junto a sus padres. Se obligó a no ceder a que lo injusto de la situación le provocara un mal sentimiento que le nublara la razón, impidiéndole comenzar la lectura.

Sin darse cuenta, tomó las hojas de mano de su marido y con avidez empezó a leer, sorprendiéndose de lo que se desvelaba ante sus ojos. Tampoco se percató de que las lágrimas rodaban por su rostro, encogiendo el corazón de los que la observaban con atención; salvo dos personas, que lamentaban haber caído en una encerrona que solo las humillaba.

—Es-Esto es... —tartamudeó con expresión indefinida.

Pasó a la siguiente hoja y empezó a negar con la cabeza. Se llevó una mano a la boca para frenar el sollozo que la ahogaba, y parpadeó repetidas veces.

—*Min lille* —le dijo al oído, sufriendo con ella, abrazándola por los hombros y sin saber qué más hacer que no fuera arrancarle de las manos esos malditos pliegos de papel y sacarla de allí.

Diane lo miró a los ojos y puso una mano en su mejilla, gesto que apenas los confortó.

—Él... Reynald me...

Capítulo 34



Hampfrey se levantó con ímpetu y fue hasta el mueble, situado en una esquina, junto a la amplia ventana, que tenía dispuesto una bandeja con diferentes bebidas, tanto calientes como frías. Cogió la botella de whisky y se sirvió con generosidad en uno de los vasos de cristal; no miró la marca, era lo menos importante en ese momento.

De espaldas a todos, su mente se preguntaba cómo su padre no le había dicho nada, cómo... La relación de ellos siempre fue muy estrecha, más que padre e hijo eran amigos, compañeros de correrías en algunas ocasiones... *«Tal vez, de haberlo sabido, ahora no estaríamos aquí. Hubiésemos discutido si no sería contraproducente buscarla e irrumpir en su vida...»*. Bebió con rabia, moría por saber qué decía esa maldita carta, pero antes mudo que preguntar. Se giró y miró a su madre, envarada en el asiento, sin perder la dignidad, y se sintió orgulloso de ella, de su aplomo y saber estar.

Kathy, que no soportaba ver llorar a su amiga, se levantó y fue hasta ella para abrazarla, inclinada para envolverla entre sus brazos desde atrás.

—Di, pase lo que pase, no estás sola, hermana —le dijo en un murmullo, recibiendo un beso de la morena por su apoyo.

—Leed, por favor —le pidió a ella y a su esposo, secándose el rostro con el pañuelo que le había ofrecido Anthony unos segundos antes.

—¿Por qué ellos sí pueden leer?! —demandó con brío Lady, que no iba a consentir que se la siguiera ignorando ni un minuto más—. ¡Exijo que...!

—¡Tú-no-exiges-nada! —recalcó Diane cada palabra con calma letal, de

pie, echada hacia delante y los puños sobre la mesa.

Hampfrey, inmediatamente, dejó el vacío vaso sobre una de las bandejas y se situó detrás de su madre, apoyando las manos en sus hombros.

—Te lo dije ayer —la encaró—. Respeta a mi madre y todo irá bien.

Peter fue a levantarse, pero Kathy lo sujetó por el antebrazo al pensar que era a su amiga a quien le correspondía librar esa batalla, siempre y cuando no se sobrepasaran ciertos límites.

—¿Me estás amenazando? Te creía más inteligente... —le respondió Diane con la tranquilidad que otorga conocer perfectamente a tu adversario, que en su caso eran dos.

—Sigo insistiendo en que al ser de mi difunto esposo, algún derecho tendremos a conocer su contenido —volvió a reclamar Lady.

—«Cuiusvis hominis est errare, nullius nisi insipientis in errore perseverare», dijo Cicerón, no yo —citó Norbert con un deje de ironía.

—Cualquiera puede errar, pero solo el necio persevera en su falta —tradujo con satisfacción Anthony, al que no le importó la furibunda mirada que madre e hijo le dedicaron.

—Por favor —se dirigió a su esposo—, dásela a Norbert y que la lea también Anthony y Lawrence. —Se giró a este—. Tienes derecho a hacerlo, por tu fidelidad.

Lawrence se aclaró la garganta, no esperaba ese gesto de su parte.

—¡Por todo el whisky escocés, maldita sea, necesito un trago antes de cumplir con el segundo encargo!

—No tenéis ningún derecho, lo sabéis —se enfocó en Charity y su hijo—. Tan solo os diré que él os quería mucho. —Señaló las manuscritas hojas que Norbert leía en ese momento—. De hecho, Reynald era un buen hombre...

—Te agradezco que digas eso de mi padre —la interrumpió hablándole con sinceridad—. Sí que lo era.

—Así me lo acaba de demostrar —admitió Diane; bajó la vista a sus dedos y acarició la piedra de su anillo de compromiso mientras elegía las palabras que mejor expusieran lo que quería decir, y volvió a mirarlos—. La vida, desgraciadamente y por circunstancias que me fueron ocultadas, y que por lo tanto nunca pude controlar, me privó de mi padre al fallecer antes de que yo naciera. —Todos respetaron su pausa, incluso Lady, aunque el motivo de ella era el que siempre discutieran sus intervenciones.

Se echó el flequillo a un lado antes de continuar.

—Sin embargo, ¡y vaya paradoja!, hizo que un total desconocido pensara en mí hasta el punto de sentir vergüenza ajena por tu inhumana acción, Charity. Y dedicó unos minutos para escribirme esa carta y, entre otras cosas, pedir perdón por algo en lo que él no tuvo nada que ver. Irónico, ¿verdad? —chasqueó la lengua—. Ese perdón que tú no has solicitado y que, de hacerlo ahora, ya es tarde, muy tarde.

Otra vez el silencio los acompañó, enmudecidos por la serena y cabal reflexión. La vieron sentarse y tomar la mano de su esposo, que rápidamente la envolvió entre las suyas.

Kathy le entregó la carta a Anthony y volvió a su asiento, agotada por la tensión nerviosa.

—Yo sé perfectamente cómo era mi padre —manifestó Hampfrey aún de pie—. Pero si es verdad lo que dices, que no aprobaba lo que hizo mi madre al verse sola y desamparada...

—¡Ja! ¡Lo que hay que escuchar, por todos los demonios! —estalló Anthony—. Pero sigue, sigue... —Terminó de leer la misiva, asintió con la cabeza y se la entregó a Lawrence.

—¿Por qué no hizo por buscarte, di? —le planteó con violencia contenida en la voz, sin hacer caso a las provocadoras palabras del hombre que tenía su madre en frente.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Por supuesto! ¡Respóndele! —exigió Lady echando chispas por los ojos.

Norbert se pinzó el puente de la nariz, temía que en cualquier momento se desatara una batalla campal. Incluso se planteó si no hubiera sido más prudente haber alertado a su jefe de seguridad; y ese pensamiento le trajo a la mente una escena similar vivida tiempo atrás y en el que el afectado fue su hijo mayor como daño colateral.

—¡¿Pero es que no sabes hablar con un mínimo de educación?! Lo básico, lo primero que te enseñan en casa —prorrumpió Peter, cansado de tanta insolencia—. Y tú —señaló a Hampfrey con un dedo—, ni media palabra fuera de lugar.

«*Así se habla, nieto número tres*», pensó jaleándolo Anthony, para levantarse e ir a servirse su bebida favorita; era pronto, sí, ¡pero qué demonios!

Diane lo calmó poniendo la otra mano sobre las de él.

—Porque estaba enamorado. Porque quería a su hijo y adoraba a su mujer —reveló, mirando alternativamente a madre e hijo—. Porque sabía, Charity, que eso te molestaría profundamente, y él no quería hacer nada que enturbiara su matrimonio. —Vio que Hampfrey, consternado, bajaba la cabeza—. Pero su pasividad no le quita mérito a su acción, no para mí.

Les estaba dando una clase magistral de honradez y generosidad, y contra eso no valían argumentos.

—Pero no se quedó contento. Ahora viene el segundo mandato. Y por cierto —acotó Lawrence agitando en el aire las dos hojas—, esto es digno de mi amigo. ¡Va por ti, Reynald! —brindó a su salud, casi apurando el vaso—. Bien, ese mismo día me hizo entrega de cierta cantidad de libras para que fueran depositadas en una cuenta bancaria y se dispusiera de ellas de la mejor manera.

—¿Qué?! ¿Cómo...?!

—¡Silencio, déjame terminar! —la increpó, exasperado por su actitud—. La abrí en el mismo banco, donde su departamento financiero se ha ido encargando de rentabilizarla, siempre bajo la supervisión de mis abogados, que por las especiales características del caso recomendaron que fuera fiduciaria, y que yo acepté. —Tomó su vaso y le dio otro breve trago, sentía la garganta seca—. Antes de que me lo preguntes, Lady, he de decirte que hizo esto porque sabía que tú nunca harías nada por tu hija. ¡Y no quiero oír ni una protesta, que los dos sabemos que es verdad!

—¡Hay que ser cabrón! ¿Y tú eres mi amigo?! —lo desafió, girada a él y en una postura que parecía querer saltarle al cuello.

Si anteriormente Anthony la miró como si le hubiera salido una segunda cabeza, ahora lo hizo con tal espanto que pareciera que tuviera tres, y no pudo contenerse.

—¡Señora, qué modales!

—Tranquilo, estoy acostumbrado —le respondió Lawrence, y dejó ver una traviesa sonrisa—. Me he divorciado tres veces... —Soltó una carcajada—. En fin, Charles, procede, por favor.

Mientras veían al aludido volver a abrir su maletín y sacar un dossier, Diane le habló a su marido en un murmullo.

—Peter, yo no quiero dinero... —Se mordió el labio, tenía ganas de llorar. Todo se desarrollaba muy rápido, apenas empezaba a asimilar una noticia cuando ya tenía encima otra, de igual o más envergadura—. Es

demasiado, es...

—Chiss, escucha primero y luego decides —le recomendó abrazándola por los hombros, la habría sentado en su regazo, pero no era correcto; aunque si veía que su nerviosismo aumentaba, lo haría, «*por el valhalla, maldita sea*».

—¿Tú lo quieres?

Peter la miró a los ojos con fuerza, con una determinación que la hizo temblar.

—Yo te quiero a ti, *min lille*.

Diane apoyó la frente en el hueco de su cuello, inhaló el adictivo aroma y le besó la piel. Él siempre sabía cómo reconfortarla. La voz del abogado inglés hizo que le prestara atención.

—Señora Lindgren, aquí encontrará la información detallada del movimiento de su cuenta desde el mismo día de su apertura. Antes de hacerle entrega de este informe, he de decirle que encargamos a una empresa externa, y de la máxima solvencia, una auditoría que también se le adjunta y cuyo resultado es favorable tanto a la gestión bancaria como a la de mi bufete... —expuso con la seriedad que el momento imponía—. Se ha...

—¿Cuánto te dio, Lawrence? —preguntó Lady con un repiqueteo de uñas en la madera que delataba su estado anímico.

—No me corresponde a mí decirlo, sino a su propietaria —adujo.

—Disculpe, señor Pemberton. Pero no lo será legalmente hasta que firme el documento que la acredita como tal —le corrigió, dejando a un lado la amistad que tenían para informarle como profesional.

Aun así, Lawrence miró a Diane a la espera de su decisión. Para él, primaba la cuestión moral sobre la legal, y al ver que ella asentía, la imitó.

—Perfecto. Reynald me entregó un cheque por valor de ciento cincuenta mil libras, esterlinas, obvio.

Lady se levantó como si la hubieran pinchado, sin mirar a su hijo, que tenía la vista perdida en la pulida superficie de la mesa y dándole vueltas en su mente a la cifra dicha por Lawrence.

—¡Es mío! ¡Ese dinero salió de nuestra cuenta sin mi permiso! —reclamó, echando la silla atrás con un sonido chirriante y encarándose con el abogado, que permanecía sentado, y con Lawrence, que se acercó a ella un par de pasos.

—¡Lady, Lady...! En esa fecha teníais separación de bienes, ¿lo has

olvidado? —le dijo Lawrence con las manos en las caderas—. Cuando Hampfrey cumplió un año hicisteis el cambio de régimen a gananciales, así que...

—Ese dinero nunca fue suyo, señora Kendrig —sentenció Norbert con placer—. Y si estoy en un error, mi colega del otro lado del océano puede corregirme.

—No será necesario, señor Wadlow. Su puntualización es correcta. Nuestras leyes, basadas en...

—¡Pero yo no la he reconocido como hija mía! —aclaró muy pagada de sí misma, creyéndose victoriosa—. Por lo tanto...

—No importa, señora Kendrig —intervino Sean Burrell, del que parecía que se hubieran olvidado por su escasa participación—. Según consta en mis archivos —habló señalando una carpeta que tenía ante él—, existe una prueba de ADN, a la que usted se sometió voluntariamente e incluso dijo que repetiría para cerciorarse de su veracidad, segundo análisis que no ha llevado a cabo...

—Si me permite —solicitó Charles a su colega—. El documento al que se hace referencia obra en mi poder desde ayer tarde, con el permiso de la señora Lindgren, *naturellement* —se le escapó la expresión de obvedad en su lengua materna—. Por lo que queda más que acreditado que Diane Lindgren, de soltera apellidada Doe, es hija de Charity Kendrig, Moore antes de contraer nupcias con Reynald Kendrig.

Diane, ante la solemnidad con la que habían sido dichas esas palabras, sintió que la realidad la abofeteaba, como si hasta ese preciso momento no hubiera terminado de encajar que la mujer que estaba de pie al otro lado de la mesa era, realmente, su madre, la que le dio el ser, la que la gestó... Y también la que se deshizo de ella.

—Peter, un poco de agua, por favor —le pidió con voz pastosa y sin atreverse a soltarle las manos para que no viera cómo le temblaban.

—Yo voy —dijo Norbert solícito.

—Mi vida, ¿nos vamos y se cancela la reunión? —le ofreció Peter, que deseaba marcharse lo antes posible.

Cogió de manos de Norbert el vaso que le ofrecía y bebió a pequeños sorbos después de darle las gracias con un hilo de voz.

—Di, esto se puede aplazar si no te encuentras bien —le propuso Kathy, muy preocupada por su amiga.

—No, prosigamos —manifestó con fuerzas renovadas, inspirando profundamente.

—¡Fortaleza, Diane! —la animó Lawrence, con los brazos cruzados sobre el torso—. Así me gustan a mí las mujeres, ¡bravas!

—A ti te gustan todas —comentó Hampfrey con desgana.

—No, todas no —le rectificó, echándole una mirada de soslayo a su madre.

Charles tosió un par de veces para atraer la atención a su persona.

—Aclarado el punto de la legitimidad, he de decirle que aquí encontrará la documentación que justifica el saldo actual, y que es fruto de la diversificada inversión durante veintiséis años en diferentes empresas que cotizan en Bolsa, así como bonos de la Corona, bienes inmuebles...

Lady se habría muerto de no haber podido lanzar su pregunta:

—¿Cuánto?!

Como sucedió anteriormente, Charles miró a Lawrence y este a Diane, que asintió.

—Al día de ayer, el monto es de cuatrocientas veinte y tres mil quinientas sesenta y cinco libras con setenta y seis peniques, una vez descontadas comisiones y tasas legales —precisó Charles.

—Más de medio millón de dólares —calculó Norbert con rapidez, asombrado y compartiendo la estupefacción general.

—Y ahora, señora Lindgren, le rogaría que firmara el documento que la nombra propietaria.

—¡Imposible! ¡Lo impugno! ¡¡Lo impugnamos!! —aseveró Lady queriendo coger el pliego que Charles portaba en su mano.

—Déjalo —le solicitó su hijo, reponiéndose del mazazo que le había supuesto descubrir que su padre no había tocado ese dinero que tan bien le habría venido en los últimos años para salvar alguna propiedad.

Lady creía volverse loca solo de pensar que se le escapaba esa pequeña fortuna; pero lo peor era que ella, por querer beneficiar a su hijo, se la había puesto en bandeja, «*¡pandilla de cabrones! Y el escocés borracho es el peor de todos*», lo piropeó mientras buscaba una salida, convencida de que existía. Y una luz se encendió en su mente como un fogonazo, mostrándole el camino.

—Tienes razón, Hampfrey, no es necesario —concedió con un repentino aplomo que hizo temer lo peor—. Tarde o temprano revertirá en nosotros, en

ti —remató, sonriendo de manera triunfal y ahuecándose el pelo con parsimonia.

—Se vuelve a equivocar, señora Kendrig —desinfló su globo de optimismo Sean—. Sé a lo que se refiere, y eso no ocurrirá.

—Explícate, por favor —le dijo Anthony con el ceño fruncido, junto a Lawrence.

Norbert cabeceó levemente, adivinando el hilo de sus maquiavélicos pensamientos.

—Con su permiso, señores Lindgren —solicitó Sean poniéndose de pie para que su explicación llegase mejor a todos—. Ni usted ni su hijo tendrán nunca acceso a los bienes de mis clientes. Existe un contrato matrimonial, además de un testamento, cuyas cláusulas, totalmente legales, blindan su patrimonio a la pretensión de heredar a la que usted se refiere. Repito, y en lenguaje menos técnico —matizó el abogado, que disfrutaba de la cara de desconcierto que mostraba la aspirante a heredera—, jamás pondrá sus manos en un solo dólar de mis representados, ni su hijo tampoco.

—¡Así se habla, muchacho! ¡Muy bien dicho! —lo felicitó Anthony, yendo a él y palmeando su espalda.

—¿Hampfrey, no vas a decir nada? —lo increpó su madre—. Yo solo lucho por lo nuestro.

—No, no diré nada porque tienen razón. Podemos embarcarnos en un pleito, pero te aseguro que está perdido de antemano —le auguró, irguiéndose en su asiento e intentando imprimir en su voz una seguridad y desapego que no tenía.

—Pero...

—No, olvídalo —le reiteró con rudeza. Sin mirar a ninguno de los presentes, cogió la estilográfica y la devolvió a su lugar de origen—. Aquí termina esta aventura.

—¡Hampfrey, hay unos lazos...! —insistía sin querer dar su brazo a torcer, negándose a aceptar lo evidente: no tenía ningún derecho sobre nada que afectara a su hija.

—¿Lazos?! —saltó Diane, levantándose, incapaz de callar un segundo más—. Entre tú y yo no hay ningún lazo, unión o como lo quieras llamar. ¡Nada! ¡Absolutamente nada!

—¡Pero el dinero sí lo quieres! —se revolvió contra ella mientras bordeaba la mesa con la mirada fija en sus ojos, encarnando la viva imagen

del odio—. Eres una ambiciosa sin escrúpulos, ¡gracias a mí tienes una posición social! ¡Sí, no me mires así! Inspirar pena hace milagros, ¿no?

Norbert se levantó inmediatamente para interponerse en su camino, no iba a permitir que se acercara a su sobrino, que ya estaba de pie, a la defensiva.

Diane pegó un potente taconazo en el suelo y, enrabiada, se echó el flequillo a un lado. Empujó su silla y dio unos pasos para quedar ligeramente más adelantada que su esposo, enfrentando a esa mujer que parecía disfrutar con sus ofensas.

—Di, no le hagas caso; ignórala —le aconsejó Kathy, que se veía en medio de la trifulca.

Peter, con suavidad pero decidido, la tomó por el codo y la obligó a acercarse a él, dándole una rápida mirada a su abuelo, que este entendió al momento y fue hasta ella, instándola a alejarse; pues por nada del mundo iba a permitir que la nieta de su antiguo socio se viera inmersa en la locura de esa inconsciente mujer.

—Anthony... —protestó Kathy inútilmente.

—No, Kathy, ya he tolerado demasiado; tú me conoces, nunca he dejado una pelea a medias, y no voy a empezar ahora. ¿Me llamas ambiciosa? —se dirigió a Charity—. ¿Precisamente tú? Le he dicho antes a mi esposo que no quiero el dinero, y es la verdad, pero ¿sabes qué? —se recreó por un segundo en la incertidumbre que su pregunta le provocaba—. ¡Que ahora sí que lo voy a aceptar! Ignoro qué pasaría en el caso de rechazarlo...

—Disculpen, no está contemplada esa posibilidad —informó Charles con prudencia.

—¡Eso ya lo sabía yo! A mí no me engañas —aseveró Lady con una sonrisa taimada, ya a la altura de Norbert, que estaba en guardia.

—Ya veremos, *Charity* —dijo su nombre entre dientes—. ¿Dónde tengo que firmar? —preguntó Diane, vuelta a los hombres que tenía a su espalda.

Charles se apresuró a acercarle el documento que la nombraba dueña de tan discutida y abultada cuenta bancaria.

Peter se echó mano al bolsillo interior de la chaqueta para coger un bolígrafo sin perder de vista al enemigo, pues así la consideraba.

—Aquí tienes, Diane. Esta *Heritage Rouge et Noir Solitaire Serpent*, edición limitada 1906 —presumió de su estilográfica Mont Blanc al decir el modelo en un perfecto francés— es ideal para esta ocasión.

Norbert sonrió, sabía que su padre haría alarde de una de sus pasiones:

coleccionar estilográficas de esa marca.

Diane, nerviosa y enfadada a partes iguales, tomó la pluma y estampó su firma, por duplicado, en los documentos que tenía ante sí.

Se la devolvió a su dueño, tras darle las gracias, y recogió el original que le entregaba Charles sin prestar mucha atención a lo que este le explicaba de copias y demás.

—Peter, ahora eres tan dueño como yo, ¿puedo disponer de esto?

—No tienes que preguntar, lo sabes —le respondió con rotundidad, sin preocuparle lo más mínimo qué estaría tramando; pero seguro de una cosa: los iba a sorprender.

Diane puso una mano en su torso y asintió, no esperaba menos de él.

Miró a la mujer que, biológicamente, era su madre, pero por la que no sentía ninguna empatía, sentimiento que se había ganado a pulso. Sonrió y por unos segundos se concentró en el documento que tenía en la mano, afirmó con la cabeza y levantó la vista, decidida y segura de lo que iba a hacer.

—Norbert, quiero que custodies esto y lo administres de la forma que te voy a decir, por favor —le dijo tendiéndole la hoja de papel—. Deseo repartirlo.

El aludido lo tomó y, tras doblarlo, lo guardó en un bolsillo de su chaqueta, a salvo de tentaciones ajenas.

—No queremos limosnas —advirtió Lady con altivez mientras ponía las manos en las caderas—. Tan solo lo que...

—¡Silencio! —la calló Diane, que percibió a su esposo ponerse a su lado—. Ese dinero, deducidos los gastos que esto ocasione, se va a repartir en tres partes. La primera, al orfanato en el que viví, el Mercy Home, el que fue mi hogar.

Solo se escuchó el resoplido de Hampfrey, que no podía creer que unos mocosos se hicieran con el dinero de su padre.

—Otra parte se destinará a la Fundación Betty Wadlow. —Vio la cara de extrañeza de Charity—. Porque la familia Wadlow me acogió desde el primer día como su hija, ¡sin lástima, por cariño! —le espetó con fuego en los ojos—. Y porque en la fundación hacen una labor encomiable con todas las mujeres que, por circunstancias que no nos corresponde juzgar, no encuentran una salida en su vida.

Peter le pasó un brazo por la cintura y besó su sien.

—Estoy orgulloso de ti, mi vida —musitó sobre su piel. Le acarició la espalda sobre la suave seda, encontrándola tensa como el aire que respiraban.

—Y la tercera para ti, lalaralarala —ironizó con un canturreo que acompañó al gesto desdeñoso que le hizo a su hija y que, para su fastidio, esta ignoró.

—Y la tercera... para nuestros hijos.

Hampfrey empezó a protestar pero sin resultado, pues Diane, alzando la voz, siguió con su explicación.

—Norbert, nos gustaría que lo gestionaras como mejor consideres y...

—¿Para los que tienes recogidos en casa? ¡¿Esos tienen más derechos que yo?!

—¡Cualquiera tiene más derecho que tú! —le lanzó Peter, soltando a su esposa y yendo a él—. ¡Y esos son mis hijos!

Norbert lo retuvo por los hombros para frenar su acometida, a duras penas consiguiéndolo.

—¡Dos huérfanos que a saber qué historia tienen! ¡Jodida escoria! —insistió torpemente en su alegato, envalentonado al ver que lo retenían.

—¡Norbert, déjame!

Anthony, en dos zancadas, llegó hasta ellos para ayudar a su hijo en el forcejeo que no se detenía.

—Peter, este no eres tú —le dijo a media voz su abuelo, traspasando la ceguera emocional que lo dominaba.

Todos estaban horrorizados por tanta crudeza en boca del conde.

—Mi hermana y yo procedemos del mismo lugar que esos niños, ¡de un orfanato! ¡¿Y somos escoria?! —bramó Kathy, que de no haberla sujetado Sean, ya se habría ido a por ese desalmado—. ¡¿Escoria?! Pues te recuerdo que la mitad de la sangre que corre por sus venas es la misma que la tuya, así que no creo que tenga que explicarte más... O sí, acabas de definir a tu madre, abogado —le espetó con satisfacción.

Sin embargo, para Diane, que aplaudía interiormente la respuesta de su amiga, ver la sonrisa de superioridad que exhibía su madre fue el detonante para acabar definitivamente con lo que ahí sucedía.

—¡Basta! ¡Basta! —estalló; se posicionó delante de su marido y le acogió el rostro entre las manos—. Mi dulce amor, no merece la pena, lo sabes.

Le respondió abrazándola, no se arrepentía de su impulso, pero por ella haría lo que fuera, lo que le pidiera; y dejó que la ira se diluyera en un

profundo suspiro al ser derrotada por las palabras de amor que le susurraba al oído.

—Como te decía, Norbert —se giró a él, manteniendo una mano en el brazo de su belicoso vikingo—, será para todos nuestros hijos, sean adoptados o biológicos, ¡no habrá distinción ninguna! —aclaró mirando a su hermano, al que ya no consideraba tan atractivo como en su día le comentó a su marido, pues la fealdad de su alma había salido a la luz, arrancándole de un tirón la venda de los ojos.

—En fin, nunca debí buscarte... Vámonos, hijo —manifestó Lady, acercándose a donde tenía la chaqueta y el bolso con un paso digno que dejaba una estela putrefacta de impudicia.

—¿Buscarme?! ¡Tú nunca me buscaste! —reaccionó con enojo Diane, girada a ella y con la mano de Peter en su brazo, de cuyo agarre se zafó—. Te presentaste ante mi tío porque viste la posibilidad de favorecerle —señaló a Hampfrey con un dedo—. Virginia te enseñó una foto mía, te habló de mi familia... Y tú trazaste un plan cuyo único fin era que tu hijo entrara en este bufete. ¡Eso es todo, no hay más! No hay cariño, arrepentimiento, cargo de conciencia... ¡Nada de nada!

Tanto Hampfrey como su madre la miraban con frialdad, sin máscaras; vacíos de sentimientos, dos bellos cuerpos insensibles.

Él era un ser ambiguo, «un encantador de serpientes» capaz de deslumbrar con su trabajado magnetismo a quien se propusiera; pero sus habilidades no eran infalibles, y el fracaso con su hermana resultó ser estrepitoso.

Lady... Lady encarnaba la hipocresía en todas sus facetas. La osadía en su comportamiento para beneficiar a su hijo no conocía límites, era una persona amoral que, en su ignorancia y soberbia, parecía jactarse de ello. Se creía con un arcaico derecho a recibir pleitesía, mientras que la plebe, sus súbditos, tenían que acatar su indiscutible mando.

—No quiero volver a veros en mi vida ni saber nada de la vuestra. Olvidadnos y seguid vuestro camino, el que sea —habló con calma Diane, la espalda recostada en el torso de su marido y sus manos sobre las de él, en el vientre.

Lady se mordió el carrillo para no soltar lo que moría por decirles, pero dio rienda suelta a su mente, «*maldita sea la hora en la que vi tu foto, ¡cuántos sinsabores me habría evitado!*».

—Vámonos, Lady —se forzó a decir Hampfrey, pues la bilis que inundaba su boca apenas le permitía articular palabra; no obstante, él no era tan torpe como alguno pudiera creer, en esa habitación se encontraban personas influyentes, y quién sabe lo que en un futuro pudiera necesitar—. Señores... —se despidió con mesura, como si nada de lo ocurrido le hubiera afectado.

Madre e hijo se encaminaron a la puerta, deseosos de irse; pero...

Capítulo 35



—¡Charity Rose!

La voz de Diane sonó fuerte, demandante, paralizando no solo a la requerida, que se detuvo y giró lo preciso para mirarla de forma desafectada, carente de cualquier sentimiento que indicara que su sangre también corría por las venas de la mujer que la nombraba. Los demás sintieron que un escalofrío les acariciaba las espaldas.

—No hace mucho, mi amado esposo me preguntó si hubiera preferido desconocer la verdad sobre mi origen... Hoy puedo contestarle que no, que me alegro de saber cuáles son mis raíces, porque independientemente de la herencia genética, que ya te digo es poca, lo que soy me lo he labrado yo, en todos los aspectos —afirmó con sereno orgullo.

»Tampoco hubiera podido vivir en tu engaño, pues apesta, y tengo personas a mi lado que me habrían abierto los ojos a tan sucia falsedad. ¡Una quimera!, eso habría sido mi vida junto a ti, una amarga y frustrante quimera —insistió, llevándose una mano al pecho— que me habría explotado en la cara para destruir todo lo bueno que hay en mi vida: mi familia.

Peter dejó un beso en su cabello, sentía la garganta estrangulada por la emoción, *«esta es mi valquiria, la más guerrera, la amada sin fin»*.

Hampfrey tironeó de su madre, estática ante lo que... *«Mierda de tía, ¿y yo quería tener alguna relación contigo? Joderos tú y tus bastardos, no os necesitamos»*. Abrió con prisa la puerta y se echó a un lado para que ella saliera primero, como un caballero. Sin embargo, apenas anduvieron un par

de pasos cuando fueron nuevamente detenidos por la voz que esperaba no volver a escuchar nunca más.

—¡Charity... Rose...! —se recreó Diane entre los dos nombres, pues sabía a ciencia cierta que sería la última vez que los mencionase—. Jamás dos palabras fueron tan mal usadas. —Se acercó a su madre sin apartar la vista de sus ojos de piedra—. Charity... Justo lo que no tienes, caridad ni misericordia por nadie. —La señaló con la mano mientras negaba con la cabeza, asqueada.

»Rose... Nada más alejado de la suavidad y fragancia del pétalo de una rosa que tu corazón... Extraña flor, cuyo tallo de alambre espinoso se retuerce sobre sí para envolver tus entrañas como su más valioso tesoro, y que habita en el único lugar donde puede subsistir: las cloacas. —Respiró profundamente, limpiando su mente de toda negatividad, feliz por lo que iba a decir a continuación—: ¡Fuera!

Se produjo un forcejeo entre Lady y su hijo al impedir este que se acercara a Diane, a quien su madre reclamaba de manera soez. Pero el esfuerzo de querer hacerse oír por su hija era inútil, pues Peter se la había llevado al otro extremo de la sala, donde la abrazaba y hablaba al oído para que no le llegaran sus envenenadas palabras.

Norbert vio, con alivio, a Harrison, plantado junto a dos de sus hombres en el *hall* y a la espera de instrucciones; sin duda alertado por su secretaria.

—Acompañe a los señores a la calle —ordenó sin un titubeo, disfrutando el momento—. Asegúrate de que no vuelvan a poner un pie en este edificio.

Y entre reproches y protestas de Lady, que fueron menguando al percatarse de que eran el centro de atención, ella y su hijo salieron definitivamente de sus vidas, dejando en su lugar una paz que todos agradecieron.

Anthony se acercó a la pareja y tomó una mano de Diane, palmeándola con cariño.

—Sé que mi amada Betty ha derramado lágrimas de felicidad por tu regalo a la Fundación, y no tengo dudas de que, de alguna manera, te lo agradecerá. —Tragó saliva para aclararse la voz—. Te doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón —terminó de hablar con voz temblorosa.

—Os quiero a los dos, abuelo —balbuceó Diane mientras lo abrazaba.

—¡Maldita sea! ¿Seguro que no tienes antepasados escoceses? Porque este temple es digno de las mujeres de mi tierra; ¡mujeres con agallas! ¡Por

todo el whisky escocés! —voceó Lawrence, pletórico y demandando un abrazo, que Diane no tardó en darle con cariño—. Ni la negociación de mi tercer divorcio fue tan intensa como lo que hemos vivido hoy, ¡maldita sea! Os invito a comer. Esto hay que celebrarlo.

Charles y Sean se excusaron alegando que querían finiquitar el tema burocrático pendiente, fruto de la apasionante y tormentosa reunión mantenida, y se marcharon después de despedirse de todos.

—Nada de eso —intervino Norbert, que por fin respiraba sin presión—. Comemos en mi casa; quiero que conozcas a mi esposa y al resto de la familia.

—¿Tu esposa... primera, segunda?... —aventuró Lawrence con gesto pícaro, guiñándole un ojo.

Norbert soltó una carcajada.

—Primera y última, y espero que por muchos años —deseó con total franqueza, pues no podía imaginar la vida sin su amada Pam.

—¡Vaya! Pues quiero que me la presentes, sin duda debe ser muy especial, como todas las mujeres de esta familia.

—No te quepa duda, amigo, ¡por todos los demonios! —apostilló Anthony con energía—. Vamos, tomémonos primero un trago en mi club.

—Esa es una idea genial. Por cierto, tienes que venir a Dundee, la última vez que se alojó en mi castillo un americano decente fue el general de división Bradley, que aprovechó un descanso antes del llamado «día más largo». Mi padre...

Sus voces se perdieron por el *hall* camino de los ascensores.

—Tengo que dejaros, el pequeño George seguro que extraña su fuente de alimentación —bromeó Kathy.

—¡Ainsss! Corre, pobrecito mío —la alentó Diane, ya recuperado su buen humor—. Está con Marita, ¿verdad?

—Sí, y con su padre; creí que así estaría menos inquieto —se rio—, me refiero a Adam.

Los tres estuvieron de acuerdo con ella, demostrándolo al acompañarla en su risa.

—Diane —dijo seria Kathy, poniendo las manos en sus hombros—, siempre he estado orgullosa de ti, pero hoy doy gracias a la vida por ponerme en tu camino. Todo lo pasado ha merecido la pena solo por estar a tu lado; te quiero, hermana.

Se fundieron en un abrazo lleno de besos y lágrimas. Sin palabras, se conocían, sabían perfectamente lo que una y otra sentía.

—Yo también estoy orgulloso de ti, Diane —declaró Norbert—. De los dos.

Dio un abrazo a cada uno de sus sobrinos y, junto con Kathy, se dirigió a la puerta. Se detuvo para girarse, feliz del sólido matrimonio que tenía la pareja.

—*Veritas filia temporis...* —sentenció con gravedad y convicción.

Kathy tradujo lo que era una verdad indiscutible.

—La verdad es hija del tiempo. —Suspiró teatralmente por el pensamiento que acababa de tener—. ¡Ay, cuando la escuche Santiago, que se las está apuntando todas!

Entre risas, lo vieron cerrar la puerta para darles intimidad.

Peter se acercó a la ventana, por la que entraba la luminosa luz de ese mediodía, y llevó con él a su esposa. Quería verle los ojos con claridad, llegar hasta el último resquicio de su alma, saber si ese buen ánimo que mostraba era fingido o no.

—Dime cómo estás, mi vida.

Un suspiro y una sonrisa radiante fue la antesala de su respuesta.

—Como si me hubieran quitado un enorme peso de encima —confesó. Alzó las manos a su nuca y jugueteó con el rubio cabello enredando los dedos en él—. Sé que he hablado de forma muy dura, con mucha agresividad... La verdad, no me ha gustado verme así... No es esa mi condición.

—Lo sé, te conozco; pero era inevitable. Esa pareja saca de quicio hasta a un muerto —bromeó en su última frase para quitar hierro al asunto.

Diane asintió. Bajó las manos y abrazó la fuerte espalda. Relajada, descansó el rostro en su torso con la mirada perdida en el horizonte que se divisaba tras el cristal.

—Peter, si Norbert y Anthony no te hubieran detenido, ¿le habrías pegado? —Notó que tomaba aire profundamente y lo exhalaba despacio—. Es solo curiosidad, mi dulce amor.

—No, no le habría pegado —le aclaró, sin poder retener una sonrisa muy elocuente—. Pero un buen zarandeo sí que se habría llevado el muy...

Diane puso rápidamente dos dedos sobre sus labios, riéndose brevemente.

—Eso hubiera estado bien, se lo buscó él solito —lo apoyó, disfrutando del beso que su vikingo le daba en la yema de los dedos.

—Es un miserable que por fin mostró lo que tiene dentro —dijo mientras la mecía con su abrazo.

—Nada, eso es lo que hay en su corazón, un profundo y oscuro agujero negro.

—Igual que en el de su odiosa madre —completó Peter la descripción de ella.

—Hubo unos segundos en los que me vi como ella, insensible y perversa. —Intensificó su agarre a él—. Y me horroricé. Peter, yo no...

—Tú no eres así. Mírame —le pidió con fervor, sin apartar las manos de su cintura—. Yo te conozco, Diane. Conozco tu corazón y tu alma —le aseguró con vehemencia—. Y sé que nunca, escúchame bien, ¡nunca cambiarás!

Besó las lágrimas que huían de sus bellos ojos negros, saboreándolas, para perderse en la miel de sus labios y buscar cobijo en su boca.

Fue un beso desesperado, como si en todo el tiempo que duró la reunión, algo los hubiera separado; un beso de reencuentro, de purificación... Un beso en el que volvían a ser ellos, renovados, libres de influencias tóxicas.

—¿Y ahora qué haremos, mi dulce amor? —le preguntó en un jadeo, de nuevo disfrutando de la suavidad de su cabello.

—Iremos a por nuestros hijos, acudiremos a esa cita para comer...

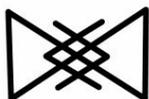
Diane lo miraba a los ojos, no podía estar más enamorada de lo que ya lo estaba. Entregada, navegó por ese azul que solo cuando la miraba parecía aclararse aún más. Acarició su rostro, resiguiendo la línea de tan varonil mandíbula.

—¿Y luego?

Peter soldó su cadera a la de ella como lo hicieron sus almas el día que se reencontraron; pues nadie le quitaría de la cabeza la idea de que ya habían estado juntos en otra vida.

—¿Luego?... Vivir, *min lille*. ¡Vivir!

Capítulo 36



Peter

Catorce meses después...

Estoy apoyado en el marco de la puerta de entrada de nuestro *rorbu*, una cabaña de pesca de dos plantas que hemos alquilado en Reine, a orilla del mar de Noruega, mi amada tierra.

Es muy temprano y me caigo de sueño, pero ver este espectacular amanecer merece la pena. No hace frío, a pesar de que mi valquiria diga lo contrario, ¡estamos en agosto! Peores son las temperaturas que tenemos en Chicago. Inspiro el limpio aire y suspiro, sí, este juego de luces y colores que nos regala la naturaleza al comenzar el día es inolvidable, sublime.

Sonrío, voy un momento al interior a coger la cámara de fotos y regreso para tomar unas cuantas instantáneas; pues será de la única forma que no se lo pierda, ya que no quiere oír hablar de madrugar aunque solo sean cinco minutos y luego vuelva a acostarse, y yo no pienso discutir.

Lleva unos cuantos días que no se siente bien, así que lo último que deseo es contradecirla. Cosas del estómago, como ella dice; pues, afortunadamente, lo otro ya quedó atrás, únicamente ha de hacerse revisiones rutinarias, nada más.

Una vez inmortalizado tan bello paisaje, cierro y me dirijo a la primera planta, a nuestro dormitorio. Sin embargo, hago una breve parada ante la

primera puerta de la derecha, abro ligeramente y me asomo.

Adri duerme cruzado sobre el colchón, como siempre, destapado y la almohada en el suelo; las contraventanas, de madera pintada en blanco, están abiertas para que el cuarto no quede sumido en una total oscuridad. Además de no gustarle los guisantes, como nos informó aquel día, hace más de un año, tampoco puede dormir sin un poco de claridad, lo que ni a su madre ni a mí nos supone ningún problema, la verdad.

Es un niño responsable, maduro para su edad, muy aplicado en sus estudios y que adora a todos sus primos; con un sentido de protección hacia ellos que asombra a la familia. En este tiempo, ha cambiado, se ha abierto a nosotros, es muy cariñoso; ríe más, juega más... Ha recuperado lo que nunca debieron arrebatarle: su espíritu infantil.

Entro, lo arropo y dejo un beso en su frente. Murmura algo ininteligible, no me extrañaría que estuviera relacionado con Santiago, su amigo y compañero de juegos, además de colegio.

Al salir, hago la misma labor en la puerta de enfrente, y el caos me recibe con olor a fresa.

Gia es un torbellino de indomables rizos rubios, ideas geniales y optimismo contagioso. Tanto en nuestra casa como aquí mantiene su habitación perfectamente recogida; sin embargo, cuando llega la hora de acostarse... ¡Por todo el valhalla! Según ella, los muñecos tienen que jugar también, lo que significa que los distribuye a su antojo para que estén cómodos y hagan lo que quieran cuando ella no los necesita por estar durmiendo... ¡Y a ver quién le lleva la contraria!

—¡Maldita sea! —murmuro con los dientes apretados.

Acabo de pisar el brazo o la pierna, a saber qué, de alguna de esas muñecas tiasas como palos que le gusta, seguro que me he abierto la planta del pie... Tomo nota mental: nunca más entrar descalzo por la noche.

La cubro bien con el liviano edredón y apago la lamparita, que proyecta estrellas de colores en el techo. Gia... Una niña que es todo corazón y generosidad, a la que nunca he oído quejarse de su lesión. Recuerdo el día que recogimos de la ortopedia su nuevo calzado; cómo lloraba porque era la primera vez que se ponía unas sandalias... Especiales, sí, pero sandalias...

—¡Mamá, mira mis deditos! ¿Te gusta, papithor?

Nos llamó entusiasmada mientras los movía y el ortopeda luchaba contra su nerviosismo para terminar de abrochárselas. Nunca lo olvidaré, pues

también fue la primera vez que nos llamó *mamá* y *papá*. Nos quedamos petrificados; mi valquiria tuvo razón al decir que ocurriría cuando menos lo esperásemos. Como si se hubieran puesto de acuerdo, Adri la secundó de la manera más natural, y yo fui rebautizado para pasar a ser, en boca de ella, «el más guapo papithor», pues él usa un sencillo y emotivo *papá*.

¿Y qué haces ante eso?... Pues lo mismo que ahora, tragar en seco. Georgia Caroline y Adrian Landon Lindgren; sí, mis queridos hijos, que se abrazaron llorando cuando les dijimos que ya eran hermanos... Y vuelvo a tragar en seco.

Redoblo el cuidado al salir y dejo la puerta entornada.

Ya en nuestro dormitorio, me quito el pantalón del chándal para meterme en la cama, pegándome al cuerpo que calienta mi vida y mi corazón.

—¿Estaba bonito? —pregunta adormecida mientras se gira y me abraza por la cintura, gesto que yo imito para que repose la cabeza en mi pecho.

—Si quieres saberlo, tendrás que levantarte; aún nos quedan cuatro días aquí, cuatro oportunidades —la provocho, aunque sé que va a ser inútil.

—Tal vez mañana.

—Sí, seguro.

—¿Están dormidos?

—Como marmotas, creo que hibernando —bromeo, y ella me da una leve palmada en el vientre—. ¿Estás bien?

—Maravillosamente.

Su respuesta me llega casi en un suspiro. No necesito decirle que se duerma, ya lo está.

Pienso en las anotaciones hechas en el diario desde el verano pasado, pocas pero claves...

El día que recogimos definitivamente a nuestros hijos del orfanato es el acontecimiento más importante por lo que entraña y porque fue liberador, como cerrar un círculo y proteger en él todo lo que es valioso para ti. Santiago quiso venir con nosotros, emocionado; igual que lo estoy en este momento solo de recordarlo. Y, por supuesto, nos acompañó *Hurón*; ¡vaya odisea con los cuatro en la parte trasera del coche!; seguro que el padre Mahoney se estará riendo todavía.

Instantes como cuando mi valquiria me sorprendió al pedir mi consejo para solicitar, o no, una excedencia en su trabajo; quería centrarse en los pequeños y en su curso de postgrado. Y yo qué le iba a decir... Pues genial,

fantástico... Que se tomara todo el tiempo que quisiera. Y eso me llevó a la idea que le planteé: ¿y si ejercieras en la Fundación? ¿Y si abrieras en sus instalaciones tu despacho de...? No me dejó terminar la propuesta. Se volvió loca, literalmente.

—¿De qué te ríes?

La miro perplejo, ¿no estaba dormida? ¡¿Yo me he reído?! Bueno, pudiera ser.

—Chiss...

Cierro los ojos, pero cuando estoy a punto de dormirme, la noticia que nos ha dado mi padre esta tarde por teléfono me desvela. La tentadora oferta que le ha hecho una importantísima multinacional para que la dirija desde Silicon Valley... Me parece oír todavía los gritos de felicidad de mi madre por la posibilidad de estar más cerca de nosotros, pues ahora tiene dos nietos para malcriar, y estas son palabras suyas. No importa que vayan a vivir al otro lado del país, en la costa del Pacífico, que nos separen más de dos mil millas, eso sí, la mitad que hasta hoy... Para ella es como si estuviera en la casa de al lado, pues su amor siempre nos llegará con la misma fuerza. Además, en la carrera profesional de mi padre será el broche de oro para cuando se jubile, aunque todavía le faltan muchos años.

Me viene a la mente las visitas a la tumba de Ronald, ya adecentada, en fechas muy concretas: Navidad, el día de su fallecimiento... Todavía me da escalofríos el lugar, hay algo intangible que campa a sus anchas entre las lápidas y se te enrosca en las piernas, es... como una parálisis que te perturba con la quietud a la que te somete. Sin quererlo, me estremezco.

Lo que siento por el padre de mi valquiria es diametralmente opuesto a lo que me provoca su madre y el impresentable del hijo. Bufo.

Afortunadamente no volvimos a saber nada de ellos, ¡ni ganas! Tan solo, y en un aparte, mi tío Norbert me refirió que se había enterado por Lombardo de que Hampfrey dirigía la empresa de su ex, Virginia; y al parecer no de forma muy acertada, lo que no me causa ninguna pena. Por lo visto, sigue adelante en su relación con la nieta del magnate Armour, no recuerdo el nombre de ella; pero por el enigmático comentario de mi tío, no me extrañaría que nuestro amigo hubiera tenido un encuentro «casual» con el anciano y cruzado algunas escogidas palabras. En fin, ni me importa ni quiero saber.

Lombardo Colosimo... Cumplió con lo que dijo, el contacto con él y sus

hijos es asiduo y muy cariñoso; forman parte de la familia Wadlow.

Se me cierran los ojos, nos tapo un poco más con la sábana y me dejo llevar por su sonrisa dormida, que me arrastra hasta el verde prado cuya orilla riega la gélida agua del fiordo.

Una ligera vibración del colchón me espabila de pronto. Palpo con la mano izquierda y tan solo encuentro vacío. Me incorporo y veo una rendija de luz bajo la puerta del baño; presto atención y me llega el sonido del agua correr del lavabo, que enseguida se corta. Echo un vistazo rápido al reloj de la mesita de noche, ¡las ocho y media! Pues sí que he dormido un rato largo.

—¡Ay! Siento haberte despertado.

—No importa, ¿cómo estás? —me intereso mientras doblo mi almohada tras la espalda y la veo apagar la luz—. ¿No vienes?

Se ha quedado de pie mirándome con fijeza. ¿Qué ocurre? ¡Si la conoceré...!

—Claro —contesta un poco precipitadamente y corre a meterse en la cama—. Es que estaba pensando.

La acerco a mí en un abrazo y masajeo su desnuda espalda; ella, como es habitual, mete una mano entre mi cabello, que, opino, ya está demasiado largo; pero es que no quiere oír hablar de tijeras. En cuanto al suyo, supera un poco en longitud al mío, y me gusta.

—¿Te encuentras bien? —insisto, ya que no me ha respondido.

—Sin problemas, vikingo excesivamente preocupado. —Y la veo sonreír, lo que me tranquiliza—. Pensaba... ¿Cuándo crees que podremos mudarnos a la nueva casa?

Hago un cálculo mental. La obra, a falta de algún detalle menor, ya casi se ha terminado. Amueblarla en lo básico será rápido, pues está todo comprado y apartado.

—Calculo que, como mucho, en un par de meses; sí, para principios de otoño. Contrataremos el personal necesario para que esté perfectamente acondicionada antes de la llegada del invierno.

Asiente con la cabeza.

—Tienes ganas, ¿verdad? —Nuevo movimiento afirmativo—. Yo estoy deseando. Me encanta tener chimenea en el salón, es muy acogedor. Recuerdo la de la casa de mis abuelos, lo que me gustaba sentarme delante y mirar el baile de las llamas...

Me acaricia el pecho con la mano que ha decidido dar reposo a mi cabellera.

—Sí.

—Y la que tendremos en nuestro dormitorio será mi favorita, lo sé. —En un rápido movimiento, la coloco sobre mi cuerpo—. Pondremos delante una mullida alfombra blanca y te haré el amor sobre ella cada noche.

—¡Vaya! Lo tiene todo planeado, señor Lindgren —reclama con los ojos muy abiertos y la barbilla reposando en sus manos cruzadas sobre mi torso.

—Absolutamente todo —admito—. Ya lo sabes, los nórdicos somos muy previsores.

—Y nada escapa a vuestro control —apostilla con un tono que me hace sospechar que se burla de mí.

Se posiciona mejor, colocando sus piernas entre las mías; y lo que andaba por ahí abajo en actitud de reposo se empieza a despertar.

—Tú lo has dicho.

—¿Pero qué pasaría si ocurriera algo sorprendente, imprevisto, no esperado, sorprendente e increíble? —expone con una vocecita entre misteriosa y traviesa que ya conozco.

—Sabes que has dicho un montón de palabras que significan lo mismo, ¿no? —intento distraerla de su verborrea.

Me da un toque en la nariz con el índice derecho.

—¿Qué pasaría, di?

—Bueno, pues que me adaptaría a la nueva situación con el buen carácter que me caracteriza —le digo con ironía, y me gana un par de toques más. Una idea cruza mi mente—. ¿Acaso quieres hacer algún cambio, añadir, quitar...?

Aunque parezco tranquilo, no lo estoy. No quisiera perder tiempo en obras de última hora; pero si es lo que desea...

—No, hoy por hoy está todo perfecto.

Y otra sonrisa, esta vez más radiante, completa su frase sin que me descubra el porqué.

—Entonces, si todo está en orden, ¿a qué te refieres, valquiria diabólica? —le exijo que se explique mientras la someto a una sesión de cosquillas en la cintura.

Se retuerce sobre mí, y lo que se estaba despertando acaba de hacerlo por completo; sé que se ha percatado, ¡lo va a pagar!

—Me refería a tus fantasías sexuales en la alfombra —revela entre risas contenidas.

Detengo la tortura a la que la someto, sin entenderla.

—¿Acaso no quieres? Porque si es así, no importa —añado con prontitud—. Sabes que jamás se me ha pasado por la mente obligarte a...

Me silencia con un beso que, confieso, respondo a la expectativa.

—¡Por supuesto que quiero! Pero es que no sé si para cuando llegue el momento de encender la chimenea, yo...

¿Por qué se detiene? ¿No quiere que la vea desnuda?... Eso ya hace mucho que quedó atrás, etapa que comprendí y respeté.

—Sabes que me estás poniendo nervioso con tanta intriga, Diane —le digo serio—. ¿Qué ocurre?

Y otra vez esa sonrisita...

—Pues que no sé si estaré muy ágil para esas fechas.

Encoge los hombros y vuelve a callarse.

Ya lo entiendo.

—Mi amor, el tratamiento de fertilidad no te ha hecho subir de peso; así que, ¿por qué habría de hacerlo ahora? —la tranquilizo, le he recogido el pelo hacia atrás, incluido el rebelde flequillo, quiero ver bien su rostro.

—Cierto, el tratamiento no lo ha hecho; pero hay otra cosa que sí lo hará, tenlo por seguro.

—¿El qué?

—El embarazo.

Parpadeo rápido, perdido.

—¿Qué embarazo?

—¡El mío! ¡¿Acaso tú puedes?!

—¡Claro que no!

—Pues entonces es evidente quién lo está.

—A ver, a ver... —murmuro y me incorporo hasta quedar sentado, ella a horcajadas sobre mí—. ¿Cómo sabes que...?

—Llevo tres días seguidos haciéndome un test de embarazo, los compré en la farmacia. ¡Tres pruebas! ¡Tres marquitas rosas! Sé lo que me vas a decir, pero quería estar muy muy segura.

Tiene las manos juntas sobre el pecho, lo que me oculta la visión de su gloriosa desnudez, y otra sonrisa suya de anuncio televisivo empieza a iluminar mi torpe mente, que ante lo que empieza a deslumbrar está a punto

de colapsar.

—Señora Lindgren, ¿me está diciendo que...?

Bota encima de mi bajo vientre y da palmas.

—Que vamos a tener un vikinguito o una vikinguita, Thor.

Me quedo paralizado un segundo, al siguiente me cubro el rostro con las manos, y lloro.

—¡Oh, mi dulce amor! ¡Incluso podrían ser dos, ¿imaginas?! —la escucho decirme con un ligero temblor en la voz, como si esa posibilidad fuera menos impactante.

¡Por todo el valhalla! ¡¿Pero qué mierda estoy haciendo?!

La atraigo para abrazarla, sin poder evitar que mi llanto humedezca su cuello. Tengo que controlarme, pero es que...

—Soy tan feliz, mi vida, que no te haces ni idea; pero tú eres lo más importante para mí y... —consigo decir con esfuerzo.

—No va a pasar nada malo. Peter, mírame. —Alza mi rostro entre sus manos y veo tal seguridad en sus ojos que me sobrecoge, ¡¿qué haría yo sin ti, mi valquiria?!—. Tú también eres lo más importante de mi vida, ¡y pienso darte mucha guerra!, no lo olvides —bromea, con las lágrimas deslizándose por sus rosadas mejillas.

Con cuidado exagerado, el que tendremos a partir de ahora, giramos y dejo que su espalda repose sobre el colchón, posicionándome de lado, apoyado en un codo para poder acariciarla.

—*Jeg elsker deg, min lille... Jeg elsker deg...*

—Tanto como yo te amo a ti o más —musita, y sé que es imposible—. Mi dulce amor, esta familia va a estar bien, ¿y sabes por qué?

Jamás sus ojos brillaron como lo hacen en este momento, pletóricos de una alegría por la buena nueva que yo también comparto. Pienso en Gia y en Adri, en lo contentos que se van a poner cuando sepan que viene de camino un... *vikinguito*.

Visualizo a mi amada esposa con el bebé en su regazo, nuestros hijos a su lado, radiantes, y los abarco entre mis brazos... ¡Mi familia! ¡¡Nuestra familia!!

Y derramo más lágrimas.

No obstante, un nuevo sentimiento me atenaza el corazón, del que solo me veré libre cuando la doctora confirme que no hay problemas, que todo evoluciona satisfactoriamente.

La veo mirarme con esa adoración que me estremece, que hace que cada día procure ser mejor persona solo por ella, para no decepcionarla nunca.

Ya se lo dije una vez; soy egoísta, necesito que sea feliz para serlo yo también... Y yo quiero serlo mucho.

Recorro su piel con veneración sagrada.

—¿Sabes por qué, mi vikingo? —pregunta de nuevo, sus dedos enredados en mi cabello, mientras los desordena a su antojo, me calma y suspiro.

Asiento, entregado en cuerpo y alma a mi valquiria, y le respondo con las palabras que para mí son un dogma inquebrantable:

—Porque yo te protejo... Porque yo te cuido...

Beso su plano vientre y me recreo en el nuevo corazón que ahí late.

—... ¡Porque yo os amo!



Epílogo

... Y pasaron diez años.

Había sido un día muy caluroso. Ese mes de agosto se estaba haciendo notar con unas temperaturas excepcionalmente altas, por lo que nunca las frescas aguas del lago East Twin fueron mejor recibidas.

Ya hacía tiempo que la casa de Saint Helen tuvo que ser modificada para poder acoger a la extensa familia, que no dejaba de crecer. Construyeron un amplio anexo de tres plantas que se comunicaba con la edificación principal a través de un desahogado túnel acristalado que usaban como vivero, y en el que Pamela adoraba cuidar de sus plantas cuando iban a relajarse de la gran ciudad, pues en su ausencia una empresa se encargaba del mantenimiento y vigilancia de la extensa propiedad.

Era un día de celebración para la familia Wadlow... También estaban invitados Anne y Halsten, pero se hallaban en un crucero dando la vuelta al mundo, un viaje de casi cuatro meses que les habían animado a hacer Pamela y Norbert, pues su experiencia el año anterior fue indescriptible.

Risas, gritos, chapuzones... Una algarabía contagiosa protagonizó la fiesta del primer año de vida de la tranquila Pam; Pamela Fleur, como la bautizaron sus orgullosos padres, Marita y Johan, que hacían malabarismos para controlar al resto de su prole: Santiago, Betty, William, Johan Jr. y Pharell; la llegada de la pequeña se trató de una sorpresa que, pasados los primeros segundos de estupor, celebraron con dicha. Johan deseaba tener «otra muñequita», y con ella cerraron el cupo, como le advirtió su feliz esposa.

La jornada se caracterizó por una contagiosa locura que, comandada por la incombustible Diane, hizo que dedicaran parte de la mañana a preparar una tardía merienda y adornar el porche, que también se había agrandado. Multitud de globos de diferentes colores y formas, piñatas, juegos... Divertidos gorritos de papel para los mayores y los pequeños... Un día largo, cansado e inolvidable, y en el que la protagonista del jolgorio se limitó a dormir, reír y pasar de unos brazos a otros, encantada por tanta atención.

Más tarde...

Los habituales sonidos de la noche, con los que sus vigilantes criaturas mecen el sueño de las que duermen, fueron menguando ante el velo algodónoso que avanzaba por el conocido muelle de madera, reptaba de forma sinuosa sobre la húmeda hierba para, majestuosamente, detenerse en el porche.

Como plata bruñida, la luna rielaba en el límpido espejo que le ofrecía el lago, coqueta y deslumbrante en su nuevo vestido blanco azulado de larga y rizada cola... Selene quería acompañar, al igual que en otras ocasiones, a la mujer que veía suspirar con añoranza ante el balancín que la hacía evocar otro tiempo, otros días...

—*No estés triste, Betty. Te quieren mucho* —quiso confortarla.

Se giró a su amiga, y esta admiró su juvenil rostro y apenada sonrisa.

—*Lo sé, pero es que extraño tanto a mi querido esposo que ya no me basta estar solo en sus pensamientos, necesito... más.*

Selene, cabizbaja, asintió; ella, que era atemporal, llevaba milenios enamorada de Ra, el poderoso y altanero dios egipcio que representaba la luz solar. Extraños amantes, pues en muy contadas ocasiones podían permitirse un abrazo en la bóveda celeste.

—*Quizás pronto se reúna contigo...* —apuntó acompañando sus palabras con un guiño juguetón.

—*No, no... Quiero que disfrute de nuestros biznietos.*

—*Que parecen no tener fin...*

Betty le dio un codazo, aunque no le faltaba razón. Bajó los escalones de madera y anduvo hasta ver la fachada del nuevo edificio. Observó que una de las habitaciones de la segunda planta, la que ocupaba su «niño rubio», como ella lo llamaba, tenía una débil luz encendida; sonrió, segura del amor que él

le estaría demostrando a su valquiria.

Y pensó en los hijos de la pareja... Gia, una belleza rubia que había demostrado un tesón encomiable en las sesiones de rehabilitación, después de pasar por el quirófano para solucionar su lesión de nacimiento, y que ya había decidido qué quería ser de mayor: fisioterapeuta. Adri, tan formal y entregado a los demás, y cuyo propósito de ser agente federal era el acicate para obtener un título universitario, por lo que eligió Derecho, como su primo mayor, que ya había superado con excelentes notas el primer curso. Anne Silje, un terremoto de nueve años que era la viva imagen de su madre. Y el benjamín, Brynjar Ronald, que tenía el pelo rubio y los ojos azules de su padre; a sus cuatro años de edad, ya se le intuía el mismo carácter pacífico, y a veces explosivo, de su progenitor.

—*¡Vaya pareja!*

Betty la miró de soslayo y vio que su pálido rostro se había sonrosado.

—*Sí, son muy... efusivos.*

En la primera planta se iluminó la habitación de la esquina, y ambas supieron el motivo: Johan haciendo su ronda nocturna.

—*No digas nada* —le advirtió la feliz abuela—. *Yo solo tuve un hijo, mi Norbert, y no había noche que su padre o yo no le echáramos un ojo. Así que imagina él con seis...*

—*Pero Santiago ya tiene...*

—*Diecinueve, ¿y qué? No importa la edad que tengan, son tus hijos, tus pequeños...*

Selene dio un par de pasos con el vuelo del vestido recogido, dándole la espalda. No quería que viera sus lágrimas de frustración por la maternidad que le fue negada. Ella, fuente de inspiración de tantas nanas, no tenía un hijo al que arrullar con mimo infinito.

Betty, que conocía el truncado anhelo de su amiga, le echó un brazo por los fríos hombros y la conminó a acompañarla.

—*¿Quién sabe? ¿Por qué no habrías tú de tener tu propio milagro?* —le dijo para darle esperanzas, lo último que debe perderse—. *Estoy segura de que, de alguna manera, lo conseguirás.*

El húmedo y blanco hocico de *Hurón* saludó a Betty, que se agachó para acariciarlo.

—*¿Dónde están tus pequeños? En casa, ¿verdad?* —La respuesta le llegó en un breve ladrido antes de emprender la carrera hacia donde las tres crías y

su madre descansaban; su última camada...

Se dirigieron al interior de la antigua vivienda, traspasando sus muros para colarse furtivamente.

Betty acariciaba el pulido pasamanos de madera empapándose de todas las emociones allí prendidas, hasta llegar al primer piso. Se detuvo y llevó la vista al techo, atenta a las personas que dormían en la siguiente planta.

Selene enfiló el pasillo de la derecha, pero una voz la detuvo al instante.

—*¡Ay! Deja a mi hijo en paz. ¡Qué castigo tengo contigo!* —la regañó como si fuera su hija, y no por primera vez.

Pillada en falta, hizo un mohín de disgusto y se volvió. Le gustaba ese hombre de sienes plateadas, y envidiaba a la mujer que recibía sus caricias, que eran muchas y continuas.

—*Solo iba a...* —La mirada de advertencia de la otra frenó la que iba a ser una excusa nada creíble—. *Él no sabe que estoy aquí* —adujo para conmoverla.

—*Pero yo sí.* —La vio encogerse de hombros con falsa resignación—. *Adam y Kathy duermen profundamente.* —Puso más atención—. *George está soñando con un puente, seguro que será arquitecto; y su hermano, Berwin, está defendiendo a una mujer a la que han robado.*

—*¿Que está defendiendo...?! ¡Pero si solo tiene seis años!*

—*¡Son Wadlow de pura cepa! ¡Hombres con las ideas muy claras! Fíjate en los de Johan* —soltó una risita—, *uno quiere ser bombero, otro dice que explorador... ¡Niños, bendita inocencia! ¡Ay...! Qué orgullosa estoy de Kathy y de todos los que trabajan en la Fundación, la han convertido en un referente nacional de buen trabajo. Hacen tanto bien...*

Sacudió con gracia los volantes de la cola y se atusó el largo cabello antes de hacerle una confesión a su amiga, que se dirigía por el corredor de la izquierda a la última habitación.

—*Yo fui testigo de cuánto se amaron aquí sus padres, frente a la chimenea, de sus confesiones...* —le cotilleó sobre Adam y su esposa, y lanzó un suspiro que barrió la casa con una fresca brisa.

—*Eres incorregible.*

—*Es mi naturaleza...*

Se quedaron en silencio.

Betty, perdida en la multitud de imágenes que asaltaban su mente. Veía a su hijo, a la orilla del lago, complaciendo a su padre, que lo enseñaba a

pescar... El día de su graduación en la universidad... Aquella luminosa tarde que, nervioso, les presentó a Pamela... La inmensa felicidad cuando nacieron sus nietos... Sí, había tenido una vida plena, que ojalá hubiera sido más larga para haber podido disfrutar de todos esos pequeños que alegraban y entretenían el día a día de su esposo.

Mientras, los recuerdos de Selene se hundían en la noche de los tiempos, y su alma vieja se lamentó. ¡Qué no daría ella por vivir tan solo alguna de esas jubilosas experiencias que su amiga recordaba!

—*¿Cómo será su futuro?* —quiso saber con curiosidad, sacándola de su ensoñación.

Betty miró sus refulgentes ojos plateados, del mismo color que la espesa y ondulada cabellera. No era la primera vez que le hacía esa pregunta, sonrió...

—*Mi querida amiga... Sabes que velo por ellos. Sus vidas serán largas y fructíferas. No podré evitar que tengan algún tropiezo, además de que hay sufrimientos inevitables; pero sabrán recuperarse y seguir adelante. ¿Y sabes el motivo?* —Selene asintió—. *Porque nunca se romperá el lazo que los une, porque mis nietos inculcan a sus hijos los principios y valores que recibieron de su padre y de su abuelo, y este del suyo... Porque son una familia. ¡Mi amada familia!*

Selene la abrazó, emocionadas ambas, y terminaron de recorrer el espacioso pasillo.

Ante el dormitorio de Anthony, Betty se alisó la falda de su vestido azul con manos nerviosas; peinó con los dedos el largo cabello, que llevaba suelto, y miró su rejuvenecido reflejo en el cristal de la amplia ventana que tenía a la izquierda.

—*Me voy. No te demores, pronto el alba nos reclamará* —le comentó al observar un débil resplandor anaranjado despuntar por el horizonte—. *Quizás hoy* —soñó—, *quizás, mi adorado y escurridizo Ra venga a mi encuentro y...*

El resto del deseo quedó flotando en el aire al escabullirse con un elegante revoloteo de su falda, que dejó un ligero aroma a peonía, jazmín y nardo.

Betty, anhelante y concentrada en lo que quería hacer, se permitió el capricho de tomar el pomo de la puerta y girarlo, para entrar en el que fue, era y sería siempre su dormitorio. La acompasada respiración de Anthony la recibió envolviéndola en la calidez de su aliento.

Se acercó a la cama con las manos en el pecho, sobrecogida por la visión de ese hombre al que el paso del tiempo parecía respetar, pues tan solo el bastón apoyado al lado de la mesita de noche daba una pista de su octogenaria edad.

—*Mi amado esposo...*

Besó sus labios, estremeciéndose al escuchar que él la nombraba. La luz pausada del amanecer, que tibiamente empezaba a bañar la habitación, le recordó que se le acababa el tiempo.

La silueta de su cuerpo se empezó a difuminar en una bruma amorfa que dejó una rápida caricia en el dormido rostro. Se alejó, triste pero esperanzada en la próxima visita.

En su camino de vuelta, pensó, cual epifanía, que cuando el *destino* y el *azar* aúnan fuerzas para derrotar al *engaño* y la *premeditación*, no hay poder en el mundo que silencie a la *verdad*.

Y si la cegadora luz de una *quimera* nos hace titubear entre una banal *atracción* o una equivocada *gratitud*, detengámonos y escuchemos nuestro corazón, pues solo él nos dará la clave de la felicidad... Puro y simple... *Amor*.

Fin

Agradecimientos

Queridos lectores.

Permitidme que insista en lo dicho en las anteriores entregas: si la lectura de esta saga os ha traído hasta aquí, es que el espíritu de los Wadlow anida en vuestros corazones.

Este camino que hoy llega a su meta ha sido largo en el tiempo y rico en cuanto a experiencias, que las ha habido de todos los colores. Se cierra una etapa para abrirse otra, en la que ojalá cuente con vuestro entusiasmo y preciosa compañía.

Hubo personas que se quedaron en el trayecto, desde aquí les deseo que les vaya bien y la vida sea amable con ellas; guardo con nostalgia lo bueno que me aportaron, deseando que también les haya sido beneficiosa la amistad que compartimos.

Mi eterna gratitud a Beatriz Betegón, escritora, mi amiga desde antes de que la familia Wadlow fuese un atisbo de idea. Contar con tu cariño, con tu apoyo incondicional y constante, no tiene precio; porque ¿cómo tasar unos sentimientos desinteresados en este mundillo en el que impera tanta sonrisa falsa? Lo dicho, mil gracias, Bea; y a seguir que esto ni recién empieza.

No es menor mi agradecimiento a Genne L Paris, escritora, que se sumó a la lista de seguidoras de Adam y cayó rendida ante los encantos de Johan. Desde entonces, su desbordante entusiasmo es el que me saluda cada mañana. Su afecto es la prueba viva de que no importa que haya un océano por medio ni un huso horario tan dispar, la caricia de su aprecio traspasa barreras físicas e informáticas. Trillones de gracias, Kentagirl.

Ellas, Bea y Genne, son mis lectoras cero. Dos autoras a las que admiro, entre otras cosas, por su tesón y gusto por la buena pluma. Han soportado con santa paciencia el descubrir a Peter y a Diane capítulo a capítulo; una tortura, según dicen, que me harán pagar caro. De nuevo, agradecida por vuestros consejos y sugerencias; la saga ha crecido gracias a vosotras. Os quiero.

Otro regalo ha sido el conocer a Lidia S Balado, mi ilustradora favorita. Persona sensible y humilde donde las haya. Su amor por Diane la llevó a hacer unas sorprendivas ilustraciones que me inspiraron el cuento *El secreto de*

la cueva, con unos mini Wadlow que despiertan una ternura infinita y que ella ha ilustrado magistralmente. Gracias, Lidi, por tanto y tanto.

No quiero dejar atrás a la creadora de la portada de esta tercera entrega: Tiaré Pearl. Todavía me impresiona cómo captó mi raquítica idea y la convirtió en algo sublime y totalmente acorde con el espíritu de la historia. Gracias, sevillana.

Sería muy tedioso nombrar a todas las personas que me dedicaron un minuto de su valioso tiempo para interesarse por saber más de estos personajes, de sus andanzas... O que simplemente teclean para enviar un saludo... O me cuentan, emocionadas, lo que les ha provocado la lectura de mis libros. La lista es larga; pero mi profundo agradecimiento, más.

Y dejo, a propósito, para el final a quien ha vivido, padecido y compartido este largo periplo: José Luis, mi esposo. Qué decirte que no sepas; nada hubiera sido igual sin ti, amor.

Amigos, esto es solo un *hasta luego*. Aún quedan muchas historias por contar, aún queda mucho por soñar...

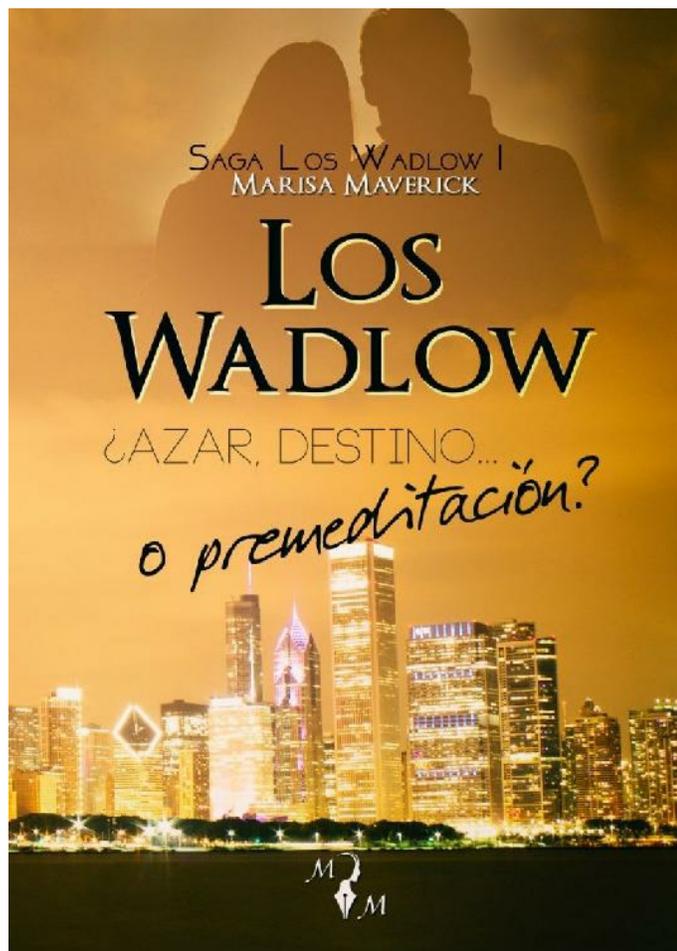
Hasta siempre.

A handwritten signature in black ink, reading "Marisa Masvidal". The signature is written in a cursive style and is positioned above a horizontal line that extends across the width of the signature.

SAGA LOS WADLOW

LOS WADLOW I

¿Azar, destino... o *premeditación?*



«Chicago, la ciudad de los vientos. Viernes...»

Celebrar el buen fin de su último caso en los tribunales fue la razón que llevó a Kathy a entrar en ese afamado local. Aceptar, y solo por esa vez, la insistente invitación de su compañera de trabajo para tomar una copa, el

motivo de Adam.

El amor surgirá entre ellos de forma arrolladora, con una pasión que marcará sus propios tiempos. Y esa será la fuerza que los ayude a enfrentarse tanto a personas que quedaron en el olvido como a miedos y traumas del pasado.

Sin embargo, un estricto sentido del deber, unido al imperioso deseo de hacer justicia, llevará a un miembro de la familia Wadlow a remover acontecimientos del ayer. Pero toda acción conlleva una reacción, que afectará de forma implacable a sus seres más queridos y empujará a la joven pareja hacia un letal peligro que decidirá su futuro.

¿Quizás el **azar**, caprichoso, les jugó una mala pasada?

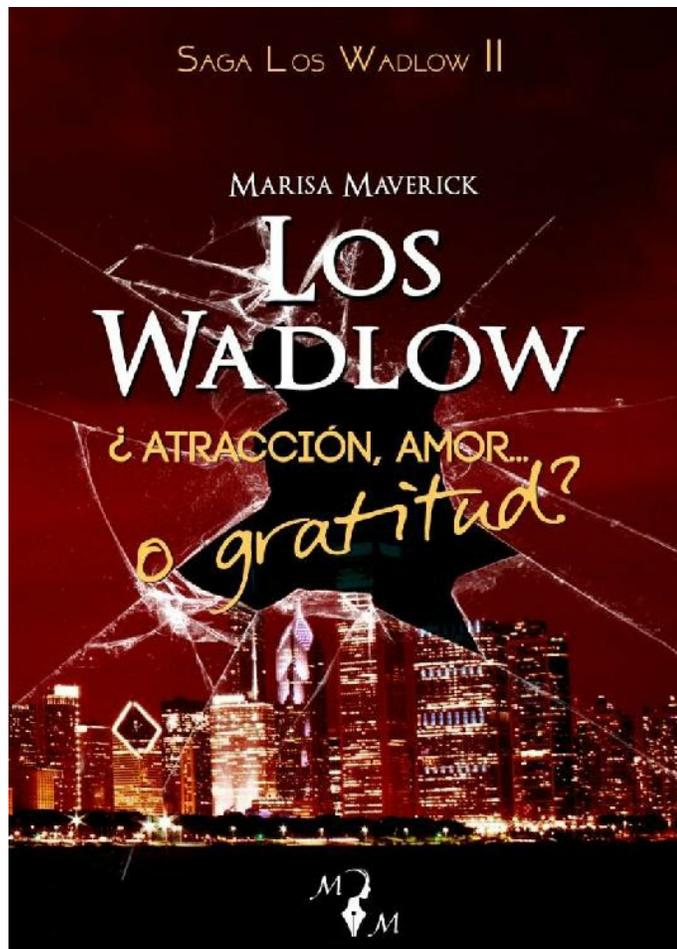
¿Tal vez estaban marcados por el **destino**?

¿O el que sus caminos se cruzaran solo fue **premeditación**?...

Como cita Norbert Wadlow:

«Omnia vincit amor, et nos cedamus amori»

LOS WADLOW II
¿Atracción, amor... o *gratitud*?



Traicionado y manipulado. Insultado y despreciado en su hombría.
Johan Wadlow, educado en los principios de amor a la familia, respeto a

la ley y fidelidad a la pareja, vio que todo ello era despiadadamente pisoteado. Sus sueños fueron arrollados por una avaricia sin fin. El amor que entregó, azotado por el látigo de la oculta lujuria de *ella*. Y su personalidad, simplemente, anulada por un espejismo.

Con el corazón sangrando, ¿es posible superar tanta humillación y digerir que solo has sido un títere en las codiciosas manos de la persona que amabas?...

Tal vez no acertó en sus decisiones... Quizás cuando quiso dar un paso al frente ya era tarde, paralizado por el temor a las consecuencias. Por todo ello, hoy es un hombre destruido que sobrevive con la esperanza puesta en un futuro más amable.

Sin embargo, un acto de total generosidad convulsionará su vida y le traerá...

¿Satisfacer una mera **atracción**?

¿Un **amor**... sincero?

¿O **gratitud** como moneda de pago?...

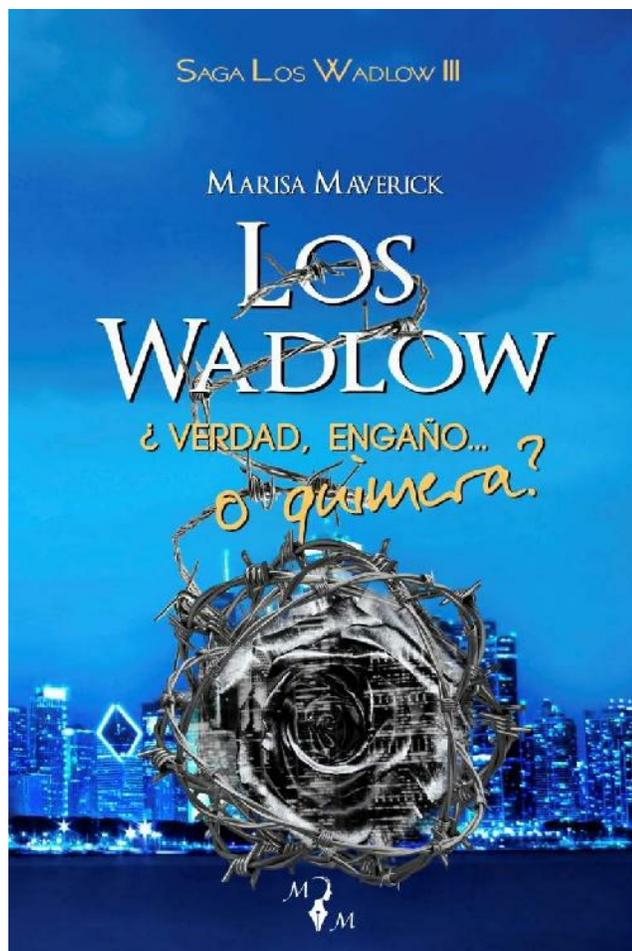
Que los hados le sean propicios y escuchen su anhelo lanzado al viento:

Ven a mí...

Norbert, su padre, tal vez tenga la respuesta al citar:

«Si vis amari, ama»

LOS WADLOW III
¿Verdad, engaño... o quimera?



La vida de Diane no tuvo un buen principio, pues ya desde el vientre materno su futuro estaba sentenciado: ser abandonada a las pocas semanas de

su nacimiento. A pesar de tan trágica circunstancia, nunca le preocupó no saber quiénes eran sus progenitores ni el porqué de su abyecto proceder.

Peter, su marido, es un hombre de carácter tranquilo, ecuánime en sus juicios y de modales elegantes. Pero hoy, con temor e impotencia, ve que tanto ese aplomo como la estabilidad de su matrimonio son puestos a prueba por hechos nunca imaginados y por... *ella*.

Esa mujer que vuelve a lanzar al aire la moneda de la necesidad y la sensatez con la que apuesta, y juega, como en el pasado; salvo que ahora con mayor motivación.

Se avecinan tiempos convulsos para la pareja. El destino, cual frondoso y traicionero rosal, los abrazará entre sus espinosos tallos mientras los aturde con la gélida fragancia de una acerada rosa sin igual. Por ello...

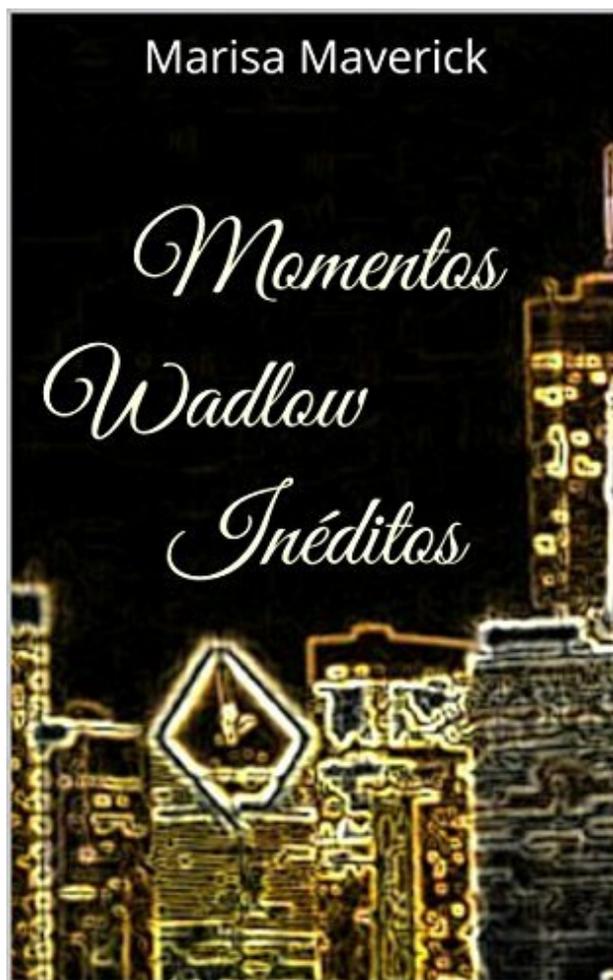
¿Cómo afrontar tan perturbadora **verdad**?

¿Y si tan solo se trata de un **engaño**?

¿O es mejor vivir en una **quimera**?

Como siempre, y de forma acertada, Norbert les dará la clave:
«Veritas filia temporis»

MOMENTOS WADLOW INÉDITOS



La vida de la familia Wadlow continúa más allá de lo que hemos conocido en las entregas de la saga.

En diferentes situaciones sabremos de su día a día a través de Diane con sus buenas intenciones; Norbert y sus celos ¿injustificados? Adam se nos presentará en una faceta desconocida incluso para su esposa, así como Anthony aceptará cumplir una inocente petición navideña.

Adéntrate en el mundo Wadlow, siéntelos y deja que su espíritu anide en tu corazón.

En estos relatos se desvelan situaciones personales que, estoy segura, os gustará conocer con más detalle de la mano de sus protagonistas. Por ello, os recomiendo que leáis en primer lugar las dos primeras entregas de la saga.

Marisa Maverick nació en El Bierzo (León) y reside en el Campo de Gibraltar (Cádiz). Aficionada a la lectura desde la infancia, nunca se planteó tomar la pluma; pero por esos giros de la vida, y alentada por familiares y amigos, inicia su andadura en el subyugante mundo de la escritura con el relato *Esperanza*, perteneciente a la antología *Destinos Escritos*.

¿Azar, destino... o premeditación?, ¿Atracción, amor... o gratitud? y ¿Verdad, engaño... o quimera? conforman la *Saga Los Wadlow*, que se ve complementada con escenas nuevas en *Momentos Wadlow Inéditos*.

Actualmente se encuentra inmersa en varios proyectos editoriales que en breve verán la luz, entre ellos: *El secreto de la cueva*, cuento juvenil inspirado en los personajes de dicha saga y con ilustraciones de Lidia S Balado.

Puede encontrar más datos de la autora y su obra en:

Facebook, @marisamaverickescritora

Twitter, @MarisaMaverick

Página web, marisamaverick.wordpress.com



[1] El tiempo es corto; la vida, fugaz.

[2] Mi pequeña, en noruego.

[3] En la mitología escandinava, Valhalla es el paraíso al cual los héroes van al morir en batalla. Se sitúa en el palacio de Odín, en Asgard, donde son bienvenidos por Bragi y conducidos por las valquirias.

[4] Te amo, en noruego.